Elizabeth Subercaseaux

Narrativa histórica



# LA PATRIA ESTREMECIDA

Catalonia

Elizabeth Subercaseaux

# LA PATRIA ESTREMECIDA

SUBERCASEAUX, ELIZABETH
La patria estremecida / Elizabeth Subercaseaux

Santiago de Chile: Catalonia 2019

ISBN: 978-956-324-720-6
ISBN Digital: 978-956-324-746-6

NARRATIVA CHILENA
CH 863

Director editorial: Arturo Infante Reñasco
Edición de contenidos: Sergio Infante
Edición de textos: Cristine Molina
Diseño y diagramación: Sebastián Valdebenito M.
Imagen de portada: shutterstock.com



Primera edición: septiembre 2019

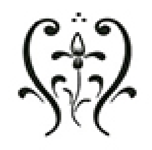
ISBN: 978-956-324-720-6
ISBN Digital: 978-956-324-746-6
Registro de Propiedad Intelectual: Nº A-307859


Santa Isabel 1235, Providencia
Santiago de Chile
www.catalonia.cl – @catalonialibros

# Índice de contenido

*En memoria de mi gran amigo Poli Délano. Se fue del mundo la noche del viernes 11 de agosto del 2017, pero nunca se irá de mi recuerdo.*

*Y en tu memoria, mi querida amiga hermana, Raquel Correa, que te fuiste un día y te quedaste para siempre.*



# LOS TIEMPOS DEL LEÓN
## *1900-1938*

## La primera mañana

Recién despuntaba el alba en Las Pataguas. La casona de otro siglo, con sus muros amarillos y sus largos corredores, parecía deshabitada. El perro de don Pancho se restregaba el lomo contra una tinaja y esa era la única señal de movimiento.

Luis Emilio salió al patio y le llamó la atención una extraña quietud en el aire, como si el tiempo se hubiera detenido y los pájaros no quisieran despertar. Se puso la mano en la frente a modo de visera y recorrió el campo con la vista. En el potrero cerca de la casa divisó un queltehue ejecutando una danza. El pájaro se encumbraba, caía con la liviandad de una pluma, volvía a subir. Luis Emilio se quedó mirándolo fascinado. El pájaro también lo vio, flaco y esmirriado, el pelo liso, los ojos un poco saltones.

Súbitamente el ave fue a perderse entre los eucaliptos del fondo. Luis Emilio le hizo adiós con la mano y volvió a los pensamientos que durante la noche lo habían mantenido en vela. Sentía la angustia en la garganta. En la habitación semivacía que le asignó don Pancho había un espejo. Se miró al pasar y al ver su cara pálida con la mirada opaca se estremeció. Tenía veintitrés años, no era para andar como un hombre agobiado. Y no se trataba de exceso de trabajo. Era Guadalupe. Eran los problemas que tenía en su casa. Él amaba a su mujer. La había amado desde que era un niño y esta prima siete años mayor se lo subía a los hombros, lo peinaba, le conseguía dulces y juntos hacían bailar el trompo.

Cuando Luis Emilio cumplió quince años se separaron; Guadalupe se quedó en Los Andes y Luis Emilio se fue con su familia a Valparaíso.

Años más tarde, el verano de 1895, volvió a Los Andes y encontró a Guadalupe convertida en una hermosa mujer de veinticinco años. Él tenía dieciocho. Bastó con verla en la estación, los ojos burlones, la sonrisa cariñosa, para que se encendiera la llama.

—Te esperé pacientemente hasta que te hicieras hombre —le dijo ella, esa noche, mientras caminaban por un potrero cerca de la casa.

—¿Me estás diciendo la verdad?



El noviazgo fue complicado. Guadalupe se quedó en Los Andes; Luis Emilio, entre Valparaíso y Santiago, ganando un salario que no le permitiría mantener a una familia. Pero ella quería casarse antes que siguiera pasando tiempo —"no querrás por esposa a una vieja chuñusca"—, y exigía boda en la iglesia, fiesta para sus amigas, vestido blanco y otros gastos que él no podía sustentar. Las cartas que le enviaba desde Los Andes lo apremiaban. *Cómo se te ocurre un matrimonio civil. Es imposible. Qué dirían mis parientes si yo fuera a darle primero la carne al diablo y luego los huesos a Dios. Viviendo en pecado tal vez sería la ruina de los dos y no la felicidad.*

De los veintitrés pesos que Luis Emilio ganaba al mes, trece pasaban a su madre y ocho a la caja de ahorros para la boda.

Pidió un préstamo al dueño de la imprenta donde trabajaba, reunió el poco dinero que tenía y se fijó la fecha. Guadalupe entraría al templo vestida de blanco y encaje y después habría una fiesta. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba enamorado de ella, la necesitaba para que lo alentara en el trance de la vida; se sentía solo como en un gran desierto, abandonado por todos.



Al año de casados se dio cuenta de su error. Guadalupe era dominante y aficionada a las peleas. No pasaba un día sin que tuviera que reñir por algo.

Luis Emilio empezó a refugiarse en su trabajo. La fundación de su primer periódico obrero y múltiples labores que tenía en la imprenta y en el Partido Democrático lo mantuvieron lejos de su casa y de Luisito, el primer hijo. Se comunicaba con Guadalupe por

carta, *dile al petoto que se acostumbre a estar sin mí, que cuando se vuelva se venga andando, que no vaya a comer tierra y que no se costalee.*

El nacimiento del segundo hijo, Armando, no fue de gran ayuda para suavizar el temperamento de su mujer. Se fue poniendo cada vez más frenética y celosa. A Luis Emilio le costaba leer sus cartas, *no creo que tu trabajo sea tan importante para los pobres, en Tocopilla andas puro farreando con esos tunantes que te acompañan en las batallas políticas, me han dicho que te vieron bailando en una plaza. En eso te gastas los pocos pesos.*

En octubre de ese año les llegó una estocada fatal: Armandito falleció de muerte súbita y Guadalupe entró en una depresión que acabó por instalarse entre ellos dos como un muro impenetrable.

—La vida no termina aquí, Lupe, no puedes echarte a morir teniendo otro niño, come algo que sea.

—No me pasa la comida, por favor no me obligues —respondía ella empujando el plato hacia un lado. Estaba tan flaca que daba lástima. Tampoco quería quedarse sola en la casa. Veía los ojos de su niño flotando en el aire—. No te vayas de nuevo, Lucho, te lo pido por el amor de Dios.

—Mira los salarios, Lupe; son de hambre. ¡Mírame a mí mismo! Desde los once años trabajando por una cantidad ridícula. No puedo quedarme de brazos cruzados, hay que formar centrales sindicales, crear periódicos obreros, organizar a la gente.

Ella se quedaba mirándolo.

—Lo que no me cabe en la cabeza es para qué te casaste si no ibas a ver nunca a tu mujer, nunca a tus hijos, ni siquiera estuviste cuando murió Armandito. Tu revolución debe ser más importante que tu familia.

Su lucha era quizás más importante que su familia, pero no iba a decírselo. Había llegado a Las Pataguas el día anterior y no estaba seguro de si había viajado a Curicó para hablar con don Pancho o para escapar del Año Nuevo en casa, con Lupe envuelta en su manto

de tristeza y su cuñado tomando vino hasta caer al suelo.



Unos cuantos años antes su tío le había presentado a don Pancho Vicuña en Valparaíso y gracias a sus contactos pudo conseguir trabajo como linotipista. El caballero era sensible a la pobreza. Estuvieron conversando como antiguos conocidos. Luis Emilio podría haber sido su hijo, pero eso no parecía importarle a don Pancho: se comunicaba con la gente joven de igual a igual.

A los pocos meses se fundó el Partido Democrático. Él y su tío estuvieron en la fundación, pero que estuviera también un latifundista a la antigua era algo que le costaba entender. Su tío tenía una explicación: “Don Pancho ha sido traicionado por los de su clase, siempre se ha entendido bien con sus inquilinos y la señora se le fue con uno de esos especuladores que se han hecho millonarios de la noche a la mañana”.



Luis Emilio entró en la casa y se topó con don Pancho en sus pijamas.

—¿Pasó una buena noche, Recabarren? Hemos cambiado de siglo y tanto boche que arman. Para mí no es más que una tarde que se duerme como otra cualquiera, pero estoy seguro de que usted no lo recordará como su mejor Año Nuevo; nos acostamos a las diez y ni siquiera le ofrecí cola de mono porque no tengo.

—Yo no vine a celebrar el Año Nuevo, don Pancho, sino para hablar de cosas serias con usted. Voy a necesitar su ayuda. Usted sabe que el Partido Democrático lleva poco tiempo andando, hemos tenido problemas…

Don Pancho lo interrumpió.

—Déjeme decirle una cosa, Recabarren. Su tío logró convencerme de formar parte del Partido Democrático y puse lo más que pude

para la impresión del folleto. No vendrá a pedirle plata a un agricultor arruinado.

—Yo no estoy hablando de dinero.

—Pase al comedor y espéreme ahí. Voy a vestirme. —Y salió cojeando hacia su pieza.

Luis Emilio se puso a caminar por el corredor. Su plan era conseguir autorización de don Pancho y formar una central sindical en Las Pataguas, juntar a los campesinos de aquella zona, la más rica y poderosa del país, para instruirlos, prepararlos. Él no era un campesino, pero no por eso iba a pasar por alto las desigualdades e injusticias, que alcanzaban niveles escandalosos. Había que organizar a la gente. ¿Cómo decírselo a don Pancho sin ponerlo a la defensiva a la primera? ¿Cómo hablarle de la opresión social sin que lo sintiera como un ataque a su familia, a su señor padre, a quien había venerado, a su primo el presidente Federico Errázuriz y a medio gabinete que eran sus amigos y parientes?

—Aquí me tiene de vuelta. Vamos a sentarnos en el comedor. ¿Se sirve una jarrita de mote con huesillo? Venga, no se me quede pegado en tanta pensaduría, de repente le va a explotar la cabeza —dijo don Pancho, y enseguida gritó hacia la cocina—: ¡Zulema! ¿Nos traes dos jarritas con mote?

Se instalaron en el comedor. En varios lugares el papel de las paredes se había desprendido, dejando el adobe a la vista. Al centro de la pieza colgaba un lamparón oxidado y sin velas. Los cuadros estaban mal puestos, uno de ellos con el vidrio roto.

—Especulé y perdí —dijo don Pancho mirando los muros con tristeza—. Quién me manda meterme en negocios que no entiendo, mi lugar ha estado siempre en el campo. Todo por hacerle caso a Albertina, fue ella quien insistió en vivir en Santiago. Le dio y le dio con Santiago y mire, usted: estoy lleno de deudas y en los diarios hasta me han llamado “sinvergüenza estafador”.

—Su señora se quedó en Santiago —dijo Luis Emilio, sin saber cómo seguir esta conversación.

Don Pancho suspiró.

—Mi señora, como la llama, ya no es mi señora; que se hubiera quedado en Santiago sería lo de menos, el problema es que se quedó con uno de mis acreedores. Pero no vamos a hablar de esto, ni ahora ni nunca, ¿me oye? Dígame, Recabarren: ¿en qué puedo ayudarlo?

Luis Emilio le explicó sus planes y la reacción de don Pancho lo sorprendió.

—Organizar sus reuniones políticas aquí, en la pizca de tierra que me va quedando. ¿Y para eso dio tantas vueltas? Yo no tendría ningún problema; puedo acondicionarle la antigua casa de mi capataz, está desocupada. ¿Y cuál es el propósito de estas reuniones?

—Organizar al campesinado de la zona.

—¿Y usted piensa vivir por estos lados?

—Usted sabe que no soy hombre de campo. No, no es que yo vaya a mudarme a vivir por estos lados. Un compadre de Parral, José del Carmen Reyes, se hará cargo de la zona. Es un buen hombre, muy activo; yo lo conocí en Talcahuano, trabajaba en los diques del puerto.

—¿Honrado?

—Honrado hasta la muerte, don Pancho. Totalmente confiable. Es viudo y tiene un niño chico. Voy a traerlo para que usted lo conozca, vive por aquí cerca. Es conductor de trenes y anda bien metido en el mundo campesino.

—Mejor sería que se viniera usted.

—Yo tengo que seguir entre Valparaíso y Tocopilla, pero viajaría una vez al mes —dijo Luis Emilio, modulando cada palabra como hacía siempre—. Esta organización atraerá a muchos campesinos de fundos aledaños, la voz correrá de fundo en fundo. La idea es abarcar toda la zona, hasta Temuco.

—Me parece muy bien; usted sabrá cómo ordena su asunto. Lo que tengo claro es que su sindicato será un nido de revolucionarios que les harán la vida imposible a mis vecinos, vale decir, mi cuñado, la familia Alessandri, la familia Lazcano. Y ¿quiere que le diga una cosa? Tiene todo mi apoyo. Son una cáfila de maricones, me dieron vuelta la espalda, ninguno quiso ayudarme, me cerraron las puertas y es en el diario de uno de ellos donde me han llamado "sinvergüenza estafador".

—¿Acepta entonces?

—Siempre que no me incendien esta casa, lo único que me va quedando, y no se metan con la Zulema. ¿Quiere que le diga algo, Recabarren? Yo estuve muy en contra del presidente Balmaceda. Ya iba para los cuarenta en esos días y no estaba para agarrarme a coscachos ni a balas con nadie, pero no me gustaban su autoritarismo y su arrogancia. Sin embargo, lo que vemos hoy me parece casi peor y no puedo dejar de preguntarme: ¿para esto derramaron su sangre diez mil chilenos?

—Nada puede ser peor que una oligarquía donde el presidente tiene todo el poder, don Pancho.

—Concuerdo con usted, pero lo que se ha consolidado en Chile, después de la guerra civil, no ha hecho más que quitarle poder al presidente para entregárselo entero al Congreso. Yo no sé cuál de las dos cosas será más dañina.



Corría el lunes primero de enero de 1900. El siglo XX se abría a un país donde votaban los hombres que sabían leer y el voto se compraba a vista y paciencia de la gente, hasta poniendo avisos en los diarios. El Congreso y la élite de los partidos oligárquicos detentaban todo el poder. Los distintos gabinetes subían y caían con una frecuencia espeluznante. El cacicazgo y la intervención electoral formaban parte del sistema. Las políticas se cocinaban de acuerdo con intereses personales. Más que en el Congreso, las decisiones se tomaban en el Club de la Unión.

Derrotado el absolutismo presidencial, José Manuel Balmaceda se había pegado un tiro para defender a su familia de la venganza y los saqueos de sus enemigos. Salvó su honor quedando muerto en la cama que ocupaba en la embajada argentina, pero estando sus huesos todavía tibios surgió esta república de camarillas que a la entrada del nuevo siglo mostraba los primeros signos de putrefacción.

## Sola

Inés abrió la ventana y una ráfaga de aire tibio le golpeó la cara. Estaba cayendo la tarde y las sombras empezaban a desparramarse. Habían vuelto hacía un mes de Europa para instalarse en la casa de Ocoa. Las gallinas paseaban con sus pollos, los patos rengueaban por el parque, la cocinera preparaba dulce de membrillo en ollas de cobre, fieles inquilinos desfilaban trayendo huevos de sus mejores castellanas, canastas con moras, arrollados, "aquí le traigo un pollito, patrón".

—Esto es el paraíso, hijita; los huevos son tan frescos, los tomates tienen un aroma delicioso, y don Alfonso, ¿no es un personaje fascinante?

Para Joaquín era la gloria. Para ella, no. *Esto no es lo que yo quiero.* Estaba inquieta, aburrida de todo. La enervaban los inquilinos de actitud servil ofreciendo el pollito que les quitaban a sus niños. Odiaba lo campesino. Nada podía importarle menos que si el huevo era fresco o pasado y no tenía el menor interés en el capataz, un burdo que no había leído un libro en su vida. Los niños correteaban por los pasillos con los perros ladrando a la siga; había esa bullanga infantil que a cualquiera hubiese llenado de gusto, pero a ella le crispaba los nervios. *¡Oh, Dios mío! No encuentro nada que me conforme; Joaquín me carga, me da una lata atroz y a la vez lo necesito como el aire. ¡Ay, Señor! ¿Quién me entiende?*

—¿Hijita?

La voz de Joaquín la sacó de estas lucubraciones. ¿Por qué no la

dejaba tranquila?

—¡Qué quieres ahora! —respondió con la voz agria, arrepintiéndose en el acto. El hombre era un santo y la adoraba, no merecía ser tratado con rudeza—. No me hagas caso, estoy un poco triste, eso es todo.

No pudo evitar una mirada oscura. ¿Un poco triste? Mejor dicho, frustrada en este país provinciano. Había vuelto de Europa llena de proyectos, dispuesta a menospreciar la ciudad chata, a reírse de las rancias costumbres en la tierra nueva. Vano empeño.

Fueron tres años acompañando a Joaquín en su misión militar. Su mente se abrió al espacio de las ideas, el arte, la discusión, las enriquecedoras compañías. Si no hubiese padecido a diario el dolor de vivir separada de sus hijas, habría sido perfecto. Las niñitas quedaron en Ocoa a cargo de la institutriz y la mamita Dolores.

El viaje de vuelta fue duro. Cruzaron la cordillera a lomo de mula, en fila india, los animales con la cabeza cubierta para no espantarse. Bajando la cuesta del Espinazo del Diablo estalló un temporal y por primera vez en su vida sintió la proximidad de la muerte. El viento helado se convirtió en polvo menudo que le azotaba la cara. El Espinazo del Diablo era un hacinamiento de rocas intransitables para un peatón; solamente las mulas sabían moverse sin rodar risco abajo. El despeñadero era aterrorizante. Inés se entregó al destino. Hizo todo el trayecto rezando. Mientras rezaba iba imaginando a sus hijas. Inés, Rebeca, Luz. Se acordaba de la mirada transparente de Inesita. De Rebeca, solo un poco. Y Luz tenía apenas unos cuantos meses cuando se despidió de ella estrechándola contra su pecho. ¿Reconocerían a su madre después de tanto tiempo?

Tomaron el tren en Los Andes y cambiaron en Llay-Llay rumbo a Ocoa. Ante los perfiles de los cerros de Catemu su corazón empezó a latir con fuerza. Luego de un largo pitazo el tren se detuvo en Ocoa. Inés se bajó casi a tientas y salió disparada buscando a sus hijas. Después le dijeron que había corrido gritando como loca hacia un grupo de tres niñitas vestidas de blanco, la más pequeña de la mano de la mamita Loló. ¡Santo Dios! ¡Luz era otra! La había dejado en una cuna y ahora corría con sus piernas flacas y

enclenques, como un patito.

Las niñas se negaron a darle un beso. No entendían quién era esa señora. Ni siquiera Inesita, de diez años, se mostró cariñosa con ella.

—Pero ¿qué esperabas, hijita? —le preguntó Joaquín, esa noche, al verla llorar—. Tienes que darles tiempo para que vuelvan a acostumbrarse a su mamá. Han sido tres años de ausencia. No puedes pretender que te salten encima como si te hubieran visto ayer.

Joaquín, siempre tan correcto en sus apreciaciones. Siempre tan *comme il faut*.

Inés lo miró irritada.

—No sé qué hacer. Inesita ha desmejorado mucho; era tan linda y ahora tiene algo turbio en la mirada. Y Rebequita está gordísima. La pobre Luz ni siquiera sabe que tiene una mamá. No tengo valor para quedarme aquí todo el verano, Joaquín. Quiero irme a Santiago. Y me llevo a las niñitas. No me gusta el régimen de vida que están haciendo en el campo. La mamita Dolores las ha criado como si fueran hijas de inquilino; las tienen a engorda, nadie les ha mostrado una estampa de arte, nadie les ha hablado una sola palabra en francés, esta institutriz ha engordado ella misma diez kilos y no ha hecho su labor. ¡Nos vamos de aquí!

A Joaquín no se le movió un músculo de la cara. Era un hombre de porte distinguido, facciones perfectas, la frente amplia y los ojos hundidos en dos cuencas profundas. Tenía el pelo prematuramente blanco, la barba y el bigote bien recortado. Su voz era suave. Nunca se le escapaba un grito o una mala palabra, rara vez se le escuchaba decir algo inapropiado.

—Lo que te haga feliz, hijita. La casa en Santiago está lista, ahora mismo le pido a Ceferino que prepare los coches.

—¿Te importaría dejarme sola un rato? Necesito ordenar mis pensamientos… si es que me queda alguno. ¡Ah!, y cuando pases por la cocina diles que está prohibido darle pan amasado a

Rebequita. Esa niñita no puede seguir engordando, es escandaloso.

Inés volvió a la ventana y su vista se perdió en los cerros amarillentos. Más allá estaba la cordillera y más allá el mar, y después Europa, *mon cher Paris, Champs-Élysées*, su adorada prima Rebeca, el *Bois de Boulogne*…

## Encuentro inesperado

Eran las ocho de la mañana. Muy poca gente andaba por el centro y los pocos que a esa hora se dirigían a sus trabajos iban cabizbajos y deprisa. Un hombre de poco más de treinta años caminaba a trancos largos. Vestía un traje de color oscuro, llevaba su cabellera negra desordenada como si fuera artista, la frente alta, combada y pálida, el gesto austero. Parecía un tanto iracundo. Es que todo andaba mal ese lunes 19 de febrero de 1900; se palpaba incluso en el aire.

Arturo Alessandri dobló la esquina para dirigirse hacia la Alameda de las Delicias. La noche anterior había vuelto tarde de la casa de Malaquías Concha. Rosa Ester lo estaba esperando despierta.

—¿Y qué hace en pie, hija?

—Tengo malas noticias. Se llevaron a tu hermana María del Carmen a esa clínica para gente *bien* que abrió el doctor Undurraga.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, Arturo. El salvaje de Rencoret ha de ser responsable. Tu pobre hermana habrá explotado.

Arturo escuchó los detalles de la internación. La habían llevado a la fuerza; María del Carmen se había resistido a patadas y gritos. La vereda del frente se había llenado de curiosos, y una señora gritó: "¡Es al patán de su marido a quien deberían ponerle camisa de fuerza, no a ella!".

Pasó el resto de la noche sentado en la cama, reflexionando. ¿Sería

verdad lo de la locura? ¿Se trataría de una perturbación psicológica o de un problema matrimonial? ¿Y si su hermana estuviese en lo cierto y su marido la maltrataba, como alegó en el juicio? ¿Acaso no intentaba separarse de Rencoret? ¿No había reconocido en el juicio que se casó en contra de la voluntad de su familia y Carlos Rencoret era un tirano que la dejaba en el campo mientras se ausentaba por meses para llevar una vida disoluta? "Su hermana sufre de una neurosis histérica y lo más probable es que sea producto de un trauma. Su parálisis facial, su desfallecimiento, son síntomas de lo mismo", había dicho el doctor Undurraga, pero también señaló que sus facultades mentales estaban perfectas. ¿Por qué la internaron entonces?

La mañana lo pilló con los ojos abiertos.

Después de lavarse salió a la calle. Necesitaba respirar aire fresco. Sentía una opresión en el pecho. Las cosas no andaban bien en el plano familiar. María del Carmen, encerrada. Su madre, enferma del corazón. Su hermano Gilberto había vuelto a las pilatunadas; llegó a falsificar un cheque de José Pedro y José Pedro lo amenazó con meterlo preso si no desaparecía de Santiago. *Mi hermano es un bohemio incorregible, pero ahora se ha pasado de la raya.* ¡Estafar a su propio hermano! Era demasiado. Al enterarse, su madre casi sufrió un síncope.

¡Vaya por Dios! Y, como si fuera poco, la cosa pública no es que anduviera mal, sino pésimo. El país iba de cabeza al abismo. La semana había transcurrido en medio del caos. Todavía resonaban en sus oídos las palabras de Enrique Mac-Iver en el Ateneo de Santiago. "Me parece que no somos felices. Se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país". Nadie aplaudió las palabras del radical. Había un sentimiento de decadencia. El dinero circulaba a raudales, sociedades anónimas crecían como callampas y a los pocos meses quebraban de manera estrepitosa. A cada rato se escuchaban historias de agricultores como don Pancho Vicuña, que se ponían a especular y perdían sus tierras, sus casas, su honor. La especulación estaba a la orden del día. La oligarquía vivía de manera ostentosa, se improvisaban fortunas que se gastaban en Europa o en los salones de los suntuosos palacios, y a escasas cuadras del lujo

asiático se levantaban conventillos y ranchos pobres, malolientes. Mientras en el Congreso se efectuaban los juegos ministeriales y los gabinetes se turnaban, la miseria mordía las entrañas de los trabajadores.

*La oligarquía parlamentaria está dominando sin contrapeso el organismo político de la República,* iba reflexionando Arturo; *el caudillismo es una vergüenza, los ministros son meros representantes de los intereses de esa gentuza. Ladrones. Mediocres. Si mi modo de pensar ha hecho que Lazcano me considere un traidor, así será, pero el equivocado es él.*

Le preocupaba la opinión de Fernando Lazcano. Ismael Edwards Matte le había soplado al oído que don Fernando estaba molesto con él y había llegado a llamarlo "traidor al partido". ¿Traidor al partido? ¡Vaya manera de poner las cosas! Él sentía aprecio y agradecimiento por el hombre, le debía su entrada en la carrera política. Don Fernando había sido el mejor amigo de su padre, vecinos de fundo en Longaví; sin embargo, le resultaba cada vez más difícil tragarse las ideas tan reaccionarias del presidente del Senado. *Don Fernando se jura el más liberal de los liberales, pero yo no veo gran diferencia entre su pensamiento y el más conservador de los conservadores. Todos sabemos que es un político poderoso, cuñado del presidente Errázuriz, respetado por la oligarquía… Siento mucho que mi pensamiento lo ofenda, pero el país está antes que los egos.*

Iba sumido en estos pensamientos cuando la vio venir y su corazón dio un salto.

—¡Inés Echeverría!

—¡Arturo Alessandri! —respondió ella abriendo los brazos.

—¿Cómo nadie me avisa que llegó? ¿Cuándo llegó? ¿Cómo está Joaquín? ¿Y las niñas? ¿Y qué anda haciendo sola por la calle a estas horas?

—Son demasiadas preguntas, mi querido; *ladies first,* me toca partir. ¿Es verdad que se ha convertido en mano derecha del presidente? Ay, amigo mío, usted nació para cantarle al amor, no a los pazguatos del Congreso Nacional. La política no es para un alma

delicada como la suya; carece de magia y de poesía, es para seres vulgares. Dígame, ¿es la mano derecha de Federico Errázuriz o son cuentos?

—No soy más que un modesto diputado por Curicó. El presidente ha estado gravemente enfermo y procuro ayudarlo en lo que puedo. Eso es todo. Y usted, ¿qué hace en Santiago con estos calores? ¿Por qué no está en Ocoa?

—Llegamos en diciembre directo al campo. Joaquín pretendía que nos quedáramos en Ocoa hasta marzo, pero no lo pude resistir. Fue demasiado brusco el cambio. ¿Quiere que le sea franca? Estoy desesperada de vuelta en esta provincia. Este es un mundillo aburrido a más no poder. Estas señoras son una soberana lata. Se dejan conducir por el sacerdote y su prédica. El hogar es su único sitio y la soltería, un pavoroso espectro. ¡Esas pobres niñas! La que no se ha casado está condenada a ser allegada y la sirvientita de todos.

Arturo la escuchaba con una mezcla de sorpresa y fascinación. Embobado. Inés tenía la capacidad de destruir sus fortalezas y dejarlo convertido en un muchacho tonto de amor. ¡Qué alegría verla de vuelta! Era única. No había en todo Santiago una mujer que pudiera compararse con ella. Ligera, irónica, atrevida y maliciosa; tenía cualidades que ninguna otra poseía y defectos muy difíciles de soportar. Eso también lo sabía. Era preciso saber amarla cuidándose de su lengua viperina y sus ardores, que no disimulaba.

—Todo me parece chato, feo, mezquino —siguió Inés, dando rienda suelta a su frustración—. Y qué me dice del chileno. Beber hasta caer aturdido al suelo. No tiene otra manera de alegrarse. ¿No es terrible? Es que en la copia feliz del Edén no hay amor, no hay belleza. Existen hembras, pero ¿de qué clase? La china, la india, pero no se encuentran mujeres. Las niñas de nuestro rango social no tienen sexo, están entumidas, y a las otras les sobra bestialidad. Se requiere tener buen estómago para estar sobrio, Arturo. Disculpe mi arrebato, pero usted es una de las pocas personas en Santiago con quien me gusta estar y sé que somos almas gemelas. He visitado a conocidas y parientas y me han dado ganas de vomitar.

—¡No me diga! —se rio Arturo un poco a la fuerza—. ¿Y por qué,

Inés? ¿No estará exagerando?

—No exagero. Mire usted lo que son las mujeres en este país: tener hijos y manejar la casa. Las más avanzadas leen novelitas tontas y tejen botines de guagua. No tienen ninguna idea original, ninguna opinión. Su mundo es su patio y su cocina.

—No veo que haya nada de malo en cuidar a la familia. Alguien tiene que ocuparse de la casa y de los hijos, ¿no le parece?

—Para eso están las criadas, a ellas les toca hacer las cosas que no requieren pensar ni cultivarse. A nosotras, en cambio, la Providencia nos ha puesto en un sitial de privilegio: tenemos acceso a los libros, al mundo de las ideas, la filosofía, y usted me está diciendo que hay que dedicar la vida a ponerle el chupete a la guagua y cambiarle los paños. Pero no me haga caso. No todo ha sido tan malo ni tan aburrido. Vengo llegando de Viña del Mar y le aseguro que me la pasé en grande.

—¿Estuvo con las Eguiguren? Teresita le dijo a Rosa Ester que pensaban pasarse todo el verano allá.

—Estuve con las muertas, claro, porque vivas no están; respiran y abren los ojos porque les palpita el corazón y se les inflan los pulmones, nada más. Me dediqué a escandalizarlas. Les contaba mentiras para dejarlas con la boca abierta.

—¿Y no va a contarme esas mentiras, a mí, a ver si me saca de mis preocupaciones, que le aseguro tengo varias en este momento? —dijo Arturo ladeando la cabeza como un pájaro, algo que hacía siempre que galanteaba con una mujer.

Inés lanzó una risa fuerte y cristalina, como si de pronto se hubiesen disipado sus cuitas.

—Les conté que en las pirámides de Egipto, mientras Joaquín visitaba la cripta de los faraones, un negro me tiró al suelo, me levantó la falda, me acarició las piernas, subió su mano dura y nervuda un poco más arriba, y yo muerta de gusto y de cosquillas lo dejaba hacer a la espera de que completara la aventura. Las Eguiguren escuchaban con los ojos abiertos como platos,

espantadas. Teresa se persignó y a Maruja se le cayeron las lágrimas.

—¿Y fue cierto? —preguntó Arturo—. Lo del negro, quiero decir.

—No, pues… bueno, tal vez en mi cabeza.

Un poco nervioso con lo del negro, Arturo cambió de tema.

—Me imagino que ha visto a sus amigos Manuel Zañartu y María Larraín; llegaron a Chile, entiendo, casi junto con ustedes. Escuché decir que el presidente hizo venir a Manuel para nombrarlo embajador en Perú.

—¡Oh, sí! Hemos venido en el mismo barco… Amigo, querido, no quiero tomarle más de su tiempo. ¿Tiene libre este viernes en la tarde? He organizado una tertulia en mi casa. Augusto y Luis Orrego Luco, mi adorado Eliodoro Yáñez, Delia Matte, por supuesto, no se pierde tertulia, es como el Espíritu Santo, está en todas partes, aunque sea de pasada. También asistirá Luisa Lynch, la pobre, acaba de volver con sus niños. Ya lo supo, ¿verdad? Me refiero a la muerte de Carlos en Estados Unidos.

—¡Terrible pérdida! ¿Y qué va a ser de Luisa, ahora?

—Ya se lo preguntaremos el viernes. ¿Vendrá?

—Con todo gusto.

—Adiós entonces —dijo Inés, soplándole un beso al oído.

*Adiós, preciosa entre la bellas,* pensó Arturo mientras la besaba en una mejilla, luego en la otra.

La siguió con la mirada hasta que la vio desaparecer en la esquina de la Alameda con Castro. Inés Echeverría. La sola mención de su nombre le producía una sensación de placer y peligro.

## Un mundo desconocido

Manuel Zañartu se sentía afligido. El presidente Errázuriz lo había hecho volver al país, poniéndolo en una situación insostenible. La idea de ir a Perú no le agradaba en absoluto. Esa mañana lo habían hablado con María y acordaron rechazar ese destino. Estaba poniendo su carrera diplomática en la picota. Lo sabía. Mejor dicho, lo sabría cuando el presidente lo mandara al diablo, pero esa conversación aún no se producía. Llegando a Chile se enteró de lo mal que se encontraba don Federico. Y no solamente por su grave enfermedad: su gobierno también era un desastre. En los pasillos del Congreso se decía que el presidente reinaba pero no gobernaba. Era un secreto a voces que llevaba una vida irregular y no tenía buena salud. Y no había quien no criticara a Gertrudis Echeñique por negarse a vivir en La Moneda. No hubo manera de convencerla de que abandonara su hacienda El Huique. Fue necesario construir una estación de trenes, en Colchagua, para que el presidente se trasladara a Santiago con su enfermedad cardiovascular, que era una constante amenaza.

A don Federico le gustaban los saraos, el baile, disfrutar cada minuto de la vida. Era un hombre de carácter zumbón; se tomaba las cosas a la ligera, demasiado a la ligera, a juicio de Manuel. Había elegido a un abogado picapleitos como director del Conservatorio de Música, y a un mediocre agricultor de Cauquenes como director de la Escuela de Artes y Oficios. En su ligereza, el presidente metía a sus amigos en cualquier puesto, hacía bromas que podían ser muy pesadas y ponía apodos crueles a caballeros respetables. A uno lo llamaba “el guindo”; a otro, “lord Atkinson”, porque tenía la nariz chata. Sin embargo, por muy disipado, bromista y enfermizo que fuera, Errázuriz rendía culto a la mitad y tenía un carácter firme. Gracias a su energía fue posible una conciliación definitiva con Argentina. Manuel lo admiraba por eso. ¡Si tan solo le gustaran un poco menos las fiestas! En el ministerio se rumoreaba que toda esa jarana, sumada al exceso de trabajo y los viajes de ida y vuelta a la hacienda, lo tenía al borde de la muerte… y aún no había cumplido los cincuenta. Decían que, de pasar algo irremediable, lo sucedería su primo y cuñado Germán Riesco.

Esa mañana Manuel salió temprano para ver por fuera el palacio de los Mackenna que se remataba. Andaba en busca de una casa para instalar a su familia. Vio a unos cuantos caballeros elegantes con sus señoras del brazo seguidos por una corte de mendigos. *¡Por Dios que hay gente mendigando, y en este barrio, pleno centro de Santiago!*

Pero a Manuel no le extrañaba. Su regreso al país estaba siendo decepcionante. El día anterior había dado un paseo por los arrabales y se espantó al ver las pocilgas inmundas desparramadas como callampas. "¿Para qué vas?", le había preguntado María. "Porque no quiero que me pinten una realidad inventada; me gusta saber en qué está mi país y verlo con mis propios ojos".

La niñera de sus dos hijos menores, Celinda, conocía la vida que se llevaba en los conventillos. Ella y su hermano Juvenal se habían criado con su abuela Eduvina en un conventillo de la calle San Diego y Celinda sufrió en carne propia los brincos y mordiscos de los piojos.

—En el valle del Elqui había poco trabajo —le explicaba la mujer—, pero el aire era limpio y con el pedazo de cultivo alcanzaba. Se trillaba harto poroto, las casas eran de quincha, caña de bambú y barro, mejor que las de adobe para los temblores. No estábamos mal. Fue culpa de mi abuelo. Se le metió en la cabeza que la capital era mejor y se vino para acá. Éramos huérfanos el Juvenal y yo, no iba a dejarnos solos en Montegrande. Así que nos vinimos. Y después, mi abuelo va y se muere. Mi abuela quedó sola. ¡Uy, don Manuel! Si viera usted cómo nos cambió la vida. Tuvimos que contentarnos con la taza de té. Yo llegué a comer tierra.

Manuel se empeñó en visitar el conventillo donde seguía viviendo la abuela de su criada. Sucuchos miserables y fétidos, sin ventilación, los trapos en el suelo. Los cuartos daban a largos corredores donde niñitos semidesnudos jugaban con los perros. La gente dormía con sus animales y moría de peste bubónica, cólera, fiebre tifoidea y viruela. Los hombres eran en su gran mayoría alcohólicos y daba pena ver a las mujeres, ajadas a temprana edad, con esa mirada opaca de la indigencia, restregando pilchas en una artesa.

Los campesinos emigraban a la ciudad en busca de una vida más digna y no encontraban más que polvo y hacinamiento. En los

campos al menos tenían asegurado un techo y comida a cambio de trabajo. No había quien no tuviera una huerta, gallinas, un par de cerdos, unos cuantos patos y pavos. De hambre no moría nadie.

Caminó por la calle Monjitas observando las bombillas de gas, la magnificencia de los edificios, los tranvías, los cables telefónicos. Hasta aquí también había llegado la modernización, pero algunos palacios mostraban el abandono de sus jardines, otros necesitaban una capa de pintura o un lavado, y varios parecían desocupados a la espera del remate.

Las cosas eran muy distintas cuando, siendo un joven diplomático, recién casado, partió rumbo a Europa con María. Todo había cambiado. Incluso el rostro de la ciudad sin el puente Cal y Canto y los Tajamares. En el Club de la Unión le presentaron a unos caballeros de familias desconocidas, gente rara que había enriquecido en las minas, las empresas, los bancos. Una nueva oligarquía interesada en acumular dinero y hacerse del poder, que no le hacía asco a relacionarse con pequeños empresarios, comerciantes, empleados fiscales, militares. Las grandes fortunas amasadas a raíz de la Guerra del Pacífico estaban cambiando de mano o desapareciendo. Muchas de ellas habían sido dilapidadas en toneladas de terciopelo, mármoles para los palacios, lámparas de Baccarat, bronces Barbedienne, alfombras Bockara. Familias enteras llevaban una vida opulenta en Europa, mientras otras veían esfumarse el patrimonio gracias a los desequilibrios del precio del salitre. Y la inestabilidad en los precios se reflejaba no solamente en las riquezas privadas, sino en la economía del país.

En el campo político arreciaban las tormentas. Le habían advertido que los gabinetes no duraban más de tres o cuatro meses, una rotativa interminable. Cualquiera podía ser ministro. Habían surgido oscuros jugadores de la bolsa y otros desconocidos que ahora ocupaban los puestos de los cuales fueron desplazando a la aristocracia tradicional.

Al acercarse al hermoso palacio de José Tomás Urmeneta, su mente voló a sus dos últimos años como diplomático en Roma y en Berlín. La vorágine de Roma que no paraba, las cenas en las distintas embajadas, las fiestas del conde Gianotti y la marquesa Rudini. Las disputas de los países se arreglaban entre copas de champán francés

y rostros de ojos misteriosos escondidos tras los abanicos de carey. María vivía quejándose: “Esto no es diplomacia ni servicio al país, sino un gastadero y un perpetuo acostarse tarde para nada. Anda solo a esa fiesta”, le decía, y se echaba a la cama. Le costaba hacer vida social; prefería quedarse en la casa, más bien dicho en su cuarto, consumida por una tristeza que Manuel no lograba explicarse. La verdad era que la melancolía de su mujer lo tenía constantemente preocupado.

Él aceptaba los convites. Le servían para distraerse. La vida dentro de la lujosa mansión que ocupaban en Roma era todo menos alegre. La llegada de Nicolasa marcó el principio de una extraña animosidad de María hacia sus propios hijos que Manuel ni los doctores entendían. El nacimiento de Pablo la sumió en la consunción y, cuatro años después, cuando nació Vicente, se dejó tragar por el desánimo y comenzó a quedarse en cama. Si no hubiera sido porque su suegra viajó desde Chile, llevándoles a Celinda Meza para que cuidara al recién nacido, habrían tenido que volverse. “Cuando regresen a Chile, si María no levanta cabeza, me haré cargo yo de los niños; por ahora les dejo a Celinda”, le había dicho la buena señora. Pero la mala suerte quiso que muriera de un infarto en el viaje de vuelta y los niños de Manuel quedaron sin abuela.

Celinda había nacido en el valle del Elqui y aprendió sus primeras letras gracias a la buena voluntad de su vecino, Jerónimo Godoy, un maestro payador y poeta. El maestro Jerónimo entusiasmó a la niña con el aprendizaje, le abrió una ventana al mundo, y cuando los abuelos se la llevaron a Santiago le regaló una caja llena de libros. Era una muchacha inteligente y curiosa, de fuerte personalidad y un interés por aprender que Manuel nunca había visto en una mujer pobre. No sabía qué habría sido de ellos sin esta santa de apenas dieciséis años que se dedicó a sus tres hijos con una devoción conmovedora.

En Alemania las cosas fueron de mal en peor. María llegó a odiar Berlín, donde, además, no entendía una palabra del idioma. Y en eso estaban cuando recibió el anuncio de Chile: el presidente Errázuriz quería enviarlo en misión a Perú.

A veces a Manuel le costaba dar con alguna nota alegre en su vida.

Su padre había muerto de un infarto cuando Juan Antonio, su hermano menor, fue fusilado en Lo Cañas; su madre vivía sentada frente a una ventana mirando pasar la vida con la cabeza en otra parte, y sus otros dos hermanos se quedaron en Europa y no pensaban volver a Chile. Estaba solo y no manejaba los códigos de su país. ¿Quiénes eran estos industriales enriquecidos de la noche a la mañana y estos comerciantes que ocupaban cargos en las universidades y en el Parlamento? La tía Amelia Pérez Cotapos se lo resumió en pocas palabras:

—Estamos llenándonos de bachichas, rotos adinerados que no saben limpiarse con la servilleta y gente con apellidos en otras lenguas que los criados no saben pronunciar. Si quieres sobrevivir en esta selva rara, acomódate en uno de esos palacios que están vendiendo a huevo y enciérrate con las obras de arte que has traído de Italia.

María había hablado con su prima Teresa Zañartu y esta le contó del remate del palacio de los Mackenna. Hacia allá se dirigía Manuel ahora. Había sido propiedad de uno de los hermanos Balmaceda. Luego lo compró don Juan Mackenna y a su muerte remataron los muebles. Desde entonces, el palacio estaba vacío.

Manuel apuró el paso.



Arturo Alessandri guardó los papeles en su cajón, le dio un par de órdenes a Carlos Becelski y abandonó la oficina casi corriendo. El telegrama de su hermano José Pedro no era claro; al parecer su madre se había caído en la cocina de la casa. “Vente como puedas”.

Al pasar frente al palacio Urmeneta se encontró con este viejo conocido a quien no veía desde hacía mucho tiempo.

—¿Manuel Zañartu?

—¡Arturo, hombre! Casi sigo de largo. Es que después de tantos años no reconozco a nadie, hasta las calles me parecen diferentes, este Santiago no tiene nada que ver con el de mi memoria. Qué puedo decirte, me fui siendo un joven recién casado y vuelve un

hombre maduro con tres hijos.

—Y un gran diplomático del cual solo escucho alabanzas en el club. ¡Qué gusto me da verte!

—El gusto es mío, Arturo. Yo también he oído alabanzas de tu actuar político. Me han dicho que eres un magnífico orador, que inflamas al Congreso y no se te resisten ni las piedras. No sabes cuánto me alegro; Chile necesita hombres como tú.

—¿Cómo encuentras al país después de tanto tiempo? —preguntó Arturo, genuinamente interesado. Se comentaba que Manuel Zañartu era un diplomático serio, estudioso. Tenía un memorión y una asombrosa capacidad para retener datos. Conocía al dedillo los pormenores de cada guerra, los puntos de los tratados entre los países latinoamericanos y las relaciones entre los europeos. Era *vox populi* que, si no se encargaba él del conflicto de las altas cumbres, ahora que Morla Vicuña había muerto, no habría cómo solucionar ese problema.

—Me sorprende ver que ninguna de las fórmulas políticas que se vienen ensayando después de la revolución hayan resultado. ¡Esto es un desastre, hombre! Tú estarás mejor enterado: ¿qué significa el mal ánimo que se percibe en todas partes?

—Ten en cuenta que nuestro pueblo es manso pero fatalista. Vuelves en un momento de cambios y efervescencia; la revolución nos costó diez mil vidas, cien millones de pesos y acabó por transformar completamente los hábitos políticos. Ese fue el precio de la inestabilidad ministerial y la inercia del presidente Balmaceda.

—Pensar que han pasado diez años y seguimos hablando de Balmaceda como si hubiese ocurrido ayer. A Italia llegaban noticias, no creas que me he mantenido alejado de mi patria. Lo sé casi todo de ti, que trabajaste en la Biblioteca del Congreso, que tienes un prestigioso bufete, que has sido elegido diputado por Curicó…

—…Y estuve a punto de morir. Si no hubiera sido por un examen de Derecho Romano, me habrían fusilado en Lo Cañas como fusilaron a tu pobre hermano.

Manuel apretó los labios.

—Santiago se ve triste —dijo, paseando la vista por la cuadra—. Este es uno de los pocos palacios sin agujeros de balas en las murallas. ¿Por qué nadie se ha ocupado de reparar estas fachadas?

—Lo más triste no es la huella de las balas, sino la condición humana —repuso Alessandri, apartándose el mechón que le tapaba la frente—. Lo entenderás cuando lleves más tiempo aquí. Olvídate de cualquier humanismo que hayas apreciado en Europa. Aquí valen más una vaca holandesa y cerdo con pedigrí que un ser humano. Los llamados *vencedores* nunca se dieron cuenta del peligro que estaban sembrando. Lo que hay ahora es consecuente con esa siembra, una crisis de corrupción moral, salarios de hambre y el rumor sordo de masas que irá creciendo hasta explotar.

—¡Hombre, por Dios! Yo leía tus artículos en *La Justicia*. Cualquiera diría que estás quemando lo que un día adorabas.

—Me han criticado mucho, Manuel. Han llegado a decir que estoy demoliendo lo que aún no se ha construido, que traiciono mis principios liberales pretendiendo dividir al partido. Yo no pretendo dividir a nadie. Ismael Edwards Matte está loco si quiere una coalición con los conservadores; es él quien quiere unir el agua con el aceite, pero eso no es lo que el país necesita. El tiempo acabará por darme la razón. Por el momento reina la desconfianza, el divisionismo. Y la crisis no es solamente moral: mira a tu propio tío, Pancho Vicuña, quebrado a más no poder; quién lo mandó a especular con oros y papeles cuando de lo único que sabía era de campo. La verdad, mi amigo, es que estamos hasta el cogote. La revolución dejó una sombra que no ha podido disiparse —afirmó Alessandri con pesadumbre—. Para mí, el 91 sigue siendo un misterio… Lo único que me atrevo a decir con alguna certeza es que hubo dos grandes perdedores en esa guerra: la soberbia y el país.

—Acabo de leer un artículo tuyo donde señalas que la soberbia de hace diez años sigue en pie. Y te refieres principalmente al gobierno. Yo pensaba que eras gran partidario de Federico Errázuriz.

—¡Y lo soy, hombre! Admiro su noble tradición familiar, sus

convicciones, ese amor al liberalismo que heredó de su padre. Federico Errázuriz es un hombre de espíritu claro y culto, un gran conocedor del alma humana. Si he sido crítico de su gestión es porque yo mismo estuve en el gobierno hasta hace unos meses… Pero vas a tener que disculparme, voy a llegar tarde a la estación. En otro momento hablaremos con tranquilidad. Antes de despedirnos cuéntame cómo se encuentra la familia. ¿Cómo está María?

Manuel bajó la cabeza.

—No está nada de bien. No me preguntes qué le pasa, porque ni yo mismo lo tengo claro. Los tres embarazos fueron difíciles y la llegada de los niños, en lugar de alegrarla, la han sumido en una melancolía que la tiene botada; le cuesta salir de la cama, no quiere comer, es como si hubiera perdido las ganas de vivir. Ha sido muy difícil.

—¡Oh! Lo siento. ¿Quieres que te recomiende un médico? El doctor Undurraga podría ayudarte.

—Gracias, Arturo. Por el momento, lo primero es instalarnos, pero te lo agradezco.

—Salúdala de mi parte, por favor.

—Ha sido un placer encontrarme contigo, Arturo. Espero verte uno de estos días en el club —dijo Manuel, y los dos hombres se despidieron con un abrazo.

## El ojo invisible

—¡Muévase, pues! ¿No puede caminar más rápido, hijita?

Rebeca había cumplido cinco años y andaba como si tuviera tres. Inés la miró con impaciencia. *A esta niñita le ha hecho bien el campo, pero es gordinfloncita y mansa como un cordero*. La mansedumbre de Rebeca la enervaba. La sentía extraña, una criatura prestada que no

formaba parte de su revoltijo interior. Vivía como ensoñada.

—Apúrese, hijita, que no tenemos toda la mañana.

Llegando al espléndido palacio estilo neoclásico, subieron las escalinatas de mármol hasta el pórtico. Inés admiró los dos guerreros germanos de bronce, un tímpano con el monograma de la familia Zañartu y las pilastras y guirnaldas de inspiración grecorromana.

—La señora María está en cama —dijo Celinda, abriendo el portón hasta atrás—. Manda decir que suba nomás. ¡Uy! ¡Trajo a la niñita! Dios la bendiga. Usted se viene conmigo, mijita, me la llevo a jugar con la Nicolasa. Adelante, señora Inés.

Ingresaron por un vestíbulo que olía a flores. Los muros tenían *boiserie* de corte gótico hasta la mitad y, de la mitad al techo, un tapiz de seda color granate. Había un par de muebles venecianos de la casa Fratelli Testolini. El resto eran cajas de libros y, en el cielo, un plafón con la escena de Pedro de Valdivia fundando Santiago.

Pasaron a otro vestíbulo y casi chocan con una gran mesa de caoba arrimada a la pared y varias sillas francesas montadas de dos en dos. *La mudanza está en marcha*, pensó Inés, impresionada con las proporciones de la vivienda.

Celinda tomó a Rebeca de la mano y desapareció con ella detrás de un biombo japonés. Inés entró al salón y quedó encandilada ante tanta belleza. *María siempre ha tenido muy buen gusto, el problema es que con esta enfermedad del alma que la tiene postrada no sé quién se va a encargar de armar esta casa*. Observó los delicados muebles ingleses y una mesa de *boule* con incrustaciones de bronce y carey. La sala estaba a medio decorar y dos sillones Voltaire frente a la chimenea de mármol le daban un ambiente hogareño. Un espejo subía de la chimenea al techo. El artesonado de madera estilo Jacobo II era magnífico. Habían instalado cortinajes de brocato de seda en dos ventanas, las otras tres seguían desnudas y aún no colgaban los tapices de Aubusson.

Estaba admirando un bello paisaje de Corot cuando sintió una mano tironeando la suya.

—Vamos, mamá. La tía María quiere que suba a su pieza.

Detrás de su hija había otra niña que parecía de la misma edad de Rebeca.

—Tú debes ser Nicolasa, ¿verdad? Nunca te vi en el barco, al parecer pasaste la travesía a cargo de Celinda.

—Sí —dijo la niña, cruzando graciosamente los pies y haciendo una pequeña reverencia.

—¿Quién te enseñó esa reverencia de corte? —preguntó Inés, divertida.

—La marquesa Rudini, en Roma, es amiga de papá —dijo la niña, y, tomando a Rebeca de la mano, la invitó a salir de la pieza—. Ven, voy a mostrarte algo.



—¿Qué me ibas a mostrar? —preguntó Rebeca mirando hacia todos lados.

—Eran mentiras. No hay nada que mostrarte en mi pieza. ¿No ves que todo sigue estando en cajas? Mamá está en cama y papá abre las cajas cuando vuelve de la oficina. Menos mal que tía Javiera ha llegado del campo y nos ayuda a desempacar las cosas. No, no era para mostrarte algo, sino para hacerte una pregunta.

Rebeca le dirigió su mirada de ojos impávidos.

—¿Tienes muchas amigas? —preguntó Nicolasa.

—Llegamos recién a Santiago, estábamos viviendo en Ocoa.

—Nosotros hemos vuelto al país después de no sé cuántos años en Europa; yo nací en Roma. Nos vinimos en un barco y a un señor le dio un infarto y se murió; me dio mucho miedo ver a un muerto, lo envolvieron en una lona y lo tiraron al mar con unas rosas —dijo Nicolasa, y, sin hacer pausa, añadió—: ¿Cuántos años tienes?

—Cinco, ¿y tú?

—Yo seis. ¿Seamos amigas?

—Bueno —dijo Rebeca.

—Pero yo no digo para esta tarde, digo para siempre.

—Bueno —repitió Rebeca, observando la muñeca de porcelana que estaba sentada en una de las cajas—. ¿Es tuya?

Nicolasa se rio.

—¿Y de quién va a ser? Mis hermanos no juegan con muñecas. Vicente no juega con nada, tiene apenas ocho meses. ¿Quieres conocerlo? Pasa todo el día durmiendo en la falda de Celinda. Subamos al tercer piso. Ven.



Al ver entrar a Inés, María se incorporó en la cama. Sus ojos se iluminaron.

—¿Cómo fue la llegada a Ocoa? ¿Cómo te recibieron las niñas? ¿Se te quitaron los miedos que traías en el barco?

En pocas palabras, Inés le contó sobre las niñitas, que la habían desconocido, lo sola que se sintió entre esos cerros al fin del mundo, los niños chillando como ratas… y no alcanzó a terminar la frase cuando una joven espigada y bella entró en la pieza.

Inés nunca se sintió bonita; era un poco turnia, su nariz demasiado grande, los ojos chicos. Tal vez por lo mismo solía deslumbrarse ante la belleza femenina. Y esta era una mujer preciosa. Tenía unos ojos negros sobrenaturales por el brillo y la fuerza expresiva, la nariz griega casi perfecta, una boca ancha y cejas oscuras y muy marcadas.

—¿Javiera? ¿Me vas a decir que eres tú? ¡Pero, hija, si cuando te vi la última vez eras una chicuela larga y desabrida con cara de pava!

—Inés, eso fue antes de tu viaje —respondió Javiera, y le dio un beso en la mejilla.

Inés se dirigió a María.

—No me habías dicho que tu hermana estaba viviendo en Santiago.

—No estoy viviendo en Santiago —respondió Javiera—. Vine para ayudar a María con la mudanza. Mi idea es regresar al campo en cuanto ya no me necesiten. La verdad es que echo mucho de menos mi vida en el campo, la vida en la ciudad me carga.

—Mucho le cargará vivir en Santiago, pero es aquí donde le corresponde estar. Papá muerto, la tía Amelia se mudó a Santiago y Javiera debería conocer jóvenes casaderos si no quiere quedarse cuidando parientes y bordando manteles —dijo María.

La voz de Manuel interrumpió esta conversación y las tres mujeres se volvieron hacia la puerta.

—Tal vez sea lo que ella prefiere.

Por un instante, los ojos de Javiera y Manuel se cruzaron. Fue una mirada distinta y en ese momento la escena pareció detenerse como cuando se toma una foto. Una Madonna de Botticelli en la cabecera de la cama. María, pálida y desgreñada, recostada en dos cojines de raso azul. Inés, sentada en el silloncito de brocato, sus medias brillosas y la hebilla de su zapato de terciopelo asomando por debajo del faldón de seda. Manuel con los ojos fijos en Javiera y un chispazo de alegría en las pupilas azules, y Javiera, encandilada.

La Madonna de Botticelli observaba con una sonrisa bailando en los ojos.

Esa noche, cuando todos se fueron a acostar, Manuel pasó a su biblioteca y dejó la puerta entreabierta. No quiso confesárselo ni a él mismo, pero tenía la esperanza de que Javiera viera la luz encendida y se asomara.

Javiera, que alojaba en el mismo piso, vio la luz y entró a preguntarle si no quería una taza de té.

—Gracias, Javiera. No, no quiero una taza de té. Lo que quiero es que te quedes aquí un rato.

¿Él le dijo eso? ¿Fue su voz? ¿Y fue ella quien acercó la silla a su sillón y empezó a hablarle de lo feliz que estaba de poder ayudarlos, de lo bien que iba a quedar la casa una vez que desembalaran todas las cosas y pusieran cada mueble en su lugar? ¿Fue cierto o soñó que en un momento él le pasó la mano por la cabeza, la tomó por cuello y atrajo su cara hacia la suya y la besó suavemente en los labios? Luego se puso de pie y caminó hasta la puerta para cerrarla con llave. ¿Y en verdad se quedaron pegados en ese abrazo?

Cuando Javiera abandonó la pieza, casi sin pisar el suelo para no hacer ruido, faltaba poco para que muriera la noche. “Adiós”, le lanzó un beso desde la puerta.

Manuel se quedó hundido en el sillón, sintiendo el cuerpo de la mujer todavía pegado al suyo como una brasa.

## Despechado

El capitán de Ejército Joaquín Larraín se casó con Inés Echeverría en una suntuosa ceremonia presidida por el obispo Joaquín Larraín Gandarillas, en el año 1892. Tenía veinticinco años y su novia, veinticuatro. Eran casi de la misma edad, sin embargo, pocas veces se había visto una pareja tan desigual.

Joaquín tenía ese carácter inalterable del hombre pacífico y criterioso. Su estampa impresionaba a simple vista. Muy encumbrado, de piernas largas, vestido siempre a la moda, trajes bien cortados, botas altas del mejor cuero. Todo en este joven militar hablaba de distinción. Era uno de los once hijos de Patricio Larraín Gandarillas, conocido por su religiosidad exagerada y su inmensa fortuna, dueño de las haciendas Aculeo, Peñaflor, Mallarauco, Pelvín y El Puesto.

Inés también pertenecía a una familia aristocrática. Le gustaba hacer alarde de ser bisnieta de Andrés Bello. Su madre murió a los

pocos días de su nacimiento y fue criada por su tía Dolores Echeverría, la mamita Loló. Más bien baja, muy delgada y frágil, daba la impresión de una mujer débil, hasta apagada, pero su cabeza era un torbellino de ideas que soltaba frente a quien fuera, sin importarle cuán inapropiado resultaba decir tal o cual cosa. A la hora de defender sus posturas lo hacía con tal vehemencia que las señoras de su entorno le tenían miedo. Sus ideas feministas escandalizaban a los conservadores, su adherencia a las filosofías orientales la convertían en una "señora estrafalaria", su manera de vestir —amplios faldones, collares largos y pulseras— provocaba cuchicheos entre las niñas *bien*, y sus continuos ataques a la Iglesia católica, que mezclaba con un espiritualismo de vanguardia, le granjearon la enemistad de obispos y curas amigos de la oligarquía.

Joaquín se enamoró justamente de estas cualidades. Veía en Inés una criatura deliciosa, una especie única en el universo santiaguino. A veces se escandalizaba con sus amistades: "La mitad son siúticos y los otros son unos rotos o tan estrafalarios como mi mujer". Pero lo decía como con orgullo. Lo cierto es que la admiraba, y el día de su boda, mientras el obispo bendecía sus anillos, él juraba en silencio protegerla de cualquier maledicencia.

Toda la aristocracia asistió al banquete: políticos, obispos, militares y diplomáticos con sus elegantes señoras y algunos escritores de provincia e intelectuales de Santiago a quienes Inés juntaba en sus tertulias.

La casa de los Echeverría, en la Alameda con Castro, fue profusamente decorada para la ocasión. A la entrada se instalaron dos estatuas de bronce sosteniendo faroles de gas. Farolillos chinescos colgaban de las ramas de las palmeras y bambúes. Se sirvieron pavos, jamones y piernas de cordero. Al ver que el banquete resultaba un éxito, la mamita Loló lanzaba suspiros de alivio mientras se paseaba entre las mesas saludando a los invitados.

—Gracias a Dios se casó con este caballero *bien* y descartó a Arturo Alessandri, ese joven siútico y fogoso; menos mal, hijita.

Tarde esa noche, los novios se despidieron. Al día siguiente partirían de luna de miel al Hotel Britania en Valparaíso. Cuando

Joaquín se acercó a don Félix Echeverría para darle un abrazo, su suegro le dijo al oído: “Lo compadezco, hijo, usted se lleva un atado de problemas”. Joaquín esbozó esa sonrisa un poco beatífica que tenía y no le dio importancia al comentario.

Años más tarde, este sábado de octubre de 1903, recordaría las palabras de su suegro con una puntada de dolor. Llevaban once años juntos, tenían tres hijas. Para él, la vida de casados estaba resultando cómoda y agradable. Para Inés, en cambio, la cosa era distinta.

Ese día fueron al parque Cousiño en carruaje. Los coches se detenían a la orilla del lago. Las señoras y sus hijas casaderas bajaban cuidando de no enredar los vuelos de sus vestidos en la pisadera. La tarde estaba tibia. Las niñas paseaban cuchicheando entre ellas. Sus madres vigilaban. “Niñitas, bajen la cabeza, no se vayan a mosquear”. Inés observaba. *Las mismas caras de tontas, las mismas sonrisas. En este parque todo se repite de un año al otro, como una comedia gastada.*

Joaquín se encontró con su amigo Juan Luis Sanfuentes, quien en ese momento era el líder del Partido Liberal Democrático y hasta hacía unos meses había sido ministro de Hacienda. Se pusieron a hablar de política. Germán Riesco llevaba poco más de dos años gobernando. Había sucedido a su primo, Federico Errázuriz, muerto de una trombosis cerebral el 12 de julio de 1901.

—Me gusta mucho el presidente —le dijo Joaquín a Sanfuentes—. Es conciliador, modesto, observante de las normas jurídicas y ajeno a todo caudillismo. Un hombre de bien.

—Estoy del todo de acuerdo, Joaquín. Si hay algo que caracteriza al presidente Riesco es la decencia.

—A mí me parece demasiado pasivo —intervino Inés—. Será un buen esposo y un buen padre de familia, pero no es intelectual ni culto. Para gobernar este país de especuladores, ambiciosos e inmorales, no hay que ser tan buenito. Se lo van a comer vivo.

Sanfuentes la miró sorprendido.

—Estará pensando que como soy mujer no tengo derecho a opinar, mucho menos de política —dijo Inés, sonriendo con sarcasmo.

—Bueno, hijita, se nos hace tarde —salvó la situación Joaquín. Se despidieron de Sanfuentes para dirigirse al coche estacionado un poco más allá.

—Por el amor de Dios, Inés, ¿tenías que ser tan antipática con Juan Luis?

Inés miró por la ventanilla y se quedó callada. Joaquín le tomó la mano y no se habló más del tema. Pero el bicho del encono había hecho su nido en el alma de Inés y hacía meses que estaba instalado allí como en su casa.

Entraron al *hall*; Inés se sacó el sombrero de plumas y Joaquín depositó su bastón en el paragüero.

—Qué tarde más grata, hijita. ¿Te divertiste?

Inés le pegó una mirada fulminante que a cualquiera hubiese lanzado de espaldas contra la muralla.

—Como en un entierro. Toda esa gente no son más que monigotes llenos de prejuicios y tu amigo Sanfuentes no es mejor que ninguno de ellos. —Dicho esto, y como si una ola de furia se hubiese adueñado de su cuerpo y de sus actos, se dirigió a grandes trancos al dormitorio de ellos dos, abrió de par en par un armario y arrojó al suelo la ropa de su marido. Volaron los uniformes de parada, el frac, botas de cuero, zapatos, una levita, y fue armándose una pila en el centro de la habitación. Luego entró al baño contiguo y salió cargada de cepillos con mango de plata y escobillas que también lanzó a la pira.

Joaquín miraba la escena, impávido.

—¿Qué haces, hijita?

—No quiero dormir en la misma cama contigo. No creo en nada, y menos que nada en el amor. Desde hoy en adelante voy a dormir sola —dijo Inés, y se encerró en su pieza con llave.

Esa noche Joaquín se puso el camisón blanco, como todos los días, se masajeó la barba con la crema de París y se acostó en el sofá del salón. *¡Ay, Señor, Inés y sus rabietas! Mañana amanecerá como si no hubiera pasado nada.* Y después se quedó dormido.

Pero Inés amaneció como si hubiera pasado algo definitivo. No volvió a aceptarlo en su dormitorio. Joaquín armó el suyo en el extremo opuesto de la casa. En un momento le dijo que estaba dispuesto a dormir en otro cuarto, pero le exigía cumplir con sus deberes de mujer casada.

—Eso lo iremos viendo por el camino.

## Una oveja con frío

Inés no estaba lejos de la verdad cuando dijo que encontraba demasiado pasivo a Germán Riesco. Se habría necesitado una mano firme para poner atajo a los especuladores, ambiciosos e inmorales a quienes se refirió aquel día en el parque.

Tres años más tarde, cuando Riesco entregó el gobierno, la balanza era negativa. La oligarquía parlamentaria se impuso a sus designios, organizó alianzas y coaliciones vacías de cualquier programa político o doctrinario. Se despojaron grandes bienes del Estado, sus yacimientos de salitre, las tierras baldías de la región austral. Se ahondaron las diferencias entre las clases sociales. Se produjeron saqueos mediante emisiones de papel moneda.

—Este gobierno es la expresión misma de la inmoralidad —decía Cornelio Saavedra.

Manuel Zañartu era uno de los pocos que lo defendían.

Manuel nunca alcanzó a tener esa conversación con el presidente Errázuriz. En cuanto asumió el poder, Germán Riesco lo llamó para encargarle una misión. Quería que se ocupara de la cuestión limítrofe con Bolivia y Perú, un tema que dominaba, pues había trabajado con Carlos Morla Vicuña, el diplomático que diera los

primeros pasos indispensables para solucionar el conflicto de Altas Cumbres con Argentina.

La muerte de Federico Errázuriz fue una liberación para Manuel. Haría su vida en Santiago, con un buen puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores, participando en política. Lo que siempre había querido.

Conversando un día con Arturo Alessandri, le fue grato saber que Arturo concordaba con él. Germán Riesco pudo haber sido un desastre, pero su política exterior salvaba los errores cometidos en su política interna.

—Yo se lo reconoceré siempre —afirmaba Alessandri—, y si es necesario lo pondré por escrito en *El Mercurio.* No estuve de acuerdo con él en casi nada, sin embargo, los Pactos de Mayo han echado las bases para una amistad duradera con Argentina, el tratado de octubre de 1904 con Bolivia ha zanjado todas las cuestiones pendientes desde la Guerra del Pacífico y la provincia de Antofagasta se incorporó definitivamente a la soberanía chilena.

Estos logros de Riesco no alcanzaron a ser comentados públicamente, pues, cuando estaba a días de entregarle el mando a Pedro Montt, la tierra se encabritó como pocas veces antes en la historia de Chile.

Esa terrible tarde del 16 de agosto de 1906, pasadas las siete, un terremoto cuyo primer remezón duró cuatro minutos destruyó casi por completo la ciudad de Valparaíso. Hubo miles de muertos. Unos cayeron aplastados al desplomarse las fachadas, otros bajo el peso de los muros y balaustradas. Cientos de incendios. Barrios enteros convertidos en polvo y cenizas. Lo que no alcanzó a caer con el temblor fue devorado por el fuego.



El día del terremoto Luis Emilio se encontraba en la casa de don Pancho. Había llegado esa mañana con su amigo el maquinista José del Carmen Reyes. Los dos hombres venían sedientos y las bestias, agotadas. José del Carmen traía a su hijo de dos años en la parte

delantera de su montura. El hombre había enviudado hacía menos de dos años, la hermana que cuidaba al niño estaba enferma y no le quedó otra que llevarlo con ellos.

Zulema salió a recibirlos y al ver al niño echó los gritos al cielo.

—¡Madre Santa! ¿Lo han traído desde Parral? ¿Cómo se llama usted, mijito? —Lo tomó en sus brazos.

Ricardo era un niño flacucho, de cara blanca, ojitos caídos y una narizota. Hizo amago de desprenderse de los brazos de la mujer y cuando ella lo apretó contra su pecho se dejó llevar.

Camino a la casa, Zulema hablaba sin parar. Que Panchito estaba contento de recibirlos. Que el telegrama había llegado hacía dos días. ¿Y para qué fueron a poner telegrama, si Panchito iba tarde, mal y nunca al pueblo?

Don Pancho, que efectivamente se notaba contento y había perdido peso, los recibió sonriendo.

—Voy a traerles una limonada. Parecen más muertos que vivos —dijo Zulema, depositando al niño en brazos de su padre.

—¿Y este mozuelo? —preguntó don Pancho.

—Es mi hijo Ricardo —respondió José del Carmen—. No tenía con quién dejarlo.

—Oiga, don Pancho, antes que vuelva la doña… ¿Ahora tiene dueña? —preguntó Luis Emilio.

—¿Y a qué viene esta pregunta, si puede saberse?

—¿*Panchito*? ¿Desde cuándo la cocinera llama *Panchito* al patrón del fundo?

—¡No iba a quedarme solo para toda la vida, pues, hombre!

—¿Se casaron?

—¿Para qué vamos a casarnos? Zulema no es fijada en esas cosas.

Nos amancebamos, ella se hace cargo de la casa, de la huerta y de mí. Yo me hago cargo de hacerla feliz. La tengo como planta bien regada.

Los hombres se largaron a reír. Zulema tenía dieciocho años; don Pancho, cincuenta y cuatro.

—Para contentar a una chiquilla se necesita ser toro de buena sangre, pues —rio Luis Emilio. Y don Pancho se dio el gusto de contestarle que siempre era más grato acostarse con una chiquilla que con una vieja.

Después hablaron de otras cosas. Luis Emilio había pasado tres meses en la cárcel, acusado de falsificar papeletas electorales, y don Pancho quería saber los detalles.

—No saben cómo alejarme de la organización, me buscan por esto y por lo otro, y ahora que me han negado el triunfo en la elección para diputado la cosa se ha puesto peor. Pero mire, don Pancho, queremos pedirle un favor. —Y, cambiando de tema, le contó que de Las Pataguas partirían al día siguiente hacia Iquique, a la pampa salitrera. José del Carmen no conocía esa parte del norte y él quería enseñarle lo que era la vida en las salitreras. Pero tenían un problema: Ricardito.

—¿Me está pidiendo que me haga cargo del chiquillito? ¿Por cuánto tiempo? —preguntó don Pancho.

—Son pocos días, don Pancho. Nunca más de diez.

—Hay que preguntárselo a Zulema. Por mí no hay problema. Pero este niñito, ¿es mudo? Lleva media hora sentado sin hacer ni un ruido. ¿No habla?

—Habla poco —dijo José del Carmen—, pero mudo no es.

Al día siguiente partieron de madrugada. Don Pancho los despidió asegurándoles que Ricardito quedaría bien cuidado. Cuando los caballos se perdieron detrás del alto de los queltehues, Zulema le pegó una mirada al niño.

—Tú y yo vamos a tener que hacernos amigos, ¿verdad que sí? ¿Te

gusta la sandía con harina tostada?

Ricardo apuntó con su dedo flaco hacia un arbusto.

—Una oveja con frío —dijo, modulando claramente, y la mujer se dio vuelta, creyendo que había hablado otra persona.

Muchos años más tarde, casi en otra vida, frente a un auditorio y al rey de Suecia, Pablo Neruda agradecía el Premio Nobel: "Mi discurso será una larga travesía, un viaje por regiones, lejanas y antípodas, no por eso menos semejantes al paisaje y a las soledades del norte; hablo del extremo sur de mi país", y Zulema, pegada a una radio en San Bernardo, sentía rodar las lágrimas.

—A los dos años ya era poeta mi Ricardito; donde la gente veía una mata de murta, él veía una oveja con frío.

## Las hermanas

Javiera había dejado el fundo a cargo de un administrador. Nunca fue su idea quedarse en la ciudad, pero la situación en casa de su hermana había empeorado. María estaba enferma de la cabeza. Manuel no lo veía así, pero cualquiera se daba cuenta. Su pobre hermana había enloquecido y para efectos de su vida con Manuel era más o menos lo mismo que hubiera muerto. En cuando a ella, su único pecado fue encargarse de la casa y de los niños apoyando a Manuel. Y ellos dos estaban enamorados. Eso era todo. En ningún momento se sintió traicionando a María. Nada de esto habría ocurrido si María hubiese sido una persona normal. Los niños quedaron solos y ella ocupó el puesto de la mamá. Pare de contar.

Apoyada en estos pensamientos, se fue quedando en el palacio.

Una vez terminados los arreglos, la regia casa quedó separada en tres departamentos, uno en cada piso.

En el primer piso, donde estaban los salones, el comedor, la cocina, el repostero y la despensa, se acomodaron cinco piezas que daban a

la terraza y al jardín de atrás. En ellas se instaló Javiera. Dormía en uno de esos cuartos; otro se usaba como salón para recibir a sus visitas. También había un pequeño comedor donde le llevaban viandas, el escritorio pegado a la pieza de Manuel y una biblioteca de grandes proporciones donde ayudaba a su cuñado con el archivo de cartas y la clasificación de documentos. De tanto en tanto dejaban el trabajo para más rato y se abrazaban con pasión; sus manos apuradas recorrían el cuerpo del otro sintiéndose culpables, siempre aterrorizados de que alguien los sorprendiera.

El segundo piso pertenecía a María. Allí estaban su dormitorio, el *boudoir*, un salón que María nunca usaba, una pieza de costuras, la sala de juegos y la pieza de Nicolasa. En esa pieza habría siempre una cama para Rebeca Larraín, la hija de Inés Echeverría que alojaba en esa casa los fines de semana y durante las vacaciones de invierno.

El tercer piso constituía un universo distinto del resto. Era como entrar en otra casa, otro barrio y hasta otra vida. Cuatro habitaciones pintadas a la cal con los muros desnudos. En uno de los cuartos había dos camas de fierro blancas y sus colchas también blancas, que Celinda había tejido con palillos gruesos y punto correteado. Allí dormía ella con Vicente, que en el momento de la llegada a Chile tenía ocho meses. El niño dormía en una cuna de fierro instalada cerca de la cama de Celinda. En las dos habitaciones contiguas había estantes de madera con algunos libros. La cuarta habitación era un peladero con juguetes esparcidos por el suelo y otra cama de fierro donde dormía Pablo.

Cuando Celinda y los niños se acomodaron en esas piezas, María insistió en que les instalaran un comedor y una pequeña cocina de modo que sus hijos pudieran comer arriba para que no le metieran bulla.

—Los niños deben moverse por la casa, no los va a tener encerrados en el tercer piso, señora.

—A ti se te están subiendo los humos a la cabeza —dijo María, molesta con los aires que venía dándose la criada desde que volvieran a Chile.

Celinda se quedó callada un rato y luego dijo en voz baja pero firme:

—¿Quién se hace cargo de los niños, usted o yo?

María salió airada de la pieza. En el pasillo estuvo a punto de devolverse y decirle algo, pero siguió de largo y al llegar a su cuarto se dejó caer encima de la cama.

Ideas confusas se arremolinaban en su cabeza. Una ola de autocompasión le nublaba el pensamiento. Su mundo se estaba llenando de sombras: el romance de su marido con Javiera, el homicidio de su prima Teresa Zañartu, esa criada que se creía patrona, los niños armando bochinche… Vivía con los nervios a flor de piel. Le costaba salir de la cama, no quería ver a nadie, sentía un peso constante en el corazón. ¿Dónde había quedado la vida que tuvo alguna vez? ¿Dónde su antigua alegría? La muerte de su prima, pocos días antes, había sido un golpe atroz. La imagen de Teresa en un charco de sangre con el cuello torcido y las piernas desparramadas volvía a su mente una y otra vez.

El asesinato de Teresa Zañartu, baleada en las puertas del teatro Municipal, había espantado a la sociedad y no se hablaba de otra cosa.

Manuel, Javiera y María asistieron esa noche a la función de *Poliuto*. En el palco vecino se encontraban Teresa y su madre. Se dieron un abrazo, intercambiaron besos y un par de chismes antes de la función, y esa fue la última vez que María vio a su prima con vida.

Saliendo del teatro Teresa se encontró con su marido, Eduardo Undurraga. Estaba esperándola con una pistola en la mano.

Después supieron que había enfurecido porque Teresa no le permitió ver a su hijita. Se habían separado unos meses antes, pero nadie lo sabía, ni siquiera María, su mejor amiga.

No lograba apartarse de la cabeza la imagen de Teresa con los ojos fijos en lo último que vio. ¡Oh, Dios mío! Le habían tocado todas las desgracias juntas. La ansiedad se la estaba tragando. Su propia inercia era lo más angustiante. Su hermana seguía viviendo con

ellos como si su traición no importase nada. ¿Por qué no la echaba de la casa? ¿Por qué esta parálisis? Ella no era tonta, se daba cuenta de todo. Había visto las miradas, las palabras que significaban otra cosa, las sonrisas. Se sentía una grandísima estúpida. Ella misma le pidió que se quedara. La había acogido en su casa, le había confiado el cuidado de su familia, y así le devolvía la mano. Lo más irritante era tener que soportar ser tratada como una enferma. ¡Ay! Si tan solo tuviera el valor de enfrentarla.

Cerró los ojos sintiendo la impotencia atravesada en el pecho.



Javiera se había encariñado con Vicente. Le cantaba al oído y el niño se ponía a patalear y aletear como un loco en cuanto le escuchaba la voz.

—Cualquier problema que tengas, Celinda, no dudes en consultarme; yo estoy aquí para ayudarte con los niños y para ayudar a Manuel a sacar a su familia adelante. —El nombre de María no se mencionaba—. Estos niños son tu responsabilidad, más que la mía. Yo voy a volver al campo en cualquier momento y serás tú quien se quede a cargo de ellos.

Celinda no necesitaba que Javiera le recordara cuál era su papel en esa casa. Hacía y deshacía en el tercer piso, decidía cualquier cosa concerniente a Pablo y Vicente; sabía que Manuel había depositado su confianza en ella.

A los niños los bajaban una vez al día al cuarto de su madre para que les diera un beso en la frente y enseguida los mandaban a jugar. Ese era prácticamente todo el contacto que tenían con ella. Nicolasa y Pablo se dejaban besar, hacían una pequeña reverencia y salían corriendo como si no quisieran estar ni un minuto más allí.

María vivía ensimismada dentro de una nube espesa. Sus silencios eran impredecibles. De repente y por cualquier contrariedad estallaba. El lapicero que se había perdido, las peleas de Pablo y Nicolasa, el diario que le dejaron mal doblado. Llegó un momento en que no quiso saber de problemas familiares. Que Javiera y

Celinda se encargaran. *Estoy con mucho dolor de cabeza.* Y fue enroscándose en sí misma hasta casi desaparecer.

## El cachucho hirviendo

Tal como prometió Luis Emilio, a los diez días, él y su amigo el maquinista volvieron al fundo de don Pancho.

Los dos hombres traían una expresión sombría.

Luis Emilio conocía la pampa salitrera. Había recorrido esas llanuras desprovistas de vegetación, tan mezquinas en la superficie como ricas en la hondura de la tierra, y sentido en su rostro el sol inclemente, de día, y el frío helado y traicionero de la noche. En alguna ocasión le tocó dormir en una casucha de los campamentos y fue testigo de la monotonía y tristeza de esa vida de explotados, la insalubridad de sus habitaciones, el monopolio de las pulperías. Pero lo que vio en las chancadoras, en este viaje, esos dos hombres quemándose vivos en la mazamorra hirviendo, superaba cualquier drama de miseria humana.

El capataz avisó que venían dos jinetes y don Pancho y Zulema salieron a recibirlos. Ricardito iba montado en la cintura de Zulema y al ver a su padre le estiró sus brazos delgados.

Pasaron al comedor. Don Pancho estaba ansioso por recibir noticias del terremoto.

—Valparaíso quedó en el suelo. Nosotros no entramos a la zona del puerto, pero estuvimos hablando con gente que alcanzó a arrancar antes de los incendios. Dicen que hay tantos muertos que no saben dónde enterrarlos. Tienen a los cadáveres parados en los muros y así los van contando —dijo Luis Emilio.

—¿Y cómo estaba la cosa en las salitreras? ¿Tembló fuerte por allá?

José del Carmen, que nunca había estado en el norte, dijo que en la salitrera San Lorenzo lo que menos importaba era si temblaba o no

temblaba.

—Usted no se lo puede imaginar, don Pancho. Las barracas parecen chiqueros. Ni en la cárcel son tan malolientes y sucias. ¡Hay que ver la vida que llevan los mineros! Las paredes y los techos de las barracas son planchas de calamina. Con el sol cayendo a plomo la calamina se calienta como una brasa y en la noche, con treinta grados menos, se congela.

—Una pura mierda, don Pancho —dijo Luis Emilio—. Hay unas cuantas cantinas y burdeles de mala muerte. Los empresarios le arriendan terrenos al fisco para instalar las casuchas con las putas.

—¡Qué cosa tan vergonzosa! Me pregunto cómo logran subsistir. Los salarios deben ser bajos —murmuró don Pancho.

—¡Son de hambre! —saltó Luis Emilio—. Les entregan fichas. Les dan cinco fichas diarias por su trabajo y les cobran seis por el alimento que los obligan a comprar en la pulpería. El trabajador le queda debiendo una ficha diaria al salitrero. Es la eterna historia del rico abusando del pobre, muy parecido a lo que vemos en los fundos y aquí mismo, pues, don Pancho, aunque mil veces peor. Después de casi cien años de independencia los ricos han prosperado al tiempo que se han corrompido y los pobres son tan pobres como en 1810.

Don Pancho apreciaba a Recabarren, pero esta comparación entre las miserias de los mineros y sus campesinos lo irritaba. El dirigente lo hacía sentirse un explotador, cuando las dos realidades no eran comparables.

—¡No me venga a comparar, Recabarren! Lo invito a la casa de cualquiera de mis inquilinos. Tengo a mi gente viviendo con dignidad, las casas son de adobe con piso de madera, las hago pintar cada dos años y tienen su pozo negro y su noria.

Guardó silencio.

—Es triste lo que me cuentan —comentó después—; no sé por dónde pueda venir la solución.

—Yo veo por dónde —arremetió Luis Emilio—. La miseria de nuestro pueblo es innegable. Las clases obreras se están levantando.

—¿Una revolución? ¿En Chile? ¡Vaya, Recabarren! Usted lee demasiado a Bakunin.

—No estamos hablando de un movimiento al estilo europeo ni de una revolución del orden establecido, sino de misericordia por parte de los patrones, menos indiferencia de las clases ricas —acotó el maquinista, subiendo y bajando las rodillas donde su niño jugaba al caballito.

—No, compadre. No se trata de misericordia ni de caridad, sino de derechos; yo sí estoy hablando de una revolución del orden establecido.

—Chile no está para revoluciones —retrucó don Pancho—. Las revoluciones se hacen con organización y estos hombres apenas saber leer. ¡Cómo podrían ganar! ¿Y con qué? Si no hay armas para ganar, ir a una revolución es ir al matadero.

Luis Emilio puso su mano en la de don Pancho.

—Una revolución no se hace solamente a base de victorias, don Pancho. El pueblo aprecia más un triunfo insignificante, pero absoluto, que diez fracasos disfrazados de victorias morales.



En la soledad de su habitación, Luis Emilio hizo un recuento de lo que había sido su vida. Su relación con Guadalupe iba mal y en algún momento tendrían que separarse, de hecho, pues la verdad era que, entre sus viajes, su candidatura, el diario y su trabajo en la imprenta, apenas la veía. Lo distinto, al menos en su corazón, era que ya no la amaba.

Estaba entregado a la redacción de panfletos, las mutuales que organizaba en el norte y en la zona central. En Tocopilla había dirigido *El Trabajo*; en Antofagasta, *La Vanguardia*; en mayo ganó la elección para diputado en los distritos de Tocopilla y Taltal y a la

hora de prestar juramento se negó a jurar por Dios; él era agnóstico y no tenía por qué jurar por un dios en quien no creía. Sus adversarios le quitaron el triunfo y lograron cortarle la pasada al Congreso. Después lo acusaron de pagar para suplantar electores. Le dieron 541 días de cárcel; ya había cumplido 233 en Tocopilla. Consideraba esa prisión como la más bella aureola de su frente. No había llegado a ese encierro como un delincuente, sino por defender los ideales del pueblo. Ahora querían obligarlo a cumplir el resto de la sentencia.

No pensaba volver a la cárcel.

Esa noche tomó la decisión de escaparse. Él era un hombre tranquilo: su causa no se basaba en el caos ni en la revancha, sino en el derecho a una vida digna para todos. No es que la idea de la prisión se le hiciera insoportable. Podría caer tres, cuatro, cinco veces preso. Si fuera útil. Pero no servía. Al día siguiente viajaría hasta Los Andes y cruzaría la cordillera rumbo a Buenos Aires. Si Guadalupe quería encontrarse con él y darle una última oportunidad al matrimonio, que lo hiciera; él no forzaría nada, que fuera lo que estaba escrito en su destino.

En medio de estos pensamientos la visión de los dos hombres en las chancadoras volvía a torturarlo. ¡Esos gritos! ¡Por la cresta, cómo era posible semejante brutalidad!

Las chancadoras funcionaban abiertas y una nube de polvo lo envolvía todo. Los trabajadores debían cubrirse la cara con un grueso pañuelo que les impedía respirar. Andaban a ciegas. El mineral chancado se diluía en cachuchos con agua hirviente y los cachuchos no tenían seguridad alguna. Luis Emilio estaba presente cuando dos trabajadores cayeron dentro de un cachucho y se quemaron vivos en medio de chillidos pavorosos.

Esa imagen quedó grabada en su conciencia. Amancio Moraga y Baldomero González. Nunca olvidaría sus nombres.

## El encierro del amor

Habían pasado siete años desde la vuelta de Manuel a Santiago. A su regreso de Europa se encontró con una élite social y política que estaba perdiendo la sobriedad de antaño. Su actitud era orgullosa y despectiva. El antiguo afán de servicio público había desaparecido. Imperaba el egoísmo, la ceguera. ¿No veían la miseria o no les importaba?

Manuel era sensible a la falta de igualdad, a la pobreza. Le gustaba recorrer los barrios miserables y anotar sus necesidades. “Es necesario hablar menos y actuar más”. Hacía gala de no “tapar el sol con el dedo”, como había oído decir al anarquista Recabarren. Había que ser resueltos y solucionar los problemas. Pero esta actitud suya funcionaba solamente fuera de la casa. A la hora de enfrentarse con las dificultades domésticas, se paralizaba y su primera reacción era encerrarse en la biblioteca.

María se desesperaba:

—Crees que mirando al techo y leyendo el diario las cosas se arreglan solas. Te voy a dar una noticia, Manuel. Los problemas no van a desaparecer porque tú no quieras verlos; puedes hacerte el ciego, pero no por eso… para qué seguir, si ni siquiera me estás oyendo.

Él le daba una mirada vacía y callaba. “Me agotan las regañinas de María”, le comentaba después a Javiera.

La relación de María con Manuel era un desastre. María pasaba gran parte del día en su cuarto. Sus niños la enervaban. Había cerrado la puerta al amor y a la maternidad, cambiaba de humor repentinamente, daba portazos o se ponía a llorar por nada.

Sin embargo, Manuel tenía algunos motivos por los cuales alegrarse.

Nicolasa había cumplido trece años. Era inteligente y bien informada. Le interesaba la política, la cultura. Leía la revista *Pluma y Lápiz.* Seguía las noticias en la prensa. Devoraba las novelas que le recomendaba Inés. Por las noches se quedaba hasta tarde en la biblioteca conversando con su padre. La juventud necesita hacer efectivos sus derechos y tener ideales por los cuales combatir, le

decía. Quería ser vanguardista como la tía Inés. Manuel la animaba en sus ideas. Estaba orgulloso de que su hija no fuera una cabeza hueca preocupada de los miriñaques como la mayoría de las niñas de su edad.

Pablo era un niño taciturno, poco dado a reírse; peleaba constantemente con su hermana, muy llevado de su idea. Manuel lo habría catalogado de insoportable si no fuera porque le gustaba el estudio. Tenía memoria de elefante, como su padre, fue siempre el primero del curso y recitaba capítulos enteros sin mirar el libro.

Vicente, en cambio, habitaba en las nubes. Amaba los pájaros, la música y tenía una curiosidad insaciable. "Celinda, ¿dónde termina el universo?". "En ninguna parte, es interminable", contestaba Celinda. "¿Como el tiempo?". "Así mismo, Vicente". "Pero si el tiempo no termina ni empieza, ¿quiere decir que no existe?". "¡Ay, Vicente!, me va a doler la cabeza".

Los tres hijos y Javiera eran la alegría de Manuel. En la soledad de su cuarto sacaba la foto de Javiera que escondía en un cajón y le susurraba palabras amorosas como si la tuviera al frente. Inmediatamente se tapaba la boca, temeroso de que las paredes se convirtieran en coladores y alguien acabara por escuchar sus palabras.

Manuel tenía un alma conservadora y no se rebelaba en contra de una esencia que aceptaba como natural. La Iglesia católica y las tradiciones eran importantes. La familia no se deshacía. La sociedad funcionaba con normas establecidas y él no era nadie para oponerse o ignorarlas. Su madre se lo había inculcado desde niño: la cuna da derechos e impone deberes. Todo esto lo tenía tan claro como que amaba a Javiera desde que la vio llegar del campo con unos pantalones desteñidos y una chupalla de paja. Desde que la vio tomar a Vicente en sus brazos y posar sus labios sobre la frente del niño, como invitándolo a un mundo donde tendría mamá. Desde la mañana en que entró al cuarto de María y estuvo un rato observando a estas dos mujeres, una desganada con las mechas revueltas y la cara seca, la otra alegre y simpática, con esa vitalidad brotando de cada poro de su cuerpo. Pero una era su mujer y la otra, su cuñada. Este asunto quedaría encerrado. María no podía enterarse, mucho menos la sociedad. La pasión que lo incendiaba no

abandonaría jamás los límites de su biblioteca.



Ajenos a las cuitas y desventuras de sus padres, Nicolasa, Pablo y Vicente crecían al amparo de Celinda y la tía Javiera. Celinda les leía los cuentos de Roxana en *El Peneca* y Javiera les daba clases de francés. Pablo pasaba gran parte del día en el colegio, Nicolasa tenía dos tutores que le enseñaban en la casa y la vida de Vicente transcurría en el tercer piso del palacio. Allí aprendía sus primeras letras, jugaba con un caballo balancín y correteaba detrás de Celinda en un eterno "pillarse" donde siempre resultaba ganador.

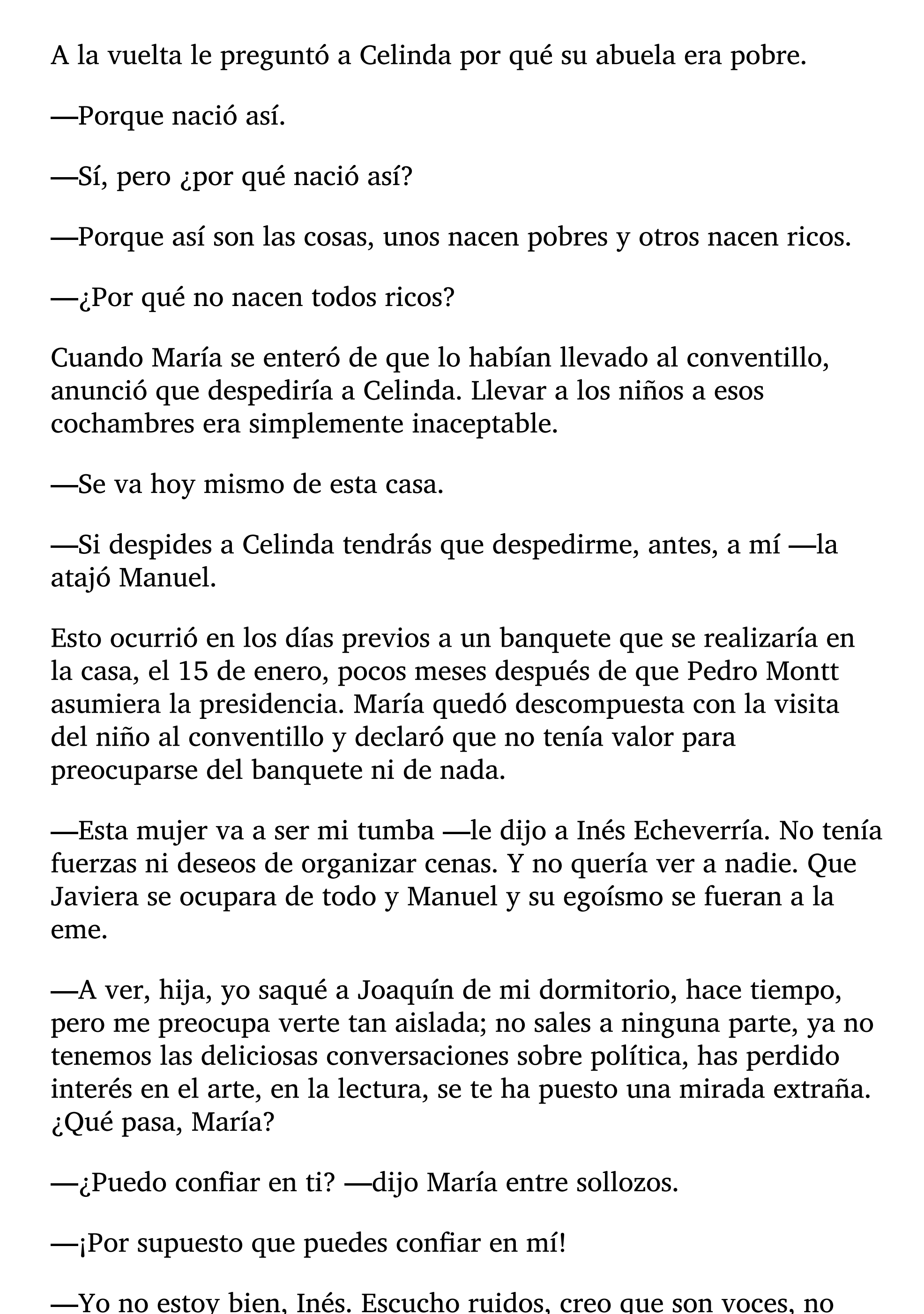
Cuando cumplió cinco años Celinda empezó a sacarlo del palacio. Este niño necesita tomar aire y ver el cielo. Lo llevaba a pasear por la Alameda, a comer pasteles, a jugar con la hermana chica de Rebeca Larraín. Un día lo llevó al parque Cousiño y a la vuelta se fueron caminando hasta el conventillo de la abuela Eduvina.

Encantada con la visita de ese niño rubio de ojos verdes, la vieja lo ayudó a encaramarse en una silla alta de mimbre, único asiento que había en el sucucho, le alcanzó una jarra de matico con unas gotas de limón y enseguida se hincó frente a él para contarle una historia de la salitrera San Lorenzo, donde trabajaba su nieto Juvenal. Los mineros convivían con los espíritus, que se disfrazaban de payaso para alegrar sus noches. Juvenal había visto un fantasma, vestido de payaso, recorriendo la salitrera con un conejo y una vela.

—Atravesaba los muros como si fueran de agua.

—¿Y le habló? —preguntó Vicente.

—El fantasma le hizo una promesa al oído, pero Juvenal nunca ha querido contar más —respondió la vieja. Siguió con su relato mientras el niño sorbía el matico. Las moscas zumbaban. Una que otra pulga daba saltitos entre la jarrita de fierro enlozado y la panera, y un perro de tres patas se rascaba los piojos gruñendo. Hacía un frío de nieve y olía a ropa mojada, pero Vicente estaba fascinado.


A la vuelta le preguntó a Celinda por qué su abuela era pobre.

—Porque nació así.

—Sí, pero ¿por qué nació así?

—Porque así son las cosas, unos nacen pobres y otros nacen ricos.

—¿Por qué no nacen todos ricos?

Cuando María se enteró de que lo habían llevado al conventillo, anunció que despediría a Celinda. Llevar a los niños a esos cochambres era simplemente inaceptable.

—Se va hoy mismo de esta casa.

—Si despides a Celinda tendrás que despedirme, antes, a mí —la atajó Manuel.

Esto ocurrió en los días previos a un banquete que se realizaría en la casa, el 15 de enero, pocos meses después de que Pedro Montt asumiera la presidencia. María quedó descompuesta con la visita del niño al conventillo y declaró que no tenía valor para preocuparse del banquete ni de nada.

—Esta mujer va a ser mi tumba —le dijo a Inés Echeverría. No tenía fuerzas ni deseos de organizar cenas. Y no quería ver a nadie. Que Javiera se ocupara de todo y Manuel y su egoísmo se fueran a la eme.

—A ver, hija, yo saqué a Joaquín de mi dormitorio, hace tiempo, pero me preocupa verte tan aislada; no sales a ninguna parte, ya no tenemos las deliciosas conversaciones sobre política, has perdido interés en el arte, en la lectura, se te ha puesto una mirada extraña. ¿Qué pasa, María?

—¿Puedo confiar en ti? —dijo María entre sollozos.

—¡Por supuesto que puedes confiar en mí!

—Yo no estoy bien, Inés. Escucho ruidos, creo que son voces, no tengo fuerza para nada, lo veo todo negro y malo. —Rompió a

llorar ahora más fuerte—. Creo que me estoy volviendo loca porque Manuel me engaña.

—¡Ay, hija! Manuel sería incapaz de engañarte. Si anda alucinado con Javiera, tómalo como el aire fresco. Todos los hombres viven soñando con la mujer de al lado; no hay que darle ninguna importancia.

—Si sospecharas que Joaquín te engaña, ¿estarías tan contenta?

Inés levantó los hombros.

—Yo nunca estoy tan contenta y no sé si me daría cuenta de que Joaquín me engaña. Para serte franca, creo que acabaría encontrándole toda la razón.



Javiera hizo una lista de invitados, confeccionó el menú, encargó las flores para el *hall* y los salones, seleccionó distintos tipos de luces para iluminar el jardín, y una vez que tuvo todo esto organizado se lo comentó a Manuel.

—Eres un ángel —dijo él, recorriendo los nombres—. Yo mismo no lo hubiera hecho mejor. Pero ¿será necesario que asistan los dos presidentes? Estos dos hombres no se pueden ver, Pedro Montt ha vociferado a los cuatro vientos que el gobierno de Riesco es el peor de la historia de Chile. Lo ataca con una furia que solo he visto en Malaquías Concha y el anarquista Recabarren.

—Tienes razón. Vamos a dejar al presidente Montt solo, pero hay algo que debes saber desde la partida. Sara del Campo es una mujer fuerte y muy inteligente, me han dicho que en las tertulias de su salón se cocinan las políticas del país. ¿La conoces? Es preciosa, apasionada y vehemente, como una cortesana del siglo XVIII. Tiene gran influencia sobre su marido, dicen que será ella quien haga y deshaga los gabinetes. Si va a venir, tendremos que invitar a señoras con personalidad.

—Pero con sus maridos —afirmó Manuel, temeroso de que a Javiera se le ocurriera alguna locura.

Javiera lanzó una risa alegre.

—Y tú, ¿qué creías?



Inés Echeverría, Delia Matte, Sara del Campo, Rosa Ester Alessandri, Rebeca Matte, Olga Budge, Amalia Errázuriz, Luisa Lynch. Con sus maridos. Arturo Alessandri, Agustín Edwards Mac-Clure, el presidente Pedro Montt, Rafael Sotomayor, Pedro Felipe Iñiguez, Ramón Subercaseaux, Joaquín Larraín, Salvador Izquierdo, y Eliodoro Yáñez, que iría solo, pues Rosalía estaba enferma.

—Aquí no veo a la mujer de Sotomayor.

—Es que nadie la conoce —dijo Javiera arriscando la nariz.

—Bueno, pero es el ministro del Interior, no lo podemos invitar sin su esposa. ¿Y el menú? Quisiera ofrecer algo fino.

Entonces cayó un silencio y por un rato ninguno de los dos habló. Afuera sonaba el picotear de un pájaro carpintero y por el lado de la cocina, la risa de Vicente, que estaría saltando la cuerda con Celinda.

Manuel no apartaba la vista de los ojos de su cuñada.

Javiera sintió el impulso de tirársele a los brazos y quedarse pegada a él.

—Te quedaste callado.

—Siento un imperioso deseo de darte un beso, pero me voy a contener.

Javiera se rio.

—¿Te parece bien un menú francés?

—Me parece muy bien.

Al día siguiente, Javiera entró en la pieza de su hermana con el menú escrito en una hoja de papel.

—¿Y esto?

—Quiero que me des tu opinión antes de mostrárselo a Manuel.

—No. Lo que quieres es anunciarme, sin decírmelo, que te estás haciendo cargo de lo que debiera encargarme yo.

Javiera no dijo nada. Salió de la pieza con el menú en la mano.

## El banquete

—Asistiremos solamente las elegidas —le decía Inés Echeverría a Joaquín en el coche—. Espero divertirme en grande. Le pedí a Javiera que me sentara junto a Alberto Edwards; es inteligente, sarcástico y tiene sentido del humor.

—Entiendo que también va tu admirador.

—¿Eliodoro? No sabía que estaba invitado. —Inés cerró los ojos como si estuviera imaginándoselo—. Ese hombre me embelesa con su sabiduría. Es uno de los pocos que dominan el griego y el latín y además tiene una voz potente. No hay mejor orador; va a ser presidente, acuérdate de mí.

—¿Con esos apellidos? No veo cómo pueda ser presidente. Hijita, te rodeas de puros siúticos.

Los coches se estacionaban a un costado del parque. Dos guardias de la policía montada dirigían el tránsito y otros dos alejaban a los curiosos apostados en las rejas del palacio.

El vestíbulo y los salones estaban iluminados con lamparillas

eléctricas, otras de gas y algunas bujías que le daban magia al ambiente. Los invitados subían las escalinatas del pórtico, eran recibidos por Manuel Zañartu y su cuñada Javiera y conducidos al salón por un garzón de chaqueta blanca y corbata humita.



—Aquí viene Olga —comentó Arturo Alessandri a su mujer, y Rosa Ester lanzó una exclamación de asombro. La mujer vestía de negro y una delicada piel de chinchilla cubría sus hombros. Llevaba un collar de brillantes como único adorno.

Olga Budge no dejaba indiferente a nadie. Producía una mezcla de admiración y envidia. Tenía unos ojos grandes y soñadores y un porte de reina, delgada y distinguida. A los veinticuatro años, era perfecta en su papel de esposa de Agustín Edwards Mac-Clure, el hombre más rico de Chile y uno de los más influyentes. Lejos de vivir como objeto de adorno a la sombra de su marido, estaba al tanto de los negocios, su opinión era tomada en cuenta y entendía mejor que nadie el peso de *El Mercurio* en la sociedad. Inteligente y culta, desde niña había sentido admiración por Inglaterra, de donde provenía su familia. Prefería la belleza de París, pero la corte de Saint James, con esos ingleses de clase alta, finos y eruditos, la deslumbraba.

Olga y su marido vivían rodeados de antigüedades y obras de arte en las sesenta habitaciones del palacio Edwards. Había allí un ejército de sirvientes, entre niñas de mano, mozos de mesa, cocineros, jardineros, institutrices y mentores de su único hijo de siete años, Agustín. Olga estaba al tanto de los problemas de sus empleados y los empleados confiaban en ella, le llevaban sus cuitas y la consultaban sobre las comidas. "Señora Olga, pruebe esta salsa". Le gustaba meter sus manos en los guisos, estar al tanto de lo que se preparaba para tal o cual banquete o fiesta de fantasía, y de tanto en tanto inventaba una receta estrafalaria, como la del consomé con ojos de pavos. A temprana edad ya había ganado fama de excelente cocinera, aunque el verdadero cocinero era su marido. Entre los dos habían acordado mantenerlo en secreto. Él creaba los platos y Olga los interpretaba. Él rescataba viejas recetas de la

cocina chilena y Olga les cambiaba la manteca de cerdo por mantequilla y las dejaba convertidas en un plato más refinado.

Esta noche Olga alabó las ostras, el *foie gras* en jalea y el champán de Venoge que sirvieron de aperitivo.

—¡Qué delicioso! ¡No tiene nada que envidiarle a París!

—Me imagino que para ti la cocina francesa es la reina de las cocinas, Olga —le dijo Rosa Ester Rodríguez al verla saborear una galletita con *foie gras.*

—No lo crea, doña Rosa Ester, a mí me interesa mucho más la cocina chilena.

—¡Quién lo hubiera dicho! —exclamó Rosa Ester.

Olga se llevó el dedo índice a los labios y bajó la voz.

—No se lo cuente a nadie, mire que entre toda esta siutiquería chilena es mejor pasar por afrancesada. Aquí nadie sabe que la mejor cocina francesa es la del campesinado, tal como en Chile.

—¿Te refieres a los porotos? —Rosa Ester estaba sorprendida. Le habían dicho que en Santiago no había gusto más delicado que el de Olga Budge, y no podía imaginársela comiendo porotos.

—Los porotos, las cazuelas, los estofados de conejo, los pollos arvejados, los pucheros, las carbonadas, los escabeches…

—¡Vaya por Dios, Olga! Y yo que te creía tan afrancesada.

—No me entienda mal; yo adoro París y el refinamiento de la corte de Saint James me fascina, pero las cosas como son. Los chilenos somos *snobs* y arribistas. No apreciamos lo que tenemos aquí. Creemos que porque llamamos *fricassée* a un revoltijo de pollo con cebolla y callampitas vamos a convertirnos en parisinos. El otro día fui a almorzar a una casa venida a menos, un poco *déclassées,* y me ofrecieron un bistec *chez-soi,* así lo llamó la dueña de casa. ¿Sabe qué era? Un bistec con papas y perejil.

—Bueno, es una cosa de nombres, los ingredientes son los mismos

—dijo Rosa Ester.

—No es cuestión de nombres, sino de identidad. Yo no tengo el menor problema en decir que me encanta Europa y Santiago me parece de un provincialismo insoportable, pero, si estoy en Santiago, este provincialismo es lo mío; lo abrazo y lo acojo con sus porotos, sus costillares y su chancho en piedra.

Rosa Ester quedó admirada con sus palabras. Ya le contaría esta conversación a Arturo, quien por lo demás era amigo de Agustín.

Amalia Errázuriz y Ramón Subercaseaux produjeron una exclamación de asombro entre los invitados. Era raro verlos en reuniones sociales; la pareja estaba casi siempre en Europa —Ramón era embajador plenipotenciario en Italia y Alemania— y Amalia sentía una franca aversión por las cosas mundanas. El pintor y su mujer habían perdido cuatro hijos: una de las niñas sufrió una cruel enfermedad que la mantuvo postrada, ciega e inválida durante siete años; otra, de diecisiete años, murió de tifus; un niño, de muerte súbita y hacía solo un mes, una niñita de trece había muerto de una enfermedad desconocida.

Amalia recibía las miradas de cariño, atribulada, mientras Ramón la sostenía del brazo como si temiera que en cualquier momento la tristeza pudiera derrotarla.

Poco después llegó Rebeca Matte. Se veía enfermiza. Su pelo liso tirando a colorín parecía mojado. Un rostro de facciones enjutas, casi eléctrica de espíritu, y ese aire de orgullo que suele ser la máscara en que se esconde un doloroso, como la describiría Gabriela Mistral.

Rebeca estaba viviendo un año en Chile antes de regresar a París y traía a su marido poco menos que a la rastra. Pedro Felipe Iñiguez era un tunante que amaba a las mujeres jóvenes mucho más que a la suya, completamente ajeno a los intereses artísticos de Rebeca. Dos días antes había vuelto borracho a su casa con un par de amigos de parranda y Rebeca, indignada, cortó en pedacitos su manta de vicuña. Después tuvo que rogarle que la acompañara al banquete. Ella no podía ir sola. Esta era una sociedad llena de normas; ya no estaban en París.

La pareja resultaba bastante estrafalaria. Vestían a la usanza francesa: Rebeca llevaba un traje de terciopelo verde oscuro y un elegante sombrero de Reboux, y Pedro Felipe, muy esbelto y dándose aires de *dandy*, una capa de piel de armiño hasta el suelo. Sin embargo, pálidos y ojerosos, y ella flaca como un palo, parecían mendigos disfrazados.

Casi junto con ellos hizo su entrada Eliodoro Yáñez. La frente alta y despejada, la mirada transparente.

Al verlo aparecer, Inés corrió a saludarlo.

—De haber sabido que vendría, habría insistido en que me sentaran a su lado —le dijo, besándolo en la mejilla.

—Veo que me ha traicionado, bella Inés. ¿Quién es mi rival? —preguntó el excanciller. Aunque no se lo hubieran dicho, lo intuía. Alessandri era otro de los enamorados de Inés, pero ni Alessandri ni nadie la amaría como él. Rosalía era la madre de sus hijos, mas quien lo miraba en este momento con esa chispa inteligente y la sonrisa que él adoraba era su amor secreto.

—Alberto Edwards, que no está nada de mal —dijo ella arriscando la nariz.

—Y bastante más joven que yo. —Eliodoro disimuló un suspiro de alivio. Alessandri era el rival a quien temía; al otro lo encontraba arrogante y engolado y sabía que Inés nunca se enamoraría de él.

—Cuénteme cómo la ha recibido el país, Inés.

—Se lo cuento en pocas palabras. Subí el cerro Santa Lucía, recorrí el parque Cousiño, entré a unas cuantas casas como la de mi prima Trini, oscuras, de patios empedrados, incómodas. ¿Quiere que le diga la santa verdad? Todo me parece feo, mezquino y de mal gusto. Chile sigue siendo colonial. Estas familias pueden parecer un modelo por la unión, la inocencia y la bondad de las mujeres, pero son la cosa más aburrida del mundo.

—No pensará hundirse en un pozo de quejumbres, una mujer admirable como usted, que tiene opiniones, un pensamiento

interesante, que está más despierta que nadie en este mundo de dormidos. A usted le interesa la actualidad; ¿por qué no escribe en un periódico?

Inés lo miró pensativa. ¿Podría decirle que después de sentirse sin amor y sin deseos había descubierto la maravillosa rama budista Sakia-Munn, que alumbró su noche y la ayudó a escribir su primer libro? Lo había publicado sin nombre. En esta sociedad atávica era mal visto que una mujer publicara, mal visto una mujer con la pluma en la mano, las plumas estaban para los sombreros. ¿Confesaría que ella era la autora?

—Lo que usted debería hacer es fundar un diario y contratarme —le dijo en cambio, y casi enseguida vio a Arturo Alessandri apoyado en la chimenea de mármol—. Ahora lo dejo, me voy a saludar a Arturo.

El presidente Montt llegó del brazo de Sara del Campo. Su presencia inspiraba respeto. Su gran cultura, su austeridad y su memoria habían adquirido ribetes casi míticos. Además, estaba el honor de ser hijo de Manuel Montt, aunque él nunca hablaba de la importancia de su padre. Vestía de negro, de la cabeza a los pies, llevaba anteojos oscuros. Su figura era tétrica.

Su mujer, a quien todos consideraban inteligentísima, tenía un rostro expresivo, de nariz prominente y ojos verdes. Llevaba un vestido de gasa blanco y una flor negra en el escote. Era la viva imagen de una dama andaluza. Esa noche se mantendría discretamente callada, dejándole espacio a su marido.

Todos los ojos se fijaron en el nuevo mandatario, sobre quien caía la responsabilidad de poner fin a la anarquía parlamentaria. Germán Riesco era querido por su honestidad y esa manera campechana y elegante de hacer las cosas, pero su gobierno había sido un desastre. Entre gabinetes, alianzas inoperantes, pactos y nuevos pactos, el quinquenio se fue sin dejar nada sembrado y nada por cultivar. Si Pedro Montt no tomaba las riendas del gobierno con firmeza, Chile acabaría en la ruina. Y aquí llegaba el recién elegido, saludando amablemente, besando a las señoras, palmoteando a sus amigos en la espalda.

—Le deseo la mejor suerte en su gobierno; los ojos de todos los corazones esperanzados están puestos en usted, presidente —le dijo Alberto Edwards al pasar.

Delia, como siempre, fue la última. Le gustaba hacerse esperar. Era alta y vestía un traje de casa europea, sombrero de dos plumas. Caminaba cimbreando el cuerpo, haciéndose la que no se daba cuenta de las miradas. Sus ojos oscuros y punzantes se posaban apenas un segundo en cada cosa, como dos zorzales. Bella y misteriosa.

—Aquí viene Delia Matte —le dijo Inés a Joaquín—: una pluma sobre la barriga, otra en el traste. Se ve preciosa. ¿No crees?

Joaquín la observó con cierta nostalgia. En lo profundo de su corazón siempre había estado un poco enamorado de Delia. Era una mujer atrayente; le gustaba su lenguaje breve, enigmático. Una de las pocas que prefería hacer preguntas y era capaz de escuchar.



A las once de la noche se abrió el comedor. La cristalería de Bohemia, las porcelanas de Sévres, la plata *vermeil*. Todo resplandecía.

Los invitados lanzaron exclamaciones de admiración. Manuel Zañartu los había impactado aun antes de servir la trucha salmonada con salsa verde, el faisán relleno con trufas, la ensalada *parisien*, las tortas de miel y cerezas y los vinos Chambertin 1884 y Chablis Moutonne. El menú de Javiera.



Delia Matte estaba sentada entre Joaquín Larraín y Arturo Alessandri.

—Usted me intriga, Delia —le dijo Arturo en un momento—. Es como si le diera al mundo solamente miradas rápidas. Siempre la veo como al pasar, nerviosa; en un momento está y al momento

siguiente ha desaparecido. Y no es mucho lo que habla.

—Me encuentra indescifrable.

—Yo diría que sabe ponerse entre paréntesis. Miéville decía que "el secreto de las mujeres que se distinguen por su amabilidad es saber olvidarse de sí para hacer valer a los demás". Es justamente lo que usted hace, Delia: acalla sus propios deseos y presta en cambio atención a las necesidades de los demás. ¿Me equivoco? La he visto actuar en las tertulias de su salón y la felicito por congregar a gente de distinto origen social, pero tengo la impresión de que usted, con esa actitud tan benévola y comprensiva, condesciende sin descender. Me pregunto qué se cocinará dentro de esa hermosa cabeza.

—Yo me cuido de lo que digo, Arturo. También me cuido de lo que pienso —dijo ella, cogiendo su abanico.

—¿Y qué piensa? —preguntó Arturo, ladeando la cabeza.

—Pienso mucho en el amor. En la muerte. En la falta de libertad.

—¿Desde qué punto de vista piensa en estas cosas? Se lo pregunto porque Luisa Lynch me ha dicho que usted es gran defensora de las ideas feministas. ¿Es verdad?

—Depende de lo que usted entienda por feminismo.

—Me interesa más saber lo que entiende usted. Instrúyame, Delia, que yo de esto no sé nada.

—El feminismo, para mí, es despertar en la mujer el derecho a estudiar, a ilustrarse, el derecho a nutrirse de una cultura efectiva. Dicho en otras palabras, el derecho a constituir una personalidad propia.

—En buenas cuentas, que la mujer se nivele con el hombre.

—No me refiero a nivelarse con el hombre ni con nadie, sino al simple concepto de ser, porque quien no se perciba individual y distinto entre la comunidad humana no tiene derecho a ser.

Arturo permaneció en silencio masticando estas palabras.

Sentada dos puestos hacia la izquierda, al lado del presidente Montt, estaba Rebeca Matte y al frente, Rosa Ester Rodríguez.

—Cuéntenos, Rebeca. Me han dicho que ha montado un taller; ¿piensa quedarse a vivir en el país? —preguntó Rosa Ester.

Inés, que estaba cerca de su prima Rebeca, tomó la palabra como si le estuvieran preguntando a ella.

—Rebeca montó su taller y es un estupendo lugar para trabajar sus esculturas, pero ¿saben qué la ha detenido?

Todos los ojos se fijaron en ella.

—La mojigatería chilena. Resulta que esta gran escultora, que ha expuesto en el salón del Vernissage, en París, en Chile no ha podido encontrar modelos desnudas, cuerpos vírgenes, puros y bellos, que necesita para esculpir. En la clase alta se lo considera vergonzoso, nadie permitiría a una de sus hijas posar desnuda, y las mujeres pobres son de cuerpo maltrecho y gordas. Y eso no es todo —siguió Inés—. Como muchos de ustedes se habrán enterado, esos curas absurdos la echaron del templo alegando que es irreverente entrar a una iglesia con sombrero. Habrase visto estupidez igual… como si a Dios le importaran tanto los sombreros. Lo cierto es que Rebeca se vuelve a París porque en la colonia no se puede esculpir con modelos desnudas ni rezarle a Dios sin un velo. ¿No es así, Rebeca?

Rebeca asintió, molesta con su prima; ella habría respondido tal vez lo mismo, pero de otra manera.

Sentado en la otra cabecera de la mesa, Manuel prestaba escasa atención a lo que hablaban sus huéspedes. Javiera, sentada a su lado, sentía la presión de su mano en la rodilla. En un momento, mientras todos estaban pendientes de las palabras de Inés Echeverría, sus miradas se cruzaron, Manuel le susurró algo al oído y ella asintió bajando las pestañas.

Hacia el final de la cena, cuando se sirvieron los postres, Pedro Montt tocó una de las copas de cristal con el tenedor y pidió silencio en la mesa.

—Quisiera hacer un brindis. —Alzó su cuerpo robusto. Tenía sesenta años, el pelo blanco, los rasgos de su rostro eran firmes y, a pesar de esa estampa como de cuervo, su voz era clara y brotaba a raudales—. Quisiera empezar brindando por la amabilidad de nuestros anfitriones, Manuel y María, representada aquí por su hermana Javiera; muchas gracias por este espléndido banquete y por su hermoso gesto hacia las víctimas de la tragedia de Valparaíso. Me han dicho que después de los postres se rematará un cuadro de Jean-Baptiste-Camille Corot y tengo a bien señalarles que yo pondré el valor máximo de la obra de arte, que debe quedar en este palacio, y el dinero será donado a las víctimas del terremoto.

Todos aplaudieron.

—Y ahora, señoras y señores, vamos a la cuestión política. Nuestros partidos están caducos, reina la anarquía parlamentaria, predomina la inmoralidad. Aquí, hoy, y ante ustedes, me comprometo a terminar definitivamente con el caos en el Congreso; liquidaré los partidos que han envejecido robando y van a restaurarse las viejas tradiciones de orden y gobierno. La administración que terminó debe quedar enterrada bajo capas de vergüenza. Por su incapacidad para ordenar el país. Por su desidia a la hora de negociados y toda clase de actos inmorales. Por su displicencia ante las demandas del pueblo estafado. Pero la ineficacia ha llegado a su fin: hoy es un nuevo día y el país entra en la senda del crecimiento, el orden y la paz. Muchas gracias.

Agustín Edwards Mac-Clure agachó la cabeza en el momento en que el nuevo presidente fustigaba al gobierno de su querido jefe y amigo. Había servido a Germán Riesco como ministro de Relaciones Exteriores y sentía verdadero aprecio por el hombre. Disimuló su molestia lo mejor que pudo. Su familia y la de Montt eran amigas desde la década de 1850. Él mismo era amigo de Pedro Montt, lo ayudó a financiar su campaña y *El Mercurio* lo apoyó cada vez que fue necesario. El nuevo presidente tenía mucho de que estarle agradecido. Ya le habían advertido que Montt lo tenía contemplado para varios ministerios y él se tenía contemplado a sí mismo para

futuro presidente de Chile.

Alberto Edwards, que estaba en el otro extremo de la mesa, se dirigió a su vecina.

—Pedro Montt ha llegado a la presidencia liderando el regeneracionismo. Se está presentando a la ciudadanía como el único capaz de terminar con los excesos del régimen parlamentario y la crisis moral que nos ahoga. Yo creo en este hombre. ¿Y usted, Inés?

—Yo no creo en nadie —dijo ella.

Arturo Alessandri escuchó las palabras de Montt sin demostrar sus sentimientos. Montt no le gustaba. No confiaba en él ni en sus promesas. Le parecía un hombre terco y dogmático. *Pero habrá que darle el beneficio de la duda.*

Cinco años más tarde, cuando las esperanzas puestas en el "regeneracionista" se habían hecho humo, Alessandri emitió su juicio despiadado. "Es un hombre torpe, obcecado y testarudo, yo siempre lo supe; no solo manchó su gobierno con la matanza de Iquique, sino que despilfarró centenares de millones en obras irracionales. La regeneración administrativa que prometió, y de la cual hizo una bandera de combate y de calumnia contra el presidente Riesco, resultó una burla sangrienta".

## La sangrienta burla de Iquique

Estaba amaneciendo el domingo 15 de diciembre de 1907. José Briggs y Juvenal Meza dirigían a un grupo de obreros de la salitrera San Lorenzo que esa madrugada decidió bajar hasta Iquique. Cinco días antes se habían sumado a la huelga de los trabajadores del nitrato.

Eran dos mil hombres.

Marcharon toda la noche.

Hacia las diez de la mañana Briggs, Juvenal y un comité de otros cinco mineros golpeaban la puerta de la Intendencia.

—El intendente Carlos Eastman se encuentra en Santiago —les dijo un portero—; lo está reemplazando don Julio Guzmán. ¿Quieren hablar con él?

—Si me hace el favor… Necesitamos dialogar con las autoridades.

Al rato apareció Julio Guzmán. El hombre se veía nervioso.

—Dígame, nomás. Veo que vienen acompañados de harta gente; estoy reemplazando al intendente, pero si hay algo en que pueda ayudarlos…

En palabras breves Briggs le planteó el motivo por el cual se encontraban en Iquique y enseguida resumió los cuatro puntos de negociación acordados en la salitrera.

Guzmán se dio media vuelta y, cuando intentaba alejarse, Juvenal lo detuvo tomándolo por el brazo.

—¡Epa, señor! No pensará dejarnos con la palabra en la boca.

—No negociamos bajo presión. Nada. Ninguno de sus puntos. Y aparte de eso, no soy yo quien toma estas decisiones, soy un mandado. Lo que deben entender es que así, presionando con una muchedumbre, no se negocia.

—No hay nada que entender, señor. Le hemos expuesto nuestras peticiones y no vamos a movernos de Iquique antes de obtener una respuesta.

—Dese a la razón. ¿No comprende lo que estoy diciendo? ¿Por qué no me hacen el favor de convencer a sus hombres para que vuelvan a la pampa?

—¿Volver a la pampa? ¡De ninguna manera! —dijo Briggs—. Si hemos llegado hasta aquí es para hablar con los representantes de las compañías, con todos: los chilenos, los ingleses, los españoles, los alemanes y los italianos. Son ellos quienes deben dar respuesta a nuestras reivindicaciones.

—Es que ustedes piden hasta la luna, hombre.

Juvenal dio un paso al frente.

—Estamos pidiendo el mínimo, señor. Que nos paguen en dinero legal y no en fichas que solo podemos cambiar en las pulperías donde nos cobran más que en los almacenes; protección en las faenas peligrosas; un alza de estos salarios de hambre y escuelas para nuestros hijos. ¿Eso es la luna para usted?

—Les propongo lo siguiente… ¿Meza?

—Sí, Juvenal Meza, de la salitrera San Lorenzo, y el compañero acá, José Briggs, preside la huelga.

—Escúchenme con atención. Nombren ustedes mismos un comité de unos diez mineros y déjenlos aquí. Yo me encargo de alojarlos y de organizar las reuniones con los patrones. El resto, que vuelva a la pampa.

—No vamos a movernos hasta que alguien nos garantice que nuestras reivindicaciones van a ser satisfechas.

—Ustedes no son los primeros en llegar. Si salen de esta oficina y caminan cinco cuadras hacia la plaza verán que hay miles de pampinos que han estado llegando con sus mujeres y sus hijos. El presidente Montt me ha instruido para que decrete un estado de sitio e impida la bajada de otros pampinos. Les reitero: vuelvan a la pampa. Esta no es la manera de solucionar el conflicto —insistió Guzmán.

—Vamos a unirnos a los demás, señor; nadie va a volver a la pampa. —Juvenal y Briggs hicieron una leve venia y salieron de la Intendencia. Una vez en la calle, Juvenal se subió a un cajoncito.

—¡A la plaza!



El intendente Carlos Eastman, reasumido en su cargo, bajó de una nave proveniente de Valparaíso; con él venía el general Roberto

Silva Renard.

Seguían pasando los días y la situación empeoraba. Los hombres se negaban a abandonar las calles e iban llegando más mujeres y más niños. Ante la presión de la muchedumbre y el temor de los lugareños, Carlos Eastman hizo abrir las puertas de la escuela Santa María de modo que los huelguistas tuvieran donde instalarse.

Los trabajadores entraron en orden y fueron acomodándose en la azotea, en las salas de clase y en los pasillos. Llegó un momento en que no cupo más gente. Dentro de la escuela había unos cinco mil obreros. Discursos, gritos y arengas podían escucharse a tres cuadras. "¡Exigimos salarios justos y protección laboral! ¡Educación para nuestros hijos!".



Pasó casi una semana y para el 21 de diciembre Iquique se había llenado de contingentes militares. Hacia media mañana Eastman se reunió con José Briggs y otros tres líderes de la huelga, Juvenal Meza entre ellos.

Habló Briggs.

—Señor Eastman, tenemos una propuesta para los capitalistas. Dígale al dirigente de la Combinación Salitrera que pedimos un aumento del sesenta por ciento de nuestros jornales por un mes; de esa forma tendremos tiempo para ponernos de acuerdo y encontrar una solución definitiva a nuestras reivindicaciones.

Para esas horas las calles estaban plagadas de carteles, consignas, banderas… y soldados que a la primera orden dispararían. Desde Santiago el presidente Montt exigía a gritos una solución.

Consciente de cuán explosiva era la situación, Eastman corrió a la oficina donde lo esperaban los tres representantes de los capitalistas.

Habló uno de ellos.

—Vamos directo al asunto que nos preocupa, señor Eastman. No vamos a negociar bajo presión de los huelguistas.

—Estas son las condiciones —dijo Eastman con un temblor en la voz—. Y no es tanto lo que piden. El presidente Montt ha autorizado concederles la mitad para que empiecen las conversaciones, la mitad por ahora, y de esa forma zanjaremos la cuestión de manera pacífica.

El que había hablado meneó la cabeza.

—Usted no está entendiendo, señor Eastman. Y me imagino que el presidente Montt tampoco. No se trata del monto. No es cuestión de dinero, sino de principios. Negociar bajo presión significaría una imposición de los huelguistas y anularía el prestigio moral que debe tener el patrón sobre el trabajador. ¿Cómo quiere que mantengamos el orden y la corrección en las faenas de las salitreras si nos avenimos a entregarnos a la primera presión de los obreros? ¿Se da cuenta del precedente que estaríamos sentando para el futuro?



A la una de la tarde cayó un silencio raro. Los pájaros se escondieron. El cielo se había encapotado. A lo lejos el mar parecía un lago.



A las dos de la tarde el general Silva Renard recibió por escrito una orden de desalojar la escuela Santa María y la plaza Manuel Montt. Los huelguistas debían salir de Iquique; la ciudad no podía seguir a merced de los trabajadores del salitre.

Silva Renard y el coronel Ledesma llegaron hasta las puertas de la escuela con cien granaderos.

—Deseo parlamentar con José Briggs —dijo Silva Renard,

dirigiéndose al minero que custodiaba la entrada a la escuela.

Minutos más tarde Briggs emergió de entre un grupo de hombres que lo acompañaba. Al verlo, el general dio un paso hacia adelante.

—Infórmele al comité directivo de la huelga que tienen una hora para abandonar este lugar y dirigirse al Club Hípico. Si no lo hacen, haré avanzar las dos ametralladoras del crucero *Esmeralda* y apuntarán hacia la azotea donde están reunidos sus hombres. ¿Me escuchó bien?

—Lo escuché bien, general, y la respuesta es no. Ya hemos puesto nuestras condiciones: sesenta por ciento de aumento a los salarios durante un mes y nos sentaremos a dialogar. No hay más.

El general sintió que le faltaba el aire. Sus ojillos negros se clavaron en el rostro insondable del dirigente.

—¡Que el piquete O'Higgins tome su puesto! —le ordenó al coronel Ledesma, y enseguida, volviendo la vista hacia Briggs, dijo—: Briggs, está advertido. Dígale a su gente que si no se retiran de la escuela dentro del plazo anunciado haremos uso de la fuerza.

Una hora más tarde, el capitán de navío Aguirre, el general Silva Renard y el comandante Alfaro se reunieron en la oficina del intendente. Durante su conciliábulo los jefes militares llegaron a la conclusión de que era necesario resguardar el prestigio de las autoridades y de la fuerza pública.

—¡Desalójenlos! —gritó Silva Renard.



Juvenal Meza, José Briggs y otros veinte hombres que se encontraban en la azotea alcanzaron a escuchar los cañonazos y las ráfagas de las ametralladoras. Juvenal cayó herido en el corazón y entre luces que se acercaban y alejaban vio un fantasma vestido de payaso con una vela en la mano. El fantasma se inclinó sobre él y le sopló algo al oído, pero Juvenal no alcanzó a oírlo. El mundo había caído a un abismo negro.



La macabra noticia no tardó en llegar a Santiago. Algunos jinetes que venían del norte contaron lo ocurrido. El gobierno estaba escamoteando la verdad y había censurado a la prensa. Los muertos eran tres mil seiscientos y el gobierno hablaba de ciento cuarenta.

—Esto es una vergüenza, el presidente se está jugando todo su prestigio —comentaba Manuel hablando con Arturo Alessandri en el Club de la Unión.

—*El Mercurio* lo defiende y, lo que es peor, está justificando la matanza —dijo Alessandri moviendo la cabeza—. No entiendo lo que hace Agustín. ¿Leíste el editorial de hoy?

—Lo leí y lo siento por el prestigio del diario también. ¿Cómo pueden justificar semejante crimen diciendo que se trataba de mantener el orden público?

—Lo más grave es que el gobierno ha censurado al diario *La Época*. Para conocer la verdad de los hechos la gente tendrá que viajar al norte o quedarse con las mentiras que está difundiendo la prensa gobiernista.



Alguien llamó a la puerta de la pieza de Eduvina en el conventillo. La vieja estaba lavando su mantilla y se secó las manos a toda carrera.

Celinda había quedado de ir a verla con el niño Vicente. Eduvina abrió la puerta creyendo que eran ellos.

Era una vecina.

La mujer le pegó una mirada compasiva.

—Hubo una matanza en Iquique, doña Eduvina, y dicen que Juvenal está entre los muertos. Le quería avisar.

Eduvina se puso los zapatones que usaba para ir a misa los domingos, se cubrió la espalda con un chal y salió rumbo a la casa donde trabajaba Celinda.

Al llegar al palacio quedó deslumbrada ante la escalinata de mármol, las cornisas de yeso labrado, los dos guerreros de bronce, el tímpano con el monograma de la familia, más allá, los pétalos brillantes de las rosas recién regadas y el pasto como una alfombra de terciopelo verde. Ella nunca había andado por esos barrios. No se atrevió a tocar la campana; ¿cómo iba a presentarse con esas pilchas?



Arturo Alessandri tomó la palabra en la Cámara de Diputados.

—En Iquique no se ha producido ningún acto que mereciera reprimir de esa manera, mucho menos asesinar a los huelguistas. ¡Tres mil seiscientas personas muertas! Quiero decirlo en voz alta para que me escuchen los del gobierno. Señor presidente Montt: la censura al diario *La Época,* decretada por usted para cubrir los hechos, es una gran cobardía. ¡El miedo atávico al pueblo! ¡Eso es lo que ha producido esta masacre! ¡Y usted es el único responsable!

Desde la matanza de Santa María de Iquique, Pedro Montt sería visto por liberales, radicales y socialistas como un gobernante débil que había traicionado la confianza depositada en él, y por los conservadores, como un hombre bueno con mala suerte. Aún faltaban tres años para el final de su mandato y ya estaba afectado no solamente su prestigio, sino también su corazón, sus venas y sus riñones.

Una cruel enfermedad fue carcomiendo su cuerpo hasta derrumbarlo.

## En el patio del instituto

—Que tenga un buen día, don Domingo.

—Lo mismo le deseo a usted, maestro, que los alumnos no lo vuelvan loco —respondió Domingo Amunátegui, y siguió su paseo charlando con unos y otros. Allí estaban Julio Montebruno, Samuel Lillo, Ulises Vergara, Felipe Flores, Carlos Ramírez, todos profesores de alto rango alternando con maestros más humildes, alumnos e inspectores del Instituto Nacional.

El maestro se paseaba fumando un cigarrillo tras otro. De tanto en tanto alzaba la cabeza para responder amablemente a los saludos de sus colegas. Era bajo y delgado, de rostro cetrino, un poco picado de viruelas. Andaba siempre curvado de espaldas, reconcentrado. De apariencia más bien fría y distante, nunca lo veían reírse a carcajadas, pero había "algo" en él que daba confianza. Era su manera de mirar. Los ojos color verde oscuro, casi negros y profundos escondían una secreta alegría, y aun cuando se enojaba al fondo de su mirada había una sonrisa.

Esa mañana estaba molesto con un grupo de estudiantes que le habían jugado una broma pesada. Para burlarse de su estatura, los chiquillos colocaron un cajón de manzanas frente a su escritorio en la sala de clases. Pero eso no le importaba tanto como su negligencia. El poco interés que demostraban en corregir bien las tareas. Su mala conducta. Fernando Alessandri Rodríguez, Hernán Figueroa Anguita, Arturo Bascuñán Echeverría, Ramón Vicuña Herboso, José Tomás Errázuriz, Pablo Zañartu Larraín… muchachos inteligentes, de buenas familias, con dinero para comprar libros, viajar, hacer deportes. ¡Cómo hacerles comprender lo privilegiados que eran!

Antes de comenzar la clase corrió el cajón a un lado y les habló paseándose entre los pupitres.

—Me extraña que muchachos de grandes familias y fortuna se esfuercen tan poco por estudiar y aprender. Yo, que soy un hombre modestísimo, hago clases para ganarme la vida y seguir una nueva profesión.

Unos pidieron disculpas, otros agacharon la cabeza. Algunos de sus

alumnos, aunque en ese momento no lo sospecharan, serían opositores suyos, treinta años más tarde, cuando el maestro Aguirre Cerda venciera al padre de uno de ellos en la elección presidencial de 1938.

Porque así iría tejiéndose la historia de los presidentes de Chile en el siglo XX. A uno lo veremos de niño pobre, embarrando sus zapatones camino a la escuelita de campo, para entrar años más tarde en La Moneda luciendo la banda presidencial. Veremos a otro celebrando con baile de gala su ascenso a la primera magistratura del país y luego abandonar el palacio en medio de la noche, angustiado y nervioso, por la puerta de atrás. No faltó quien asumiera la presidencia con su salud rozagante para salir antes de tiempo en un cajón de madera. Hubo uno que ascendió al poder con serpentinas y marchas militares, y lo dejó en medio de rechiflas y pedradas. El más triste de todos apareció en el balcón para celebrar su triunfo junto al pueblo que lo vitoreaba en la plaza, y, tres años más tarde, su cuerpo envuelto en un poncho fue arrojado a un furgón, mientras los soldados sacaban a sus ayudantes del palacio y los llevaban a recintos secretos para fusilarlos.

## Cien años

Guirnaldas, flores y las bandas de los regimientos tocando en las plazas. Aires de alegría. La gente arrojaba claveles desde los balcones. Los frontis de los palacios estaban adornados con letras gigantescas. ¡Dios y Patria! ¡Viva el centenario! Los cuatrocientos mil habitantes se sentían orgullosos de las góndolas, las mansiones de mármol y bronce convertidas en bancos, las sastrerías, la multitienda Gath y Chaves, donde se vendían trajes similares a los que Delia Matte compraba en París y se ofrecían los mejores pasteles. ¡Y el ferrocarril! La cordillera había dejado de ser esa mole inexpugnable; Argentina ya no quedaba tan lejos.

En el centro y algunas calles aledañas había casas solariegas con sus patios floridos, mansiones de estilo oriental o europeo, palacios de corte neoclásico, construcciones de la *Belle Époque*. Era una bella

ciudad, aunque solo en algunas partes.

Arturo Alessandri abrió *El Mercurio* y se dispuso a leer antes de partir a su oficina. Rosa Ester, a su lado, tomaba una taza de té.

—Mire lo que dice el diario, hijita, no es una noticia para celebrar. Cumplimos cien años y la cuarta parte de la población de Santiago vive en condiciones impropias para la vida humana. Mire, déjeme leerle, porque esto es sorprendente: “Hay en Santiago cien mil personas que viven en habitaciones que son mazmorras inmundas, estrechas, oscuras, sin ventilación. Cien mil personas en el hacinamiento y la promiscuidad más repugnante. Cien mil personas para quienes la santa palabra *hogar* es una expresión vaga o sin sentido”.

—Qué mala cosa, Arturo.

—Para que *El Mercurio* esté hablando de aires impuros, miasmas ponzoñosas y el contagio de epidemias e infecciones, la situación tiene que ser de extremada gravedad, hijita. Con razón hay una sensación de derrota.

Tres casas más allá, la familia Larraín Echeverría se aprontaba para partir a Europa. Inés, Joaquín, las tres hijas, sus baúles, bolsos y maletas estaban en la puerta de la casa esperando a Ceferino, quien los conduciría a la estación Mapocho, donde tomarían el transandino rumbo a la Argentina y de allí un barco a Francia.

Una vez que Vicente terminó de tocar la sonata de Brahms y su profesor asintió con la cabeza, el niño limpió el arco con Pez de Castilla y guardó su instrumento en la caja de seda azul. Su padre le había comprado un violín y tenía clases todos los días después del colegio.

—¡Listo, Celinda! ¿Podemos irnos ahora?

Quería ver los preparativos para los festejos de la noche y comer picarones con miel.

En la Alameda de las Delicias había una profusión de guirnaldas adornando los portones, gladiolos a los pies del monumento de Andrés Bello en la plaza O'Higgins, y alguien había puesto una corona de rosas junto al severo monumento del general José Miguel Carrera.

Frente a los ojos de Celinda pasaron dos de los veinte autos que había en Santiago. La mujer se quedó mirándolos, fascinada. Le encantaba ver los signos del progreso, y ese día estaba particularmente alegre. Don Manuel le había comprado una casita a su abuela en la calle Yungay. Por fin podría sacarla del conventillo. El bendito caballero también le había conseguido una casita a doña Rosa, la comadre de su abuela, que vivía en el mismo conventillo.

—Oiga, Vicente, yo le prometo una cosa —le dijo al niño tironeándolo de la mano, pues Vicente se quedaba pegado en una piedrecita que brillaba, una cuncuna o un caracol y era lento para caminar—. Cuando sea grande, usted y yo tomaremos ese ferrocarril que inauguraron hace unos meses y nos iremos a Argentina.

—¿Por qué no me llevas al pueblo de tu abuela Eduvina? Tu abuela dice que esas montañas tienen imanes y que, si uno se para en puntillas con los bolsillos llenos de piedras, los imanes te llevan volando hasta las cumbres.

—También le va a decir que en la quebrada de Cochiguaz vio a un marciano arrancando de un aguilucho. Algún día lo voy a llevar a Elqui. A usted, que le gustan los pájaros, se va a volver loco de felicidad escuchando a los tiuques, los cernícalos y el tucuquere, *uh, uh, uh*, predice las lluvias y la mala suerte, y allá le presento al maestro Jerónimo, que me enseñó todo lo que sé. ¿Sabe cómo se dice hijo en quechua? *Churi*.

—¿*Churi*?

—Fue una de las primeras palabras quechua que me enseñó el maestro Jerónimo.

—Y el maestro Jerónimo ¿tiene hijos para que yo pueda jugar?

—Tiene una hija, la Lucila, pero es mayor. Claro que en una de esas la Lucilita se ha casado y tiene un niño, ¡vaya una a saber! Hay que preguntárselo a mi abuela y su comadre Rosa; ellas han seguido en contacto con don Jerónimo.

—Mi mamá odia a los pobres. Igual que Pablo. No se lo digas a nadie, pero Pablo dice que los pobres tienen piojos.

—En Santiago todo el mundo tiene piojos, su mamá no odia a nadie y aquí los permisos los doy yo —replicó Celinda, apretándole cariñosamente la mano.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, acompañado de otro mucho más joven, reconoció a Celinda y se detuvo para saludarla.

—¿Cómo ha seguido María? —preguntó.

—Está mejor, señor, ya se está levantando todos los días. Vicente, salude al señor Orrego Luco, es amigo de su papá —dijo Celinda, mirando de reojo a Carlos Morla Lynch, a quien no conocía.

—Mi nombre es Carlos Morla —se presentó Carlos dirigiéndose a Vicente—. Conozco mucho a tu padre, hemos trabajado juntos en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Vicente sonrió y les dio la mano, primero a uno y luego al otro.

—Tanto gusto, caballeros.

—Saluda a tu madre de mi parte —dijo Luis Orrego Luco, y enseguida se despidieron.

Los dos hombres siguieron bajando por la Alameda.

—Nadie puede negar que Santiago está prosperando —comentó Orrego Luco—. Pero si usted se aleja un poco del vecindario decente, por esta misma Alameda, se encontrará con prostíbulos, acequias de aguas servidas, ranchos de paja, conventillos miserables y promontorios de basura donde husmean los perros.

Carlos Morla se detuvo y lanzó un largo suspiro. Sus claros ojos de iluminado se fijaron en el rostro serio de Orrego Luco. Lo admiraba.

Había leído *Casa grande* y lo consideraba un gran escritor. Morla Lynch ocupaba el cargo de introductor de embajadores en el Ministerio de Relaciones Exteriores y los preparativos del centenario lo tenían exhausto. Llevaba varias noches sin dormir.

—No se imagina usted lo que han sido estos meses de preparativos, don Luis. Nunca me había sentido tan mal. Esta pesadumbre intelectual me afecta terriblemente. Yo no veo más que inercia en el gobierno.

—Es la pura verdad. Los ministros empezaron a renunciar en enero, el presidente lleva muerto menos de un mes y su reemplazante murió antes de ayer, el pobre Elías Fernández. No es que haya inercia gubernativa: no hay inercia, no hay gobierno, no hay nada. Y tal vez sea para mejor; no vamos a decir que el presidente Montt haya dejado la vara muy alta. A este paso, cualquiera que llegue a ocupar la presidencia, más vale que llegue a La Moneda con su ataúd debajo del brazo. Hemos tenido cuatro presidentes en cinco meses.

—¡Qué situación tan penosa! Y mire lo que ha sido el invierno. Dios nos libre de otro año parecido a este 1910. Los presidentes muriendo como moscas, Santiago hundido en barro, la viruela sembrando el pánico, el lazareto desbordado. ¿Y qué me dice de la visita de monseñor Sibilia? ¿No lo supo?

—Algo escuché por ahí.

—¡Fue espantoso! El prelado se bajó en la estación Central y al encontrarse frente a una muchedumbre hincada en el andén se creyó en tierra de conquista. Cuando el coche avanzó por la Alameda se topó con otra muchedumbre y, creyendo que estaban poseídos de fervor apostólico, se puso a lanzar bendiciones con aires de enviado de Dios y se quitaba la teja haciendo venias de santo. ¡No eran fervorosos seguidores, don Luis! Era una turba de estudiantes sublevados. Chillaban como verracos porque creen que viene a robarse los tesoros de Chile para llevárselos al Vaticano.

—¡No me diga! ¿Le pegaron?

—¡Casi lo matan, don Luis! Le quitaron el sombrero y le rasguñaron

la cabeza con un palo. El pobre prelado trató de desaparecer hundiéndose en el asiento mientras le gritaba al cochero en italiano *¡frusta i cavalli!, ¡frusta i cavalli!, ¡azota los caballos!*

—Y usted, ¿cómo se enteró?

—¡Pero si yo iba sentado al lado, don Luis! Me llegó una pedrada en la frente. ¡Ay, Señor! Todo salió mal. Y para colmo después vino el diluvio.

—Alégrese, hombre, mire que tenemos un día estupendo —lo animó Orrego Luco.

—Es que monseñor Sibilia me tiene enfermo; me ve y lo primero que me lanza a la cara es que este es un país de salvajes. ¿Y usted cree que los del Congreso ayudan en algo? ¡No, pues! Lo único que les importa es llenarse los bolsillos.

—¡Vaya, vaya! Y yo que me sentía el más crítico de todos.

—La política es una porquería —murmuró Carlos Morla—. Son una banda de intrigantes, eso es lo que hacen en el club y en los pasillos del Congreso: intrigar.

—Están hablando de nombrar a Ramón Barros Luco.

—Claro, los prohombres del parlamentarismo dicen que hay que buscar una solución salomónica.

—¿Qué pasó con Agustín Edwards Mac-Clure? ¿No era el candidato fuerte para reemplazar a Montt? Al fin y al cabo, Agustín Edwards es uno de los pocos millonarios que se han tomado en serio la cuestión social, y hace años que está en campaña para ser presidente. Aunque lo niegue mil veces, yo sé que es su íntimo anhelo.

—Él habría sido la persona indicada, sin duda. En el ministerio están diciendo que su premio de consuelo será la embajada chilena en Londres. Yo me doy por vencido. No entiendo cómo creen que Barros Luco va a ser capaz de enderezar a este país. Sus anécdotas son originales y es chistoso, pero es un pusilánime.

—Y está tan viejo que en cualquier momento se dispara al otro lado.

—Manuel Zañartu estuvo con él, ayer. Don Ramón venía de dormir la siesta, dicen que se la pasa durmiendo, y cuando Manuel le expuso la situación por la cual atraviesa el Ministerio de Relaciones Exteriores, con todos estos diplomáticos extranjeros que no tenemos dónde alojar, ¿sabe qué le dijo? “Hijito, existen dos tipos de problemas: los que se arreglan solos y los que no tienen solución”.

—¡Qué quiere que le diga, Morla! Si esa es la filosofía de don Ramón, estamos fritos —concluyó Orrego Luco.

En ese momento los dos hombres se detuvieron al escuchar gritos de adiós provenientes del elegante coche de Joaquín Larraín.

—¡Adiós, Carlitos! —gritó Inés, blandiendo un pañuelo de encaje blanco.

—Dichosos, ellos. ¡Qué daría por estar en París! —suspiró Carlos Morla mientras seguía con la mirada el coche, que desapareció en la esquina de Estado con la Alameda.

Inés se acomodó en el elegante coche-dormitorio y observó a la muchedumbre por la ventanilla. *No son los barcos ni los trenes los que alejan o acercan los corazones. Son los grados de nuestro desarrollo interior.*

—Te noto ausente —dijo Joaquín.

—Estaba pensando que este país cumple cien años.

—Es una buena noticia.

—Depende de lo que entiendas por buena noticia. Para mí las buenas noticias están relacionadas con los grados de desarrollo interior y lo que veo en Chile es una vejez en las almas, una ranciedad de mente, una opacidad en la atmósfera.

—No te pongas densa en esta hora de nuestra partida, hijita.

¿Podríamos disfrutar de los que tenemos por delante?

—No me hagas caso. Estoy preocupada, es cierto, pero no es el centenario lo que me preocupa, sino Rebeca.

—¿Qué pasa con Rebeca?

—¿No tienes ojos, Joaquín? Pronto cumplirá quince años y parece una bola. Es torpe para moverse, le cuesta caminar, no sabe sentarse como una señorita.

—Es bonita y tierna —la defendió Joaquín—. Ya verás como cuatro años en un buen internado europeo le hará un bien enorme.

Inés ya no estaba escuchando. Sacó su libreta del bolso y se puso a escribir. *Hay mujeres que nacen para ser esposas abnegadas, otras que están dotadas para ser hijas toda su vida y unas pocas para ser madres heroicas.*

—Yo soy una de esas pocas. —Guardó su libreta y pegó la frente a la ventanilla.

## Matronas de la patria

El gobierno de don Ramón, a quien todos tenían por un presidente que resolvía los problemas del Estado durmiendo, no partía con buenos presagios. *Nuestras mejores ciudades son un amasijo de mármol y de lodo, de mansiones que aspiran a palacios y de tugurios que parecen pocilgas, de grandeza que envanece y de pequeñez que avergüenza*, señalaba Alejandro Venegas en *Sinceridad*, su libro de veintiséis cartas dirigidas a Barros Luco. *Si vos pudierais, señor presidente, dejar por unos días los palacios y descender a los conventillos de las ciudades, a los ranchos de los inquilinos, a las viviendas de los mineros o a los campamentos de los salitreros, vuestro corazón se enternecería y vuestro rostro se enrojecería al ver la vida inhumana que llevan tres cuartas partes de nuestros ciudadanos*.

—Las cosas van mal —le decía Arturo Alessandri a Manuel Zañartu

en el Club de la Unión—. Para que en *El Mercurio* se reconozca que más de cien mil personas viven en habitaciones insalubres e inhumanas, las cosas tienen que estar muy mal.

—Yo voy a conferencias, leo artículos, te escucho hablar y es como si todos estuvieran de acuerdo en las reformas que se necesitan para evitar el estallido de una revolución, pero nadie actúa. Se limitan a criticar al gobierno por pasivo e indolente.

Alessandri asintió con la cabeza.

—Hay una parálisis, es verdad. Por otra parte, el conservadurismo frena cualquier intento de reforma. A propósito de conservadurismo, ¿es verdad que María se integró a esa Liga de Damas Chilenas que está promoviendo la censura teatral?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Manuel. Había evitado mencionarles el tema a sus amigos. El súbito fanatismo de María lo angustiaba.

—Amalia Errázuriz se lo contó a Rosa Ester; es decir, Amalia intentó atraer a Rosa Ester al movimiento, un grupo de señoras moralistas y bastante exageradas en su catolicismo. María Luisa Mac-Clure entre ellas. No sé si sabes que la primera reunión se realizó en *El Mercurio*.

Manuel se pasó la mano por la cabeza en un gesto de abatimiento.

—Yo no he podido hacer nada, Arturo. Dicen que la liga es una bonita obra. Entiendo que harán escuelas para criadas y cosas de esas, pero el aspecto moralizador me choca. María volvió a casa entusiasmada después de esa reunión. Joaquín Walker Martínez las arengaba. Es un exaltado, las llamó “matronas de la patria, defensoras de la moralidad pública y la moralidad doméstica”, y las señoras lo aplaudían creyendo que están salvando a la humanidad de las garras del demonio.

—¿Qué hace María en ese grupo? No quisiera llamarlas *beatas*, no es mi intención ofender a nadie, pero son de una religiosidad un tanto extrema y representan lo más arcaico y conservador de nuestra sociedad. Yo tenía a María por una mujer liberal, siendo tan amiga de Inés. Me imagino que si Inés estuviera en Chile la habría

aconsejado mejor. ¿Cómo es que tú se lo permites?

Manuel le habría contado el drama que se vivía en su casa; le habría descrito la escena del día en que Javiera entró a la biblioteca en los momentos en que él le preguntaba a María precisamente por su participación en la liga. Se habría desahogado con él, pero habría tenido que revelar cosas de su vida privada. ¿Permitirle? ¿Permitirle qué? Él no tuvo ninguna idea de que María fuera a participar en esa liga. María no le contaba sus cosas. Hablaban muy poco y cuando lo hacían era para comentar de paso alguna noticia del día. Desde que empezó a levantarse de la cama dedicaba la mañana a escribir cartas y después de almuerzo, desaparecía. Tal como se oye. Javiera tardó un par de días en averiguar dónde pasaba la tarde y no fue difícil, pues Santiago era una aldea; medio mundo sabía dónde estaba la otra mitad, a quién veía y hasta qué se decían. María se iba a la chacra de Amalia Errázuriz. Amalia la había convencido de hacerse parte de la liga y, cuando Manuel le preguntó qué hacía en ese grupo de mujeres tan conservadoras, María le pegó una mirada cargada de desprecio.

—Para que lo sepas, Manuel, es una liga de señoras decentes contra la inmoralidad de los espectáculos y de todo lo que ponga en peligro la pureza de nuestras costumbres. Tú, seguramente, estarás a favor del Club de Señoras que han inventado entre Delia Matte, que es una chiflada, Luisa Lynch, una estrafalaria que se ha enamorado de un militar que nadie conoce, esa siútica de Amanda Labarca y otras personas cuyos nombres prefiero ni mencionar, mi hermanita entre ellas.

—¿Te has vuelto loca? Yo ocupo un cargo importante en el ministerio, en el partido me están dando responsabilidades políticas y Arturo Alessandri quiere que presida el Consejo de la Alianza Liberal.

En ese momento la expresión de María sufrió un cambio brusco y dijo estas palabras a media voz:

—¿Responsabilidades políticas a un adúltero que no duda en engañar a su mujer con su cuñada? —E inmediatamente volvió a su cara de antes, como si no hubiese dicho nada.

Manuel se hizo el que no había escuchado. No quería darse por enterado de que María estaba al tanto de sus amoríos con Javiera. Mucho menos entrar en una confesión que habría dado por terminada la vida de Javiera en esa casa, lo poco que quedaba de su matrimonio con María, su buen nombre en el ministerio, todo.

—La censura es deleznable en un país civilizado —dijo bajando los ojos, temeroso de que María leyera algo en su mirada.

—A ti podrá parecerte deleznable; a mí me parece muy necesaria —replicó María, y se puso a defender las últimas acciones de la liga—. Hemos censurado *Salomé* porque es una obra impía e inmoral. *La dama de las camelias* y *Electra* son altamente inconvenientes. No querrás que tu hija vea esas inmundicias. ¿Y el cine? ¿Me vas a decir que no es peligroso para los niños? Los niños que van al biógrafo salen con el alma muerta y la inocencia asesinada.

—No, María, esto no está bien —objetó Manuel, limpiándose con un pañuelo el sudor que le perlaba la frente—. Además, quiero decirte que me indigna lo que has hecho con mi libro de Vicente Huidobro, *Pasando y pasando*. Mi sobrino es un magnífico poeta… ¡Con qué derecho, María!

Manuel había estado varias veces en la mansión de su prima María Luisa Fernández en la Alameda, y se marchaba de allí arrepentido de haber ido. Ella era bastante liberal, pero su marido seguía viviendo en la Colonia. Manuel salía de esa casa como quien sale de un convento y el olor a misa y agua bendita lo perseguía hasta la esquina. Pero su sobrino era otra cosa. Su talento lo había sorprendido, Vicente era dueño de un palacio, la viña Santa Rita, la hacienda El Principal, la casona de Llolleo, y encima tenía imaginación. Su desparpajo y esa libertad de pensamiento eran admirables, considerando el extremo conservadurismo de su familia.

—¿Te refieres a que lo hice quemar? ¿Qué otra cosa habrías hecho con un texto plagado de conceptos contrarios a las ideas cristianas? ¿No supiste que su propio padre hizo recoger y quemar la edición completa siguiendo los consejos de la orden jesuita?

En ese momento Javiera entró en la biblioteca.

—Disculpen si he escuchado la última parte de vuestra discusión, fue sin querer —dijo, parándose junto a Manuel.

—No se trata de una discusión, hermana. Hablábamos de los beneficios de la Liga de Damas Chilenas, de la cual formo parte, como tú bien sabes, pues me andas siguiendo por todo Santiago.

—¿Que yo te ando siguiendo? —la desafió Javiera.

—Tú, sí. Y, si quieres que te sea franca, no me importaría que me siguieras si además no estuvieras intentando quedarte con mi marido.

Cayó un silencio.

—¿Qué cosa tan estúpida has dicho? —preguntó Manuel.

—No estoy hablando contigo, sino con esta Pe que se hace llamar hermana mía —dijo María. Le brillaban los ojos y sus labios empezaron a temblar.

—¡María! Te prohíbo que hables así bajo mi techo. Mucho menos a Javiera, que lo único que ha hecho en esta casa es lo que deberías haber hecho tú.

—¿Van a negarlo? —Su cuerpo tiritaba y su rostro se había alterado por completo. Se afirmó en el respaldo de un sillón de terciopelo negro.

Guiándola como a una inválida, Manuel la tomó de los brazos para ayudarla a sentarse. María se dejó caer en el sillón y bajó la cabeza.

Javiera salió de la pieza.

Manuel se sentó al lado de su mujer y le tomó una mano. En los ojos de María había un brillo enajenado.

—María, hijita, yo sé que tus nervios no han estado firmes últimamente, pero ¿de dónde sacas una acusación tan grave? Vas a tener que pedirle perdón a tu hermana. Después de la manera como la has ofendido, mucho me temo que insista en volver al campo.

—¡Que se vaya! ¡Que desaparezca de mi vista! ¡Es una arpía! ¿No lo ves? Está enamorada de ti y tú de ella. Por favor, déjate de tratarme como a una ciega. —Gemía y temblaba.

Sin saber qué se hacía en estos casos, Manuel la abrazó.

—Solo voy a decirlo una vez y te ruego que no volvamos a mencionarlo. Tú eres la madre de mis hijos y nada, absolutamente nada es más importante en mi vida. ¿Lo entiendes, María?

Manuel podría haberle contado todo esto a Arturo Alessandri; le habría servido para desahogarse… Alessandri lo observaba y Manuel creyó ver en sus ojos un dejo de compasión. Como si el hombre adivinase.

—En todas partes hay problemas, Manuel, no solamente en tu familia. Para qué te digo lo que es la mía en estos días. Arturito, Jorge, Fernando, Hernán, Eduardo, Mario y las tres niñitas: nueve mundos, nueve conflictos, nueve caracteres que hay que educar, darles confianza; y Rosa Ester, que lleva una semana sin hablarme por culpa de ese maricón de mierda. Como no me perdona la división del Partido Liberal, ese cobarde tipejo Ismael Edwards Matte anda metiéndose en mis calzoncillos.

—Deberías defenderte, Arturo.

Manuel estaba al tanto del escándalo. En el Club de la Unión no se hablaba de otra cosa.

—Por ahora no ha sido más que un rumor infame que ha llegado a oídos de mi mujer, pero si esto alcanza alguna gravedad voy a enrostrarle su miseria moral delante de todo el mundo. ¡Ya lo verás!

## El convite

Luis Emilio volvió a Las Pataguas después de casi dos años de ausencia. Era el 20 de junio de 1912.

Don Pancho salió a recibirlo.

—¡Venga un abrazo, Recabarren! Es un gustazo tenerlo de vuelta. ¡Zulema! Ven a saludar al hijo pródigo.

Luis Emilio sonrió. Se veía más viejo. El abrigo deteriorado, los zapatos con las suelas gastadas y un sombrero desteñido demostraban que no había tenido tiempo para ocuparse de su apariencia.

Don Pancho lo tomó del brazo y caminaron hacia la casa.

—Zulema anduvo en Temuco visitando a Ricardito y el maquinista le contó que usted estuvo en la cárcel y su escapada a la Argentina. Puras calamidades. También supe que anduvo por Europa y su señora Guadalupe lo mandó a buena parte. ¿Y ahora anda con otra? ¿Teresita? Dicen que tiene dieciocho años; a lo mejor tampoco quiere acompañarlo en sus locuras. Oiga, Recabarren, ¿no se cansa de ser anarquista?

—Para empezar, no me considero anarquista.

—Bueno, desordenado, porfiado como burro, irreverente, llámelo como quiera.

—Socialista revolucionario —dijo Luis Emilio muy serio. Los ojos saltones un poco caídos, el pelo se le había puesto blanco, la expresión meditabunda, el rostro cruzado de arrugas y huellas de cansancio.

—¿Socialista revolucionario? Es que esto es lo que no entiendo. ¿Por qué no me explica cuál es la diferencia entre el Partido Democrático y el socialismo? Pero entremos a servirnos algo, lo noto agotado.

Pasaron al comedor.

Luis Emilio se fijó en los cambios. Dos ramos de hortensias alegraban la pieza. El cuadro encima del aparador estaba bien colgado y tenía un vidrio nuevo. En el lamparón del centro había cinco velones de cera. *La mano de Zulema*, pensó, sintiendo lástima por su propia situación. Lupe le había escrito una carta de

despedida. *Te portaste tan mal que me dejaste herida. Te deseo toda clase de felicidades, ya que yo jamás he podido dártelas*. Su familia estaba desintegrada: Lupe, rehaciendo su vida con otro hombre; a Luisito lo veía poco; y Teresa Flores era harto menor, podía ser su hija, pero lo ayudaba en su trabajo, se adaptó a sus costumbres, a sus pequeños gustos, y comprendió que la suya era la existencia de un revolucionario. Eran amigos. Él no le había tocado un dedo. La muchacha era seria, inteligente y lo acompañaba en todo. Tal vez no había pasión, pero había respeto y prudencia. La pasión no le había dejado otra cosa que amargura.

Miró a don Pancho y se alegró por él.

—La diferencia entre los dos programas es enorme, don Pancho —dijo, retomando la conversación de un rato antes—. Vamos a lo simple, que es a la vez lo más importante. El programa del Partido Democrático es reformador, pretende reafirmar las instituciones que ya existen, ampliándolas, democratizándolas. El problema es que las deja como están; siguen siendo instituciones coercitivas de la libertad dominadas por la burguesía.

—A usted le parece una reforma tibia.

—¡Claro que es tibia! Tanto que no alcanza a ser reforma. El socialismo, en cambio, proclama la desaparición de las instituciones inútiles y el reemplazo por otras completamente distintas.

—Hace unos días pasó por aquí uno de mis vecinos, el diputado Alessandri. Me dio la impresión de que él y usted están en la misma página. Me dijo algo muy parecido a lo que afirma usted. Este hombre se ha convertido en líder de la Alianza Liberal y es el único que está hablando de integrar a la clase media. Andaba con mi sobrino Manuel Zañartu, otro liberal muy inteligente y buena persona; fue el único que me tendió una mano cuando volvió de Europa y me encontró quebrado como arpa vieja. Tendría que haberlos escuchado hablar de la cuestión social.

—Ahora todos andan con ese discurso: la cuestión social se ha puesto en la palestra, ya no hay manera de tapar el sol con el dedo haciéndose los ciegos, sordos y mudos con las necesidades de la gente. Pero ¿le ha oído a Alessandri decir algo a favor de los

mapuches, por ejemplo?

—¿Y qué tendría que decir, según usted?

—Denunciar lo que pasa. Les están usurpando las tierras, estrechando las reducciones indígenas, incendiando sus chozas y sus bosques, matando sus animales y poniéndoles toda clase de dificultades para hacerlos abandonar sus campos. ¿Sabía que hasta los marcan? ¿Sabía que le cortan la punta de la oreja a cualquier mapuche que consideren peligroso o sospechoso de algo? Pero a la oligarquía este problema no le importa.

—Alessandri no está con la oligarquía, aunque tenga una pata en ese mundo. Se refirió con fervor a las necesidades del pueblo, los mapuches incluidos. Este hombre reconoce la existencia de la lucha de clases como un hecho histórico imposible de negar. Habló de la armonía basada en la justicia social, del reconocimiento de los derechos de los trabajadores, el derecho a huelga, la judicatura del trabajo, la previsión social… Usted debería aliarse con él, Recabarren, así tuviera que ponerse un poco rosado.

—No se equivoque con Alessandri, don Pancho. Yo veo muy clara su jugada política. No hay que cegarse con su oratoria que hasta a mí me resulta seductora. La verdad es otra. Alessandri busca incorporar a la clase media solamente para neutralizar el potencial revolucionario del pueblo.

—Tiene mucho carisma y le da confianza a todo el mundo —repuso don Pancho—. Acuérdese de mí: Alessandri va a llegar muy lejos.

—Yo no lo niego, pero estamos en las antípodas, don Pancho. Aquí se necesita un cambio más radical. Y para eso justamente he venido. Para invitarlo.

Don Pancho alzó las cejas.

—Hemos creado el Partido Socialista Obrero y para nosotros sería un honor tenerlo en nuestras filas.

—¿Un viejo tradicionalista, como yo, que lo único bueno que ha hecho en política es hacerle caso a Zulema cuando le dijo que

dejara de meter sus narices donde iba a crearse puros problemas?

—Don Pancho, usted es un hombre sensible, entiende las necesidades de la gente, ha sido generoso con el movimiento obrero y no son tantos los de su clase que se amanceban con la cocinera de la casa. Con todo respeto se lo digo, porque a Zulema la quiero como a una hermana.

Don Pancho frunció el ceño, apoyó las dos manos en la mesa y echó el cuerpo hacia adelante.

—Oiga, Recabarren, Dios me ha dado y me ha quitado; lo que me ha negado ha sido un hijo. Yo le tengo a usted el cariño que le tendría a ese hijo que no me dio, pero si mi hijo me propusiera convertirme en socialista le diría lo mismo que le digo a usted: ni una posibilidad. Ando a tropezones con su Partido Democrático, trato de aprenderme los panfletos que me entran por un oído y me salen por el otro, y usted quiere que ande a empujones por las calles gritando a favor de las huelgas.

Luis Emilio carraspeó. Le tenía un enorme cariño al viejo y estaba más o menos preparado para su respuesta.

—No vengo a invitarlo para que salga a las calles, sino para que ocupe un cargo en la directiva del partido… un cargo administrativo, si quiere ponerlo así.

—Por Dios santo, Recabarren, no he sido capaz de administrar a mis mujeres y me está pidiendo que administre un partido político. Y rojo, para más remate. Vamos a comer, será mejor —dijo don Pancho levantándose del asiento—. Zulema nos está esperando con un costillar y pebre.

## 1914. El regreso

En los últimos años Inés Echeverría había publicado cuatro libros: *Perfiles vagos*, *Tierra virgen*, *Emociones teatrales* y *Hojas caídas*, todos firmados por Iris, el seudónimo con el cual pasaría a la historia.

*Hojas caídas*, su libro enviado a Chile desde Europa, fue como una saeta envenenada que la convertiría en tránsfuga. La crítica se estremeció. Las beatas se encogieron. Los obispos quedaron indignados. Su familia, la aristocracia, la Iglesia y el Partido Conservador se sintieron profundamente ofendidos por la autora.

Ella misma había bautizado su visión del mundo como "espiritualismo de vanguardia", y no se trataba solamente de una sensibilidad estética, sino de una estrategia para afirmar la independencia femenina, la emancipación de la vida doméstica y una puerta de escape a la moral conservadora.

En esas páginas, escritas con la pasión de sus creencias, insultó a familias de la aristocracia y a cualquiera que cupiese en el molde "conservador". El libro corrió de mano en mano, dejando a su paso una estela de indignación.

Una de las Gandarillas estaba en la terraza de su casa cuando abrió la página 70 y se encontró con la descripción que hacía Inés de ella y sus hermanas, *solteronas cargadas por el peso de los años que no pueden ocultar por su fe de bautismo*.

—¡Filomena! Tráeme las sales —le gritó a su criada, temiendo sufrir un desmayo.

Sentado a su mesa en el Club de la Unión, Gumercindo Tocornal había terminado de comerse el bistec a lo pobre cuando tomó el libro que alguien le había recomendado leer de inmediato, pues él mismo aparecía entre esas páginas. Y allí se encontró, en la página 82, *Gumercindo Tocornal, rostro sanguíneo, nariguete, con ojillos juntos sobre las cejas, cual punzones de ave rapiña, un alma inferior incapaz de dar felicidad*. Gumercindo sintió que le faltaba el aire. ¡Quién se había creído esa mujer! Era una insolencia intolerable. Su respetable persona, arrastrada por el suelo, vilipendiada por esa loca.

Al canónigo Saavedra, a quien todo el mundo veneraba, y que se tenía a sí mismo en alta estima, lo más cercano a un santo, le tocó leer su parte poco antes de decir la misa de las nueve de la mañana. Mientras alzaba el copón no pudo concentrarse en la sangre de Cristo. ¡Ya vería esa mujerzuela lo que significaba enfrentarse con

él! ¡Ya lo vería! Inés lo había tratado de *ciego, sordo y rechoncho, cabezota grande, rasgos sin pulimento, ojos hundidos en surcos de arruga y rollos de carne vieja que le rebasan el cuello*.

Para qué decir nada de la irritación de las señoras Errázuriz cuando leyeron el párrafo que las describía como *pertenecientes a las razas entradas en el periodo fatal de la decadencia en que se estancan por incapacidad de asimilar lo nuevo, quedando fuera de la evolución.*

Su prima Trini alcanzó a estar un año en el convento Capuchinas y al leer los párrafos destinados a las monjas se puso a llorar. ¿Qué le había hecho ella para merecer esto? ¿Qué había de malo entre sus queridas monjas que aparecían como *ancianas dementes y casi centenarias que siguen el rigor de la regla vegetando como autómatas, hablando de Dios, de la voluntad omnipotente como si formaran parte del consejo divino*? Y, como si fuera poco, las trataba de *maniáticas que machacan oraciones con majadería de insanas*.

El Partido Conservador reclamó públicamente. Inés les había faltado el respeto. *¡Oh, Dios me libre del Partido Conservador, ultramontano, que representa a la Iglesia por miedo al dolor, a la muerte y al infierno! ¡Se unen a él la aristocracia, la riqueza y la religión que sirve de baluarte a los intereses creados!*

Encerrado en su cuarto, Eliodoro Yáñez leyó hasta la última página del libro y sonrió. *¡Bravo, mi adorada amiga, ha dado usted en el clavo!*

Al leer *Hojas caídas* la mamita Loló estuvo a punto de sufrir un infarto. Le escribió una carta a Europa llena de indignación. *Las Gandarillas me han quitado el saludo; los Tocornal, que te mandaron un gobelino de regalo para tu boda, te consideran muerta, me han enviado una esquela con borde negro, como se estila en los pésames; hasta Manuel Zañartu, uno de los hombres más criteriosos que conozco, comentó que te habías pasado de la raya.*

Su furia fue creciendo. En la carta siguiente le hizo saber a Joaquín que debían buscar casa. Ella no quería tener a Inés viviendo bajo su techo. Había cortado toda relación con su sobrina. “De por vida y hasta después de mi muerte, pues será desheredada”, declaró la señora. Y Joaquín, que siempre hacía las cosas de manera de

molestar a Inés lo menos posible, hizo comprar desde Europa una bella casa-quinta en la calle Salvador.

Para la mamita Loló, lo peor vino cuando el canónigo Saavedra la mandó llamar.

—Misiá Dolores —le dijo mientras le clavaba los ojitos hundidos en surcos de arrugas, llenos de ira—, no es mi intención culparla a usted; todos sabemos que ha dedicado su vida a cuidar a esta hija irreverente e ingrata, pero la Iglesia no está dispuesta a perdonar a un feligrés que ha enlodado la imagen de su vicario. La he convocado para avisarle que pediré la excomunión para doña Inés Echeverría Larraín.

María Larraín, amiga de Inés de toda la vida, compañera de aventuras en Europa, también le dio la espalda.

—Inés ha insultado y ofendido a las Errázuriz y es como si me hubiese abofeteado a mí. Si Javiera quiere recibirla en esta casa, que me avisen con tiempo para no estar.



—Hijita, por Dios, prepárate; cuando desembarquemos en Chile no habrá nadie esperándonos, esta vez has pegado con demasiada fuerza.



El barco atracó en Valparaíso y desde la cubierta los pasajeros intentaban reconocer a quienes los aguardaban en el muelle. Grande fue la sorpresa de Joaquín al ver a muchos amigos de Inés y uno que otro miembro de su familia. Entre los amigos distinguió a Luis Orrego Luco y Carlos Morla. Un poco más allá vio al escritor de provincia Fernando Santiván junto a Javiera Larraín y Manuel Zañartu. Y hasta las dos señoras a quienes tenía en alta estima, Mariana Cox y Teresa Prat. También estaba el periodista Carlos Silva Vildósola y ese joven que le parecía insolente y raro, Hernán Díaz Arrieta.

Joaquín lanzó un suspiro de alivio. Había temido que no se presentara nadie. Entre esa gente de letras había algunos que consideraba siúticos, pero si eran amigos de Inés no le importaba. Lo que sí le importó, aunque nunca lo habría dicho en voz alta, fue el hombre que estaba apoyado en un poste esperando el momento para abrazar a Inés de otra manera.

Una vez que Inés los saludó a todos, Eliodoro Yáñez se le acercó, la besó en una mejilla, luego en la otra y le deslizó un papel que Inés leyó esa noche a solas en su cuarto del Hotel Britania.

*Usted es una espina para muchos; para mí será siempre la más bella de las flores.*

*Su admirador incondicional,*

*Eliodoro Yáñez*

## Las confidentes

Rebeca Larraín había ganado toda clase de premios en el internado francés y adquirido una seguridad en sí misma que enorgullecía a su padre, pero no logró la admiración de su mamá y tampoco complacerla en lo que a Inés parecía importarle tanto. Mas su gordura no hacía desmerecer en absoluto su rostro fascinante. Era una hermosa mujer, inteligente y muy introvertida. Le costaba abrirse con la gente. Prefería su espacio de soledad, que llenaba leyendo, escribiendo en su diario o tocando el piano. Sus hermanas y su madre hacían esfuerzos por comprenderla, pero si había alguien en el mundo que la conocía bien, la amaba y la entendía, era Nicolasa.

Durante los cuatro años que duró la ausencia, estas dos amigas se mantuvieron en contacto por carta. Rebeca le contaba de sus triunfos y fracasos en el internado de las monjas en Francia, y Nicolasa, de un anarquista del cual se había enamorado.

En cuanto regresó a Santiago, Rebeca mandó a Ceferino a buscar a su amiga del alma para llevarla a la quinta en la calle Salvador.

—Parece que nuestro destino es encontrarnos por primera vez rodeadas de cajas —la abrazó Nicolasa riendo—. ¿Te acuerdas del día en que nos conocimos y mi casa parecía una bodega? ¡Mira tu casa, hoy! ¿Por qué han llegado a esta quinta y no a la Alameda con Castro?

—¿Por qué crees tú? —dijo Rebeca, con un dejo de amargura—. ¡Mamá, pues! Se dedicó a insultar a la sociedad y la mamita Loló no le habla. La va a desheredar. Te advierto que me tiene harta. Hasta he pensado fugarme. Estoy tan aburrida de ser el patito feo de la familia. Mamá no hace otra cosa que criticarme. Que estoy gorda, que soy lenta, que nací cuando mis astros chocaban entre ellos, que la mala suerte me acompaña a todas partes.

—Tu mamá siempre ha sido estrafalaria, y si te sirve de consuelo te diré que la mía es peor. Vive hablando pestes de papá, algo que detesto más que nada en el mundo. Papá es un ángel, se preocupa de nosotros, es papá y mamá al mismo tiempo; está muy lejos de ser el egoísta que describe mi madre.

—Nicolasa, a lo mejor no debiera contarte que escuché a mamá decir en la mesa que tu padre está enamorado de tu tía Javiera —dijo Rebeca, y de inmediato se arrepintió—. ¿He dicho algo inapropiado?

—Cualquiera se enamora de tía Javiera; es linda, tiene una inteligencia de lince, es comprensiva y es ella quien hace lo que mi mamá debería hacer por su familia.

—¿Y a ti no te importa?

—No me importa el qué…

—Que tu papá y tu tía Javiera… no sé… que sean amantes o algo así.

—Si fueran amantes, no sería nada del otro mundo. Tienes que pensar que mi mamá es una esposa que no cuenta, es como si no

existiera. Es tan lejana a mi padre como a nosotros; casi no se hablan, duermen separados por un piso, cada cual hace su vida. Pero… mira, Rebeca, tú no conoces a mi padre. Se habrá enamorado de la tía Javiera, pero lo que ordenan la sociedad y la Iglesia es sagrado para él. Seguramente están enamorados, pero a mí me da pena la tía Javiera. Por cuidar a mis hermanos se está quedando solterona; tiene treinta y dos años, lleva catorce viviendo en nuestra casa y nunca ha tenido un novio.

—¿En tu casa se habla de estas cosas?

—¡Cómo se te ocurre! En mi casa todo se disimula: si algo está mal, lo esconden debajo de la alfombra. Mi mamá vive quejándose y desde que se ha hecho amiga de las señoras de la liga es como si no tuviera casa. Claro que estamos todos felices cuando se va. Te confieso que a mí me gustaría que mis padres se separaran y mi papá se casara con la tía Javiera, estaríamos más tranquilos. Mi mamá se ha convertido en un estorbo.

Los ojos de Nicolasa estaban brillantes, la rabia hacía temblar su labio inferior.

—Tú no la quieres.

—¡Cómo podría quererla, si no toma en cuenta a sus hijos! Es ella quien no quiere a sus hijos. Vicente identifica a la tía Javiera como su mamá; no lo dice porque es atinado, pero, en su corazón, su verdadera madre es la tía Javiera. ¿Tú crees que es obligación querer a las mamás?

—Yo quiero a la mía, es decir, la quiero y la odio al mismo tiempo.

—Es triste lo que pasa en mi casa. Todos se hacen los que se avienen y no se pueden ver. Seguro que en la tuya pasa lo mismo.

—¡Ah, no! —saltó Rebeca—. Papá adora a mamá y es su esclavo. La defiende de cualquier brutalidad que diga; si ella se permite desafiar impunemente a la aristocracia es porque la protección de papá la hace invulnerable. Mamá podría cometer un asesinato y mi padre le encontraría toda la razón. Y te advierto que no tiene un pelo de leso.

—¿Es verdad que está a favor de los alemanes?

—Conoció al káiser y quedó alucinado con su personalidad. El káiser quiere convertir Alemania en potencia militar y papá, como buen militar, se ha proclamado su ferviente admirador.

—Mi papá está preocupado; dice que en Europa la gente sigue viviendo como si no pasara nada, pero que esta guerra tendrá consecuencias terribles para la humanidad.

—No hablemos de cosas negras, cuéntame de ese amor tuyo —pidió Rebeca. Y Nicolasa se acercó a ella y le sopló el nombre al oído: Federico Alfaro.

—¿Cómo es?

—Medio anarquista, está estudiando medicina y se ha metido al Partido Socialista Obrero de Luis Emilio Recabarren. Es de Concepción, pero no le gusta hablar de su familia.

—¿Tiene hermanos?

—Tiene dos hermanastras, Jesusa y Alicia, mayores que él. Su mamá murió cuando él tenía un año. Yo no las conozco y tampoco a su padre, con el cual parece que se lleva mal. Pero ¿qué me importa la familia? Yo estoy enamorada de él, no de su familia.

—Dijiste que era medio anarquista. Eso no le va a gustar a tu papá.

—Bueno, mi papá no sabe que se metió al partido de Recabarren, pero no creas que no lo entendería. Mi papá es amigo de Arturo Alessandri, liberal hasta los huesos, y me ha dicho que Alessandri siente un gran respeto por Recabarren. Tal vez hasta terminen unidos con los radicales y los socialistas. Yo hablo de estas cosas con mi padre y también con Vicente, aunque le interesan más los pájaros y su violín que la política. Pablo es intratable, con él no se puede hablar de nada, porque siempre tiene la razón.

—Mi padre es conservador y odia a Alessandri. Mi mamá en cambio es muy liberal y, si creyera un poco en mí, podríamos hablar de tantas cosas… pero desprecia mi inteligencia; se fija más en mi gordura que en mis neuronas.

—Yo tampoco podría confiar en mi mamá. Es muy cerrada y para ella los apellidos lo son todo, no podría mencionarle a Federico Alfaro. De partida lo encontraría roto. ¿Y de izquierda? ¡Se muere!

—¿Estás pensando casarte con él?

—Cuando se reciba de médico. Para eso faltan algunos años. A mí no me gusta la especialidad que piensa seguir, preferiría que se dedicara a tratar a los pobres. Pero él quiere analizar cadáveres para la policía. Me da mucho miedo que ese trabajo acabe por convertirlo en un hombre indolente y frío.

—¿Por qué habría de convertirse en un hombre frío?

—Es fácil volverse cínico trabajando en una morgue. —Se quedó un rato pensativa y luego añadió—: Federico ya es un poco cínico y es algo que me preocupa, pero qué se le va a hacer, es su carácter.

Rebeca soltó una frase que ella misma recordaría años más tarde con dolorosa precisión:

—Hay que tener cuidado, Nicolasa. El carácter de una persona es su destino.

—Lo he conversado con mi papá y él dice que me case con quien me case debo asumir siempre que esa persona no es perfecta, pero yo no pido perfección, sino ternura —respondió Nicolasa hablando como para ella misma.

## Las dudas de Manuel

Que sus hijos fueran hombres de bien. Que se formaran en libertad e hicieran de sus vidas lo que ellos escogieran. Protegerlos de la familia disfuncional que tenían. Eso era lo primordial para Manuel.

En 1914 Pablo había terminado sus estudios en el Instituto Nacional y cursaba el primer año en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica. Acompañaba a su padre al Club de la Unión y

el club empezaba a ser su segunda casa. Verlo entrar con su abrigo negro largo, su tongo y sus guantes, la cara seria y la voz engolada era ver entrar a un viejo prematuro. A los dieciocho años parecía un caballero de cuarenta; se vestía como caballero de cuarenta y pensaba como un conservador de cuarenta. “Soy el único conservador de la familia”, decía con orgullo, una declaración que le producía a Manuel sus buenos tiritones. Ya había anunciado que militaría en el Partido Conservador, cosa que a Manuel tampoco le gustaba, pero qué hacerle, no era de esos padres que obligan a sus hijos a pensar de cierta manera y no de otra.

Diametral opuesto a su hermano, Vicente estaba siempre abierto a nuevas ideas y a los misterios de la naturaleza. Le gustaba aventurarse en lo inexplicable, el universo, la idea de Dios, la reencarnación, en la cual creía; en su vida anterior había sido pájaro. Pasaba horas tendido en el pasto de noche contando estrellas fugaces, buscando una bola azul, que era el futuro. Con su padre era imposible abstraerse de la política del país, aunque él prefería la música y leer libros de aventuras. Tenía el pelo rubio y chascón, mucho más largo de lo que se usaba. Vestía de cualquier manera, con los pantalones que heredaba de Pablo, alguna chaqueta vieja de su padre y las camisas que le compraba su tía Javiera. Había llegado a los catorce examinando las alas de los moscardones, mirando a las estrellas, haciendo preguntas. Quería ser médico de campo y estaba enamorado de su prima Rosario desde que tenía memoria.

Todo esto a Manuel le parecía perfecto.

Pero Nicolasa era un capítulo aparte. Ella le preocupaba. ¿Cómo estar seguro de que estaba haciendo lo correcto? Cuando Nicolasa le presentó a Federico Alfaro, el estudiante de medicina del cual se declaraba profundamente enamorada, Manuel lo recibió en su comedor como siempre había hecho con cada amigo de sus hijos, cordialmente, interesado en lo que decía. Al poco rato se dio cuenta de que Federico era problemático. Se engarzaba en largas y tediosas discusiones en que el mundo se dividía entre ricos y pobres, buenos y malos. Se refería a la aristocracia con un desdén casi insultante, pasando por alto el hecho de que él mismo estaba saliendo con una hija de la aristocracia y almorzando en el palacio de los Zañartu.

¿Lo hacía para provocarlos? ¿Era un resentido? Manuel había sostenido largas conversaciones con Luis Emilio Recabarren, muy amigo de su tío Pancho Vicuña, y Recabarren podía tener las ideas más izquierdistas, pero no había un gramo de odio ni resentimiento en su corazón. Este estudiante de medicina, que se proclamaba su más ferviente admirador, era odioso y desatinado en sus comentarios. Pero ¿quién era él para prohibirle a su hija seguir viendo a un hombre del cual se sentía enamorada?

—Eres su padre —lo recriminaba Javiera, quien no podía soportar la presencia de Alfaro en la mesa—. Eres su guía; si no se lo dices tú, ¿quién?

—Pero tiene veinte años. Ya no es una niña.

—¡Aunque tuviera cuarenta, Manuel! —Javiera veía con horror que Nicolasa pudiera casarse con Federico Alfaro.

—¿Te molesta por sus ideas políticas? —El propio Manuel no estaba seguro de si le molestaban sus ideas o su manera de expresarlas.

—Nos mira con odio, como si tú le hubieras robado algo… ¿No has visto la cara que pone cuando pasa frente al Corot? Y cuando se sienta en las sillas del comedor lo hace como si el terciopelo fuera a quemarle las nalgas.

—Estás exagerando, Javiera. ¿No seremos nosotros quienes lo miramos como a un extraño? No creo que nos odie si se ha enamorado de Nicolasa.

—Tú eres muy ingenuo, Manuel, ves lo que quieres ver; además, pasas todo el día en el ministerio. —La pasividad de Manuel la irritaba. Si Nicolasa hubiese sido hija suya, le habría corrido a ese pretendiente hace mucho rato. Es más, estaba segura de que Federico no amaba a Nicolasa y, si la amaba, hacía harto poco por demostrarlo—. ¿Sabes qué creo, Manuel? Que deberías trabajar menos y estar más con tus hijos.

La verdad es que, aunque sus hijos eran su preocupación fundamental, nunca se enteró de lo que hacían mientras él estaba trabajando. Nunca supo que Vicente pasaba las tardes en la casa de

la abuela de Celinda, ni que Federico Alfaro militaba en el Partido Socialista de Recabarren. Tampoco se enteró de que Pablo participaba activamente en las zancadillas que el Partido Conservador les hacía a los liberales.

Su relación con sus hijos se reducía a los almuerzos dominicales, que eran sagrados. La tía Javiera, Manuel y los tres hijos nunca faltaron un domingo a la hora del almuerzo. Nicolasa llevaba a su amiga Marta Vergara, que era pobrísima y salía del palacio con una bolsa llena de comistrajos que le preparaba Dorila. También asistía la infaltable Rebeca Larraín —era como otra hija— y uno que otro amigo de Pablo o de Vicente.

En ese tiempo María almorzaba en su cuarto. Hasta allí le llegaba un leve rumor de voces y tintineo de copas, proveniente de una familia, como si fuera la de la casa de al lado.

## Gabriela

Doña Eduvina revolvía la chancaca y su nieta leía el diario. La vieja disfrutaba de estas visitas de Celinda mientras Vicente estaba en clases de violín. Podían hablar de sus cosas, recordar a Juvenal y hacer como si estuvieran de vuelta en el valle. Eduvina nunca se acostumbró en Santiago. Eso de vivir sin una huerta, sin un limonero en el patio, en lugares oscuros y cerrados, no poder salir a su jardincito donde crecían salvias, colas de zorro y un jacarandá. O mirar al frente y ver al fondo el Colorado, que iba cambiando de luz durante el día. “Santiago es hediondo, está lleno de ratones y curados”, le decía a su nieta.

Celinda dejó el periódico a un lado. La noticia la sorprendió. La noche anterior la señorita Javiera y don Manuel habían asistido al teatro Santiago. En la fotografía aparecían ellos dos con la señora Inés, don Joaquín y el presidente Barros Luco y su señora. Pero no era la fotografía lo que llamó su atención, sino la información, el nombre de la mujer que había ganado los Juegos Florales. ¿No era la Lucilita? Se llamaba igual: Lucila Godoy Alcayaga. La hija del maestro Jerónimo.

—¡Abuela! Mire lo que dice aquí. Lucila Godoy Alcayaga, de Montegrande, ganó los Juegos Florales. Dice que presentó los versos ganadores con el nombre Gabriela Mistral.

—¿La Lucilita?

—El diario dice que es maestra de escuela y tenía un novio que se suicidó; parece que los versos se los dedicó al novio. Uy, abuela, pero si yo al Romelio Ureta lo conocí de niña… ¿no era el encargado de las barreras del tren?

—El maestro Jerónimo adoraba a esa niñita, la cuidaba, le daba la comida y le hacía las trenzas. ¿Y se ganó un premio, dice?

—No es cualquier premio, abuela. Son los Juegos Florales, el premio es importante.

—Mire lo que son las cosas, quién iba a decirlo. La Lucila era una niña triste y huraña; la Petita sufría porque su hija no jugaba como las otras. Era callada como una tabla y andaba siempre bien amurrada. Era harto rara, yo me acuerdo que le hablaba a un almendro y a las parras. A lo mejor era esto de escribir versos lo que cocinaba en su cabeza. ¡Cómo estará de orgulloso el Jerónimo! ¿Y estará vivo el Jerónimo? Yo no he vuelto a saber de él. A ver, léeme los versos.

Celinda leyó.

—*Del nicho helado en que los hombres te pusieron / te bajaré a la tierra humilde y soleada / Que he de dormirme en ella los hombres no supieron / y que hemos de soñar sobre la misma almohada.*

La vieja había escuchado en silencio.

—Tiene que haber quedado triste la Lucila. El maestro Jerónimo la abandonó cuando era chica y anda a saber si nunca pudo reponerse. La chiquillita quedó medio huérfana y doña Petronila los alimentaba sacándose la mugre cosiendo ropa. La comadre Rosa me contó que a los siete años la violó el hombre que le cortaba la leña a la Petita. El Jerónimo no lo supo, se lo ocultaron para que no fuera a matar al hombre, pero esa niñita quedó marcada. Será por eso que

escribe estas calamidades, no creo que sea por el Romelio. El Romelio estaba de novio con otra; nunca fueron novios ellos dos, han de ser imaginaciones de ella.

—Abuela, los poetas se enamoran del amor —dijo Celinda entornando los ojos.

—La Lucila era una muchacha bien seca —siguió la vieja—, harto seria y estudiosa, poco amiga de andarse enamorando de nadie; me lo dijo el mismo Jerónimo esa vez que anduvo por Santiago. Y al Romelio ese, lo estoy viendo. Era bien caballerito para vestirse, con corbatín de palomita y todo, bien presentado. De familia rica. Estaba por casarse con otra cuando va y se mata.

—A lo mejor se mató por amor a Lucila.

—¡No, mija! Si ellos se conocieron cuando cabros jóvenes en El Molle, ella no debe haber tenido más de unos quince, dieciséis años, y no volvieron a verse. El Romelio no se mató por amor, se mató por plata: dicen que le gustaba vivir a lo rico y se robó unas platas de Ferrocarriles y cuando lo pillaron se pegó el balazo.

—¿Y cómo estos versos, abuela? Aquí dice que los escribió por el Romelio, que la pena casi la mata a ella, que era el amor de su vida.

—Son puras macanas, mija. Dicen que los que escriben poesías tienen un tornillo suelto y por eso ven el mundo al revés.

—Uy, abuela, voy a tener que irme, se me voló la hora y tengo que encontrarme con alguien.

—¿Alguien no tiene nombre?

—Ruperto Moraga.

—¿Es tu novio?

—No, abuela, nada de novio, es un amigo nomás.

—Cuidado con los amigos nomás, mire que ligerito cambian de condición —rio la vieja, mostrando los dos agujeros negros donde alguna vez hubo dos dientes.

Lejos de allí, en su habitación de maestra de escuela en Los Andes, Lucila Godoy conversaba con Emelina. Su hermana había recibido un telegrama de Víctor Domingo Silva anunciando que Lucila resultó ganadora del primer premio en los Juegos Florales de Santiago y no tardó en dirigirse a Los Andes para llevarle la noticia.

Lucila se quedó mirándola arrobada. Emelina fue como una madre, su primera profesora de la vida; era quince años mayor, hija de su madre, media hermana, pero hermana plena.

—¡Qué alegría tenerte conmigo en estos momentos! Me hace falta la familia —le dijo, abriéndole los brazos.

Por un instante pasó por su mente la imagen del zascandil que era su padre. Moreno, macizo, tostado, de ojos verdes. Le gustaba enamorar, tañer su guitarra y hacer versos. Se perdía por una semana, dos, hasta tres. Paticaliente y mujeriego. Después volvía sin previo aviso. Les decía cosas lindas, echaba unos versos, se tomaba unos vasos de vino y se esfumaba. Lucila sufrió esa distancia, pero lo amaba profundamente y en su corazón sabía que él también la amaba. ¿Dónde se hallaría ahora? ¡Qué ganas de abrazarlo y hablarle de su poesía! Estaría en cualquier pueblo perdido, payando en alguna plaza o bebiendo con los amigos.

—Sería lindo que tu padre estuviera con nosotras —musitó Emelina.

—Sabe Dios por dónde andará metido. Ojalá se entere de este premio, le daría gusto.

Jerónimo había muerto tres años antes en la sala común del hospital de Copiapó, solo como un perro, y su cuerpo fue enterrado en una fosa común, pero sus hijas no lo sabían.

Había sido un bohemio y perpetuo cesante. Daba unas clases por aquí y por allá, les enseñaba a las chiquillas del barrio, payaba en las plazas y después se largaba. Siempre había algún amigo que lo necesitaba más que su familia. A Lucila le parecía escuchar a su madre: “Me han dicho que otra vez no fuiste a la escuela; uno de

estos días te van a echar, Jerónimo, ¿y qué vamos a comer?”. “Pero Petita, lo que pasa es que me obligaron a ir a Peralillo y no pude volver. Te prometo que nunca más”. Te prometo que nunca más, te prometo que nunca más… era su muletilla. A la semana entraba en la casa de brazos caídos. “Pasó lo que decías, Petita, he quedado cesante”. Y se ponía a payar. Dos días más tarde aparecía eufórico: “¡Petita, me volvieron a contratar, no tendrás que preocuparte de nada!”. Por la noche se pegaba otra farra con los amigos y al día siguiente llegaba tarde a la escuela.

Un buen día se fue cantando camino abajo. “Voy a comprar tabaco”, y nunca más volvió.

Ese era su padre.

Emelina le pegó una mirada inquisitiva.

—No te noto tan contenta como esperaba, Lucila.

Ella no respondió. Su gesto era adusto y grave. En su expresión había un dejo constante de preocupación, como si algo indefinible le raspara el alma. Desde muy niña fue silenciosa y reservada. No sonreía con frecuencia, aunque sus más cercanos decían que también tenía un lado alegre; cuando alguna situación le parecía cómica, soltaba largas carcajadas y su sonrisa blanca era abierta y preciosa, “una sonrisa de harina en su cara de pan moreno”, diría Neruda. Pero esas ocasiones eran raras. Lo normal era verla en íntimo coloquio con la naturaleza: les hablaba a los pájaros, a los árboles, y podía pasarse horas sentada en una piedra con la cabeza gacha.

Esta vez sus ojos verdes se iluminaron.

—Me da un gusto tan grande verte, Emelina; que hayan ganado esos versos es un bonito aliciente para mí, aunque nada comparable a la alegría de que seas tú quien venga a verme para celebrar.

—He leído con atención los versos y no puedo dejar de preguntarme por qué pareces trágica y hasta lúgubre en lo que escribes, Lucila… Estos versos… qué tristeza tan grande me producen. Son bellos, pero hablan más de muerte, de frío, de tumba, dolor. Nunca nos

dijiste que hubiera un amor rondando tu corazón. ¿Tú amabas al Romelio Ureta?

—Hay un algo en mi ser que engendra la amargura, es como una mano secreta que filtra hiel en mi corazón.

—¿Aun cuando te rodea la alegría?

—A veces ni yo misma me entiendo; me siento como un capullo de rosa negra, cerrada y dura, y otros días amanezco abierta y llena de luz. Tengo más de un alma y una de ellas es dura y triste, huérfana de toda dulzura. A Romelio lo conocí en El Molle… Fue un cariño platónico, yo era casi una niña, tenía quince años. Después me lo encontré en Coquimbo pocos días antes de casarse. Le eché en cara su noviazgo, lo recriminé por haberme dejado por otra, medio en broma, porque no nos habíamos visto en mucho tiempo. *Lucila*, me dijo, *mi vida de hoy es algo tan sucio que si usted la conociera no le tendría ni compasión*. Después se pegó el balazo y dicen que andaba con una postal mía en el bolsillo de la chaqueta. Estaba endeudado y había robado plata. No, hermana, Romelio no tiene nada que ver con mis versos; no es Romelio, es la muerte que me sigue a todas partes.

—¿No eres feliz?

—¿Y por qué había de ser feliz, Emelina? Me siento sola. Me han rechazado en la Escuela de La Serena por mi admiración a Vargas Vila, a quien consideran demasiado liberal, loco delirante y obsceno. Dijeron que soy conflictiva, me sacaron poco menos que a empujones del liceo. Me rechazan por mis ideas socialistas y por querer incorporar a la escuela a niñas de la clase humilde. Me he cambiado de casa en casa, de pueblo en pueblo, de escuelita en escuelita; parezco una gitana, viviendo como si no tuviera raíces. La Serena, Traiguén, La Cantera, Antofagasta, Punta Arenas, Los Andes… No, yo no soy feliz; he vivido en lugares donde los cerros no son los míos, me han cerrado puertas por pensar, adonde quiera que he estado la nostalgia ha estado conmigo, nostalgia de mi madre, de ti, de los cerros y las huertas, hasta de Jerónimo y su figura desdibujada. Detesto las ciudades. Yo fui feliz hasta que me fui de Montegrande y no he vuelto a serlo. Creo que no lo seré jamás.

Emelina no supo qué decirle. Vio a su hermana como la había visto tantas veces, perdida en pensamientos negros y el recuerdo de ese día terrible.

Efectivamente, Lucila había volado a la mañana en que doña Petronila la mandó a comprar el pan. Antes de llegar a la panadería vio una lagartija y la siguió. El reptil se fue zigzagueando entre las piedras y Lucila a la siga. Pronto se encontró en el potrero que deslindaba con la última calleja del pueblo. La lagartija se había detenido y daba vuelta la cabecita para un lado y para el otro, como si supiera que ella también estaba ahí. De repente lo vio venir. Era el mocetón que ayudaba a su madre con la leña y el carbón, pero ella vio un gigante. Se le acercó con una sonrisa horrenda. Ella no alcanzó a correr. Luego recuerda su olor a vino, una corpulencia encima de su cuerpo flaco, su cuerpo retorciéndose bajo las carnes asquerosas, un desgarro doloroso, la angustia paralizante, terror, terror, terror, un terror pegado a su cuerpo y a su alma para siempre. Y el odio. El odio intenso por ese hombre, por ese otro hombre, por todos los hombres del mundo capaces de hacer semejante daño a una niña de siete años.

—Yo nací para sufrir, hermana.

—No digas esas cosas.

—Es verdad. Y nací mala, dura de carácter, egoísta enormemente, y la vida ha ido exacerbando esos vicios y me ha hecho diez veces dura y cruel.

—¡Dios mío!, Lucila, ¿cómo es posible que hagas un juicio tan terrible sobre ti misma?

Lucila no respondió. Se despreciaba, se sentía culpable. Siendo niña, la maestra la había calificado de retardada mental. Ella no era retardada mental, pero había sido una verdadera idiota al seguir a esa lagartija, ella se lo buscó. *Las desgracias son más que mala suerte. Yo misma me puse en el camino del gigante y por el resto de mi vida me he sentido profanada, impura; nunca me he repuesto de la humillación y mi secreto inconfesable seguirá guardado bajo siete cerrojos.*

## El amor de la vida

A los catorce años Vicente tenía claro lo que deseaba hacer. “Vayan preparándose”, decía, “yo quiero ser médico de campo. En cuanto termine mi carrera me las emplumo a la provincia”.

A Pablo le parecía una estupidez.

—¿Vas a operar en una carreta?

—No será necesario operar a nadie, usaré hierbas para sanar a la gente. Mis pacientes van a mejorarse antes de que se necesite una operación. Y Rosario será mi enfermera.

—¿Rosario Larraín? ¿Nuestra prima?

—Sí. Ella. Cuando sea grande quiero casarme con ella.

Risotada general.

—¿Y ella lo sabe? —preguntaba Nicolasa.

—En su momento, lo sabrá —respondía Vicente con los ojos chispeantes—. Ella es mi destino. —Entonces les describía una bola azul que daba vueltas por el universo y dentro de la cual era posible ver el futuro—. Papá, si usted se acuesta de noche en el pasto y la ve pasar, podrá ver su futuro. Yo he visto la cara de Rosario.

—Me parece muy interesante —se reía Manuel, pensando que tal vez él mismo se tendería en el pasto alguna noche y buscaría el rostro de Javiera en una bola azul.

Nicolasa hacía esfuerzos por creer en los misterios, tener fe, creer en bolas azules, pero ella era mucho más concreta.

—Yo tengo la cabeza muy enredada —le confesaba a Vicente, y este se la embrollaba aún más con sus teorías de la inmensidad, de lo desconocido, donde cabía todo, que hubiera Dios y que no hubiera, pues todo era verdad.

—¿Todo?

—Claro. Como es infinito lo que no sabemos, cualquier cosa que se diga va a ser verdad.

—Vamos al parque Cousiño y nos tendemos en el pasto a ver si vemos pasar tu bola azul —proponía Nicolasa.

—Otro día. La abuela de Celinda me está esperando con sopaipillas.

La casa que Manuel le compró a Eduvina se componía de dos habitaciones que daban a la calle y otras dos —la cocina y el comedor— que daban a un pequeño patio trasero. Para Eduvina, esta casita pintada de celeste, con el número 52 en una placa de latón, era un palacio. Y para Vicente, el lugar donde le gustaba ir a comer pan con pebre, sopaipillas y patitas de chancho. Eduvina lo esperaba con las sopaipillas pasadas y con el correr del tiempo, entre esta vieja que nunca estuvo enferma de nada y el segundo hijo de Manuel Zañartu, se creó un lazo de cariño. Vicente pasaba a verla después del colegio y en las tardes oscuras del invierno la vieja y el niño se calentaban junto al brasero. Eduvina le contaba historias del valle del Elqui y de las salitreras mientras Vicente engullía sopaipillas pasadas en chancaca.

—Abuela, no me puedo imaginar lo que es la vida sin saber leer. ¿A usted no le importa ser analfabeta?

—Todo lo que me interesa saber me lo han contado, mijo, y más se aprende con el sufrimiento que leyendo letras. El conocimiento está en los libros, pero también en las arrugas de la frente. ¿No le gustan las historias que le cuento? ¿Para qué necesito saber leer?

—Cuénteme esa que me contaba cuando chico, la del fantasma que se disfrazaba de payaso en la salitrera San Lorenzo.

—¿Y a usted por qué le gusta tanto ese cuento, hijo?

—Siempre me ha dado pena esa historia; me imagino al payaso y creo que era ciego.

—¡Ay, niño! ¡Cuándo se ha visto un fantasma ciego! ¿Y para qué iba a andar con una vela si era ciego?

—Para alegrar a los mineros, pues, abuela. ¿No dice que llegaba para alegrarles las noches?

—A lo mejor llegaba para iluminárselas. Mi tío Amancio era minero y siempre contaba que trabajaban a oscuras —dijo una voz desde la puerta.

—¡Ya anda esta cabra intrusa escuchando detrás de las paredes! —rezongó Eduvina—. Si vuelvo a pillarte averiguando lo que se habla aquí adentro te voy a dar una buena tunda. Entra, chiquilla de moledera, siéntate en ese piso y quédate callada.

—¿Quién es, abuela? —preguntó Vicente acercándose a la vieja.

—La hija del Ruperto Moraga, mi vecino. ¿Y qué te trae por aquí, Julieta?

—Mi papá pregunta si no tendría una taza de azúcar que le preste.

—Me queda un poco —dijo Eduvina, sabiendo que a Ruperto Moraga no le faltaba azúcar ni nada y que eran cosas de esta chiquilla averigüete.

—Yo puedo ir a comprar azúcar al almacén de don Roque —se ofreció Vicente.

—Yo acompaño al señorito —saltó Julieta.

Vicente largó una carcajada.

—Siempre que no me llames "señorito". Nunca nadie me ha llamado así.

Salieron de la casa y se fueron conversando como viejos amigos. Julieta le contó la mitad de su vida en cuatro frases. Iba a cumplir catorce y vivía con su padre en la casa pegada a la de doña Eduvina, no tenía mamá, su papá la había criado y era bueno como el pan, no tomaba y no era mujeriego, ella asistía a la escuela de niñas José Miguel Carrera, a pocas cuadras de allí, y sabía leer y escribir.

Vicente le dijo que su mamá pasaba enferma; él le tenía lástima,

rezaba por ella y la quería mucho, aunque su verdadera mamá era su tía Javiera, y entonces se puso a hablar de lo linda que era su tía, lo buena persona, lo inteligente.

—Si quieres conocerla te convido a tomar el té a mi casa. Mañana. Pero háblame de ese tío minero que trabajaba a oscuras —le pidió, recordando lo que había dicho Julieta al entrar a la casa de Eduvina.

—Mi tío Amancio. Era hermano de mi papá. Trabajaba en la salitrera San Lorenzo, por allá por el norte. Se quemó vivo en un cachucho. Mi papá se trajo sus restos a Santiago y lo enterraron en el Cementerio General, no quiso dejarlo allá tan lejos.

Era obvio que hablar del tío no le interesaba, pues rápidamente cambió de tema para decir que su papá era tapicero y le trabajaba a pura gente rica; ella conocía algunas casas de gente rica porque lo acompañaba cuando no tenía clases.

—¿Qué es un cachucho? —preguntó Vicente, que no estaba prestando atención a lo que decía.

—Son unos estanques donde se mezcla el salitre chancado con agua y los hacen hervir. Hágase cuenta que es una piscina llena de una pasta que llega a echar humo, tan alta es la temperatura. En esa masa hirviendo se cayó mi tío.

—Cuando yo era chico la abuela Eduvina me contaba que en la salitrera San Lorenzo andaba un fantasma con una vela y un conejo. Seguro que tu tío lo vio.

—¿Usted cree en los fantasmas?

—Yo creo en todo.

—¡Mire las cosas que habla! —dijo ella sin parar de reírse—. ¿Cierto que me invita a tomar once?

—Claro que sí. Anda mañana.

Julieta pasó el resto de la tarde pensando en ese joven de pelo rubio y sonrisa alegre. ¿Por qué no se iba a fijar en ella, aunque fuera pobre?

Pero los pensamientos de Vicente estaban puestos en los ojos color humo y la piel como una porcelana de su prima Rosario. La había visto el verano anterior y se enamoró de su risa contagiosa, su facha de chiquillo y la manera como se subía a los robles en el fundo de la tía Javiera. Parecía un muchacho y al mismo tiempo era tierna, delicada y muy simpática.

A la hora de la comida Vicente se encontró a solas con su padre. Pablo estaba estudiando en la casa de un amigo y Nicolasa había ido al teatro con Rebeca.

—Papá, creo que estoy enamorado.

Manuel levantó las cejas.

—¿En serio?

—En serio. Lo he pensado harto y estoy enamorado.

—¿Y puede saberse de quién?

—Ya se los dije el otro día, de Rosario.

—Te falta todavía, hijo, tienes apenas catorce años.

—Ya lo sé, pero Rosario es el amor de mi vida.

—¿Sabes cuántos amores de la vida puede haber?

—Uno solo —dijo Vicente, y en ese momento la dinámica dio un giro inesperado. Un velo de tristeza había cubierto la mirada de Manuel. Vicente se quedó mirándolo sorprendido—. ¿Está llorando, papá?

—No, hijito, me estoy poniendo viejo.

## La querida chusma y la canalla dorada

A los cuarenta y siete años Arturo Alessandri había empezado a encorvarse. Vestía de manera sobria y un tanto descuidada. Llamaba la atención su modo particular de llevar el sombrero hongo, inclinándolo hacia la derecha para tapar el mechón de pelo que le caía en la frente. Su rostro era lampiño y sus ojos, siempre parpadeando, denotaban inteligencia y cordialidad. Creía en los espíritus, brujos y pitonisas. Sabía de la historia del mundo y en particular de los pueblos de América. Un hombre culto y perspicaz, de ideas agudas. Si alguien lo insultaba, su respuesta no tardaba en dejar callado al adversario. Tenía una voz cadenciosa y cuando se paraba en cualquier tribuna y le hablaba a su “querida chusma”, enardeciéndola en contra de la “canalla dorada”, el auditorio se venía abajo aplaudiendo.

—¡Mi aspiración más grande es que algún día desaparezcan los traficantes de los negocios públicos y de la fanfarronería consagrada para dominar en cambio los hombres buenos! ¡Que los asnos y los pícaros no tengan otro domicilio que la cárcel! ¡Que el pueblo no permita que se haga una profesión del lucro! ¡Que los ladrones directivos, cómplices de los rateros de la empleomanía, no sigan robándose el erario nacional! ¡Que los partidos tristemente sugestionados por la rutina no permitan que mi querida chusma, este pueblo fuerte y bravío, sea gobernado por fósiles ilustres y venerables reliquias!

—¿Y cómo piensa hacer todo eso? —le gritó Luis Emilio Recabarren desde una tribuna.

—¡Con estudio, con administración, con honradez y patriotismo! —gritó Alessandri, y para darle fuerza y energía a su última palabra se echó hacia atrás el indómito mechón de su cabello.

Manuel Zañartu, que estaba entre la audiencia, aplaudía con ganas. En los últimos catorce años se habían hecho íntimos amigos y Manuel, para quien la situación del país no podía ser peor, veía en Alessandri la única posibilidad de cambio.

—¡Bravo!

Alessandri apelaba a los pobres y a las mujeres. Abofeteaba a la oligarquía como si él no tuviera nada que ver con aquel sector, y tanto la "querida chusma" como la "canalla dorada" quedaban prendados de sus palabras.

Manuel no se perdía sus discursos y al volver al ministerio se preguntaba *¿y qué fue lo que acabo de escuchar?* Alessandri lo había seducido. Pocas veces había visto un político más elocuente.

Al día siguiente se acercaba a su estudio para felicitarlo.

—Si sigues así, no habrá fuerza capaz de cerrarte el paso a La Moneda.

—Y si llego, tú serás mi mano derecha —contestaba Alessandri, descorriendo las cortinas hasta el final, porque le gustaba que la pieza se inundara de luz.

Su estudio era amplio y austero. Dos grandes ventanales daban a la Alameda de las Delicias; al fondo destacaba una cristalería de vidrio con sus libros. Sobre la mesa de trabajo, una estatuilla de Voltaire meditando. Había dos poltronas de cuero de Córdoba en las cuales habrían de sentarse los hombres importantes de Chile y muchos del extranjero, y una lámpara de proporciones gigantescas colgando del plafón.

En la antesala trabajaban su secretario Carlos Becelski y seis abogados jóvenes, impecablemente vestidos, que llevaban hasta sus mínimos detalles la vida profesional de "don Arturo". Lo trataban con un respeto sacrosanto y todos sabían que estaba prohibido adularlo, mentirle o hacerle la pata. "Odio a los aduladores con toda mi alma".

El jefe era parco y metódico. No aceptaba errores. Se levantaba a las ocho de la mañana y después de desayunar leía los diarios y la correspondencia. Caminaba hasta su estudio y allí le dictaba cartas a su secretario. Estudiaba una hora y luego atendía a sus clientes hasta las doce del día. Un ligero almuerzo y partía al Congreso. A las cinco volvía a su casa para seguir atendiendo, allí, a los clientes más conspicuos, que eran muchos. Y todo esto lo hacía preguntando la hora a cada rato, pues nunca llevaba un reloj. No le gustaban los

relojes.

Los seis hijos hombres, Arturo, Jorge, Fernando, Hernán, Eduardo y Mario, miraban a este padre con veneración y no osaban discutirle una sola palabra. Sus frentes eran altas, combadas y pálidas, como la del progenitor. Correctamente vestidos de gris oscuro y camisa blanca, estos muchachos pasaban callados, pensativos, con sus libros bajo el brazo y el gesto serio.

Su mujer, Rosa Ester Rodríguez, hija de una familia aristocrática empobrecida, originaria de Ñuble, era lo que todo el mundo entiende por una buena madre, excelente esposa, paciente y cariñosa con su marido: lo perdonaba cuando había que perdonar, no sin antes indignarse cuando había que indignarse. Amaba a su marido, y si alguna vez él tuvo una querida —y tuvo varias— no era un asunto demasiado grave. Su papel estaba en el hogar, cuidando de sus hijos. Arturo estaba grandecito y era perfectamente capaz de hacerse cargo de sus calzoncillos. Si de repente se torcía un poco, ella se enfurecía y después lo superaba rezando.

Con este bagaje llegó Arturo Alessandri a la campaña por la senaduría de Tarapacá, que iba a lanzarlo a la historia.



El poeta Víctor Domingo Silva había denunciado a Iquique como un antro de podredumbre administrativa, compromisos partidistas del señor Arturo del Río, fraudes electorales y reparto de provincias entre caciques de la peor estofa. Y el diario *La Provincia* acusaba a Tarapacá de ser un lugar explotado por la pandilla que gobernaba, un baldón siniestro para nuestro buen nombre de país civilizado, una playa adonde vienen a guarecerse lo que bota la ola de los presidios y las cárceles del sur.

—Y ustedes quieren que yo me presente por esa zona para que me maten. Pretenden que yo derrote a Arturo del Río, un mal nacido que se ha comprado toda la zona y tiene aterrorizada a la población —dijo Arturo Alessandri cuando el Consejo de la Alianza Liberal le

propuso presentarse a senador por la provincia de Tarapacá. Estaba atónito.

—Arturo, el problema es que debemos derrotar a Del Río como sea, y para hacerlo no podemos enviar a cualquier candidato —respondió Manuel Zañartu, que en ese momento presidía el consejo.

—Me sumo a las palabras de Manuel. Si queremos derrotar a Del Río, no podemos mandar a cualquier candidato —advirtió Cornelio Saavedra.

—Yo pongo mi diario a su disposición; no es grande, pero tenemos la mejor lectoría de la zona y llega al corazón del pueblo —intervino el poeta Víctor Domingo Silva. Recién se había mudado a Iquique y la misión de su vida era sacar del poder a Del Río.

—Del Río tiene toda la fuerza, está apernado allí desde hace años; Tarapacá es su feudo y ese hombre lo defiende a cuchillazos —replicó Alessandri.

—Don Arturo, permítame hablarle con franqueza. Sabemos que será una campaña plagada de dificultades; usted es un distinguido hombre público y es liberal, nosotros lo tenemos claro, pero si va a la batalla será el candidato de los radicales y, por lo tanto, de los demócratas.

—Mire, poeta, aquí hay otro problema del cual tendremos que hacernos cargo antes de seguir conversando. Me refiero al ministro Montenegro, que obedece las órdenes de ese rufián. Lo primero que habría que hacer es bajarlo. ¿Cómo pretende que ganemos la senaduría por Tarapacá si el propio ministro del Interior es cómplice de los bandidos?



—¡Lo acuso, señor ministro, de ser un cínico instrumento de intervención en la política electoral del norte! —le gritó Alessandri en el Parlamento.

El ministro Montenegro se puso de pie y se sacó el sombrero.

Gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

—¡Niego rotundamente! ¡Esta acusación es una felonía!

—¡Lo niega porque es un cobarde y triste maricón! ¡Defiéndase con palabras verdaderas, mentiroso, que sus falsedades ya no se las cree nadie!

—¡Esta afrenta se lava con armas! ¡Me ha tratado de maricón, mentiroso y cobarde! ¡Yo he de salvar mi honor!

—¡Su honor está perdido en los fangos de Iquique, señor ministro! —contestó Alessandri. Y fue todo lo que se necesitó para que el ministro le lanzara su guante de cuero al pecho.



Una mañana de sol Alessandri y Montenegro llegaron a la villa que era propiedad de Luis Barceló, cerca de Santiago. Los acompañaban dos padrinos por lado y Manuel Zañartu, que insistió en estar cerca de su amigo en el duelo. A juicio de Manuel, un duelo era la manera más descabellada de resolver un problema; trató de convencer a Alessandri de desistir, pero no tuvo éxito.

Los contendores se saludaron con parquedad. Dieron cada uno los pasos reglamentarios hasta quedar enfrentados.

—¡Disparen!

Nunca se supo si eran malos tiradores o si el duelo estuvo de cierta manera arreglado. Las balas partieron para cualquier lado menos al pecho del contrincante y, cuando pasaron los sustos, Alessandri y el ministro se dieron la mano y volvieron a sus asuntos menos peligrosos.

Pero el eco del duelo atravesó la distancia y llegó a Iquique para dispersarse por toda la pampa. *¡Alessandri está dispuesto a dar su vida por nosotros! ¡Viene a salvarnos de los asesinos y los sinvergüenzas! ¡Es nuestro redentor!*



Tres semanas más tarde, el vapor peruano *Huallaga* lanzaba sus anclas en la costa de Iquique llevando al candidato Alessandri, su hijo Arturo y una comitiva con tres secretarios y los dos candidatos a diputado.

La gente de Iquique lo esperaba entusiasmada. Habían embanderado las embarcaciones y remaron hasta el *Huallaga* para recibir al “redentor”.

Desde la cubierta del barco Alessandri pronunciaba unas palabras llenas de poesía, que se incrustaban en las olas del mar, y, aunque nadie oía lo que estaba diciendo, lo aplaudían lanzándole flores.



Luis Emilio Recabarren lo recibió denostándolo desde las páginas de *El Despertar de los Trabajadores.*

*Desea ser nuestro representante el coalicionista y nunca liberal Arturo Alessandri, candidato de los reaccionarios. Fue dieciocho años diputado por Curicó, pero nadie le conoce labor alguna por el pueblo o el progreso.*

Al enterarse Alessandri de que el líder del Partido Socialista Obrero se encontraba en la ciudad, fue a contestarle en persona.

Luis Emilio lo recibió cordialmente:

—Veo que de orador de salón quiere convertirse en tribuno popular —le dijo, estirándole la mano para saludarlo.

—¿Usted quiere ponerse del lado de los rufianes que tienen martirizada esta región, Recabarren? ¿Por qué no nos ayuda en lugar de insultarme por el diario?

Luis Emilio se rio.

—Yo sé mejor que nadie que en política no hay amigos ni enemigos para siempre, sino alianzas, pero no, nosotros no estamos para ser trampolines de la reacción. Aunque déjeme decirle que tiene en don Pancho Vicuña un gran admirador y ese solo hecho me mueve a respetarlo un poco. Don Pancho es amigo mío desde hace muchos años.

—Y mío también lo es, hemos sido vecinos en Longaví; lo que no entiendo es por qué este afán de respetarme "un poco" cuando yo a usted le profeso el más profundo de los respetos, Recabarren. Lo único que le pido es que no le eche más fuego a esta hoguera.

—De acuerdo —aceptó Luis Emilio—. Pero, usted, déjese de tanta oratoria del corazón y entienda que cuando se le habla a un pueblo que sufre, que llora y pide justicia, como lo escuché decir ayer, hay que hacerlo con menos poesía y más garra política. Al pueblo no se le suben los salarios con versos, sino con fuerte voluntad de cambio.



La campaña fue feroz. Víctor Domingo Silva seducía a los auditorios presentando a su candidato como "el verbo de la libertad y el evangelio del derecho". Y Alessandri, alejándose de cualquier signo que pudiera confundirlo con un candidato débil, vociferaba: "¡Babilonia: tus días están contados! ¡Jericó: crujen tus murallas en estos instantes y mañana caerán al toque de apocalípticas trompetas! Quince años de impunidad van a recibir sanción formidable en las urnas electorales. ¡Pensad en esto, ciudadanos! ¡Pensad que del sencillo acto de depositar vuestro sufragio depende la cesación absoluta y definitiva de aquel régimen de bandidos y criminales!".

Los "bandidos" y "criminales" que apoyaban a Arturo del Río combatieron a la gente de Alessandri con piedras, cuchillos y balazos. La ciudad se convirtió en un frente de batalla. Por varios días la gente no se atrevió a salir a las calles. Los gorriones se quedaron en sus nidos y las gaviotas volaban sin graznar. Llovían proyectiles, gritos, amenazas. "¡Fuera de nuestra tierra, bachicha santiaguino!".

Una de esas refriegas llegó hasta el recinto del telégrafo y entre empujones, gritos y puñetazos a alguien se le escapó un balazo que fue a dar en medio de la espalda del prefecto Delgado y le atravesó el corazón; el hombre cayó de bruces encima de su escritorio. Culparon a Alessandri y a su gente, pero no era el momento de hacer investigaciones. La batalla siguió su curso como si no hubiese muerto nadie.

La gente de Arturo del Río estaba convencida de que el triunfo sería suyo, que podrían seguir robando y atormentando indefinidamente a la región, pero a medida que fue transcurriendo la jornada electoral el ánimo triunfalista se fue desinflando.

"¡Ganó Alessandri!", gritó un canallita en una esquina, y la voz corrió por la ciudad y los pueblos aledaños antes que se dieran los cómputos finales.

De pie en el proscenio donde se celebraría la victoria, Víctor Domingo Silva gritaba a todo pulmón:

—¡Señoras y señores, al aire los sombreros, ha llegado don Arturo Alessandri Palma, el León de Tarapacá!

Alessandri agachó humildemente la cabeza y una voz interna le dijo lo mismo que siglos antes Julio César le había dicho al Senado romano: ¡*Veni, vidi, vici*!

## El León y las señoras

Hacia 1916 el mundo de las mujeres estaba cambiando. La época de las señoras con sus mantillas negras y la alhucema aromática en los dormitorios había dado paso a la del *cocktail*, el bridge y el voto femenino, del cual ahora al menos se hablaba. Si antes las mujeres oían misa a diario y se llenaban de dulces de almíbar, ahora iban a misa solamente los domingos y a la hora de rezar el rosario estaban bailando el charlestón, echándose agua oxigenada en el pelo, crema Lechuga en la cara y literatura en la cabeza.

El primero en comprender y empujar este cambio fue el León.

Caminando con la cabeza hundida entre los hombros, repetía las palabras con que pensaba dar comienzo a su charla. A él le gustaban las mujeres para todo, no solo para galantearlas. Veía en el mundo femenino un tremendo potencial político y de progreso. Admiraba a las mujeres y entre sus amistades había varias: Luisa Lynch, Eloísa Díaz, Inés Echeverría, Delia Matte, Sara Hübner, Martina Barros, Amanda Labarca, que le parecían más progresistas, sabias e inteligentes que todo el Senado.

Se dio prisa. No quería llegar tarde a esta cita. Lo esperaban en el Club de Señoras.

La sala de conferencias había sido el antiguo salón de la casa de Delia Matte en la calle Compañía entre Morandé y Teatinos.

Un año antes, en agosto de 1915, Luisa Lynch y Delia Matte fundaron el Club de Señoras, un lugar de encuentro para fomentar la independencia de la mujer. Allí se daban clases de costura, cocina, literatura, filosofía. Se pasaban películas. Se invitaba a escritores: Pedro Prado, Alone, Augusto D'Halmar, Fernando Santiván, Mariano Latorre. Sara Hübner daba conferencias sobre Bergson, hablaba de Nietzsche y de Ortega y Gasset. “Gracias a este club”, explicaba Delia Matte, “la mujer comienza a ser persona y se la hace valer por sus cualidades y no por sus atractivos físicos”.

Pronto vino la resistencia. A la Iglesia le pareció que el club atentaba contra el modelo de mujer católica, obediente, dedicada al marido y a los hijos. “Las mujeres deben proclamar a Cristo en el trono del Rey con las armas de la oración, con el lema de la caridad y la abnegación, bajo la bandera de la patria y la cruz, no con palabras libertinas declarándolas personas independientes”.

Las revistas caricaturizaban a Delia Matte como una mujer ridícula con sus sombreros de plumas largas, una señora emancipada a quien pintaban con un uslero en la mano amenazando a una turba de caballeros aterrorizados. Y, mientras Joaquín Díaz Garcés publicaba artículos irónicos en contra de las fundadoras, el poeta

Pablo de Rokha les dedicaba un poema.

*Literatas de Club, ¿no tenéis marido?*
*Buscadle y le halláis, sed simplemente esposas;*
*¿Queréis hablar? Muy bien; mas, sazonad la sopa.*

Delia Matte y Luisa Lynch, apoyadas por la pluma de Inés Echeverría, no se amilanaron. Acomodaron la vieja casona de Delia, se asociaron con la más radical de todas, Amanda Labarca, y al año de su fundación estaban invitando al León de Tarapacá, cuyas palabras de esa tarde lo convertirían en el candidato indiscutible de las mujeres.

Inés estaba nerviosa. Había sido ella quien convenció a Arturo de dar esta conferencia. Y no es que dudara de su capacidad de conferencista; dudaba de que todas las mujeres de esa audiencia fueran tan abiertas de mente como Delia Matte, Luisa Lynch o Amanda Labarca, que había estudiado en la Universidad de Columbia y en la Sorbona y abierto dos círculos de lectura. Luisa Lynch era excéntrica y culta, lectora de teosofía, estudiosa de la vida de Mahoma. Luisa y ella misma encabezaban el reformismo liberador de las mujeres. Pero no todas estaban en la misma línea. Había mucho trabajo que hacer, muchas cabecitas que desasnar; era preciso ir de a poco y el León no se caracterizaba por su tiento en este sentido. Sin embargo, confiaba en el encanto y poder de seducción de su amigo. En ese algo indefinible que proyectaba. No era lo que se dice un buenmozo: su rostro era más bien tosco, hasta un poco burdo, tampoco era muy alto, ni delgado; Inés hubiera dicho que algo rechoncho, pero ¿qué tenía este hombre que dejaba a las mujeres encandiladas?

—Señora, ¿me permite hacerle una consulta? ¿Por qué le gusta Arturo Alessandri? —le preguntó a la mujer que estaba a su lado.

—A mí me gusta porque me gusta —respondió esta, desafiando toda lógica.

A las siete en punto llegó Arturo Alessandri. Inés lo miró arrobada. Aquí venía su príncipe. Se veía juvenil y turbulento, como si viniese escapando de un arresto después de una picardía en el colegio. Le lanzó a la disimulada un beso que Alessandri respondió guiñándole

un ojo.

Aunque ya no era un jovencito, el León tenía algo achiquillado; su mata de cabello rebelde, su mecha indócil, una mirada chispeante, algo informal y ajado en su vestimenta, más parecía un joven artista que un político diestro y astuto.

Alessandri subió a la tarima e inmediatamente cesó el parloteo. Todas las miradas se posaron en su rostro acalorado.

El orador partió recordándoles que él ya tenía sus años, ya había entrado en la madurez.

—¡Pero qué importa lo que diga el registro parroquial del cura, si la juventud es entusiasmo, fe y optimismo! Lo que cuenta no es envejecer, sino evolucionar. La evolución no se detiene nunca, señoras, todo lo arrastra, todo lo reemplaza. Invocando los mismos derechos y las mismas leyes, los hombres han realizado distintas cosas en distintas épocas. Vean, por ejemplo, a los patriarcas en el pueblo escogido de Dios: eran polígamos y en el mismo nombre del Altísimo, sin que hayan cambiado de naturaleza los humanos, ahora se les exige que sean monógamos. Pensemos solamente en el rey David y sus debilidades. ¿Quién recordaría su santidad si no hubiera sido polígamo y asesino?

Las señoras respiraron profundo. Algunas, cohibidas por el peso de las palabras.

—Todo evoluciona, señoras, todo cambia. Hasta el siglo XI los sacerdotes se casaron; ahora permanecen célibes y pronto llegará el día en que vuelvan a casarse y lo que era una prohibición será enteramente aceptable.

Alessandri estiró el cuello, alzó la voz y se puso tan serio que era como si de pronto estuviese hablando otra persona.

—El Código no ha sido galante con ustedes, señoras; el cochero que las ha traído a esta sala puede servir de testigo de un testamento y ustedes, tan cultas, refinadas y amables, quedan en peor situación ante la ley que el auriga. Y el mozo que lustra las botas de sus esposos tiene la patria potestad de que carecen las madres para

resguardar los bienes de sus hijos.

Se escuchó un murmullo creciente.

—Y así, sensatas como son, sin ninguno de los vicios del hombre, la ley las declara incapaces de administrar sus bienes. Ustedes no son dueñas de lo que aportan al matrimonio ni de lo que adquieren, ni siquiera de lo que pueden ganar con su trabajo mientras exista la sociedad conyugal. Escuchen, señoras, lo que diré a continuación: ¿sabían ustedes que si una dama se permite ciertas complacencias con un caballero y el marido la sorprende, la ley lo autoriza a matarla?

Nicolasa estaba entre la audiencia y se puso de pie.

—¡Esto me parece demasiado! ¿Ellos pueden tener amantes, pero si los tiene una mujer la ley las condena a muerte?

—Así es, señoras, ¡y aquí mismo está! En nuestro Código.

Inés Echeverría tenía las palmas enrojecidas de tanto aplaudir. En pocas palabras Alessandri había destruido el Código Civil de su bisabuelo.

Una vez terminada su conferencia, luego de varios minutos en que las señoras lo ovacionaron de pie, Alessandri intentó abrirse paso entre la audiencia para abandonar el recinto. Las había deslumbrado y ahora no lo dejaban salir. Todas querían tocarlo. Faltó poco para que le sacaran los botones de la chaqueta negra.

Por fin pudo volver caminando a su casa, seguido por un grupo de mujeres vitoreándolo. Una vez que logró alejarse de la muchedumbre y abrir la puerta con su llave, se dejó caer en el sillón de la sala. Estaba exhausto.

Al poco rato llegó Rosa Ester.

—¿Cómo te fue con las señoras?

—Tengo aseguradas a las mujeres, claro que no puedan votar. Es tan absurdo todo esto, Ester. ¿Quién en su sano juicio puede sostener que la naturaleza no ha capacitado a la mujer para ejercer

el derecho a voto? ¡En 1916! Es una cosa de no creerla.

—En tu propio partido hay caballeros que piensan así.

—Ya lo sé, hija, y es justamente lo que más me irrita. Pero no voy a perder el tiempo lamentándome. Lo que aquí se necesita es actuar, ser resuelto. ¡Acción, Estercita! Menos palabrería y más voluntad política. Tal como dice Recabarren.

## La aristocracia amenazada

Tres años después, el León dio comienzo a la campaña que lo llevaría a La Moneda.

La oligarquía empezó a temblar. El “bachicha” quería despojarlos de sus bienes y repartirlos entre su “querida chusma”. ¿Qué estaba pasando? ¿Adónde los llevaría esta lucha de clases? Los caballeros del Club de la Unión estaban alarmados. Alessandri era un *parvenue*, un advenedizo. ¿De dónde sacaba tanta fuerza este populista de ideas disparatadas? Se estaban viendo cosas nunca vistas. Alessandri amenazaba a diestra y siniestra, insultaba al gobierno de Sanfuentes, sus seguidores hacían mofa de la clase alta a través de la prensa.

—Mire usted, Manuel, como se burlan de nosotros —le dijo a Manuel un primo del presidente Sanfuentes—. Mire ese diputado de La Serena: ¿qué me dice usted?, tremendo desparpajo. ¿Quién se cree ese radical, conocido en su casa, mofándose de los nuevos ministros, caballeros tan ilustres como Germán Riesco, José Florencio Valdés Cuevas, Alamiro Huidobro? ¿Quién se cree ese Pinto Durán? Lea lo que dice aquí —lo conminó, alcanzándole una hoja del diario.

Manuel tenía claro que defender a su amigo frente a ciertos caballeros del club era tiempo perdido. Como buen diplomático sabía cuándo callar, cuándo opinar y qué decir. Leyó en silencio. *Este gabinete está presidido por un distinguido representante de nuestra más rancia aristocracia. En el Ministerio de Relaciones Exteriores*

*podemos ver a un retoño distinguidísimo de la ilustre familia de los marqueses de Casa Real. Los demás son todos hijos y nietos de presidentes de la República o descendientes de oidores de la Real Audiencia, evocando así imágenes coloniales, arreboladas por la pátina del tiempo y el polvo augusto de los siglos.*

Manuel dejó el diario sobre la mesa.

—Tiene usted toda la razón —dijo, dándole a su interlocutor una mirada lo más amistosa que pudo—; Pinto Durán no debería reírse a costa del nuevo gabinete.

—Y usted, Manuel, defendiendo al bachicha.

—Yo no defiendo a un bachicha, sino a Arturo Alessandri Palma —replicó Manuel, molesto—. Es un hombre serio, es mi amigo y la mejor carta del Partido Liberal, mi partido.

—Será su partido, pero dudo mucho que todos los liberales estén de acuerdo con la forma como Carlos Vicuña Fuentes, por ejemplo, ha retratado a la aristocracia. Mire, tenga, ando con ese artículo en el bolsillo. ¿Me hace el favor de leerlo en voz alta?

Armándose de paciencia Manuel leyó, pero en voz baja.

Carlos Vicuña Fuentes retrataba a la aristocracia como solamente un Bilbao habría osado hacerlo en estos días. El peor de sus vicios, decía, era mirarse como otra especie zoológica, distinta y superior, y si entraban en contacto con el Estado llano lo hacían con no disimulada repugnancia.

Manuel frunció los labios y le devolvió el recorte.

—Dígame, Manuel, ¿dónde dejan estos escaladores el pasado de grandeza que solo fue posible gracias a la aristocracia? ¿No toman en cuenta la consolidación del régimen civil y republicano, ni el sometimiento del caudillaje gracias a Portales, que impuso la autoridad y el respeto a la ley? ¿Y quién sino la aristocracia destruyó la Confederación Perú-boliviana del mariscal Santa Cruz? ¿Y la Guerra del Pacífico? ¿No fue acaso la noble aristocracia quien llevó de victoria en victoria a las armas chilenas?

—Comprendo su aprensión, pero no veo qué tiene que ver Arturo Alessandri con todo lo que está diciendo.

—Tiene mucho que ver. Nosotros somos los constructores del país y nuestros derechos están asegurados desde la cuna. Alessandri Palma es un don nadie, sin raíces, un destructor que acabará por derribar el edificio de la República.

—Y usted teme que bajo los escombros queden sus tierras, sus cuentas bancarias y sus palacios —sonrió Manuel con sarcasmo.

—Así es, señor, y me imagino que su palacio también quedará enterrado entre los escombros del país. Siga leyendo hasta el final y dígame si Vicuña Fuentes no se ha pasado de la raya.

Manuel leyó hasta el final. Vicuña Fuentes era implacable. Los llamados aristócratas no tenían antecedente alguno en qué fundar una prosapia noble; sus antepasados habían llegado a Chile a la hora undécima, como inmigrantes pobres y pacíficos. Presumían de ser nobles y linajudos, pavoneando los escudos y los títulos comprados al rey de España en buenos y pesados patacones.

—De cierta manera tiene toda la razón —musitó Manuel.

—¿Me está diciendo que somos unos rotos patipelados?

—No, le estoy diciendo que la aristocracia chilena no tiene títulos de nobleza originales, nunca los ha tenido. Sus raíces son pobres, lo cual no quita que sean muy nobles, pero de espíritu, no de blasones.

—Usted es de esos que dicen una cosa y hacen otra. Vive en un palacio con un escudo de su familia en la puerta y viene aquí a negar el origen noble de su propia familia.

—Prefiero no seguir discutiendo este tema —dijo Manuel, y se levantó del asiento.

—¡Ah, claro! ¡Muy bonito! Cuando no le quedan argumentos, se va. Cobarde.

Manuel no alcanzó a escuchar la última palabra. Salió a la calle y sintió la brisa como un regalo.

## Hacia el triunfo del León

Ese día de marzo de 1920 amaneció tibio y brillante. Joaquín Larraín y su familia habían vuelto a Santiago luego de pasar el verano en Ocoa. Inés y Joaquín estaban en la galería disfrutando la tranquilidad de la mañana.

Inés leía *El Mercurio*.

De pronto sus ojos se agrandaron. El artículo le estaba robando la respiración. Las palabras eran cuchillos.

*…Iris desea definirse como escritora, pero no es más que un espíritu de pacotilla, mercadería de un bazar parisién, ambigua, con emotividades excesivas y variables innumerables. Su ortografía y sintaxis —quizás por ser de género femenino— hace a esta señora tales infidelidades que nunca sabemos a punto fijo si nos insulta o nos galantea.*

Inés arrugó en su puño la hoja de *El Mercurio* y, sintiendo su orgullo herido, lanzó la bola contra el espejo veneciano.

—¡Maldito imbécil! Me las va a pagar. Esto es inaceptable. Yo no pienso quedarme callada, Joaquín.

—Es el crítico oficial de *El Mercurio* y su voz es sumamente respetada, ni se te ocurra pelear con él. La palabra de Emeth se considera sagrada.

—Que lo consideren sagrado o no me importa un bledo. Es un cura ignorante, un franchute sin ningún derecho de exigirnos a las mujeres que escribamos conforme a las reglas cuando se nos cierran las puertas de la academia.

—Por favor, hijita, tómalo con calma. Una escritora debe estar preparada para recibir comentarios positivos y negativos.

—¡Sí, pero no insultos como estos! —vociferó Inés.

—No te agites, necesitas estar tranquila, sobre todo ahora que has

decidido acompañar a Arturo Alessandri en su campaña.

Ante la mención de su amigo, el rostro de Inés se suavizó. Aún vibraban en su mente las palabras de Alessandri en la Convención Nacional de la Alianza Liberal, cuando venció a Eliodoro Yáñez y fue proclamado candidato a la presidencia por el Partido Liberal. Un acontecimiento histórico. El León apareció en el escenario y con voz trémula lanzó al aire su promesa: "Quiero ser una amenaza para los que se alzan contra los principios de justicia y de derecho; quiero ser amenaza para todos aquellos que permanecen ciegos, sordos y mudos ante la evolución del momento histórico presente; ser una amenaza para los que no saben amar a Chile y no son capaces de hacer ningún sacrificio por servirlo".

—Nunca hemos visto un candidato como él —suspiró Inés—. Este es el momento de un caudillo, no de un filósofo; la oratoria de Alessandri ha conmovido el alma del pueblo y de la clase media. Jamás superará la jerarquía intelectual de Eliodoro, pero ahora se necesita un mago de la palabra más que un jurista. ¡Que la aristocracia vaya poniendo sus barbas en remojo, estamos presenciando el fin de estas clases superpuestas, una para mandar, explotando, y la otra para obedecer, odiando! —remató arremangándose las mangas de su blusa de seda, como si ella misma se aprontara a dar esta pelea a combos.

Joaquín se sobó la barba.

—Hijita, cualquiera diría que la candidata eres tú. Me preocupa este empeño que has puesto en ayudar a Alessandri. Todos sabemos que es el peor cuchillo de la oligarquía; apoyándolo a él estás poniéndote en contra de quienes te rodean. Eres la única alessandrista en la familia. Nosotros vamos a votar por Barros Borgoño. Juan Luis Sanfuentes es mi amigo desde el colegio y ha debido soportar las injurias más tremendas por parte de Alessandri. Me citó a La Moneda. ¿Sabes de qué me habló?

—Ese pazguato puede haberte hablado de cualquier cosa, pero en Chile no se ha visto un gobierno peor ni más vergonzoso. Ninguno ha sido tan represivo. Estamos llenos de anarquistas, desórdenes y huelgas, y la respuesta del gobierno es siempre la misma, palos y cárcel. ¿No has leído lo que ha hecho tu amigo Sanfuentes a un

poeta a quien torturaron en su celda hasta que el pobre chiquillo enloqueció y tuvieron que encerrarlo en la Casa de Orates? ¿Y Los obreros que quemaron vivos en Punta Arenas? ¿Y los otros que asesinó en Natales? ¿Y las dos mil personas que ha encarcelado? Mira, Joaquín, no me interesa lo que dijo el pazguato.

Por primera vez en años, quizás en toda su vida, Joaquín perdió los estribos.

—¡Maldigo la hora en que Eliodoro Yáñez creó ese diario! El presidente me ha hecho llamar y he pasado la peor vergüenza de mi vida. A puertas cerradas en su despacho de La Moneda me ha leído el insultante artículo en su contra que publicó *La Nación*. ¿Crees por ventura que si Eliodoro no estuviese enamorado de ti habrían publicado algo tan indigno de una señora?

—Lo que digo en ese artículo es la pura verdad. Si tu amigo Sanfuentes tuviera sesos, que no tiene, sabría que los ideales nunca son aniquilados por la fuerza bruta.

—Tanto que hablas de Sanfuentes y parece que olvidas que tu amigo Alessandri fue su ministro del Interior.

—Sí, lo fue por un rato, y no para sobarle el lomo, sino para impulsar la separación de la Iglesia y el Estado, lo cual no quiere decir que estuviera de acuerdo con Sanfuentes. Lo ha criticado duramente y con razón.

Haciendo un esfuerzo, Joaquín recobró su parsimonia.

—Está bien, hijita. Comprendo tus deseos de ayudar a Alessandri, siendo tu amigo. Lo único que pregunto es si es necesario que salgas a terreno para hacer trabajo de hombre. ¿No podrías colaborar desde tu casa, como haría cualquier señora *bien*?

—¡Ay, Joaquín! No digas sandeces. Vamos con Javiera y Ceferino. ¿Qué puede pasarnos? Se lo he prometido a nuestro futuro presidente. Vamos a ganar y me necesita para que lo ayude a organizar su gira. ¿Cómo quieres que haga esa tarea en la casa? Javiera y yo llegaremos a las ciudades un poco antes que él y su comitiva para organizar los banquetes. El chofer cuidará bien de

nosotras, no hay nada de qué preocuparse.

Joaquín alzó las cejas.

—¿Javiera se ha sumado a esta campaña? ¿Qué dice María? No creo que le guste este italiano populista.

—El italiano populista es un buen amigo de Manuel; Manuel está más metido en la campaña de lo que tú sabes. De María no he sabido nada en mucho tiempo. No me dirige la palabra desde que escribí sobre sus amigas, las Errázuriz, y no le habla a Javiera desde que Javiera se robó el corazón de Manuel. Pero no me hagas una escena, hijito, por favor, que me duele la cabeza. Las cosas entre Javiera y María están muy mal. Javiera tiene que alejarse un rato de la casa, me ha pedido que la lleve conmigo y yo, encantada. Ahora te ruego que me dejes tranquila; antes de partir a ninguna parte voy a contestarle a este papanatas con sotana.

## Extravíos amorosos

Durante la campaña presidencial Inés desapareció de su casa, empeñó el collar de brillantes de la mamita Loló, para ayudar a su amigo, no llegaba a dormir y nadie sabía en qué pasos andaba.

Joaquín se mesaba los cabellos. Lo atormentaba la idea de que su mujer estuviera haciendo el papel de secretaria del mismo político que los arruinaría dando una estocada final a los valores y principios de la sociedad.

—Su madre ha llegado demasiado lejos —le decía a Rebeca—. ¿Cómo es posible que apoye a este patán? ¿Cómo puede haberse lanzado en contra de toda su familia, de toda su clase, para ayudar a este siútico que además es un peligro y nos va a hundir? ¡Mire, Rebequita, lea lo que dice *El Diario Ilustrado*! —Y le pasaba la hoja donde publicaban que si Alessandri resultaba elegido saquearían casas y conventos, asesinarían a los frailes, violarían a las monjas y confiscarían los bienes, poniendo fin a la propiedad privada.

—No se agite, papacito. Lo hemos conversado con Roberto y no hay razones para preocuparse tanto. Roberto dice que la oligarquía se ha tragado el discurso populista de Alessandri, pero nada de lo que está prometiendo podrá cumplirse. Roberto dice que Alessandri es un oligarca como cualquier otro y…

—¿Quién es Roberto? —la interrumpió su padre, arqueando las cejas.

—Es un caballero que conocí en el matrimonio de Nicolasa y me interesa. No es que a él le guste demasiado la política, pero es inteligente y leído.

—Roberto cuánto, Rebeca.

—Roberto Barceló, papá.



Dos semanas antes, Nicolasa se había casado con Federico Alfaro. Notificar a María que su hija llevaba años saliendo con un militante del Partido Socialista Obrero, amigo de Luis Emilio Recabarren, que eran novios e iban a casarse fue una tarea de la cual Manuel tuvo que encargarse muy a pesar suyo.

—¿Me estás diciendo que Nicolasa, nuestra Nicolasa, se ha metido con alguien que no sabemos de dónde salió ni quiénes son sus padres? ¿Un militante del Partido Socialista? ¿Y cómo es que nadie me ha dicho nada? ¿Te has vuelto loco, Manuel?

—Es una persona inteligente, se acaba de recibir de médico, su familia es de Concepción. María, lo más importante es que Nicolasa tiene veinticinco años. ¿Qué quieres que haga? No podemos prohibirle que se case con el hombre que ama.

—Un roto. El hombre que ama es un roto. ¿Por qué no dices las cosas como son? Nuestra hija va a casarse con un cualquiera, un don nadie, a lo más un medio pelo sin un peso y, para colmo, de las izquierdas rusas. ¿Desde cuándo anda mi hija con ese hombre? Escúchame bien, Manuel: yo no tengo ningún interés en conocerlo,

no quiero saber nada de esto; que Nicolasa haga lo que se le antoje, es lo que ha hecho siempre, por lo demás, amparada por ti y desde luego por Javiera, para contradecirme.

—María, por el amor de Dios…

—¿Sabes, Manuel? Me da lo mismo. Antes de salir cierra las cortinas, tengo un dolor de cabeza que me está matando.

La boda se celebró en una iglesia de la avenida Brasil. Federico, que era huérfano de madre y se llevaba mal con su padre, se había negado a organizar una fiesta, una cena o lo que fuera. De mala gana aceptó casarse por la Iglesia y ante los ruegos e insistencia de Nicolasa terminó aceptando que Manuel ofreciera una cena de gala con baile. De su familia asistieron sus dos hermanastras, Jesusa y Alicia, a quienes Nicolasa no había visto nunca. Vestían modestamente, no conversaron con nadie y cualquiera hubiese dicho que estaban allí por equivocación. Nicolasa las presentó a su padre, a Javiera y a sus hermanos, pero las mujeres parecían incómodas y se quedaron en un rincón, seguramente contando los minutos para irse. Federico no se acercó a ellas en ningún momento y no se apartó de un par de amigos suyos que tampoco conocían a nadie. María consintió en vestirse de largo y oficiar de madrina, pero no quiso estar en la cena. Llegando de la iglesia se encerró en sus aposentos del segundo piso y no salió de allí hasta el día siguiente en la tarde. A los invitados se les dijo que estaba indispuesta. Javiera ofició de anfitriona, ofreciendo *petit bouches*, preguntando si querían más champán. Y Manuel, tratando de no pensar en lo desastrosa que podría ser esta unión de Nicolasa con Federico, bailó un vals de Strauss con su hija, soplándole al oído "está preciosa, no se preocupe por nada, este es su día".

Después de la cena, la orquesta se puso a tocar música para la juventud y la gente se dispuso a pasar un buen rato bailando.

Hacia las once de esa noche, en medio de la fiesta, Rebeca salió a la terraza y se sentó en un sillón de mimbre. Quería estar sola un rato. Todo en esa boda le parecía falso, extraño. Federico parecía enojado y fuera de lugar, esas dos mujeres que no alternaban con nadie, Nicolasa haciendo esfuerzos para que todo pareciera normal… su pobre amiga, en qué se había metido.

De pronto se fijó en un hombre que estaba junto a la mesa con las cubetas de plata donde se mantenían las botellas de champán. Tenía una copa en la mano, y miraba hacia los lados como buscando a alguien.

Nicolasa pasó en ese momento y, al ver a su amiga, se acercó.

—¿Por qué no estás bailando? ¿Estás aburrida? ¡Por favor, no me falles tú también!

—¡Oh, no! Quería descansar un rato.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —contestó Rebeca con la cabeza en otra parte—. Nicolasa, ¿cómo se llama el que está parado ahí?

—¿Quieres que te lo presente? —preguntó Nicolasa, sonriendo—. ¡Roberto!

Roberto se sirvió otro poco de espumante antes de dirigirse con paso cansino hacia las dos mujeres. Alzó su copa como haciendo un brindis mientras besaba la mano de Rebeca, mirándola a los ojos. Tenía una mirada cálida, sonriente. Era alto y robusto, un rostro atractivo, redondo, grandes ojos verdes, el cabello negro tieso de gomina, la frente amplia. Vestía un traje bien cortado, pañuelo de seda en el bolsillo y camisa blanca. Su pelo olía a frambuesa.

—¿Puedo sentarme a su lado? —preguntó.

Era de esas personas que caen bien de entrada, muy simpático y relajado. Estuvieron hablando de cine, de libros y de música. Roberto contaba anécdotas, había estado en muchas partes, conocía a todo el mundo.

—La verdad es que en esta fiesta hay pocos amigos míos, pero a mí me gusta observar a la gente, no es necesario estar hablando todo el rato. —Tenía buen trabajo, ganaba bastante dinero y era pésimo para ahorrar—. La plata es para gastarla y pasarlo bien, ¿no le parece, Rebeca?

Al cabo de una hora miró su reloj de oro y dijo que debía

marcharse. Rebeca le estiró una mano, que Roberto apretó con insistencia mientras susurraba:

—Nos veremos pronto de nuevo, muy pronto, antes de lo que usted piensa… —Y ella creyó escuchar que había añadido la palabra "linda", pero no estaba segura.

Lo vio entrar al salón y perderse entre las parejas que bailaban.

Esa noche, de vuelta en su casa, escribió en su diario: *No sé lo que me pasa, quisiera poner en orden mi alma pero, ay, no puedo.*



¿Roberto Barceló? ¿El mismo que fue despedido de la casa comercial de Alberto Cruz Montt? Joaquín respiró hondo. Desde hacía un tiempo, cada vez que pasaba una molestia, se le apretaba el pecho y le faltaba el aire, temía sufrir un infarto.

—No, Rebeca. Este hombre no le conviene.

—Pero ¿por qué, papá?, ¿qué tiene de malo?

—¡Todo, hijita, todo! Es un tunante, parrandero, poco serio en los negocios, la peor fama de Santiago. Usted no volverá a verlo hasta que yo haya averiguado sobre él. ¿Me oye? ¡Ay, Señor! Y su madre ocupada en la campaña de Alessandri en lugar de preocuparse por sus hijas.



Más que preocuparse de la campaña, Inés estaba obsesionada con el candidato. Se sentía enamorada de él. Había consultado el zodíaco y este le había advertido: "Te dirán que es embustero y veleidoso social y que tu amor significa una mesalianza lamentable".

—No pienso escuchar las voces falaces, me elevaré por sobre la envidia y la maleficencia —le decía a Javiera en esas noches que pasaban conversando a la luz de una vela, en la pieza infecta de

alguna posada de provincia.

—Es un hombre casado y entiendo que quiere mucho a su mujer. No pensarás decírselo a Joaquín, ¿verdad?

—Todos los hombres interesantes están casados con alguien, como yo misma, por lo demás. ¿Y qué me dices de tu Manuel? Una *amitié amoureuse* no tiene nada que ver con la esposa, son cosas que corren por carriles separados. ¡Por supuesto que no voy a decírselo a Joaquín!

Una vez que Javiera se dormía, Inés anotaba en su diario, *mi pretendiente oligarca se oscurece en orgulloso silencio y crea el vacío en su derredor. Cuando se me acerca, mi temperatura baja rápidamente a cero y por el contrario, cuando el otro me roba un beso, una onda candente devora mis entrañas vaginales.*

El "otro" se sentía hostigado y en un verdadero aprieto. Apreciaba mucho a Inés Echeverría, se entretenía con ella, la mujer lo subyugaba, pero ahora le estorbaba. Se estaba entrometiendo en su campaña, daba órdenes, recriminaba a su secretario, cambiaba los puestos en las mesas de las celebraciones.

Una noche alojaron en la misma posada, en las afueras de Talca. Inés lanzó un par de indirectas invitándolo a su habitación, cosa que él rechazó de plano. Inés lo miró con un gesto de desaliento, le dio la espalda y subió furiosa al segundo piso, donde estaba su cuarto.

Arturo se quedó en la sala caminando de un lado al otro. ¿Cómo sacársela de encima? Inés se había ofrecido como adelantada, la que prepara el ambiente, las recepciones, los banquetes, las manifestaciones en los pueblos y ciudades donde pronunciaría sus discursos. Arturo agradecía el esfuerzo, pero nunca pensó que llegaría el momento en que tendría que decirle ¡basta! Vuélvase a su casa, a su marido y a sus hijas. ¡*Ay, Señor! Con Rosa Ester nunca he tenido estos problemas; muy por el contrario, mi santa mujer es mi refugio más seguro, ella me salva de estos desvaríos amorosos que siempre terminan mal.*

Se sentía halagado por el fuego y la pasión de Inés, pero a estas

alturas de su carrera no le convenía una mujer que rompía todos los protocolos, decía lo que se le pasaba por la mente, era capaz de pregonar al mundo que estaba teniendo un romance con él y, para colmo, casada con un hombre a quien respetaba.

Le escribió una carta.

*Le ruego que no vaya esta semana a Talca. No quiero que pase un mal rato por mi culpa. Usted no será bien recibida en ese ambiente. Talca es un antro de familias tradicionales y muy conservadoras, enemigas de cualquier cambio que las saque de sus vidas acomodadas. Yo los enfrentaré, pero lo haré con disimulo, asustándolos, pero no hiriéndolos…*

Inés leyó la carta y tiró el papel a la basura.

—Javiera, debemos regresar a Santiago.

## Ama de casa

Nicolasa y Federico vivían en una casa de un piso en la calle Catedral, una casa modesta, ni comparable con el palacio donde ella había crecido o con ninguna de las casas de sus amigas y familiares seis cuadras más arriba. Pero eso no fue obstáculo para que iniciara su vida de casada con la esperanza de ser feliz. Con los pocos pesos que Federico le pasaba se las ingenió para hacer de su vivienda un lugar agradable. Puso cojines de colores, plantas en bonitas macetas de greda y cacharros de Quinchamalí en la repisa de la chimenea.

Siempre creyó que podría trabajar fuera de la casa y ayudar a Federico; hasta pensó estudiar un oficio relacionado con medicina, pero se encontró con que Federico lo consideraba inapropiado.

—Además, no veo dónde va a trabajar una lady Harrington como tú —le dijo con un gesto de disgusto en la cara. Entonces recurrió a Dorila, la cocinera de su padre, para que le enseñara a preparar cazuela de ave con chuchoca, mermelada de ají verde y suspiros de monja. Y de allí en adelante su mundo fue la cocina.

A los seis meses había sufrido su primera pérdida y ahora tenía la sospecha de estar embarazada de nuevo. Esta vez no se lo diría a Federico hasta no estar segura y tal vez aun estándolo esperaría un poco antes de darle la noticia. No quería llevarse la decepción de la primera vez, cuando Federico no le dio ninguna importancia y ella se dio cuenta de que la paternidad no lo conmovía.

La esperanza de ser feliz comenzó a esfumarse ya en los primeros meses. La vida en esa casa, helada en invierno y en verano, transcurría en medio de una monotonía insoportable. Pasaba gran parte del día en casa de sus padres y cuando Federico viajaba a Concepción, dos y hasta tres veces al mes, se quedaba a alojar allá. Entonces volvía a ser la Nicolasa de siempre, sosteniendo entretenidas conversaciones con su padre en la biblioteca, jugando canasta con Vicente y Celinda, y también aprovechaba para estar con Rebeca, a quien rara vez podía invitar a su casa, pues Federico no la podía ver.

Un día su padre le preguntó si estaba contenta y ella le dijo que sí, pero a Manuel podía engañarlo cualquier cosa en el mundo, menos los ojos de su hija.

## El abismo

Manuel y su familia se habían habituado a vivir como si María no existiera. Estaban acostumbrados a sus encierros esporádicos, sus rabietas, los llantos sin haber por qué, y no mencionaban el tema. Las veces en que María aparecía en el salón, lo único que cambiaba era que Javiera abandonaba la pieza disimuladamente.

Pero una noche el equilibrio se rompió.

En cuanto Rebeca se enteró del drama envió a Ceferino a buscar a Nicolasa para llevársela a su casa. Las dos amigas se sentaron al borde de la cama de Rebeca y Nicolasa no paraba de llorar.

—Lo peor es que me siento un poco culpable. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Le avisaste a Federico?

—Le puse un telegrama, aunque no hay mucho que pueda hacer Federico para ayudarnos, si ni siquiera quiere entrar a la casa de mis padres. Lo único que haría es ponerme más nerviosa.

—¿Qué dice tu padre? ¿Cómo está?

—No sé cómo está mi padre. Traté de hablar con él, pero está monosilábico, sí, no, sí, no, tal vez… no pude sacarle palabra. Esa casa se ha convertido en un lugar imposible. La tía Javiera trata de normalizar un poco las cosas, pero no le resulta para nada. Parece que va a volverse a Santa Filomena y yo, francamente, no sé qué va a hacer mi papá sin ella.

—¿No decías que tu papá antes muerto que ser su amante?

—Lo cual no quiere decir que no esté enamorado de ella.

Rebeca tragó saliva. Nicolasa no dejaba de sorprenderla; hablaba tan libremente de su papá enamorado de otra mujer.

—¿Y a ti no te importa?

—Ya te lo dije. ¿Por qué tendría que importarme? Mi madre ha sido un cero a la izquierda, es como si hubiera estado muerta, y mira lo que ha pasado ahora. ¡Quiso matar a la tía Javiera, por Dios Santo!

La noche del estallido, hacia las once y media, María apareció intempestivamente en la pieza de Javiera. Tenía los ojos desorbitados. Parecía haber perdido el juicio. "¡Puta de mierda!". El pelo desgreñado y una mirada que infundía terror.

Javiera quedó paralizada en su cama y, si no hubiera sido porque al correr hacia ella María pasó a llevar la Virgen de cristal que había sobre la cómoda, nadie en la casa se habría dado cuenta y María podría haberla matado.

Dorila llegó corriendo al escuchar el estruendo de cristales contra el piso.

—¡Llama a Manuel! —alcanzó a gritar Javiera antes que María le

echara el cuerpo encima.

A los pocos minutos llegó Manuel en bata de levantarse y agarró a su mujer por los brazos. María desarrollaba una fuerza brutal. Daba patadas y manotazos, insultándolos.

—¡Déjame tranquila, Manuel! ¡Los odio a todos! ¡La que se hace llamar mi hermana es una mierda!

Después de forcejear unos minutos, Manuel logró controlarla.

El doctor Undurraga llegó una hora más tarde acompañado de dos enfermeros de su clínica privada. Se encerró con María en una pieza y al salir se acercó a Manuel con cara circunspecta.

—Está muy perturbada, Manuel. ¿Qué ha pasado?

—Lleva años así, desde que nació Pablo, en Italia.

—Ya lo sé, pero este episodio es algo nuevo. No quiero ser intruso, pero al parecer lo que ha desatado su ira son los problemas con tu cuñada. ¿Quieres hablar de eso?

—No hay nada que hablar. No hay ningún problema con Javiera. Son absurdas ideas que se le han metido en la cabeza. Cree que Javiera y yo estamos teniendo un *affaire*.

—¿Y están?

—No, hombre. ¿No te digo que son ideas que se le han metido en la cabeza?

—¿Ha habido episodios como este antes?

—Tan violentos como este, no. Ahora último la he notado más nerviosa y sensible que antes. ¿Qué es lo que tiene?

—Es difícil adelantar un diagnóstico antes de observarla unos cuantos días. A primera vista te diría que se trata de un trastorno anímico severo. Está ansiosa e histérica. Me dice que se siente constantemente melancólica y de la melancolía pasa a la euforia. Ahora se ha calmado, le he dejado unos tranquilizantes y pasiflora,

que la ayudará a dormir.

—¿Qué me recomiendas hacer?

—Es difícil decirte esto, Manuel, pero lo primero es sacar a Javiera de aquí. Está obsesionada con su hermana y contigo. Y lo segundo es que me gustaría internarla por unos días en una pequeña clínica privada donde voy a poder observarla de cerca y sostener conversaciones con ella. Tenemos tres piezas bastante cómodas para estos casos.

Tres horas más tarde una ambulancia recientemente adquirida por la Cruz Roja se llevó a María.

Manuel la vio partir desde una ventana.

## El drama de Rebeca

Tal vez fue la impresión de ver a su madre internada lo que provocó la pérdida de su segundo embarazo, pero el caso es que Nicolasa estaba teniendo problemas para tener hijos. Su matrimonio con Federico tampoco era lo esperado. Federico pasaba en Concepción, donde estaba ayudando a montar un depósito de cadáveres, y la dejaba sola en Santiago. Nicolasa vivía gran parte del tiempo en la casa de sus padres, pero ahora se sentía culpable de haber hecho como si su madre no existiera y esa casa la deprimía. Con Celinda ya no se podía contar, pues estaba más preocupada del tapicero Ruperto Moraga que de otra cosa. Y su padre, consejero principal del presidente Alessandri, rara vez paraba en la casa.

Rebeca la invitó a alojarse con ella.

—Te lo agradezco mucho. Será solo por unos días.

—Todos los días que quieras; quédate hasta que vuelva Federico, aunque yo misma no estaré aquí.

—¿No? ¿Y adónde te vas?

—Es que no te lo he contado. Hay una tremenda pelotera con mis padres. Cuando les dije que estaba enamorada de Roberto y quería casarme con él, para qué te digo el escándalo que armaron. Papá me ha prohibido verlo, pretende separarme de Roberto a costa de lo que sea. Y mamá está de acuerdo. Me están amenazando con llevarme a Europa.

—¡No pueden obligarte!

—Les he dicho que soy mayor de edad y ha sido como hablarle a una pared. Papá está convencido de que sería desgraciada con Roberto y su deber es defenderme de mí misma. Mamá insiste en que nací bajo la estrella de la mala suerte y que mi empeño en casarme con Roberto no hace otra cosa que confirmarlo. Les advertí que pueden llevarme a Europa, al África o a Estados Unidos, pero a la vuelta voy a casarme con Roberto y se acabó.

—Te van a desheredar.

—¡Que me deshereden, pues!

Joaquín e Inés habían decidido hacer cuanto estuviera en sus manos para impedir el matrimonio de Rebeca con Roberto Barceló. Joaquín habló con su amigo Alberto Cruz Montt y este le enseñó documentos firmados por Barceló donde se demostraba que lo había estafado. La señora del doctor Lea Plaza, una buena amiga de Inés, que conocía a los padres de Barceló y a Barceló desde niño, le contó que a los seis años Roberto había reventado con el pie un canarito amaestrado.

—Por pura crueldad. No era un niño bueno.

Estos datos bastaron para que Inés lo considerase "un degenerado" y decidiera llevar un retrato de Barceló a dos amigos suyos que eran psiquiatras. Ninguno de los dos lo conocía. Mirando el retrato, uno de ellos dictaminó que era "un hombre cínico" y el otro, "una criatura sin limpieza de alma".

—El tipo es un indeseable —sentenció Inés.

Joaquín, por su lado, quería comprobar si eran ciertos los chismes

sobre las correrías amorosas de Barceló. Por esos días llegó una carta anónima a la casa: “No consienta en el matrimonio de su hija. Se lo dice alguien que sabe”. Con la ayuda de un amigo logró ubicar a dos señoras que habían tenido amores con Roberto, al mismo tiempo, y ambas dijeron que era un hombre sin principios.

—¡Claro! Un hombre sin principios, inmoral y fresco. Anda detrás de tu fortuna, eso es lo que quiere y una vez que tenga a Rebeca va a pegar el garrotazo.

Una noche le soltaron toda esta información a Rebeca y ella se puso de pie, alzó la cabeza como una figura del teatro griego y les gritó de vuelta:

—¡Prefiero ser desgraciada con Roberto Barceló que feliz con otra persona!

—¡Antes muerto que permitir esta locura! —gritó Joaquín, sintiendo el pecho apretado y la falta de aire en sus pulmones.

## El diagnóstico

Una semana después de la internación de María, el doctor Undurraga fue a ver a Manuel al ministerio y allí le explicó que su mujer tenía una neurosis obsesiva.

—Neurosis obsesiva. ¿Qué significa? —preguntó Manuel.

—Es lo que hasta hace pocos años llamábamos melancolía. Es un trastorno psiquiátrico que se caracteriza por el abatimiento, la falta de energía y la invasión de ideas negras, confusas y tristes.

—¿Es una forma de locura?

—No tiene nada que ver con locura. Pero tendrás que armarte de paciencia, pues no hay otra medicina que reposo, la pieza silenciosa, las cortinas echadas y tiempo. El tiempo es todo.

—¿Cuándo vuelve a casa?

—Ya volvió. Esta mañana.

—¿Cómo? ¿Y nadie me avisó? Yo habría ido a buscarla.

—No quiere verte, Manuel, y por el momento debemos dejar las cosas así —le dijo el médico, y al ver la cara de Manuel trató de apaciguarlo—. No te preocupes tanto, hombre. Una vez que se despeje el panorama con Javiera, este cuadro puede cambiar y María volverá a ser la misma de siempre.

—¡Pero de qué me estás hablando! María no es la misma de siempre desde hace más de veinte años. Ya ni sé lo que significa ser la misma de siempre. Ni siquiera recuerdo cómo era cuando nos casamos. Javiera no tiene nada que ver con todo esto —musitó Manuel y bajó la cabeza, desconsolado.

El doctor sintió lástima por él.

—Lo único que puedo decirte es que hoy en la mañana, por ejemplo, amaneció como una persona normal. Pidió los diarios. Incluso comentó que estaba feliz de que Eliodoro Yáñez hubiera perdido la candidatura a la Presidencia, aunque no le gustaba el empate que se produjo entre Arturo Alessandri y Manuel Barros Borgoño, y mucho menos que fuera resuelto a favor de Alessandri por el Tribunal de Honor.

—¿María dijo eso?

—Así es, y también dijo que lamentaba la muerte de Fernando Lazcano, porque, si el presidente iba a ser un liberal de todas maneras, ella hubiera preferido a Lazcano, y le parecía una gran desgracia que Alessandri hubiera ganado la elección presidencial.

Manuel suspiró.

—María siempre ha sentido un profundo y apasionado interés por la política, y sus posturas siempre han sido distintas de las mías. No me extraña que le guste el más conservador de los liberales. Es muy conservadora, nunca le ha gustado Alessandri.

—¿Lo ves? Te estás alarmando innecesariamente. Esto se le va a ir pasando, Manuel. Ha tenido una crisis nerviosa, producto de su

propia melancolía, y eso es todo.

## El gobierno tambalea

El mozo les escanció el vino, preguntó si los señores necesitaban algo más, hizo una reverencia y se marchó.

—Bueno, hombre, te felicito. Ya eres todo un respetable abogado, me siento muy orgulloso de ti.

—Gracias, papá —dijo Pablo llevándose la copa a los labios—. Hagamos un brindis por mi futuro.

Manuel lo miró a los ojos. Hacía tiempo que deseaba preguntarle por su futuro.

—¿Piensas abrir un bufete? Arturo Alessandri me ha dicho que, si te interesa trabajar en el suyo, las puertas están abiertas.

—Papá, mire lo que me está ofreciendo. Tendría que estar muerto antes de trabajar con Arturo Alessandri o con alguno de los Alessandri Rodríguez.

—¿Por qué no?

—¡Pero, papá!

—¿Porque son liberales?

—Exactamente.

—Hijo, un abogado no anda con un cartel partidista en la frente.

—Yo no estoy para nada de acuerdo con usted, papá; no por ser abogado no voy a tener ideas políticas. Yo milito en el Partido Conservador y sería una aberración que trabajara con Arturo Alessandri, que pretende hundirnos.

Manuel no contestó.

—¿Supo lo que dijo Juan Luis Sanfuentes luego de entregarle la banda presidencial a su amigo Alessandri y salir de La Moneda en medio de la rechifla de la gente? —insistió Pablo.

—¿Qué dijo?

—“Si a mí me despiden de esta forma, a Alessandri lo van a sacar a patadas”. Y bien merecido lo tendrá. Van a sacarlo a palos de La Moneda, no se haga ilusiones, papá. Este hombre ha engañado tanto a los del mundo trabajador como a la oligarquía. Dudo mucho que pueda hacer nada de lo que ha prometido.

La historia acabaría por darle la razón. Los problemas para Alessandri empezarían muy pronto después de su triunfo. La oligarquía le había cedido el paso, pero no estaba dispuesta a perder sus privilegios. El León no tenía mayoría en ninguna de las cámaras y había hecho propuestas para el mundo, partiendo por la destrucción del capitalismo para satisfacer las necesidades de los trabajadores. Se había presentado como paladín de la justicia social, libertador de los oprimidos, renovador de los rancios hábitos políticos, representante de las nuevas corrientes sociales e ideológicas y redentor de los expoliados. Él sería la solución de todos los problemas. Pero no pudo cumplir ninguna de sus promesas. En la derecha lo consideraban un traidor y en la izquierda, un tramposo de la política que había estafado a los pobres.

## Tiempos difíciles

Transcurrieron cuatro años desde la elección del 6 de octubre de 1920 y en 1924 la caldera política parecía a punto de explotar.

Manuel estaba enervado con el presidente. No quería escuchar a sus consejeros. Se había empeñado en su papel de víctima, negándose a reconocer que desde el propio gobierno se estaban cometiendo errores.

Su hijo Pablo se sobaba las manos.

—¿No le dije, papá?

El presidente se paseaba por su oficina mascullando maldiciones. Las manos a la espada, la cabeza gacha. *¡Que no me oigan las paredes, pero esta Alianza Liberal es una mierda! ¡Indisciplinados, divididos! Quién puede gobernar así. ¿Y qué diablos les pasa a estas mujeres?* ¡Él había sido el candidato de las mujeres, por la misma flauta! Y había que ver como estaban ahora. La Unión Patriótica de las Mujeres de Chile lo tenía vuelto loco. Eran beatas, retrógradas y reaccionarias. Resistían las leyes de divorcio. Se oponían a la separación de la Iglesia y el Estado con una furia que nunca usaban para exigir sus derechos. "¡Herético!", le gritaron en plena calle, y una le tiró una piedra. *¡Que se pudran en su estupidez, que se cocinen en su ignorancia, que el marido y el cura sigan aplastándolas con su bota como han venido haciéndolo por siglos!*

—Me siento profundamente traicionado, Manuel. El edificio de mi carrera política, mis luchas y los primeros tiempos de conquistas populares de mi gobierno se están derrumbando ante mis ojos.

—Es que esta oposición sistemática es un verdadero mal nacional y está adquiriendo caracteres de calamidad pública —reconoció Manuel.

—¿Y qué puedo hacer? Me atacan desde el Congreso, en las asambleas políticas, en los diarios, y me calumnian con un odio persistente. El abuso del parlamentarismo no tiene límites.

—Hay un fuerte malestar económico, Arturo, y tú no puedes desconocerlo. La disminución de ventas del salitre, el cobre, la lana y el carbón están avivando la hoguera y ya hay rumores preocupantes.

—¿A qué te refieres?

—A que la exacerbación de las pasiones está estimulando la sedición militar.

—¡Lo que me faltaba! ¿No ves? Resulta imperioso cambiar la constitución. No se puede gobernar así. Las exigencias de los parlamentarios son irritantes. El presidente de la República está

reducido a un prisionero. ¡Yo exijo una nueva constitución! Este país necesita evolucionar y, si la canalla dorada no lo permite, estallará una revolución.

## Horizonte negro

Después de cuatro años de hacer lo imposible por separar a Rebeca de Roberto Barceló, Joaquín dio curso libre a su amenaza y mandó a su hija a Europa.

Inés, Rebeca y la pequeña Iris, engendrada en una de las pocas visitas nocturnas que Inés le permitía a Joaquín, llegaron a París con la idea de pasar la temporada haciendo vida social para que Rebeca conociera a otros pretendientes. Pero Rebeca no pensaba en otros pretendientes, sino en Roberto Barceló. Se encerró en su cuarto del hotel y se negó a salir. *A veces me espanto de mí misma,* escribía en su diario, *todos creen que soy tranquila, pero yo conozco las distintas almas que viven en mí y las luchas que me desgarran en estos días sombríos.*

Inés seguía los avatares del gobierno de Alessandri a través de la prensa y de los chilenos que llegaban a la embajada. Con horror se enteraba de que no estaba cumpliéndose ninguno de los buenos augurios de la pitonisa a la cual había llevado a su candidato antes de la elección. La máxima del León, "el odio nada engendra, solo el amor es fecundo", parecía enterrada bajo un odio lacerante en contra del *prince charmant* de la juventud, el amable candidato de los poetas, los artistas, los pobres y los tristes. ¿Dónde quedó el libertador de las mujeres, electrizador de voluntades, el que dio voz a los silenciosos, prestó energía a los débiles y despertó las almas dormidas?

En Chile, Manuel observaba el derrumbe del gobierno, espantado. Los gabinetes caían, la deuda del país crecía descontrolada, la inflación había subido hasta alcanzar un setenta por ciento, los sectores populares se distanciaban de Alessandri, el Congreso perdía su tiempo en discusiones estériles, no se pagaban los sueldos a los empleados públicos ni las pensiones a los veteranos, la parálisis

administrativa y legislativa era casi total y los militares se estaban haciendo eco de la frustración popular.

—Debemos prepararnos para lo peor. La gente está empezando a salir a la calle y, cuando eso sucede, detrás de la gente vienen los militares. Asómate al balcón, Pablo.

Pablo abrió la ventana y vio al gentío gritando. “¡Abajo Alessandri! ¡Muera el alessandrismo! ¡Hay que sacarlo de La Moneda!”.

—Esto se veía venir, papá.

Uno de esos días se produjo un movimiento de indisciplina entre la oficialidad joven. Cincuenta y cinco oficiales subalternos, aunados por el odio al Congreso, a los generales que respaldaban al gobierno y al presidente, entraron al Congreso y ante la sorpresa de los congresales, que intentaban pasar una ley para aumentar sus propias dietas, se tomaron la galería en actitud abiertamente golpista. La bota militar resonó en el Senado como la del sepulturero sobre el ataúd.

Mientras esto ocurría en el Congreso, otro grupo de oficiales se hacía presente en el Ministerio de Guerra. El ministro Mora aceptó recibirlos en su despacho. Los gruesos cortinajes aislaban la enorme sala de los ruidos de la calle. Los diez oficiales entraron de dos en dos y se apostaron frente al ministro, que los miraba de arriba abajo como quien mira a cucarachas.

Los hombres se sintieron cohibidos.

Uno de ellos dio un paso adelante. Su voz era trémula.

—Buenos días, ministro. Tenemos órdenes de llevarlo con nosotros.

El ministro se puso de pie.

—¡Ordenes de quién, maricones, si el superior soy yo! ¡Se van inmediatamente de aquí, cobardes!

Los oficiales permanecieron un rato en silencio, como si no supieran qué decir. No habían contemplado esta reacción del ministro. Uno de ellos le hizo una señal al resto y fueron saliendo de la pieza a

desgano.

Esa tarde los tenientes ofrecieron un té a los capitanes en el Club Militar. Asistieron más de cuatrocientos oficiales. Ahora estaban en su ambiente. Vociferaban, discurseaban, amenazaban. Voces indignadas, otras más socarronas, todos chillando al mismo tiempo. Cuando la reunión se encontraba en su punto más álgido, apareció el ministro Mora.

—¡Que se vaya! —gritaron a coro los oficiales—. ¡Nos acaba de insultar en su oficina y ahora se atreve a presentarse! ¡A ver quién es ahora el maricón y el cobarde! ¡Nada tiene que hacer aquí este militar retirado y de poca monta! ¡Vendido al gobierno que nos está despojando hasta del pan!

Cuatro oficiales se le acercaron y a empujones lo sacaron del recinto, mientras los otros hacían chocar sus metales.

Era el primer estremecimiento de la patria en el siglo XX, el ruido de los sables, símbolo de la intervención militar que se instalaría en Chile esa mañana de agosto de 1924 y culminaría cuarenta y tres años más tarde, el 11 de septiembre de 1973.



Mientras tanto, en la casa de Manuel Zañartu reinaba un desorden descomunal. La crisis de María había puesto al mundo patas arriba. Javiera no sabía cuál era su papel en esta familia. Después de dos meses tratando de pacificar los ánimos, decidió marcharse por un tiempo al campo. Necesitaba estar sola, tranquilizarse.

—En este desbarajuste y así como estoy no te sirvo de nada —le dijo a Manuel—; necesito recuperar mis fuerzas para ser capaz de ayudarte.

—¿Te das cuenta de lo que hemos hecho, Javiera?

Javiera le dio una mirada cargada de incertidumbre. Enseguida pareció recuperar su centro y habló con una dureza que dejó a Manuel helado.

—Nosotros no tenemos ninguna responsabilidad en la enfermedad de mi hermana. María ha perdido el juicio, que por lo demás nunca tuvo equilibrado. Que tú no hayas querido verlo es otra cosa. No me vengas a decir que es normal una mujer que no quiere ocuparse de sus hijos y en vez de ser madre se echa a la cama. Y tú aguantándole esa conducta inaceptable. ¿Creías que dándole la espalda al conflicto iba a solucionarse el problema? María siempre ha estado mal, Manuel; lo único distinto, ahora, es que su locura se ha manifestado escapando de su encierro.

Manuel intentó darle consistencia a su voz:

—El doctor Undurraga me ha dicho que su mal no tiene nada que ver con la locura, no me gusta que hables así de ella… Es mejor que te vayas a Santa Filomena. —Pero no pudo reprimir un sollozo.

—¿Tú vas a estar bien? ¿Cuándo piensas volver al ministerio? Manuel, esto será largo. Tendrás que encontrar tu fortaleza. Tus hijos te necesitan.

—Nicolasa tiene a su marido. Pablo y Vicente son un par de hombres grandes. A mí nadie me necesita.

—¡Entonces no te abandones a ti mismo!

Manuel le clavó una mirada suplicante.

—Tú no tienes una idea de cuánto te amo, ¿verdad? No has pensado nunca que cuando vuelvo a casa lo hago contento porque sé que estás tú. No se te ha ocurrido ponerte en mi lugar.

Javiera apretó los labios.

—Tus hijos te quieren, te respetan. Nicolasa se mira en ti y se quedará aquí hasta que Federico vuelva del sur. —Tomó aire antes de seguir—: Tengo que decirte algo que sé que no te va a gustar, pero no quiero seguir guardándomelo. A ti te ha faltado valor para amarme y hacer la vida conmigo. Tu argumento de que no puedes abandonar a la madre de tus hijos es una imbecilidad. María nunca ha sido una madre para tus hijos y ella misma te abandonó hace años. Pero eres incapaz de verlo. Yo he sacrificado mi juventud en

esta casa esperando que tomaras alguna decisión… Manuel, me duele tener que decírtelo, pero tu actitud ha sido la de un cobarde.

—¿Cobarde porque trato de ser un caballero? ¿Cobarde porque creo que la sociedad se rige por ciertas normas y si estas no se cumplen todo se va al diablo? ¿Cobarde porque tuve la mala suerte de enamorarme de la hermana de mi esposa? Cuida tus palabras, Javiera, que me ofendes —dijo Manuel. El tono de su voz era suave, casi lloroso.

—Manuel, mírame a los ojos. Tú nunca vas a ser libre para estar conmigo, pero no le eches la culpa a María. ¡Eres tú! Miéntete a ti mismo si quieres, pero no me mientas a mí. Tú jamás te separarías de María. Lo nuestro nunca iba a ser como debiera. Es más, yo podría haber seguido en esta casa eternamente, pero si no es posible que estemos juntos frente a todo el mundo, ¿te parece justo?

—No, no es justo —musitó Manuel, tratando de contener las lágrimas.

## La llegada de Silvestre

Javiera regresó a Santa Filomena dispuesta a dejar atrás esos años en la casa de su hermana. Habían sido veinticuatro años, el tiempo joven de su vida. Demasiado tiempo como para darlo por perdido, pero tampoco iba a quedarse pegada a un amor que no podía ser. Ahora tenía cuarenta y cuatro años y quería dar vuelta la página. A pesar de unas pocas arrugas y de que su piel se hubiera vuelto menos lozana, seguía siendo bella y no se dedicaba a cuidar parientes ni a bordar manteles, como dijo María alguna vez. Casarse y tener hijos no había sido importante para ella. Durante todo ese tiempo vivió enamorada de Manuel y, aunque siempre estuvo consciente de que era un amor imposible, no se arrepentía de nada. Le daba rabia, eso sí. Un hombre casi perfecto en su vida profesional, con una memoria privilegiada, experto en su materia como pocas veces se había visto en el Ministerio del Exterior; decían que era el mejor consejero de Arturo Alessandri, el más lúcido, y en su vida personal era un desastre.

Javiera nunca se esforzó por sacárselo de las raíces de su corazón, pero de ahora en adelante Manuel ocuparía en su existencia el lugar de una foto.

Su vida en el campo estaba llena de tareas, viajes a Curicó para comprar insumos, arreglos que hizo en las bodegas, ajetreos con maestros y carpinteros, los eternos problemas de las viñas, si las hojas tenían manchas, si helaba, si hacía demasiado calor, si las podas estaban bien hechas. Le gustaba encargarse de todo.

Por las tardes, después de una ardua jornada de trabajo codo a codo con los veinte inquilinos del fundo, se daba una tina, se vestía como si tuviese invitados a cenar, se servía una copita de pisco y esperaba la caída de la noche sentada en el corredor que daba a los viñedos.

Era un pasar placentero para cualquier persona amante de la tranquilidad y del contacto con la tierra, pero se sentía sola. Antes de meterse a la cama se soltaba el cabello y mientras se lo cepillaba escudriñaba sus facciones, las arrugas que empezaban a notarse alrededor de los ojos negros. *Me estoy poniendo vieja y mientras más vieja más invisible para el mundo*.

Una de esas tardes recibió una visita.

Había conocido a Silvestre Aldunate muchos años antes, en una fiesta de unos amigos curicanos, pero ignoraba que Silvestre hubiese comprado unas hectáreas que colindaban con su campo y ahora fueran vecinos.

—Me dejé caer sin avisarte, pero acepto feliz —dijo Silvestre cuando ella lo invitó a cenar.

—¿Desde cuándo estás por estos lados? No tenía idea de que esa lechería siguiera funcionando, yo pensaba que después de la muerte de don Anselmo Correa… no sé, la familia lo habría rematado o algo así.

Silvestre le explicó que efectivamente la lechería estaba cerrada. Una sobrina de don Anselmo había heredado esas tierras. Él se las había comprado a ella.

—¿Y tú has llegado para quedarte o vas a dejar a un administrador?

La mirada de Silvestre adquirió un brillo mojado.

Su rostro flaco, los ojos caídos como perro San Bernardo, el pelo, la barba y el bigote canosos y una nariz española recordaban una cara del Greco. Era alto, huesudo, y tenía una voz ronca que sonaba como prestada en esa figura delgada de huesos tan largos.

—Hace poco quedé viudo y no fui capaz de seguir viviendo en Los Coligües. Nos casamos cuando éramos poco más que adolescentes, no he conocido otra mujer y cuando me casé con ella lo hice creyendo que envejeceríamos juntos. Y mira cómo se nos dieron las cosas. ¡Todo en esa casa me recordaba a Isidora! Me pasaba las noches hablando con ella y a veces me parecía verla. Es que la línea entre la vida y la muerte es demasiado tenue, los muertos quedan demasiado cerca y esa cercanía resulta tan dolorosa que vivir se hace difícil. Soy un hombre que necesita estar acompañado, participarle a alguien lo que me va pasando a diario, contarle mis cosas. La soledad me hace un daño tremendo. Yo me estaba muriendo de pena, Javiera. Mi hijo Domingo me obligó a comprar esta tierra y mudarme. Esa es la razón fundamental.

—¿Tu hijo se vino contigo?

—Oh, no. Él tiene suficiente problema con el embarazo… Bueno, no es que esté embarazado, él, pero embarazó a la niña con la cual estaba romanceando y ahora va a tener que casarse. Son un par de guaguas. ¡Diecisiete años y ella quince! Se van a casar. Y esa es la razón de mi visita.

—Vienes a invitarme a la boda.

—Eso, desde luego, pero también vengo a pedirte ayuda. Yo no sé nada de estas cosas. Los padres de la niña han armado un gran escándalo por el embarazo. La mamá es de esas católicas que andan viendo al demonio en la taza del desayuno. Quiere esconder a la chiquilla, que se queden viviendo aquí en el campo hasta que nazca la criatura. Es una persona muy complicada, qué quieres que te diga. Está hablando de traer a un sacerdote de su confianza. Pero esa mujer es un nudo de contradicciones. Pretende que la niña se

case poco menos que debajo de una piedra y al mismo tiempo ofrecer una cena elegante, a la altura de las circunstancias. Dice que ellos son gente de la sociedad y hay que cumplir con las amistades. Un banquete para cien personas. Y debo organizarlo y pagarlo yo, por supuesto. Me trata como si yo hubiera embarazado a su chiquilla.

Javiera largó una carcajada. Le hacía gracia su pronunciada manera de hablar mientras se paseaba por la pieza, liviano y ágil, como si hubiera aprendido a caminar sobre el viento.

—No te rías, mujer, mira que me encuentro en un serio apuro. ¡Qué sabré yo de organizar banquetes! Estas son cosas de mujeres. Voy a necesitar tu ayuda.

—Lo que quieras, claro que te ayudo, tú dime en qué y lo hago —respondió Javiera, pensando que tal vez venía a pedirle prestadas las copas o cubiertos para la fiesta.

—¿Sabes qué me dijo la santa señora? "Mire usted", me dijo, "su hijo ha embarazado a la niña y ahora debe casarse como Dios manda y será una boda como han sido todas en esta familia". Exige que se prepare una "cena decente", así me dijo, como dudando de que soy un caballero. Nadie ha puesto nunca en duda mi caballerosidad. Habló de *poulet au champignons*, yo no sé ni lo que es. ¿Y qué quiso decir con eso de cena decente? ¿Tú me ayudarías a inventar un menú, es decir, pensar en algo para contentar a esta señora? Yo le prepararía un budín de cianuro, pero uno debe ser caballero hasta el final.

Javiera soltó otra carcajada.

Se quedaron hasta altas horas de la noche hablando de posibles comidas. Silvestre había mirado revistas y cada idea que se le ocurría era más disparatada que la otra. Para impresionar a la consuegra tenía que ser un menú francés, pero nadie en Camarico habría sabido prepararlo; en Curicó no encontrarían ninguno de los ingredientes y Silvestre no podía contar con Eulogia, su cocinera, porque se había enamorado de un bandido y pasaba más tiempo deprimida en su cuarto que ocupada de la cocina.

Los pensamientos de Javiera volaron a otro día, lejano, cuando ella era una joven de poco más de veinte años y creó un menú francés para la cena en honor al presidente Montt y Manuel pasó toda la cena pendiente de ella. En un momento posó una mano en su rodilla, sus manos se tomaron por debajo de la mesa y con la mirada acordaron encontrarse en la habitación de Manuel. Y así lo hicieron esa noche. Manuel le dijo tantas cosas bonitas, le hizo tantas ilusiones… pero los dos sabían que ninguna de sus promesas sería posible jamás.

—Estás en otra parte —le dijo Silvestre.

—Yo también tengo mis fantasmas.

—¿Muertos o vivos? Porque, de acuerdo con mi experiencia, también hay fantasmas vivos y son esos los que no te dejan vivir en paz.

—Mi fantasma está vivo, pero es como si estuviera muerto.

—No tienes que hablar de ello si te pone triste —dijo Silvestre tomándole una mano—. Vamos a distraernos de los fantasmas inventando un menú, a ver si contentamos a esta señora. ¿Se te ocurre algo?

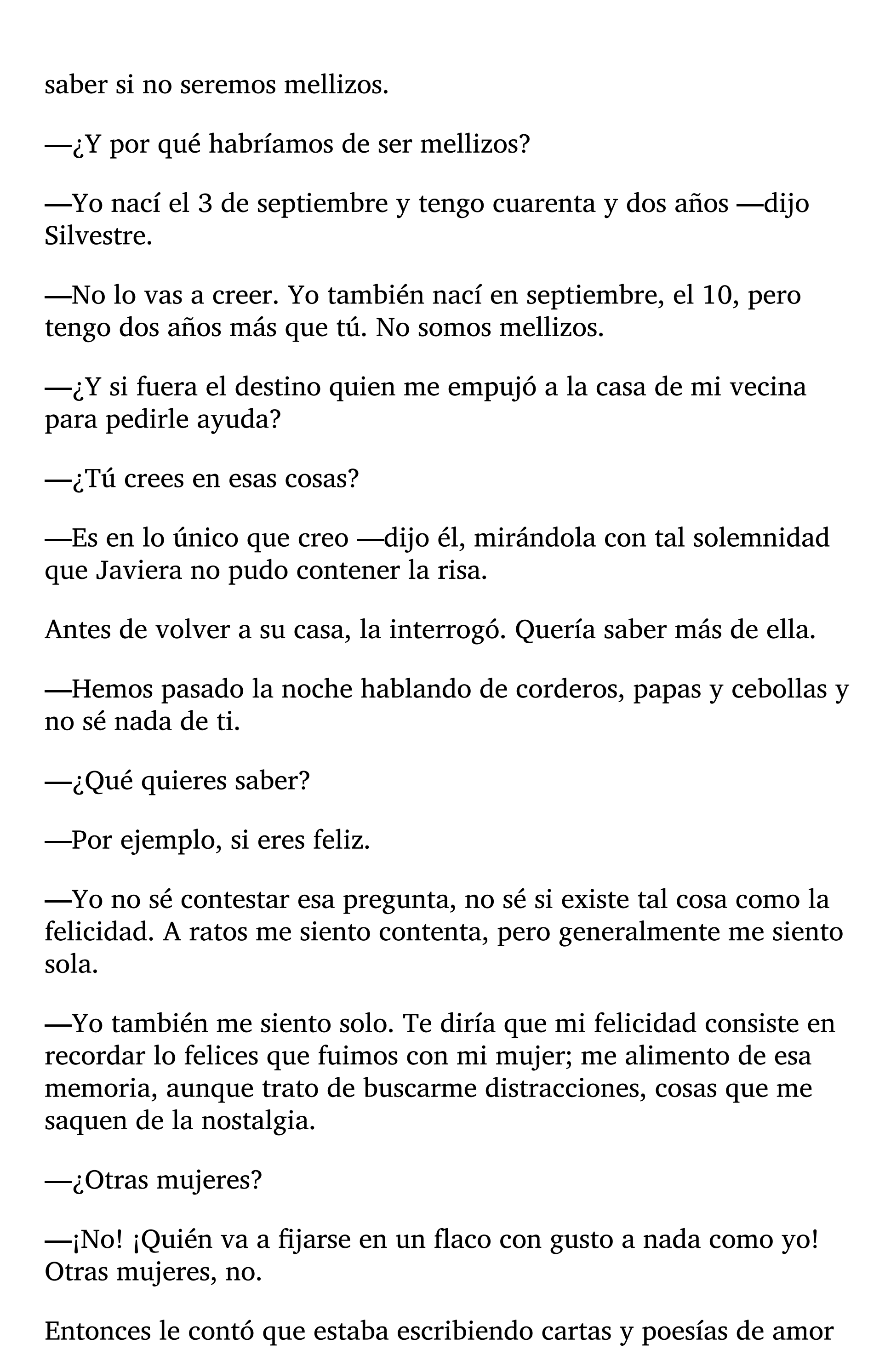
—¿Por qué no matamos unos cuantos corderos, los asamos al palo y los acompañamos con causeo, ensalada de cardón y papas a la brasa?

—¿Se le podría presentar algo así de campestre a una mujer tan presuntuosa? Va a decir que dar cordero es de roto.

—Y tú le dices que ofrecer *poulet au champignons* bajo los sauces de Camarico es de siúticos, y si eso es lo que quiere, le compramos cincuenta pollos y que lo haga ella misma.

A Silvestre se le iluminó la cara y, dejándose llevar por un arrebato, la abrazó.

—¡Gracias a Dios que mi vecina eres tú y no cualquiera de esas mujeres locas que andan sueltas por ahí! ¿Qué día naciste, Javiera? No te lo pregunto por indiscreción, sino por verdadero interés en



saber si no seremos mellizos.

—¿Y por qué habríamos de ser mellizos?

—Yo nací el 3 de septiembre y tengo cuarenta y dos años —dijo Silvestre.

—No lo vas a creer. Yo también nací en septiembre, el 10, pero tengo dos años más que tú. No somos mellizos.

—¿Y si fuera el destino quien me empujó a la casa de mi vecina para pedirle ayuda?

—¿Tú crees en esas cosas?

—Es en lo único que creo —dijo él, mirándola con tal solemnidad que Javiera no pudo contener la risa.

Antes de volver a su casa, la interrogó. Quería saber más de ella.

—Hemos pasado la noche hablando de corderos, papas y cebollas y no sé nada de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Por ejemplo, si eres feliz.

—Yo no sé contestar esa pregunta, no sé si existe tal cosa como la felicidad. A ratos me siento contenta, pero generalmente me siento sola.

—Yo también me siento solo. Te diría que mi felicidad consiste en recordar lo felices que fuimos con mi mujer; me alimento de esa memoria, aunque trato de buscarme distracciones, cosas que me saquen de la nostalgia.

—¿Otras mujeres?

—¡No! ¡Quién va a fijarse en un flaco con gusto a nada como yo! Otras mujeres, no.

Entonces le contó que estaba escribiendo cartas y poesías de amor

por encargo. Él mismo las echaba al correo una vez que le daban el visto bueno. Hasta ahora tenía tres clientes: el capataz, su cocinera Eulogia y su contador, pero estaba metido en un lío; los poemas de amor que le escribía a Eulogia no eran lo que le enviaba al bandido.

—Eso es una estafa, Silvestre. Ella te contrata para que le escribas una carta de amor. ¿Qué le mandas al bandido?

—Amenazas. Le escribo como si Eulogia lo estuviera amenazando con la policía y ahora no sé cómo salir del lío, porque ella cree que le está mandando cartas de amor y el bandido le contesta unas cartas feroces, llenas de garabatos, que la va a pasar por cuchillo, que no se atreva a denunciarlo porque él la va a dejar sin tripas, y la pobre Eulogia pasa llorando y está aterrorizada.

—Vas a tener que decírselo, Silvestre. Si quieres, se lo digo yo.

Silvestre se quedó callado mirando al techo. Luego dijo:

—Tengo que preguntarte algo… Es que mi estúpido corazón se niega a quedarse solo. ¿Te importaría si te escribo una poesía?

—¿Por qué no? —respondió Javiera con una sonrisa en los ojos.

Al día siguiente, el mayordomo de Silvestre llegó con un sobre y una cesta con ciruelas. En el sobre venía el poema. *Eres bella y turbas a mi mente / Javiera / ¿Qué tal si estos dos náufragos se aferran al amor? / Espero que en medio de mi mar embravecido / escuches las orillas de mi voz.*

—Cuando me diste el primer abrazo, sentí que estaba abrazando a un esqueleto de alambres, pero igual eras calentito —recordaría Javiera años más tarde—. Y tu poema era lo más cursi del mundo y el más bello que me han escrito.

Desde el primer día Javiera supo que iba a ser feliz con este hombre y al poco tiempo de estar viviendo con él se dio cuenta de que se había casado con un ángel. Una tarde, hallándose en la casa que compraron en Santiago, Silvestre volvió del centro en calzoncillos. Javiera se asustó. Lo primero que pensó fue que se había vuelto

loco.

—¿Y tus pantalones?

Silvestre levantó los hombros.

—Es que andaba un mendigo pidiendo limosna a poto pelado y, como me faltaban solamente dos cuadras para llegar a la casa, me saqué los pantalones y se los di.

—Pero, Silvestre… ¿Te has venido caminando por Pedro de Valdivia sin pantalones? ¿Te ha visto alguien?

—Tal vez, pero si me ha visto se ha hecho el que no me conoce —rio Silvestre—. No te preocupes, mujer, no será la primera vez que un caballero se saca los pantalones.

## Tormento

Con la ausencia de Javiera, y María casi siempre encerrada en su cuarto, la vida familiar de Manuel se tornó vacía y triste. Federico Alfaro, un hombre complicado, lleno de prejuicios sociales y políticos, le había arrebatado a su hija y Manuel sospechaba que hacía esfuerzos por ponerla en contra de su familia e impedir que asistiera al almuerzo dominical. Pablo estaba recién casado con Gregoria del Campo, una muchacha que a Manuel le gustaba mucho, pero estaban iniciando su vida de casados y vivían bastante lejos del palacio. Salvo el día a la semana que almorzaba con Pablo en el Club de la Unión, no se veían, y el almuerzo en el club tampoco estaba resultando tan agradable, pues no hacían más que discutir. En cuanto a Vicente, pasaba sumido en sus estudios de medicina y si no estudiaba se iba a la casa de su prima Rosario, con la cual quería casarse en cuanto se recibiera de “médico de campo”.

Se había quedado solo. En el ministerio seguía dando lo mejor de su cabeza portentosa; dedicaba dos mañanas a cumplir con su papel de consejero de Arturo Alessandri y cuando regresaba a su casa, de

noche, se encerraba en la biblioteca, hasta donde le llevaban una ensalada de zanahorias con pasas y una pata de pollo cocido, lo único que le apetecía comer. Estaba flaco como un quiltro. Permanecía horas sentado en su sillón de terciopelo rumiando pensamientos negros. La noticia del matrimonio de Javiera con Silvestre Aldunate lo dejó estupefacto. ¿En qué momento fue a pasar? ¿Silvestre Aldunate? Tenía la vaga idea de haberlo visto alguna vez o haber oído hablar de él. ¿No había sido diputado por Cauquenes? ¿Era ese Silvestre Aldunate? Pero ¡cómo era posible que Javiera se hubiera casado sin tener la delicadeza de contárselo! ¿Lo supo Nicolasa? ¿Y Vicente? ¿Lo supieron todos en la familia menos él? Javiera le había dicho cuatro verdades antes de volver al campo, sin embargo, él daba por contado que algún día terminarían la vida juntos; él se las arreglaría de alguna forma. Tal vez María nunca volvería a ser la mujer con quien se casó, y en ese caso la sociedad no podría negarle su derecho a la mujer que amaba. Ante los ojos de Dios, ¿no era lo mismo tener una mujer insana que una mujer muerta? Pero aquí estaba ahora. María constantemente encerrada en una pieza, Javiera casada con otro, y su remota posibilidad de ser feliz hecha trizas. “Tía Javiera no quiso hacer mayores aspavientos con su boda”, le dijo Nicolasa. Se habían casado en Camarico, una boda sencilla en el registro civil del pueblo seguida de una ceremonia en la capilla. ¿Y quiénes oficiaron de padrinos? El hijo de Silvestre y Vicente, su propio hijo. “¿Por qué no me avisaron?”, preguntó él. “¿Con qué derecho me escondieron algo tan importante?”. “Quisimos evitarle el disgusto, papá”. Quisieron evitarle el disgusto… ¡vaya respuesta!

Había noches en que la ansiedad no lo dejaba respirar, el corazón le latía con furia, se le secaba la garganta. Entonces se empinaba la botella de coñac para dormirse aturdido. Despertaba a las pocas horas con un clavo en la frente. Buscaba el retrato de Javiera que guardaba siempre en el mismo cajón y los ojos alegres de la mujer se convertían en un túnel por el cual entraba hasta esa noche del banquete a Pedro Montt, la primera vez que estuvieron desnudos en su cama, él acariciando su cuerpo mientras sentía la culpa como un taladro en el pecho. La había amado envuelto en llamas, terror y arrepentimiento, una mezcla de emociones que de allí en adelante no le permitió vivir en paz.

Una de esas noches, cerca de las doce, se escuchó un golpe seco y rotundo que hizo añicos el silencio del palacio.

Celinda despertó de un salto y un oscuro presentimiento la sacó de la cama y la hizo correr hacia la pieza de su patrón.

La pistola estaba en el suelo. Manuel, acurrucado en un rincón, balbuceaba palabras inconexas entre las cuales Celinda alcanzó a escuchar “perdón, perdón”.

—¡Don Manuel, por Dios! ¿Qué pasó?

—Nada, nada, no ha pasado nada, se me salió un tiro, estaba limpiando la pistola, eso es todo —dijo Manuel con un brillo extraño en los ojos.

Celinda entendió perfectamente bien lo que había sucedido. Lo ayudó a ponerse de pie y enseguida lo guio hasta su cama.

—Voy a traerle un vaso de agua. No se mueva de la cama. Voy a mandar a la Dorila a la casa del doctor Undurraga.

—¡No! —gritó Manuel—. No quiero que le avises a nadie. Esto queda aquí. Fue un accidente. Escúchame, Celinda, es muy importante que este episodio no salga de mi cuarto, que quede entre tú y yo. Nadie debe enterarse de lo que ha pasado esta noche en esta pieza. Si se corre la voz, podría ser malinterpretado, yo perdería mi carrera, mi trabajo, toda mi vida. ¿Lo entiendes? Fue un atisbo de locura, pero ya pasó. Lamento haberte causado esta molestia.

Celinda asintió con la cabeza y le tomó una mano.

—¿Qué le pasa, don Manuel?

—Son problemas que se han ido acumulando. En un momento lo vi todo negro. No sé qué más decirte. Me da vergüenza que me veas en este estado y te ruego encarecidamente que no lo comentes con nadie.

—Usted debe ver a un médico, don Manuel, que le den pastillas o algo para los nervios. ¿En serio no quiere que llame al doctor

Undurraga? Puedo decirle que ha sufrido una fatiga. No hay para qué mencionar la pistola. Y esa pistola, con su permiso, me la llevo a mi cuarto.

—¿Te la vas a llevar? ¿No confías en mí?

—No es eso, don Manuel, pero es mejor que no tenga un arma cerca hasta que no se recupere bien. Voy a entregársela a Ruperto, que él la guarde por mientras. Y por mí no se preocupe, esto no sale de mi boca. Venga, le voy a hacer un masaje en la espalda. Siéntese aquí.

Manuel obedeció como un niño chico.

—Gracias —le dijo, secándose las lágrimas con el puño de la camisa.

## Un día gris y lluvioso

Todos los esfuerzos que hizo Inés Echeverría para que Rebeca conociera otros pretendientes o hiciera vida social en París resultaron inútiles. Durante meses no hicieron otra cosa que discutir a gritos: "¡Yo soy tu madre!". "¡Aunque sea el papa, ni usted ni nadie me obligará a salir con personas que no me interesan!". "¡Eres imposible, hijita, le he escrito a tu padre pidiéndole que te obligue a salir con el conde!". "¡Escríbale a quien quiera, pero si me muevo de esta pieza es para volver a Chile y el conde que se vaya al diablo!".

Finalmente, Inés se dio por vencida y volvieron a Chile.

Joaquín recibió a su hija furioso.

—Me parece el colmo que haya estado todos estos meses en París, como una princesa, alojada en el mejor hotel, y se haya negado a salir con nadie. Me dice su madre que ni siquiera quiso ir al teatro. ¡Qué desidia! ¡Malagradecida!

La respuesta de Rebeca fue irse a vivir a la casa de Nicolasa, donde

Federico Alfaro la recibió de mala gana y si aceptó que se quedara con ellos un tiempo fue solo porque él mismo pasaba en Concepción, donde al parecer nunca terminaría de instalar una morgue.

—Si insistes en meter a tu amiga en nuestra casa, muy bien, quédate con la pituquita, pero cuando vuelva de Concepción espero que haya vuelto a la casa de sus padres.

Viviendo con su amiga las cosas para Rebeca fueron más fáciles. Podía ver a Roberto a escondidas de sus padres. Iban al teatro, a la pastelería de Gath y Chaves, paseaban por el parque Forestal.

Roberto era entretenido y vividor. Le contaba historias, la hacía soñar con viajes que harían juntos, la casa espaciosa donde vivirían, las ropas elegantes que él le compraría. Ella no tendría que preocuparse de nada; él se encargaría de conquistar la buena voluntad de su papá.

—Linda, nos espera un futuro espléndido.

Rebeca agradecía estas palabras, pero no bastaban para mitigar el fastidio que le producía la actitud de sus padres. En ese futuro esplendoroso había algo muy incierto que ella aceptaba casi como una sentencia. *Vengan a mí las mayores desgracias con tal de vivir mi vida*, escribía en su diario. *Quiero una vida plena, aunque sea la más dolorosa.*

En agosto de ese año, caminando una tarde por el parque Forestal, Roberto la invitó a sentarse en uno de los bancos.

—Tengo una sorpresa para usted, linda.

—¿Sí?

—Esto —dijo Roberto, abriendo una cajita de terciopelo de la cual sacó un anillo de brillantes—. Quiero que nos casemos cuanto antes.

—Pero ¡cómo! No podemos sin el consentimiento de mis padres.

—Usted es mayor de edad, Rebeca. No necesita el consentimiento

de nadie.

Esa noche, Rebeca le escribió una carta a su papá en la cual le comunicaba la fecha de la boda y lo invitaba a participar.

*…el ideal habría sido que mi novio le llenara el gusto, y no fue así, usted hubiera preferido que yo me casara con otra persona, pero en cinco años no he podido olvidar a Roberto y si este es mi destino haré lo posible por ser feliz.*

*Su pobre hija,*
*Rebeca*

Pasó una semana. Pasó otra. Joaquín no contestó.

Una mañana lluviosa Rebeca salió de la casa de Nicolasa con un maletín donde llevaba algunas pertenencias y se dirigió a la iglesia de la Divina Providencia, a pocas cuadras de la casa de sus padres.

Sentadas en la primera fila de la iglesia, Inés, Luz e Inesita comentaban en voz baja lo que estaba a minutos de acontecer. En sus rostros podía leerse el nerviosismo que sentían. Ninguna de las hermanas apoyaba la decisión de Rebeca, pero quisieron acompañarla. Que su padre se hubiese quedado en casa era lo suficientemente vergonzoso, sería el chismorreo de todo el mundo.

En la tercera fila estaban Nicolasa, Silvestre y Javiera, Pablo y Gregoria, y Vicente de la mano de Rosario, la prima con la cual iba a casarse en cuanto terminara sus estudios. Todos callados a la espera de la novia. Manuel inventó una disculpa y se quedó en la casa, no tenía valor para encontrarse con Javiera y su marido. A María no le avisaron y lo más probable es que no hubiera ido.

Nicolasa se alegraba por su amiga. Conocía a Roberto, pues era primo de un buen amigo suyo, Maximiliano Barceló, y, aunque había escuchado los rumores y estaba al tanto de su mala fama, le tenía cariño y no le parecía una mala persona. La mala persona, a su juicio, era este padre que no se dignaba asistir al matrimonio de su hija. Ella sabía mejor que nadie el dolor que su ausencia le produciría a Rebeca.

De pie frente al altar se encontraba Roberto Barceló, angustiado y nervioso. Había esperado que Joaquín recapacitara y decidiera asistir a la boda de su hija. La actitud de su suegro era un mal presagio. Le hubiera gustado que su matrimonio con Rebeca empezara de manera distinta, pero qué más podía hacer, él había tratado y la verdad es que su suegro era una mula.

Junto a él estaba el padre Anselmo, un viejito medio sordo con una sotana que le quedaba corta.

Al lado, afuera de la puerta, las hermanas de Roberto aguardaban a la novia con un velo y un peine español para encajárselo en la cabeza.

Rebeca depositó la maleta a los pies de una mata de hortensias y dejó que sus cuñadas le acomodaran el improvisado velo blanco. Enseguida entró a la iglesia, avanzando por la nave central con los ojos llenos de lágrimas y un rictus de amargura en la boca.

La ceremonia fue corta. No hubo coro ni música, solo el golpeteo de la lluvia en los techos altos de la iglesia. Una vez que el sacerdote pronunció unas cuantas palabras y bendijo los anillos, los recién casados salieron del brazo y subieron a un coche prestado rumbo a su luna de miel.

Inés los vio partir y la rabia nubló su mirada.

—Nos vamos a casa —les dijo a sus hijas—. El papá está esperándonos para irnos a Ocoa. Prefiero pasar el mal momento en el campo. Olvidarme. Rebeca se arrepentirá de esta insania por el resto de su vida.

## La hora de la derrota

Unos días más tarde se realizó otra boda, esta vez en La Moneda y en medio del desastre final.

Desde hacía un tiempo que en el Ejército se sentía el malestar entre

los oficiales de la guarnición de Santiago. Los sueldos eran exiguos y los ascensos, lentos.

Alessandri optó por lo que siempre han hecho los presidentes en Chile cuando ven que su gobierno tambalea: pidió apoyo a los propios militares.

—Prefiero tenerlos dentro de la casa que complotando puertas afuera —le dijo a Manuel, y entregó el Ministerio de Guerra primero al general Ewing, luego a Altamirano, después a Brieba y finalmente a Mora.

Después de varias reuniones de la oficialidad empezó a tomar fuerza la figura de un militar de pocas palabras, oscuro e indescifrable. El mayor Carlos Ibáñez del Campo no era un hombre sociable y se sabía muy poco de su vida privada, sin embargo, supo alzarse en el desorden y sin más consultas creó una junta militar y naval.

—Los políticos son unos jodidos ladrones y ambiciosos, nosotros encabezaremos las actividades políticas de la oficialidad —decretó con voz firme—; a esa gentuza del Congreso lo único que le interesa es su bolsillo. Ahora van a encontrarse conmigo, aquí se necesita un Chile nuevo y nosotros nos encargaremos de aplicar los principios revolucionarios para hacerlo realidad.

A partir de ese momento se constituyó en el poder en la sombra liderando a coroneles, tenientes, mayores y capitanes. Nadie sabía quién era ni cómo fue que de pronto apareció bien colocado y con tanto poder. El político y abogado Carlos Vicuña lo describía como “un hombre receloso y callado con un rictus equívoco de dogo sin olfato y sin amo, un ignorante de inteligencia opaca y sin letras que se desliza solapadamente entre la juventud militar”. Ibáñez se enteraba de estas críticas y le resbalaban; “bueno, seré ignorante y leso”, igual anotaba los nombres de sus detractores.

Bajo la anuencia de este militar alto y macizo se organizó un comité de tenientes que se presentó en La Moneda. Querían parlamentar con el presidente.

Alessandri los recibió en su despacho.

En medio de un ambiente hostil, con el teniente Lazo a la cabeza, los militares exigieron aumentos de sueldos para la tropa, ascensos y la renuncia de tres ministros.

—Partiendo por Pedro Aguirre Cerda, que nos ha tratado como estropajos —dijo Lazo mirando al frente, sin que se le moviera un músculo de la cara, la espada apoyada en el suelo junto a su bota negra.

Arturo Alessandri se mantuvo erguido y quieto. *Esto es un golpe de Estado, los militares van a sacarme del poder*, pensó sin pestañear. Le estaban dando un golpe y él no contaba con la fuerza para oponerse.

—Acepto el aumento de sueldos y me parece que otros puntos también son posibles, tendríamos que conversarlos, pero no concedo la renuncia de los ministros. Eso sería altamente inconveniente y contrario a la más elemental disciplina. Voy a llamar al ministro Aguirre Cerda y, si así lo desean, pueden decirle en su cara lo que acaban de decirme a mí.

—Llámelo —dijo el teniente Lazo, sin abandonar su postura de piedra.

El presidente salió de la sala y al cabo de unos minutos regresó acompañado de su ministro del Interior.

—Señor Aguirre Cerda, queremos su renuncia —dijo Lazo sin rodeos.

Los otros militares, que hasta entonces se habían mantenido inmóviles y callados, dieron un paso adelante y desenvainaron sus sables.

—No es poquita cosa lo que piden y no veo por qué esta actitud de matonaje. Tendré que consultar con el resto de los ministros antes de contestarle —respondió Aguirre Cerda.

—Nosotros no hemos venido a pedir, sino a exigir —se escuchó la voz irreductible del oficial.

—¡Esto es un abierto desacato a la autoridad! —dijo Alessandri

hablando con firmeza—. Señor oficial, el cargo que detento y hasta mi propia vida carecen de importancia en este momento, pues usted tiene la fuerza, pero soy depositario de algo que vale mucho más que todo eso y es mi dignidad. Con esto doy por terminada esta reunión. Y ahora pueden retirarse.

Los oficiales abandonaron la sala lanzando palabras amenazantes.

Era el viernes 5 de septiembre de 1924.

Por dos días el presidente creyó que se había salvado del peligro y en el palacio de gobierno se intentó recobrar alguna normalidad. Alessandri volvió a ocuparse de los preparativos de la boda de su hija Marta con el doctor Sergio Scroggie. La boda se realizaría en la capilla de La Moneda. Mientras tanto, el Comité de Oficiales anunciaba públicamente que seguirían actuando hasta depurar del todo al gobierno y decretaba prisiones sin ocultar su intención de hacerse del poder. Los hechos se sucedían velozmente.

En la mañana del 7 de septiembre, día que la familia Alessandri había fijado para la boda, Alessandri reunió a su gabinete.

—Señores, los he convocado para avisarles que mi propósito es presentar la renuncia, que ya tengo redactada.

Manuel entró corriendo a la oficina del presidente.

—¿Son ciertos los rumores, Arturo?

—Más ciertos de lo que parecen, Manuel, y no son rumores. Estos carajos me están dando un golpe de Estado. Voy a renunciar. Pero la Martita se va a casar tal como estaba previsto y quiero que tú asistas a la boda esta noche.

—¿Necesitas que haga algo, que hable con alguien?

—Estamos jodidos, Manuel. Ya no hay nada que hacer.

El resto de la jornada y sus dramáticos contornos quedarían grabados en un rincón oscuro de la memoria de esa familia. Rosa Ester logró secuestrar a su marido y llevarlo a una sala para hablar con él a solas.

—Arturo, seguir adelante con esta boda es una locura. ¿Cómo se va a casar Martita en medio de un golpe militar?

—Opino lo mismo que tú, pero no tenemos alternativa. Ya he hablado con el embajador de Estados Unidos y el señor Collier ha puesto la embajada a nuestra disposición; nos acoge a nosotros dos y a nuestros hijos. Marta no puede casarse mañana en una parroquia de barrio, corriendo toda clase de peligros.

A las doce de la noche unos pocos familiares, Manuel Zañartu, Eliodoro Yáñez, que presidía el Senado, Inés Echeverría y algunos ayudantes del León entraron a la capilla presidencial. Ante la luz pálida de cuatro cirios temblando en la oscuridad, el capellán Moreno bendijo la unión de los novios.

A las dos de la madrugada Arturo Alessandri, su mujer y sus hijos entraban en la embajada de Estados Unidos, donde permanecerían los dos días siguientes a la espera de que el Congreso tramitase la renuncia del presidente.

Manuel le llevó la noticia a la sede diplomática.

—Arturo, el Congreso rechazó tu renuncia y te han dado un permiso para alejarte del país.

—¿Qué significa?

—Están tratando de hacerlo parecer lo más suave posible. Tienen miedo de que la gente les salga a la calle para exigir que te devuelvan el poder.

—Son unos cerdos —murmuró Alessandri entre dientes.

El 11 de septiembre se instaló una junta de gobierno con Luis Altamirano a la cabeza. Se decretó la disolución del Congreso Nacional. La puerta del edificio fue cerrada y las llaves, entregadas al secretario.

Altamirano parecía sincero y bondadoso. Apareció como jefe del movimiento, pero le faltaba ambición y audacia. Los verdaderos

jefes eran Carlos Ibáñez del Campo y Marmaduke Grove, un militar vividor y dicharachero, con una fe inquebrantable en las doctrinas socialistas, hombre de vida zigzagueante y alma conspiradora y golpista que después ayudaría a Alessandri.

Manuel reunió a sus hijos en su casa. Incluso Vicente tuvo que viajar a Santiago a instancias de su padre. Federico Alfaro se negó a asistir; "no me interesa para nada la explicación de tu padre", le dijo a Nicolasa.

—La situación no puede ser más grave —empezó Manuel.

—¿Qué va a pasar con usted, papá? —inquirió Nicolasa. Lo único que le importaba era que no deportaran a Manuel.

—Yo no soy parte del problema, quédense tranquilos —dijo Manuel —. Yo seguiré en el ministerio y no creo que mi trabajo esté en peligro. Estoy metido en un problema limítrofe con Perú y eso no tiene nada que ver con la situación actual.

—El Congreso se sometió sin un solo grito de protesta, sin un gesto, ¡cómo estarían de mal las cosas! —comentó Pablo—. Esos ministros son espurios y ladrones, papá.

—Espero que no estés a favor de esta junta de gobierno, Pablo —intervino Vicente, a quien la política lo tenía sin cuidado, pero ver a su papá en el lado de los vencidos era otra cosa.

—Federico me ha dicho que la junta está autorizando a algunos salir del país —dijo Nicolasa.

—Así es —dijo Manuel—. Pedro Aguirre Cerda ya se fue. Pero ¿por qué no está Federico con nosotros?

—¿Para qué pregunta algo cuya respuesta ya conoce? —dijo Pablo haciendo un gesto de molestia.

—Pensé que por esta vez, y con el país incendiándose, podría haber hecho una excepción. Mal que mal, es parte de nuestra familia.

Nicolasa se encogió de hombros.

Ese primer día del nuevo gobierno las familias se recogieron temprano. Las calles quedaron vacías. La junta había declarado estado de sitio en todo el país. En medio de la noche se escucharon carreras atolondradas seguidas de balazos.

Acurrucado en su cama, Manuel se puso a rezar. Por su amigo. Por su hija Nicolasa. Y por todo, todo Chile , que se estaba yendo al diablo.

## Un asunto solitario

Así, llegó el mes de diciembre de 1924.

A los setenta y siete años don Pancho conservaba intacto su interés por los vaivenes políticos del país. La caída de Alessandri, tres meses antes, no lo había sorprendido. En un tiempo creyó que el liberal era honesto en su intención de adoptar una parte de la agenda socialista, pero acabó por encontrarle razón a su amigo Recabarren.

La tarde en que Luis Emilio llegó de sorpresa a verlo faltaban pocos días para Navidad y hacía un calor que quemaba la piel de las culebras. Los dos hombres comentaron la caída del León y ambos llegaron a la conclusión de que Alessandri, más que reformador, había sido oportunista. Don Pancho dejó el tema hasta ahí. Le preocupaban más la palidez y las ojeras de su amigo.

—Recabarren, usted no descansa, no se divierte, no vive; mire cómo anda: hecho un estropajo, flaco y demacrado. ¿Está enfermo?

—No me gusta hablar de enfermedades, pero no me he sentido bien. Me viene un dolor de cabeza que me mata, es como un pájaro que me taladra el cerebro —dijo Luis Emilio llevándose la jarra a los labios—. Es sumamente molesto, hay días en que me cuesta

concentrarme. Creo que es la vejez; en cuanto vea venir mi decadencia intelectual, me pego un tiro.

—No hable lesuras —intervino Zulema, que venía entrando con la fuente de humitas—. ¿En serio quiere irse después de almuerzo? ¿Por qué no se queda unos días? ¿Y dónde va a pasar la Navidad?

—Con Teresa —dijo Luis Emilio, y quedó pensativo.

A las cuatro de esa tarde los dos hombres se despidieron con un abrazo.

Los días siguientes Luis Emilio continuó con su rutina de siempre. Levantarse a las cinco de la mañana, escribir propaganda hasta las ocho, desayunar, ir a la imprenta, redactar sus artículos, leer la prensa analizando las noticias del día. El presidente había renunciado y estaba fuera del país; una junta militar se había hecho cargo del gobierno. Él no lo sentía, pues nunca creyó en el populismo de Alessandri. Las intenciones de la junta eran loables, estos militares parecían democráticos. Si se producían los cambios prometidos, el pueblo podría resultar beneficiado. Sus sentimientos eran ambiguos. Le gustaba el viraje progresista que imponían los militares, aunque jamás apoyaría una dictadura.

Pero las noticias del país no eran su obsesión del momento, sino el pájaro que taladraba su cabeza. No fuera a perder sus capacidades intelectuales, no fuera a volverse un inútil, un estorbo para Teresa. ¿Y si olvidaba los estandartes rojos, las celdas, las plazas y tribunas, las noches de discursos, los gritos y los puños al aire, las pequeñas conquistas, las grandes decepciones y los disparos? ¿Y si aparecía una sombra traicionera y envolvía su cerebro ahogando su razón?

La noche del 18 de diciembre comió con Teresa y su hermana chica. Luis Emilio la había traído después de su última gira para que acompañase a Teresa. Teresa estaba preocupada por él; la hermana chica también lo notó retraído y triste. Lo comentaron entre ellas, pero decidieron dejarlo tranquilo y no perturbarlo con sus aprensiones.

Después de la comida Luis Emilio salió a caminar. Recorrió veinte cuadras meditando sobre su vida. Los primeros tiempos con

Guadalupe, el dolor ante la muerte de Armandito, sus largas conversaciones con don Pancho, los diarios obreros que había fundado. Recordó su participación en la huelga de la carne, ¡qué tiempos aquellos!, cuando la miseria y la explotación se hicieron tan evidentes que la cuestión social saltó a la palestra y ya no fue posible seguir tapando el sol con el dedo. Le vinieron a la mente algunas palabras pronunciadas en su discurso de los ricos y los pobres, en Rengo, al comienzo de su lucha política. Los tiempos del *Despertar de los Trabajadores,* en Iquique; tanto diario que fundó, dirigió, administró. Después, su vida con Teresa, los dos parados en un cajón de duraznos arengando a los obreros. Y su viaje a Europa, la visita a Rusia; todavía guardaba la banderita roja que le regaló una trabajadora en Moscú. De vuelta en Chile, sus conversaciones con esa joven estudiante de leyes, Elena Caffarena, a quien conociera en los talleres voluntarios para la educación de obreras y obreros y de la cual se hizo amigo y admirador; una muchacha notable que iba a llegar muy lejos, él lo sabía. Evocó las horas calladas en las cárceles de Santiago y Tocopilla, la creación de la Casa del Pueblo, sus recorridos por la pampa salitrera, y entonces despertaron en su mente los gritos de Amancio Moraga y Baldomero González quemándose vivos en el cachucho hirviente. Tanta cosa que había visto, tantas batallas, y ahora no estaba seguro de si pesaban más los triunfos o las derrotas.

De vuelta en su casa pidió que lo dejaran descansar tranquilo y subió al cuarto donde le gustaba encerrarse a leer.

Unas horas más tarde, cuando el balazo estremeció los vidrios de las ventanas, Teresa corrió escalera arriba y lo encontró en medio de una poza de sangre.

Su pistola alemana estaba un poco más allá.



Don Pancho miraba al cielo buscando algún signo de lluvia. La sequía estaba matando sus pocas plantaciones. Ver la tierra resquebrajada debajo de las cebollas mustias le rompía el alma. Zulema había partido a Santiago la semana anterior y estaba alojando en la casa de Laura, la hermana del vate. El poeta,

“Ricardito”, había publicado *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y Zulema no se aguantó en el campo. Tenía que abrazarlo, que le firmara su libro.

Ya nadie lo llamaba Ricardo, mucho menos Ricardito. Ricardo Neftalí Reyes era Pablo Neruda para todo el mundo, menos para el corazón de Zulema. Zulema pasaba la vida leyendo noticias de sus triunfos, los distintos consulados, sus vueltas a Santiago, esas revistas literarias que fundaba. Visitándolo en la capital, Neruda le había presentado a dos de sus mejores amigos y ella se los describía a Panchito una vez que regresaba a Las Pataguas.

—No se los puede imaginar, Panchito. Parecen aves de otro planeta. Ese que se llama Humberto Díaz Casanueva anda con un suéter con cuello de tortuga y el otro, el Rosamel del Valle, se viste de cuervo, negro el traje, negro el sombrero y los zapatos, porque así dice Ricardito que tienen que vestirse los poetas.

A don Pancho no le gustaba quedarse solo en el campo. Había cumplido setenta y ocho años y temía que la muerte lo pillara desprevenido; “si voy a parar las patas quiero que sea Zulema quien me ponga los zapatos de andar por la eternidad”.

De repente divisó un pequeño aguilucho bajando hacia el valle. El pájaro venía acercándose a Las Pataguas y al cabo de unos minutos sobrevoló por encima de la huerta batiendo las alas de un modo extraño. *Tal vez viene a decirme que va a llover.*

Pero no era eso.

Hacia las seis y media de la tarde José del Carmen Reyes llegó a Las Pataguas con el rostro demudado. Venía a avisarle que Luis Emilio Recabarren se había pegado un tiro.

—¡No puedo creerlo! Pero si acaba de estar aquí, estuvimos hablando, me dijo que tenía dolores de cabeza. ¡Cómo fue a matarse!

—No me diga nada, don Pancho. Yo no paro de llorar, éramos como hermanos. A mí no me habló de sus dolores de cabeza; usted sabe cómo era Luis Emilio, no andaba quejándose de dolores, no era su

estilo. La última vez que estuve conversando con él estaba furioso con Alessandri por su intervención en las parlamentarias, “está bien que se lance en contra de las derechas, pero hasta cuándo persigue al Partido Comunista”, me dijo. Estaba muy molesto. ¿Pero de ahí a matarse? No lo entiendo, don Pancho, no logro entender por qué lo habrá hecho.

—Yo no sé de sus razones, pero ¿quiere que le diga una cosa? Ese viaje que hizo con usted a las salitreras fue clave para él. Nunca olvidó a esos dos hombres quemándose vivos en los cachuchos, volvía una y otra vez al tema, como si se sintiera culpable de estar vivo. Los mentaba a cada rato, hasta yo me acuerdo de sus nombres: Amancio Moraga y Baldomero González. Vaya uno a saber si no fue entonces cuando la idea de la muerte se le metió en la cabeza.

Los dos hombres entraron a la casa y esa noche se quedaron hasta altas horas tomando vino y recordando al soñador de mejores días que durante treinta años se las jugó por la dignidad de los trabajadores.

—¿Quiere que le diga otra cosa, José del Carmen? A muchos no les gustaba el discurso tan izquierdista de Recabarren, pero hay que darle gracias a Dios por haberlo puesto en los caminos de Chile.

—¿Por qué lo dice, don Pancho?

—Porque fue un gran luchador por los pobres y fundamentalmente porque era un hombre bueno.

## 1925. El regreso de Alessandri

La salida de Arturo Alessandri del poder, mejor dicho, la manera como lo sacaron, con una asonada militar, casi a patadas, fue un duro golpe para Manuel. Apreciaba a su amigo, aunque en sus eternas discusiones con su hijo Pablo acababa reconociendo que Alessandri había cancelado sus proyectos sociales.

—El problema de Alessandri es que entró en pugna con el Congreso, insultaba a sus ministros, culpaba al sistema, pero la verdad es que el cambio prometido a los trabajadores nunca llegó.

La salida del León quedó convertida en una licencia fuera del país por seis meses, pero era un secreto a voces que Ibáñez estaba detrás del complot militar y su intención era deshacerse de Alessandri de manera definitiva. En todo caso, la junta de gobierno lo trajo de vuelta a los pocos meses y una inmensa muchedumbre lo recibió en la estación Mapocho.

—Tenemos que brindar por el regreso de Arturo —le dijo Manuel a Pablo en el Club de la Unión.

—Papá, su amigo Alessandri es un rufián, está bueno que usted lo reconozca —comentó Pablo, partiendo su bistec con delicadeza—. ¿No supo lo que hizo con los diputados Ismael Edwards, Conrado Ríos y Emilio Tizzoni? ¡Trató de matarlos, papá!

—Eso no es verdad.

—¿Que no es verdad? Hay incluso un telegrama firmado por él donde da la orden y él mismo lo tuvo que reconocer. En ese telegrama le pedía a Domingo Durán que se hiciera cargo de los tres diputados en Temuco. Tal como suena, papá, y “hacerse cargo” no era invitarlos a comer pasteles.

—Tú has visto la gran cantidad de gente que lo llevó en andas desde la estación a La Moneda. Tan rufián no será si el pueblo lo esperaba ansioso. Por algo lo han llamado de vuelta.

—Dicen que vuelve para terminar su gobierno y cambiar la constitución, y lo primero que hará será nombrar ministro de Guerra a ese militar Ibáñez que usted detesta, papá.

Alessandri venía desde Roma y el mismo día de su llegada a Montevideo tuvo que tragarse la notificación del almirante Langlois: si pretendía volver a Chile debía someterse a las exigencias de los militares. Los oficiales desconfiaban de la “execrable camarilla” (los políticos) y estaban llamando al presidente para cumplir el programa revolucionario como una deferencia, no para volver a la

“antigua politiquería”.

Alessandri pasó todo ese día vituperando. Estaba indignado. ¡Otra mariconada! Le pedían renunciar a la satisfacción del triunfo, a la reparación que el pueblo de Chile le ofrecía después de las amarguras de septiembre. ¿Qué hacer? ¿Defraudar a su pueblo o escuchar la misa sacrílega, como Enrique IV, y volver a Chile confiando en su estrella y su astucia? Después de hablarlo con su mujer y sus hijos firmó cuanto le exigieron y decidió regresar al país como un prisionero de guerra disfrazado de triunfador romano.

—¡En la ausencia he vivido con vosotros, he vivido en vuestros recuerdos, vuestras penas eran las mías y vuestras alegrías las de mi alma! —declaró alzando los brazos y hablando en poesía como en sus mejores tiempos.

Y mientras el presidente declamaba, Carlos Ibáñez movía los hilos del poder. Había hecho llamar a Arturo Alessandri para que terminara su periodo con el compromiso de convocar una Asamblea Constituyente, pero al fondo de su estrategia yacía un segundo propósito: cuando ya no le fuera útil, lo deportaría. *Que diga todas las poesías que quiera, que llame a la Asamblea para cambiar la constitución y desaparezca de mi vista. No habrá nada que yo pueda lograr desde La Moneda con este político metido al medio.*

## La llama dulce de la vida

Corría el año 1926. Gabriela Mistral y su amiga Palma Guillén acababan de instalarse en Fontainebleau, a poco más de cincuenta kilómetros de París.

Gabriela estaba desencantada. Su vida se había convertido en un continuo ajetreo de país en país. Cuatro años antes, invitada por el ministro de Educación mexicano, José Vasconcelos, partió a México con su amiga Laura Rodig y allí trabajó con los intelectuales más destacados del momento. Luego hizo una gira por Europa y otra por Estados Unidos. Volvió a Chile y encontró a su país en medio de un caos.

Manuel la recibió en su despacho del ministerio para ayudarla con el papeleo diplomático. Sentía un gran aprecio por la poeta y admiraba la labor de educadora que había desarrollado en México.

Estuvieron largo rato conversando sobre su fascinante experiencia en ese país y sobre la situación chilena. Gabriela estaba espantada con el gobierno de Ibáñez.

—Chile está hecho un desastre, Manuel. ¿Qué va a pasar con este militar bruto?

—Me temo que hasta lo peor, que sería no poder librarnos de una dictadura, Gabriela. Y me veo en la obligación de advertirle que Ibáñez la ha declarado su "enemiga", públicamente.

—Eso me han dicho. Al parecer alguien le fue con el cuento de que yo había dicho que es una bestia.

—¿Y lo dijo?

—Sí, en una entrevista en México, y volvería a decirlo aquí y en cualquier parte, pero entiendo que por hablar así tengo que partir, ¿verdad?

—Sería lo más aconsejable. Voy a arreglarle todo para que la mandemos a París.

—¡No, por favor! No quiero vivir en ninguna ciudad, me ahogo.

—No se preocupe, déjemelo a mí.

Y aquí estaba ahora, lejos de París —odiaba la vida citadina—, pero esto tampoco era una granja, ni siquiera un pequeño huerto había. La casa era oscura y deprimente.

—Parece que la vida me tiene destinada a cosas que no quiero, Palma.

—Al menos aquí vivimos más tranquilas que en París.

—Sí, pero este cargo diplomático tiene poco de lo que a mí me gusta hacer, que es leer, escribir y ser granjera. No quiero la misma

vida de la estupidez humana; mi anhelo es arrancarle a perderse. Está bien, tampoco voy a pasar quejándome. ¿Qué querrá este hombre, Palma?

—¿Cuál hombre?

—¡Carlos Godoy, pues! ¿Te lo dije o no? Es que estoy cada día más olvidadiza, no tengo ni cuarenta y ya me olvido de lo que dije hace media hora. Carlos Godoy, mi medio hermano. Por fin vamos a saber algo de él; viene a vernos, me trae noticias importantes, según dice en su carta.

—¡Ah!, sí, me lo dijiste. Pues nada, hay que ver qué es lo que quiere.

—Plata. Va a querer plata. La noticia importante ha de ser que está en la ruina, ¿qué otra cosa podría querer de mí? Van a ser dos años que no tengo ni la menor noticia suya.

Gabriela había sido muy crítica de este medio hermano que la acompañó un rato en sus viajes por Europa. Era un tarambana, digno hijo de su padre, "un bueno para nada", y se había casado con una catalana de pésima salud, algo que a Gabriela irritó sobremanera. La mujer era tuberculosa. "Harto complicado es el matrimonio como para empezar esa vida con una carga adicional", lo recriminó. Lo último que supo de ellos fue que vivían en Barcelona, manteniéndose de cualquier manera, seguramente medio muertos de hambre, y después vino un largo silencio hasta ahora. La carta que anunciaba su visita había llegado el día anterior.

Carlos Godoy llegó a media tarde. Palma abrió la puerta. En ese momento Gabriela se encontraba en la cocina y al escuchar la exclamación de su amiga corrió hacia el *hall*. Allí estaba su medio hermano, mucho más flaco y demacrado que la última vez que lo vio. Le dio un poco de lástima. Mal vestido, pobretón y pálido, con el cabello desgreñado. Y no estaba solo. Llevaba en sus brazos a un niño que no debía de tener más de un año.

—¿Y este niñito? —preguntó Gabriela alzando las cejas—. En tu carta no dices nada de un niño. ¿Es tuyo?

El hombre les contó una historia triste. Su mujer había muerto de tuberculosis poco después del nacimiento de Juan Miguel, que así se llamaba el niño. Había sido terrible encontrarse frente a su mujer muerta con este recién nacido en los brazos. ¿Qué iba a hacer él con este hijo? ¿Cómo podría criarlo? No tenía medios ni familiares en Europa, estaba sin trabajo.

—Me costó ubicarte, Gabriela. Te ruego me disculpes por caerte así tan de improviso después de estos dos años. Sé que te han dado un cargo como consejera técnica en la Liga de Naciones. Me alegro por ti. Tendrás una buena entrada económica. No tienes hijos. Y yo pensé…

—Pensaste que podría hacerme cargo de esta criatura —terminó la frase Gabriela.

El hombre permaneció callado.

Palma tomó al niño en sus brazos y el pequeño se puso a llorar.

—Dale agüita —dijo Gabriela.

Hablaron hasta tarde. El niño se quedó dormido en la cama de Gabriela. Carlos Godoy las emprendió de vuelta esa misma noche, pero antes tuvo que comprometerse con Gabriela y Palma y acatar la única condición impuesta por las dos mujeres.

—Escúchame bien, Carlos. Tengo treinta y siete años y me haré cargo del niño, que lleva también mi sangre —dijo Gabriela en tono solemne—, pero tú vas a jurarnos, a Palma y a mí, que nunca jamás, bajo ningún motivo, volverás para reclamar a tu hijo. Si lo dejas conmigo, aquí y ahora, debes entender que el niño pasa a vivir bajo mi custodia, yo seré su madre y su padre hasta el día de mi muerte. ¿Lo prometes?

El hombre le pegó una mirada taciturna a Gabriela, luego a Palma.

Las dos mujeres, rígidas, sentadas cada una en una silla alta, esperaban su respuesta con caras de palo.

Pasaron unos minutos.

—Prometo, pueden confiar en mi palabra —dijo el hombre e hizo amago de levantarse.

—¿Ya te vas? —preguntó Palma.

—Es mejor que no esté aquí para cuando Juan Miguel despierte.

—Me parece bien, Palma. Que se marche cuanto antes —dijo Gabriela levantándose también.

Qué sería lo que despertó ese niño en Gabriela. Dónde tendría guardado ese inmenso amor de madre que le dio a este niñito a quien llamó Yin Yin y llegó a ser tan suyo como si lo hubiera parido. Y en qué momento se desordenaron los astros en el universo de la poeta como para que fuese el propio Yin Yin quien le produjera el más fuerte de sus dolores.

Durante los años siguientes Juan Miguel, Yin Yin, vivió con sus dos madres, viajó con ellas, alojó con ellas en los distintos hoteles de Europa, asistió a las conferencias de Gabriela, en primera fila, sentado en la falda de Palma. Lo amaron. Lo mimaron. Lo protegieron.

Su madre le escribía versos que eran ruegos para que fuera eternamente niño y nunca se alejase de su lado. “Quédate así para siempre, Yin Yin, tú no eres un árbol, no tienes para qué crecer”, le susurraba al oído una vez que el niño se quedaba dormido.

Como muchos hijos de diplomáticos, Yin Yin pasaría una Navidad en Italia, otra andando en bicicleta en Copenhague, subiendo un cerro en el centro de Lisboa o jugando con una pelota en Fontainebleau. Se sentía parte de ese mundo. Hablaba varios idiomas y se hizo a las costumbres europeas como cualquier chiquillo de Francia, Italia o Inglaterra. Pero llegaría el día en que su madre tendría que trasladarse a Brasil, cónsul de Petrópolis. Otra cultura. Al otro lado del planeta. ¿Por qué ese país tan ajeno, esa lengua rara? Yin Yin no comprendía el mundo de este lado, tampoco le gustaba. No entendía a los sudamericanos, los encontraba extraños, le costaba hacer amigos.

Fue cayendo en un pozo negro. No quería levantarse de la cama.

Aborrecía el colegio. A los diecisiete años era un joven triste y apático. La “llama dulce de la vida” se había convertido en un cáliz amargo.

## Compás de espera

—¡Ya no doy más! Esta situación me supera, Joaquín. Me desespera verme rodeada de gente que odia a Arturo. ¿Están contentos ahora? Alessandri vejado en el exilio, sus hijos desterrados, Eliodoro humillado por ese militar bruto que lo ha forzado a venderle su diario al gobierno.

—Cálmate, hijita, ninguno de nosotros está contento con la situación, pero olvidas que fue el propio Alessandri quien nos metió en este problema. Con razón decíamos que su gobierno sería un desastre. Muy amigo tuyo será, pero dejémonos de cuentos, ese hombre es un arribista, descendiente de un titiritero, un ambicioso, un tránsfuga político, demagogo y mentiroso. ¡Masón, para más remate! Su gobierno fue del todo ineficiente.

—Si hubiera sido tan ineficiente no lo habrían llamado de vuelta. No tiene nada de malo que sea masón, cualquier hombre inteligente prefiere una logia masónica a una Iglesia podrida. Los masones se preocupan de los pobres, son solidarios. Alessandri es un reformista. Tú hablas y hablas, bla, bla, bla, peor que esos curas que lo insultan desde los púlpitos, pero no vas al fondo del asunto, no le das ninguna importancia a sus reformas.

—Puede que haya hecho ciertas reformas… que sean buenas para el país, lo dudo.

—¡Tú no eres el país, Joaquín! Que tú no estés de acuerdo con la separación entre la Iglesia y el Estado no significa que el país no lo esté. ¿Y ese poder omnipotente del Congreso? ¿No te parece un paso hacia adelante la nueva constitución que ha terminado con el poder casi absoluto del Congreso? Mira, Joaquín, le guste a quien le guste Alessandri, nadie puede desconocer que triunfó contra moros y cristianos al conseguir el fin del régimen parlamentario.

—A ver, hija, escúchame, no te pongas tan cargante. Yo sé muy bien que estamos viviendo tiempos difíciles. Ibáñez es un dictador indeseable, ha desterrado a tu amigo, a Agustín Edwards, a Gustavo Ross… No necesito que me lo recuerdes, mucho menos que me lo eches en cara, como si yo hubiese apoyado a este tirano. Pero tenemos un problema que es peor y es bueno que estés preparada. Ayer tuve una larga conversación con Manuel Zañartu en el club. Ya sabes que Manuel es experto en la economía mundial y me ha ayudado a aclarar las cosas. Estamos al borde de una crisis que afectará el precio del cobre y el salitre y arruinará a mucha agente. Aconsejado por Manuel, voy a mover mis dineros para dejarlos a buen recaudo, pero quiero advertirte que se nos vienen tiempos duros.

—¡Bueno, haz lo que tengas que hacer! —dijo Inés tomando sus guantes.

—¿Adónde vas, hijita?

—Javiera está en Santiago y vamos a la casa de Delia a tomar el té.

—Dale mis saludos a Delia —dijo Joaquín, sintiendo esa ola de nostalgia que lo invadía cada vez que se mencionaba a Delia Matte.



Eran los comienzos de 1929. Manuel observaba con gran preocupación lo que estaba pasando y le escribía semanalmente a su amigo exiliado en París. En su casa lo comentaba con María en esas raras ocasiones en que se dirigían la palabra para hablar de las noticias del día.

—Es cierto que Ibáñez ganó la elección por un amplio margen de votos, pero el mandato popular no le otorga el derecho de insultar y mirar con tanto desdén a los civiles.

María fruncía los labios, como hacía siempre que alguien mencionaba al militar.

—Ibáñez es un militar ignorante, no le pidas refinamiento para

gobernar ni para nada; él confía en sus métodos de miliciano, es un ordinario.

—Y peligroso. Ayer declaró que el gobierno no necesita complejidades, que hay que hacer las cosas rápidas y que los parlamentarios se lleven su palabrería para la casa.

—Escuché su discurso.

—¿Lo escuchaste?

—Yo me entero de las cosas, Manuel. También dijo que pensaba sacrificar la libertad para frenar los robos y los abusos de la aristocracia. Yo, la verdad, no sé qué vamos a hacer con un medio pelo en La Moneda, y todo gracias a tu amigo Alessandri.

—Bueno, al menos Ibáñez piensa desarrollar el Estado con un enfoque social, algo que no está tan lejos de lo que quiso hacer Arturo. Pero hay algo que nunca debe perderse de vista, María. El gobierno de Arturo no fue un buen gobierno, yo lo reconozco, pero una democracia con problemas siempre va a ser preferible a un régimen totalitario.

Se quedaron callados un rato.

—Pasando a otro tema —dijo Manuel de repente—... ¿te gustaría ir al teatro conmigo?

María iba a decir algo y después siguió leyendo el diario. Manuel interpretó su silencio como negativa y no insistió.



Ese verano, el 8 de enero, Vicente Zañartu se casó con su prima Rosario y luego de una corta luna de miel en Viña del Mar le anunció a su padre y a sus hermanos que vivirían en Cauquenes. Había conseguido un puesto en el nuevo hospital de Cauquenes y su idea era usar el hospital como base y desde allí visitar a los campesinos que no pudieran llegar a la ciudad.

—A mí me parece un apostolado, es lo que yo quería que hiciera

Federico cuando recién lo conocí. ¡Qué ingenua fui! —comentó Nicolasa.

La familia se había reunido a la hora de almuerzo y esta vez, para sorpresa de todos, María anunció que los acompañaría. Era el primer domingo en muchos años que se la veía en el comedor de la casa.

Se sentó a la cabecera, en el lado opuesto a Manuel. Comió despacio y callada. Manuel y sus hijos estuvieron pendientes de ella, pero con disimulo. María no participó en ningún momento de la conversación y ni sus hijos ni Manuel la forzaron a decir nada. Actuaron como lo habrían hecho un domingo cualquiera.

—Federico se dedicó a los muertos, algo que yo, como médico, no habría hecho jamás —dijo Vicente—. Para mí, la medicina es un camino para ayudar a la gente a vivir, más que para determinar las causas de la muerte.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Manuel.

—Lo que nunca voy a entender de Federico es que, siendo tan socialista, no haya dedicado su carrera a ayudar a los pobres, como siempre anda predicando —opinó Pablo.

Nicolasa le dio una mirada hosca.

—No creo que sea bueno hablar de Federico si no está presente para defenderse —musitó Gregoria del Campo, tomando la mano de Pablo—. No me parece justo.

—La verdad es que yo estoy con la cabeza en otra parte —irrumpió Manuel—. Me preocupa lo que está pasando en el país.

—Uf, papá. ¿Vamos a hablar de Ibáñez? —preguntó Pablo.

—Es que el asunto es de suma gravedad. Lleva apenas unos pocos meses como presidente y ya asoma el tirano. Yo les aseguro que más temprano que tarde este país se va a dar cuenta de su error; eligieron a un presidente y les va a resultar un dictador. Acuérdense de mí.

La predicción de Manuel no estuvo equivocada.

Pronto empezaron las persecuciones. El gobierno disolvió la Asamblea Radical e impuso un severo control a la correspondencia. El espionaje y la delación tenían al pueblo paralizado. Cundía el terror al Ejército y unos por salvar su pellejo, otros por sus cuatro reales, preferían quedarse callados para no avivar las iras del gobernante.

Entre los aristócratas y este militar surgido al alero de su propia ambición, la guerra a muerte se prolongaría por décadas y comenzó en los primeros días del gobierno. Ibáñez contaba con la fuerza necesaria para reprimir, vigilaba a los partidos políticos, lideraba una lucha sin cuartel en contra de la oligarquía, deportaba a sus enemigos e imponía una brutal mordaza a la prensa. A patadas con la democracia. Empezaron a llamarlo "el Caballo". Quien se opusiera a sus designios era enviado a Isla de Pascua, Argentina o Europa. Arturo Alessandri fue el primero en partir y desde Francia le escribía cartas desoladas a Manuel. *Yo no les creo a los hombres de espada hoy día, ni lo que rezan. No les creo ni cuando me saludan, porque son tantas, tan absurdas e inmensas las mentiras que una vida entera, dos, cien vidas no serían bastantes para borrar de mi alma el asco que siento por hombres tan repugnantes, despreciables y malvados.*

## Tertulia en el exilio

Martes 15 de abril de 1930. París.

El salón de la casa de Agustín Edwards Mac-Clure estaba escasamente iluminado. Los sillones Luis XV, las mesitas de marquetería y los tapices que adornaban las paredes desaparecían entre las sombras. El ambiente concordaba con el ánimo de los invitados para la cena de esa noche. Uno de ellos era Arturo Alessandri Palma, exiliado; el otro, Ramón Subercaseaux, acababa de perder a su mujer, y el tercero, Vicente Huidobro, a quien Agustín encontraba fascinante y Olga, un adefesio. El poeta había tenido que arrancar de Santiago luego de un escándalo amoroso.

“Vincent Huidobro, poeta francés nacido en Santiago de Chile”, como se presentaba él mismo, era un personaje controvertido. Sus ideas radicales y el desprecio con que se refería a los chilenos lo habían convertido en *persona non grata* entre las familias de la aristocracia. Las señoras *bien* lo veían como un *enfant terrible* y compadecían a María Luisa Fernández, su madre.

—A la pobre de María Luisa le toca lidiar con este hijo inmoral y sus escritos contrarios a los principios de la Iglesia —comentaban, persignándose para espantar al diablo.

Huidobro no dejaba de hacer noticia. Hacía un par de años había protagonizado un escándalo al abandonar a su familia y escaparse con Ximena Amunátegui, su concuñada de quince años, a quien raptó para fugarse con ella a París.

—Olga, escúchame antes de ponerte a reclamar. Lo he convidado porque acabo de leer su último libro, *Mío Cid Campeador*, una obra apasionante, y tanto Arturo Alessandri como Ramón Subercaseaux admiran su literatura.

—Con una condición —dijo Olga—. Que venga solo, sin la niña Amunátegui. Lo siento mucho, Agustín, yo no quiero hacerme cómplice de esta inmoralidad. Este escándalo ha sido muy doloroso para María Luisa. Abandonó a sus hijos. María Luisa tuvo que hacerse cargo de Manuela y los niños.

—Pongamos las cosas en su justo contexto. De Vicente se podrá decir que es estrafalario, medio loco y de las izquierdas, pero nadie puede negar su talento y genialidad.

—Yo no sé dónde estará la genialidad de uno que rapta a la concuñada y abandona a sus niños chicos. Tú eres responsable de haberlo invitado.

—Está bien, Olga, ya está hecho. Pasando a otra cosa, ¿no se ve un poco oscuro este salón?

—No hay nada que celebrar esta noche; no quiero que la casa parezca de fiesta cuando no lo estamos.

—Tienes razón, hija, y si nos pusiéramos completamente a tono con la situación que se vive en Chile deberíamos colgar crespones negros en las ventanas.

—¿Te comenté que estuve con Alberto Edwards y le dije que viniera?

—¿Has invitado a un partidario acérrimo de Ibáñez a cenar con Arturo Alessandri? ¡Qué desatino!

Olga no pestañeó.

—Es un hombre muy inteligente. Oírlo será interesante para todos. A estas alturas no conozco a nadie que no haya leído su *Fronda aristocrática.*



Arturo Alessandri llegó disculpando a su mujer. Rosa Ester no se había sentido bien y el doctor le recomendó quedarse en casa. Casi inmediatamente después, la criada anunció *a monsieur Huidobro.*

Vicente se sacó la boina, el abrigo de piel y los guantes de cuero, le pasó todo esto a la criada, saludó a Agustín, a Olga —ella respondió con una sonrisa educada—, y enseguida le tendió la mano al expresidente.

—Descuide, don Arturo, mi madre nunca se enterará de que hemos cenado juntos —le dijo medio en broma, medio en serio.

Alessandri sonrió.

—Más vale que no se entere; la buena de María Luisa me ha tratado de titiritero, guerrillero y no sé cuántas barbaridades más, pero está perdonada. Su penitencia ha sido cambiar al guerrillero Alessandri por el dictador Ibáñez y ella debe saber que estaba mejor con el guerrillero.

—De eso no me cabe duda. Las noticias que llegan de Chile son malas. Yo estoy muy preocupado por mi mamá. Me dicen que el país está cada día peor, que el control es cada día más estricto. Pero

no solamente en Chile. Si les interesa saber mi opinión, les diré que huelo el fin de una era, la agonía de toda una civilización fundada en la mentira y la estupidez humana.

—Yo no comparto su pesimismo —señaló Agustín—. Las naciones están haciendo un esfuerzo serio por entenderse; mire usted este pacto que rechaza la guerra.

—Con todo respeto, don Agustín, quien se sienta optimista en estos tiempos está loco o es tonto. La Sociedad de Naciones es perfectamente incapaz de parar los furores imperialistas. Hitler y Mussolini van a sentarse en la Sociedad de Naciones, acuérdese de mí, y van a mearse en sus principios y sus pactos.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Ramón Subercaseaux. En ese momento tenía un cargo en Roma y un mes antes, el 7 de marzo, la vida le había dado un duro golpe. Él y su mujer iban de vuelta a Europa después de un viaje a Chile, ella enfermó en el *Giulio César* y murió poco antes que el barco atracara en el malecón de Barcelona.

Olga se adelantó para abrazarlo y lo mismo hicieron Agustín Edwards, Arturo Alessandri y Vicente Huidobro. Enseguida vino una ola de palabras de consuelo.

—Mi hijo Pedro ha llegado desde su convento en Inglaterra y me acompañará a Santiago —explicó Ramón—. No logro conformarme, una criatura tan perfecta como Amalia, querida por todos… no sé cómo darle fuerzas a mi alma para vivir sin ella.

La llegada de Alberto Edwards rompió el ambiente cálido que se había formado en torno a Ramón. Venía muy agitado por algo que acababa de ocurrirle en la calle.

—Me encontré con una pequeñoburguesa chilena y no se imaginan lo mal vestida que andaba, como todas estas burguesitas de clase media con aspiraciones, joyas falsas, una tela vistosa, un sombrero ridículo lleno de artificios, la cara cubierta de polvos de arroz, mucho colorete y un perfume detestable. ¡Qué vergüenza! Dejando mal el nombre de los chilenos en París. Es que no hay nada más espantoso que la clase media.

—Bueno, no todos tienen la fortuna de nacer en cuna de oro como usted —dijo Arturo Alessandri con un tono agrio.

—No ha sido mi intención ofender a nadie —replicó Alberto Edwards—. Es solo que los siúticos me resultan repelentes.

—Me parece increíble que usted y yo podamos estar de acuerdo en algo, Alberto, pero en esto le encuentro toda la razón —dijo Vicente —. Y permítame agregar que a la hora de la raza chilena los siúticos no son el mayor problema, sino la raza. La raza chilena es tonta por naturaleza; es muy triste decirlo, pero es verdad. A menos que llevemos a quinientos mil europeos al año a Chile, no se me ocurre ninguna solución. Por favor, no me miren con esa cara, ¿por qué tanto temor a las palabras? Los chilenos se horrorizan cuando se les dice la verdad y la verdad es que lo que piensa la gente en Chile cuenta tanto en el mundo como lo que piensa la gente en las islas Sandwich.

Olga estaba molesta y le costaba disimularlo. Muy mala idea la de Agustín. Esta cena, cuyo propósito principal había sido acompañar a Ramón y conversar tranquilos con Arturo Alessandri, iba a resultar un desagrado para todos.

—¿Qué piensa hacer, usted, presidente? ¿Ha tenido noticias de su posible vuelta a Chile? —preguntó en un intento por desviar la atención del desatinado poeta—. Las cosas se le están poniendo negras al Caballo. La depresión está golpeando fuerte en Chile también; ¿ha visto cómo han caído los precios del cobre y el salitre? Está quedando una quebradera de fortunas que es impresionante.

Alessandri sonrió de manera socarrona. Estaba pálido y demacrado.

—Por el momento he hecho mi testamento, no para que mis hijos dispongan de mis escasos bienes, sino para pedirles que lleven mis cenizas a Chile, al lado de mis padres, y solo una vez que imperen honradamente el derecho y la justicia.

—Su buena estrella indica que va a volver a Chile mucho antes que eso, don Arturo; de hecho, hay un fuerte movimiento para llevarlo de vuelta a La Moneda —dijo Alberto Edwards—. Llegué la semana pasada de Santiago y puedo asegurarle que dejé a la ciudad sentada

en un barril de pólvora.

—Así me ha informado mi amigo Manuel Zañartu. Lo más cuerdo es esperar los acontecimientos. Ya empezó la crisis económica y comercial brutal. Seguirá pronto la financiera y será descomunal. Déjelos que se fríán en su propia grasa, que se derritan solos al calor de sus infamias, robos, peculados e inexperiencia. Déjelos que caigan como un globo desinflado que se bota después al hoyo de los desperdicios humanos.

Agustín Edwards escuchó estas palabras atentamente. Comprendía la frustración de Alessandri; él mismo sufría estos ataques de rabia y desengaño. Era cien veces millonario, dueño de un banco de crédito y numerosos diarios y revistas ilustradas, fundos, molinos, minas y salitreras. Solo la firma de Guggenheim Brothers de Nueva York le pagaba un millón de pesos anuales para representarla en Chile, y aquí estaba, clavado entre Londres y París sin poder abrir *El Mercurio* o *El Diario Ilustrado* en su patria.

—¡No sabes cómo te entiendo! —exclamó—. Estamos más o menos en las mismas; soy el hombre más rico de Chile y ¿de qué me sirve todo este imperio si no puedo más que mirarlo desde afuera?

Olga tomó la mano de su marido.

—Vamos a hablar de cosas más simpáticas, el tema de la dictadura me agobia. ¿Les cuento lo que está haciendo Agustín?

—Ah, sí… es que era preciso distraer la cabeza con cosas más amables —sonrió Agustín—. Estoy dedicado a escribir un libro de cuentos para mis nietos Cuchito y Sonia.

—Es un libro precioso —dijo Olga, súbitamente animada. Cuéntales.

—Bueno, son puros cuchicheos de un abuelo. Trata de las aventuras de Juan Esparraguito, un niño casi legumbre, hijo de don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón y de doña Primorosa Fecunda Hortaliza Rozagante y Migajuda.

—Vaya, vaya, vaya, uno nunca termina de sorprenderse —dijo Ramón—; no tenía la menor idea de que, además de libros de

historia, fueras escritor de cuentos para niños.

—Ya te digo, no son más que chocheras de abuelo y la necesidad de olvidarme por un rato de la dictadura.



Pasaron al comedor, donde Olga los agasajó con tres platillos franceses que ella misma se encargó de preparar.

—Si ustedes vieran lo que está ocurriendo en nuestro país, se sentirían muy privilegiados de tener que vivir acá —dijo Alberto Edwards alzando su copa—. Brindo por la vida que llevan en París y les deseo un pronto regreso a Chile.

—Gracias, Alberto —contestó Agustín—. Hemos recibido las noticias y es cierto que la situación parece ir de mal en peor.

—¡Ni me diga, lo he visto con mis ojos! Santiago se está llenando de cesantes, las quiebras empiezan a ser pan de cada día, los estudiantes están enardecidos. En la Universidad Católica hay un par de agitadores, un tal Frei y un tal Leighton, y en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile hay otro muchacho que mete mucho ruido, un estudiante de medicina, Salvador Allende. Han convertido nuestras universidades en campos de batalla. No me extrañaría en absoluto que muy pronto lo tengamos a usted de vuelta, presidente. El tirano va a caer.

—Ojalá sea como usted lo ve, Alberto. Yo no estoy tan optimista; la gran masa social, los comerciantes, los industriales y los profesores parecen muy resignados ante el oprobio de la dictadura.

—No es tan así, presidente. ¿No ha oído hablar de las milicias republicanas? La gente empieza a organizarse. Existe al menos el ánimo de hacerle frente a la dictadura.

—Sí, pero cuando habla de “la gente”, ¿a quién se refiere? Porque, hasta donde entiendo, esos milicianos son de la oligarquía; lo que quieren es recuperar sus privilegios, que el pueblo esté mal o bien alimentado les da lo mismo. Yo me refiero a los asalariados, los

proletarios, los mismos por cuyo bienestar me jugué el todo por el todo y ahora los veo mordiendo mansamente el freno y soportando la esclavitud.

Vicente Huidobro, que había escuchado este intercambio sin opinar, lanzó un largo suspiro.

—¿Le aburren los temas políticos? —le preguntó Alberto Edwards.

—No me aburren en absoluto, es solo que hablar de ellos sin propuestas claras y atrevidas no sirve para nada.

—Háblenos de su escritura; ¿en qué está ahora? —preguntó Ramón Subercaseaux, traspasando a Vicente con los ojos. La última vez que lo vio fue en la chacra y recordaba muy bien la molestia de Amalia cuando Vicente dijo que en el infierno había un lugar especial para la aristocracia y Amalia le contestó: "Bueno, usted será el primer habitante de ese infierno, entonces".

—Yo siempre estoy en lo mismo, don Ramón. Entre mis papeles y mis libros. Con mi personalidad dividida en dos, la poesía y la política. Lo único que tengo claro es que la poesía es un refugio. Se lo digo a mis niños: sin la poesía el vacío sería completo y mejor sería acudir a la muerte.

—¿No le duele vivir lejos de ellos? ¿No los echa de menos? —preguntó Agustín, temeroso de su respuesta, pues el nombre de Ximena Amunátegui no se había mencionado y, a pesar de lo que pensara Olga, él se sentía incómodo por haberlo invitado sin ella.

—Mis hijos están muy bien, con su mamá y su abuela, como debe ser. Lo único que me duele es que su educación sea en Chile y no en Europa.

—¿Por qué lo dice? —quiso saber Arturo Alessandri.

—Porque yo mismo no puedo tener respeto y ninguna esperanza por gente que se ha educado en la Araucanía, así sean mis hijos. Tendré que hablar con ellos como se habla con gente de otra raza, por mitades.

Cayó otro silencio que esta vez fue interrumpido por Alberto

Edwards.

—Estoy gozando intensamente de la lectura de Proust.

—A mí me parece un idiota que todavía cree en los problemas psicológicos y en el detallismo inepto de los naturalistas. Quieren crear personajes cuando lo que hay que crear son novelas. Quieren darnos pedazos de vida como si la vida no fuera lo que más nos aburre y como si los conflictos del alma y las desgracias de madeimoselle Dupont nos importaran un huevo. Una novela debe ser variada y sorprendente como un álbum de estampillas y así de múltiple, de lírica y de imprevista.

Alberto Edwards lanzó una alegre carcajada que fue muy bien recibida por el resto de la concurrencia.

El ambiente se había distendido.

Agustín abundó en la historia de Juan Esparraguito.

Ramón, algo más animado, contó que monseñor Carlos Casanueva quería levantar un monasterio en la cumbre del cerro San Cristóbal y le había ofrecido a Pedro hacerse cargo, pero su hijo declinó la oferta, aunque estaba seguro de que, si algún día se levantaba un convento benedictino en Chile, él se encargaría de hacerlo.

Alberto Edwards defendió su idea de que la mejor época de Chile fueron los decenios autoritarios gracias a Portales y su principio de autoridad. Vicente Huidobro contestó que una persona con ese pensamiento merecía la horca; cuando escuchaba ideas tan absurdas lo único que le impedía suicidarse era la poesía, tener una visión poética de la vida, una visión distinta, loca, anticotidiana, antihabitual, profunda y maravillosa.

—Es lo único que me hace olvidar un poco este saco de mierda que es el hombre.

—Usted se pasa con su impertinencia —dijo Alberto Edwards—; se lo digo con todo respeto.

—Lo reconozco, a veces me sulfuro más de la cuenta. No me malentienda, yo he leído su libro con mucho interés y admiro tanto

su lucidez como su buena pluma, pero en su fronda aristocrática hay afirmaciones bastante discutibles, como que durante la Colonia hubo una paz victoriana. ¿Paz victoriana? ¿Y dónde pone usted la guerra de Arauco? O esa otra afirmación carente de todo realismo que hace al decir que 1890 a 1920 corresponde a una etapa residual del periodo portaliano. A mi juicio, usted, en tanto historiador, olvidó lo importante que es no juzgar el pasado con los criterios del presente. En ese sentido, usted no es historiador, sino un falsificador de la historia, que es distinto. Me pregunto cómo explicará su paso por la dictadura de Ibáñez; mal que mal, usted fue ministro durante seis meses.

—Yo he sido fiel al general Ibáñez hasta el final y ser su ministro fue un honor.

Se produjo otro silencio. Los invitados se revolvieron incómodos en sus sillas. Agustín miró a Olga como pidiendo auxilio. Pero Olga estaba pensando en el resultado del consomé *brunoise*, el *civet* de pato y la salsa *Nadine*, que a su juicio había quedado demasiado espesa.

## Abandono

A esa misma hora amanecía en Santiago. Rebeca estaba sentada en su cama, el rostro deslavado y blanco, tan delgada que parecía tuberculosa.

Roberto se había levantado al alba para encerrarse en el baño, donde tardaba casi una hora en echarse afeites y engominarse el cabello. Después saldría de la casa dando un portazo; estaba furioso por el aviso de embargo del día anterior. Seguramente se despediría sin un beso, y ahí quedaría ella, mordiéndose la amargura, a la espera de que los niños despertasen para vestirlos y llevarlos al colegio.

“El carácter de una persona es su destino”. Una y otra vez volvían a su mente aquellas palabras suyas a Nicolasa cuando las dos vivían un espejismo y Nicolasa manifestaba su preocupación por el

carácter de Federico Alfaro. Ahora lo estaba sufriendo en carne propia. Al fin y al cabo, su padre acertó en su presagio, pero ¿acaso no eran sus mismos padres responsables de su desgracia? Se negaron a ayudarlos. Roberto hizo lo posible por salir adelante. Nada le resultaba. No lograba encontrar un trabajo estable. Y si nadie quería contratarlo, se debía a la mala fama que le había hecho su madre. Había acudido a su papá no una, sino diez veces; no le pedía dinero porque su orgullo y su dignidad se lo impedían, pero le hablaba de su pobreza. Lo invitó a su casa más que nada para que viera lo apretados que vivían con los dos niños, y él no quiso ir. Una sola vez aceptó a Roberto en su mesa, pero tampoco quiso brindar con él. Apenas le dirigió la palabra. Nada lo movía de su postura inflexible. Ni siquiera lo conmovió la partida de Annunziatta, su nieta de dos años. Ella quedó destruida después de la muerte de la niña, y si Dios no le hubiera enviado a Robertito, casi de inmediato, se habría vuelto loca.

Ahora se sentía más sola que nunca. Su amiga Nicolasa se había entregado por entero a la crianza de la niña que nació después de años de embarazos fallidos. Juana, que así la llamaron, había llegado a iluminar los días tristes de su madre. La fobia de Federico en contra de la aristocracia estaba adquiriendo ribetes casi patológicos. Era un plomo con Nicolasa, la llamaba "lady Harrington", aludiendo a un supuesto estiramiento inglés. Nicolasa fue apartándose de sus amistades y de su tía Javiera, a quien Federico no podía soportar. Después de haber pasado años hablando a diario y saliendo juntas a todas partes, Rebeca la veía tal vez una vez al mes, hasta menos, y eso había sido tan doloroso para ella como la soledad de su matrimonio.

Su diario era su confidente. *Estoy triste. Escribo para desahogarme. La gente me parece tan indiferente. Pasan por mi lado sin saber cuántas lágrimas, cuánta frustración sofoco entre estas sábanas.*



Nicolasa había dado a luz a su hija ayudada por una comadrona y por Celinda. A María le anunciaron el nacimiento cuando la niña estaba por cumplir un mes y ese mismo día Nicolasa la llevó al

palacio para que su madre la conociera. La pequeña iba envuelta en un chal rosado.

—Se llama Juana —dijo Nicolasa, agachándose con la niña en brazos de modo que su mamá pudiera verla de cerca.

—Juana… —dijo María, como hablando para sí misma.

—Pero ¡mírela! Es muy bonita.

María apartó un poco el chal para ver la cara de su nieta. Nicolasa creyó ver un chispazo en los ojos de su madre, pero duró apenas un instante.

—Todavía no se sabe cómo va a ser —dijo María volviendo el chal a su lugar.

—Es verdad, es muy pequeña todavía, pero tiene lindas facciones, tan finito todo, ¿no le parece?

—Es bonita, sí.

Nicolasa se sentó en el sillón de terciopelo verde y se puso a mecer a la guagua, que había emitido una especie de crujido.

Celinda, que estaba presente, bajó la cabeza. La señora nunca dejaba de sorprenderla; ¿ni siquiera la nieta recién nacida la conmovía? Sintió lástima por Nicolasa. La señora la cotizaba un poco más que a sus dos hijos, pero ella nunca la había visto abrazarla o darle un beso. Menos mal que existía don Manuel. El pobre caballero se hacía huinchas para ser madre y padre de los hijos, porque lo que es doña María, ni una palabra de cariño, nada.

—Voy a bajar a la cocina a servirle algo al Ruperto. Vino a tapizar el sofá —dijo, y salió del cuarto.

Ruperto estaba sentado en un piso y sacaba cuentas en una hoja de papel.

—Adviértale a don Manuel que barato no le va a salir, Celinda. El sofá es enorme y entra una gran cantidad de tela. ¿Hasta cuándo van a vivir en esta mansión tan grande? Y tan poca gente, digo, yo.

¿Para qué necesitan tanto espacio si la señora María vive encerrada en una pieza y el caballero pasa el día en el ministerio?

—Este palacio lo compró don Manuel cuando volvió de Europa; perteneció a la familia del presidente Balmaceda, lo han ido reparando, poniéndole comodidades. ¿Y cómo sabe lo que nos depara el futuro? No hay más que escuchar a la Nicolasa hablar de don Federico; a mí me ha contado que su matrimonio anda para el gato, que don Federico ni ha mirado a la niña, como si no le importara… Bien puede ser que se separen y la Nicolasa vuelva a vivir aquí con la Juanita.

—¿Y usted no ha pensado hacer su vida en otra parte?

—¿Lejos de don Manuel?

Ruperto sonrió. Su rostro era agradable y varonil. Tenía una mata de pelo negro que se peinaba hacia un lado, los ojos pardos y expresivos y una sonrisa franca.

—Yo digo nomás. Usted podría pensar en su propia felicidad, no va a seguir de cuidadora de un viejo. Bueno, no tan viejo, pero don Manuel no necesita una niñera. ¿Sabe una cosa, Celinda? Me da un poco vergüenza decirlo, pero a usted la encuentro muy simpática, y ya ve, estoy solo. La Julieta se casó y se fue a Ranco. No tengo mucho dinero, pero la casa es propia. Quiero instalar un taller de tapicería en San Bernardo, estoy pensando vender mi casa de la calle Yungay y comprarme una más grande, con patio y frutales, una quinta en San Bernardo. El Ejército anda comprando casas para su gente en mi barrio y dicen que las pagan bien.

—¿No ve? Dice que este palacio es muy grande y quiere una casa quinta para usted solito.

—Yo no estoy pensando en un futuro solito. Mi madrina Zulema va a quedar viuda en cualquier momento. Está viviendo en Las Pataguas con don Pancho Vicuña, su patrón. Don Pancho es viejo, ya, y tampoco es su patrón, porque viven amancebados. Cuando mi madrina enviude, quiero hacerme cargo de ella. Con mi taller de tapicería en San Bernardo, una casa grande y bonita, las cosas van a ir de bien a mejor; yo soy buen trabajador.

—¿Me está proponiendo matrimonio, Ruperto?

—Usted sabe que nosotros tenemos un lazo tal vez más fuerte que el matrimonio, ¿no es verdad?

—¿A qué se refiere?

—A nuestros hermanos.

—¿Qué pasa con nuestros hermanos?

—¿Su abuela nunca se lo mencionó? Mi hermano Amancio se quemó vivo en un cachucho hirviendo en la salitrera San Lorenzo, donde trabajaba su hermano Juvenal, y su hermano… bueno, usted sabe, fue muerto en la matanza de Iquique. Los dos perdieron la vida por causa de la explotación en esa salitrera. No quedó nada de ellos, pero aquí estamos usted y yo. Yo me siento solo porque mi hija se casó y usted… bueno, yo digo nomás.



Cuando nació Juana, Nicolasa llevaba diez años casada con Federico y, aparte de Salvador Allende —un estudiante de medicina a quien Federico le hacía clases— y dos ayudantes de su marido en la morgue, nunca nadie había ido a cenar a su casa. Su vida social se reducía a las visitas a la casa de sus padres, que eran casi diarias, y a sus almuerzos medio a escondidas con Rebeca. Vivía con la sensación de haber sido exiliada dentro de su propia ciudad. Su padre le pegaba miradas lastimosas, diciéndole con los ojos que, por favor, confiara en él, que le dijera la verdad, él la quería y estaría siempre ahí para ayudarla. ¿Cómo explicarle que Federico pasaba más tiempo en Concepción, trabajando en esa morgue, que en Santiago, y ella prácticamente no tenía marido? ¿Cómo decirle que Federico la despreciaba o que cada vez que ella lo nombraba a él se ponía de mal genio porque el solo nombre de Manuel Zañartu le descomponía el ánimo? Tampoco quería contarle que cuando opinaba de política, frente a Salvador Allende, Federico lanzaba frases hirientes como “no digas estupideces” o “habla más despacio, mira que no somos sordos”. Entre que le daba vergüenza y no sabía cómo ponérselo para no irritarlo.

Celinda conocía sus problemas y con ella podía desahogar su angustia, pero ahora que iba a casarse con Ruperto Moraga y vivir en San Bernardo quedaría más sola que nunca.

## Un temblor en el alma

La partida de Celinda fue un golpe para Manuel. Sus hijos se reían, diciendo que al papá le había dolido más la boda de Celinda que la de la tía Javiera. Claro que estaban equivocados. El día de la boda de Celinda, cuando Manuel vio aparecer a Javiera, a quien no había visto en todos esos años, tuvo miedo de que el corazón se le paralizara. Le dio la mano a Silvestre y saludó a Javiera con un beso en la mejilla, sintiendo que se estaba quebrando por dentro. No se atrevió a mirarla directo a los ojos, pero reconoció el aroma de otros tiempos, la suavidad de su piel, el roce con su pelo, y en un minuto volvió a la noche del banquete para Pedro Montt y los ojos se le empezaron a llenar lentamente de lágrimas. Javiera también se emocionó.

La boda fue una sencilla ceremonia en la parroquia del barrio seguida de una fiesta en el patio de Ruperto. Asistieron las dos familias y algunos amigos. Ruperto asó dos corderos lechones y hubo vino y guitarreo. Silvestre Aldunate los sorprendió a todos con sus dotes de bailarín. Se encumbraba por el aire como si no pesara, volaba de un lado al otro conduciendo a Javiera entre sus brazos y Nicolasa los observaba con una punta de envidia.

—No soy capaz de adivinar en qué planeta andas —comentó Federico en el único momento en que se le acercó.

Quiso decirle que estaba pensando en la mezcla de mundos que tenía frente a los ojos, pero se quedó callada, observando a su familia mientras bailaban y tomaban vino en vasos baratos. Miró a su madre sentada en un rincón y evocó la fiesta de su propia boda, a la cual María se negó a asistir. Pero aquí estaba ahora. Su mamá, para quien el refinamiento, los apellidos y la clase social lo eran todo, sentada en este lugar humilde. Nicolasa no sabía si alegrarse o tomarlo como otro signo de la locura de su familia. En cualquier

caso, le hubiera gustado que esta boda sencilla, donde aristócratas ricos departían con gente pobre, fuese una representación del país… pero no lo era.

Esto último se lo dijo a Federico.

—No, pues, no lo es. Este país es más clasista y segregado que ninguno de los latinoamericanos. Me imagino cómo criticarían a tus padres si supieran que han asistido a una fiesta con los "rotos".

—Tú estás convencido de que toda la gente de la aristocracia es perversa o estúpida, ¿verdad?

—No, de lo que estoy convencido es de que la aristocracia no comprende que la fuerza de un país reside en una clase media potente, no en un grupito de caballeros retrógrados encerrados en sus palacios disfrutando de sus mal habidas fortunas.

—No tiene nada de malo que vivan en palacios si los pueden costear.

—Los "costean", como dices, a costillas del pueblo. Se los roban. Digamos las cosas por su nombre.

—Eso no es cierto. Mi papá nunca le ha robado un peso a nadie. Es un hombre educado, trabajador y un gran diplomático.

—No pensarás que el palacio lo compró con su sueldo de diplomático.

—Su familia era rica, mi abuelo tenía una fortuna.

—¿Y de dónde crees que sacó la plata tu abuelo? —largó una carcajada Federico.

—No seas cínico —dijo ella mirándolo con desagrado—. A ti te basta con que una persona pertenezca a la clase alta para determinar que es ladrona y explotadora. Y hablas como si en Chile no hubieran surgido fuerzas nuevas, como si no hubiera una clase media y la aristocracia hubiera seguido gobernando al país después de 1920.

—La aristocracia sigue gobernando desde el Club de la Unión y desde sus fundos. Es la razón por la cual en Chile no hay justicia social. Puede que haya surgido una clase media, pero su poder está muy por debajo del de la aristocracia dueña de la tierra y sus riquezas; tú no lo ves porque eres parte del problema.

—Tu odio por la aristocracia no tiene nada que ver con tus anhelos de justicia, sino con el resentimiento que te muerde las entrañas. Eres un resentido.

Federico la miró con cara de odio.

—Anda a un conventillo y diles a esas mujeres harapientas que son unas resentidas, que las piedras que lanzan en las protestas callejeras son producto de la envidia y no de la desesperación en que las tiene la miseria.

—¿Y cuándo has vivido tú en un conventillo? —se rio Nicolasa—. Vas a disculparme, pero andas en auto y cada vez que puedes echas mano de la botella de whisky en la casa de Salvador.

—Es cierto, tengo que emborracharme para dormir contigo en la misma pieza —soltó Federico, dejándola perpleja mientras él se abría paso entre los bailarines de cueca.

## El curandero de los pobres

Que Rosario Larraín, hija de Clotario Larraín Amunátegui, un acaudalado banquero, y de Gertrudis Blanco Yrarrázabal, criada en la vieja casona familiar de la calle de las Agustinas, fuera a vivir en Cauquenes, fue un escándalo en esa familia. Gertrudis lo habló personalmente con Manuel.

—No es posible que Rosario viva en un pueblo donde no hay gente conocida, Manuel. ¿Qué bicho ha picado a Vicente? ¿No puede ser médico en Santiago como todo el mundo? Tú no puedes permitir semejante aberración. Es como si tus hijos pudieran hacer lo que se les antoja. ¿De qué manera los has educado?

—Mis hijos han sido educados como los de cualquier familia santiaguina.

—¡Ah, sí, pero sin madre! Tal vez por eso no te importe separar a una hija de su madre y te parezca normal que Rosario haga su vida lejos de sus padres… y en Cauquenes. ¿Quién, dime, quién vive en Cauquenes?

Pablo apoyó a la suegra de su hermano.

—La tía Gertrudis tiene razón, papá. No veo por qué Vicente tiene que ejercer su carrera en un pueblo. Es desperdiciarla.

—Si quiere ser médico de campo, lo más lógico es que viva cerca del campo. No veo nada de malo en eso —replicó Manuel, molesto.

—¿Ha hecho la carrera de medicina para llegar en carreta hasta la casa de una vieja y curarla con agua de boldo? —insistió Pablo.

—Lo primero es que no va a llegar en carreta. Mi regalo de bodas es un Ford que llega a Chile la próxima semana. Y lo segundo es que Vicente tiene pleno derecho a enrumbar su carrera por los derroteros que le parezcan adecuados. Yo lo siento, Gertrudis; mis hijos son seres libres y pueden hacer su vida como quieran.

—Clotario quiere hablar contigo, tal vez sea más persuasivo que yo —dijo la empingorotada señora, y enseguida se despidió de mala gana y se fue.

Ni misiá Gertrudis ni Clotario pudieron hacer nada para impedir que Rosario se instalara con Vicente en Cauquenes.

Rosario se había vestido de muchacho toda su vida; pasaba encaramada en los árboles del fundo de su abuelo, matando pájaros con honda y cazando conejos con huaches. Su risa era contagiosa y las cosas que le producían hilaridad debían de estar en su cabeza, pues nadie sabía a ciencia cierta de qué se estaba riendo. A pesar de sus arrestos de cazadora y su amor por las ramas altas de los robles, era enteramente femenina, pero tan lunática que resultaba difícil contar con ella para nada. Nadie hubiera osado darle una responsabilidad. Todo se le olvidaba. No se acordaba de dónde

había dejado las cosas y ella misma decía que el lugar en que se sentía segura era en la copa de los robles, donde nadie le exigía más concentración que la necesaria para no caerse. Su refugio más seguro era la luna.

Para Rosario, vivir en Cauquenes o en la Alameda era algo insustancial; a ella le daba lo mismo con tal de estar cerca de Vicente. Si era en provincia, ella encantada, pero que no le pidieran hacer cosas que no había hecho jamás.

Se instalaron en una bonita casa a una cuadra del club, muy cerca del nuevo hospital, y Vicente supo de inmediato que sería necesario, por no decir indispensable, traerse una criada de Santiago. Rosario era incapaz de llevar una casa. No había cocinado en toda su vida. No sabía lavar, ni planchar, ni hacer las camas, y si alguna vez Vicente pensó en una vida modesta, con su mujer encargada de los quehaceres mientras él andaba por los campos visitando a los campesinos, su idea fue desechada la primera semana. Ni hablar de que Rosario fuera su enfermera. Esa ilusión se esfumó la primera vez que Rosario vio un poco de sangre y cayó desmayada al suelo.

Manuel propuso que Dorila se fuera a Cauquenes para ayudarlos. Ahora que en el palacio no vivían más que él y María, podían quedarse con una sola criada y contratar a alguna chica del sur para que ayudara con el aseo.

La vida de Vicente y Rosario en esa casa con largos corredores, piezas oscuras y frescas y un jardín donde Dorila plantó hortensias, azucenas y un ciruelo, era un pasar agradable y tranquilo, de pueblo chico. A poco andar Rosario se hizo amiga de la señora del alcalde, Marisol, una bella mujer, bastante mayor, que vestía faldas floreadas hasta el suelo y llevaba siempre una hortensia de seda roja en la oreja. Iban juntas a las tertulias de la hermana de Marisol, donde Rosario se quedaba dormida o dejaba vagar su pensamiento hasta que alguien le tocaba el codo para traerla de vuelta a la tierra.

Vicente pasaba el día visitando pacientes en el Ford que Manuel pudo internar a Chile como diplomático. Al poco tiempo el auto estaba hecho una cascarria con el barro y las piedras de los caminos rurales. Los niños salían corriendo de sus casas cuando sentían el

motor: “Ahí va el curandero de los pobres”, gritaban, agitando sus manos.

Dorila, feliz de no tener que preguntarle nada a la señora, se encargaba de todo. Rosario nunca supo qué había de comer ni cuánto costaban las verduras; nunca puso un pie en el mercado y los primeros meses de casada los dedicó a sentir los rumores del hijo que estaba esperando. Le hablaba despacio. Le cantaba. Salía a caminar por la plaza para que el niño empezara a hacerse amigo de los árboles desde antes de nacer. Todo lo poco práctica que fue Rosario en su vida lo compensó con un profundo sentido de la maternidad.

El día en que Felipe llegó al mundo, algo profundo en ella cambió. Su voladura se convirtió en un constante ajetreo, ocupada de las cosas de Felipe. Vicente estaba impresionado. Rosario podía olvidar hasta su nombre, pero no la hora en que a Felipe le tocaba tal gotita, tal vacuna o pesarse. Rosario no había lavado ni un pañuelo y ahora se pasaba lavando pañales. A medida que Felipe fue creciendo, ella misma se encargaba de sus comidas, de curarle las rodillas cuando se costaleaba, de vestirlo y desvestirlo, bañarlo y hacerlo dormir, no sin antes contarle el cuento de Rapunzel, que no tenía que leer, pues se lo sabía de memoria. Dorila podía hacer lo que se le antojara en la casa, en el patio y en la cocina, pero a su hijo lo cuidaba ella.

Unos días después del nacimiento de Felipe nació Alejandro Pinto, el nieto de la mujer del alcalde, y una semana más tarde, en Santiago, Gregoria del Campo daba a luz a Francisco, el único hijo que tuvo Pablo Zañartu.

Ese mes de julio los astros se ubicaron de manera tal que estos tres niños, dos de ellos primos hermanos y el tercero su amigo del alma, se educarían juntos en el Instituto Nacional y juntos enfrentarían un destino que jamás hubieran podido imaginar desde las infancias felices que tuvieron.

## La caída del Caballo

Todavía estaba oscuro cuando el presidente Ibáñez se levantó de la cama. Se arregló el bigotito que le gustaba mantener bien recortado, se puso su mejor uniforme, se engalanó con sus medallas y pidió que le llevaran el desayuno al escritorio. No quería perturbar a Graciela. Lo habían hablado la noche anterior y ella hizo vanos esfuerzos por convencerlo de que no renunciara. Pero el hombre se sentía abrumado. Los coletazos de la crisis mundial eran de tal envergadura que no parecía haber nada que su gobierno pudiera hacer para apaciguar los ánimos o dar con alguna solución significativa. El país estaba en bancarrota. Su nuevo ministro del Interior, el bueno de Juan Esteban Montero, había llegado demasiado tarde; no fue capaz de detener las huelgas ni dialogar con los universitarios, los gremios se estaban adueñando de las calles, menudeaban los atentados en contra de los carabineros, las cárceles se habían llenado de opositores y, aunque sabía que las Fuerzas Armadas y Carabineros se mantenían firmes junto a él, su lealtad resultaba inoperante frente a la masa civil determinada a sacarlo del gobierno. Dos días antes, el insolente diputado por La Serena Gabriel González Videla solicitó en el Congreso su renuncia al mando supremo de la nación, y cuando lo mandó tomar preso, su esposa, doña Miti, y su suegra no titubearon en dispararles a las fuerzas de orden. ¡Desde la ventana y con fusiles de potencia! ¡Dos señoras de buena educación! Nunca se había visto cosa igual. *Estoy jodido.* Empezó a dar vueltas por la pieza. Alto, el cuerpo recto y duro como piedra, el ceño fruncido. *A ver, qué alternativa tengo… Podría seguir encarcelando a quienes se oponen y darles su merecido a estos revoltosos que me están destrozando la ciudad a palos y pedradas. Pero no quiero extremar las cosas y dejar a mi país convertido en un río de sangre*. Se detuvo frente a la ventana y descorrió la pesada cortina. La mañana del 26 de julio de 1931 estaba amaneciendo clara y radiante. Envuelto en su ánimo oscuro, el militar luchaba por retener las lágrimas. Hizo un esfuerzo por controlarse. *Esta es la hora de la hombría, vamos a dejar los lloriqueos para después*.

Apuró el paso como si estuviese atrasado y fue a pararse frente al cuadro de Bernardo O'Higgins pintado por Gil de Castro. Se cuadró ante el libertador y haciendo el saludo militar le recitó sus logros. Uno a uno. La voz firme y acompasada. Ministerio de Agricultura, Fuerza Aérea, cuerpo de Carabineros, Contraloría General, Registro Electoral, Superintendencia de Seguros, Tesorería General de la

República, Sindicatura de Quiebras, Dirección de Pavimentación, Línea Aérea Nacional, Código del Trabajo, Instituto Bacteriológico, Superintendencia del Salitre y el Yodo, Caja de Crédito Minero, Caja de Colonización Agrícola, el camino pavimentado entre Santiago y Valparaíso, tranques, embalses, edificios fiscales.

—Y lo más importante, mi general, durante mi gobierno se ha solucionado el problema internacional de Tacna y Arica. —Respiró profundo—. La historia me juzgará por lo que he hecho y también por lo que he dejado de hacer, pero estas son mis obras y las deposito a sus pies. Usted sabrá apreciar mi labor.

El general O'Higgins, patillas largas, ojos entreabiertos, lo observaba con esa displicencia de los cuadros; *no es necesario dramatizar*, parecía decirle con la mirada, *la gigantesca obra que me está ofrendando es justamente lo que la patria esperaba de usted*.

Enseguida Ibáñez fue a sentarse a su escritorio. Tenía la renuncia encima de la mesa. Tomó la pluma y firmó.

—Nadie se acuerda del desorden que imperaba cuando asumí. Nadie reconoce que en ese momento se necesitaba una mano dura.

Horas después depositó su renuncia en las manos del presidente del Senado, su amigo Pedro Opazo Letelier, poniendo fin a un gobierno personalista y desorientado. Lo habían elegido presidente y gobernó como dictador, tal como había pronosticado Manuel Zañartu. Sin ninguna experiencia política, había desperdiciado la oportunidad de ser el primer presidente de Chile que gobernaría con una constitución presidencialista donde los ministros no dependían de los caprichos parlamentarios, sino de la confianza del mandatario.

Veintiún años más tarde el mismo pueblo que ahora lo echaba de La Moneda acudiría a él para elegirlo dictador, pero él, viejo y cansado, gobernaría como presidente, y mal.

## Matanza de carabineros

La noche que Ibáñez salió furtivamente de la casa de sus suegros y partió con su mujer rumbo a un exilio voluntario en Argentina, don Pancho y Zulema se hallaban en Santiago. Habían ido a ver a un médico. Los ochenta y cinco años de don Pancho estaban pasándole la cuenta.

—Oiga, Zulemita, déjeme decirle algo sobre este caballero. El ambiente que nos deja Carlos Ibáñez es muy sombrío, yo lo sé, pero el país era una pura pelotera cuando asumió; hay que reconocer que ha hecho mucho por la gente, este diario no deja de tener cierta razón.

—¡Qué le va a reconocer, Panchito, por el amor de Dios! Este hombre atropelló la constitución, se dedicó a cerrar diarios y encarcelar a los opositores, mandó al exilio a la mitad de su familia y usted haciendo reconocimientos.

—La mitad de mi familia es una banda de carajos que merece el exilio y mucho más —declaró don Pancho. Nunca les perdonó haberle vuelto la espalda en los tiempos de su quiebra.

—¿Y su amigo Alessandri? No me venga con que merecía esas vejaciones. Don Arturo quería hacer las cosas bien y no lo dejaron. ¿Y qué me dice de don Eliodoro Yáñez? Hasta le pegaron antes de fletarlo al exilio y le quitaron *La Nación.* ¡No, Panchito, no hay nada que reconocerle! Ese hombre no paró de reprimir.

Don Pancho echó su cuerpo hacia adelante y tomó a Zulema de las manos.

—Si me escuchara Recabarren, se daría vuelta y media en su tumba, pero ¿usted cree que la tremenda obra de Ibáñez, que ha hecho avanzar al país por el progreso, como nadie, habría sido posible si no les hubiera apretado las clavijas a los políticos, a la prensa, a los opositores y a la propia constitución? A veces hay que cortar las flores para mantener el parque ordenado.

—Yo me quedo con lo que dice Ricardito: podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera.

Don Pancho se rio de buenas ganas.

—Menos mal que ni usted ni Ricardo son presidentes de este país, Zulemita.



Manuel Zañartu iba de vuelta del ministerio a su casa cuando una bala pasó tan cerca de su cabeza que unos milímetros más y lo mata. Apuró el paso. *Esto es una verdadera locura*. Llegando al palacio se encerraría en su escritorio para escribirle a Arturo Alessandri y darle todos los detalles de lo que estaba ocurriendo en Santiago. Arturo tenía que volver cuanto antes a Chile.

Asomado a una ventana, Joaquín observaba el descalabro. Los manifestantes se habían vuelto locos. Gritos, palos y pedradas.

“¡Se acabó la dictadura! ¡Mueran los carabineros!”. Una bandada de tordos echó a volar para hacerle el quite a los peñascos. Junto a la pasión asomaba el odio y la gente corría a guarecerse. Turbas enardecidas perseguían a los carabineros para asesinarlos a balas y cuchillazos. Se estaba produciendo una verdadera cacería de uniformados; decenas habían muerto por la furia desatada de quienes los culpaban de los actos del gobierno caído.

—Hijita, ven a ver esto. Es muy preocupante lo que está ocurriendo. No vayamos a entrar en una nueva revolución. ¡Mira, Inés! Ahí viene un escuadrón de milicianos armado hasta los dientes.

Inés se acercó a la ventana.

—Roberto Barceló estará entre ellos. Tan ridículo, con ese overol azul y la gorrita de vendedor de pequenes; ¿no ves que los pocos pesos que le paso a Rebeca ella se los entrega y el bruto se los gasta en armas y uniformes para las famosas milicias que han formado?

—¿Has visto a Rebeca? —preguntó Joaquín, apartándose de la ventana.

—Prefiero ni contarte. La vi mal, ajada y triste. ¡Por Dios, Joaquín! Rebeca está tan infeliz, no vaya a morirse de pena. Roberto anda con otras mujeres; apenas llega a la casa, a los niños ni los mira, y otra vez se ha quedado sin trabajo.

—Ella se lo buscó, que ella se las arregle con su karma.

Dos cuadras más arriba, desde otra ventana, Salvador Allende y Marmaduke Grove observaban el paso de los milicianos.

—Estos pijes andan con la cantinela de que las milicias son portalianas. ¡Qué van a ser portalianas! Son fascistas, como los "camisas negras" de Mussolini.

—Ya lo has visto con tus propios ojos, Salvador, y por esto justamente he venido a buscarte. Con Óscar Schnake estamos organizando las milicias socialistas para tener nuestra propia fuerza contra los fascistas. ¿Te apuntas? Como vicepresidente de la federación puedes ser de gran ayuda, hay que movilizar a los estudiantes.

—¡Claro que me apunto! No necesito ser vicepresidente de la federación; lo haría aunque no lo fuera.

—Tenemos una reunión dentro de una hora.

—Paso a buscar a una amiga que está esperándome en la Alameda y nos vamos adonde tú me digas —dijo Salvador, entusiasmado—. Es una mujer estupenda y revolucionaria; anda con la cartera llena de panfletos y volantes. Es amiga de mi hermana Laurita y yo la he nombrado mi secretaria personal.

En ese momento le faltaba un año para recibirse de médico. Había ingresado a la masonería siguiendo los pasos de su padre y de su abuelo. Era campeón nacional de natación y decatlón y practicaba equitación y tiro al blanco. Le gustaba leer, jugar ajedrez y las mujeres. No era lo que se dice un hombre guapo, pero tenía ángel y una fuerza interior que cautivaba. Sus amigos lo apodaban "Lenin con tongo", porque era el leninista más elegante que habían visto en sus barrios, vestía trajes de casimires ingleses y sombreros caros. Ya se adivinaba lo que sería la vida de este estudiante bien

entallado, de nervios duros y estampa de gallito de pelea: su amor por las mujeres, las conversaciones de sobremesa, una constante actividad, las pocas horas de sueño, la devoción por su madre y sus hermanas, su firmeza y coherencia, su lucha por los derechos de los trabajadores y la juguetona frivolidad que también formaría parte de su agitada existencia.

## En la claridad de la noche

Don Pancho se acomodó en los almohadones. Por fin podía relajarse. El día anterior habían recibido una visita que lo dejó agotado y tenso: José del Carmen Reyes con su hijo. El poeta estaba de paso en Santiago y había traído a su mujer. Primera sorpresa; ni él ni Zulema sabían que se hubiera casado y, lo que resultaba más insólito, tampoco lo sabía su padre. La molestia de José del Carmen era notoria.

Pablo Neruda. A don Pancho no le gustaba el nombre, prefería el del niño que había conocido a los dos años. Y menos le gustaba ese nombre a José del Carmen, quien por fin se había rendido ante la evidencia de que su hijo era poeta y no abogado, como él quería. Para José del Carmen, este hijo escribiendo poesías, llevando la gran vida en embajadas y consulados había sido una decepción. Y no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. Lejos estaban aquellos tiempos de la niñez de Ricardo, cuando el padre se moría de ternura por su niño y lo montaba en sus rodillas para jugar al caballito. La fama de su hijo le producía cierto furor. No entendía su escritura ni su estilo de vida. Él había soñado con un hijo abogado de gobierno, y le había salido este mamarracho, trasnochador y fiestero, vestido de poeta europeo.

Le gustara o no a su padre, Neruda ya era un personaje que iba camino de la fama. Había publicado libros que merecieron premios, dirigido la revista *Caballo de Bastos* y entrado al cuerpo diplomático. Comenzó su carrera como cónsul en Rangún, un lugar que ni él mismo sabía dónde quedaba. Manuel Zañartu, quien navegaba en las aguas del gobierno de Ibáñez trabajando en la cuestión limítrofe,

lo recibió en el ministerio, hasta donde llegó pidiendo ayuda. Quería que lo mandaran al extranjero.

—¿Y adónde le gustaría ir? —le preguntó Manuel.

—A Rangún.

Cuando le dieron el puesto y volvió a su pensión, tuvo que mirar en el mapa para saber dónde diablos lo iban a mandar. El poeta daba saltos de alegría. ¡Me han nombrado cónsul en el fabuloso Oriente y el lugar al cual voy destinado se encuentra en un agujero del mapa!

Ahora venía de Singapur. Estaba de visita en Chile y su próxima misión diplomática sería en Buenos Aires.

Don Pancho y Zulema recién habían terminado de comerse una cazuela. No los esperaban. A Zulema hubo que sostenerla, pues cada vez que veía a su poeta le flaqueaban las piernas.

—Abraza a este hombre casado con una bella mujer —le dijo Pablo de entrada—; se llama María Antonieta, es holandesa y debo decirte que reúne todas las perfecciones. Nos casamos en Batavia, una tierra lejana de árboles poderosos con infinidad de pájaros, ardillas volando de una rama a la otra y cigarras chirriando como en la selva —añadió con su voz de poeta que años más tarde conocerían en Chile hasta las piedras.

Zulema no cabía en sí del asombro.

—¿Se casó? ¿Y dónde está la señora?

—La dejó en Santiago. Eso le da libertad para hacer lo que se le antoja y lo que se le antoja está harto más cerca de andar de farra con los amigos que de cuidar a su mujer encinta —contestó por él José del Carmen, dando la primera nota de lo que sería aquella reunión.

Neruda continuó hablando sin tomarlo en cuenta.

—Déjame describírtela. Tiene un poco de sangre malaya y eso fue lo que más me gustó. Es suave. Eso también fue lo que más me gustó.

—¿Es poeta? —lo interrumpió don Pancho.

—Es dueña de casa y parece que sabe coser. Es lo poco y nada que sabemos de ella y para más remate es extranjera, no habla una sola palabra de castellano y mira a la gente como un animal extraviado —volvió a contestar José del Carmen.

—Es totalmente extraña al mundo de las artes y de las letras —repuso Neruda con el ceño fruncido—. ¿Quieres que te la describa? Es un poco más alta que yo, rubia y de ojos azules.

—¿Es una persona de fortuna? —preguntó don Pancho.

—Su familia fue rica alguna vez, pero lo perdieron todo. Ella no tiene fortuna personal. Su padre tomó pésimas decisiones comerciales, acabó en la ruina. Somos pobres, pero inmensamente felices. Y Maruca está muy orgullosa de ser la esposa de un cónsul.

Zulema lo escuchaba embelesada.

—¿Y cómo es que no la trajo? —preguntó.

—La pobre mujer no conoce a un alma en Santiago, no habla la lengua y este hombre es un bohemio y un mujeriego. No la trajo porque acostumbra a dejarla sola —dijo José del Carmen.

—Se ha quedado en Santiago por su propia voluntad; no se ha sentido bien, hace dos meses que está esperando un niño —replicó Neruda, como si no hubiese escuchado las palabras de su padre.

Don Pancho se preguntaba por qué habrían venido juntos. Era obvio que el padre estaba molesto con él, no aprobaba su manera de vivir ni a la mujer que había escogido y se veía a las claras que la sorpresa de este matrimonio le había caído pésimo.

—¡Qué alegría! —gritó Zulema, y en su fuero interno se vio tejiendo botines para esa “nieta” que no llegó a conocer. Malva Marina nació con una hidrocefalia que la mantuvo nueve años sumida en un sueño denso y confuso. Nunca pudo hablar. Neruda se refirió a ella en un par de poemas dolorosos y en una carta que le escribió a su amiga Sara Tornú. *Mi hija, o lo que yo denomino así, es un ser perfectamente ridículo, una especie de punto y coma, una vampiresa de*

*tres kilos.*

La enfermedad sin remedio y la aparición de Delia del Carril acabaron por destrozar el matrimonio. Neruda abandonó a Maruca y a su hija para irse con “la hormiguita”, la pintora chileno-argentina con quien se casó. Pero Zulema no llegó a enterarse de los detalles de esta historia.

Ahora lo miró arrobada.

—Ni que hubiera adivinado que iba a venir. ¿Sabe qué le tengo guardado? Seis huevitos de perdiz y un escarabajo.

Don Pancho se rio.

—El escarabajo es gigantesco y me alegro de que hayas venido para que te lo lleves de una vez. Ese bicho me pone los pelos de punta.

—¿Una madre de la culebra? —preguntó Pablo alzando las cejas.

—¡Así de grande! —dijo don Pancho—. Negro y bruñido; Zulema lo encontró en un maqui y lo tiene en un frasco de vidrio.

—Le abro la tapa todos los días y el echo comidita para que respire y no se nos muera —dijo Zulema, orgullosa de la hazaña—. ¿Quiere servirse un plato de cazuela, Ricardito?

—Lo que quiero es ver ese tesoro y después quiero que cuenten cosas de este país que se ha vuelto loco.

Estuvieron hablando cerca de cuatro horas.

Don Pancho salió hasta el camino para despedirlos, y al entrar en la casa de vuelta no quiso trancar la puerta. Tampoco cerró la ventana del comedor que había quedado abierta. Tal vez presentía que su alma volaría esa noche para no volver.

Zulema dormía a su lado con esa placidez que a él le gustaba tanto. Se sentía tranquilo con cualquier cosa que le deparase el destino. Había tenido una larga conversación con Ruperto Moraga, el ahijado de Zulema, y este le había asegurado que la cuidaría. Se había instalado con su mujer, Celinda Meza, en una casa grande en

San Bernardo donde había dispuesto dos piezas para acoger a Zulema en caso de que él ya no estuviera.

Le acarició la frente y se quedó observándola unos momentos. La mejor decisión de su vida había sido emparejarse con ella. La luz blanca de la luna entraba por la ventana entreabierta. Era una noche tranquila. Desde el estanque llegaba el croar de una rana. Don Pancho espantó un zancudo y se dejó llevar por sus pensamientos. Por su mente desfiló cuanta cosa había ocurrido en Chile en el último tiempo. *Este es un país completamente desquiciado,* se dijo. Tal como Neruda, tenía buenas razones para pensar que su país había enloquecido, al menos desde el punto de vista político. ¡Por Dios que andaban mal las cosas! Le impresionó ver en Santiago las ollas comunes y las colas de mujeres hambrientas bajo la lluvia, con sus cazos y una cuchara esperando las papas con chuchoca.

A la caída de Ibáñez se eligió a uno que siempre le había hecho el quite al poder, su amigo Juan Esteban Montero, el menos apropiado para gobernar en ese momento de vulnerabilidad política y graves problemas económicos.

Don Pancho sentía respeto por este hombre calmado, de temperamento conciliador, enemigo de todo bombo y de la política de aventuras. "Lo último que querría en mi vida es ser presidente", le dijo un día en que estuvieron conversando en la estación de Curicó. ¡Para qué diablos fue a dejar su cátedra! Mire que aceptar ser presidente, cuando él nunca había participado en una elección y, aunque fuera militante del Partido Radical, no tenía nada que ver con el mundo político. Debió haberse quedado entre sus libros, su estudio jurídico con sus recopilaciones históricas y sus códigos.

Cuando lo eligieron presidente, su primera frase fue "me someto" y asombró a todos menos a don Pancho, que lo conocía bien. Don Pancho aprovechó un viaje a Santiago para pasar por La Moneda y felicitarlo. No llevaba ni un mes en el cargo y ya parecía agobiado.

—Haré lo imposible por cargar esta cruz de manera honorable, pero créeme, Pancho, que estaría mucho más contento en el silencio de mi biblioteca.

Las conspiraciones, la anarquía, la grave crisis económica mundial,

el desprecio por la ley y el orden, las ambiciones de los caudillos políticos y el desequilibrio sobrepasaron a Montero. Se sentía abrumado con el desborde de publicaciones, caricaturas e insultos provenientes de diarios y revistas. Una guerra de palabras soeces y duras. Nunca se había visto tanta demagogia, agravios y descontento. Don Pancho recordaba esos momentos como los peores en la vida política del país. No le extrañó nada que Montero durara unos cuantos meses antes de sucumbir bajo la inestabilidad política y los ramalazos de la crisis. “A este hombre le falta ambición, Zulemita, tiene un corazón de patriota, pero le falta muñeca. Mo conoce las artimañas de la política y este es un pueblo veleidoso; basta que un presidente sea honrado, calladito y buena persona para que lo desprecien. A la gente le gusta un patrón que mande fuerte y golpee la mesa”.

En medio del caos vino una junta presidida por Marmaduke Grove, que fue derrocado por el radical Carlos Dávila. Carlos Dávila cerró el Congreso, sacó a los militares a la calle, declaró el estado de sitio e introdujo la censura de prensa. Era el comienzo de la “República Socialista”. ¿Una república socialista? ¿En Chile? Don Pancho no podía creerlo. Pero el experimento no alcanzó a instalarse. A los doce días Dávila fue derrocado por el general Bartolomé Blanche, quien a su vez renunció a las dos semanas, y cuando los motines, sediciones y cuartelazos amenazaban con destruir lo poco que quedaba en pie, el presidente de la Corte Suprema llamó a las elecciones, que se celebrarían el día siguiente.

*Solo Dios sabe qué va a pasar en esta elección*, pensó don Pancho en medio del silencio de su cuarto. La respiración de Zulema era suave y acompasada. En todo caso, él estaba confiado. Que Arturo Alessandri hubiese vuelto al país y fuese uno de los candidatos le parecía la mejor solución. Si el León no enderezaba las cosas, nadie lo haría. Alessandri suscitaba todo tipo de controversias, lo acusaban de haber maniobrado la caída de Montero y aún no se apaciguaban del todo los odios y pasiones que despertó en la campaña del año 20. Pero su candidatura sería la única capaz de sacarlos de la seguidilla de cuartelazos y motines que habían sacudido al país desde 1924.

A las dos de la madrugada don Pancho se quedó dormido. A las dos

y media cruzó la frontera sin que él ni Zulema se dieran cuenta y a esa misma hora, un queltehue alzó el vuelo y se acercó a la casa.

Un niño que vivía en el fundo de al lado estaba desvelado mirando por la ventana y a la mañana siguiente le dijo a su madre que había visto un pájaro grande volando detrás de una luz.

## Crimen y castigo

Las cosas nunca fueron fáciles para el León. Si en 1920 recibió un país convulsionado por la seguidilla de gobiernos ineptos, incapaces de ponerle freno a un Congreso corrupto, la represión de la administración de Sanfuentes y las desigualdades sociales y económicas, ahora recibía un país nuevamente aturdido por los penosos ensayos políticos. La cosa es que en diciembre de 1932, cuando Arturo Alessandri volvió a La Moneda, Chile era un embrollo.

—Vas a tener que andar con mucho tiento, Arturo. Este país lleva demasiado rato dando tumbos y se necesita tino para convencer a la gente de que no vienes a dividirnos aún más, sino a unir —lo aconsejaba Manuel.

“Alessandri despierta simpatías irreductibles, pero también odios implacables”, decía Inés en un artículo. Lo cierto es que el León que llegaba de vuelta había perdido la mitad de su melena y su fuerza, no era ni pariente del populista romántico y enérgico de 1915 en Tarapacá. Se había convertido en un hombre desconfiado, inseguro, con un dejo de amargura en la voz, renuente a creerle a nadie que no fuera Manuel Zañartu o algún miembro de su familia. Solía pasearse solo, acompañado de Ulk, un gran danés que pasaría a la historia en cada retrato que se le hizo en los años de la segunda presidencia. Reconocía su propia incapacidad para gobernar al país ocho años antes. Había visto el derrumbe de sus sueños, los diecisiete cambios de gabinete que hubo en los tres años y nueve meses que estuvo en La Moneda y se declaraba responsable de no haber cumplido con el programa de su primer gobierno.

—Hay una sola cosa que tengo clara —le dijo a Manuel cuando asumió la presidencia esta segunda vez—. Lo que se necesita ahora es un gobierno fuerte que asegure la estabilidad política.

—A ti nunca te ha temblado la mano, Arturo.

—Lo primero que haré es pedir al Congreso que me otorgue facultades extraordinarias.

—Te acusarán de dictador.

—Que me acusen de lo que tengan ganas; el pueblo me ha dado un mandato y pienso hacerme cargo. Los socialistas, los comunistas y esos dirigentes de la FOCH se van a encontrar conmigo, esta vez los intentos golpistas chocarán con un muro que antes no existía. Si mi triunfo no sirve para estabilizar al país, aunque sea con mano de piedra, no sirve para nada.

—Mi modesta opinión es que no van a ser ni los comunistas ni los socialistas tu mayor problema, Arturo.

—¿Y quiénes si no?

—El nazismo está entrando con fuerza en un sector de la Iglesia católica y en la derecha más anquilosada. Yo pondría mucha atención a lo que está pasando en las universidades.

Arturo observó a su amigo. Manuel estaba en lo cierto. El nazismo era una fuerza antidemocrática, el Partido Conservador se dejaba manejar por *El Diario Ilustrado* y este había llegado al extremo de negarse a publicar la *Encíclica Cuadragésimo Anno* de Pío XI por considerarla izquierdista y demagógica.

—Tienes mucha razón, Manuel, es preciso estar alerta con el nazismo.

—Lo más lamentable es que el Partido Conservador se haya puesto tan intransigente —dijo Manuel pensando en su hijo Pablo—. No podrás contar con ellos para nada.

—¿Es cierto que Pablo metió sus manos en la censura de *El Diario Ilustrado* a la encíclica de Pío XI?

—Lamentablemente, sí. Desde que está de abogado del diario, Pablo no ha hecho más que animarlos a tomar medidas que me llegan a dar vergüenza.

—¿De dónde salió tan conservador este hijo tuyo?

—Será de María. María no es de las más liberales —dijo Manuel, y enseguida cambió de tema—. Inés me escribió desde Francia. Está por volver.

—Me alegro de que vuelva —dijo Alessandri como desganado. Su antiguo romance con Inés había pasado a la historia.

Manuel lo miró buscando alguna seña en sus ojos. ¿Sería cierto el rumor que se corría en el Club de la Unión? Le habían contado que Alessandri estaba involucrado con la "negra linda", Ester Soré; alguien los había visto entrando a una *garzonier.* Pero los ojos pardos del presidente denotaban más preocupación que enamoramiento. *Ya está viejo para líos de falda*, se dijo Manuel, dejando ese pensamiento de lado.



El día del segundo triunfo de Alessandri, Inés se encontraba en París. Volvió a Chile a comienzos de febrero de 1933. No quiso llegar directo a Ocoa, pues en Santiago se requería su presencia.

—Lo primero que debo hacer es ir a La Moneda para abrazar a Arturo y luego me haré cargo del drama de Rebeca —le dijo a su marido.

Joaquín no contestó. Se sentía viejo, enfermo, y el tema de las desgracias de su hija Rebeca le producía una fuerte desazón.

El "drama de Rebeca" era más de lo mismo. Roberto era rabioso y violento. Inés estaba al tanto de todo. De su vida desordenada, de las penurias económicas, de la forma como trataba a su hija. "¡Puta de mierda!", le había gritado en una ocasión, antes de echarla de su propia casa. No tenía un trabajo fijo. Rebeca había descubierto que andaba con otra mujer. Las peleas eran cada vez más frecuentes y

duras. Y, si no fuera por los ochocientos pesos que Inés le pasaba, no tendrían con qué comer.

—Joaquín, este empeño tuyo de no darle nada a tu hija está llegando demasiado lejos. Estás extremando las cosas. Rebeca no tiene ropa ni zapatos decentes, su pobreza es franciscana, está muy mal de salud, destruida, agotada.

—Y tú, ¿cómo lo sabes, si acabas de llegar de Europa y no la has visto?

—Luz e Iris me lo han contado. Ellas fueron a celebrarla para el día de su cumpleaños, les llevaron ostras y una torta. Se sentaron todos a comer, y en un momento Roberto lanzó un vaso de vino blanco a la cara de su mujer. "¡No sabes ni servir el vino!", dicen que le gritaba, y nuestra pobre hija llorando.

—Inés, no quiero volver sobre este asunto. ¿Qué quieres que haga? ¡Que se separe! Que se vaya de esa casa y se venga a vivir con nosotros, nosotros nos haremos cargo de ella y de sus niños.

—Está bien. Mañana iré a Viña del Mar para hablar con ella. Se lo voy a proponer, a ver qué me dice; le diré que tú le abres los brazos y que se venga a esta casa con los dos niños. Este hombre va a terminar con ella, Joaquín. La tiene en los huesos. ¡Es un desgraciado! ¡Un animal! ¡Joaquín, por Dios, qué hemos hecho para que el cielo nos castigue de esta forma!

—No te sulfures, te lo pido por favor; estoy débil y no me siento capaz de contenerte.



—Hijita —dijo Inés abrazándola por la espalda—. Solo te pido que no olvides que tienes a tus padres y una casa donde serás bien recibida con tus dos hijos. Vente a vivir con nosotros. Es lo que quiere tu papá.

Rebeca se echó a llorar en los brazos de su madre.

—Gracias, mamá.

—No eches en saco roto lo que estamos ofreciéndote, hijita. ¿Pensabas que ya no contabas con nuestro cariño?

—Creí que por mi matrimonio con Roberto ya no tenía ese derecho.

Cuando se produjo esta conversación los dos niños estaban enfermos de tuberculosis; la niña estaba viviendo en casa de una hermana de Roberto y el niño, con Rebeca en Viña del Mar.

Inés volvió a Santiago.

—La pobre parece una sirvientita, Joaquín. Ahí la dejé, sola en esa pensión de la avenida Libertad, cuidando al niño, mientras el ocioso de su marido estará en las carreras gastándose los pocos pesos que le paso a mi hija.

—¿Cuándo vuelve a Santiago?

—En cuanto Roberto y Rebequita estén recuperados.

Esto ocurría a finales de marzo. Pasó abril y Rebeca no llegó a Santiago hasta finales de ese mes. Los dos niños habían sanado de sus dolencias. En su diario dejaría constancia de su intención de ir a ver a su padre para darle una noticia que estaba segura de que lo haría feliz: pensaba separarse de Roberto y llevarse a los dos niños a vivir con sus abuelos.

Pero la próxima vez que lo vio, Joaquín estaba agonizando.



Joaquín dejó de respirar el 13 de mayo a las dos y media de la madrugada. Rebeca llegó a la casa de sus padres a las doce de la noche después del jadeante llamado de Inés.

—¡Tu padre se nos va! ¡Vente de inmediato!

Encontró a Inés postrada junto a la cama de su marido, quien se

estaba yendo bañado en sudor, mudo con tal de evitarle a Inés el dolor de su propio sufrimiento, que solo delataban las dolorosas contracciones de su cuerpo.

Roberto apareció por la casa a media mañana. Rebeca lo había llamado por teléfono para comunicarle la muerte de su padre.

*Mi yerno entró en la estancia mortuoria y yo, con infinita repugnancia, pero con ese perdón aturdido que trae la muerte, recibí el abrazo del monstruo*, escribiría Inés.

Roberto se ofreció para ayudarla con los papeles de la herencia.

—Doña Inés, quiero decirle que acepto complacido que los negocios de la familia sigan en comunidad y apoyo todo lo que se decida en el juicio de partición.

—Mire, caballero, entienda de una vez, usted no va a meter ni una mano, ni un dedo, ni una uña en los dineros de esta familia. Le recuerdo que usted y Rebeca están casados con separación de bienes. La muerte de Joaquín no le abrirá ningún crédito.

—Doña Inés, yo…

—¡Usted nada! Mi esposo tenía poder de Rebeca para administrar la herencia de la mamita Loló y ahora soy yo quien tiene poder de Rebeca para administrar la herencia de su padre.

Roberto se dio media vuelta y abandonó la casa de su suegra dando un portazo que hizo estremecer las viejas paredes.



El viernes 30 de junio, a las once de la noche, Inés estaba en su casa terminando de comer. Su hija Luz se encontraba con ella. De pronto llegó el marido de Luz y dijo algo al oído de su mujer. Luz palideció.

—¿Qué pasa? —preguntó Inés.

—Rebeca está enferma —contestó Luz, levantándose de la silla.

—¿Adónde vas?

—Iris viene en camino.

—¿Qué diablos pasa?

Al rato apareció Iris con su marido.

—Mamacita, hemos venido a buscarla. Nos vamos a la casa de Rebeca —anunció Iris, entregándole a Inés su abrigo y su paraguas, que había recogido al pasar por el *hall* de entrada.

Inés sintió que le flaqueaban las piernas y se dejó llevar por sus hijas. Se pusieron en camino. Inés iba sentada en la parte trasera del auto con la mente nublada. Estaba al borde de un abismo, no se atrevía a pensar. Algo atroz estaba pasando y nadie quería decírselo.

Entró en la casa de Rebeca como en estado de trance. El *hall* estaba lleno de figuras que le parecieron borrosas. Parientes y amigos de Roberto. Y Nicolasa apoyada en su padre, los ojos hinchados, trémula y anhelante, parada en un rincón. Inés siguió de largo en busca de su hija. Se dirigió a la escalera y subió hasta el dormitorio de Rebeca y Roberto. En la puerta se topó con María Barceló, una de las hermanas de Roberto.

—¡Dónde está mi hija!

María señaló la escalera.

Inés bajó tan temblorosa como había subido y avanzó por el *hall* hacia el living.

En el suelo, junto al umbral de la puerta que conectaba el *hall* con el living, vio el bulto blanco. Se abalanzó como una fiera y tiró de la sábana para descubrir a su criatura, las mandíbulas caídas, las pupilas fijas y espantosamente dilatadas.

—¡Cómo se ha producido este horror!

—Una desgracia terrible —dijo Manuel Zañartu, adelantándose a los demás.

—¿Qué desgracia?

—A Roberto se le escapó un proyectil.

Entonces Inés, poseída de una fuerza animal, se levantó del suelo para enfrentar a los parientes que la miraban compungidos sin saber qué hacer.

Sus gritos rasgaron el ambiente como rayos.

—¡La mató! ¡Dónde está el malvado! ¿Dónde está el asesino? ¡Y ustedes, hipócritas y cobardes! ¡Déjenme pasar!

Mientras las hijas de Inés, hincadas junto a su hermana muerta, le sostenían la mandíbula y le cerraban los ojos entre torrentes de lágrimas, la madre chillaba, vuelta loca de angustia.

—¡Hay que evidenciar este crimen inmediatamente, pedir justicia, castigo para este cobarde y alevoso asesinato! ¡No voy a descansar hasta ver a Roberto Barceló fusilado!



En los tres años que duró el proceso, Inés no vivió sino para escribir artículos y hasta un libro en contra de su yerno. Dejó las tertulias, conferencias y salones literarios para lanzarse a investigar los detalles de la pelea en el momento del crimen: ¿cómo se disparó esa bala? Roberto le dio un abrazo con una pistola en la mano; ¿qué hacía esa pistola en una casa con dos niños chicos?, ¿cómo fue posible que esta pelea ocurriera frente a los ojos de Robertito?, y ¿por qué las empleadas lo defendían contra toda evidencia?

Inés llegó con su presión hasta el propio despacho de su amigo, el presidente Alessandri. Exigía el fusilamiento de Roberto Barceló.

—Yo solo pido justicia, presidente. En nombre de nuestra amistad de toda la vida, usted no puede fallarme en algo tan grave. Roberto Barceló debe pagar por este crimen.

Arturo Alessandri no se decidía. Estaba presionado por todas partes. Manuel Zañartu le había ofrecido una larga explicación de por qué

no podía hacer fusilar a Barceló sin pruebas concluyentes de premeditación, y no había pruebas concluyentes. Pero a fines de 1936 la prensa se llenó de artículos y crónicas, trozos de los diarios de Rebeca, testimonios. Todos parecían haberse coludido para pedir la misma pena, y la gran paradoja es que el padre de Barceló, José María Barceló, había sido quien instauró el fusilamiento en el Código Civil en 1874.

En un último intento por convencer al presidente, Inés irrumpió una vez más en su despacho en La Moneda. Llevaba un arma en el bolso.

—Si estoy frente a un cobarde, no dudaré un instante en matarlo y la historia lo recordará como un hombre débil que fue ultimado por una mujer.

Alessandri dudaba. No había ninguna evidencia de que fuera un crimen premeditado. Bien podía ser que, en el fragor de la disputa con su mujer, a Roberto se le hubiera escapado un tiro, como creía Manuel. Pero la ley estipulaba un plazo. El presidente tenía la última palabra. Lo indultaba o lo hacía fusilar.

Llegó el 25 de noviembre de 1936, día en que se cumplía el plazo y Arturo Alessandri negó el indulto.

Sus propios partidarios dijeron que estaba cometiendo una barbaridad. Dos semanas antes había muerto Rosa Ester, dejando al presidente abatido.

—Negar el indulto ha sido obra de un hombre deprimido. Arturo no está pensando bien —le comentó Manuel a María.

—Arturo nunca ha pensado bien —murmuró María—, pero en este caso yo estoy de parte de Inés; es su hija a quien mataron.

Se fijó la fecha de ejecución para el 30 de ese mes, cinco días más tarde.

Roberto pasó los últimos días de su vida en una celda, acompañado de su amigo Maximiliano Barceló y del padre Alberto Hurtado, escribiendo una carta que debía ser entregada a su hijo cuando este

cumpliera veintiún años. Sabía que su suegra le había cambiado el nombre al niño; ahora lo llamaban Joaquín Larraín, el nombre de su abuelo materno y el apellido de su madre.

La mañana del 30 de noviembre estaba aclarando cuando Inés salió de su casa con su nieto de la mano y fue a sentarse al último banco de la iglesia de la Divina Providencia. Allí esperó la hora fatal para su yerno.

—Debes pedir por el alma de tu padre, que hoy será fusilado por haber asesinado a la dulce criatura que fue tu madre —le dijo al niño.

A las 6:56 Roberto Barceló enfrentó al pelotón.

—Juro por Dios que soy inocente —se escuchó su voz clara.

A las 6:58 el pelotón disparó y el cuerpo de Roberto cayó hacia adelante. El padre Hurtado se encontraba tres metros más atrás. Alzó una pequeña cruz de palo y se persignó. *Fiat voluntas tua… hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

En la iglesia, Inés tomó a su nieto de la mano y regresaron caminando por la calle Providencia. El niño iba mudo. Inés, vacía por dentro.

Publicó otros cuatro libros, pero rara vez asistía a conferencias o a tertulias literarias. Con el tiempo fue achicándose. De vez en cuando hacía espiritismo con sus amigas Morla e invocaba a Joaquín para que se la llevara. El párkinson se apoderó de su voz, su equilibrio, su intelecto brillante. Se convirtió en una sombra de lo que había sido y fue extinguiéndose como una vela hasta que la muerte se apiadó de ella quince años después.

## El León se fue quedando solo

Poco tardó la gente en darse cuenta de que este Alessandri era otra clase de gobernante. Del León de antaño no quedaba nada. Desde que entró a “la casa donde tanto se sufre” aplicó esa mano fuerte a la cual se refirió hablando con Manuel. Su propósito era la restauración política, social y moral del país; y su temor, parecer debilitado. Entonces acuñó una frase que nadie creyó cierta: “Soy el mismo del año 20”.

—Está muy lejos de ser el mismo del año 20 —comentó Manuel observando a María. María estaba sumida en el diario. Leía *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado* todos los días, independiente de si hubiera amanecido de buen o mal ánimo. Los avatares políticos del país y del mundo nunca dejaron de interesarle. Una de las cosas que más la irritaba era despertar por la mañana y que los periódicos no estuvieran en su mesilla. La criada sabía que la primera tarea del día era entrar en puntillas a la pieza de la señora y dejar los diarios encima del velador.

Las veces que hablaba con Manuel era para comentar la última noticia. En una que otra oportunidad discutían algún problema doméstico: si hacer tapizar un sillón, si pintar uno de los salones cuyas paredes empezaban a descascararse.

Un día Manuel se atrevió a ponerle el tema prohibido, el del muro que había entre ellos dos. Era una gloriosa mañana de sol. La noche anterior había llovido y Santiago amaneció con los cielos despejados y el aire impregnado de los olores de la primavera. María se había levantado hacia las diez de la mañana para llevar a su nieta Juana a comprar una muñeca. La niña había logrado animar a su abuela y María se levantaba más temprano para salir de compras con ella. Se había encariñado con Juana desde el momento en que la vio escondida entre los pliegues del chal rosado. No se lo comentó a nadie, pero se las ingenió para que Nicolasa la llevara seguido al palacio y, a medida que Juana fue creciendo, esta mujer, que no se conectó nunca con ninguno de sus hijos, acabó por reemplazar esos tres amores perdidos por el amor de su nieta.

Al verla vestida a esa hora, Manuel la invitó a tomar el desayuno en el comedor, y, una vez que la criada hubo retirado la bandeja y quedaron solos, la miró a los ojos.

—Convivimos como dos extraños, hace siglos que no nos comunicamos como marido y mujer. ¿No crees que ha llegado el momento de intentar una convivencia más cálida, ver la posibilidad de volver al mundo del afecto?

Ella le devolvió la mirada con tal intensidad que Manuel se sintió incómodo.

—María…

—Tú me traicionaste de la peor manera; traicionaste el recuerdo de tu madre, traicionaste a tu Iglesia, traicionaste todos tus principios y durante muchos años pensé que nunca podría perdonarte. He estado hablando con el padre Antonio y, si Dios te ha perdonado, bien puedo hacerlo yo. Es lo único que soy capaz de decirte en este momento, pero no me presiones.

Manuel sintió que María estaba poniendo a prueba las cuerdas de su alma; las sintió tensadas como las de un violín y temió que se cortaran. Levantó la cabeza y la vio como una estatua de la justicia, con una venda en los ojos, altanera, inalcanzable, la cabeza tocando el cielo y él abajo, todo flaco y enjuto, como un pájaro herido en el ala.

Agachó la cabeza y los dos desayunaron en silencio.

Aquella fue la única vez que hablaron de algo distinto de las noticias del momento, sin embargo, a partir de esa mañana su relación sufrió un cambio. Todo se volvió más amable. Continuaron durmiendo en distintos pisos del palacio, pero había mayor calidez; María no decía cosas pesadas y dejó de criticar a Manuel. La herida abierta parecía estar dando paso a una cicatriz.



Mucha agua había pasado bajo los puentes en los últimos dos lustros. La influencia política de la oligarquía había sufrido un serio quebranto y la intervención del capitalismo norteamericano era tan considerable que gravitaba de manera decisiva en la economía chilena. Las consignas del año 20 se apolillaban en un cajón del

desván. El Alessandri revolucionario de entonces y anarquista de unos años más tarde había cambiado desde el punto de vista político y psicológico. El contumaz demoledor del pasado quería convertirse en el restaurador de las leyes, el orden y la normalidad jurídica, pero lo haría apoyado por la misma clase que en sus tiempos jóvenes había denostado. A la hora de formar su gabinete y escoger a quienes lo acompañarían en su gobierno, la querida chusma quedó en sus ranchos y la canalla dorada volvió a La Moneda.

En 1937 surgió por primera vez la figura de un diputado largo y flaco, con una gran nariz y una cabeza intelectual: Eduardo Frei Montalva. Junto a un grupo de jóvenes se había separado del Partido Conservador y creado la Falange Nacional. Pero no quisieron apoyar a un presidente a quien veían reaccionario y perdido en el tiempo.

La izquierda tampoco lo quería.

—Don Arturo le sacó el jugo a su izquierdismo del año 20 —le decía Salvador Allende a un grupo de socialistas reunidos en un bar de Valparaíso—. Hoy, la alternativa para él es muy simple: desvalido de causas utópicas y sin apoyo popular, solo puede gobernar con la mano derecha. Ahora es el presidente de la oligarquía. Cualquier asomo de apoyo de la izquierda terminó.

En los almuerzos dominicales Manuel Zañartu defendía a su amigo de los violentos ataques de su hijo Pablo. Pablo no perdía oportunidad de enlodar la imagen de Alessandri e incomodar, de paso, a su padre.

Manuel escuchaba con santa paciencia y les hablaba a sus hijos sin alterar la voz.

—Lo único que deben tener en cuenta es que una democracia con problemas será siempre preferible a un régimen totalitario. Hay que entender que Alessandri está gobernando con un fantasma, temeroso de que Ibáñez le dé un golpe. Y no hay que minimizar el papel que han jugado los comunistas; no han hecho otra cosa que entorpecer su agenda. *El Mercurio* ya está hablando del "peligro rojo". ¿No les parece que Arturo tiene el deber moral de impedir

que un comunista llegue al poder?

—¡Papá, por el amor de Dios! Yo no sé cómo usted lo sigue apoyando —intervino Nicolasa—. No les echen la culpa a los comunistas, por favor. A mí me gustaba Alessandri, pero su gobierno es represivo, no ha tenido contemplaciones con nadie.

Hasta a Manuel le era difícil discutir ese punto. En un solo año el gobierno de su amigo terminó a balazos con la huelga ferroviaria, masacró a trescientos campesinos mapuches en Ranquil, un destacamento de matones armados de palos y hachas asaltó las oficinas del diario *La Opinión*. Hizo quemar la revista *Topaze* porque una caricatura suya le pareció injuriosa. Relegó a Caldera a los opositores que consideraba "espinas", entre ellos al diputado Salvador Allende y a Federico Alfaro, a quienes soltaron después de tres días gracias a la intervención de Manuel.

—¿Y qué me dice de las milicias republicanas? —preguntó Nicolasa.

—Las milicias le están haciendo frente al golpismo y a los oscuros manejos de Ibáñez —respondió Pablo, que apoyaba a las milicias.

—Sí, pero están casi mejor armadas que el ejército regular y marchan frente a Alessandri; Alessandri las aplaude como a un ejército propio.

—Mire, hijita, una buena parte de la gente no aplaude a las milicias, sino al presidente. Alessandri ha cumplido con creces su misión de terminar con los cuartelazos, el caudillismo y la anarquía.

—Papá, por favor, reconozca que es muy distinto al Alessandri de los años veinte —insistió Nicolasa.

—Lo reconozco, es distinto, pero reconozcan ustedes que el país se ha tranquilizado, los partidos de izquierda han tenido su espacio en el gobierno, no ha habido golpes, y Arturo ha respetado a las organizaciones sindicales.

—Se aprobó el voto femenino para las elecciones municipales. Eso también es positivo —reconoció Nicolasa.

—Bueno, la verdad es que si se ha logrado normalizar la vida política y social de Chile se debe, en gran parte, al genio de Gustavo Ross —remató Manuel, contento de estar dando vuelta los argumentos de sus hijos.

Efectivamente, Gustavo Ross, quien reactivó la economía y consiguió una exitosa renegociación de la deuda externa, se estaba llevando gran parte de los méritos de Alessandri.

—Me gusta mucho su pragmatismo —intervino Pablo—. Su programa de austeridad fiscal ha dado resultados; está revitalizando la producción y el comercio y renegociar la deuda era indispensable para sacar al país adelante. Usted ayudó en la negociación con Inglaterra, papá. Hagamos un brindis por usted, mejor.

—Yo no hice más que mi trabajo en el ministerio. Brindemos por la candidatura de Gustavo a la Presidencia. Justamente ayer estuve hablando con él y me ha dicho que va a presentarse, esta semana hace pública su intención.

El ministro se presentaría a candidato a la Presidencia para seguir adelante con su obra. La campaña en contra de Pedro Aguirre Cerda sería dura, aunque hasta los observadores políticos más escépticos pronosticaban la victoria de la derecha. Pero ni Manuel ni ninguno de sus hijos hubieran imaginado que el gobierno de Alessandri terminaría en una masacre que cambiaría el rumbo de la historia y Gustavo Ross perdería la elección.

## Al internado

La familia de Vicente Zañartu se había extendido. Dos años después de Felipe nació Elvira y luego Clara.

—Bendito entre todas las mujeres —decía Felipe, acunando a su hermana chica en los brazos.

Manuel iba una vez al mes a Cauquenes a visitar a sus nietos y cada vez que Rosario viajaba en tren a Santiago los llevaba con ella. Se

subía al carro con Felipe de la mano, Elvira montada en su cintura y en la otra mano un canasto donde acomodaban a la pequeña Clara. Verla era todo un espectáculo; nunca fue mejor puesto el nombre de gallina con sus pollos. Vicente se quedaba sonriendo en el andén, agitando la mano hasta que el tren desaparecía rumbo a Parral.

Tal como había hecho con Felipe de recién nacido, Rosario se dedicó a sus hijas con una devoción que emocionaba a su marido y sobre todo a Manuel. Cuando la veía bajar del tren, en la estación Central, con las niñitas colgando, arropándolas para que no sintieran frío, alcanzándoles una sustancia de Curicó para que estuvieran contentas, Manuel no podía dejar de comparar el amor de su nuera por sus hijos con el desamor de su mujer por los suyos, e invariablemente los ojos se le llenaban de lágrimas.

Dorila, que siempre acompañaba a Rosario en estos viajes, sin haber para qué, porque Rosario no le permitía tocar a los niños, movía la cabeza desaprobándola. *Para la señora, la Elvirita y la Clara son sus muñecas. Yo no sé qué va a ser de estos niños cuando sean grandes: les da el gusto en todo, los llena de dulces y los está criando como si el mundo fuera un algodón de azúcar*.

Cuando Felipe cumplió siete años, Vicente decidió enviarlo interno al Instituto Nacional en Santiago. Tuvo una seria conversación con Rosario. Tenía mucho miedo de su reacción, pues su mujer era demasiado apegada a sus hijos, pero Rosario estuvo de acuerdo con él. En Cauquenes no había buenos colegios y Felipe debía educarse a la altura de su padre, su abuelo y toda su familia.

—Ya lo hablé con Pablo y Pablo lo recibirá en su casa los fines de semana —dijo Vicente, respirando aliviado—. Gregoria está feliz con la idea; al fin y al cabo, Francisco entra este año al instituto y quedarán en la misma clase. Pablo ya lo habló con el director.

—A mí me parece muy bien —dijo Rosario sin dudarlo—. Al nieto de Marisol también van a mandarlo a Santiago. Imagínate lo contento que se pondrá Felipe cuando sepa que vamos a mandarlo a un colegio donde irán su amigo Alejandro Pinto y su primo Francisco.

—¿Y tú? ¿Te va a costar mucho separarte de Felipe? —preguntó

Vicente, un tanto sorprendido de la buena reacción de su mujer.

—Yo tengo suficiente con las dos niñitas —dijo Rosario sonriendo.

Las niñitas tenían en ese momento seis y cuatro años. Rosario vivía pendiente de ellas y las niñas irían creciendo cuidadas como rosas. Mas la vida les tenía reservado un destino insospechado. Siendo muy niña todavía, Elvira declaró que cuando grande quería casarse con Jesús. Y a los pocos años su hermana Clara estaba diciendo lo mismo. Ingresaron casi juntas a la Congregación de las Hermanas de San José, y Rosario, sorprendiendo a todos, se declaró encantada.

Dorila la miraba boquiabierta.

—Nunca voy a entenderla, señora Rosario. Las cría para princesas y después anda feliz de perderlas entre los claustros de un convento.

—Es que tú no entiendes nada.

—¿No le da pena que sus hijas no se casen, que no tengan hijos, que no vivan en la otra cuadra?

Rosario se quedaba pensando un rato, como hurgando una respuesta dentro de ella misma, y después respondía con toda franqueza:

—No.

## Los nazis

Por ese tiempo nacía la Alianza Popular Libertadora, cuyo jefe más destacado, Jorge González von Marées, trabajaba activamente en Santiago, en Valparaíso y en las provincias reclutando adeptos en la juventud. Europa se encontraba en el umbral de una catástrofe. Hitler se imponía avanzando territorio tras territorio, mientras los estadistas ingleses y franceses parecían dispuestos a ofrecerle ciudades y villorrios con tal de que no se acercara demasiado. La sombra de una guerra iba tomando contornos definidos. Y en Chile,

los seguidores del nazismo aumentaban. Ibáñez había vuelto del exilio y los nazis , partidarios suyos, pretendían subirlo a La Moneda.

Manuel le comentaba a Nicolasa el nerviosismo que le producía ese grupo. Con todo lo que estaba ocurriendo en Europa era como para preocuparse. Habían pasado la tarde juntos en la biblioteca, donde Nicolasa le ayudaba a clasificar documentos.

—Hay que tener mucho cuidado con este movimiento, hija. Son peligrosos. Se acercan de a poco al poder y una vez que lo tienen, no lo sueltan. Esta gente no cree en la democracia.

Cuando Nicolasa volvió a su casa, por la tarde, se encontró con la sorpresa de que Federico estaba en la cocina echando a cocer unas papas. Al verla entrar, le dijo que esa noche pensaba tomar el tren a Concepción; había vuelto temprano a la casa, pues en la radio anunciaban una marcha de los nazis y estaban cortando el tránsito en la Alameda.

—Estuvimos hablando de ellos. Mi papá dice que son peligrosos. Está muy inquieto con lo que pasa.

—Estos nazis son para la risa —dijo Federico, haciendo caso omiso a la mención a Manuel Zañartu—. Están echando mano de la figura de Portales para hacer creer a la gente que se trata de un movimiento criollo, pero sus consignas son calcadas a los moldes hitlerianos.

—Y ese Von Marées, ¿qué será lo que pretende? —preguntó Nicolasa mirando a Federico a los ojos. En realidad, no estaba pensando en Von Marées, sino en que una vez más Federico la dejaría sola para irse a Concepción. ¿Y por cuánto tiempo, esta vez?

—¡El poder, pues, doña ingenua! ¡Qué otra cosa va a pretender! Lo que busca Von Marées es sacar a Alessandri de La Moneda con la ayuda de los militares.

—¿Qué va a pasar, mamá? —preguntó Juana, entrando a la cocina.

—¿Y tú no estabas jugando con tu muñeca? —dijo su madre—. Pero ya que apareciste quédate aquí, ya vamos a comer.

—Lo que siempre ha pasado en Chile, hija —contestó Federico—. Los partidos radicales dirán que ellos van a impedir que la oligarquía putrefacta hunda al país, pero llegará el brazo armado de la oligarquía putrefacta y será la propia oligarquía quien los mande a la Isla de Pascua, a la Quiriquina o a Putaendo.

Nicolasa se pasó la mano por la frente. Estaba harta de escucharlo despotricar en contra de los ricos, los curas, la oligarquía, los dueños de fundo, sin más argumentos que un odio profundo por la gente rica y metiéndolos a todos en el mismo saco. Algo tenía que haberle pasado cuando chico, algún problema serio con sus padres, con su familia, algo de lo cual nunca iba enterarse, porque hablarle de su infancia a Federico era como ponerle un petardo entre los dientes.

—Te estás poniendo demasiado cínico, Federico. Ya pasaron los tiempos de una oligarquía omnipotente arriba y un pueblo miserable y analfabeto abajo. Ahora hay una clase media inteligente, ilustrada, y si tú no quieres verlo, allá tú, pero sería bueno que aprendieras a contener tu resentimiento, al menos delante de Juana —le dijo, molesta.

—Es puro realismo —contestó Federico encendiendo un cigarrillo —. ¿De qué sirve una clase media inteligente e ilustrada si a la primera de cambio le van a poner la bota encima? A tu mamá hay que abrirle los ojos y cerrarle la boca, hijita.

Se sentaron a comer. Juana tragaba de mala gana, detestaba las discusiones de sus padres. Su papá era pesado con su mamá, con su abuelo Manuel, con su tío Pablo, hasta con ella. Federico hurgueteaba el plato, dando a entender que las papas con arroz no le gustaban. Nicolasa pensaba que de alguna manera debía terminar con esta relación que los dañaba a todos. Y mientras los tres se perdían en sus cavilaciones y las papas se enfriaban en el plato, en las calles de Santiago nadie sospechaba el horror que se viviría al día siguiente de esta conversación.

## “Mátenlos a todos”

La mañana del viernes 6 de septiembre de 1938 Nicolasa no pudo levantarse de la cama. Estaba agotada. Federico había pasado la noche identificando cadáveres en el Instituto Médico Legal y ella ayudando a su cuñada Gregoria a calmar a los tres niños que habían presenciado parte de la matanza.

El día anterior, lunes al mediodía, Francisco, su primo Felipe y su amigo Alejandro Pinto iban camino a casa, de vuelta del Instituto Nacional, y al llegar a Moneda con Morandé vieron a cuatro jóvenes acercarse corriendo a un carabinero que custodiaba el edificio de la Caja de Seguro Obrero. Los jóvenes iban armados y, al enfrentarse al carabinero, le dispararon. Ante los ojos aterrorizados de los tres niños, el carabinero cayó al suelo con la cara ensangrentada y la cabeza partida en dos.

A esa misma hora un grupo de nazis, partidarios de Ibáñez, entraban a la Caja de Seguro Obrero tomando de rehenes a los empleados del edificio y, luego de ocupar los pisos superiores, construían barricadas en la escalera del séptimo piso. Otro grupo de nazis se apoderaba de la casa central de la Universidad de Chile, secuestrando al rector Juvenal Hernández.

Arturo Alessandri iba atravesando la calle para dirigirse a la Intendencia cuando un secretario del gobierno se le acercó corriendo y lo detuvo sujetándolo del hombro.

—Presidente, los nazis mataron a un carabinero y se han tomado el Seguro Obrero y la Universidad de Chile, tienen preso al rector y están amenazando con matar a los empleados de la Caja.

Alessandri se dio media vuelta y a pasos rápidos volvió a su despacho en La Moneda.

—¡Que vengan inmediatamente el ministro del Interior, el intendente Bustamante y el general Arriagada!

Luis Salas, el ministro del Interior, fue el primero en llegar.

Eran las dos de la tarde.

—¡Qué pretenden estos carajos! —gritó Alessandri, frenético.

El general Arriagada venía entrando al despacho. El llamado lo había pillado en su casa. Partió a La Moneda vestido de civil y se cambió en su oficina.

—Disculpe el retraso, presidente, tuve que cambiarme de ropa porque andaba de civil. Lo que pretenden es dar un golpe para sentar a Ibáñez en el poder. Pero van a joderse, porque las Fuerzas Armadas están cuadradas y firmes en su apoyo al gobierno. Acabamos de arrestar a un grupo de nazis dirigidos por Orlando Latorre. Intentaban dinamitar una torre.

—¿Está seguro de la lealtad de todas las fuerzas, general? Mi temor es que los nazis cuenten con alguna cooperación del Ejército y las tropas concurran al centro de la ciudad para unirse a ellos. No vaya a ser que estemos frente a un golpe mejor organizado de lo que creemos.

—De ninguna manera, presidente. Nadie en las Fuerzas Armadas vería con simpatía un cambio de gobierno a la fuerza —afirmó el general Arriagada.

—¡Vamos a actuar con toda firmeza, entonces, esto hay que reprimirlo antes que pase a mayores!

El fantasma de otro golpe de Ibáñez flotaba en la atmósfera de ese despacho al cual empezaron a llegar los ministros, los presidentes de ambas cámaras, algunos senadores y diputados, los hijos y amigos del presidente, entre quienes se encontraba Manuel. *¡Otro 5 de septiembre! ¿Van a hacerme lo mismo que en 1924 y 1925?*, se preguntaba Alessandri. *¿Tendré que vérmelas con Ibáñez otra vez?*

—¡Que venga Novoa! ¡Quiero ver ahora mismo al comandante en jefe!

Al cabo de veinte minutos compareció el general Novoa.

—Presidente, acabamos de destrozar las puertas de la Universidad de Chile y hemos entrado con la policía. Murieron seis nazis;

veinticinco han sido detenidos.

A esa hora el centro de la ciudad se vio envuelto en una ráfaga de disparos desde diversos puntos. El tránsito se paralizó. Los padres corrían a retirar a sus hijos de los colegios. Gregoria encontró a Francisco abrazado a Felipe y a Alejandro Pinto, los tres llorando acurrucados detrás de un portón cerca de donde habían matado al carabinero. Las puertas de los comercios y edificios públicos se cerraron. Una muchedumbre empezó a aglomerarse alrededor de los edificios tomados por los nazis.

Agazapado en una esquina, un hombre de chaqueta blanca y gruesos lentes ofrecía camillas para los heridos. De pronto se le cruzó un coronel y le dijo:

—Doctor, váyase de aquí, no vamos a necesitarlo, porque no van a haber heridos.

El doctor Allende apuró el paso y se dirigió hacia el Instituto Médico Legal, donde había quedado de encontrarse con Federico Alfaro.

En el primer piso de la Caja se encontraba el coronel de Carabineros Juan Bautista Pezoa y desde allí enviaba órdenes a los carabineros que intentaban subir al piso séptimo.

Mientras esto sucedía en la Caja, los amotinados en la Universidad de Chile eran sacados con los brazos en alto y conducidos calle arriba por un grupo de carabineros. Doblaron por Morandé hacia el cuartel de Investigaciones.

Un oficial de Carabineros entró al despacho en La Moneda para darle esta noticia al presidente.

—La Universidad de Chile está limpia, presidente. Los hemos conducido al cuartel de Investigaciones.

—¿Van a dejarlos vivos? —preguntó uno de los hijos de Alessandri.

—A estos carajos hay que matarlos a todos —contestó el general Arriagada, que había subido pocos minutos antes.

Manuel le pegó una mirada, preocupado. Los ánimos se estaban caldeando, este asunto podía terminar muy mal. Pero no dijo nada.

—No deben llevarlos al cuartel de Investigaciones, sino de vuelta al edificio del Seguro Obrero, de modo que sirvan de escarmiento a los que siguen apostados en la escalera del séptimo piso —dijo Alessandri.

—Yo estoy de acuerdo —respondió en voz baja el ministro del Interior, quien hasta entonces había sido dejado de lado por el presidente y los militares.

—De inmediato doy la orden, Excelencia —se cuadró Arriagada, y abandonó el despacho.

El general Novoa se cruzó con Arriagada en el pasillo.

—Tenemos a Ibáñez —le dijo—. Está refugiado en la Escuela de Aplicación de Ingeniería en San Bernardo. El coronel Barrios me acaba de llamar para decirme que lo tienen amarrado y están esperando órdenes de La Moneda.

A esas horas de la tarde, el fuego de los carabineros hacia los amotinados en la Caja se había intensificado.

A las tres y media, luego de deliberar y considerar que su acción estaba fracasando, los estudiantes nazis decidieron rendirse y empezaron a bajar. En la escalera, entre el séptimo y el sexto piso, se toparon con el cadáver del estudiante Gallmeyer y lo tomaron entre tres para bajarlo con ellos.

En el sexto piso se encontraron con un piquete de carabineros.

—¡Dejen a ese muerto tranquilo y se me ponen todos manos arriba! —ordenó el teniente Angellini.

Los encerraron en una pieza.

En La Moneda, el general Arriagada informaba al presidente.

—Presidente, los tenemos encerrados en la Caja, pero están encolerizados, esta gente es peligrosa.

Se produjo un silencio y por breves instantes el despacho presidencial quedó como suspendido en el tiempo.

—Mátenlos a todos —se escuchó la voz ronca del presidente.

Arriagada se cuadró ante su jefe y salió de allí con la cabeza en alto.

Quince minutos más tarde un capitán de regular estatura, labios gruesos y pómulos salientes recibió la orden de reemplazar al teniente Angellini.

—¿De quién es esta orden? —preguntó Angellini.

—Viene de La Moneda. Hay que liquidarlos a todos.

Enseguida se escucharon voces de mando. Unas contradecían a las otras. Minutos de gran confusión. Vinieron nuevas voces de mando y una descarga cerrada. Se oyeron gritos agónicos. Luego, una nueva descarga y otra y otra más.

La masacre duró cinco minutos. Una vez rematados los cuerpos, los carabineros les arrancaron las cadenas de oro y los relojes y, amparados por la oscuridad, abandonaron la Caja de Seguro Obrero llevándose el botín en los bolsillos.

Antes de la madrugada, sigilosamente, se retiraron los cadáveres para conducirlos al Instituto Médico Legal, donde estaba de turno el doctor Federico Alfaro.

La orden era que no quedaran testigos de la espantosa tragedia.



El día de la elección presidencial Manuel se juntó con sus dos hijos a la hora del almuerzo. Vicente había ido a Santiago para votar. Pablo había votado temprano por Gustavo Ross y Vicente por Pedro Aguirre Cerda, aunque tendría buen cuidado de no mencionarlo delante de su hermano; odiaba las discusiones políticas con Pablo. Su hermano era imposible.

A las dos de la tarde los tres estaban sentados a la mesa reservada

para Manuel en el Club de la Unión.

Manuel se sentía acongojado. Ver a su amigo Arturo Alessandri en el suelo, vejado, leer los artículos de prensa donde lo trataban de “asesino” y lo criticaban sin piedad le había descompuesto el ánimo.

—Levante esa cabeza, papá —trató de animarlo Vicente—. Usted siempre nos ha dicho que una democracia con problemas es preferible a un régimen totalitario. Alessandri asumió con hombría su responsabilidad en la matanza y este triste episodio sirvió para poner fin a la candidatura de Ibáñez; al menos nos hemos librado del Caballo.

—Sí, pero se fortaleció el Frente Popular y existe la posibilidad de que gane Pedro Aguirre Cerda —murmuró Pablo, haciendo un gesto de hastío—. Sería fatal que se perdiera Gustavo Ross.

—Pedro Aguirre Cerda es un hombre decente y serio —afirmó Vicente.

—¿Quién lo conoce? ¿De dónde viene? Y aunque fuera decente, cosa que dudo, nos llenaría de comunistas. ¿Es eso lo que quieres?

—Dudo mucho que nos llenara de comunistas —dijo Manuel—; los comunistas no lo quieren. Yo no tengo ningún problema con que gane la elección.

—¡No me diga que votó por él! —exclamó Pablo, haciéndose el asombrado, pues sabía muy bien que su papá se había dado vuelta la chaqueta después de la matanza.

—Voté por él, sí.

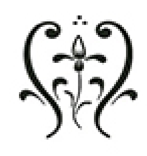
—¿Y entonces por qué anda tan alicaído? —preguntó Vicente—. Yo creo que vamos a ganar.

—Me duele que un hombre de la grandeza de Arturo Alessandri, que tanto ha hecho por este país, esté pasando a la historia con las manos manchadas de sangre —dijo Manuel.

—Lo que no entiendo, papá, es que usted, siendo tan amigo de

Alessandri, no haya votado por Gustavo Ross.

Manuel mismo se había hecho esta pregunta poco antes de depositar su voto en la urna, y, aunque nunca se lo hubiera restregado en la cara a nadie, él estaba ahí cuando su amigo Alessandri dio la orden de matar a los amotinados.



# LOS AÑOS POPULARES
## *1938-1958*

## Zapatos de charol y calcetín de seda

Vicente Huidobro recibía a los poetas recostado en una *chaiselongue* con las manos detrás de la cabeza y en su tono más robespierrano hablaba pestes de Gabriela Mistral, Pablo de Rokha y Pablo Neruda. Ninguno de ellos podría llevar la bandera de lucha de Rimbaud. Esa bandera estaba en manos de Vicente Huidobro. Punto.

—El Chile de ayer ha muerto o hay que matarlo; hoy empieza un Chile nuevo, un París. París es la ciudad en que se vive dignamente. He venido a Chile para hacer la revolución. Mi anhelo más alto es crear un país.

Estaba de vuelta en Santiago para dirigir *Acción*, la revista que usó como plataforma de su candidatura a la presidencia.

Manuel lo había conocido en París y había leído sus libros. Lo encontraba un escritor genial, pero muy pagado de sí mismo y algo desequilibrado.

—El problema con este candidato —decía— es que cree que la vida comienza con él y que lo anterior no fue vida.

Nicolasa lo defendía a brazo partido y la idea de que se presentara como candidato le parecía estupenda.

—Ojalá tuviéramos un presidente interesado en la literatura, en el arte, en las cosas bellas de la vida.

Federico Alfaro pensaba de manera muy distinta. Para él, Huidobro era tan despreciable como cualquier "señorito de la aristocracia".

—Si no fuera rico se quedaría callado, pero como todo patrón de fundo y porque tiene plata se atreve a insultar a De Rokha y a Neruda.

La verdad es que Huidobro, con su dadaísmo, sus pestañas crespas, su turbulencia y su egolatría, se hacía de enemigos en todas partes.

Pablo Neruda y Humberto Casanueva habían ido ese día a visitarlo y en vano intentaron hablar de lo mal que estaba la política chilena. Huidobro tomó la palabra y no la soltó más. Se había autoproclamado dios de la poesía y embajador plenipotenciario de la revolución estética de París. Sus dardos iban dirigidos a Neruda, Mistral y De Rokha.

Corrían vientos de guerrilla. Armados de municiones verbales y mala leche, los guerreros literarios no tenían compasión con nadie. El blanco preferido era Neruda, quien pronto se instalaría en España, pero ya se alzaba como un árbol que les haría sombra a todos.

—Pablo Neruda es igual de tonto que los criollistas; va al campo y ve las mismas cosas que ellos. Ve que las vacas rumian y los bueyes se mueren, pero él, más astuto, le pone aceitito vanguardista. En lugar de escribir “el buey se muere”, como escribiría un Luis Durand o un Mariano Latorre, escribe “la muerte llega a la lengua del buey” —afirmaba Huidobro.

“Huidobro es un afrancesado y decadente señorito que traga semen en las valvas de las prostitutas”, replicaba Neruda desde España.

Pablo de Rokha atizaba el fuego. *Neruda es el poeta de lo turbio y lo pegajoso y lo vago y lo agonizante del ser*, escribía, *el poeta de la decadencia burguesa, el poeta de los fermentos y los estercoleros del espíritu*. Y a sus amigos les decía:

—A este lado estoy yo, ¡lleno de piojos!, y al otro lado están los maricones: Vicente Huidobro y Pablo Neruda.

Los amigos corrían a contarle a Huidobro y Huidobro arremetía de vuelta: “Pobre tipejo el De Rokha, espantajo que se cree revolucionario, envidioso y ególatra”.

> *Ya me aburrió la historia esta, Vicentillo, además yo no soy un cobarde como para pegarle en el suelo a una gallina que cacarea, porque dice que ha puesto un huevo en Europa. A los hombres forjados en la batalla tenaz contra los explotadores y los simuladores de tu clase social, a los que nos ganamos la comida para nosotros y para nuestros hijos, a patadas con el*

*ambiente, no nos preocupan las tonterías de los gandules que viven en la plusvalía, bisnietos de los encomenderos de la Colonia.*

*Con la hoz y el martillo te saluda,*

*Pablo de Rokha*

Era el choque de los grandes egos empujándose como nubes cargadas. Llovían palabras ofensivas, chismes y mentiras.

Si en 1938 Inés Echeverría hubiese sido más joven, si a esas alturas su vida no hubiese estado casi destruida por las tristezas de su propia historia, *La Mandrágora* era la revista donde le habría gustado escribir. Alguna vez dijo "yo nací en el tiempo equivocado", y nunca fue más cierta esa afirmación que en el momento en que Braulio Arenas, Teófilo Cid y Enrique Gómez Correa, un grupo de poetas surrealistas, se hizo llamar La Mandrágora y fundó la revista con el mismo nombre.

La estética contestataria de estos jóvenes le hacía honor al nombre que los agrupaba. Eran tóxicos en sus ataques. Como la planta. La mandrágora es una planta fuerte y peligrosa, de hojas verdes y fruto fétido. Crecía en los patíbulos de la Edad Media. Se cuenta que Antonio y Cleopatra tomaban su jugo alucinógeno para transitar entre el mundo de los vivos y el de los espíritus. Sus raíces eran un potente veneno capaz de acabar con la vida de una persona en pocos segundos. Tal como la mandrágora en su ponzoña, estos jóvenes no se andaban con miramientos a la hora de insultar a cualquiera que no estuviese de acuerdo con sus premisas. El papel del escritor en la sociedad no podía sino ser subversivo; el poeta tenía que vivir en el delirio, incendiar el cielo. El sadismo era su bandera, había que cambiarlo todo, quedarse dormido con el grito de Rimbaud; la "poesía negra" debía derramarse en la vida real y ser la historia de todo aquel que se considerase un verdadero poeta.

"Una pura huevada", diría años más tarde Gonzalo Rojas.

Independiente de consideraciones a favor o en contra, había una intelectualidad que pensaba. Se debatía, se escribía y se leía. Discutían a Gide, a Rilke, a Faulkner. Comentaban la poesía de Walt

Whitman, de Poe, de Baudelaire. Era la Generación del Cincuenta dando los primeros pasos para salir de un letargo permanente.

La Mandrágora publicaba críticas, versos y opiniones a la vez que alimentaba desde sus páginas la hoguera de las vanidades. Ya en el primer número de la revista, Neruda fue descrito como un pez opaco que vivía sembrando el odio y la calumnia, tenía alma y cuerpo de bacalao y su especialidad era lamer los pies y aferrarse a la solapa de personajes que suben y se asoman al balcón para pescar algún abrazo sobrante. “De su poesía solo hay que decir que es una tía grasienta”.

Neruda no era de perdonar a sus enemigos. Por el momento permaneció callado, pero en el registro de sus rencores anotaba las infamias que decían de él y los nombres de sus detractores. Tal como no perdonaría a Gabriel González Videla en los cuarenta por su persecución al Partido Comunista, ni a los cubanos que en los sesenta le enviaron una carta donde lo acusaban de revisionista y aburguesamiento, tampoco perdonó a De Rokha. Pablo de Rokha se había suicidado cuando Neruda escribió *Confieso que he vivido*, donde lo llamó gesticulatorio, dotado de ferocidad egocéntrica, áspero y autosuficiente, un matón intelectual. *Ejerció de perdonavidas en la vida literaria de Chile. Tuvo durante muchos años una pequeña corte de pobres diablos que lo celebraban. Pero la vida suele desinflar en forma implacable a estos seres circunstanciales.*

Fracasado en su empeño de ser presidente de Chile, Vicente Huidobro creó la revista *Total* —alcanzó dos números—, siguió peleándose con los poetas, tratando a los chilenos de tontos e ignorantes, y había quienes decían que estaba loco.

Es que cierta locura andaba siempre del brazo de poetas y novelistas.

De paso en Santiago, Pablo Neruda, con su cara de tapir, nariguda y de ojos chicos, flaco como un espárrago, vestido de negro con una capa de inspector de trenes que le había robado a su padre, entraba y salía de los cafés del brazo de su amigo el poeta Alberto Valdivia, a quien apodaban “Cadáver”, porque parecía un hueso gastado.

—No me gusta ese lema, Cadáver. No me gusta eso de que sea por

la razón o la fuerza. No, por la fuerza, no. Por la razón y siempre por la razón. —Y Cadáver, con su melena gris y sus ojos miopes, sacaba de su bolsillo un papel arrugado donde había escrito uno de sus poemas de inmensa dulzura. *Todo se irá, la tarde, el sol, la vida: será el triunfo del mal y lo irreparable / solo tú quedarás / inseparable / hermana del ocaso de mi vida.*

—Los amigos abrazábamos su cuerpo incorpóreo con la sensación de abrazar a una corriente de aire —recordaba Neruda cuando Valdivia se fue del mundo como si hubiera sido un humo.

En el café Miraflores se juntaban Braulio Arenas, Vicente Huidobro, Francisco Coloane y Oreste Plath. En el Iris, un lugar sórdido y peligroso, solía verse a Manuel Rojas, Volodia Teitelboim, Andrés Sabella, Eduardo Anguita y Jorge Edwards, que en ese tiempo era un muchacho.

En los altos del café Bosco había un recinto fétido, meado de gatos, el Club de los Hijos de Tarapacá, donde se armaban acaloradas discusiones de literatura, política, mujeres, y se hablaba de este mundo y del otro. Era frecuente ver allí a Teófilo Cid y al “Chico” Molina, los poetas malditos de Santiago de Chile. Tan maldito era el Chico que no había publicado un verso en toda su vida. La mañana los pillaba entre los fluidos de unos vinos baratos que se vendían por litro. Entonces se imponía un toque de “pichicata” para volver a la vida, a la casa o adonde fuera.

Violeta Parra había llegado a la capital en 1932 y cantaba en los bares, cafés y quintas de recreo con su hermana Hilda. Las mechas largas y desordenadas, la cara muy blanca y en la falda, su guitarra con clavijas de madera afinada a la manera de los campos del Maule. Las canciones eran como un grito de amor desesperado, a veces juguetonas, casi siempre tristes, y hablaban de angelitos, una boda a las once del reloj, un cura que decía adiós en la puerta de la iglesia, los amores del sacristán que eran dulces como la miel y las *cinco noches que lloro por los caminos / cinco cartas escritas se llevó el viento / cinco pañuelos negros son los testigos / de los cinco dolores que llevo adentro / paloma ausente*.

Aquí la acogió su hermano Nicanor, que había emigrado a Santiago para ser carabinero y terminó siendo uno de los pocos matemáticos

del mundo que llegó a la cumbre más alta de la poesía. En 1932 publicaba su *Cancionero sin nombre*, unos versos inspirados en la poesía de García Lorca: *Con esta corbata luna / te pego porque te quiero / si quieres que yo me mate / me ahorco con tu pañuelo…* Pero después evolucionaría a una poesía nunca antes vista; Parra sería Parra y no habría con quién comparar a este poeta que le preguntaba al cordero de Dios que lavas los pecados del mundo cuántas manzanas hay en el paraíso terrenal.

## Corazón vacío

Mientras en los boliches de mala muerte los poetas anotaban genialidades en el reverso de sus cajetillas de cigarrillos vacías, las familias adineradas abandonaban el centro y su bullicio de fierros y campanillas de tranvías para mudarse más cerca de la cordillera.

Nacía el barrio alto, Providencia, y sus casas estilo inglés o francés rodeadas de jardines y panderetas blancas cubiertas de buganvilias.

Manuel se negó a dejar su palacio. El palacio parecía un buque abandonado. Hacía años que no se pintaba la fachada, los postigos estaban algunos descascarados y a otros les faltaba un tornillo, pero el jardín seguía siendo la admiración del barrio.

Federico Alfaro y Nicolasa se mudaron a la calle Tobalaba.

La casa de dos pisos, estilo francés, era amplia, tenía buena luz y estaba rodeada de un pequeño jardín. *Tal vez un cambio de barrio y de vida nos acerque*, se decía Nicolasa.

A Federico le gustó la idea de alejarse del ruido que empezaba a contaminar el centro de Santiago, pero trasladarse al barrio alto no produjo ningún cambio en su matrimonio. Más bien fue al contrario. A los pocos meses volvió a sus frases irónicas. “Tal vez ahora que vives en una casa a la francesa te sientes a tono con tu clase”.

La noche que tomó la decisión de separarse, Nicolasa tenía cuarenta

y cuatro años, sin profesión y sin más medios económicos que los ahorros producidos por la venta del Corot que le había regalado su padre. Llevaban tres meses viviendo en Tobalaba. Federico se encontraba en Concepción y Juana estaba pasando unos días en el palacio con sus abuelos.

Nicolasa se miró al espejo y vio su cara avejentada. Los años se le estaban viniendo encima. Hizo un esfuerzo por no dejarse llevar por la autocompasión. No serviría de nada. El amor con Federico había muerto; tal vez ni siquiera había existido. Nunca sabría por qué empezó a odiarla ni qué gatillaba ese desprecio por su manera de ser, su manera de comer, su manera de hablar. “Tus maneras inglesas”, decía. “Lady Harrington”, la llamaba cuando quería ofenderla. Siempre despotricando en contra de la aristocracia, en contra de los ricos, de los apellidos. Para Federico, el mundo se dividía en dos: los aristócratas y el pueblo explotado. Unos eran los buenos, las eternas víctimas, y a los otros había que pasarlos por cuchillo. Desde que abandonara el Partido Socialista para inscribirse en el Comunista, desoyendo los consejos de su amigo Salvador Allende, Stalin era su dios y viajar a la Unión Soviética, su sueño más preciado. “Quiero ver con mis propios ojos cómo será un país donde a la gente del pueblo se les considera personas y no animales, y la aristocracia ha sido destruida y sus palacios convertidos en escuelas y museos”. Odiaba todo lo que oliera a clase alta. Cuando Juana hablaba del palacio donde vivía su abuela y le preguntaba a su madre por qué no vivían ellos en esa casa, Federico la hacía callar.

—¿No te parece suficiente con los privilegios que ya tienes? No querrás convertirte en una lady Harrington como tu mamá.

Nicolasa se quedaba mirándolo sin decirle nada. ¡Cuánta razón había tenido Rebeca cuando le dijo que el carácter de una persona es su destino!

Lo había hablado con su padre y este la apoyó en su idea de separarse.

—Lo que usted debe hacer es volver al palacio. Juanita ha hecho el milagro de animar a su mamá. Estamos solos con María, tenemos toda esa casona a su disposición; véngase con la niña a vivir con

nosotros.

—No creo que a Federico le guste esa idea, papá.

—Pero usted se va a separar de él, ¿verdad? ¡No va a seguir haciendo de su vida lo que ordene Federico!

Su papá tenía toda la razón y, por lo demás, ella no sabría cómo mantener una casa. Federico había sido muy claro cuando hablaron de la posible separación. “No cuentes conmigo para mantenerte”, le había dicho, y ella lo conocía bien: para Federico ella no era más que la hija de un papá rico y nunca le había importado mayormente su hija, a quien veía como la prolongación de su mamá.

A la semana siguiente puso en venta la casa de Tobalaba y ella y Juana se instalaron en el segundo piso de la casa de sus padres.

## Un hombre de origen modesto

El doctor José Joaquín Aguirre Campos leía el diario en el corredor de su viejo casón en Conchalí, donde acogía a la familia los días festivos y los veranos. Era una casa de adobe con habitaciones oscuras de techos altos, un corredor conventual que daba al jardín, y más allá del jardín se alcanzaban a ver los viñedos bajando al río.

Un grupo de muchachos, compañeros de su sobrino Pedro en la Escuela de Leyes, llegó hasta donde se encontraba. Se quitaron el sombrero antes de saludarlo.

—Buenas tardes, don Joaquín, andamos buscando a Pedro. ¿Lo ha visto por aquí?

—Debe estar en la viña estudiando para presidente —contestó don Joaquín con el gesto serio. No estaba bromeando; nadie en la familia se burlaba de la ambición de Pedro. Su madre y sus hermanos conocían su tesón, su disciplina, sus ganas de aprender, y le creían cuando afirmaba que no era ambición por el poder o el dinero, sino por el bien de su país. Andaba por la vida seguro de

que si se aplicaba, si se preparaba bien, si sorteaba la dificultad de ser pobre, sin contactos y sin apellidos, si lograba fijarse una posición respetable, sería presidente de Chile.

—Hay que despertar la inteligencia y estremecer la voluntad — decía el joven de campo que llegó a desbaratar los anhelos presidenciales de Gustavo Ross.

El pueblo donde nació se llamaba Pocuro. Una aldeúcha de una calle con dos callecitas aledañas en una comarca poblada de caseríos, ricas propiedades y antiguos cortijos. La tierra de su padre, cuarenta hectáreas de viñedos y potreros de trigo, estaba en esa cuenca del Aconcagua, entre los cerros donde el diablo asustaba de noche a los jinetes y el alma de José Miguel Carrera se paseaba entre los huertos perfumados de menta y albahaca. Diez kilómetros más allá se encontraba Calle Larga, con sus alamedas y sauces de Babilonia.

El futuro presidente de Chile estudió de niño en la modesta escuelita de Pocuro, un poco más que una casucha de adobe, una sala, los ocho alumnos y un maestro, Alejandro Escudero, que de puro viejo parecía fantasma.

De muchacho iba a una escuela más grande, en Calle Larga, donde había enseñado Domingo Faustino Sarmiento. Partía desde su casa al alba y después de una hora caminando llegaba con los zapatos embarrados y su bolsón de estudiante a cuestas.

Quienes lo conocieron en sus primeros tiempos dejaron escrito para la historia que el hijo de Juan Bautista Aguirre y Clarisa Cerda era bajito, grave y reflexivo, de ojos vivaces y pupilas de color aceituno, alertas y expresivas. El niño Pedro era hogareño y generoso con Clarisa, Tristán, Luis y Próspero, sus hermanos. Su padre murió cuando todavía eran chicos y doña Clarisa se hizo cargo de los hijos y del pedazo de tierra. Adoraba a su madre, cuentan también.

Los cerros de faldeos boscosos, el monte Aconcagua con su chupalla de nieve, el maestro Escudero, la escuela de Calle Larga, los huertos de las casas campesinas, las noches de lluvia junto a un brasero y el canto de los pájaros nocturnos quedaron grabados en la memoria de Pedro Aguirre Cerda. Toda su vida estuvo marcada por su amor al

campo, al campesinado, al trabajo agrícola. “Yo los llevo en el alma y puede decirse que nacieron conmigo”.

Don Tinto, que así le decían por sus conocimientos de viñatero, se había convertido en un hombre serio, de facciones rudas, piel morena y resquebrajada. Su abrigo estaba lustroso con tanto uso; sus zapatones, de suelas altas y gruesas, gastados en las puntas. Fuera invierno o verano andaba siempre con el abrigo puesto y una bufanda raída, fumando con el pucho vuelto hacia la palma.

Las cosas no se le dieron fáciles. Sintió el desprecio y la desconfianza de quienes lo veían como un advenedizo pobretón. Ante los ojos de la oligarquía era un don nadie.

—¿Y de donde salió este? ¿Alguien lo conoce? —preguntaba uno de los caballeros asiduos al Club de la Unión.

—¡Cómo va a llegar a ninguna parte sin un peso, sin apellidos, sin tierra ni nada que lo respalde! A mí me parece lerdo —opinaba otro.

—¿Lerdo, dice usted? Fue profesor del Instituto Nacional, le hizo clases de castellano a mi hijo, además es abogado —contestaba Manuel—. Déjense de mirarlo en menos. No solo ha sido maestro de nuestros hijos, sino que diputado, senador, ministro, profesor del Instituto Nacional y del Manuel Barros Borgoño, recibido en la Sorbona, dirigió el Partido Radical, presidente del Consejo de Defensa Fiscal, decano de la Facultad de Comercio y presidente de la República.

—¿Y dónde queda la clase? ¿A usted no le importa dónde nació el presidente de la República?

Manuel se quedaba mirando al interlocutor y, sabiendo que no habría manera de hacerlo cambiar de opinión, hablaba de otra cosa. Él respetaba a Pedro Aguirre Cerda y que hubiera nacido donde hubiera nacido lo tenía sin cuidado.

Don Pedro inauguró su gobierno bajo el lema “pan, techo y abrigo”. Enseguida se comprometió con la educación. “Gobernar es educar”, decía, entrando a las casas más humildes, hasta donde llegaba para

conocer los problemas de la gente. A poco andar le pusieron el nombre con el cual lo acogería la historia: “El presidente de los pobres”. Después de que Arturo Alessandri le cruzara la banda presidencial con la piocha de oro de Bernardo O’Higgins, abrió las puertas del palacio para que la gente entrara a brindar con el tinto de sus viñas.

Esa manera de celebrar su victoria daría la tónica de lo que sería su corto gobierno y también las dificultades que tuvo.

Don Pedro era conciliador, no estaba hecho de la materia dura y resbaladiza de los políticos tradicionales, era perfeccionista, lo criticaban porque perdía el tiempo en minucias, decían que gobernaba el país como un profesor en la sala de clases. Se quedaba hasta pasada la medianoche trabajando en su despacho de La Moneda.

—Ya, pues, presidente, dejemos el día hasta aquí —le rogaba su secretario.

Doña Juanita entraba en bata de levantarse a buscarlo.

—Pedro, por favor. Ven a acostarte. Hoy amaneciste con fiebre.

—Ya voy, ya voy, no sean majaderos, yo no me estoy quejando de nada, no tendría de qué quejarme tampoco, yo mismo me he buscado este empleíto tan laborioso.

El “empleíto” le duró dos años, diez meses y veintiocho días. Tuvo que enfrentar dieciséis crisis, un intento de golpe de Estado dirigido por el general Ariosto Herrera con la participación oculta del general Carlos Ibáñez y la derecha, una oposición encarnizada y todo tipo de violentos ataques provenientes del Partido Comunista; estaban furiosos porque los había dejado fuera del gobierno.

El primero de sus problemas, y el más trágico, fue el terremoto de Chillán, el 24 de enero de 1939. Tres minutos “de continuo movimiento”, como diría después una canción. En un abrir y cerrar de ojos, en medio de gritos de espanto y llamaradas, Chillán, la ciudad orgullo por sus construcciones francesas, su catedral y el vuelo que llevaba hacia el progreso, resultó devastada. Y unos

momentos después, cuando los techos y los muros se habían confundido con el polvo y todo estaba suspendido en el silencio de la muerte, vino otro remezón, tan fuerte como el primero, tirando al suelo lo poco que había quedado en pie. Bastaron cinco minutos para que murieran veinticuatro mil personas y Talca, Linares, Maule, Ñuble, Concepción y Biobío quedaran convertidas en un montón de ruinas.

—El terremoto movilizó la solidaridad, por un rato —comentaba Manuel—, pero más allá de la catástrofe natural algo muy profundo ha cambiado en Chile.

—¿A qué se refiere, papá? —preguntó Vicente. Había llegado con toda su familia a Santiago. El terremoto dejó su casa hecha un desastre y mientras la reconstruían se instalaría en el palacio de sus padres.

—Desde 1920 este país estuvo sumido en un caos; fueron veinte años de pobreza nacional con más cambios de gobierno que nunca antes en la historia, presidentes expatriados y toda clase de desórdenes sociales y políticos —explicó Manuel—. Con la elección del 25 de octubre de 1938 finalizó una etapa y surgió un orden distinto, una nueva manera de resolver los problemas públicos. Cuando se habla de "pan, techo y abrigo" es porque ahora existe un verdadero espíritu de fraternidad con la miseria, el analfabetismo y los niños que mueren antes del disfrute de una vida digna.

—El papá cree que Pedro Aguirre Cerda va a hacer el milagro —se rio Pablo.

—Yo no hablo de milagros, sino de voluntad política para hacer los cambios que se necesitan.

Una gran parte del país habría estado de acuerdo con Manuel. El radicalismo y el socialismo, que llegaron con Pedro Aguirre Cerda, produjeron un cambio significativo. La sociedad quedó dividida en una derecha conservadora, que le gustaba a Pablo; una izquierda estatista, como la que propiciaba Federico Alfaro; y un Partido Radical, con el cual Manuel, aun siendo liberal, estaba totalmente de acuerdo.

—El mayor mérito de los radicales ha sido hacer emerger la clase media —decía.

El hecho es que nacía una segunda República donde los intereses particulares serían reemplazados por los ideales de la colectividad. Pero el cambio tendría un costo alto. Este no era el tipo de transformación política que buscaba la derecha. Su oposición al Frente Popular y al presidente radical fue muy fuerte y teñida de clasismo.

—La oligarquía de viejos pergaminos se está ensañando con Pedro Aguirre, tal como en el siglo anterior lo hizo con Bernardo O'Higgins —advertía el senador radical Florencio Durán—. Lo atacan con el mismo encono, con la misma soberbia y desbaratan sus iniciativas con la misma obcecación.

Lo despreciaban por su tez morena, lo encontraban feo y no aceptaban su origen popular. Un político de derechas se excusó de ir a la fiesta de inauguración del gobierno:

—No quiero encontrarme con el presidente de la República y tener que darle la mano. —Le daba asco.

El historiador norteamericano Hubert Herring se encontraba en Chile por aquellos días. Manuel se había hecho amigo suyo en uno de sus viajes anteriores y esta vez lo llevó a conocer un fundo del valle central, cuyo propietario era primo de María.

Eran doce mil hectáreas plantadas de viñas y frutales. La casa, de cuarenta habitaciones, había sido construida por el tatarabuelo del dueño. El propietario, un viejito envarado y lleno de dignidad, los hizo pasar a uno de los salones, amueblado al estilo de los Luises de Francia, en cuyas paredes pendían retratos de color rosa y pastel.

—Es muy bella su casa —dijo Herring.

—No sabemos hasta cuándo la podremos disfrutar —respondió el viejo—. Como usted se habrá dado cuenta, míster, tenemos a los comunistas presionando al gobierno y amenazan con quitarnos

algunas hectáreas para construir un hospital.

—Pero no le quitarán su casa…

—Con esta gente nunca se sabe —repuso el viejo—. En mi país está ocurriendo algo desastroso, y es bueno que usted, como historiador, lo sepa.

Herring cruzó las manos y se dispuso a escuchar con atención. Manuel no abrió su boca.

—Me refiero a lo que llaman clase media, que no son más que advenedizos que están destruyendo el país. Hablan de hacer con mis tierras un parque nacional, para que los domingos esa clase media venga a beber a mi jardín.

En Chile hay tres clases sociales, concluyó el historiador después de la visita: la clase alta, la clase media y la clase baja. Los de la clase alta poseen tierras, dinero y apellidos. Los de la clase media tratan de hacer dinero, comprar tierras y tener apellidos. Los demás, faltos de tierra y de dinero, viven tan absorbidos en el problema de ganarse la comida que no tienen tiempo de pensar en apellidos.

En los oscuros salones del Club de la Unión, echados atrás en los sillones de felpa, los caballeros asentían con la cabeza. El míster había visto a la clase media tal cual era: un grupo de trepadores que no aspiraba al bien común, sino a tener lo mismo que ellos. Se referían a Pedro Aguirre Cerda en términos despectivos. No disimulaban su odio y su rencor. No se resignaban a verlo sentado en el sillón presidencial que podría haber ocupado Gustavo Ross. Todos los actos de su gobierno eran sospechosos. Desconociendo el triunfo de la Alianza Liberal treinta años antes, pegados en un discurso de comienzos del siglo, vociferaban que el Partido Radical no tenía raíces en el pueblo, mentecatos arribistas, pertenecientes a una clase rara que no era de aquí ni de allá.

—Es un partido compuesto por oficiales de peluquería, cantinas y baratillos —alegaba Horacio Walker—, pero lo peor es que este advenedizo nos tiene sometidos a su régimen de coimas.

—Eso no sería nada, Horacio; el problema es que el gobierno está

entregado al comunismo. Lo ven débil y fácil de manipular justamente porque no tiene arraigo en ninguna parte conocida.

—No le pida peras al olmo, amigo. Un hombre de pueblo sentado en La Moneda. ¿Qué le parece? —preguntaba otro.

—¿Qué quiere que me parezca? Nos ha arrebatado la Presidencia de la República, ni más ni menos.

Aunque se cuidaba de decirlo delante de su padre, Pablo Zañartu no tenía empacho en declarar que los conservadores repudiarían cualquier gobierno coalicionado con la clase media y la clase obrera:

—No me digan que se unen para colaborar con la grandeza del país; al contrario, lo hacen para destruir lo que hemos hecho en el pasado. Su motor es el resentimiento, no el amor a la patria.

Lejos de perder esta elección con hidalguía o reconocer que la matanza del Seguro Obrero había minado su posibilidad de ganar, la derecha impugnó el triunfo. Gustavo Ross puso en duda la legitimidad de la victoria y, junto con asumir Aguirre Cerda el gobierno, comenzó la campaña del terror. Mucha gente huyó de Chile. Gustavo Ross, el primero. No quería exponer a su familia a los horrores que estaban por venir. Las monjas carmelitas se escondieron. Tenían miedo de que ocurriera lo mismo que en España: que las descuartizaran, las ultrajaran y mataran a los curas.

Uno de esos días Manuel conoció al nieto de la antigua amiga de María, Amalia Errázuriz, y de Ramón Subercaseaux. El muchacho tenía diecinueve años y a Manuel le sorprendió su curiosidad, sus ganas de aprender. Blanca, la hija de Ramón, le pidió que lo recibiera en el ministerio y lo guiara. El joven acababa de terminar el colegio y quería seguir la carrera diplomática. Era muy alto y distinguido, apuesto.

—Gabriel Valdés —se presentó, dejándole la mano a Manuel.

—¿Cuántos años tienes, Gabriel?

—Acabo de cumplir diecinueve, don Manuel.

—¿Y cómo andan por tu casa? ¿Ha entrado allí también el terror a Pedro Aguirre Cerda?

—No, don Manuel, gracias a Dios en mi casa no ha entrado esta locura. Usted sabe que mi padre está muy enemistado con la derecha; detesta su dureza, y mi mamá está dedicada a la Falange, que ella misma ayudó a crear.

—No sabes cuánto me alegra oírlo; por estos días es raro encontrarse con una familia donde prime la cordura, la derecha está completamente desquiciada. ¡A quién se le ocurre pensar que Pedro Aguirre Cerda va a permitir que se violen a las monjas, como leí en el diario!

Gabriel se rio. A él también le hacían gracia las brutalidades que estaba publicando alguna prensa.

—Lo peor es que hay gente que les cree. Una prima de mi mamá, que no tiene dónde caerse muerta, se fue al extranjero con lo puesto.

—¡No me digas!

—Tal como lo oye, don Manuel; la tía Hilda dijo que ni loca se quedaba aquí, porque los comunistas no van a dejar vivas ni a las ratas.

Manuel lanzó una carcajada.

—Bueno, hijo, ¿qué te trae por aquí? Dime en qué puedo ayudarte.

## Celebrando el triunfo

Salvador Allende se había criado en Valparaíso. Conocía esos cerros como la palma de su mano. El cerro Alegre, el Mariposa, el Polanco, el Hospital, el del Molino, del Almendral, de los Pequenes, el Cementerio, el Pocuro, el don Elías, el Membrillo… En las noches, cuando no podía quedarse dormido, contaba cerros y a veces

llegaba a los cuarenta y nueve.

Valparaíso era su patria.

Le gustaba esa vida en los bares y cafés, charlando con los carpinteros, sus amigos anarquistas, jugar ajedrez con el viejo zapatero Juan Demarchi, que le hablaba de Bakunin, y caminar entre las callejas empinadas, donde las casuchas se aferraban a una roca de altura para no caer al abismo. Había hecho suyas las palabras de Pablo Neruda, otro amante de esos cerros suculentos en que la vida golpeaba con infinitos extramuros, caracolismo insondable y retorcijón de trompeta. Y, como todo porteño, tenía un secreto terror a los terremotos, ese "pétalo de espanto" que vivía adherido al corazón de la ciudad.

En 1936 fue elegido diputado por Valparaíso y dos años después dirigió la campaña de don Pedro en esa zona. Chicho, que así lo llamaban, hablaba con la gente en la calle, en el tranvía, en los bares. Golpeaba puertas y lo invitaban a tomar una taza de té o un cafecito. Andaba siempre con un alto de papeles, recortes de diarios y documentos, preparado para discutir y convencer a su anfitrión de darle un voto a Pedro Aguirre Cerda. Y si la anfitriona era mujer, galanteaba con ella. ¡Cómo no! Había crecido entre mujeres, rodeado del cariño y la protección de su madre, sus hermanas y la mama Rosa. Entendía a las mujeres, las enamoraba y ellas se enamoraban de él.

La noche del triunfo de Pedro Aguirre Cerda fue a festejar la victoria a la casa de Federico. Federico y Nicolasa se habían separado y Federico vivía en una casa pequeña en la calle Brasil. Salvador le llevaba un botellón de vino y un cuarto de arrollado que pasó a comprar antes de subirse al tranvía. Estimaba a su colega. Es cierto que lo encontraba muy ácido en sus comentarios y su matrimonio con la hija del diplomático lo intrigaba. Federico nunca hablaba de problemas personales, pero Salvador sospechaba que algo estaba muy mal en esa pareja. Era evidente que no se llevaban bien y desde que Federico dirigía la morgue de Concepción, viviendo la mayor parte del tiempo allá, Salvador no entendía por qué habían tardado tanto en separarse. Federico era huraño y llevado de su idea; había cometido un error al dejar el Partido Socialista por el Comunista y solía tramarse en largas discusiones

con él por lo mismo, pero también era inteligente y bien leído. Salvador disfrutaba jugando ajedrez y conversando con su antiguo profesor de anatomía. Se había puesto de acuerdo con su joven amigo el escritor Fernando Alegría, y se aprontaba a pasar un buen rato haciendo planes para los días que tenían por delante. Fernando llevaría otras dos botellas. El Frente Popular en el poder merecía celebrarse.

Para Salvador, la elección que acababa de presenciar el país había sido un ritual de purga colectiva. Ibáñez y Von Marées estaban presos; Alessandri, políticamente destruido, nunca podría recuperarse de la masacre del Seguro Obrero. *Esta es la hora del pueblo*, pensaba sin disimular su alegría, *los cuatro mil votos que dieron el triunfo a Pedro Aguirre Cerda son la respuesta de un pueblo espantado ante la posibilidad de que la derecha siguiera gobernando después de la matanza*.

Federico abrió la puerta. Estaba agitado.

—Entra, entra, está hablando Von Marées.

Pasaron a una sala donde había una mesa redonda, un par de sillones desvencijados, tres pisos de paja y un aparato de radio en una mesita de mimbre.

La voz suave de Jorge González von Marées, fundador del Partido Nazista de Chile: "…no juzguen mi conducta con criterio mezquino; la grave culpa, que pesa sobre mí, es la consecuencia de un régimen que llevó la desesperación popular hasta el frenesí".

Federico apagó la radio.

—El nazi pidiendo clemencia, Ross alegando que le robaron la elección y el presidente quemando los últimos cartuchos de la derecha en La Moneda después de ordenar una de las peores matanzas de nuestra historia. Yo no tengo estómago para seguir escuchándolos. No sé cómo llamar lo que estamos presenciando. ¿Por qué no se hacen a la idea de que el Frente Popular ha llegado para quedarse? ¿No pueden reconocer que el pueblo le ha pegado la estocada final a la aristocracia?

—¡Pero, hombre! ¡Cómo se te ocurre que van a reconocer el triunfo de esa manera! —exclamó Salvador Allende—. ¿No sabes cómo llamar lo que está pasando? Federico, esto se llama no saber perder. —Allende hizo una pausa y miró a su amigo. Quería hablarle de otra cosa—. Oye, Federico, antes que llegue el chico Alegría, ¿qué pasó con Nicolasa? Laurita estuvo conversando con ella y me contó que la separación es definitiva.

Federico lo miró extrañado, seguramente sorprendido de que Salvador le hubiera puesto un tema del cual nunca hablaban. Salvador había estado una o dos veces con Nicolasa.

—Es una historia larga, Salvador. Prefiero no hablar de eso… Mira, vamos a ponerlo así. Yo he vivido enamorado de otra mujer. De hecho, he vivido muchos años con otra mujer, pero Nicolasa no lo sabe y no debe saberlo tampoco.

—Una mujer de Concepción.

—Era de Concepción, sí. Te parecerá extraño que no te lo hubiera mencionado, pero no es algo de lo cual me enorgullezca. Vivía con las dos.

—¿Vivías? ¿Ya no?

—Mercedes murió de manera trágica… Pero ¿por qué estamos hablando de esto? ¿Qué tiene que ver mi vida personal con nada? Si lo que quieres saber es qué pasa con Nicolasa, te lo voy a resumir en tres palabras. —Sonaba alterado—. Nuestro matrimonio fue una equivocación desde el día uno. No me preguntes por qué diablos fui a casarme con una mujer tan distinta a mí como el agua del aceite. Yo no tengo una respuesta clara. Estaba a punto de separarme de Nicolasa cuando Mercedes murió. Desde entonces he vivido como paralizado, no sé si me entiendes, muerto en vida. —Permaneció en silencio unos momentos. Después dijo que él no se había buscado nada de esto—. Iba a separarme de Nicolasa y seguir mi vida con Mercedes, como siempre debió haber sido, pero murió, y después… no sé qué decirte. Me imagino que cuando uno queda muerto en vida no hace nunca lo que debe hacer. Nicolasa no es una mala persona, pero no es una persona para mí, ni ella, ni su familia, ni su entorno, ni sus ideas, nada, nada, nada.

—Está bien, hombre, no volveremos a hablar de esto.

Por un rato se quedaron callados. Salvador observó de reojo a su amigo. Federico nunca le había mencionado a la tal Mercedes y él no insistiría en la historia. Lo vio muy deteriorado y había en su cara una gran tristeza. Tuvo la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar. Había que cambiar este tema cuanto antes.

—Lo que te decía es que la derecha se niega a ver que aquí se ha producido un cambio social importante, una alteración profunda en las clases que van a dominar el gobierno.

—Tienes razón, pero esta no es una revolución. Ni lo sueñen —dijo Fernando Alegría. Venía entrando con las dos botellas de vino que depositó en la mesa.

Allende encendió un cigarrillo.

—No lo es porque no hay ni muertos, ni heridos, ni incendios, pero lo es desde el punto de vista político; aunque la fronda aristocrática no haya desaparecido, el advenimiento del Frente Popular es un hito histórico.

—Este poncho le va a quedar grande a don Pedro —sentenció Federico.

Allende alzó las cejas.

—No soy amigo de andar haciendo predicciones, pero me fijo en el hombre. Pedro Aguirre Cerda es el político burgués radical por excelencia y yo estoy convencido de que es un hombre de convicciones profundas y cercanas a las aspiraciones de la gente, pero nunca va a dejar de ser radical.

—¿Eso te preocupa? —preguntó Alegría.

—No me preocupa en absoluto. Estamos hablando de un hombre de grandes cualidades humanas, un hombre muy bondadoso, y, en ese caso, que sea radical o lo que sea deja de tener importancia. No hemos visto antes a ningún candidato acercarse al pueblo como lo ha hecho él, de una manera sencilla, directa, verdadera. Golpea las puertas de las casas y entra a tomar mate como cualquier hijo de

vecino. La gente cree en él y lo apoya con fe. Además, está respaldado por partidos que poseen un ideal común, el programa es novedoso y positivo, y don Pedro es el mejor estadista para llevarlo a cabo.

A Federico se le escapó una risa sarcástica.

—¡Claro! Y Chile será un país desarrollado y en dos años se acabará la desigualdad social, ya no habrá pobres ni analfabetos y por arte de magia los conservadores se convertirán en adalides de la justicia, la equidad y la democracia. Mi querido Salvador, déjame decirte que cada nuevo gobierno produce el espejismo de que va a solucionarlo todo y hacer grandes transformaciones. Los ciudadanos se dejan conducir por esas esperanzas y luego caen a la realidad y acaban por sacar al gobernante a pedradas. ¿Quién te dice que a don Tinto no le va a pasar lo mismo?

—Pongámosle un poquito de optimismo a la cosa. Vamos a brindar para que las funestas predicciones de Federico no se cumplan. ¡Salud! —Allende alzó su copa, como haría una y otra vez en el futuro, para ponerle un poquito más de optimismo a la cosa.

## Un gesto republicano

Pablo Neruda entró a La Moneda cojeando. El presidente lo había llamado, pero no sabía cuál sería el motivo de la cita. Y había de ser algo importante, pues don Pedro sabía que estaba recién operado y con una pierna enyesada. El día antes de la operación habían conversado y él le propuso ir al rescate de españoles republicanos de Francia y traerlos a Chile. Miles de hombres y mujeres habían cruzado la frontera francesa escapando de Franco. El gobierno de León Blum los tenía repartidos en prisiones, fortalezas y campos de concentración. Esa gente estaba viviendo en condiciones miserables. En Francia no los querían. En lugar de refugio amable y seguro habían encontrado una población hostil y una prensa que los trataba de delincuentes, violadores y comunistas peligrosos.

—¿No podríamos hacer algo para ayudarlos? Me refiero a su

gobierno, presidente. ¿No sería posible acogerlos de alguna manera?

—No es una mala idea, aunque no me cabe ninguna duda de que la Iglesia católica y la derecha se pondrían en contra. ¿No ve que para ellos cada republicano es un terrorista que se viola a las monjas? Pero déjeme darle una vuelta.

Neruda recorrió el largo corredor a paso lento. Los próceres de la Independencia lo observaban desde los cuadros. El poeta vio en sus caras una mezcla de tragedia y locura. Imaginó los momentos de angustia y soledad, los encierros en calabozos extranjeros, el repudio de la gente, los exilios, y una vez más sintió agradecimiento por estos hombres que habían dado sus vidas para dejarles el verdadero oro de los pueblos americanos: el idioma, las palabras.

Entró al despacho presidencial y permaneció unos momentos observando a don Pedro, allá al fondo, perdido detrás del escritorio inmenso. Se veía tan pequeño sentado en el sillón de terciopelo negro. Pablo quedó sorprendido. Había estado con él varias veces, sin embargo, ahora, le pareció más chico, casi insignificante.

El presidente no se encontraba solo. Cerca de la ventana había un maestro tapicero claveteando una tela en un sofá desvencijado.

—Adelante, Pablo. Lo estábamos esperando mientras charlábamos —dijo el presidente, levantándose del sillón al tiempo que le estiraba una mano—. Este amigo me ha contado cosas muy interesantes. Le presento a Ruperto Moraga, tapicero oficial de La Moneda desde ayer en la tarde.

—Mucho gusto, caballero —dijo Ruperto acercándose al poeta—. El presidente me ha llamado para que le arregle este sofá.

—Doña Juanita, mejor dicho, porque yo de sofás sé tanto como de cirugía —sonrió Pedro Aguirre Cerda—. Ruperto ha estado haciendo recuerdos de su hermano. Una historia triste. Su hermano era amigo de Luis Emilio Recabarren.

—¡Vaya! Entonces mi gusto de conocerlo es doble, Ruperto —dijo el poeta—. ¿Y dónde conoció su hermano a Recabarren?

—En la salitrera San Lorenzo, señor. Recabarren fue bueno con los mineros. Le quedaron eternamente agradecidos; era el único en esos años que se preocupaba de lo mal que vivían.

—¿Y su hermano vive?

—No, señor, murió quemado vivo en un cachucho hirviendo.

Pablo Neruda lo bombardeó con preguntas. Cuándo había sucedido, cómo es que cayó a un cachucho, ¿estaba solo cuando murió?… hasta que don Pedro lo invitó a sentarse.

—Bueno, vamos a lo nuestro, Neruda.

—¿Los dejo solos, presidente? —preguntó Ruperto.

—No, Ruperto, usted siga con su trabajo tranquilo, a mí no me molesta el martillo. Tome asiento, Neruda. Y voy a ir directo a nuestro asuntito, porque tengo una reunión con mi gabinete. Si no me equivoco, lo que voy a decirle será de su agrado. O espero que lo sea.

Hablaba con una sonrisa en los ojos.

—He estado pensando en nuestra conversación del otro día y consultando con algunas personas. Quiero enviarlo a Francia con la misión de rescatar a republicanos exiliados allí para traerlos a Chile. Pero tiene que ser gente dispuesta a ser un aporte en nuestro país, con algún oficio productivo, profesionales, gente trabajadora y seria, nada de anarquistas ni buscapleitos, mire que tengo a la derecha y a la Iglesia católica con las garras listas para desbaratar la idea. Si acepta, será el cónsul encargado de la inmigración.

Neruda no lo dudó.

—Acepto encantado, presidente. Y quiero darle las gracias, pero no encuentro las palabras apropiadas para expresar la gratitud y la emoción que siento en este momento.

—No me dé ningunas gracias, más bien prepárese para una misión que no será nada de fácil, porque voy a mandarlo sin un cobre. Usted sabrá cómo se las ingenia. Lo primero que debe hacer es

conseguir un barco y seleccionar a los que van a venir. Tenemos trabajo para todos. Tráigame pescadores, técnicos, vascos, extremeños, castellanos. Gabriel González Videla está a cargo de nuestra embajada en París; cualquier ayuda que necesite, recurra a él.

—En esa embajada no me quieren.

—Pierda cuidado, que a mí tampoco. Hable con Manuel Zañartu en el Ministerio de Relaciones Exteriores; él lo va a ayudar.

A los pocos días Pablo Neruda partía a Francia. Y un año después, un viejo carguero francés, el *Winnipeg*, zarpaba del puerto fluvial de Paulliac con dos mil quinientos refugiados rumbo a Chile.

Un mes más tarde, y tres días antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, el *Winnipeg* atracó en puerto chileno. Pablo Neruda había hecho caso omiso de las recomendaciones de Aguirre Cerda y seleccionó a personas que le parecieron consecuentes en su lucha y honestas, independiente de si eran profesionales o no. A bordo había de todo: intelectuales, artistas, pescadores, campesinos. Leopoldo Castedo, Mauricio Amster, Elena Gómez de la Serna, Víctor Pey, Roser Bru, entre miles de otros. El pintor José Balmes, que también venía con ellos, se sintió en deuda para siempre con Neruda, con Chile y con el *Winnipeg*. “Nunca jamás, ni siquiera al final de mi vida voy a hacer lo suficiente para agradecer el hecho de estar en este país y de ser ciudadano chileno”.

## Conversación en París

Era el 3 de noviembre de 1939. París estaba cubierta por una densa bruma; en las calles había una profusión de soldados y regimientos partiendo a la guerra, y en las plazas, globos aerostáticos que se elevarían ante la primera alarma de ataque aéreo. En los bosques se instalaron trincheras y en distintos puntos de la ciudad, refugios para protegerse de las bombas. La gente caminaba deprisa sin mirar al frente. Dentro de las casas reinaba la oscuridad. En las ventanas de edificios públicos y privados había paños negros que impedían la

filtración de la luz. La Defensa Civil se encargaba de que se cumpliera la orden de oscurecimiento; al menor descuido venían pitazos estridentes y golpazos en las puertas de las casas. “¡La luz, la luz, que no se vea luz!”.

El embajador chileno, Gabriel González Videla, se dirigía a pasos rápidos hacia la casa de Èdouard Herriot, presidente de la Cámara de Diputados y jefe del Partido Radical francés. Lo había conocido el día anterior en el palacio Bourbon y los dos hombres simpatizaron de inmediato. Ambos eran jefes del Partido Radical en sus respectivos países, ambos promotores del Frente Popular e imbuidos en la creencia de que el progreso social estaba al centro del radicalismo.

Durante la charla se comentó la ruptura del Frente Popular en Francia. Gabriel estaba interesado en conocer las razones: ¿por qué aislaron a los comunistas?, ¿no habían tenido una estrecha unión con ellos?

—Venga mañana a mi casa y conversaremos con más calma.

El embajador iba preocupado. París se le hacía más familiar que Nueva York. Sentía mayor afinidad cultural, artística y espiritual con el pueblo francés. Había admirado el desarrollo de Nueva York y el mecanismo formidable que era el país, pero se sintió tragado por esa máquina monstruosa. París, en cambio, le producía una sensación de plácida belleza, una atmósfera humana que contrastaba con la enervante agitación de Nueva York. Pero la gran diferencia entre las dos ciudades, hoy, es que una era todo efervescencia y planes para un futuro esplendoroso mientras en la otra flotaba el fantasma de la guerra y la muerte. Gabriel estaba asustado. Su mujer y sus dos hijas habían quedado en la casa de la Motte Picquet, donde varias veces debieron bajar corriendo al sótano bajo el lúgubre alarido de las sirenas y las bombas que estallaban a lo lejos. La sensación de estar viviendo en peligro le resultaba agobiante, y esta bruma helada de un París lleno de soldados y armamentos conspiraba contra cualquier intento de tranquilidad. Alzó la vista, y al ver las piezas de artillería asomando por las terrazas de los edificios sintió el frío en la espalda.

Herriot vivía en el Hotel du Président de la Chambre, una casa

espléndida separada del palacio Bourbon por un macizo de arbustos. Mientras esperaba en el *hall*, Gabriel se dedicó a observar las paredes revestidas de *boiseries*, los cortinajes de gruesos terciopelos, los muebles del Imperio napoleónico y también los espacios vacíos de cuadros que ya no estaban. Después, Herriot le explicaría que eran cuadros de pintores famosos y los habían descolgado para protegerlos del daño y la destrucción de las bombas; tanto los de esa casa como los del palacio Bourbon y los del Quaid D' Orsay estaban guardados en un lugar secreto de Francia.

Herriot era elocuente y simpático, dotado de una vasta cultura, escritor, historiador, crítico musical y literario. Le estrechó la mano y con una sonrisa amable lo condujo a un magnifico salón decorado con muebles estilo restauración y cortinajes de terciopelo azul.

—¡Qué sala más bella! —exclamó Gabriel paseando la vista por el recinto.

—Siéntase como en su propia casa —dijo Herriot bajando solemnemente la cabeza.

—No quiero que me tome por un zalamero, pero tengo que decirle que admiro profundamente al Partido Radical francés y el papel que está jugando hoy.

—Este es un momento muy delicado para Europa y el mundo. Hay que manejarlo con sumo cuidado y con una mirada de futuro; lo que se está tejiendo hoy no es el presente, sino el futuro de la humanidad, y a mi juicio sería un gran error de nuestra parte dejar a los marxistas, con sus teorías totalitarias, arbitrar esta batalla por el dominio político mundial.

—¿Por qué rompieron con el Frente Popular francés? Soy un convencido de que es mejor tenerlos adentro que afuera de la casa. Mi presidente ha cometido un grave error dejando fuera del gobierno a los comunistas. Nunca lo han perdonado y aprovechan para hacerle la vida imposible. ¿Cómo se ha dado esa relación en Francia?

—Hasta el año 1935 los comunistas practicaban la lucha de clases

desencadenando su odio y sectarismo contra la socialdemocracia y haciendo profesión de la patria soviética. Pero después del Pacto Franco-Soviético del VII Congreso de la Internacional Comunista de Moscú se produjo un cambio. Se unieron a nosotros para organizar el Frente Popular y nos propusieron una política de "mano tendida".

—¿Por qué no aceptaron la "mano tendida"? Entiendo que la amistad radical-comunista era muy estrecha.

—¡Lo era, señor ministro, sí que lo era! Hasta que Stalin pactó con Hitler, dando un golpe de gracia a los comunistas franceses y a los del mundo entero. Hay algo de fundamental importancia que usted debe tener en cuenta siempre: para andar con los comunistas y aceptar su compañía en cualquier empresa, es de elemental prudencia conocer previamente cuál es el pensamiento del amo ruso, para no ser sorprendido o traicionado por los satélites dependientes del Kremlin.

Esa noche, de vuelta en la casa de la Motte Picquet, Gabriel le dio vueltas a esta última reflexión del jefe radical, aunque estaba lejos de pensar que él mismo se aliaría con los comunistas para llegar a La Moneda, luego rompería con ellos, dictaría una "Ley Maldita", los mandaría presos a Pisagua y perseguiría a su jefe de campaña, el poeta Pablo Neruda, blandiendo las propias palabras de Herriot. Pero todo aquello sucedió años después; ahora, saltó de la cama como accionado por un resorte. Las sirenas habían empezado a aullar. Despertó a Miti, ambos corrieron al cuarto donde dormían Silvia y Rosita, de trece y doce años, sacaron a las niñas en brazos y todavía medio dormidas las bajaron al sótano. La Luftwaffe volaba a gran altura, el alarido de las sirenas se sumaba al estruendo de las bombas, haces de luces recorrían el cielo de París buscando aviones alemanes para derribarlos. Rosita y Silvia temblaban de terror mientras Miti y Gabriel trataban de calmarlas, los cuatro acurrucados entre los sacos de arena. "La Línea Maginot es inexpugnable", las tranquilizaba Gabriel, "Francia jamás podrá ser invadida, mucho menos París". El día anterior lo había hablado con un grupo de altos jefes de la Aviación y del Ejército francés; ninguno de ellos dudaba de su muralla fortificada que defendería a Francia de la invasión alemana.

Pero la Línea Maginot fue sobrepasada, Francia fue invadida y París fue ocupada por los nazis.

## Un triste final

Si alguien hubiese tenido una bola de cristal, habría visto a don Pedro escupiendo sangre en un baño de La Moneda un año antes de terminar su mandato. Lo habrían visto pálido y tembloroso diciéndole al espejo: “Todo está perdido”.

No. A don Pedro no iban a sacarlo a pedradas, como había anticipado Federico Alfaro, sino dentro de un cajón de madera que en la mañana del 26 de noviembre de 1941 saldría del Congreso rumbo a la catedral.

Una muchedumbre lo despidió en su último viaje. Ruperto Moraga, “tapicero oficial de La Moneda”, puso su mano sobre el pequeño cuadrado de vidrio que permitía ver la última expresión del presidente.

—Gracias, don Pedro, por haber existido.

Manuel Zañartu, acompañado de Nicolasa, también presentó sus respetos.

Trescientas mil personas se inclinaron sobre el ventanuco antes de que la cureña emprendiera su recorrido al cementerio. El desfile duró dos horas. Santiago se había volcado a las calles. Las floristas del Mapocho fabricaron una alfombra con pétalos que cubrió el camino. Las clases pudientes enviaron coronas y dinero para las obras de caridad de doña Juanita, su viuda.

Aquel día de otoño oscureció más temprano y en las puertas de las casas se colgaron estandartes negros.



En el consulado de Chile en Petrópolis, una de sus grandes amigas, Gabriela Mistral, lloraba la partida del presidente de Chile.

En ese tiempo Gabriela conoció al escritor austriaco Stefan Zweig y se hicieron amigos, pero, unos meses antes de la muerte de Pedro Aguirre Cerda, Stefan Zweig y su mujer, Lotte, se suicidaron a pocas cuadras de la casa donde vivía Gabriela. Para Gabriela era un momento extremadamente duro. Estas tres muertes coincidían con la depresión que estaba amenazando la vida de Yin Yin. Su niño del alma vivía postrado en la tristeza.

Le escribía a su hermana Emelina. *Como te decía hace un tiempo, a veces tengo la sensación de que ando con una sombra… Adonde voy, ella va; si me duermo, entre sueños siento la nube negra sobre mi cama. En menos de un año tengo que llorar la partida de Pedro Aguirre Cerda y Stefan Zweig, mañana lloraré la de mi hijo. Yin Yin no mejora. Lo veo cada día más deprimido y cabizbajo, como si tuviera el mundo encaramado en sus hombros y no supiera qué hacer con ese peso, se me va yendo entre las manos como el agua… La muerte me sigue a todas partes.*

Un año más tarde las palabras de Gabriela se convertirían en espantosa realidad. Palma Guillén, su amiga de toda la vida, la otra mamá de Yin Yin, estaba en esos momentos en Ciudad de México. Desde allí le escribía a Gabriela cartas desesperadas por Yin Yin. *Necesitas tener con él a la vez ternura y firmeza, hijita, pues de ambas necesita mucho. Es mejor, sobre todo si también se ha dedicado a beber, el indecente, que lo tengas cerca; pero no en la casa quemándote todo el día la sangre, sino de interno, en donde lo obliguen a obedecer y trabajar.*

Gabriela pasaba las noches en vela. Atenta a la puerta. Atenta a la hora en que su hijo volvería esta vez. Y en qué estado. Sabía que la solución no era un internado, ni palos, ni obligarlo a obedecer. Pero ¿cuál era la solución? El muchacho estaba por cumplir dieciocho años y había caído en una depresión de la cual no salía. *No sale, no sale*, se repetía Gabriela, desvelada, escrutando la oscuridad de la noche por la ventana.

Hasta que una de esas noches no volvió.

Al día siguiente lo encontraron muerto con una sobredosis de arsénico en el cuerpo. En la mesa de la cocina había una carta.

> *Querida mamá: creo que mejor hago en abandonar las cosas como están. No he sabido vencer, espero que en otro mundo exista más felicidad. Cariñosamente, tu Yin Yin.*
>
> *Un abrazo a Palma.*

La muerte de Yin Yin la dejó viviendo en ese humo al cual se refirió en uno de los tantos versos que le escribió a su hijo. *Igual que las humaredas / ya no soy llama ni brasas. / Soy esta espiral y esta liana / y este humo denso.*

## A la sombra de la guerra

Allende, eterno enamorado de las mujeres, se había casado con la más linda de todas, Hortensia Bussi, una estudiante de historia y geografía que conoció la noche del terremoto de Chillán, en medio de la tembladera.

Ella era porteña, hija de un marino mercante nacido en Italia, más bien callada, observadora; tenía unos grandes ojos color miel y una voz tranquila. Al poco tiempo de conocerse se fueron a vivir juntos y un buen día salieron de la casa al Registro Civil acompañados de dos testigos y se casaron. Sin cura, sin campanas y sin vestido blanco. Celebraron el matrimonio con un grupo de amigos en el departamento de la calle Victoria Subercaseaux, donde vivirían sus primeros años de casados. Era un rincón de ensueño junto al cerro Santa Lucía, rodeado de maitenes y canelos, con la puerta siempre abierta para que los vecinos, Vicente Huidobro, Benjamín Subercaseaux, Hernán Santa Cruz, Manuel Mandujano y Víctor Jaque, pasaran a politiquear.

El día antes de la nueva elección presidencial, el sábado 31 de enero de 1942, Fernando Alegría, Federico Alfaro y Víctor Jaque se reunieron en la casa de los Allende. Salvador los había invitado a comer.

—A la suerte de la olla, porque la señora Tencha parece que está embarazada y anda de mal humor, pero les puede tocar un rico plato de papas con arroz y chorizo, que es lo que me prepara cuando quiere ponerse en la buena conmigo.

Al día siguiente dos radicales se enfrentarían para disputarse la candidatura a la presidencia y ocupar el cargo que Pedro Aguirre Cerda había dejado vacío. Un caballero alto y silencioso venido de Ñuble, dueño de fundo, atinado y discreto, con ojos de lechuza y el pelo blanco: Juan Antonio Ríos. Y otro, que era su opuesto, venido de La Serena, abogado, bailarín de rumba, samba y lo que le pusieran, alegre, fiestero y endemoniadamente macuco: Gabriel González Videla.

—Yo no sé de dónde salen candidatos tan distintos —dijo Fernando Alegría.

—Don Pedro dejó un espacio que solamente el pueblo apoyado por la izquierda podría llenar, si es que tuviera la fuerza, y no la tiene. Lo que es a mí, ninguno de estos candidatos me convence —respondió Salvador acomodándose los anteojos con el dedo índice. Absorto en sus labores partidistas, había renunciado a su cargo de ministro de Salud y esperaba los acontecimientos con poco entusiasmo.

—El candidato va a ser Ríos y lo apoyan las fuerzas alessandristas y una parte de la izquierda. Va a ganar. No veo cómo podría derrotarse esa combinación; los comunistas se han apropiado de Gabriel González Videla y no todos los radicales van a querer votar por él —comentó Jaque—. Y este Ríos tiene una larga trayectoria política: ha sido diplomático, diputado, regidor, senador, ministro. Dicen que es un hombre muy inteligente y con enorme capacidad de trabajo. Y a mí me gusta que sea de Cañete y no de la Alameda con Castro o de alguna casona de la calle Morandé.

—Don Pedro también era de provincia y fue lo que más le gustó al pueblo, pero ¿de qué le sirvió? —intervino Federico haciendo una mueca de disgusto—. ¿Dónde quedaron las fuerzas populares del maestro Aguirre Cerda? ¿No decían que el pueblo entero lo apoyaba? ¿No era el presidente de los pobres?

—Yo no quiero ni pensar —repuso Allende—. Yo mismo fui al Club de la Unión y expuse la realidad de las viviendas insalubres de nuestro pueblo. Los gordos me miraban como se mira pasar una mosca. Los pobres marcharon frente a su comedor de lujo mientras ellos se comían los bisteques a la francesa. Todos vimos el desfile del pueblo, de miseria en miseria, en las minas, en las salitreras, en los campos. Pero el Frente Popular no agarró. Flotaba como un globo rojo que va de un cielo a otro, en los barrios populares, sin ganar altura.

—Hay algo que falló y sería bueno revisarlo, Salvador. Los radicales y nosotros mismos tenemos la obligación de hacer una autocrítica —dijo Jaque—. Si continuamos empeñados en que son nuestros opositores quienes impidieron un gobierno más eficaz, no vamos a llegar a ninguna parte.

—Oiga, amigo, tampoco se me tire a derrotado —lo interrumpió Allende—; no hay que perder la garra ni los deseos de pelear. Esto está recién comenzando.

Poco después él mismo se presentó a senador por el fin del mundo, Valdivia, Osorno, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes. Y después por los desiertos del norte, Tarapacá y Antofagasta. Y más tarde por los valles del centro, Aconcagua y Valparaíso.

*Reposo* es una palabra que no estaba en su diccionario.

## La nueva vida

En la casa de los Zañartu las cosas estaban cambiando para mejor. María había enterrado su rencor hacia Manuel y le hablaba como cualquier esposa de setenta y cinco años a su marido de la misma edad. Hasta daban la impresión de un matrimonio cansado de verse tanto tiempo todos los días, pero bien avenido. No es que se dijeran arrumacos ni nada muy afectivo, pero comentaban las noticias, hablaban del clima, Manuel le contaba una que otra copucha que había oído en el Club de la Unión y a veces tomaban una copita de jerez juntos.

Nicolasa recuperó su tranquilidad. Era muy cercana a Juana y su padre seguía siendo su luz. Manuel, por su lado, veía a la misma buena hija de siempre y no sentía que la hubiera recuperado, pues en ningún momento la había perdido.

También estaban los nietos: Felipe, Juana y Francisco.

Felipe estaba interno en el Instituto Nacional y pasaba los fines de semana en la casa de su tío Pablo. Juana era una niña perfectamente contenta, que no parecía dañada por ese padre indiferente. Francisco era callado y más bien tímido, pero al llegar a la casa de su abuelo se iluminaba. Así, los almuerzos dominicales de Manuel se convirtieron en una bullanga de niños correteando por el jardín. Felipe y Francisco llegaban con su amigo Alejandro Pinto, interno también en el instituto. Juana invitaba a sus tres amigas. Nicolasa solía llevar a su amiga Marta Vergara, que era pobrísima y salía del palacio con una bolsa llena de comistrajos que le preparaba la mucama. Y María, quien nunca había participado en nada, ahora se sentaba a la mesa con el resto de la familia y, aunque no hablaba demasiado, opinaba de política y a veces se reía.

Este domingo el tema de conversación giró en torno al triunfo de Juan Antonio Ríos.

—Es radical y no es santo de mi devoción, pero me alegro de que haya derrotado a Ibáñez —dijo Pablo.

—Yo no entiendo a la derecha —comentó Nicolasa—. Ahora apoyaron al mismo Ibáñez que combatieron hasta provocar su caída. ¿Qué le pasa a esa gente?

—Lo que les pasa a todos los políticos, hija. Cambian los tiempos, cambian los intereses, cambian los apoyos.

—Calcularon mal, papá. Ríos ganó sin dificultad.

—En el ministerio se ha corrido la voz de que entre Juan Antonio Ríos y González Videla se hizo un pacto secreto. González Videla aceptó hacerse a un lado para que Ríos fuera el candidato radical mientras él se guardaba para después.

—¿Es verdad? —preguntó Vicente, que había llegado el jueves para ver a su hijo.

—Dicen que es cierto, a mí no me consta —dijo Manuel.

—Está muy bien lo que hace Ríos —intervino María—. Apartó a los comunistas en cuanto asumió su cargo; yo lo aplaudo por eso.

—Y lo mejor es que lo ha hecho con toda discreción, pero con firmeza —la apoyó Manuel—. De esa manera ha dado por saldada su cuenta con los comunistas que le hicieron miserable la vida a Pedro Aguirre Cerda.

—Yo no sé en qué va a terminar esta mescolanza que ha hecho en el gabinete —comentó Pablo—. Hablan de un gobierno de unión nacional. ¿Liberales, radicales, socialistas y demócratas? Déjeme reírme, papá. Nunca se van a entender.

Para Manuel, el gobierno de Juan Antonio Ríos comenzaba con buenos augurios, pero siempre habría un imprevisto a la hora del destino de los presidentes de Chile.

## Descorriendo el velo

Unos cuantos meses después de separarse, Nicolasa recibió una visita inesperada. Había vuelto hacía poco rato de dejar a Juana en la casa de una amiga, donde se iba a quedar a dormir. Estaba leyendo en la glorieta del jardín cuando la mucama le avisó que había dos señoras preguntando por ella.

—Hazlas pasar a la biblioteca y diles que ya voy.

La mucama las condujo a la biblioteca y al llegar allá las mujeres se detuvieron en el umbral de la puerta, como si no se atrevieran a entrar. Parecían asombradas. El tamaño de la pieza, la elegancia de los muebles, los miles de libros en los estantes de caoba. Miraban hacia todos lados, tal vez buscando la razón de por qué ellas mismas se encontraban en esa casa.

Nicolasa llegó al poco rato y se quedó mirándolas a la espera de que le dijeran quiénes eran.

—Jesusa y Alicia Alfaro —dijo una de ellas—, las hermanastras de Federico.

Nicolasa las había visto una sola vez, veinte años antes, el día de su boda. Jamás las habría reconocido. Ambas tenían el pelo completamente blanco y una de ellas se había encogido tanto que parecía una enana.

—Discúlpenos por haber venido así, sin anunciarnos por carta, pero queríamos hablar con usted.

—Yo hubiera preferido que esta visita la hubieran hecho hace veinte años, cuando estaba recién casada con Federico. Ustedes nunca me escribieron, nunca me invitaron a su casa en Concepción, yo nunca las vi. No entiendo cuál puede ser el objetivo de hablar ahora que nos hemos separado —dijo Nicolasa, alarmándose ella misma de su pesadez.

—Tiene razón de estar molesta, pero no es con nosotras con quien debe enojarse, sino con Federico. No sabe cuántas veces intentamos comunicarnos con usted. Él se violentaba muchísimo cuando le decíamos que queríamos verla —dijo Jesusa, la que se había encogido. Su hermana asintió con la cabeza.

—¿Cómo supieron dónde vivo? Se los pregunto porque tenemos muy poco contacto con su hermano y no sé si él sabe que estamos viviendo en casa de mis padres.

Se produjo un silencio incómodo. Jesusa miró a Alicia, indicándole que respondiera ella.

—Federico no sabe que estamos en Santiago. Fuimos al ministerio y preguntamos por su papá, pero su papá no estaba; su secretario nos dijo dónde podíamos encontrarla y nos dio la dirección.

—¿Cuándo fueron al ministerio? —preguntó Nicolasa.

—Venimos de allá —se apresuró a decir Jesusa.

—Siéntense, por favor, no vamos a conversar de pie. —Nicolasa les señaló dos sillones frente a una mesita inglesa—. ¿Quieren tomar algo? Les ofrezco una copa de jerez, un té, café.

—Una taza de té le aceptaría —dijo Jesusa.

—¿Por qué ese afán de Federico de esconderlas de mí? —preguntó Nicolasa una vez que volvió de la cocina, seguida de la mucama, que traía la bandeja para servir el té.

—Nicolasa, lo pasado, pasado está. Nosotras no hemos venido a hablar de la relación de nuestro hermano con usted, sino de la relación que tuvo Federico, durante años, con Mercedes Castillo.

—Sí —dijo Alicia—. Creemos que es nuestro deber contarle lo que al parecer Federico le ocultó.

—¿Mercedes Castillo? —Los ojos de Nicolasa se clavaron en las dos hermanas—. ¿Quién es?

—Es bien difícil para nosotras decirle todo esto, pero créame que no hace mucho que nos enteramos de que usted no sabía nada.

—¿Nada de qué?

Alicia tomó la palabra.

—Federico tuvo un amor.

Las hermanas se miraron como si no supieran cómo continuar con la historia.

Nicolasa echó el cuerpo hacia adelante y cruzó sus manos sobre las rodillas.

—¿Un amor?

—Más que nada fue una gran tragedia —dijo Jesusa—. Se llamaba Mercedes Castillo. Era hija de un agricultor de Concepción. Federico la conoció a los dieciséis años y los dos se enamoraron. Ella era de su misma edad.

—Se volvió loco por ella —dijo Alicia.

—Y ella por él. Pero explícale quién era el padre —dijo Jesusa mirando a su hermana.

—Ese hombre era un monstruo, una persona espantosa, tenía fama de violento. Cuando se enteró de que su hija estaba viéndose con Federico amenazó con matarlo. Era uno de esos que quieren pertenecer y no pertenecen, no sé si me entiende —dijo Alicia—. Creía que la clase se compra con plata. Se daba aires de gran caballero de la aristocracia y él no era.

—No, no era —la secundó Jesusa—. Pero se creía no sé quién. Dicen que pagó plata para que lo hicieran socio del Club de los Rotarios, otro tanto para formar parte de la dirección de los rodeos, y así. Andaba diciendo que él era un caballero de familia antigua, emparentado con los Larraínes, y no iba a permitir que su hija se metiera con un "roto". Una no será de la aristocracia, pero eso no la convierte en rota —explicó Jesusa, acomodándose el pelo con una horquilla detrás de una oreja—. La cuestión es que este hombre encerró a Mercedes en la casa, pero Federico empezó a rondarla y se veían a escondidas, hasta que una noche él lo sorprendió merodeando, salió de la casa con un fusil y le disparó, dándole en la cadera.

—Si esa bala se hubiera corrido un par de centímetros, lo mata —dijo Alicia.

Nicolasa respiró hondo. Por un momento cerró los ojos. Le costaba mirarlas.

—Federico trató de verla por todos los medios y fue inútil —siguió una de ellas—. Andaba llorando. Daba lástima verlo. Y las cosas se agravaron cuando el señor Castillo mandó a su señora con la hija a Europa y allá la metieron a un internado para señoritas. Creo que en Francia.

—Para Federico fue como si la muchacha hubiera muerto. Se llenó de odio. Quiso ir a ver a Castillo y por suerte que unos amigos se lo impidieron, porque Castillo lo habría matado.

—¿De cuándo estamos hablando? ¿En qué tiempo pasó todo esto? —preguntó Nicolasa.

—Él la conoció a usted cuando Mercedes estaba viviendo en Europa; poco después de que ustedes dos se casaran, ella volvió y parece que Federico se enteró por el diario de que Mercedes estaba de novia con un sobrino del presidente Barros Luco y se iban a casar.

Nicolasa tragó saliva. Estaba a punto de ponerse a llorar. Tuvo que hacer esfuerzos para disimular la angustia que empezaba a invadirla.

—Él no quería que viniéramos a su boda; usted sabe cómo era Federico, tuvimos que obligarlo. Se puso tan odioso que nosotras dejamos de verlo seguido. Las pocas veces que lo veíamos no hacía otra cosa que lanzar insultos, que los ricos, que los aristócratas, que los pitucos. Era una cosa desesperante.

—Ya lo sé —dijo Nicolasa—. Tuve que sufrirlo veinte años.

—La cuestión es que, al poco tiempo de casarse ustedes dos, Mercedes abandonó a su marido. Fue un tremendo escándalo. El señor Castillo la desheredó y no quiso volver a verla.

—Lo primero que hizo ella fue buscar a Federico. Federico casi se volvió loco de alegría; le arrendó una casa, se consiguió el trabajo en la morgue. Yo misma traté de hacerlo entrar en razón. Él no podía vivir con ella si estaba casado con usted; ¿cómo iba a vivir en Concepción y en Santiago?, y ¿cómo no iba a decirle nada a usted? Casi me mató; que yo no tenía por qué meterme en sus cosas, me insultó de manera terrible, que era una solterona amargada, qué no me dijo. Nos prohibió terminantemente tomar contacto con usted y se lanzó a vivir con la Mercedes como si no tuviera otra familia en Santiago.

—¿Me están diciendo que durante todos esos años Federico fue amante de esta Mercedes?

Las hermanas bajaron los ojos.

Al rato Jesusa alzó la vista.

—Después de casi diez años de vivir así, parte del tiempo con usted y parte con ella, vino la tragedia.

—¿Cuál tragedia?

—Mercedes murió atropellada por un camión.

—Quedó reventada en la carretera.

Cayó otro silencio, esta vez profundo. Ninguna de las tres dijo nada por mucho rato. De pronto Nicolasa pareció despertar de un sopor y preguntó con la voz entrecortada:

—¿Por qué no vinieron antes?

—No nos atrevíamos.

Cuando las hermanas se hubieron marchado, Nicolasa fue al cuarto de su padre para ver si había vuelto. La mucama le dijo que don Manuel no iba a cenar en la casa esa noche. Se quedó sentada en la biblioteca, esperándolo. Una hora más tarde, al sentir sus pasos en el primer piso, bajó corriendo la escalera y se echó llorando a sus brazos.

—¿Qué hay, hijita? ¿Le pasó algo a Juana?

Nicolasa lo llevó de la mano hasta la biblioteca y cerró la puerta detrás de ella.

Manuel escuchó el relato de su hija en silencio.

—Y pensar que estuve veinte años casada con él sin tener la menor sospecha de quién era ni qué le había pasado en la vida. No sé si siento dolor o rabia o las dos cosas; lo único que sé es que habría matado a esas dos mujeres, papá. ¿Cómo esperaron veinte años para decirme algo que me hubiera ahorrado esos mismos veinte años de malas palabras y malos tratos?

Manuel se paró del sillón y la abrazó.

—Te queda la mitad de la vida por delante. Lo único que tienes que hacer ahora es vivirla. Pero antes que nada vas a tener que contarle todo esto a Juana. Ella sabrá cómo se relaciona con su padre.

## El premio

En aquel tiempo, Gabriela seguía nomadeando por el mundo; cuando le preguntaban por qué esa distancia con su propio país, respondía que ella no estaba en la tierra para ser feliz, y en gran parte su infelicidad se debía al hecho de haber nacido en Chile. "La América española es invivible, se es allí dentro bastante desgraciada. Si volviese, por el castigo de Dios, haría cualquier barbaridad para irme de esas tierras donde el hielo del puñal y la cuchilla se sienten en el aire. Además, en mi país nunca me han llamado".

Hizo muy pocos viajes a Chile y en uno de ellos recorrió los campos de su zona para quedar espantada con la esclavitud rural.

—Parece mentira que no haya ni un solo partido que tenga en su programa la cuestión agraria como cosa importante. Este es un país de latifundio fantástico. ¿Quiere saber lo que vi? —le preguntaba al periodista que la estaba entrevistando—. Vi una clase media enloquecida de lujo y ansia de goce que será la perdición de Chile.

Hizo aún menos viajes a Santiago, y lo único que observó en las calles fue la manera como la gente la miraba.

—Fíjese que salí tres veces, tal vez dos, y tengo presente esos ojos redondamente hostiles. Nunca olvidaré las feas miradas que me echaban.

Manuel se había hecho amigo de ella arreglando sus papeles en el ministerio. De vez en cuando Gabriela le escribía quejándose de Chile y estando en Santiago aparecía por su despacho para pedirle un favor, una destinación, que la sacara de tal o cual lugar, y

entonces aprovechaban de conversar. Ella parecía obsesionada con Chile.

—Fíjese usted, Manuel, en nuestra podredumbre, nuestra esterilidad espiritual, nuestra falta de sensibilidad. ¿Sabe lo que pienso? Que los chilenos no tenemos personalidad propia, estamos entregados a un grosero materialismo y vamos hacia abajo, todo el tiempo hacia abajo.

—Es muy pesimista su percepción, Gabriela. ¿Es por eso que nos visita cada vez menos?

—Por eso y porque me siento cercada por la envidia.

La relación de Gabriela con Chile estaba teñida de un resentimiento que nunca la abandonó. En Chile tampoco la querían. La encontraban pesada, desleal con su patria, amargada. Raúl Silva Castro la trató de poco chilena, bruta y pedante y la acusó de no tener límites, de ser brusca, directa y desvergonzada. A Gabriela estos insultos le resbalaban.

—No hay que hacer caso, esas pobres palabras son una muestra de delectación morbosa y pésimo gusto.

Cuando Juan Antonio Ríos asumió la presidencia, Gabriela se encontraba en Petrópolis. Ejercía su misión con esfuerzo; detestaba el trabajo diplomático.

Una noche estaba sola en su cuarto escuchando en la radio las noticias de Palestina. Vino una breve pausa seguida de la voz del locutor: “Hemos recibido un cable con la noticia de que una exmaestra de escuela de Chile, Lucila Godoy Alcayaga, ha sido galardonada con el Premio Nobel de Literatura”.

Gabriela permaneció en silencio procesando la noticia, como si estuviesen hablando de una persona que no era ella. Luego se arrodilló frente al crucifijo de su madre.

—Jesucristo, haz merecedora de tan alto lauro a esta humilde hija.

Volvió a sentarse y se quedó una hora con la mente perdida en sus dolores. En esos momentos vivía la tragedia de Yin Yin y estaba al

margen de la vida. Todo le era indiferente. Supo que algunos países americanos habían presentado su candidatura, pero ella no tuvo ni la menor participación en esa idea. Y le daba lo mismo.

Esa noche pensó en la gran cantidad de periodistas que tendría que enfrentar. Ellos hacían su trabajo, lo sabía, pero odiaba las entrevistas. ¡Cuántas veces tendría que explicar que su seudónimo no estaba inspirado en el poeta Federico Mistral, sino en ese viento fuerte que tanto la había azotado en la vida! ¡Cuántas veces había de decirles que ella no era una mujer alegre! ¡Hasta cuándo con las mismas preguntas! *Todo el mundo tiene derecho a ser feliz y también a ser desdichado*, pensó, mirando el retrato nublado de Yin Yin. Y ¿qué iba a decir cuando le preguntaran cómo es que en su propio país no le habían dado el Premio Nacional de Literatura? Tendría que decir la verdad: "En mi país no me quieren".

En Chile, mientras tanto, la noticia corría de boca en boca. "¡Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel! ¡Qué honor y qué vergüenza!".

—¿A nadie se le ocurrió poner a la Mistral entre los candidatos al Premio Nacional de Literatura? —preguntaba Manuel—. ¿No debimos habérselo otorgado a ella en vez de Neruda? Mire el bochorno que estamos viviendo ahora: le han dado el Premio Nobel y medio mundo dirá que los chilenos no supimos reconocer la grandeza de nuestra poeta.

El país atravesaba momentos difíciles. El cáncer de Juan Antonio Ríos se había agravado y la gente estaba asustada esperando que otro presidente saliera de La Moneda en un ataúd de palo. No hubo actos oficiales, declaraciones públicas ni grandes festejos en honor a Gabriela. Le rindieron un homenaje en el Congreso Nacional y, terminado el acto, diputados y senadores se calaron sus sombreros y partieron corriendo a La Moneda para saber si el presidente Ríos había muerto.



La administración de "don Mandantonio" vio los peores años de la guerra y uno de los hitos importantes de su gobierno se produjo

cuando decidió romper relaciones con Alemania, Italia y Japón, los países del Eje.

Manuel Zañartu estuvo al centro de todas las conversaciones. A los setenta y seis años no había disminuido en absoluto su claridad mental. Con la voz calmada del erudito les explicaba a los diplomáticos jóvenes que desde la guerra del 14 Chile tuvo una postura germanófila, pro-Alemania.

—El mundo católico ha detestado siempre el pasado anticlerical de Francia, y Estados Unidos es considerado un mundo exótico, desconocido.

—Pero este presidente ha sido un firme partidario de la neutralidad, don Manuel.

—Sí, pero también le gusta hacer las cosas a su manera.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Lo correcto, lo que siempre debió ser —dijo Manuel—. El presidente adoptará la recomendación de los ministros de Relaciones Exteriores reunidos en Río de Janeiro y romperá con el Eje. Seremos los últimos en unirnos a los aliados, pero yo me alegro mucho.

En el flanco interno el gobierno iba rumbo a ser constructivo y pasar a la historia como una muy buena administración, pero el presidente Ríos enfermó de ese cáncer y su nombre se sumó al de tantos otros que entraron a La Moneda en medio de globos y challas para salir rodeados de cirios y padrenuestros.

Se fue tranquilo y aliviado en medio de la noche del 21 de junio de 1946, y el gobierno fue asumido por el ministro del Interior, Alfredo Duhalde.

## Francisco enamorado

Hacia las once de la mañana el calor era asfixiante, treinta grados a la sombra. Enero infernal. Francisco Zañartu despertó con el corazón sobresaltado. Había pasado horas tratando de conquistar a Margarita García, la prima de Alejandro Pinto, y se acostó pasadas las dos de la mañana. Había entrado a su casa en puntillas, aterrorizado de despertar a sus padres. Su papá le tenía prohibido llegar después de las once y la mentira de los estudios en la casa de la tía de Pinto estaba empezando a gastarse.

Habían pasado la noche en esa casa bailando, charlando, y hasta habían tomado un poco de chicha. "Margarita es dura de hincarle el diente", le advirtió Alejandro, y al poco rato estaba comprobándolo. La muchacha era arisca, un poco prepotente, y lo miraba con indiferencia, como lateada. Pero él no se dio por vencido.

Mientras Francisco persistía en su empeño, Alejandro le recitaba versos de César Vallejo a su polola, Angelina del Río, una muchacha tan seria y compuesta que podría haber sido su profesora de historia.

La voz solemne de su amigo llenaba el ambiente.

*¡Subes centelleante de labios y de ojeras! Por tus venas subo, como un can herido / que busca el refugio de blandas aceras. / Amor, en el mundo tú eres un pecado.*

La escena resultaba cómica. Alejandro con su flaco metro ochenta, su pelo negro crespo y revuelto, sus ojos verdes echando llamas, hincado a los pies de Angelina, toda frágil y bajita, vestida con una modesta falda de lanilla y un chaleco blanco que le quedaba corto. Ella lo miraba entre furiosa y desconcertada. ¿Iba a pegarle un coscacho o a darle un beso en la frente, que tenía a la altura de su boca?

Francisco observaba de reojo los arrestos amorosos de su amigo. Ahora se arrepentía de no haberse aprendido alguno de los poemas que Silvestre les recitaba en Santa Filomena. No conocía ni un miserable poema de memoria, claro que, si supiera alguno, habría preferido morirse antes de hacer el ridículo que estaba haciendo Alejandro. No tenía esa personalidad, era tímido e inseguro, pero debía haber alguna manera de conquistar a la preciosa de la cual se

estaba enamorando. Su primera polola, Sofía Echeñique, lo había plantado por otro y en ese momento creyó que el mundo se terminaba, pero aquí estaba ahora, frente a esta diosa, con la lengua trabada buscando palabras bonitas, alguna frase, algo para impresionarla.

Todo había empezado hacía un mes en la casa de Alejandro en Cauquenes, hasta donde llegó con su primo Felipe. Nomás saludar a los padres de su amigo se fijó en la muchacha que estaba junto al fonógrafo.

—Te presento a mi prima Margarita —le dijo Alejandro.

Tenía el pelo negro y largo hasta la cintura, la cara blanca, como si nunca hubiera tomado un rayo de sol, los ojos pardos un poco caídos, la boca roja como una frutilla.

Conversaron un rato, ella siempre a desgano, con la cabeza en otra parte, contestando con monosílabos y una cara de lata que habría espantado a cualquiera. Después la invitó a bailar rumba y hasta se sorprendió de que aceptara. Estuvieron bailando un rato hasta que ella se declaró cansada y fueron a sentarse al patio. Francisco hacía esfuerzos por dar con algún tema que pudiera interesarle, a ver si la apartaba un poco de ese aire de displicencia y superioridad. Finalmente le contó su aventura de niño, cuando él, su primo Felipe y Alejandro fueron testigos de la matanza del Seguro Obrero en 1938.

—¿Ya estaban metidos en política? Yo pensaba que el bicho de la política los había picado ahora último —se rio ella—. No me digas que están revolviéndola desde ese tiempo.

—No me refiero a ese tipo de participación; no éramos más que un par de cabros chicos, pero nos tocó presenciar el asesinato de un carabinero que estaba al lado nuestro. Íbamos a mi casa después del colegio. La familia de Alejandro vivía aquí en Cauquenes, pero a él lo habían mandado a la casa de su tía en Santiago… Bueno, tú eres su prima, tú sabes.

—No sabía que se hubiera ido a Santiago tan chico. Nosotros vivíamos en Concepción. Pero ¿quién mató al carabinero? —

preguntó ella, volviendo a la conversación de antes.

—Un nazi.

—¿Llegó y le disparó? ¿Delante de toda la gente?

—Los nazis se estaban tomando la universidad y el edificio del Seguro Obrero —dijo él, contento de haber dado con algo que parecía interesarle—. Yo vi cómo uno de ellos levantó el brazo y disparó y el carabinero cayó al suelo con la cabeza reventada.

—¡Oh, que cosa más terrible! —exclamó Margarita llevándose ambas manos a la cara, y él se la habría comido a besos.

Más adelante se enteró de que Margarita estaba de visita en Santiago por tres semanas y la invitó a salir. El martes fueron al biógrafo, pero no se atrevió a tomarle la mano. Y la noche anterior habían vuelto a conversar; sin embargo, Francisco no encontraba las palabras: ¿cómo decirle que quería ser su novio? ¿Tendría que partir dándole un beso o el beso venía después? ¿Y se lo daba en la boca o en la mejilla? Tampoco se atrevía a preguntarle a Alejandro, que era más avezado; no fuera a quedar como un idiota. De los puros nervios se le pasó un poco la mano con la chicha. Lo había echado todo a perder.

Ahora abría un ojo y, en el momento en que se abría también su conciencia, su padre entró en la pieza.

—¡Flojo! ¿Usted no piensa ir al colegio? ¿Qué hace en la cama un día jueves a las once de la mañana? Si no es porque tuve que volver a buscar mi maletín, no me entero. ¡Se me levanta ahora mismo!

—Las puertas del colegio están cerradas, papá.

—No importa. ¡Va a ir igual! Se queda parado en la vereda. ¡Apúrese! Lo espero en el auto.

Francisco estuvo media hora parado frente al instituto y, cuando calculó que su padre habría llegado al diario donde trabajaba como abogado, se dirigió hacia la plaza Bulnes. No iba a quedarse parado

frente al colegio todo el día.

Al llegar a la plaza se topó con una gigantesca concentración. Había unas tres mil personas gritando consigas, las banderas al viento y pancartas con la hoz y el martillo.

Francisco se abrió paso entre la gente buscando una manera de salir por el otro lado, y cuando se encontraba en medio de la muchedumbre irrumpió la policía. Se armó una batahola. Las balas silbaban, llovían palos, empujones, golpes de culata. Francisco divisó a un grupo de jóvenes portando un estandarte de las Juventudes Comunistas y se acercó a ellos. Fue todo muy rápido. No alcanzó a darse cuenta de lo que había pasado cuando vio caer a una de las muchachas que sujetaba un palo del estandarte. Una bala le había dado en la frente. Quedó tendida a sus pies. Francisco la tomó por las axilas e intentó alzarla. "¡Ramona, Ramona!", gritó otro de los jóvenes, e inmediatamente se corrió la voz: habían matado a Ramona Parra, la dirigente de las Juventudes Comunistas.

Los ojos paralizados de la joven, la sangre saliendo por encima de las cejas, la espuma amarillenta que brotaba de su boca… El espectáculo de la muerte era horroroso.

Francisco logró escapar del lugar y llegó de vuelta a su casa llamando a gritos a su mamá.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no estás en el colegio? —preguntó Gregoria, asustada.

Francisco le contó lo que había presenciado y la hizo jurar que no le diría una palabra al papá.

—Francisco, tienes diecisiete años, ya no eres un niño chico, esta es la hora de la responsabilidad, te queda un año de colegio y luego viene la universidad. ¿Me quieres explicar por qué estabas en esa marcha en lugar de estar en clases?

—Mamá… —Enseguida le contó de la reunión hasta tarde en la casa de Pinto y sus intentos por conquistar a Margarita García.

Gregoria no le dio mayor importancia a la concentración ni a la

muerte de la dirigente: los comunistas salían a la calle a cada rato y no había día en que no muriera alguien en medio de las peloteras. Pero sí le llamó la atención la historia de Francisco con la tal Margarita García. A su juicio, Sofía Echeñique era una niña encantadora, de familia conocida. Cuando supo que Francisco la había invitado al biógrafo, se regocijó ante la idea de que pololearan y por única vez en la vida escuchó a Pablo estar de acuerdo con su hijo. A él también le gustaba Sofía Echeñique; conocía mucho a su padre, Ignacio Echeñique, un buen hombre, una familia de gente bien.

—¿No estabas pololeando con Sofía Echeñique?

—Sofía me plantó, mamá. Está saliendo con uno mucho mayor que tiene una ranchera y parece modelo de revista americana.

Gregoria frunció el ceño.

—¿Y quién es esta Margarita García?

—Es prima de Alejandro. Vive en Cauquenes y está de visita en Santiago.

—¡Cauquenes, Cauquenes! ¿Qué diablos le pasa a esta familia con Cauquenes? Por favor, no me digas que te vas a enamorar de una provinciana.

—Eso nunca se sabe, mamá, pero a mí me gustaría estudiar en Concepción, con Alejandro, y a lo mejor puedo encontrar un trabajo en Cauquenes.

—¿Estudiar en Concepción? ¿Y por qué no en Santiago?

Francisco no contestó.

—¿Acaso no hay carrera de Biología en la Universidad de Chile, aquí? —preguntó Gregoria.

—La de Concepción es muy buena —dijo Francisco—. No veo qué tiene de malo la provincia. El papá de Alejandro es uno de los mejores abogados de Cauquenes, su abuelo fue alcalde muchos años y su abuela era amiga de la tía Rosario.

—Escúchame bien, Francisco. Nada de esto le va a gustar a tu papá. ¿Tú crees que no sabe que Alejandro Pinto anda metido en las Juventudes Socialistas?

—No sé si sabe, mamá. En todo caso, a mí me da lo mismo. Yo también estoy metido en la Juventudes Socialistas.

Gregoria sintió que le faltaba el aire.

—¿Qué estás diciendo?

—Mamá, en mi colegio somos muchos los que pensamos así.

—Eres un comunista. A tu papá le va a cargar todo esto, hijo, ya sabes cómo es.

—Es que usted no entiende nada de política, mamá. Ser socialista es algo muy distinto. Los comunistas son más papistas que el papa; usted los oye discursear y es como escuchar a un peón de los rusos. Yo jamás apoyaría a un partido que está más preocupado de lo que pasa en la Unión Soviética que en Chile. Pero, mamá, si usted hubiera visto cómo los apaleaban en la plaza y la manera tan bestial en que mataron a esa muchacha, si hubiera estado ahí… no sé, tal vez hablaría de otra forma.

La represión había sido brutal y tuvo consecuencias serias, entre ellas una huelga nacional que inmovilizó al país durante días, la renuncia del ministro de Obras Públicas, Eduardo Frei Montalva, y la de varios ministros radicales y democráticos.

Tal como en veces anteriores, la muerte de la dirigente ensangrentó el corto gobierno de Alfredo Duhalde, quien rápidamente llamó a elecciones presidenciales.

## No va a pasar nada

Manuel y Arturo Alessandri se encontraron a la hora del almuerzo en el Club de la Unión, algo que hacían todos los jueves. “Tenemos

que hablar, Manuel; me están criticando a rabiar y no sé si estoy haciendo lo correcto".

Los tiempos estaban revueltos. Era necesario organizarse para las elecciones que se venían encima. Sorprendiendo a todos, inclusive a Manuel, Alessandri se había presentado como candidato y ahora, sentado frente a una escalopa y una copa de vino, Manuel se veía en la obligación de decirle lo que pensaba de su candidatura.

—Creo que cometes un gran error, Arturo. Mi consejo es que des un paso al lado. No vaya a pasarnos lo mismo que en 1942, cuando por apoyar a Juan Antonio Ríos se dividieron los votos de los liberales. Tú sabes que vas a dividir el voto.

—Me alegra oírtelo decir. Voy a sacarte de inmediato la preocupación de la cabeza. Pienso ceder el puesto a mi hijo Fernando. Yo no voy de candidato. Ya lo hemos hablado y Fernando está de acuerdo.

Manuel sintió que la silla tambaleaba debajo de su cuerpo.

—¿A tu hijo Fernando? ¡Pero, hombre, por Dios! Eso sí que va a dividir el voto de la derecha. Los conservadores jamás van a apoyar a Fernando.

—¿Y a quién van a apoyar según tú?

—A Eduardo Cruz-Coke, obviamente, y eso sería pasarle en bandeja la elección a Gabriel González Videla.

—Bueno, y si llegara a suceder lo que dices, ¿qué tanto escándalo? Serían seis años sin mayores bochinches y a lo más aprenderíamos a bailar rumba.

En aquellos años, Chile era una república tambaleante, caminando hacia el progreso con las dificultades de un país pobre, apenas una franja de tierra aprisionada entre un muro de piedra y las aguas del mar. Pero al fin y al cabo era un caminar en democracia que enorgullecía a sus habitantes. El Congreso había funcionado ciento veinte años sin interrupción y esto no pasaba en todas partes. Mientras los países vecinos padecían revoluciones y alzamientos

que terminaban en asonadas militares, los chilenos, olvidando que tenían una historia llena de ruido de sables, dictaduras y variadas hecatombes políticas, se felicitaban por su sistema.

—La nuestra es una democracia sólida gracias a que contamos con fuerzas armadas no beligerantes. Somos un ejemplo de estabilidad. Los ingleses de Latinoamérica, la Suiza del Cono Sur.

—Quédate tranquilo, Manuel. No va a pasar nada.

## ¡Ay, chiquitita de mi alma!

Estaba llegando la noche en Veracruz. Era el otoño de 1946. La humedad se hacía insoportable y la lluvia que caía a torrentes machacaba las tejas de la casa. *¡Dios mío, qué clima tan odioso!* Gabriela dejó la carta que había empezado a escribirle y se miró en el espejito mexicano que Doris le había regalado antes de partir. "Yo me llevo uno igual, chiquitita; cuando te mires, me vas a ver a mí". Pero en vez de ver a Doris vio sus ojos cansados. Se sentía enferma. No del cuerpo, sino del alma. La muerte de Yin Yin la había dejado sola y amargada. *Ay, amigo mío*, le escribía a Manuel, *de este destrozo íntimo yo no podré rehacerme: él era el aroma, la llama dulce de mi vida.*

Gabriela se sintió huérfana de todo hasta ese bendito mes de marzo de 1946, cuando fue invitada por el Barnard College a dar una conferencia. Allí vio a Doris Dana por primera vez: una joven poeta y ensayista que estaba trabajando con Thomas Mann. Encantadora y amable, se rindió admirada a sus pies; la adulaba, la ayudaba en todo, "maestra", la llamaba. Eso fue lo único que vio en ella ese día. *Dios es mi testigo*, se decía ahora frente al espejito, *fue Doris quien vino a mí, fue ella quien lo inició, ella encendió la llama; yo estaba sola, se me había muerto la persona que más quise en la vida, me encontraba lejos de mi valle, de mi lengua, de mis costumbres, y apareciste tú, vida mía. Hoy siento que te me vas, que mi orfandad se ahondará, ¡pero si llevamos juntas tan poquito tiempo! ¡Ay,* cara *Deina, Dorisita, chiquita mía, no me abandones también tú…!*

Leyó: *…quiero verte, luz mía, claridad de mis ojos, único gozo mío, sostén de mi torpeza y mi invalidez, y mi sonambulismo. Tú eres mi único apoyo en este mundo, y mi única razón de vivir, óyelo, óyelo…*

Rompió la carta con un gesto de hastío. Estaba desesperada. Doris no le escribía. Hacía un mes se había marchado de Veracruz rumbo a Nueva York, esa maldita ciudad suya, ciudad loca, ciudad enferma, ciudad de gente mala, y ni una sola palabra. Ni una. Podría estar enferma, incluso muerta, y ella sin saberlo.

Tomó la pluma de nuevo. *Vida mía, yo te pedí una cosa humilde: diez líneas, diez cada tres días. No te pedí más que eso y eso no me lo has dado. Tú no me conoces todavía bien, mi amor. Tú ignoras la profundidad de mi vínculo contigo. Dame tiempo, dámelo, para hacerte un poco feliz.*

Rompió esta carta también. No debía presionarla, se molestaría. Tenía que ganarse su amor y su confianza, no su odio. Nada de exigirle cartas. Doris era cambiante, su ánimo era demasiado alterable; por momentos parecía un ángel, su carita perfecta, su sonrisa preciosa, sus modales de princesa, ese cuerpo como un álamo joven, y al rato siguiente se nublaba y se convertía en otra. A veces no mediaba ni un gesto, ni una palabra, y todo su encanto se esfumaba y en su rostro aparecía una expresión hosca. Cualquier cosa la irritaba.

Después de esos primeros meses en que diera rienda suelta a su pasión, si de algo no le cabía duda a Gabriela era que Doris era la persona más compleja de cuantas había conocido. Le preocupaban sus cambios de ánimo y sobre todo el trago. ¿No había encontrado en su pecho un refugio? ¿No había hecho todo por ayudarla? ¿No la había cobijado como una amante, como una amiga y hasta como una madre? ¿Por qué este silencio? ¿Cuál era el afán de castigarla con semejante indiferencia? ¡Un mes y ni una sola letra!

Cogió otra hoja de papel.

*Mi vida: tú eres de una raza que se controla; yo no. Tú estás segura de mí; yo no tengo seguridad alguna de ti. Pero hay más, yo necesito de tu presencia de una manera violenta, como el aire. Parece que estuviese viviendo una asfixia. Es eso exactamente. Tal vez fue locura muy grande*

*entrar en esta pasión. Cuando examino los primeros hechos, yo sé que la culpa fue enteramente mía. Yo creí que lo que saltaba de tu mirada era amor y he visto después que miras así a mucha gente. Loco fui, insensato: como un niño, Doris, como un niño.*

*Tu Gabriela*

En 1949 le escribía:

*Yo he pagado mi culpa, Doris Dana. Mi culpa fue forzarte al amor, sin que hubiese una sola chispa en ti de amor. Eso es lo que he pagado. Tú nunca habrías hecho lo que yo hice por tenerte. Pero eso no fue hecho por otra cosa, fue un amor violento de alma y cuerpo.*

*Gabriela*

En 1950 le confesaba:

*Yo tengo un terrible complejo de inferioridad, y de duda, y de celos, y de fracaso en el amor.*

*Tu Gabriela*

En 1951 le preguntaba:

*¿Dónde estuve yo contigo? ¿Dónde yo fui tu compañero de toda la vida que me cuesta un tormento tal perderte? Doris mía o de otro y de quien yo necesito tan violentamente.*

*Gabriela*

En 1952:

*Tú eras todo y me he quedado vacío, sin rumbo, sin fervor por nada. Un abrazo fiel, fiel, fiel.*

*Gabriela*

“Gaviota borrachita de aire y de luz, querida mía”, le decía al año siguiente, “tengo diez mil dólares ahorrados, mi Deina”, y le proponía comprar juntas una casa con un huerto, donde ella quisiera, en cualquier país, en cualquier lugar que no fuera Chile ni

Nueva York, *porque en Chile no me aman y Nueva York es una ciudad imposible para mí. Podría ser cerca del mar, Dorisita, aunque yo prefiero el campo.*

*Tu Gabriela*

Después de años de vagabundeo por el mundo, esperar cartas de Doris, reclamar su presencia y sentirse dichosa cuando aparecía con la dulce sonrisa y el cuerpo de álamo joven, Gabriela compró una casa que sería su residencia definitiva en Estados Unidos, cerca de Nueva York, en Roslyn Harbor, un barrio de Long Island. La casa se encontraba en un lugar aislado, rodeada de árboles. Allí empezó a sentirse mal; la atacaban fuertes dolores de estómago, perdía peso de manera alarmante y llegó el día en que la muerte apareció en su rostro.

—Tiéndete, Gabriela. Tú no estás para trabajar tantas horas seguidas —le rogaba Doris al verla porfiadamente sentada a su escritorio puliendo su libro.

—No tengo tiempo para estar en cama, Dorisita. No me queda. Quiero terminar la segunda parte de *Lagar* antes de morirme.

La Asociación Panamericana de Mujeres la invitó a dar una charla. Ya estaba muy enferma. Le costaba caminar y subió al podio con gran dificultad. Hacia el final de su exposición dejó de lado el papel que estaba leyendo y miró hacia al público.

—Voy a morir en un país sin nombre.

Unas semanas más tarde entraba al General Hempstead Hospital de Nueva York, gravemente enferma de un cáncer al páncreas.

No murió en un país sin nombre, pero lo hizo en una ciudad que odiaba, de la mano de la mujer que amó con locura, lejos de su valle y de los niños pobres del Elqui, a quienes dejó parte de sus derechos de autora. Su cuerpo fue trasladado a Chile y enterrado en Montegrande, el único lugar donde fue feliz.

Con el tiempo los chilenos aprenderían a quererla y poco a poco se

irían cumpliendo las palabras de su propio verso.

*Los huesos de los muertos*
*pueden más que la carne de los vivos.*

## El presidente bailarín

Largo y empedrado fue el camino que recorrió Gabriel González Videla desde los días de su infancia en La Serena, donde jugaba con su amigo Ricardo Latcham entre los chirimoyos, papayas y lúcumas de su modesta casona de tejas, hasta su entrada en La Moneda como presidente de Chile. De estudiante pobre a hombre de fortuna a presidente del país, pasando por estudios de abogado en la Universidad de Chile, periodista de *La Nación* de Eliodoro Yáñez, firme partidario del León, diputado radical, presidente de su partido, diplomático en Europa, promotor del Frente Popular.

Así y todo, contaba, lo más importante de su vida era Rosa Markmann, la Miti. Sin ella habría sido un jugador empedernido y quién sabe cuántas cosas más. La Miti era cosa seria. Una noche se tramó a pedradas contra las ventanas del Club de la Unión, donde su marido estaba perdiendo una fortuna jugando al bacarat. “¡Que salga inmediatamente de ahí!”. Otra vez apareció con un carabinero en la casa donde Gabriel seguía jugando. Y después, cuando la policía de Ibáñez llegó hasta su casa para arrestar a su marido, la Miti se apostó en la ventana y se puso a dispararle al uniformado. “¡Mi capitán, hay una loca disparando!”, gritó el hombre, y salió arrancando más que ligero.

—Sin la Miti yo nunca habría dejado el póker y no sería quien soy ni habría llegado a ninguna parte.

Rosa Markmann era hija de un alto funcionario del Banco de Chile, un hombre rico a quien no le gustó la idea de que su hija se pusiera de novia con “este buen muchacho sin ningún porvenir”. El chiquillo era inteligente y simpático; Rosa le contaba a su padre que no había más que verlo bailar para enamorarse de él. “Hijita, bailando no se pagan las cuentas, sino con dinero contante y

sonante, y este muchacho tiene bastante con mantener a su familia en La Serena, ¡son dieciocho hermanos, hija!; y entiendo que el padre está enfermo, ¿me quieres decir con qué plata podría mantenerte a ti?".

Gabriel era el mayor de los hermanos. El negocio de su padre había quebrado; don Gabriel González Castillo estaba paralizado por una trombosis y cada peso que ganaba Gabriel lo destinaba a su familia. Pero él se había enamorado de la Miti y se puso a la tarea de conquistarla como fuera. El primer sacrificado, su violín, fue a parar a la casa de empeño seguido de un abrigo y uno de los dos ternos que tenía. Después de mucho regateo el prestamista se lo devolvía arrugado y fétido.

Con su terno pasado a naftalina invitaba a la Miti a su pensión, donde había un piano. Gabriel era un eximio pianista. Se sentaba en el taburete y le tocaba canciones románticas. Luego se acercaba al fonógrafo, colocaba "La viuda alegre" y entonces venía la demostración del mejor de sus talentos: el baile. Volaba por los aires con la Miti entre sus brazos, levantando una pierna por acá, un paso al lado con gracia, dos atrás, dos adelante y media vuelta…

Hasta que la conquistó.

Había llegado al poder el 24 de octubre de 1946. Dos meses antes, de pie en el salón del Club Radical de La Serena, la sonrisa amplia de dientes grandes y blanquísimos, se declaró firme partidario de integrar al Partido Comunista a su gobierno. No habría fuerza humana ni divina que lo apartase del pueblo.

—Sin el concurso del Partido Comunista yo no sería el presidente de la República.

Los problemas con los comunistas se presentaron desde el comienzo de su gobierno. No le gustaba Ricardo Fonseca, el nuevo secretario general.

—Este hombre me va a dar dolores de cabeza. Tiene un carácter sibilino, es arrebatado, muy distinto de Carlos Contreras.

—Contreras es un bruto, tú mismo lo has dicho —le recordó Miti.

—Será bruto, pero es franco. Este otro es un culebrón.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. Se levantó de la cama cuidando de no despertar a la Miti y se dirigió en bata de levantarse a su despacho. Encendió la lamparilla que había en su escritorio. La tenue luz iluminó el rostro de Bernardo O'Higgins. Gabriel alzó la vista y se topó con la mirada indiferente del libertador.

—Los comunistas me van a joder la pita, lo sé; tal vez ha sido un error sacar a Contreras de la Secretaría General del partido. Es una lástima que usted no pueda hablar, general… me pregunto qué hubiera hecho en mi caso.

Después se asomó por la ventana. La noche estaba tranquila. No había un alma en la calle. El presidente sonrió. Súbitamente su ánimo había cambiado. Vislumbraba una salida al problema. De vuelta en su escritorio puso un disco que le había obsequiado el embajador de Brasil. Esa música lo fascinaba. Se le iban los pies. Con gusto se habría puesto a bailar, pero temió que apareciera la Miti y lo pillara bailando samba. *Sí, puede ser una buena salida.* Volvió sonreír.

Esa tarde había sostenido una conversación con el senador Allende. Este lo había informado de un acto que estaba organizando en el teatro Caupolicán.

—Vamos a denunciar con fuerza el totalitarismo del Partido Comunista —le dijo. Allende proponía sanciones para los comunistas, que, en su afán de alinearse con la Unión Soviética y no con las necesidades del pueblo chileno, se estaban convirtiendo en una secta totalitaria—. Los denunciaremos con todas sus letras, presidente. Y cumplo con mi deber de decirle a usted, en su cara, que también responsabilizaremos a su gobierno por darles carta blanca y apoyarlos.

—Mi gobierno no apoya nada de lo que está exponiendo, usted, senador —le había dicho él, pero, una vez que Allende se marchó, se quedó pensando. Tal vez sin darse cuenta, el senador le estaba indicando una salida: su gobierno no podía confiar en un partido para el cual las directivas de Moscú eran más importantes que las necesidades del pueblo chileno. En todo caso, no podía echarlos en

este momento. Había que esperar. Lo inteligente era dar el zarpazo en el minuto apropiado, con el respaldo del resto de la izquierda y del país.

—Gabriel, por favor —dijo la voz irritada de Miti—; son las tres de la mañana. Vamos a partir a La Serena dentro de cuatro horas. ¿Me haces el favor de dormir aunque sea una hora? Apaga esa samba, por el amor de Dios. Y otra cosa, Gabriel: el capital Morales quería saber si vas a llevar la orquesta esta vez.

—¡Pero si eso está arreglado! El propio Morales quedó a cargo del transporte de la orquesta.

Le gustaba viajar con su orquesta. Algo que irritaba sobremanera al comandante en jefe desde el baile en Valdivia, cuando el presidente sacó a bailar a una de las señoras y al terminar la pieza se acercó a él sonriendo.

—Yo he bailado rumba con toda clase de acompañantes, pero nunca me había tocado un tanque.

—El "tanque" es mi esposa —dijo el comandante, y lo dejó hablando solo.

## Tati

Eran cerca de la doce de la noche. Tencha había logrado acostar a las niñitas y tuvo que reprender a Tati, quien a sus pocos años ya mostraba un carácter fuerte y decidido. La niña insistía en esperar a su papá despierta aunque los ojos se le estuvieran cerrando de sueño.

Salvador volvió poco antes de la una. Venía eufórico. El acto en el Caupolicán había superado toda expectativa.

—Señora Allende, felicíteme —le dijo al verla en la escalera, arropada en su botón celeste—. ¡Asistieron miles de miles de personas! El teatro estaba repleto. Raúl Ampuero, soberbio. Aniceto

acusó a los comunistas de traicionar al pueblo y Óscar Schnake, a González Videla por su contemporización con la “secta totalitaria”.

—¡Esto va a ser un quiebre serio, Salvador!

Tencha no alcanzó a bajar los tres escalones que faltaban cuando escucharon los golpazos en la puerta. Miró a Salvador y ambos permanecieron quietos a la espera.

—¡Soy yo, Federico!

—¿Qué pasa? —preguntó Salvador abriendo la puerta.

Federico Alfaro entró a la casa, tomó a Salvador por el brazo y lo condujo hasta el living. De un empujón lo dejó sentado en el sofá y, apuntándolo con el dedo, dio rienda suelta a la furia que traía.

—¡Has organizado el acto más traicionero en toda la historia de la izquierda en Chile! No vengo a felicitarte, sino a encararte tu miseria política.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De los discursos que van a quedar en los anales de la historia como los más pequeños y mezquinos. ¿Raúl Ampuero diciendo que el Partido Comunista ha llevado a los obreros a su total bancarrota? ¿Óscar Schnake llamándonos “secta totalitaria”? ¿Y ese traidor de Aniceto Rodríguez diciendo que estamos tratando de liquidar la industria extractiva? ¿Se han vuelto locos, Chicho? Nosotros somos marxistas-leninistas, no unos vendidos al capitalismo yanqui.

Salvador se acomodó los anteojos, que habían quedado chuecos con el empujón, y se puso de pie.

—Todo lo que dijeron mis correligionarios en el Caupolicán es verdad: el Partido Comunista se ha convertido en una secta de la Unión Soviética. Este es Santiago de Chile, no es Moscú, y, te guste o no te guste reconocerlo, los comunistas chilenos han perdido el rumbo convirtiéndose en lacayos del Kremlin .

—Con estas acciones, carentes de toda lealtad con una izquierda consecuente, lo único que hacen es entregarle a la derecha su mejor

argumento en contra nuestra. ¡Te felicito!

—Gracias, camarada —dijo Allende, sonriendo socarronamente.

Federico se dio media vuelta y salió de la casa dando un portazo.

La voz de la pequeña Tati sacó a su padre del estupor en que había quedado.

—¿Qué pasó, papá?

—Nada, Tati. Una rosca con los comunistas. Cuando usted sea grande va a entender. —La tomó en brazos y la subió a su cuarto, donde Carmen Paz e Isabel seguían durmiendo.

Faltaban unos años para que Tati se convirtiera en cómplice política de su padre. Era el chiquillo que no tuvo. Siguió los pasos de su padre estudiando Medicina en la Universidad de Concepción y allí se hizo mirista. Su papá aplaudía sus ínfulas idealistas, pero el MIR lo complicaba; no estaba de acuerdo con su impaciencia ni con sus ideas tan rupturistas. Nunca estuvo de acuerdo con el MIR, pero Tati era fuerte y demandante desde chica y tuvo cierta influencia en su padre, que la contemplaba. Ella fue la hija que a los catorce años salía del Dunalastair corriendo para reunirse con él en una esquina y partir juntos a las poblaciones; la que lo acompañó en las campañas presidenciales a partir de 1958; la que, sentada a la izquierda de Chicho, los domingos, almorzaba tomada de su mano.

## La ruptura

“Para andar con los comunistas y aceptar su compañía lo prudente es conocer el pensamiento del amo ruso”, le había dicho Herriot en París. Las palabras del francés le daban vuelta en la cabeza como un carrusel.

González Videla sabía que tendría que deshacerse de ellos. Leyendo la prensa en La Serena se enteró de la ofensiva socialista en el Caupolicán. Los socialistas habían levantado el lema “Democracia

contra comunismo”. *La Opinión* titulaba: *¡A votar contra el terror comunista!* Desde distintos sectores se manifestaba el hastío con las prácticas del Partido Comunista.

—¿Qué piensas hacer, Gabriel?

—Te lo he dicho mil veces, Miti. Voy a romper con ellos, pero por ahora corresponde apaciguar los ánimos.

Esa tarde pronunció un discurso que tranquilizó a los comunistas, por un rato.

—¡No habrá fuerza humana ni divina que me aparte del partido del pueblo!

Pablo Neruda había sido jefe de su campaña presidencial y recibió estas palabras con una sonrisa.

—El presidente nos ha dado un espaldarazo. Corresponde que le organicemos un recibimiento grandioso. Tú vas a ser el encargado de todo y el orador principal —le dijo a Volodia Teitelboim.

—De acuerdo —aceptó Volodia, y se puso a la tarea de organizar una recepción frente a La Moneda.

Manuel Zañartu se acercó a la concentración con su hijo Pablo. Ambos querían saber en qué plan estaba el Partido Comunista. Manuel nunca había estado de acuerdo en nada con este hijo, pero esta vez le encontraba cierta razón. Si González Videla seguía gobernando con los comunistas, los comunistas acabarían haciendo trizas su gobierno. Los rumores eran confusos: unos decían que el presidente iba a darle la patada a los comunistas y otros, que eran los comunistas quienes pensaban boicotear al gobierno.

Lo que oyeron en la plaza no confirmaba ni lo uno ni lo otro.

—Esto no es más que la misma cantinela de siempre —dijo Pablo, asorochado, porque hacía un calor de treinta grados.

—¡Camaradas! el Partido Comunista viene a saludar al presidente

de la Patria Grande, el presidente de todos los chilenos, el presidente del pueblo, el insigne trabajador que es Gabriel González Videla —discurseaba Volodia—, pero González Videla no es de los que gobiernan desde el Club de la Unión, ni de los que permanecen quietos, correctamente sentados, entre los muros aisladores de La Moneda.

Efectivamente, el presidente no estaba ni quieto ni correctamente sentado en su despacho de La Moneda. Estaba nervioso. Las alabanzas del dirigente comunista, más que halagarlo, lo incomodaban. Tener al Partido Socialista en la oposición no auguraba nada bueno para su gobierno. ¿Y si ganaban las municipales? Si los socialistas se imponían, ¿cómo quedaría él en su empeño por defender la permanencia de los comunistas?

Sus temores se verían confirmados el día de la elección municipal. Los radicales fueron arrasados por el Partido Socialista y el presidente entró en una ronda de reuniones para ver la manera de lograr acuerdos. Se encontró con una verdadera olla de grillos. Los socialistas no querían formar gobierno ni con los comunistas ni con la derecha; los liberales no querían formar gobierno con los comunistas, sino con los radicales, y los comunistas le dijeron que toda esta crisis estaba organizada por el presidente Harry Truman, la garra negra de Estados Unidos y el imperialismo, en complicidad con los reaccionarios y trotskistas, para derribar su gabinete, derribarlo a él y derribar al pueblo en sus legítimas aspiraciones.

Pasó las tres noches que siguieron arropado en su batón de terciopelo, dando vueltas por su despacho. *¡Estoy hasta la coronilla con toda esa gente, me tienen cabreado, ligerito los voy a mandar a la mierda!*

Unos días más tarde la prensa titulaba: *Se formó el nuevo gabinete. ¡Comunistas expulsados del gobierno!*

Aunque González Videla no era santo de su devoción, pues lo encontraba frívolo y liviano, Manuel aplaudió la medida.

El Partido Comunista sacó a su gente a la calle y organizó una huelga de autobuses que dejó cuatro muertos y veinte heridos. Los huelguistas estaban decididos a hacer cumplir lo acordado; el que

no cumpliera, que se diera por muerto. Jorge Moraga, un primo de Ruperto Moraga, desobedeció las órdenes de no trabajar, hizo andar su micro y lo acuchillaron en la garganta. El hombre quedó postrado con la cabeza en el manubrio y los brazos colgando hasta el piso del vehículo.

La noche del día siguiente, el desvelado presidente se paseaba con el diario *El Siglo* en la mano. En primera página y a toda plana aparecía la foto del micrero asesinado y una fuerte declaración del Partido Comunista. Culpaban al gobierno de los heridos y de este muerto en la micro y exigían mano firme para sancionar a los hechores. Volvió a leer y de pronto vio todo rojo. Se puso colérico. Tomó el teléfono y llamó a Darío Poblete, el secretario general.

—Vente ahora mismo a mi despacho. Levántate como estés, te pones un abrigo encima del pijama y te vienes para acá. Te quiero inmediatamente en La Moneda.

Darío Poblete encontró a su jefe en pijamas, preso de una furia descontrolada. Echaba chispas por los ojos y hablaba con toda rapidez: insultos, garabatos, los del Partido Comunista eran unos dementes, unos maricones de mierda, unos imbéciles.

—Cálmese, presidente, por favor; esto vamos a arreglarlo.

—¡Qué cálmese ni qué ocho cuartos! Siéntate y escribe, escribe, escribe. —Y le fue dictando una declaración áspera, descomedida y brutal: traidores, ratas, bufones de mierda—. Y no le cambias ni una coma; la quiero tal cual, a la una en punto, en todas las radios del país. ¿Me oíste?

Poblete abandonó el despacho llevando las quemantes palabras en las manos y corrió a pedirle auxilio a Luis Alberto Cuevas, el ministro del Interior.

—Yo no transmito esto —dijo Cuevas.

—Son órdenes del presidente.

—Serán, pero estas palabras no son dignas del alto cargo que ocupa; con las mismas ideas voy a redactar una declaración menos

insultante.

A la una en punto se leyó una declaración, algo moderada por Luis Alberto Cuevas, pero igual fue un martillazo. Los sueños de amor de Gabriel González Videla con el Partido Comunista habían terminado.

## Un oficial de bajo rango

La guerra iba a ser a muerte.

El Partido Comunista dio la primera batalla con una huelga del carbón.

El presidente los acusó de subversivos, desleales, mala fe, y pidió facultades extraordinarias para controlar la situación.

Zona de emergencia, estado de sitio.

El Partido Comunista respondió organizando otra huelga, ahora con los obreros del cobre de Chuquicamata.

Pliegos de peticiones de Chuqui, Lota, Schwager, Lirquén, Curanilahue.

El presidente se reunió en secreto con el general Barrios, su ministro de Defensa.

—Señor ministro, estamos en una situación imposible de sostener. El Partido Comunista es fuerte y fanático y cuenta con una férrea y disciplinada organización. Me imagino que estará al tanto de que las huelgas están dirigidas desde la Unión Soviética, Yugoslavia y Checoslovaquia.

—Presidente, estoy atento a sus órdenes.

—Quiero que usted y el ministro del Interior se pongan a la tarea ahora mismo. Yo no acepto mediadores ni intermediarios, sean políticos o congresales. Mi decisión es dar la batalla en todos los

frentes, con firmeza y hasta las últimas consecuencias.

El general Barrios se cuadró llevándose una mano a la sien derecha y habló golpeado:

—¡Presidente!, hace tiempo que esperaba una reacción como esta. Cuente conmigo. De inmediato notifico al almirante Holger.

Acto seguido el gobierno rompió con la Unión Soviética, Yugoslavia y Checoslovaquia.

El Partido Comunista organizó una huelga del salitre y del cobre. Se paralizó el mineral de Chuquicamata en el norte y el de Sewell en Rancagua, y suspendieron sus trabajos las salitreras de María Elena y Vergara en Antofagasta, y las de Victoria, Humberstone y Alianza en Tarapacá.

El presidente declaró zonas de emergencia en Tarapacá, Antofagasta, Atacama y O'Higgins y el almirante Holger ordenó tomar preso a cuanto comunista estuviera involucrado en las huelgas, en las manifestaciones callejeras, en cualquier revuelta, y a los que no lo estuvieran, también.

—Esto es demasiado —decía Manuel.

—Mire, papá, si algo bueno ha hecho este presidente es encerrar a los comunistas —retrucaba Pablo.

Las cárceles se llenaron de presos políticos. El presidente ordenó crear el campamento de Pisagua y hasta allá los fueron llevando.

—¿Por qué Pisagua? —le preguntó Miti una de esas noches en que su marido se paseaba en pijamas.

—Porque ese puerto facilita la vigilancia de los presos. No tienen para dónde escapar; el puerto limita con el mar por un lado y con el desierto por el otro. El capitán Augusto Pinochet Ugarte no va a tener demasiado trabajo con estos presos.

—¿Y ese quién es? —preguntó Miti.

—Es el encargado del campo, nadie importante, un oficial de bajo

rango que nadie conoce.

El 3 de septiembre de 1948, el Diario Oficial publicaba la ley 8987, de Defensa Permanente de la Democracia: la Ley Maldita que proscribió al Partido Comunista, eliminando a sus militantes de los registros electorales.

## El poeta perseguido

—¡Esta rata! —gritaba Neruda, enfurecido—. ¡Me las va a pagar! — Y él había sido jefe de su campaña. ¡Si hasta le había escrito una oda que ahora le quemaba la memoria!

*Desde la arena hasta la altura / desde el salitre a la espesura, el pueblo te llama, Gabriel…*

Se sentó frente al pupitre que usaba de escritorio y con la pluma firme en la mano y el corazón encendido dejó salir la rabia que sentía.

*Es González Videla la rata que sacude / su pelambrera llena de estiércol y sangre / sobre la tierra mía que venció. Cada día / saca de sus bolsillos las monedas robadas / y piensa si mañana venderá territorio o sangre. / Triste* clown *miserable / mezcla de mono y rata, cuyo rabo / peinan Wall Street con pomada de oro / no pasarán los días sin que caigas del árbol / y seas un montón de inmundicia evidente / que el transeúnte evita pisar en las esquinas.*

González Videla pidió su desafuero y ordenó su detención.

Neruda se escapó.

El presidente lo hizo buscar como a un criminal.

Neruda se escondió en los cerros de Valparaíso, después en un pueblo del sur, en los bosques, en la selva y en la montaña, hasta que logró escapar por la frontera argentina, y una vez fuera de su alcance siguió atacándolo. “Frívolo, mentiroso, de mentalidad

retorcida".

Nunca se suavizaría el odio que le tuvo.

*En la fauna de nuestra América los grandes dictadores han sido saurios gigantescos, sobrevivientes de un feudalismo colosal en tierras prehistóricas. El judas chileno fue solo un aprendiz de tirano y en la escala de los saurios no pasaría de ser un venenoso lagarto.*



Con el tiempo se reconocerían los aspectos positivos del gobierno de González Videla: el paso de Jorge Alessandri Rodríguez por el Ministerio de Hacienda, que logró controlar la inflación; el hermoseamiento de La Serena; la creación de la Compañía de Acero del Pacífico, sumada a una serie de avances y desarrollo industrial.

Todo aquello quedaría sepultado bajo el odio del Partido Comunista. Los había usado para llegar al poder y, una vez en La Moneda, los barrió del gobierno como quien saca la basura de su casa. Pasaría a la historia con su Ley Maldita y el campo de concentración en Pisagua, donde apareció por primera vez el oficial de bajo rango que nadie conocía.

Veintiséis años más tarde, cuando el oficial de bajo rango convertido en general encabezó un golpe militar y se encumbró como dictador con poderes absolutos, Gabriel González Videla tenía setenta y cinco años; estaba viejo y jubilado de casi todo menos de su último cargo público, vicepresidente del Consejo de Estado, que ejerció hasta su muerte en el mes de agosto de 1980.

## El paso del tiempo

Nicolasa cumplió cincuenta años de vuelta en el palacio que la vio crecer. La vida en la casa de sus padres era una buena vida. Sus padres estaban viejísimos, pero de buena salud y la convivencia era armónica. Las tormentas del pasado parecían diluidas en el tiempo

y nadie hablaba de los días oscuros que había visto esa casa. Su hija Juana era periodista, se había casado y estaba esperando un hijo. De cierta forma el tiempo se había devuelto y entre las viejas paredes del palacio se vivía como si la vida estuviera por pasar. Su matrimonio con Federico yacía enterrado bajo un signo de interrogación. Si bien fue esclarecedor conocer la existencia de Mercedes Castillo y la doble vida de Federico, no lograba entender las razones por la cuales Federico se casó con ella, ni por qué la hizo creer que la quería, o cómo explicarse que no se hubiera separado de ella cuando Mercedes volvió a él. Una vez pensó acercarse a la morgue y enfrentarlo con estas preguntas, pero desechó la idea. Separada de él, vivía tranquila. Lo que nunca hubiera imaginado era que estando sola en una sociedad donde el divorcio no existía y la separación era un escándalo, podría gozar de una libertad que creía patrimonio masculino. Ocuparse de la cocina, cuidar a Juana, ir a la Vega del Mapocho los martes… A eso se redujo su vida de casada, y nunca se le ocurrió pensar que afuera las mujeres se hacían preguntas importantes y el país estaba cambiando.

Su amiga Marta Vergara la invitó a integrar el Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile, donde trabajó promoviendo el voto femenino, que por fin fue ley en el gobierno de González Videla. En el MEMCH se hizo amiga de Elena Caffarena y Angelina Matte. Con Elena pasaba largas horas hablando de Luis Emilio Recabarren, a quien ambas habían conocido de niñas, y aprendió del mundo obrero, donde Elena se movía como en su casa. Pocos activistas conocían mejor el mundo de los trabajadores. Con Angelina Matte y Marta Vergara supo del valor de la lucha por la liberación de las mujeres. Ahora colaboraba con María de la Cruz, quien acababa de ganar el cargo de primera senadora de Chile ocupando el puesto que dejara Carlos Ibáñez del Campo, elegido presidente de Chile por segunda vez.

—Quién hubiera dicho que es posible vivir tan libre y tan feliz sin un hombre al lado —le decía a su jefa.

A María de la Cruz se le iluminaban los ojos lánguidos. Era la fundadora del Partido Femenino de Chile y este era su tema.

—Las mujeres estamos luchando para tomar decisiones sin tener

que pedirle permiso al esposo. Ganamos la primera batalla, la del derecho a voto, pero no hay que cantar victoria. Esto está recién empezando; con mi general en La Moneda vamos a dar pasos de gigante, ya lo verás.

## Los derroteros del destino

El recuerdo de Javiera yacía intacto en la memoria de Manuel; la diferencia con los años anteriores era que ya no le dolía. Pero ahí estaba. Su voz profunda, los ojos negros y brillantes enmarcados por las cejas tan oscuras, el cabello ondulado, su cuerpo de líneas suaves.

Cuando conversaba con su amigo Arturo y los dos viejos examinaban lo que habían sido sus vidas, le hablaba de su trabajo en el ministerio, de la estrecha relación con sus hijos, de la convivencia que tenía con María, y se declaraba en paz con sus decisiones.

—No sé si me atreva a decir lo mismo, Manuel. No sé si estoy en paz con todas las decisiones que he tomado en mi vida. Rosa Ester fue el sol de mi universo y si de algo me arrepiento es de haberla hecho sufrir.

Manuel callaba. De las infidelidades de Arturo se había enterado porque eran escándalos públicos, pero él nunca le confió a su amigo la verdad de su matrimonio.

Esa relación cercana y amistosa de Manuel con sus hijos se prolongó a sus nietos. Los reunía una vez por semana en el palacio. Los sentaba en el sofá del salón y con la ayuda de un mapa de Chile y un puntero les daba clases de historia. Los presidentes, las guerras, los tratados, los movimientos sociales. Después les servía una taza de chocolate con suspiros de monja.

Los nietos recordarían para siempre la erudición de Manuel explicando la Guerra del Pacífico, la revolución del 91, el surgimiento de la izquierda en Chile, la huelga de la carne, la

importancia de Luis Emilio Recabarren.

—A mí lo único que me importaba era que llegaran luego los suspiros de monja con el chocolate —decía Felipe, quien no tenía mayor interés en la huelga de la carne ni el resurgimiento de la izquierda en Chile.

Francisco había cumplido con sus deseos de estudiar Química en la Universidad de Concepción. Pablo no quiso saber nada de una decisión que consideraba descabellada y no le hablaba desde hacía tres años. Manuel se desesperaba. ¡Qué majadero era este hijo suyo! En sus almuerzos en el Club de la Unión intentaba en vano hacerlo ver las cosas con mayor flexibilidad, pero con los años Pablo se había puesto cada vez más intransigente. Desaprobaba todo lo que hacía Francisco. No le hablaba desde que supo que militaba en el Partido Socialista. No quería saber de su vida en la provincia ni de la mujer con la cual se había casado. Si Manuel quería saber de su nieto recurría a su nuera Gregoria, y Gregoria se había hecho experta en taparle todo al hijo para defenderlo de las iras de su padre.

Una noche Gregoria llegó al palacio muy agitada. Era tarde.

—Necesito hablar con usted, don Manuel. —Se fue empujándolo hacia la biblioteca y una vez que estuvieron dentro cerró la puerta con llave.

—Prométame que no le va a decir una palabra de esto a Pablo.

—¿Dónde está Pablo?

—Está en el diario, parece que hubo un problema con unas declaraciones de Salvador Allende. Avisó que iba a llegar de madrugada y yo aproveché de venir. ¿Me promete que no va a decir una palabra?

—Te prometo.

—Francisco y Margarita están viviendo juntos en Cauquenes.

—Yo entendía que Francisco estaba terminando su carrera de Química en Concepción.

—Margarita se quedó esperando guagua y Vicente le consiguió un trabajo a Francisco en Cauquenes. Por suerte alcanzó a terminar su carrera. Oiga, don Manuel, por favor no diga nada; si Pablo llega a enterarse, no sé qué podría hacer. —Gregoria se secó los ojos, que se le habían llenado de lágrimas.

—¿Lo sabe Nicolasa?

—Yo le pedí que guardara el secreto. Don Manuel, Pablo no puede enterarse de esto, no todavía, yo veré la manera de decírselo. La guagua nació hace cuatro meses; se llama Emiliano.

—¿Me estás diciendo que Pablo tiene un nieto y no lo sabe? —Gregoria tragó saliva mientras su suegro la tomaba de las manos—. Hay que decírselo a Pablo; si tú no lo haces, tendré que hacerlo yo.

—Me va a matar, don Manuel.

—¿Y qué culpa tienes tú? Quédate tranquila. Yo hablaré con él. Ya sabemos que su mate es un ladrillo, pero voy a tratar de abrirle un portillo en la cabeza. Tú no te metas, vamos a decirle que no sabías lo del niño.

—Eso es imposible. No lo va a creer.

—¿Y tú? ¿No has conocido a tu nieto?

—Desgraciadamente, no. Yo fui a Concepción el año pasado, poco antes de que se fueran a Cauquenes, pero Pablo cree que fui al campo a ver a mi papá.

Gregoria le ocultó a su suegro lo que pasó en ese viaje.

El tren llegó adelantado y, como era demasiado temprano y Margarita estaría todavía en su trabajo, se fue caminando a la dirección que Francisco le envió por carta.

Al llegar a la reja de la casa vio a Margarita con un hombre en el patio. Estaban abrazados. Ella se hizo la desentendida. Nunca lo comentaron y Margarita no se dio por aludida, pero las dos sabían lo que ella había visto y las cosas quedaron así. Pasó una semana debatiéndose entre decirle algo a Francisco o no. ¿Qué hacía

Margarita con ese hombre? ¿Y quién era él? Finalmente decidió no meterse; era un problema que debían arreglar entre ellos. Pero cuando recibió la noticia del nieto no pudo dejar de preguntarse cuál de los dos sería el padre. De inmediato se espantó el pensamiento. Francisco estaba recién instalado en Cauquenes, tenía un buen trabajo y la llegada de Emiliano parecía haber puesto las cosas en su lugar.

Alejandro Pinto fue el padrino de la guagua. Había sido el gran amigo de su hijo desde que eran niños y Gregoria le tenía cariño. Pablo, en cambio, lo culpaba de haber alejado a Francisco de Santiago y, si hubiera sabido que esos dos se aprontaban para trabajar juntos en la candidatura presidencial de Salvador Allende, le habría prohibido a Gregoria visitarlo.



Por ese mismo tiempo —eran los comienzos de 1950— Silvestre compró San Ignacio, un fundo de buenas proporciones cerca de Cauquenes. Javiera tenía setenta y dos años y Silvestre era unos años menor, pero los dos se sentían viejos y no tenían ninguna gana de mudarse de la zona de Curicó. Habían hecho toda una vida en Santa Filomena y ambos querían que sus huesos quedaran enterrados debajo de la higuera. Silvestre se entusiasmó con la compra de San Ignacio porque el dueño estaba quebrado y se lo había ofrecido a un precio ridículo.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Javiera—. ¿Por qué no contratas a Felipe para que te lo administre?

Se encontraban en el corredor. La tarde había caído hacía un rato y la noche se anunciaba tibia y clara.

—¿Y Felipe sabe algo de campo?

Silvestre quería entrañablemente al hijo de Vicente y Vicente había sido como un hijo para Javiera, pero no se le había ocurrido pensar que el joven supiera de campo.

—Nadie sabe nada hasta que lo aprende. Mírame a mí misma. Lo

importante es que le gusta. Rosario me contó que anda buscando un fundo cerca de Cauquenes para administrar.

Un año después de esta conversación, Silvestre se alegraba de haberle hecho caso a su mujer. Felipe resultó un administrador de primera. Era perceptivo, olfateaba en el aire las tormentas, las sequías, las heladas, había aprendido el teje y maneje de los campos y se las ingenió para comprar la tierra aledaña a San Ignacio, donde estaba plantando una viña. Silvestre se miraba en él y admiraba a Felipe más que a su hijo, a quien consideraba un zángano.

Para Francisco, la llegada de Felipe a San Ignacio fue una fiesta. No se habían visto en un año. Los dos primos se abrazaron.

—¡Cómo le va al socialista! —exclamó Felipe riendo—. Ha pasado tiempo sin vernos, primo. Te he echado de menos.

—No sabes cuánto me alegra que vengas a quedarte por estos lados.

—Estoy contento y agradecido a Silvestre y a la tía Javiera; este trabajo me viene como anillo al dedo.

—¿Vas a hacerle arreglos a la casa?

—Está en perfectas condiciones, solo hay que cambiar una parte del techo y uno que otro detalle. Estamos pensando instalarnos aquí en cuanto quede todo listo. Esta será nuestra casa, primo.

—¿Nuestra?

—*Ssshhh*… Todavía no lo anuncio oficialmente.

—¿Y cómo se llama la afortunada?

—Luciana Echeñique.

—¿La hermana de Sofía?

Francisco recordaba vagamente a su primera polola, de quien nunca más supo nada.

—La misma. ¡De veras que tú pololeabas con Sofía! Pero eso fue hace una eternidad.

—Yo tenía quince y Sofía más o menos la misma edad. Se me fue con uno que estaba en la universidad y era mucho mayor. Recuerdo que estuve llorando escondido en mi pieza. Me pregunto qué habrá sido de ella.

—Se casó con Eliodoro Silva, un tipo forrado en plata, gerente general de una compañía norteamericana en Chile, pero las cosas entre ellos andan mal desde hace mucho tiempo. Fue él quien te la levantó, ¿verdad?

A Francisco le pareció ver al universitario mucho mayor, su cuerpo de atleta, el pelo rubio y la cara tostada por la nieve de Farellones. Ya entonces parecía millonario de revista con sus mocasines argentinos y el suéter de cachemira rojo con cuello en punta. Provenía de una familia poderosa, estudiaba en la Universidad Católica y manejaba una ranchera. Sofía quedó encandilada con ese joven como de póster. Él parecía una pulga a su lado, todo flaco y bajo, con su pantaloncito gris y sus zapatones de colegio.

—¿Cómo sabes que andan mal? ¿Eres amigo de Eliodoro?

—A mí me carga; es un tipo muy arrogante y turbio, riquísimo, no tanto por mérito propio, sino porque su padre es millonario: Anastasio Silva, dueño de minas en el norte. Son cosas que me cuenta Luciana. Al parecer este hombre no tiene ojos ni corazón para nada que no sean sus negocios.

Francisco arrugó el entrecejo y trató de recordarla, pero su rostro se había esfumado en el tiempo.

—No creo haber conocido a Luciana, pero recuerdo que Sofía no hacía otra cosa que hablar de su padre, tu futuro suegro.

—Ignacio Echeñique. Es democratacristiano y muy católico. En esa casa se reza el rosario todas las tardes y él es de comunión diaria. Todavía no le hemos dicho nada. No sé si este vecino le pareceré el novio adecuado para su Luciana. En cualquier caso, él hará lo que a Luciana se le frunza. Adora a sus hijas, parece que es muy buen

padre y ha sido mamá y papá; su mujer murió cuando nació Luciana.

—¿Cómo es Luciana?

—Te va a gustar; es especial, habla con las abejas. No me mires con esa cara… no tiene nada de loca. Es una campesina de tomo a lomo y, en ese sentido, especial para mí.

## Romance de atardecer

Los días en el fundo de Ignacio Echeñique se sucedían con una calma que solo los gritos de los queltehues lograban desbaratar un poco.

La casa había sido construida por el bisabuelo de Ignacio. Enteramente de adobe y paja, sus muros pintados a la cal tenían un metro de grosor. En esas piezas enormes, con piso de madera y techos tan altos que las vigas desaparecían en la oscuridad, se podía pasar horas en un silencio total. Los cuartos eran frescos en los meses de calor y helados como piedra en los de invierno. En las tardes de verano era una delicia recostarse en las camas de bronce con sus colchas de algodón. La siesta duraba a veces dos horas, arrulladas por el zumbido de uno que otro moscardón que se colaba entre los postigos.

Luciana amaba esa paz. Volver del colegio a su casa era volver al paraíso. Odiaba el internado de las monjas francesas y, aunque tenía buenas amigas, pasaba la semana contando los días hasta el viernes. Tocaba la campana y salía corriendo a subirse al Fiat de su papá, donde la esperaba el chofer que la llevaría al campo. El viaje era largo, casi toda la noche, pero la sola idea de llegar a su campo la mantenía en una grata duermevela estirada en el asiento de atrás.

Su padre se moría por ella. En la madrugada del sábado, siendo noche todavía, cuando se vislumbraban las luces del auto que traía a su hija, Ignacio Echeñique se levantaba de un salto y corría hasta el barón para recibirla y apretarla entre sus brazos como si hubiese

vuelto de la muerte.

—¡Papá! Ni que lleváramos tanto tiempo sin vernos —se reía Luciana.

Luciana dormía en un cuarto gigantesco al lado del de su padre. Ahí estaban su radio, la estantería con sus libros, su caña de pescar arrimada en un rincón, su guitarra y una concha con forma de caracol que Sofía le llevó de regalo a la vuelta de su luna de miel en Río de Janeiro.

A Luciana no le gustaba Eliodoro Silva; no lograba entender qué era lo que su hermana había visto en esa especie de figurín de revista. Nadie iba a negar que tenía buena pinta, unos ojos increíbles, azules como el agua del mar, pero ella lo encontraba frío y pagado de sí mismo. Era justamente lo opuesto al hombre con quien a ella le gustaría casarse.

—¿Y cómo es el hombre con quien te gustaría casarte, hijita? —le preguntaba Ignacio lleno de curiosidad.

—Yo me voy a fijar en dos cosas, papá: la voz y el corazón. Debe tener una voz profunda, sensual, que hable de cosas poéticas, y ser bueno. Como Rodrigo. Si no, no me interesa.

—¿Rodrigo? ¿Cuál Rodrigo, hija?

—Rodrigo Pérez de Alba… No ponga esa cara. Rodrigo está enamorado de su secretaria, Minerva Flores, pero no se puede casar con ella porque Minerva es pobre, anda en micro y mantiene a su papá ciego, y Rodrigo es el dueño de la empresa y anda en Cadillac.

—*Romances de atardecer*. Ya estás pegada a esa siutiquería otra vez. Hijita, si de lo único que te alimentas es de radionovelas, vas a terminar convertida en una estúpida y, además, solterona.

—Mire, papá, *Romances de atardecer* es mucho más interesante de lo que usted piensa, y no es ninguna siutiquería, son historias románticas. A mí me fascina Rodrigo Pérez de Alba; así quiero que sea el hombre con quien me voy a casar. Con esa voz. Y ojalá sea mi

primer novio y el último, tal como Minerva.

A los trece años había leído *Cumbres borrascosas*, *Mujercitas*, *Jane Eyre*, *La isla del tesoro*, *El príncipe y el mendigo* y *Corazón*. Pero nada la embrujaba tanto como la radio. Cuando estaba de vacaciones escuchaba *El doctor Mortis*. Se recostaba en la cama y, en cuanto el siniestro doctor lanzaba su risotada terrorífica, se tapaba la cabeza con la almohada para no oír las bisagras que chirriaban, el silbido del viento y las voces de ultratumba provenientes del cementerio.

Al día siguiente, a las siete de la tarde, recuperada del susto de Mortis, entraba en un trance de romanticismo con la voz suave de Rodrigo Pérez de Alba proponiéndole matrimonio a Minerva Flores. Cuando no era *Romances de atardecer*, era *Residencial la Pichanga*, que la hacía reírse a gritos con el "pa'trás pa'delante", doña Fortunata y el turco del Palestino.

Las tareas del campo ocupaban el resto de su tiempo. Era experta en pelar el mote en una piedra junto al estanque de agua. Le gustaba amasar el pan y hacer mermelada de mosqueta. Tenía un panal de abejas que ella misma se encargaba de cuidar. Les hablaba a las abejas y había establecido una rara comunicación con ellas. No la picaban.

Desde muy niña, Luciana supo que nunca viviría en una ciudad. El campo y sus silencios, las luces oblicuas del otoño, las lluvias torrenciales del invierno y los moscardones aburridos del verano eran su vida. A los quince años, entre su padre y su hermana intentaron convencerla de que entrara en sociedad. Sofía organizaría un gran baile en su casa de El Golf: piscina iluminada, orquesta…

—Como Dios manda, hermana; no estarás pensando vivir aislada en el campo y casarte con el hijo de Gilberto. Lo hablé con Eliodoro y estamos listos para tirar la casa por la ventana. Ponte a hacer las listas con tus compañeras de curso y que ellas te aporten diez nombres cada una.

Luciana pestañeaba. No quería contradecirlos ni armar peloteras, odiaba molestar a su padre, pero ya se las arreglaría para hacerlos desistir. No tenía el menor interés en dar un baile. Había visto a sus

amigas haciendo dieta para que el traje les cupiera y calzando zapatos taco aguja. A ella tendrían que matarla antes de ponerse algo tan incómodo en los pies.

Una de esas tardes en que el campo parecía haberse detenido en el tiempo, Luciana se encontraba en su panal sacando la miel con la centrifugadora.

Una voz ronca y suave la hizo darse vuelta.

—¿No tienes miedo de que te piquen? A mí me persiguieron una vez. Era una nube de abejas; si no fuera porque me tiré a un tranque, me habrían matado. Es que le pegué al panal con una rama.

—¿Le pegaste al panal con una rama? —preguntó ella mirando con curiosidad al dueño de la voz, un joven muy alto con el cabello rubio, casi blanco, y unos ojos oscuros medio verdosos que contrastaban violentamente con su pelo claro—. Razón suficiente para que te persiguieran hasta comerte vivo. Tuviste suerte de poder tirarte al agua.

—¿Vives por aquí? No te había visto.

—Estoy interna en Santiago. Yo tampoco te había visto por estos lados. Tienes una voz parecida a la de Rodrigo Pérez de Alba, una voz muy bonita.

—El empresario millonario enamorado de Minerva —se rio Felipe.

—¿Escuchas *Romances de atardecer*? Es tan triste esa historia… ¿por qué te da risa?

—Por tu cara. Estás enamorada de él, ¿verdad?

—¡No! Un poco, sí. ¿Lo escuchas todos los días?

—No todos los días, no tendría tiempo. Pero son medio dulzones los romances. Yo prefiero *Hogar dulce hogar* y no me pierdo *Residencial la Pichanga* y en las noches… ¡guaaaaaaaa! —Se tapó la boca e imitó la terrible carcajada del doctor.

—¡El doctor Mortis! Yo me muero de susto con ese programa —dijo Luciana, encantada con este “aparecido” que escuchaba esos programas.

Eran los primeros tiempos de Felipe a cargo de San Ignacio. Silvestre le había dado libertad para que hiciera y deshiciera en el campo. Los trabajadores se inclinaban ante él con la chupalla en el pecho, él pagaba salarios justos y, dentro de la usanza de la época, sus hombres estaban bastante mejor empleados que los trabajadores de los fundos vecinos.

Estuvo un rato observando a esta chiquilla pecosa de trenzas colorinas, mientras ella daba vuelta a la manivela. Por algún motivo le recordó a Rapunzel, la del cuento que su madre le contaba cuando niño.

—Podrías llamarte Rapunzel —le dijo—. Te pareces a la heroína encerrada en el palacio.

Luciana detuvo la manivela.

—Yo no estoy encerrada en un palacio y prefiero llamarme Minerva.

—Minerva, la invito a dar un paseo. Está cayendo la tarde, ¿le gustaría ver la puesta del sol? —dijo Felipe, impostando la voz para hacerla parecida a la de Rodrigo Pérez de Alba.

—Rodrigo, yo no quiero ponerlo en problemas —dijo Luciana imitando la voz de pajarito de Minerva—. Usted es un hombre bueno, no merece sufrir por mi causa, pero acepto. —Y se tomó del brazo de su galán.

Los dos se largaron a reír al unísono.

Felipe le mostró su viña recién plantada y mientras caminaban entre las parras se fueron contando las vidas.

## Manolito

Luciana tenía un carácter fácil, amistoso, y su vida transcurría al ritmo de la vida de los pájaros. Andaba por aquí y por allá haciendo distintas tareas, ocupándose del mote, del pan, de las abejas. Era delgada y ágil como una gacela, las piernas largas y flacas como zancudo. Rara vez se ponía un vestido y odiaba los zapatos apretados. Nunca nadie la vio con tacones altos, ni echándose cremas o haciendo nada de lo que hacían sus amigas. La capital le parecía un lugar hostil, de ruidos molestos y gente apurada y triste. Había vivido siempre en el campo.

Después de la tarde en el panal de abejas, cuando conoció a Felipe, aparte de tener novio y luego marido, muy pocas cosas cambiaron en su vida.

Al cabo de unos meses de verse a escondidas en la bodega, en el granero o entre las parras de la viña, Luciana le contó a su padre que estaba enamorada.

—¿De Rodrigo? —preguntó Ignacio sonriendo.

—No, pues; esto va en serio, papá. Estoy pololeando con Felipe Zañartu y queremos casarnos, pero sin tralalá ni gente que yo no conozca.

Ignacio frunció el ceño. Le hubiera gustado un novio más tradicional. Le habían contado que el padre de Felipe andaba por los campos en una camioneta Ford curando a los enfermos con hierbas y la mamá era una volada. Aunque también era nieto de Manuel Zañartu, a quien Ignacio respetaba. Pero fue la carita de su hija lo que terminó por espantar su aprensión.

—Me alegro mucho, hijita, déjame darte un abrazo. Tu “Rodrigo” será recibido con los brazos abiertos.

La boda, seguida de un almuerzo campestre, se efectuó en el fundo de Ignacio Echeñique. No hubo tralalá ni gente que no fuera de la familia más cercana. Alejandro Pinto apareció con Angelina del Río y su hijito Gabriel. Celinda y Ruperto llegaron desde San Bernardo con Zulema, la madrina de Ruperto, que estaba viviendo con ellos. Manuel y María, con Nicolasa y su hija Juana, y todos los primos,

nietos y sobrinos. El único ausente fue Pablo Zañartu, quien seguía sin hablarle a su hijo Francisco y, como no asistió a su boda con Margarita, tampoco se hizo presente en esta oportunidad. Nadie lo comentó. Manuel, que estaba eterno de viejo y cansado del tema, se limitó a decir que Pablo y su tozudez lo tenían hasta la coronilla.

Luciana, vestida de blanco con zapatos un poco más elegantes que una alpargata, se paseó entre las pocas mesas feliz con esa fiesta que no era en nada distinta de cualquier almuerzo familiar.

A los pocos años de casados, Luciana había encontrado en Felipe todo lo que esperaba de su pareja. Le gustaba su marido sobre todo en la cama y desde la primera vez que estuvieron los dos desnudos, uno frente al otro en la noche de su boda, Luciana sintió el imán de ese hombre alto y maceteado, que la atrajo hacia su cuerpo y quedó pegado al suyo moviéndose con lentitud. Ella nunca había experimentado nada similar a esa corriente. Apretó los ojos y se dejó llevar adonde fuera.

No habían tenido hijos y en la última visita al médico, a los cuatro años de casados, supieron que ella no podía dar a luz.

—Pero la vida tiene su propio sistema de justicia —explicaría ella misma años más tarde. No había tenido hijos propios porque el destino le tenía reservado a Manolito.

Para suplir el vacío, aparte de sus abejas, la pesca en el tranque de Unihue, el pan amasado y las viñas en las cuales también trabajaba, Luciana se hacía cargo de cualquier problema que tuvieran los niños de los inquilinos.

Manolito era el hijo de Vitoco y Melania. Melania había muerto pocas horas después del parto. Vitoco trabajaba en la fragua, no tenía parientes en esa parte del Maule, toda su gente vivía en Constitución, y Luciana se hizo cargo del recién nacido.

Manolito era uno de esos niños que hacía a la gente creer en los ángeles. Extraordinariamente perceptivo, tenía toda la dulzura de un ser a quien la naturaleza le ha negado los cuarenta y seis cromosomas usuales, pero le ha dado todo lo demás.

En los años de su primera infancia Luciana estuvo al lado de su cuna como hubiera estado la madre. Le hacía masajes para aumentar el tono muscular y lo llevaba a Santiago para los exámenes a los ojos, las audiometrías y las radiografías de la columna cervical.

Cuando Manolito iba a cumplir cinco años su padre murió en un accidente con un tractor y el niño pasó a vivir a la casa patronal. Fue entonces cuando Luciana sintió que si ella no había tenido hijos propios era porque necesitaba espacio para a este niño de ojitos rasgados, las manos de dedos cortos y el encanto a flor de piel.

Manolito creció cuidado como una flor preciosa; lo educaron en la casa con profesores traídos de Santiago y aprendió todo lo que su capacidad intelectual le permitía, pero lo más importante se lo enseñó Felipe en el campo. A los ocho años se había hecho experto en la poda de parras. No había nadie más rápido que él; parecía un conejo saltando entre las matas con la tijera en la mano. Los trabajadores lo querían, le regalaban dulces y le enseñaron a montar a caballo.

—Manolito nos llena de alegría, ha sido una bendición para esta familia. Fíjate que nunca hubiera pensado que un niño tan discapacitado pudiera ser tan feliz y hacer tan inmensamente felices a quienes lo rodean —le contaba Felipe a Francisco—. Me siento muy afortunado de tener a este hijo, este campo, Luciana… No sé qué habré hecho yo para merecer todo esto.

Ni en sus más locos delirios hubiera imaginado que iba a llegar el día en que un helicóptero aterrizaría en el potrero del Peral y esa vida, que transcurría con la calma del estero, cambiaría para siempre.

## Adiós a una parte de la historia

Manuel estaba en su biblioteca cuando Nicolasa entró corriendo a darle la mala noticia: Arturo Alessandri acababa de fallecer de un infarto al corazón.

Manuel se quedó de piedra. Había estado con él hacía un par de días revisando unos papeles del Senado. Arturo le había contado de un viaje a Talca donde le ofrecieron un banquete y pronunció el que, a su juicio, había sido el mejor discurso de su vida. “A los ochenta y un años todavía me queda cuerda para rato”, le dijo. Después hablaron de su trabajo como presidente del Senado y de los tumbos que estaba dando el gobierno de Gabriel González Videla.

—¿Muerto?

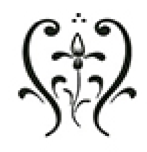
Fue lo único que atinó a decir.

Nicolasa se quedó un rato acompañándolo y luego le dijo que iría a buscar a su madre. Manuel alzó los ojos y ella entendió el mensaje. Prefería estar solo.

A su mente acudieron los distintos hitos de su larga historia con Arturo Alessandri Palma. El día lejano en que se encontraron en el centro de Santiago cuando él volvió de Europa. Tantos momentos gloriosos en las campañas y luego la caída, las cartas del exilio, la vuelta a Chile, las nuevas campañas, la terrible matanza del Seguro Obrero, y el retiro, breve, porque Alessandri no podía vivir si no estaba al centro de la política. Volvió a presentarse, esta vez para el puesto de senador, que ganó, y luego ganó la presidencia del Senado. ¡Cuánta razón tenían quienes decían que si Alessandri no estaba en La Moneda se sentía cesante! Le parecía verlo: sus ojos echando llamaradas, el mechón de cabello rebelde, los labios gruesos, la voz cautivante y las palabras poéticas que salían de su boca como notas de una flauta que la gente seguía por los caminos.

Su amigo había muerto, pero lo que había muerto ese 24 de agosto de 1950 era medio siglo de historia de Chile.

Manuel se levantó del sillón para cambiarse de ropa antes de ir al paseo Phillips, donde estaba la casa de Alessandri, a presentar sus respetos. Caminó hacia su dormitorio como un autómata. No quería pensar. Qué iba a ser de su vida sin este hermano al lado.



# EL SENADOR DEL PUEBLO
# *1952-1970*

## 1952. Un gallito de pelea

A los ochenta y cinco años Manuel Zañartu era una reliquia del ministerio. Llevaba tiempo sin ir a su oficina a diario, pero asistía a las reuniones importantes. Dado su extraordinario conocimiento en política exterior e interna, lo consultaban de todos lados. Unos, para saber cómo se había producido tal o cual hecho en el pasado; otros, para constatar que la historia se estaba repitiendo, y muchos, por el placer de conversar con este anciano que era una biblioteca ambulante.

En lo que iba corrido del siglo ningún presidente intentó siquiera sacarlo del ministerio y es probable que fuera porque en todos esos años Manuel siguió el ejemplo de Andrés Bello: hay que llevarse bien con Dios y con el diablo, mire que en el mundo político y en el momento menos pensado Dios se convierte en diablo y el diablo en Dios. Así se manejaba don Andrés cien años antes y así se había manejado Manuel hasta 1952.

Cualquiera que quisiera comprender las raíces del momento actual recurría a él. Explicaba mejor que nadie las causas de la inestabilidad económica, los coletazos de la crisis de los años treinta, las presidencias interrumpidas por la enfermedad y la muerte, la incapacidad para resolver los problemas más urgentes, el desprestigio de los partidos tradicionales, las alianzas erráticas de González Videla, y desde luego el cuadro después del gobierno radical, en cuyo contexto Salvador Allende se presentó como candidato a la presidencia por primera vez.

Caminando muy derecho, entallado, la cabeza en alto, Allende recorría los pueblos dándose a conocer. Discurseaba en las plazas, salía por los campos. A veces solo, a veces con Alejandro Pinto, Francisco Zañartu y otros ayudantes de provincia. Entraba en las casas, donde invariablemente le servían una taza de té o hierba mate, y una vez que se sentía en confianza exponía con voz

rimbombante sus planes de gobierno.

En su primer intento de llegar a La Moneda la tarea fue dura. No había plata. Se hacía campaña de a pie, montado en un camión, en alguna camioneta prestada. Los comunistas estaban en la ilegalidad y su apoyo era visto con malos ojos, incluso dentro de la izquierda. Allende se había empeñado en unirlos, dejar las diferencias en el pasado; total, todos apuntaban a una misma causa. “Salvaremos estas dificultades, compañeros”, los animaba, y dispuesto a dar la pelea puso en su comando a Elías Lafertte, secretario general del Partido Comunista, a Volodia Teitelboim, a la dirigente Julieta Campusano y a un joven alto y muy delgado, de ojos grandes y mirada suave que parecía apóstol, José Tohá. Era el presidente de la FECH, había sido un duro opositor al gobierno de González Videla y participado en acciones solidarias con Guatemala en contra de la intervención norteamericana en ese país.

Aparte de sus amigos más cercanos, colegas del Congreso, dirigentes de partidos y unos cuantos ayudantes de provincia, Allende no era conocido. Al general Ibáñez, en cambio, lo conocían desde Arica a Magallanes. ¡Cómo no!, era el caudillo de los años veinte que ahora regresaba para barrer los vicios, barrer las injusticias, barrer la falta de honestidad. La “escoba” que barrería a los “políticos ladrones”. Además, contaba con el apoyo de uno de los personajes más insidiosos del periodismo chileno, Darío Saint Marie (Volpone), el dueño del diario *El Clarín*, un hombre que enervaba a Manuel con su incesante pestañeo, tenía una lengua viperina y volcaba todo su odio en contra de los radicales.

Prometiendo barrer “la mugre” y devolver la decencia al país, Ibáñez ganó la elección por un cuarenta y siete por ciento de los votos, incluidos los de las mujeres. Salvador Allende obtuvo un cinco por ciento y el resto se repartió entre Pedro Enrique Alfonso y Arturo Matte.

—Ibáñez pretende gobernar como un populista a los setenta y cuatro años —le decía Allende a Federico Alfaro—. Los chilenos tenemos mala memoria, pero él sencillamente no tiene memoria. Se enredará en sus promesas. No cumplirá nada. Su gobierno será un caos. ¿Sabe, compañero? Estoy bien preocupado; Ibáñez me parece más peligroso que González Videla. González Videla desbarató el

país a payasadas y este puede destruirlo a cañonazos.



Lejos estuvo Ibáñez de destruir el país a cañonazos; mejor dicho, lo dejó más o menos donde mismo estaba cuando asumió. Y no todo fue tan malo. A la derecha, que lo odiaba, le costó un tiempo reconocer sus logros, y cuando se referían a su segundo gobierno lo único que afloraba era el escándalo del nylon.

—Es una vergüenza —comentaba Manuel en su mesa del domingo —; yo he visto muchas cosas en este país, pero nunca me había tocado un presidente involucrado en un contrabando tan burdo.

Manuel lo había tratado varias veces y salía de esas reuniones impactado por lo básico que era Ibáñez, sus pocas luces a la hora de enfrentar cualquier complejidad.

—¿Vio la explicación que ha dado al Congreso? —preguntó Nicolasa.

—Conociendo a este caballero, puede haber dicho cualquier brutalidad.

“Primero está la familia y después los amigos”, había dicho en el Congreso, y añadió: “El que toca camioneta no toca embajada”.

El escándalo era la comidilla de Santiago. El general había protagonizado un episodio bochornoso. En un momento en que los productos de nylon estaban sujetos a fuertes controles de importación, viajó con toda su familia a Arica y se trajo el avión *Canela*, que había comprado González Videla, lleno de calzones, enaguas can-can, corpiños y refrigeradores.

“¡Ladrón de baratijas!”, gritaban sus detractores.

El asunto es que Ibáñez ya no era el de los años veinte. Estaba viejo, se equivocaba a cada rato, se le olvidaban los detalles, realizó alianzas erráticas, no supo controlar la inflación, parecía dar palos de ciego; un duro ajuste fiscal provocó huelgas obreras y protestas

estudiantiles que trató de reprimir por la fuerza y esta vez el Congreso se negó a apoyarlo. Su Partido Agrario Laborista se fragmentó y hacia 1957 se vio a las claras que nunca tuvo un plan ni un proyecto claro y ya era demasiado tarde para enmendar el rumbo de su caótico gobierno.

—Yo creo que la muerte de Arturo Alessandri le ha nublado el pensamiento. Anda como perdido —decía Manuel, y se le inundaban los ojos. Él también andaba como perdido sin su amigo y cada vez que lo mencionaba sentía un temblor en el alma.

El León de Tarapacá había muerto en el mes de agosto de 1950 y junto con él toda una época. Muchos decían que el general Ibáñez se sintió solo y desorientado: ya no tendría con quién pelear ni a quién darle cuartelazos.

—Se muere Chile —le dijo a su suegro. Y dicen que lloró.

## El ramalazo del destino

Alejandro Pinto había estudiado Química y Farmacia en la Universidad de Concepción, pero, distinto de Francisco Zañartu, no terminó la carrera y se empleó como inspector del Instituto Politécnico de Chillán. De allí lo trasladaron a Cauquenes.

El momento de su traslado coincidió con la llegada a Cauquenes de Francisco y Margarita, quienes se instalaron con Emiliano, recién nacido, a una cuadra de la plaza.

Alejandro se había casado con Angelina del Río, la muchacha seria y compuesta a quien le recitaba los versos de Vallejo, y también tenían un niño de un mes, Gabriel.

Las dos parejas vivían a una cuadra de distancia y se turnaban para llevar a los niños a las vacunas, a la plaza, al colegio. Las mujeres iban juntas al mercado y Alejandro y Francisco, amigos desde los ocho años, trabajaban en el mismo rubro. Era frecuente ver a los cuatro paseando por la plaza con los dos coches. Después sería

frecuente ver a los dos niños persiguiendo una pelota. Luego sería frecuente verlos entrar juntos al Mocambo, donde doña Rita les tiraba las orejas y les regalaba gallinitas de manjar. Y más tarde sería frecuente comentar el ramalazo que el destino había reservado para estas dos familias.

Angelina, tres años mayor que Alejandro, era maestra y trabajaba en una escuelita rural escondida en el último rincón del Maule, para el lado del cerro Name. Los alumnos salían de sus casas al despuntar el alba, cruzaban los bajos sorteando boldos y maquis y llegaban a la escuela con las ojotas embarradas y el par de cuadernos que la misma Angelina les había conseguido en Cauquenes. Ella conocía de cerca el rostro de la pobreza campesina. Conocía sus casas sin luz eléctrica con piso de tierra, una pieza como un socavón oscuro con cinco camas donde se apiñaba la familia, la cocina negra de humo y los dos ventanucos. Sabía lo que padecían los niños en esos campos. Había visto la desnutrición en sus vientres abultados. Leía en sus caras la violencia que vivían sus madres.

Por la tarde, después de una agotadora jornada con los treinta alumnos agrupados en una sala de clases, la "señorita Angelina" regresaba a Cauquenes sentada en los sacos trigueros en la parte de atrás de un camión, pasaba a buscar a Gabriel a la casa de su madre y lo apretaba contra su pecho pensando en las miserias de esos niños que no podían comer bien ni educarse en escuelas con los medios apropiados.

Era una mujer dedicada a su causa y no se permitía distracciones. Dios le había impuesto una misión y ella estaba empeñada en cumplirla. Adoraba a su niño; veía en él lo que le gustaría ver en sus alumnos. Sentía un gran respeto por Alejandro y su compromiso social. Este era el compañero que el Señor le había enviado y entre los dos aportarían lo mejor de ellos mismos para hacer de la sociedad un lugar más justo. Ella había sido afortunada. Fue criada por su abuela Ramona, una mujer fuerte, inteligente, visitadora social en un tiempo en que las mujeres no salían de su casa a trabajar, y ni pensar en estudiar una carrera universitaria.

—Quiero darte la mejor educación que permita mi trabajo y la realidad de Cauquenes, pero no es para que te la guardes, sino para

compartirla. —Y es lo que hacía ahora que su abuela estaba enterrada.

Cuando Gabriel estaba por cumplir cuatro años todo indicaba que su vida seguiría siendo un cúmulo de buenas acciones, un pasar modesto pero digno; ir los domingos a la plaza para escuchar a la banda, algún viaje a Peyuhue y su arena negra, un paseo en carreta comiendo sandías en verano y un invierno helado junto al brasero, Gabriel y su amigo Emiliano dando las primeras patadas a una pelota de goma, Alejandro volviendo tarde del politécnico, pues de su trabajo pasaba al partido y después del partido a alguna reunión, y así le daban las diez, las once y hasta la doce de la noche.

Pero el destino dio un giro inadvertido.

El día antes del cumpleaños del niño, Angelina fue a Chanco a visitar a su comadre. La comadre y ella regresarían juntas a Cauquenes en la micro y la comadre la ayudaría a preparar la pequeña fiesta para Gabriel al día siguiente.

Angelina pasó por el politécnico a buscar algo de plata que Alejandro le daría para el viaje. Llevaba una falda verde y una blusa blanca con vuelos en las mangas que Alejandro mantendría en las pupilas de su memoria durante años. Y también los ojos profundos, como enterrados en las cuencas y ese gesto tan serio de Angelina, poco dada a la risa, algo que a él le producía mucha hilaridad.

—Me recuerdas al profesor de historia del instituto; le decíamos “el carcajada”, porque nunca le vimos ni un atisbo de sonrisa. —Entonces ella se reía, pero más que risa sonaba como un ruido extraño—. Trae queso mantecoso y, si encuentras, cómprame un chagual.

—No quiero venirme cargada como burro, pero si encuentro un chagual que no esté demasiado seco, te lo traigo. Y tú acuérdate que mi mamá tiene una hora al doctor, para que no llegues tarde a la casa. —Le dio un beso y se fue.

Al día siguiente, Alejandro iba llegando al politécnico cuando escuchó la noticia en boca de uno de sus compañeros de trabajo. La micro que venía de Chanco a Cauquenes había caído al agua desde

el puente del estero La Toribia y había cinco personas muertas.

Alejandro se sumió en una depresión que por poco le cuesta la vida a él. No quería vivir sin ella. No atinaba con el niño; lo miraba y veía el rostro de su madre, y cuando se sentaban a la mesa hacía esfuerzos para no llorar.

—No soy capaz, Francisco. No sé cómo hacerlo, estoy mal, ayúdame tú.

Por un tiempo, Margarita y Francisco oficiaron de padres de Gabriel. Margarita lo llevaba al doctor para los controles, lo sacaba a la plaza con Emiliano, y por las noches Francisco lo llevaba de vuelta a la casa de su padre.

—Vas a tener que levantar cabeza, compadre. Por tu niño. Gabriel necesita un papá, ahora más que nunca —le decía Francisco.

Por esa época el matrimonio de Francisco y Margarita había empezado a quebrarse. En un viaje a Santiago, Francisco le comentó a su madre que las cosas no iban bien, las peleas eran cada vez más frecuentes y ahora a gritos. Margarita no se preocupaba de la casa; él tenía que hacerlo prácticamente todo.

—Mi matrimonio se está torciendo, mamá.

Gregoria estuvo a punto de decirle *no es que tu matrimonio se esté torciendo, sino que empezó torcido*, y volvió a su mente la imagen de Margarita con ese hombre en el patio de la casa, pero no le dijo nada.

Las razones por las cuales Margarita se casó con Francisco eran tan misteriosas para la propia Margarita que ella misma se cansó de buscarle una explicación. Reconocía que era un hombre bueno, inteligente; sus ideas políticas no alcanzaban a molestarla, la política no era algo que le quitara el sueño, pero incluso para la política a Francisco le faltaba pasión, entusiasmo. Cuando se lo decía, él le hablaba de un episodio de rebeldía juvenil, cuando presenció el asesinato de Ramona Parra en la calle y quiso salirse del colegio para hacerse revolucionario; ni él mismo estaba seguro de si llegó a explicitarlo alguna vez, pero lo pensó. “¿Tú,

revolucionario? ¡No me lo puedo imaginar!”.

Para Margarita, este marido, que dividía la vida entre las reuniones del Partido Socialista y los matraces de laboratorio donde combinaba químicos para matar las pulgas de las viñas, era un hombre aburrido. Y así mismo lo vio desde el día en que se conocieron en la casa de Alejandro Pinto, cuando hacía esfuerzos por entretenerla con alguna historia y le contó que su primo Felipe, Alejandro y él habían visto morir a un carabinero de un balazo. En ese tiempo ella estaba enamorada de Tomás Ugarte, un compañero del colegio. Tomás entró a Medicina en la Universidad de Concepción y ella lo siguió, pero no fue capaz con el nivel de estudio y se salió a los dos años. Fueron dos años en que Tomás, aparte de besarla un par de veces, una de ellas en la casa donde vivirían con Francisco, no quiso entrar en profundidades. En ese momento de su vida, sus estudios estaban primero, le dijo; no podía comprometerse, no quería que ella se hiciera ilusiones.

Margarita se sintió rechazada. Andaba de mal genio. Se miraba al espejo y se encontraba fea. Entonces se cortó el pelo, se puso a dieta y se compró una falda plato y una enagua de nylon. Lo esperaba a la salida de la universidad, en la plaza los domingos, se hacía la que iba pasando por casualidad frente a su casa. Lo persiguió hasta que él le pidió que por favor lo dejara tranquilo, “no puedo, Margarita”, y la dejó llorando.

Nunca en su vida se había sentido tan herida. Entró a una librería y compró *Los miserables* de Víctor Hugo. Se lo mandó con una dedicatoria que decía algo como “lee este libro donde encontrarás hombres tan miserables como tú”. Después, cuando ella misma leyó el libro y se dio cuenta de que trataba de la realidad de los sectores más desamparados de París en el siglo XIX y nada tenía que ver con novios miserables, se sintió fatal y acabó por refugiarse en el santiaguino amigo de su primo Alejandro. Pero Tomás era perverso. Cuando se enteró de que tenía novio, fue a verla a la casa donde pensaba vivir una vez que se casara con Francisco y la besó en el patio. Su suegra la sorprendió y ahora lamentaba que no se lo hubiera dicho a Francisco. En todo caso, el refugio que encontró en Francisco fue mucho más allá de un beso y ella estaba embarazada de Emiliano.

*Tengo menos de treinta años*, se dijo un día mirando su rostro reflejado en el vidrio de la ventana, *un niño de seis y toda una vida que no quiero seguir haciendo de esta manera*.

Esa noche lo habló con Francisco y Francisco sintió una suerte de alivio. Llevaba tiempo esperando que ella iniciara esta conversación.

—¿Te has enamorado de otro hombre? —le preguntó, sabiendo que no podía ser esa la razón. Su matrimonio era un desastre y anduvo a trastabillones desde el primer día. Margarita fue siempre distante y fría. A lo mejor se había enamorado, pero no de otro hombre, sino de la idea de enamorarse alguna vez de alguien. Lo que tenía clarísimo era que ese alguien no era él.

—No, no me he enamorado de nadie. Ese no es el motivo y no preguntes cuál es el motivo, porque ni yo misma lo sé. Creo que tú y yo no somos para vivir juntos. Yo te respeto y te tengo cariño, pero con eso no alcanza.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a irme a la casa de mi mamá por un tiempo, mientras encuentro un trabajo, y después… no sé, será lo que esté en mi destino. No tengo planes.

—¿Y Emiliano?

—¿Qué pasa con Emiliano?

—No quiero que me separes de mi hijo.

—No tengo ninguna intención de separarte de Emiliano. Cauquenes no es tan grande como para que yo no pueda ver a mi hijo todos los días.

—¿No piensas llevártelo a la casa de tu madre?

—No. Creo que lo mejor para el niño es que viva contigo. No es que me sienta una mala madre ni mucho menos, pero Emiliano se muere si lo aparto de ti.

Fue una separación cordial. Margarita iba a buscar al niño todas las mañanas para llevarlo al colegio, pasaban a buscar a Gabriel y por las tardes Francisco y Alejandro iban a recoger a sus hijos a la casa de la madre de Margarita, y generalmente cenaban en la casa de uno de los dos.

Estos dos hombres, cuya amistad naciera en los años del Instituto Nacional, harían la vida juntos como hermanos. Juntos participarían en las campañas presidenciales de Salvador Allende, desde 1952 en adelante; se comprometerían con las luchas de la época; y sus hijos, siguiendo la tradición de sus padres, enfrentarían juntos la revolución de la Democracia Cristiana, la del gobierno de la Unidad Popular y, después, el golpe militar.

## Un cura salido de la nada

—Yo no soy candidato todavía; a mí déjeme tranquilo —dijo Jorge Alessandri, y el periodista de la revista *Vea* supo que era inútil insistir. A su lado, Francisco Bulnes Sanfuentes asentía con la cabeza. De don Jorge no podía esperarse mucho más: era parco para contestar y no le gustaban los periodistas, pero bien sabía él que esta era su manera de decir que sí.

Una vez que el periodista se alejó, don Jorge añadió como hablando solo:

—Es una inmoralidad ir pidiendo el apoyo de los partidos.

Francisco Bulnes alzó las cejas. ¿Qué querría decir?

Juan Antonio Coloma, quien también estaba allí, se lo aclaró al oído:

—Es que ayer declaré que Frei se ofrece como un curalotodo y busca la adhesión del católico y el protestante. Le da igual la izquierda o la derecha. No podemos apoyar a un candidato tan ambiguo; Frei tiene que decidirse de una vez por todas: ¿pacta con la derecha o pacta con la izquierda? No creo que los liberales

quieran volver a las aventuras con la izquierda.

Los liberales tenían la palabra. ¿Apoyaban al democratacristiano o al independiente? Alessandri, Bulnes y Coloma se encaminaron hacia el departamento de Alessandri en la calle Phillips para seguir discutiendo esta disyuntiva.

A esa misma hora, en una sala del Congreso, Manuel Zañartu descansaba en una silla que alguien le había conseguido para que se sentara. Se había ido caminando desde el palacio y estaba cansado.

—Que te lleve el chofer —le había dicho María.

—Me hace bien andar.

No quería perderse el discurso de Marín. Era demasiado importante. Y ver al hijo de su amigo Arturo de candidato lo tenía tan entusiasmado que habría caminado kilómetros para presenciar ese debate en el Congreso.

El senador Raúl Marín Balmaceda se disponía a pronunciar un discurso de oposición a la inminente proclamación del candidato que contaba con la mayoría de los votos del directorio liberal, Eduardo Frei Montalva.

Marín Balmaceda era un senador brillante, opulento, copioso, de una elocuencia capaz de dar vuelta a los más reacios. Se manifestaba en contra de Frei con toda su pasión, con toda su alma; no lo consideraba un representante del conservadurismo. Esa tarde en el Senado se aprontaba para destruirlo, hacerlo astillas, como si su cuerpo flaco fuese de verdad un palo.

—Hay que parar al narigón como sea —le había dicho el día anterior a Manuel—. Lejos de traer la solución al país, este hombre nos traerá el marxismo, le abrirá las puertas de par en par, les dejará el camino abonado y nosotros tendremos que enfrentarnos con las consecuencias. A mí me parece altamente peligroso este Frei.

A las cuatro en punto se dio comienzo a la sesión.

Las miradas estaban fijas en Marín Balmaceda. Todos sabían que de su discurso dependería el nombre del futuro candidato, tal vez del futuro presidente de Chile.

Manuel estaba expectante.

Marín Balmaceda empujó su silla hacia atrás, se levantó del asiento, se arremangó la camisa y respiró hondo para dar comienzo a un discurso que iba a quedar en la historia, no por la ferocidad de sus palabras, sino porque, a los cinco minutos de comenzarlo, el senador se dobló en dos y cayó muerto de un infarto.

Su fallecimiento produjo otro infarto, esta vez en la política chilena. Se desmoronó el apoyo de los liberales a Eduardo Frei y los liberales apoyaron la candidatura de Jorge Alessandri Rodríguez, a quien llamaban "el Paleta".

La alegría de Manuel fue inmensa. Daba gracias al cielo por estar vivo para ver al hijo del León sentado en La Moneda. Sería el broche de oro de su vida y, además, la única vez en casi medio siglo que él y su hijo Pablo estarían de acuerdo.

El Paleta tendría que competir con Salvador Allende, Eduardo Frei, Luis Bossay y Antonio Zamorano, un excura de pueblo que andaba montado en un burro con una manta chilena batiendo banderas rojas, cantando himnos revolucionarios y gritando a los cuatro vientos que Allende era un comunista malvado, iba a quemar los conventos, arrestar a las monjas y mandar a los niños para Rusia. Hacía campaña en Santiago, Valparaíso, Catapilco, Cachagua, Zapallar y Papudo. "Sin prensa, sin radio y sin plata, pero con un gran corazón y buenos deseos de felicidad para Chile, despojándolo de la politiquería que tanto daño hace al país haciendo insoportable la vida al pueblo. Firme usted en el Frente de Batalla de Liberación Nacional, por nuestro candidato socialista". Y muchos votaron por él, creyéndolo de izquierda, cuando el excura no era de ninguna parte y se había embuchado unos buenos pesos que le pasó un político de derecha… *Usted, mudo, padre, haga bien su pega, que el cielo se lo va a pagar*.

## La hora del final

En los últimos años María había vuelto a ser la mujer que fue recién casada con Manuel, en ese breve periodo antes de irse a Europa. A veces, observándola en los almuerzos de los domingos, alegre y conversadora, Manuel imaginaba que las cosas habían sido siempre así, mas, cuando llegaba a su cuarto y abría el cajón donde guardaba la foto de Javiera, se daba cuenta de que la vida no fue nunca como ahora. Sin embargo, tampoco consideraba que su matrimonio con María hubiera sido un desperdicio. Quedándose con ella había cumplido con su deber y se alegraba de haberlo hecho.

La tarde en que María mostró los primeros signos de arterioesclerosis estaban solos en el palacio. Comentaban la campaña de Jorge Alessandri.

—Jorge lo está haciendo muy bien. No se parece en nada a su padre —dijo María.

—Son otros tiempos, María, y otras necesidades.

Entonces María le dio una mirada insólita, como si de pronto algo la hubiera asustado.

—¿Dónde estoy?

Manuel alzó las cejas, creyendo que había oído mal.

—¿Dónde estoy? —repitió María con cara de angustia.

—En la biblioteca, dónde vas a estar.

María rompió a llorar.

Primero fue la confusión, luego empezó a olvidar las calles, después no recordaba lo que había comido para el almuerzo. Llegó un momento en que no pudo salir sola ni quedarse sola en la casa, y también otro en que no reconoció a su nieta Juana ni a Nicolasa.

Manuel dejó de ir a las reuniones del ministerio; le llevaban los

papeles a la casa. A partir de la enfermedad de María se dedicó por completo a ella. Le daba la comida, la sacaba a caminar media hora todas las mañanas y en las tardes escuchaba música clásica con ella. La música la tranquilizaba.

Solo y cansado después de la larga jornada, tendido en su cama mirando al techo, se decía que este tiempo ayudando a su mujer a morir estaba siendo uno de los más serenos de su vida. Se sentía en paz, había logrado hacerse amigo de la tristeza, de la añoranza por tanta cosa que pudo haber tenido y no tuvo. Javiera había sido su gran amor y él había logrado recordarla sin rencor ni malos pensamientos. Lo guardó en secreto cuando vivía en el palacio y era un secreto hasta hoy.

La mañana en que María dejó de respirar, Manuel estaba con ella. Le cerró los ojos y se quedó sentado a su lado. Después llamó a sus hijos. Pablo se encargaría de la funeraria y de todos los arreglos. Nicolasa y Juana estaban en Cauquenes y tomaron el tren a Santiago en cuanto supieron la noticia. Vicente y su familia venían con ellas.

Esa noche, solo en su pieza, Manuel trató de recordar a la María de Italia, antes de la llegada de los hijos, la primera María de la cual se enamoró a los diecinueve años. No había ningún retrato suyo. Abrió el cajón donde guardaba la foto de Javiera buscando algún parecido con su hermana y lo único que vio fueron los ojos chispeantes que él había amado. Entonces lloró por la felicidad que no había tenido.

Algún tiempo después, una noche despejada y tibia, Manuel se acostó temprano. Se sentía cansado. Hacia las cuatro de la madrugada despertó y se levantó a buscar un vaso de agua. De vuelta del baño se quedó unos momentos mirando por la ventana. La calle estaba oscura y silenciosa. De pronto tuvo una fuerte sensación de irrealidad, como si él mismo estuviese en otra parte. Se asomó por la ventana una segunda vez y vio las sombras de la noche convertidas en personas. Se paseaban como un domingo en la mañana en el parque. Ninguna tenía rostro, pero él sabía quiénes eran y sabía que Javiera estaba entre ellas. De pronto la vio con toda claridad, de pie junto a un farol.

—Espérame —le dijo, y la visión desapareció.

Volvió a su cama y se quedó tendido de espaldas hasta que se quedó dormido.

A la mañana siguiente, la mucama entró en la pieza con la bandeja del desayuno, la dejó en la cómoda y corrió las cortinas.

—Don Manuel, su desayuno.



Al entierro de Manuel Zañartu asistió todo el gobierno, los miembros del cuerpo diplomático y del Congreso, y entre los caballeros de traje negro y sombrero estaban los seis hijos de Arturo Alessandri Palma.

—Hemos venido a presentar nuestros respetos animados por el espíritu de nuestro padre —dijo Jorge Alessandri abrazando a Nicolasa.

—En cuanto lo elijan presidente, quiero ser la primera en llevarle una torta —le contestó Nicolasa.

—No hay que cantar victoria todavía, falta mucho —respondió él con una sonrisa educada.

Manuel murió a los noventa años. Sus compañeros de trabajo, sus amigos, todos sus correligionarios del Partido Liberal partieron antes que él. Su tiempo estaba quedando en los libros de historia. Más adelante, él mismo ocuparía las páginas de una novela histórica sobre Chile en el siglo XX con su amigo Arturo Alessandri, Inés Echeverría, Federico Errázuriz, Luis Emilio Recabarren, Pedro Montt, Eliodoro Yáñez, Juan Luis Sanfuentes, Amanda Labarca, Agustín Edwards Mac-Clure, Vicente Huidobro, Delia Matte, Luisa Lynch, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Elena Caffarena, Pedro Aguirre Cerda, el presidente Ríos, Gabriel González Videla, el general Ibáñez, María de la Cruz, Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende, el general Pinochet, Ricardo Lagos, Raquel Correa y tantas otras mujeres y hombres públicos que estuvieron presentes mientras la patria se estremecía.

—Adiós, papá —dijo Nicolasa, y lanzó una rosa roja a su tumba.

## El voto de Silvestre

Silvestre, Francisco y Alejandro Pinto estaban sentados en la primera fila del teatro Baquedano. Era el 8 de agosto de 1958. Convencer a Silvestre de que los acompañara a la proclamación de Salvador Allende fue tarea de Felipe Zañartu.

—Yo no tengo ninguna gana de ir a una concentración de Salvador Allende, pero usted, tío, tiene el deber de ir.

—¿Y por qué?

—Porque, si está empeñado en darle su voto a Allende, al menos entérese de lo que está ofreciendo. Y usted, tía Javiera, ¿no quiere acompañarlo?

—¿Yo? ¿Con lo vieja que soy? Ya no estoy para concentraciones políticas, y en todo caso voto por Jorge Alessandri; me encanta su independencia y que sea hijo del León, me gusta su lucidez y me gusta… bueno, lo único que no me gusta es que no haya sido capaz de convencer al tozudo de mi marido. ¿De dónde has sacado esta idea de votar por la izquierda, Silvestre?

—El tren de la victoria pasó por Camarico y escuché a Salvador Allende en la estación. ¿Cuándo ha venido un candidato a Camarico? Anda por los campos tomando ñachi, hace campaña en todos los ambientes… No le hace asco ni a los prostíbulos ni al Bim-Bam-Bum; dicen que las señoritas de la noche lo adoran porque él las entiende y las protege. Este hombre no descansa. No es un candidato de salón. Mira, Javiera, no sé si vaya a ganar o no, pero nadie puede negar que Allende es auténtico, y a mí me parece muy genuino su interés por ayudar a los pobres. Además, quiere unir a ese nido de culebras que es la izquierda. A mí no me interesan los partidos, me interesa la persona, y este Alessandri me inquieta. Lo encuentro lejano. Nunca lo he visto reírse, es de una seriedad que llega a dar miedo y dicen que es más mañoso que el diablo.

Pablo Neruda subió al escenario en medio de los aplausos. Silvestre se acomodó en su asiento, contento de haber ido.

—Estoy seguro de que en la concentración de Alessandri habrá mil ingenieros y ni un solo poeta —le susurró a Francisco al oído.

—Con Salvador Allende están lo bueno del pasado, lo mejor del presente y todo el futuro —dijo Neruda con su voz gangosa y arrastrada. Luego habló de Luis Emilio Recabarren, las horas de espléndidas conquistas, triunfos ganados gota a gota, calles amargas, derrotadas, zonas oscuras como túneles, traiciones que parecieran cortar la vida con su filo, y Silvestre ya se estaba convenciendo de votar por esta gente, pero cuando Allende subió al estrado y en pocas palabras dio a conocer su programa —haría la reforma agraria, nacionalizaría el cobre, el salitre, el hierro y el yodo, estatizaría la banca y crearía el área social de la economía— agachó la cabeza y sin que nadie pudiera oírlo murmuró: "¿Reforma agraria? No, señor. Yo no pienso votar por alguien que pretende quitarme la tierra".

Una semana después Felipe le contó que, en la intimidad de una cena con amigos, Salvador Allende había dicho que ahorcaría a los burgueses "con música de Wagner y un cordón de seda", y con esa anécdota terminó cualquier ínfula allendista de Silvestre. Votó por Jorge Alessandri, y cuando el Paleta ganó por un escaso margen, gracias a la intervención del cura de Catapilco, celebró el triunfo contento de haber votado igual que su familia.

—Lo felicito por haber vuelto al redil, tío —le dijo Felipe alcanzándole una copa de champán.

—Prefiero un gobierno de gerentes a un gobierno de usurpadores; tendré que tragarme a este mañoso, antes que Allende me trague a mí —dijo Silvestre, y alzó su copa.

## El Paleta

El nuevo presidente de Chile era alto y distinguido. Un hombre elegante que vestía traje gris oscuro, chaleco un poco más claro, bufanda color pelo de camello y sombrero de fieltro.

Creció y se hizo ingeniero, gerente y ejecutivo de la papelera bajo la sombra y el peso intelectual de su padre, pero no había en el mundo dos personas más distintas. Donde Arturo Alessandri Palma era alegre, mujeriego, vividor, culto y populista, Jorge Alessandri Rodríguez era un melancólico sin mayor interés por las mujeres, vivía con sencillez, comiendo lo que le diera su empleada —sus galletas de agua, una papa, una alcachofa—, no era gran lector y de populista no tenía nada. Misterioso y austero, digno representante del viejo liberalismo chileno, el Paleta era hipocondriaco y neurótico. "Vive creyendo que va a morir de tuberculosis, no duerme nada y pasa obsesionado con que la comida le va a caer mal", contaban sus amigos; "si a usted se le ocurre fumar en su presencia dese por expulsado de su casa". Tomaba agua mineral y hablaba pestes de medio mundo. Pero sabía escuchar y había dos personas a quienes les hacía caso: su hermano Eduardo, que era un hombre encantador, muy parecido al padre, y Arturo Matte Larraín, su cuñado, uno de los políticos más inteligentes de su tiempo. Arturo Matte tenía los mejores contactos con los comunistas y fue quien le manejó ese flanco al Paleta; gracias a él, Alessandri logró ser un presidente de derecha con buenas relaciones con el Partido Comunista.

Lo incomodaban los aeropuertos, porque se resfriaba. El único viaje que hizo, a Estados Unidos, resultó un fiasco. A la vuelta pasó por Guayaquil y el presidente Arosemena lo recibió borracho. Don Jorge bajó la escalinata del avión, muy derecho y presidencial —como era—, para encontrarse con su anfitrión hablando con la lengua trabada, los ojos vidriosos y un tambaleo de piernas que por poco lo lleva al suelo. Alessandri, que no tomaba ni Bilz, se sintió profundamente ofendido y salió del lugar en cuanto las normas de buena educación se lo permitieron.

—Qué desagradable —decía de vuelta a Chile, sacudiéndose la chaqueta, como si Arosemena se le hubiera quedado pegado en las solapas.

Por las mañanas se iba caminando a La Moneda, "me voy a la

oficina", y partía con su abrigo largo, su bufanda y su sombrero para llegar a las diez y media en punto. Por la tarde hacía el mismo camino de vuelta. La gente lo aplaudía, le gritaban halagos, los chiquillos pobres lo seguían por el centro: "¡El presidente! ¡El presidente!".

Lo querían porque era austero, sobrio y triste.

## Los barbudos verde olivo

En la madrugada del 1 de enero de 1959, Fulgencio Batista, su familia y sus colabores más cercanos huyeron de Cuba en un DC-4.

Una semana después, las fuerzas combatientes contra la dictadura de Batista hacían su entrada triunfal. Las calles de La Habana estaban engalanadas. Los bares, cerrados. Se prohibió la venta de bebidas alcohólicas. La bandera cubana flameaba en las dependencias del gobierno, los comercios y las casas.

"¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!". La gente le gritaba agradecida al barbudo que encabezada el Ejército Rebelde. Los mil combatientes venían de la Sierra Maestra. Fidel Castro, el Che Guevara y Camilo Cienfuegos encabezaban la marcha. La Caravana de la Libertad avanzaría por cada ciudad y cada villorrio. "¡Esto es un baño de multitudes, un baño de pueblo!", sonreía Fidel, y se ponía a discursear desde el camión. Salud y educación gratis para todos, se acabaron los tiempos de los ricos explotando a los pobres, se cierran los casinos y prostíbulos de la dictadura, los combatientes estamos aquí para hacer justicia, mejorar la vida del pueblo y darle felicidad a una nueva Cuba.

Mientras esto ocurría en Cuba, en Santiago de Chile, Salvador Allende y su amigo Eduardo Frei Montalva se aprestaban para viajar a Venezuela, invitados a la transmisión del mando de Rómulo Betancourt.

Los dos amigos pasaron la semana siguiente en Caracas y, entusiasmados con la ciudad y la simpatía de los venezolanos, decidieron quedarse unos días más.

Salvador quería ir a Cuba, quería ver los cambios que se estaban produciendo en esa isla, pero no tenía plata.

—Oye, flaco, quiero ir a Cuba, ver con mis propios ojos lo que está pasando allá. Sería un pecado estar tan cerca y no pegarme un pique. Préstame unos pocos dólares.

—¿Prestarte plata? ¡No tengo un cobre! Yo creía que tú ibas a pagarnos el hotel. Te lo digo en serio. Ando con los bolsillos vacíos. ¿Qué vamos a hacer?

Eduardo Frei tenía una carcajada sonora que sus amigos en el Congreso reconocían desde lejos, pero esta vez no estaba para reírse; encontrarse solo y sin dinero en un país desconocido no le hacía ninguna gracia. En su memoria nunca dejaron de hacer ruido sus tiempos de niño pobre, la estrechez de su familia, la pieza donde dormía siendo un joven estudiante en la calle Jofré, cuando tenía un solo terno, que colocaba debajo de la almohada en las noches para que se planchara, y su velador era un cajón de manzanas.

Miró a Allende, compungido, y Allende, quien siempre discurría algo para salir de apuros como este, le dijo que no se preocupara, él encontraría una solución, y salió disparado.

Dos horas más tarde volvió al hotel. Frei, que en la espera parecía haber adelgazado otro par de kilos, se le abalanzó.

—¡Dónde te metiste! Casi me matas del corazón.

—Fui a ver a Rómulo, pero estamos jodidos. Le pedí plata prestada y me dijo que estaba más pelado que nosotros. Me dio esto —y lanzó un billete de cien dólares a los pies del flaco.

Frei miró el billete desolado.

—¡Cien! No alcanza ni para un taxi al aeropuerto.

Entonces Salvador sacó de su bolsillo un rollo de billetes de cien dólares y lo blandió frente a los ojos de Frei.

—¡Cómo se te ocurre que Betancourt iba a dejarnos en la estocada! Tú te vas para Chile y yo para La Habana… Oye, flaco, tanto te angustiaste por unos pocos dólares, ¿cómo pretendías solucionar la economía del país si te hubieran elegido presidente?

Eran buenos amigos.

Ese mismo día partieron cada uno a su destino, Frei a Santiago de Chile, Allende a Santiago de Cuba, por donde al día siguiente pasaría la Caravana de la Libertad.

## Un niño en una esquina

Un año después.

La tarde del 28 de junio de 1960 la gente andaba por el centro de Santiago con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos, los cuellos subidos. Hacía un frío que llegaba a los huesos. En la esquina de Huérfanos con Estado había un niño esperando a alguien. Era flaco y pálido, con anteojos de vidrios gruesos, un abrigo gris oscuro que parecía haber pertenecido a un adulto y una bufanda del mismo color.

Ese día, Jaime Guzmán cumplía trece años. Su madre le había dado permiso para faltar al colegio y a regañadientes había aceptado que se juntara con su papá.

—A las cinco a más tardar te quiero de vuelta en la casa. Va a venir el tata y la tía María Elvira te hizo una torta.

—¿Y si el papá se atrasa?

—Si se atrasa es culpa de él. Lo esperas media hora y te vuelves —dijo ella de mal humor. La sola mención del padre la enervaba y empezaba con lo de siempre. Que era poco serio, un hombre en

quien no se podía confiar. En qué hora fui a casarme con Jorge Guzmán. Parecía olvidar que en un tiempo lo había amado mucho y habían sido felices, hasta que las cosas se echaron a perder. Él terminó yéndose de la casa y ella quedó triste y ofendida. Lo nombraba y era como si no pudiera evitar las palabras hirientes. Jaime sentía la frustración en la garganta, la separación les había dolido a todos; ¿para qué seguir con el cuento?, ¿por qué no dejar las cosas en paz?

La tía Elvira les ayudaba a comprender y aceptar la situación. Era una segunda mamá. Cuando el papá se fue a vivir con unas primas, ella cuidaba de Jaime y sus dos hermanas mientras la mamá trabajaba en Cocha organizando *tours* a Europa para niñas de la alta sociedad.

Esa mañana apareció temprano en su pieza. "¡Feliz cumpleaños, sobrino!". Traía un paquete de regalo. Jaime lo abrió y se encontró con un bonito reloj.

Ahora miró la hora en su reloj nuevo. Iban a ser las doce y habían quedado a las once y media. Su papá siempre se atrasaba. Siempre surgía un problema de último minuto. Era desorganizado, andaba con la cabeza en las nubes, como si aparte de fútbol y la Católica no le interesara nada… Pobre papá… el muchacho había visto sufrir a su madre, pero también lo había visto sufrir a él. ¡Era ese abogado! Jaime lo detestaba, lo culpaba de la mala onda que se había instalado entre sus padres. Lo había escuchado hablar con su mamá echándole carbón a la hoguera. "Usted tiene que demandarlo, señora Carmen". "Vamos a ganar este juicio como si nada". "¡Cómo se le ocurre que va a pasarle plata! ¡No, pues! Se está aprovechando de usted". Ricardo Blanco. Nunca olvidaría ese nombre. Había sido como un perro bravo defendiendo los intereses económicos de su mamá. La había convencido de que el papá quería despojarla de todo, ¡su papá, a quien la plata le importaba un rábano!

Su mamá era una mujer de valores profundamente católicos, lo que estaba bien y lo que estaba mal, fuerte como un roble. A veces lo sacaba de quicio, pero más lo enervaba su padre. Él lo quería y lo encontraba simpático, con buen sentido del humor, entretenido, le gustaba cantar. El problema era su falta de consistencia. Se veían pocas veces, más que nada en el estadio algún domingo, y en fechas

como hoy, su cumpleaños. Jaime no lo comentaba con nadie, pero siempre sintió el vacío y la necesidad de un padre protector.

Al final del día se refugiaba en Jesús.

## Gallinitas de manjar blanco

A esa hora, lejos de allí, otros dos niños, Gabriel Pinto y Emiliano Zañartu, comparaban sus bolitas de cristal en la pastelería Mocambo, junto al Club Social de Cauquenes.

—Te cambio la azul por esa de color acero —decía Gabriel.

—Dame dos azules y la verde con rojo y te doy la de acero.

—¡Fresco!

Estaban esperando que doña Rita terminara de adornar las gallinitas de manjar blanco.

—Les está poniendo plumas cuando las vamos a comer igual —comentó Emiliano, y se largó a reír.

—¡Les dije que todavía no abro, chiquillos de porquería, me tienen trabajando sin haber por qué!

—La puerta estaba abierta —replicó Emiliano.

—¡Para que salieran las moscas!

—¿Y cómo íbamos a saber nosotros?

—¿Tienen plata? Porque nada de fiar, ni lo piensen.

—Mi papá está comiéndose un sándwich en el club, él va a pasar a pagarle —contestó Emiliano.

—Y el papá mío está con él, ¿y sabe con quién están conversando? Con el Chicho Allende.

Doña Rita dejó lo que estaba haciendo.

—¿Salvador Allende? ¿El mismo en que estoy pensando? Y si les regalo las gallinitas, ¿se irían corriendo al club y le dicen a mi candidato que venga a verme, que le tengo pescaditos, gallinitas y una tortuga de manjar para que lleve a la casa?

Los dos niños salieron corriendo con las gallinas en los bolsillos y al poco rato volvieron acompañados de Alejandro Pinto, Francisco Zañartu y Salvador Allende.

Doña Rita lo miró como si hubiera visto a un aparecido. ¡Qué bien se veía con la chaqueta de cuero, la camisa sport y el pantalón gris! En alguna parte había leído que el senador acababa de cumplir cincuenta años; para ella era un churro, joven todavía, la mirada un poco irónica detrás de los gruesos lentes, la sonrisa en la comisura de la boca. Se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—¡Qué honor, caballero! No estar conmigo el Ramón… se habría muerto de gusto.

—¿Trabaja por aquí cerca? ¡Vaya a buscarlo, compañera, que venga a conversar con nosotros!

—Tendríamos que desenterrarlo, señor. Murió hace tres años —se rio Rita.

—Pero si ve lo linda y esponjada que está su viuda, capaz que resucite —dijo Allende.

—¿Y se va a presentar de nuevo, don Chicho? —preguntó Rita.

—Hasta la muerte, y cuando me muera no se van a acordar de mí como el eterno candidato, sino como el presidente del pueblo. Yo soy carne de estatua, compañera.

—Don Pablo Neruda anduvo por estos lados y en una entrevista dijo que usted es mejor candidato que presidente.

—¡Neruda no sabe nada de política, doña Rita, no le haga caso al poeta, que lo único que sabe es enamorar!

—Así como usted, pues, don Chicho, mire que también andan diciendo que le gustan más las mujeres que la política… ¿será cierto?

—¿Qué clase de hombre cree que soy yo? ¡Claro que me gustan las mujeres, mire que no! Pero ya me estoy poniendo viejo. A los cincuenta uno no es el jovencito pinchador de antes.

—No se me deprima, don Chicho, los cincuenta son la mitad del camino.

—Es un recodo, doña Rita, un recodo. Mi abuelo decía que entre los veinte y los treinta el hombre se prepara para ser algo, cualquier cosa. Entre los treinta y los cuarenta lo será, si es que se la puede. Entre los cuarenta y los cincuenta hace lo que vino a hacer. Después, los cincuenta y los sesenta lo revuelven todo. Y entonces se entra en la edad más inspirada, más intensa y sin sentido, la única que tiene un presente concreto, porque el futuro se esfumó.

—¡Ay, don Chicho, mire las cosas que dice, me va a dejar toda entristecida!

—Eso nunca, compañera —dijo el Chicho, y se despidió de ella con un beso en la mejilla.

—¿Qué fue eso de que los cincuenta y los sesenta lo revuelven todo? —le preguntó Alejandro en la estación mientras esperaban la llegada del ramal que los llevaría a Parral.

Allende escuchó la pregunta, pero no contestó. Su pensamiento había volado hacia otra parte. La había conocido hacía un año y medio, después de la segunda derrota. Miria Contreras, la Payita, se había mudado a la casa de al lado con su marido Enrique Ropert y sus tres hijos, y él y Tencha se hicieron amigos de la pareja. ¿Cómo pasó?, ¿cuándo pasó?, ¿por qué pasó? No tenía respuesta para estas preguntas.

—Uno es dueño de sus sentimientos, pero no puede controlarlos —le dijo a Alejandro—. Es algo que yo nunca he comprendido bien. ¿Cómo haces para apartarte de una mujer que amas y no puedes amar porque ella está casada y tú también?

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé, palabra que no tengo idea.

El pitazo fúnebre del tren los hizo levantarse de un salto y subir casi corriendo al carro. El Boldo, Hualve, Tormenclos, Quella, Unicavén, Tintivilo… fueron pasando las estaciones. Allende hizo el viaje callado, cosa rara en él, y tampoco leyó sus papeles. Estaba complicado. *No quiero hacer sufrir a la Tencha ni a nadie*, se decía, pero tampoco lograba sacársela de la cabeza.

## Tarde de sábado en Malloco

Los primeros rayos de sol alumbraban la pieza. Un crucifijo en la cabecera de la cama y una pequeña calavera en el velador hablaban de la importancia que tenían estos dos símbolos para Jaime Guzmán. Desde niño se sintió atrapado entre dos enigmas incomprensibles, Dios y la muerte. Su terror, sin embargo, se concentraba en los perros y la posibilidad de enfermarse. Se tomaba el pulso varias veces al día, como si temiera que el corazón lo pillase desprevenido y de pronto dejase de funcionar. Dormía a saltos. Si no eran las pesadillas, eran las preocupaciones. Se declaraba incapaz de desconectarse de los problemas grandes, chicos, ajenos o personales. Lo único que lo relajaba era viajar y rezar. Rezaba el rosario todos los días y comulgaba dos veces por semana. No había hecho votos de pobreza ni de obediencia o castidad, pero tampoco descartaba la idea de ser sacerdote. Se ponía rojo cuando algún compañero de curso le preguntaba si estaba enamorado. “Plenamente, no”, respondía, pasando a otro tema de inmediato. Sus amigos decían que eran un hombre alegre, que contaba chistes, que gozaba de la buena comida en un buen restaurante. Pero a simple vista parecía un hombre a quien le costaba ser feliz.

El reloj sonó a las ocho. Aunque los sábados podía dormir un rato más largo, él amaba su rutina, despertar a la misma hora y levantarse, sobre todo cuando lo esperaba el almuerzo en Malloco con don Jorge.

Había conocido a Jorge Alessandri a los seis años, una vez que fue con su madre al desfile presidencial de Arturo Matte. En 1958 Alessandri se presentó a las presidenciales y él leía toda la prensa y siguió de cerca su campaña. Más tarde en su vida diría que de su personalidad lo sedujo su integridad moral y la valentía para combatir los falsos mitos y consignas. Don Jorge era la viva reencarnación del antiguo republicano, con la prestancia y la fuerza del padre que a él le hubiera gustado tener.

Su estrecha amistad empezó cuando Jaime cursaba el primer año de leyes y Alessandri estaba al final de su gobierno. Jaime comenzó a ir todos los sábados a la parcela de Malloco. Él tenía dieciocho años; Alessandri, sesenta y siete. Podría haber sido su abuelo.

Jaime llegaba hacia la una de la tarde. Se sentaban en el corredor de la casa, donde comían un almuerzo liviano, una papa cocida con algo de carne y ensalada. No fumaban. Jorge Alessandri no bebía alcohol y Jaime, de vez en cuando una copa. Ninguno de los dos parecía interesado en las mujeres. No eran grandes lectores ni aficionados a la literatura o la filosofía. Y a don Jorge no le gustaba el fútbol. Donde se encontraban era en la ópera y en el tema de Chile, el país y cómo gobernarlo, hacia dónde llevarlo, con cuáles principios no ceder jamás y cuáles alentar a cualquier costo.

Jaime lo veneraba. Y para la vanidad de don Jorge, este joven brillante y lúcido que lo adoraba era un halago.

Sentados en el corredor, cada uno con una manta escocesa cubriendo las piernas, comentaban los últimos acontecimientos.

A la Casa Blanca había llegado un hombre joven, audaz y chispeante que entendió el peligro que significaba la Unión Soviética para los intereses de Estados Unidos en este lado del mundo. Había demasiada pobreza en América del Sur, demasiada rabia en los pueblos, y aquello era el mejor caldo de cultivo para el marxismo. Estados Unidos y la Unión Soviética habían roto su alianza estratégica después de la Segunda Guerra Mundial y ahora se disputaban las zonas de influencia en el planeta. La Revolución cubana estaba clavando sus banderas en América Latina y a Estados Unidos no le convenía. La manera inteligente de pararlo era atacando la pobreza de raíz, dejando al marxismo sin discurso y sin

motivos para afincarse en el Cono Sur. Había que empezar por reformar las estructuras. Hacer algo de socialismo en el continente. Era el comienzo de la Alianza para el Progreso, de una estrecha colaboración entre Jorge Alessandri y John Kennedy y de la primera reforma agraria en Chile.

—Yo insisto en que la reforma agraria es un error, don Jorge. Con todo respeto se lo digo. Lo que hay detrás de esta reforma es el intento de arrebatarle esta bandera al izquierdismo socialista; hagamos la reforma nosotros y los dejamos sin discurso, pero reformar la tierra es tan equivocado de parte nuestra como de parte de ellos.

—No es que estemos expropiando fundos que sirvan para algo —se defendía don Jorge—. Y es tan poca la tierra que no alcanza ni para cubrir un macetero. No olvide que tenemos un compromiso con el gobierno de Estados Unidos y, aunque la idea no me gusta para nada, el compromiso hay que cumplirlo o nos quedamos sin plata.

—Eso es lo peor, don Jorge, que además se está haciendo sin ninguna convicción. Estamos abriendo las puertas para que cuando la izquierda llegue al poder haga una reforma agraria radical, que es lo que quieren.

—¿Y usted qué propone?

—Si ni usted cree en la reforma agraria, no la haga. Hay que tener firmeza en las creencias. Firmeza y honestidad con uno mismo. En política hay que tener siempre el coraje de desplegar las propias banderas sin temor a una derrota ni autocomplejo frente a las contrariedades de ir contra la corriente.

—Sus palabras caben muy bien en un discurso, pero yo no puedo hablarle de “firmeza en las creencias” a la mano que nos ayuda con plata… Es que usted es muy joven —murmuraba don Jorge—. Mire, Jaime, no sigamos con este tema, que no vamos a llegar a ninguna parte. Lo convido a caminar un rato; llevamos mucho tiempo ejercitando las neuronas y hace bien estirar las piernas.

A lo lejos podía verse la imagen de estos dos hombres, uno corpulento y un poco gibado, el otro bajito y flaco, los dos vestidos

iguales, caminando a paso lento, hablando como en susurros; Jorge Alessandri moviendo las manos al explicarse, Jaime Guzmán asintiendo respetuosamente con la cabeza. Solo faltaba un caballo y un burro para que alguien los confundiera con el Quijote y Sancho Panza.

En el gobierno de Alessandri no hubo revoluciones sociales ni militares amenazando la democracia. Lo único que se encabritó de manera fatal, dejando miles de muertos y heridos, botes encaramados en los cerros y casas en el suelo, fueron dos terremotos, el de 1958 y el de 1960.

Una vez más la tierra les recordaba a los chilenos que la existencia de un país resbalándose montaña abajo y a punto de caer al mar era un puro milagro.

## Míster Corrigan

Adam la echaba de menos. Cinco meses separados era mucho tiempo. *Sweety*, le dijo la noche anterior antes de cortar la comunicación, *I love you*.

—*Love you too* —contestó Wendy al otro lado de la línea, y por alguna razón, tal vez fue el tono de su voz, Adam la sintió desmotivada.

Wendy no aceptó de buena gana el traslado a Chile. ¿En qué colegio iban a poner a los niños?

—No querrás que Tommy se eduque en español. Y Susan va camino de convertirse en campeona infantil de patinaje en hielo. ¿Hasta cuándo piensas tratar a tus niños como paquetes que pueden trasladarse de continente como si fueran muebles? Francamente, Adam… no veo cuál es la razón de aceptar un destino que solo nos complicará la vida.

—Wendy, escúchame, es un ascenso importante en mi carrera. Cuando se está al servicio de los intereses del país no es llegar y decir “no puedo aceptar el cargo porque mi niñita es buena para el patinaje en hielo”.

Una semana después de esta conversación Adam partió a Santiago para establecer los primeros contactos, buscar una casa, comprar los dos autos, contratar una criada e investigar colegios para los niños.

Estaba contento con lo que había logrado. Gracias a la ayuda del embajador Charles W. Cole, dio con el colegio apropiado para sus hijos, encontró una casa que a Wendy le gustaría, contrató una criada, estableció tres contactos importantes y esta mañana conocería personalmente a Eliodoro Silva.

La casa estaba en la calle Hendaya, en El Golf, un barrio de callecitas tranquilas y arboladas. Era una bonita casa de dos pisos, estilo inglés, rodeada de jardines, con una terraza donde Susan podría hacer fiestas con las niñitas de su nuevo colegio y una gran piscina en la cual hizo instalar un tablón para cuando Tommy aprendiera a nadar. El colegio lo dejó enteramente satisfecho; el nivel académico parecía excelente. Era un colegio chileno-norteamericano, mixto, algo muy raro en esta sociedad bastante conservadora. El inglés era obligatorio y hasta el nombre le pareció intrigante, Nido de Águilas, muy apropiado para un país a los pies de esa gigantesca cordillera en cuyos faldeos había visto aguiluchos y hasta un cóndor.

Adam tardó menos de un mes en arreglar la casa echando mano de muebles de mimbre. Lo indispensable. Ya se encargaría Wendy del resto.

La criada había llegado hacía tres días. Era una joven con rasgos mapuche que se hacía llamar Ina. ¿Y cuál es tu nombre verdadero? Adelina Catrilán, señor. ¿Tu familia vive en Santiago? No, mi familia es del sur. ¿Has trabajado como criada, antes? Sí, señor, pero allá cerca del campo, en Talca, nunca en Santiago. ¿Sabes cocinar? Sí, señor. ¿Tienes amigas en Santiago? No, señor, aquí no conozco a nadie yo.

La contrató.

—¡Adelina! ¿Me puedes traer una Coca-Cola? Estoy esperando a un señor; en cuanto llegue lo haces pasar al escritorio, por favor.

Se instaló en la terraza con el vaso de Coca-Cola y se dispuso a esperar a Eliodoro Silva hojeando el diario.

## Encrucijada

Eliodoro Silva había pasado la noche desvelado. La cuerda se estaba estirando de manera peligrosa y Sofía podría enterarse.

En un rapto de total falta de criterio, Ana María le había dejado una carta en su casa; la deslizó por debajo de la puerta, vale decir, abrió la reja, caminó por el largo sendero de piedra hasta el porche, subió los tres escalones y arrastró la carta por debajo de la puerta. ¿Se había vuelto loca? La *station wagon* de Sofía estaba estacionada en la calle. Ella sabía que se encontraba en casa; podría haberla visto por la ventana, podría haber bajado y ver el sobre y, lo que es peor, abrirlo.

Al volver de la oficina a casa, Sofía lo recibió como todos los días. Él dejó su chaqueta en la silla del *hall*, pasó al baño de visitas para lavarse las manos y después regresó a la terraza.

Sofía le contó que estaba furiosa con Juan Ignacio. Habían llamado del colegio para saber cómo seguía del resfriado.

—Pero Juan Ignacio no tiene ningún resfriado y esta mañana salió al colegio en el bus como todos los días. Llamé de vuelta al director para preguntarle desde cuándo no iba al colegio y me dijo que desde hacía tres días. O sea que no ha ido en toda esta semana.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Eliodoro.

—No tengo idea.

—¡Haz algo! ¡Llama a la casa de los amigos! —se sulfuró Eliodoro.

—¿Y qué crees que he estado haciendo toda la tarde?

En eso llegó Juan Ignacio. Vestía uniforme. Los saludó como cualquier día, un poco a la carrera, y cuando iba entrando de vuelta a la casa su padre se levantó de un salto y lo agarró por el hombro.

—¡Oiga! ¡Usted! ¡De dónde viene!

—Del colegio —balbuceó el chiquillo.

Tenía catorce años, pero representaba más edad. Era muy alto. La cara plagada de espinillas, el pelo bastante más largo de lo usual. Miró a su padre y con una actitud desafiante dijo que venía de la casa de Bulnes.

—¿Así llaman al colegio ahora? ¿La casa de Bulnes?

El muchacho bajó la vista y se metió las manos a los bolsillos.

—¡Se va a quedar castigado todo el mes, sábado y domingo en su pieza, sin mesada, y si esto se vuelve a repetir, lo voy a meter a la Escuela Militar! ¿Me oyó? ¡Y ahora salga de aquí! —chilló Eliodoro —. Voy a cambiarme de ropa y vuelvo —le dijo a Sofía, y le dio un beso en la cabeza.

Subió la escalera a trancos largos y al entrar en su dormitorio vio el sobre que había en su velador. *Para Eliodoro*. No había dirección ni sello de correo. Y era la letra de Ana María.

Sintió frío en el cuello. El sobre estaba mal cerrado. Lo abrió con las manos temblorosas y leyó.

> *Por favor, no vayas mañana a la reunión antes de hablar conmigo. ¡Cancela todo eso!*

*Ana María*

Se dejó caer en el sillón. ¿Por qué había hecho una locura así? ¿Y si Sofía lo había abierto? ¿Qué iba a decirle si llegara a preguntarle por el significado de esas palabras? *No te preocupes, mi amante está en contra de que yo colabore con la CIA*, ¿eso le iba a decir?

Bajó a la terraza.

—¿Lo viste? —preguntó Sofía desde el macizo de rosas. Se había puesto los guantes para jardinear y estaba podando las flores secas.

—¿Qué cosa?

—El sobre que tiraron por debajo de la puerta. Lo dejé en tu velador.

—Era un recado de Ana María.

—¿Algo importante?

—Nada… Era para recordarme mi reunión de mañana con míster Corrigan.

—¿Míster Corrigan?

—Es un norteamericano que viene de visita. ¿Te gustaría ir a Les Assassins esta noche? —preguntó cambiando de tema.

—Me da un poco de lata ir al centro.

—¿Quieres que te lleve a otra parte?

—No, gracias, prefiero quedarme aquí —dijo Sofía, y siguió podando rosas mientras él fue a la cocina a buscar algo de comer.

Sofía lo miró entrar a la casa e hizo un gesto de hastío. Había llegado la hora de hablar con él. No podía seguir prolongando esta situación.

## La conversación

Hendaya 495. Eliodoro comprobó el número y tocó el timbre.

Una mujer joven vestida con un delantal azul y una pechera blanca le abrió la puerta.

—El caballero lo está esperando.

Lo hizo pasar al escritorio.

—Voy a avisarle que llegó.

Eliodoro se quedó parado al medio de la pieza. Los estantes estaban vacíos. Había unos pocos muebles de mimbre. Las paredes desnudas y varias cajas apiladas cerca de un ventanal daban cuenta de que míster Corrigan estaba recién mudándose a esa casa.

En eso apareció Adam Corrigan y Eliodoro permaneció unos minutos mirándolo. El hombre que tenía al frente no podía tener más de treinta, treinta y cinco años. Vestía pantalón vaquero, una camisa a cuadritos azules y blancos y zapatillas de tenis; su sonrisa de dientes parejos y albos lo hacía ver como un anuncio de la Pepsi-Cola más que un alto ejecutivo de la ITT. Ricardo Blanco le había explicado que su cargo era pantalla. El tipo era un alto ejecutivo, pero no de la ITT, sino de la CIA, y estaba perfectamente informado de lo que pasaba en Chile y en el resto de América del Sur.

—Va a tener que disculpar el desorden, acabo de cambiarme del Hotel Carrera a esta casa. Wendy y los niños no llegan hasta dentro de una semana y para entonces espero tenerles todo listo. Vamos a sentarnos aquí; no son muy cómodos estos sillones, los compré para la terraza, pero por mientras nos sacarán de apuro. ¿Le gustaría beber algo, una Coca-Cola, un *scotch*?

—Su español es perfecto —se admiró Eliodoro.

—En mi trabajo, incluso estando en Washington DC, hablo más español que inglés y de joven viví algunos años en República Dominicana.

—¿De joven? Eso habrá sido el año pasado —se rio Eliodoro.

—No se deje engañar por mi apariencia. Tengo cuarenta y ocho años, aunque usted no lo crea. No me dijo lo que desea tomar.

—Una Coca-Cola, gracias.

—Es un placer conocerlo. Por fin podemos vernos las caras después

de tanto mensaje. Ricardo Blanco me ha dicho que está al tanto de nuestro trabajo en Chile y es enteramente confiable. Bueno, si la agencia lo ha reclutado no puede sino ser de confianza —dijo Corrigan como hablando para sí mismo.

—Espero hacer honor a esas palabras, míster Corrigan.

—Llámeme Adam, así nos sentiremos más en confianza. ¡Bien! Como sabe, la preocupación de mi gobierno por lo que pudiera ocurrir en Chile es grande. Por estudios sociológicos que hemos encargado tenemos claro cuál es la capacidad revolucionaria de esta sociedad y el escaso control político de los últimos gobiernos. No sé si está al tanto del informe que ha hecho Joseph Jova, nuestro encargado de negocios.

—No he leído el informe todavía, pero sé más o menos de qué se trata, algo me dijo Ricardo Blanco.

—Joseph opina que el estilo de la relación diplomática, política y económica de Estados Unidos con Chile debe cambiar, que hemos sido blandos. En palabras de Joseph, hemos actuado como golpeando con una almohada a un colchón.

—¿Y ahora se trata de golpear con un colchón a una almohada? —preguntó Eliodoro con una sonrisa en la mirada que Corrigan no supo interpretar.

—¡No! Se trata de actuar en nuestra relación como un yunque y un martillo.

—Ahí saltarían chispas.

—Se moldearían mejor nuestros mutuos intereses. Permítame hablarle claramente, a ver si evitamos medias palabras y metáforas. Desde hace dos años estamos preparando el terreno para impedir la expansión del marxismo y, desde luego, su llegada al poder. Ese es nuestro objetivo principal y estoy seguro de que es el objetivo del grupo que usted representa. ¿Cómo ve la situación política en Chile, en este momento?

—Preocupante. Allende no solo ganó la senaduría, sino que

contribuyó al triunfo de Jaime Barros, el candidato comunista que iba en su lista. El marxismo se está expandiendo de manera peligrosa y nosotros tememos que, esta vez, Allende llegue al poder.

—¿Cómo ve la candidatura de Eduardo Frei?

—Como ya lo habrá conversado con Ricardo, la candidatura de Frei está con problemas. La Democracia Cristiana es el muro de contención para la marea roja y, tal como usted dice, el peligro de una marea roja es inminente. La buena noticia es que están desunidos, cada uno acarreando agua para su molino, como decimos en Chile. No hay más que ver lo difícil que se le hace al propio señor Allende unir a la izquierda desde la presidencia del Senado. Unos quieren hacer la revolución "a la cubana", otros la quieren por "vía insurreccional", otros, a lo "chino-maoísta".

—¿Y qué quiere el señor Allende?

—Allende propone una revolución "a la chilena".

—Una revolución a la chilena podría ser la más peligrosa si estuviera en consonancia con el tejido social de este país, con su cultura. ¿No está de acuerdo? Nosotros sabemos que Fidel Castro pretende exportar a estos países su propia revolución respaldada por la Unión Soviética. No necesito decir lo que significa en materia de peligro para los intereses de Estados Unidos. Pero cortemos por lo sano y vamos a la parte práctica de este asunto. Hemos destinado la cantidad de dos millones de dólares para impedir el triunfo de Allende en la elección presidencial del año que viene. Ese dinero será inyectado a la campaña del señor Frei. Y aquí hay un punto importante de destacar: el candidato Frei no será informado. Lo haremos a espaldas suyas.

—¿Y dónde quepo yo en esta operación? Ustedes saben que no soy democratacristiano.

—No es democratacristiano, pero tiene excelentes contactos con la Democracia Cristiana. Su amigo Alberto Cienfuegos es uno de los políticos más importantes en este momento.

Eliodoro se puso pálido.

—Conocemos el rol que juega Cienfuegos en la Democracia Cristiana —siguió Corrigan, tomando un sorbo de Coca-Cola—, pero no se preocupe, la discreción está totalmente garantizada por nosotros. Usted se entenderá siempre conmigo. Voy a darle un teléfono que bajo ningún concepto dará a nadie. Yo me encargaré de hacerle llegar cualquier dinero que necesite.

—Entiendo.

—Déjeme terminar. Las acciones encubiertas abarcan una serie de actividades, que van desde recolección de inteligencia clandestina, enlace con las policías locales y contrainteligencia, hasta acciones más cotidianas como lienzos, afiches, encuestas, *spots* radiales, etc., etc. Su trabajo no está en ese rango de actividades. Su trabajo es delicado y debe hacerse con tino e inteligencia. Lo que necesitamos es que nos ayude a presionar a la derecha para que apoye al señor Frei y recabar información acerca de cómo se está preparando el grupo de rodea al señor Frei para un eventual gobierno, quiénes son las personas que formarían parte de su gobierno, cuáles son los planes de ese eventual gobierno. Y junto con ocuparse de Frei hay algo de suma importancia que también queremos pedirle. Necesitamos un completo informe acerca de quién es el señor Radomiro Tomic.

—¿El senador por Aconcagua y Valparaíso?

—Este senador está hablando de “chilenización del cobre”. Sobra decirle cuánto nos preocupa su discurso. Lo consideramos una amenaza para nuestros intereses. Queremos saber de él.

—Comprendo —dijo Eliodoro.

—Ahora bien, ¿cómo pensamos materializar la ayuda? Una sola palabra lo resume: dólares; dinero para comprar carteles, radios, circulares, panfletos, folletos, banderines, encuestas, artículos que se irán publicando en *El Mercurio* y otros medios afines, fundamentalmente en *El Mercurio*.

—¿Escritos por quién?

—Tenemos un par de enlaces dentro del diario. Les iremos dando

pautas de tal o cual problema que nos preocupa y ellos lo comentarán de manera favorable a nuestros mutuos intereses. Fidel Castro, Cuba y su revolución, la influencia de la Unión Soviética en esta parte del mundo, la arremetida del marxismo. Eventualmente vamos a sugerir la publicación de artículos a favor del señor Frei.

—Yo no tengo grandes contactos dentro de *El Mercurio*. Conozco a Silva Espejo, que acaba de asumir la dirección del diario, pero no tengo ninguna confianza con él. Además, dudo mucho que él se preste para ayudarlos en algo así.

—Déjenos *El Mercurio* a nosotros. Eso ya está arreglado y a un nivel más alto que el director del diario. El director del diario no está enterado de nada de esto.

Adam Corrigan se levantó del sillón y se puso a caminar por la pieza.

—¿Hay algo más que quiera saber? ¿He sido lo suficientemente claro?

—Ha sido del todo claro, Adam. ¿Cuándo volvemos a encontrarnos?

—Avíseme cuando tenga listo el informe sobre Tomic.

—Una última pregunta. ¿Puedo estar tranquilo con respecto a la discreción?

—En este trabajo nada puede quedar al azar. Tampoco se admiten indiscreciones. Es de usted mismo de quien esperamos el máximo cuidado.

—¿A qué se refiere?

—A su asistenta, Ana María. Usted sabe de la existencia del archivo de Ricardo; en la agencia lo llamamos "*Richard's file*". Si yo fuera usted, me preocuparía de no estar más en ese archivo. ¿Sabe cuántas fotos de ustedes dos hay en el archivo de Ricardo?

Eliodoro sintió que la sangre se le escapaba de la cabeza.

—Comprendo.

—No me tome a mal; todos podemos tener aventuras, pero, en este caso, usted verá cómo lo hace —dijo Corrigan—. Lo acompaño a la puerta.

Los dos hombres se despidieron con un apretón de manos.



Eliodoro tomó un taxi en la esquina de Hendaya con Apoquindo y se dirigió a su oficina en el centro.

Al verlo aparecer, Ana María lo siguió hasta su despacho y una vez dentro cerró la puerta.

—¿Recibiste mi mensaje? ¿Fuiste a la reunión con la CIA?

—Baja la voz, alguien podría escucharte. Ana María, ¿cómo se te ocurre ir hasta mi casa y deslizar una carta debajo de la puerta? Sofía podría haberla leído. Y sí, fui a la reunión, pero esta conversación no existe.

Ana María se sentó frente a él. Su voz era pausada y tranquila.

—Me parece increíble que tu preocupación en este contexto sea Sofía. ¿En qué mundo estás viviendo?

—Sofía podría haber abierto la carta y a ti no te importa. ¡Pero a mí me importa! Me preguntó de qué se trataba ese sobre, creo que sospecha algo. Ana María, te lo pido por favor. Que sea la última vez.

Ana María tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. Habló respirando con calma; no quería terminar gritándole, pero en ese momento lo habría matado.

—El problema no es Sofía, sino que te hayas juntado con el enviado de la CIA.

Se produjo un silencio pesado.

—Mírame a los ojos, Eliodoro. Yo no voy a prestarme para esta

canallada.

—¿Cuál canallada?

Ana María lo miró estupefacta.

—¿No te das cuenta de la gravedad de tu situación? Yo no estoy hablando de Sofía ni de tu matrimonio, no me refiero a eso, y no estoy dispuesta a seguir junto a un hombre que no duda en traicionar a su mejor amigo.

—¿De qué estás hablando?

—De los tratos que estás haciendo con la CIA a través de Adam Corrigan. De la manera como te están utilizando porque eres el mejor “amigo” de mi marido y de la vergüenza que siento de mí misma en este momento. De eso estoy hablando. ¿Tú crees que Corrigan no sabe nada de nuestra relación? Bueno, si eso es lo que crees, espérate sentado, porque en el minuto en que ese hombre quiera chantajearte con las fotos vas a caer como quien cae de un quinto piso. ¿Tienes alguna idea de lo que pasaría si estas fotos llegan a las manos de Alberto?

El corazón de Eliodoro empezó a latir con fuerza. Ana María sabía entonces de la existencia de esas fotos. ¿Se las había entregado ella misma a Ricardo? *He sido un huevón, un perfecto huevón.* Si esas fotos llegaran a hacerse públicas, si llegaran a las manos de Alberto Cienfuegos, su carrera, su matrimonio, su trabajo, toda su vida se iría alcantarilla abajo.

—Tú sabes algo que yo no sé —dijo casi balbuceando.

—Los dos sabemos que en el archivo de Ricardo hay pruebas de nuestra relación. Tú no deberías aceptar ningún trato con Corrigan; entregándote a Corrigan te estás poniendo en manos de Ricardo y todos sabemos cómo se mueven estas cosas.

Eliodoro quedó atónito.

—¿Cómo sabes tú que existen esas fotos en el archivo de Ricardo?

—Me las mostró Ricardo y me dijo que Corrigan las ha visto. Así de

sencillo. Por eso te mandé esa nota ayer, para que no fueras a ver a Corrigan antes de hablar conmigo.

—Supongo que no habrás sido tú quien le proporcionó esas fotos a la CIA.

—Prefiero no contestar tamaña estupidez —dijo Ana María sonriendo con tristeza, y abandonó la oficina cerrando la puerta con suavidad.

## La despedida

Sofía observó la caja de música comprada en Viena, el reloj francés con la figura de porcelana, la lámpara de opalina que sus amigas envidiaban, los cortinajes de seda gruesa, su ancha cama de dos plazas con respaldo de raso acolchonado, la alfombra persa. Los mismos objetos que un día adquirió regocijada para decorar su habitación ahora no tenían importancia para ella. ¿De qué le había servido el lujo, la vista a la cordillera, la piscina iluminada, esa pieza como la de cualquier palacio de Europa? Miró hacia el lado de la cama donde dormía Eliodoro y le pareció ver su cuerpo bien formado, largo, tendido de espaldas con las manos detrás de la cabeza.

Llevaba quince años de matrimonio y se estaba separando de Eliodoro llena de rabia por los años sola en esa casa esperando al marido, que volvía de la oficina cansado y había que servirle el pisco *sour* con los canapés de loco. “¿Cómo te fue en la oficina?”. ¿Cuántas veces en esos años había preguntado “cómo te fue en la oficina”? ¿Cuántas le había dicho él “bien”? ¿Y cuántas había caído un silencio embarazoso, pues no tenían qué más contarse aparte de alguna gracia de Juan Ignacio? “Juan Ignacio dijo *mamá*”, “el niño volvió del jardín infantil con un ojo en tinta”. ¿Cuántas? Sintió una puntada en el pecho. *Mi vida ha sido una lata doméstica, una buena lata doméstica, un pozo de aburrimiento, sin ternura y con un sexo mediocre, una soberana mierda.*

Cerró la puerta de su pieza consciente de que estaba cerrando la

puerta de una parte de su vida y bajó al primer piso, donde sabía que la esperaba Eliodoro. Le había dicho por teléfono que por favor volviera temprano a la casa, ella tenía que decirle algo importante.

Lo encontró en la terraza, sentado en uno de los sillones de fierro forjado. Miraba al cielo como quien espera un pájaro que va a pasar, completamente ajeno a lo que estaba por acontecerle.

—¿Llegaste hace mucho? —le preguntó Sofía.

—No, acabo de entrar. ¿Qué pasa? No me digas que hay problemas con Juan Ignacio otra vez. Este niño me tiene hasta la coronilla, tengo hartas ganas de meterlo a la Escuela Militar.

—Juan Ignacio está perfectamente bien, estudiando en la casa de Bulnes. No se trata de Juan Ignacio, se trata de mí.

—¿Estás enferma?

—Sí, estoy enferma del alma.

Eliodoro alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—No, en serio, ¿qué te pasa?

—Me voy esta noche al campo. Ya lo hablé con Luciana y Felipe; voy a quedarme con ellos un tiempo, no sé cuánto… Necesito tomar distancia, pensar, estar sola.

Se lo dijo de corrido, sin tomar aire y sin importarle cuál fuera su reacción. Estaba decidida a irse de esa casa y este era el primer paso.

Eliodoro se quedó callado a la espera de que Sofía le soltara el nombre de Ana María. Estaba seguro de que el sobre tenía que ver con su reacción. Pero Sofía no mencionó a Ana María en ningún momento. Le dijo que llevaba meses meditando su decisión, esto era lo mejor para ella, incluso para Juan Ignacio. Juan Ignacio podría ir al campo cuando quisiera y ella vendría a Santiago lo más a menudo posible. Su tren salía a las siete de la tarde; su amiga Pilar la llevaría a la estación.

Eliodoro recibió el chaparrón de palabras y quedó helado.

—¿Me estás diciendo que nos dejas, a mí y a tu hijo, que te vas de la casa para siempre?

—Nada es para siempre, Eliodoro, ni el abrigo, mucho menos el matrimonio. Sí, te estoy diciendo que me voy. Tú y yo nos hemos distanciado. Aquí no hay amor; llevamos años viviendo como dos desconocidos, a lo más como un par de hermanos mal avenidos. La verdad es que ya no lo soporto.

—¿Y tu hijo?

—Mi hijo no tiene nada que ver con mi decisión.

—No pretenderás que viva en el campo.

—Nadie va a vivir en el campo, yo tampoco. Me voy por unas cuantas semanas, pero voy a volver.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde piensas vivir en Santiago? ¿Con qué plata?

—Yo sabré arreglarme, no te preocupes por eso.

—¿Juan Ignacio lo sabe?

—Por supuesto que lo sabe. Lo hablé largamente con él hace unos días y lo tomó muy bien; es más, creo que se sintió aliviado. Mientras yo esté en el campo, la tía Olga va a quedar a cargo. Y no me digas que estoy abandonando a mi hijo, porque tú lo abandonaste desde el día en que nació. Aparte de retarlo por las malas notas, tirarle el pelo y amenazarlo con la Escuela Militar, has hecho muy poco para que sienta el cariño de su padre.

Eliodoro no se aguantó.

—Esto se debe a Ana María, ¿verdad?

Sofía lo miró sorprendida.

—¿Ana María? ¿Por qué Ana María?

—No me digas que no lo sabías.

—¿Es tu amante?

Cayó un silencio que duró hasta que Sofia se acercó a él, le dio un beso en la frente y le dijo “adiós, cualquier problema que tengas con Juan Ignacio avísame”. Y se fue.

## La niñez del estadista

A los ocho años Eduardo Frei Montalva era un niño larguirucho que jugaba a la pelota con su amigo y yunta, el “cabro Pomelo”. Pomelio González y Eduardo Frei se sentaban juntos en la escuela pública de Lontué, juntos sacaban de quicio a la maestra Celinda Muñoz y salían corriendo de la sala para no perderse el tren que pasaba a las cuatro de la tarde por los campos de Lontué.

Era una vida de gente pobre en un país pobre, donde la capital era poco más que un aldeón con trescientos cincuenta mil habitantes, casas chatas de adobe, los torreones de dos iglesias, conventillos de mal vivir y unos cuantos palacios donde la oligarquía daba sus bailes y las familias pudientes embarcaban sus vacas para que los niños tuvieran leche en la travesía a Europa.

En la provincia de Curicó el mundo era más pequeño, más humilde, tal vez más feliz. “Mi marido y yo estuvimos de acuerdo en soportar los griteríos y desórdenes de una casa llena de niños a cambio de que nuestros hijos estuvieran siempre al alcance de nuestras miradas”, decía Victoria Montalva.

Su hijo Eduardo estuvo siempre al alcance de su mirada y de la mano disciplinadora del papá, contador de la viña Lontué, que hablaba castellano con el acento alemán de Austria.

Era una vida modesta; no había radio, televisión, refrigeradores, ni máquinas lavadoras. Los niños jugaban a la rayuela, hacían bailar los trompos, pateaban la pelota y perseguían el humo que dejaba el tren. Los acontecimientos importantes eran el viento, la lluvia y la

vendimia.

En 1920 la familia se mudó a Santiago y para Eduardo fue parecido a mudarse al infierno. Lo metieron interno al seminario, fundado en 1584 por fray Diego de Medellín, y le tocó dormir y tener pesadillas en la misma pieza donde habían padecido los presidentes José Manuel Balmaceda y Germán Riesco. El ambiente lo aterrorizaba. Todo era viejo, feo, gastado. No había manera de calentarse entre esos muros centenarios. El frío era atroz y el régimen de estudio, estricto, sin concesiones. La campana sonaba a seis de la mañana. Los niños se lavaban en el lavatorio que había a los pies de la cama, se vestían a toda carrera y a las siete debían estar en el patio, donde los hacían trotar para entrar en calor. Luego venía la capilla para meditar, la misa para comulgar y la sala de estudios donde se preparaban para la primera clase, que empezaba a las ocho. Con una sola interrupción para almorzar, las clases se prolongaban hasta las seis y media de la tarde. Y después, dos horas de estudio.

Era la escuela militar de la Iglesia católica.

Con esa formación religiosa, esa infancia pobre, un solo traje y un par de zapatos con la suela diez veces reemplazada, se lanzó a la vida pública. Estudió Leyes en la Universidad Católica, se casó con María Ruiz-Tagle y tuvo siete hijos, se dedicó al periodismo un tiempo, militó en el Partido Conservador, fundó la Falange Nacional, fue ministro de Juan Antonio Ríos, varias veces senador, hasta que un buen día de 1966 se encontró sentado en una carroza, recorriendo las calles de Londres, con la reina Isabel y su sombrero de encaje celeste sentada al frente.

—¿Se da cuenta, majestad, de lo que significa este paseo para mí? Yo era un modesto niño de Lontué al sur de Chile y ahora ando paseando por Londres, en una carroza, al lado suyo.

La reina asintió con una sonrisa tímida y alzó un poco su mano enguantada para saludar a la gente.

## Domingo en El Golf

El Club de la Unión estaba en decadencia. Los caballeros ya no se juntaban en sus salones a fumar puros mientras comentaban el quehacer nacional. Tal vez iban una o dos veces por semana para comer, pero el lugar donde se encontraban ahora era el Club de Golf Los Leones.

Bajar un domingo en la mañana a la terraza del Club de Golf era como entrar a un congreso particular. Allí se daban cita empresarios y políticos, casi todos de derecha, casi todos ricos, casi todos con apellidos aristocráticos, casi todos hijos, sobrinos, nietos o bisnietos de presidentes de Chile. Los hombres que manejaban la política y la economía, sus mujeres y sus hijos se relajaban vestidos de *sport*, listos para alguna partida de tenis o de golf o simplemente dispuestos a tomarse un trago comentando las noticias del día.

La vista a las canchas, los árboles centenarios y esa placidez como de un mundo paralelo resultaba apaciguadora. Allí no había más ruidos que los cantos de los pájaros, las risas de los niños chapoteando en la piscina y uno que otro *toc* de una pelota de golf lanzada con fuerza. Luchito era amigo de todos. Su pisco *sour*, espumoso, con clara de huevo, era imbatible; el churrasco con palta tampoco tenía competencia. Siempre había un marisco del día, locos con mayonesa, machas a la parmesana o, como le gustaban a Pablo Zañartu, crudas con salsa verde.

Pablo pasaba los domingos en la mañana con un grupo de amigos sentado a una de esas mesas. Gregoria no lo acompañaba.

—Las cosas se están poniendo malas, viejo.

—Nada nuevo bajo el sol, Pablito. Los democratacristianos van a terminar arruinándonos. —Maximiano Edwards estaba a punto de perderlo todo. Él era el único responsable de sus malos negocios, pero siempre resultaba más honroso echarle la culpa al gobierno.

—Este asunto de la reforma agraria me tiene muy preocupado. Tengo un sobrino con fundo en Cauquenes, una tía con fundo en Camarico, una preciosura de fundo, Santa Filomena. Son fundos grandes, viejo; el más chico es de más de mil hectáreas y el otro ya va en ocho mil, mi sobrino Felipe se ha comprado media zona.

—Que se vayan despidiendo, viejo. Los demo llegaron para quedarse y, como le hacen el juego a la izquierda, el problema de la reforma agraria va a ser cada vez peor.

—El gobierno de Frei Montalva es un peligroso experimento político. Se presenta como alternativa al capitalismo y al socialismo en plena Guerra Fría, cuando ni la Unión Soviética ni Estados Unidos están pensando en soluciones intermedias, sino en la manera más eficaz de aniquilar una potencia a la otra —comentó Pablo, apuntando al mozo que iba pasando—. ¡Luchito! Tráeme otro pisco *sour*.

—Me pregunto qué habría opinado tu padre de todo esto —dijo Maximiano Edwards. Había conocido a Manuel Zañartu en el ministerio.

—Mi papá era muy ambiguo a la hora de la política. No se comprometía con la izquierda ni con la derecha y tenía un discurso medio santurrón. Gracias, Luchito —dijo, y alzó el nuevo pisco *sour* hacia el cielo—. Brindo por usted, papá. Peleábamos harto con mi viejo, pero nos queríamos.

## Las cosas se precipitan

Era el 30 de septiembre de 1965. Javiera y Silvestre celebraban su cumpleaños en Santa Filomena. Javiera había cumplido ochenta y un años y Silvestre, setenta y ocho. Mataron un par de corderos y sirvieron ensalada de cardón y papas a las brasas, el mismo menú que Javiera había propuesto para la fiesta de la boda del hijo de Silvestre, en los tiempos en que Arturo Alessandri había sido expulsado de La Moneda y la gente no hablaba de otra cosa que de la tormenta política. Los prohombres de Alessandri saliendo al exilio, las peloteras en la calle, el Congreso agachando la cabeza como si fueran colegiales pillados en falta, la figura de Ibáñez alzándose de entre las sombras.

Hoy, el tema era otra tormenta, y esta vez afectaba directamente a los dueños de la tierra. La reforma agraria estaba en boca de cada

agricultor de la zona. Veían con terror lo que hacía el gobierno de Eduardo Frei. Llevaba un año en el poder y había comenzado a expropiar tierras en todo el país. Ningún chileno podía tener más de ochenta hectáreas de riego básico.

Hacia el final de la fiesta de cumpleaños el capataz de Silvestre llegó a todo galope a la casa. Necesitaba hablar con el patrón. Era urgente. Silvestre lo condujo a su escritorio; el hombre le dijo que había recibido la visita de un funcionario de la CORA y este lo había notificado de que el fundo Santa Filomena sería expropiado y le mostró el artículo 11 de la Ley de Reforma Agraria N.º 15.020, dictada tres años antes.

Silvestre se sintió mareado; le pesaban las piernas y la mente se le nublaba.

—¿Me van a quitar la tierra? —preguntó, dejándose caer en el sofá.

—Lo siento, patrón. Tal vez debimos haber hecho la partición de la que hablamos usted y yo, pero no la hicimos. El funcionario dijo que un fundo de mil quinientas hectáreas en esta zona no va a librarse de ser reformado.

—¡Robado, querrán decir! ¿Cómo le doy una noticia así a Javiera? ¡A nuestra edad! Somos un par de viejos. ¿Qué vamos a hacer sin el campo? ¿Y qué va a pasar con mis inquilinos?

—Yo cumplo con avisarle. Usted debe ponerse en contacto con ellos en Santiago o en las oficinas que tienen en Curicó. Así dijo el caballero.

Cuando Javiera escuchó la noticia enmudeció. Se puso completamente blanca. Permaneció un par de horas sentada bajo el parrón sin pronunciar una sola palabra. Fue como si el alma se le hubiera volado. Silvestre se arrepintió de habérselo dicho, pero ¿cómo no iba a decírselo? Él movería contactos para que le permitieran hacer la subdivisión, pero era muy difícil que echaran atrás una orden de expropiación. Habían expropiado varios fundos cercanos. Cuando caía la ley, caía la ley.

—No entiendo el criterio que hay detrás de esta reforma —dijo

Javiera por fin—. Los inquilinos están bien pagados, son medieros y siempre nos hemos preocupado de que ganen bien y vivan en casas dignas.

—Nosotros no tenemos derecho a voto en esto. Es el sindicato.

—Sí, pero no son comunistas.

—Todo esto obedece a los acuerdos entre Kennedy y el gobierno democratacristiano. Kennedy cree que repartiendo la tierra entre los pobres va a contener el marxismo en Latinoamérica.

—La Alianza para el Progreso —murmuró Javiera.

—Así lo llaman, pero es una alianza para despojarnos de la tierra y entregársela a los campesinos.

—Que no tienen capital ni crédito en los bancos para trabajarla — añadió Javiera, sintiendo que se le corrían las lágrimas.

Tarde en la noche Silvestre escuchó el canto del búho que vivía en las ramas altas del eucalipto frente a la casa y se sintió animado. El pájaro anunciaba las buenas noticias. Encendió la luz y se volvió hacia Javiera, que dormía a su lado. La invitaría a mirar la luna llena, recostarse en el pasto y sentir la calidez de la noche. Ellos darían la pelea por Santa Filomena. Este campo era su razón de existir. Allí se habían conocido, en esa misma casa. Allí habían plantado las parras de la viña y habían visto crecer la higuera hasta arrastrar sus hojas por el suelo. Nadie les quitaría la tierra.

—Javiera…

El silencio pareció intensificarse.

—Javiera…

Silvestre contuvo la respiración. No se atrevió a mirarle la cara. La pieza había caído en un profundo silencio.

Permaneció el resto de la noche con ella como si estuviera dormida.

El contacto con su mano fría lo hizo volar hacia esa otra noche perdida en el tiempo, cuando se quedó petrificado como ahora, acompañando a Isidora en la primera etapa de su vuelo.



—La tía Javiera se fue justo a tiempo —le comentó Francisco a su madre a la vuelta del entierro.

—Si hubiese visto lo que está pasando en Santiago, el infarto le habría venido le quitaran Santa Filomena o no —replicó Gregoria —. Tu papá está indignado contigo, te lo advierto.

—Mi papá lleva treinta años indignado conmigo porque no soy él.

—Esta vez te responsabiliza de la muerte de la tía Javiera.

—¿A mí? ¿Qué tengo que ver con la muerte de la tía?

—Apoyas la reforma agraria y la reforma agraria la mató. Eso dice tu papá.

—¡Qué ridiculez! Menos mal que mi abuelo ya no está para oír semejante patraña. Mamá, supongo que usted no estará en esa parada.

—Yo ya no sé qué pensar.

—Los tiempos cambian, mamá. Esta es otra época, están cayendo las viejas estructuras. Usted debería estudiar un poco para comprender de qué se trata el socialismo, que no es otra cosa que el anhelo de justicia. El abuelo Manuel lo habría entendido.

—El socialismo será muy justo en el papel y en la palabra, pero cuando se lo pone en práctica, hasta donde hemos visto, termina en dictadura y Estado policial. Tu abuelo Manuel también decía que una democracia con problemas siempre es preferible a un régimen totalitario. Escúchame, Francisco: si estas van a ser las nuevas estructuras, que Dios se apiade de nosotros. Mira en lo que se ha convertido este país con la famosa revolución en libertad. ¿A esto llaman revolución en libertad? ¿Quitarle la tierra a gente que la ha

trabajado con sus manos toda la vida? Yo nunca he estado de acuerdo con las ideas tan cerradas de tu padre, pero ahora estoy furiosa. El gobierno de Frei va derecho al fracaso. ¡Y mira lo que estamos viendo en las calles! Es como si el futuro del país estuviera en manos de un puñado de jóvenes que en lugar de asistir a clases van a la universidad a tirar piedras. Nos estamos yendo más y más a la izquierda. ¡Hasta los curas andan vestidos con bluyines, declarándose socialistas! Me asusta esta juventud que no ve nada digno de salvar en las viejas estructuras, como dices; creen que nacieron sabiendo y todo lo que se hizo antes fue un error.

—Mamá, la única manera de hacer los cambios es hacerlos en libertad y en democracia, tal como dice Allende. Ya está bueno que les dejen la cancha libre a los jóvenes, sangre nueva; con las ideas del pasado no se construye el futuro. Se necesita un cambio en todo, partiendo por un cambio generacional.

—¡Por favor! Esos niñitos saben de dónde vienen, pero no tienen ni la menor idea de hacia dónde van. Creen que es llegar e incendiar el pasado para construir el futuro a su pinta. Entréguenles el poder a los universitarios y después me cuentan qué hicieron con el regalito. ¡Esto no es una revolución, sino un dechado de irresponsabilidad! Mira lo que está pasando con tu propio hijo. ¡Emiliano ni ha terminado el colegio, por Dios santo! Y anda convertido en un barbudo gritando consignas guerrilleras por la calle. No ha leído un libro en su vida, no tiene la madurez suficiente para entender lo que él mismo grita. ¿Ho Chi Minh? ¿Qué sabe mi nieto de Ho Chi Minh y qué nos importa a nosotros lo que haga o deje de hacer un líder de un país que Emiliano no sabe ni dónde queda en el mapa? ¡Y tú no dices nada!

En Concepción había surgido el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Seducidos por su discurso incendiario, Emiliano Zañartu y Gabriel Pinto se unieron al MIR y marchaban por las calles, el puño en alto, un palo figurando un arma. “¡Pueblo, conciencia y fusil, MIR, MIR, MIR!”, la melena al viento, los ojos brillando de entusiasmo. Era una fiesta de alegría en que los muchachos blandían banderas de Chile y de países lejanos, gritaban consignas, daban saltos y bailaban samba.

Hacia 1967 la tormenta estaba en su apogeo. El 8 de agosto los

universitarios colgaron un gigantesco lienzo en el frontis de la Universidad Católica, en Santiago. “¡*El Mercurio* miente!”. Y se aglomeraron dentro del recinto, exigiendo la salida del rector del Vaticano.

El Instituto Pedagógico estaba convertido en campo de batalla. Los estudiantes se tramaban a gritos y golpes defendiendo el cambio.

Los sindicatos, los militantes comunistas y socialistas desfilaban con carteles del Che Guevara, Mao Tse-Tung, Rosa Luxemburgo. Y los gritos “¡mueran los yanquis!”, “¡muerte al imperio!” inundaban calles, avenidas y plazas.

Mientras los estudiantes salían a protestar por Vietnam y tiraban huevos a la residencia del embajador de Estados Unidos en el parque Forestal, las cámaras de televisión en Estados Unidos mostraban los pájaros de acero vomitando su carga de napalm sobre las aldeas del Vietcong, y en Berkeley, California, nacía un fuerte movimiento de rebeldía estudiantil que se propagaba por el mundo universitario. Se ponía en jaque a la autoridad y el propio movimiento se investía de autoridad.

En Europa se escuchaba el clamor de una juventud que prohibía prohibir. En la Praga comunista se exigía un “socialismo en democracia”. En París se hacía famoso el nombre del anarquista Daniel Cohn-Bendit, “Dany, el rojo”. En las calles de Santiago, las huestes allendistas marchaban gritando contra el imperio. El mítico Che Guevara lideraba la guerrilla en Bolivia y la Cuba revolucionaria resistía el bloqueo de Estados Unidos.

El mundo estaba convulsionado.

## Lecciones de amor

Francisco creció al alero de sus primos. De niño jugaba con Felipe y pasaba los veranos en el fundo de Silvestre y la tía Javiera con su primo Felipe y Alejandro Pinto. Nunca olvidaría esos meses calientes en que Silvestre les daba lecciones de cómo enamorar a las

mujeres.

—Las mujeres no son como nosotros y nos tienen desconfianza —les decía—. ¿Por qué? Porque los hombres son violentos, mentirosos, asaltan por los caminos, se roban las vacas, estafan a los pobres y engañan a los ricos, y cuando se emborrachan, les pegan a sus mujeres. ¿No desconfiarían de semejantes animales?

—Pero usted mismo es un hombre —replicaba Felipe.

Silvestre se llevaba un dedo largo y huesudo a los labios.

—No, yo soy un poeta. La poesía es el único refugio donde los hombres pueden parecerse en algo a las mujeres.

Francisco y Felipe se quedaban mirándolo fascinados.

—Antes de seguir con la lección, vamos a comer chancho en piedra con pan. El ajo es inspirador, abre las arterias y llega más sangre al corazón.

Entonces partía en busca de su mortero de piedra, picaba cuatro ajíes verdes, dos dientes de ajo y tres tomates, lo machacaba todo muy bien y lo aliñaba con un chorro de aceite y sal para servírselos con el pan amasado, recién salido del horno, que la cocinera les traía envuelto en un paño blanco.

Todo esto debía hacerse en el patio, pues la cocinera nunca le perdonó haberla enemistado con el bandido y no lo dejaba entrar a la cocina ni a palos.

Uno de esos veranos Francisco llegó al campo declarándose enfermo de amor por Margarita.

—¡No se hable más! Vamos a ponernos manos a la obra —le dijo Silvestre, y en tres días le tuvo listos seis poemas.

Pero él no se atrevió a echarlos al correo. Margarita se habría reído en su cara, lo habría dejado en ridículo.

Desde esos días felices habían pasado muchos años y sinsabores. Ahora lo único que volvía a su memoria eran momentos amargos. Margarita burlándose de él. Margarita diciendo pesadeces. Margarita apocándolo. Nunca un gesto de ternura.

Sentado en la salita casi vacía, pues Margarita se había llevado el fonógrafo y los dos sillones a la casa de su madre, se preguntaba si estuvo realmente enamorado de ella o si fue una ilusión. No se acordaba de cómo hacían el amor ni de su olor, y ese olvido lo amargaba. A ratos lo invadía una vaga tristeza y por otra parte la separación de su mujer le producía una gran tranquilidad. Se sentía libre de la constante crítica; la casa estaba silenciosa, escuchaba a los pájaros en el patio y las voces de la gente en la calle. Cuando Margarita se fue a vivir con su mamá, él se quedó a cargo del hijo. Emiliano era un chico fácil y alegre para quien lo más importante en ese momento era ir al Mocambo con Gabriel y comprar gallinitas de manjar. Le iba bien en el colegio, se hacía las cosas solo, estiraba su cama en la mañana, se preparaba la once cuando volvía de clases y era frecuente que Francisco llegara a su casa por la noche y Emiliano tuviera la cena lista para él. El chico veía a su madre prácticamente a diario y nunca le dio un problema a ninguno de los dos.

Poco después de la separación, Francisco empezó a pasar los fines de semana en San Ignacio. Se llevaba bien con Felipe y, aunque sus ideas políticas fuesen del todo contrarias, estos dos hombres, que eran como hermanos cuando niños, de adultos fueron capaces de cultivar una amistad donde era posible discutir sus diferencias. Nunca llegaban a los gritos ni a los insultos, así como nunca dejaron de intentar convencerse el uno  al otro. Vano intento, por lo demás, mas lo importante era el cariño que se tenían.

Uno de esos fines de semana coincidió con la llegada de Sofía a San Ignacio. Felipe salió a recibirlo y cuando iban subiendo por el sendero que llevaba a la casa le contó que su cuñada estaba con ellos y pensaba quedarse varias semanas.

—¿Sofía?

—La misma. Se separó del marido, por fin.

Sofía estaba leyendo en el corredor cuando los vio venir. Se levantó de la silla y se acercó a ellos con una sonrisa.

—¡Por Dios, Francisco! Esto se llama vueltas de la vida. La última vez que te vi, eras un mocoso de dieciséis años que hacía poco había dejado de usar pantalones cortos.

—Y tú una perversa que me dejó plantado para irse con uno mucho mayor. Universitario y todo —se rio Francisco.

—La perversidad me costó muy cara —dijo ella con seriedad—. El universitario mucho mayor resultó un fiasco, qué quieres que te diga. Bueno, no tanto, tampoco; es el padre de mi hijo y no es una mala persona… pero, sí, un buen fiasco. —Y ahora se rio.

Entraron juntos a la casa.

Esa tarde, cuando estaba bajando el calor, Francisco la invitó a caminar.

—Vamos para el lado de Tapihue, quiero mostrarte una poza de agua en el estero La Toribia, uno de los lugares más bellos de esta zona.

Llegaron antes que se pusiera el sol y se sentaron en una roca debajo de un sauce. El agua corría plácidamente, llevándose el reflejo de los árboles y las burbujas de una que otra trucha rompiendo la superficie. No daban ganas de hablar.

—¡Qué tranquilidad! —dijo Sofía hablando bajito para no espantar la calma.

—Así se vive en provincia.

—¿En serio?

—¿En qué parte de Santiago puedes sentarte en una roca y contemplar un agua limpia que corre?

—Háblame de ti —le dijo ella—. ¿Qué pasó en tu matrimonio?

—¿Quieres que te hable de mí o de mi matrimonio? Porque son dos

cosas muy distintas.

Sofía se rio.

—Te propongo otra cosa. No hablemos de matrimonios ni tú ni yo, ¿qué te parece? Retomemos la conversación de ese día, cuando te dije que me había enamorado de Eliodoro y te pusiste a llorar.

—De acuerdo. Pero vamos a tener que irnos, porque está empezando a oscurecer. Ven, dame la mano.

Volvieron a paso lento, hablando siempre en voz baja. Al entrar a la arboleda que llevaba a la casa de Felipe, Sofía le dijo que estaba contenta de haberlo reencontrado. Francisco la miró buscando a la Sofía de su juventud, pero esta mujer de ojos celestes y varios surcos en el rostro delgado y sereno no tenía nada que ver con la chiquilla que lo dejó plantado por el universitario mucho mayor.

—Yo también —le dijo.

## Cabeza fría y corazón caliente

—Esta administración será un ejemplo de la Alianza para el Progreso; mi amigo el flaco se ha convertido en un lacayo de Estados Unidos, pero es necesario poner las cosas en su contexto —decía Salvador Allende durante el gobierno de Eduardo Frei—. Chile ha recibido más dinero de Estados Unidos que ningún otro país en América Latina y, así y todo, las reformas son insuficientes, compañeros, del todo insuficientes, apenas un paliativo para el pueblo.

Radomiro Tomic, uno de los fundadores de la Democracia Cristiana, se haría cargo del descontento al cual se refería el senador. Hacia el final del gobierno de Frei, su nombre comenzó a sonar con fuerza.

—Yo le tendría más susto a Radomiro Tomic que a Salvador Allende —comentaba Pablo Zañartu en la terraza del Club de Golf.

—A tu padre le habría gustado Tomic.

—No lo sé, Maximiano. Mi papá era incomprensible. Y un poco ingenuo. Se las daba de muy liberal, amigo de Arturo Alessandri y todo, pero en el fondo era un conservador. No sé si le hubiera gustado Tomic.

El discurso de este nortino alto, macizo, de ideas brillantes, estaba más cerca del socialismo que de la Democracia Cristiana, y preocupaba a la derecha y a Adam Corrigan casi tanto como Salvador Allende.

Radomiro Tomic era un digno hijo de su padre, Esteban Tomic Dvornick, que llegó a Chile a finales del siglo XIX para instalarse en Calama, una aldea escondida entre el río Loa y el mineral Chuquicamata. Radomiro fue el quinto hijo de esa familia. Tuvo un padre genial para los negocios, pero más interesado en la familia, la naturaleza, la tranquilidad. Lo suyo no era organizar la vida en torno a ganar dinero. Vivía con modestia y en paz con su mujer y sus hijos, rodeado de pájaros y plantas. Era un hombre progresista y curioso intelectualmente. Le gustaba la filosofía, leer, analizar las conductas del ser humano. Pensar y conversar era lo suyo. “¡Al cuerno con los personajes!”, decía, “si alguien tiene que ‘pasar primero’ y ser ‘servido primero’, que sean los pobres, y no es cuestión de caridad, sino de actitud vital y de que las autoridades respeten al pueblo más que a los poderosos”.

Esta manera de pensar animó a su hijo Radomiro durante toda su carrera política. Su oratoria era algo digno de escuchar; pertenecía definitivamente al mundo de las ideas, sus palabras eran deslumbrantes y él, una mezcla de lucidez y carácter apasionado.

Como muchos niños de su época, soportó los rigores del internado en Antofagasta, y entre lágrimas por la separación de su familia, rezando en las noches —“te ruego, Señor, que sea este mi último año interno”—, sobresalió en todo. Era un lector voraz, bueno para estudiar, para el fútbol, el ajedrez, el básquetbol, la natación, el atletismo. Y la palabra. En el sexto año de humanidades ofreció dos conferencias a favor del socialismo. Los curas se escandalizaron: un alumno de su colegio hablando así, ¿de dónde había sacado esas ideas? Claro que el socialismo de este apasionado tenía muy poco

de científico; era una ensalada de Gorki, Dostoievski, Víctor Hugo, Mariano Azuela, el trato vejatorio en Chuquicamata y las represiones antiobreras en el salitre.

La vehemencia y el idealismo alimentaban a estos muchachos con la melena al viento y los ojos echando llamaradas de entusiasmo, convencidos de que iban a cambiar el mundo, que de hecho terminaron cambiando. Eran los tiempos en que Andrés Sabella, el poeta antofagastino, sacaba una pequeña revista de versos, *Carcaj*, y nadie sabe cómo se las ingeniaba para alquilar un avioncito de la Primera Guerra Mundial que volaba sobre la plaza todos los domingos lanzando sus poemas.

—¡Poesía gratuita caída desde el cielo! —se admiraba Tomic—. ¿Dónde se ha visto cosa igual?

Sabella militaba en el Partido Comunista y fueron amigos de verse a diario hasta que Radomiro se mudó a Santiago, en 1934, para estudiar Leyes en la Universidad Católica.

El terremoto de Chillán produjo toda clase de desgracias, pero también surgieron grandes amores de entre las cenizas y las piedras en el suelo. Así como Salvador Allende conoció a Hortensia Bussi en medio de la tembladera, Radomiro Tomic conoció a Olaya Errázuriz en la vieja casona de Amunátegui 65, donde la Falange Nacional organizaba la ayuda para las víctimas del mismo terremoto.

Carlos Errázuriz Ovalle, el futuro suegro, era diplomático de carrera y al poco tiempo de comenzar el romance de su hija con el nortino ella tuvo que partir con sus padres a Suecia y Radomiro quedó en Chile.

Cartas van y cartas vienen hasta que, dos años más tarde, Radomiro no pudo resistir la distancia y se embarcó en un mercante donde el único pasajero era él. Se hizo amigo del capitán y pasaron el primer trayecto del viaje jugando ajedrez. Hasta ahí, todo iba muy bien. El capitán, un italiano más gozador del vino que de la comida, parlanchín y siempre medio borracho, perdía partida tras partida. Cuando se oreaba hablaban de todo un poco, dejándose llevar por el paso de los días en un mar calmado.

Pero llegó un momento en que las cosas se complicaron.

Había empezado la guerra y el capitán, asediado por las bombas, decidió no seguir y refugió su barco en Gibraltar. El pasaporte de Radomiro no tenía visas; el capitán se paseaba por la cubierta diciendo que no había nada que hacer, se necesitaba paciencia, no les quedaba más que esperar. “Pero esperar hasta cuándo, capitán”. “¡Qué sé yo!”, gritaba el capitán, ahora enervado con ese joven persistente que le ganaba todas las partidas y para quien llegar a una novia era más importante que salvar el barco de hundirse en el mar.

Cuando el capitán le dijo que se fuera al diablo con su apuro, Radomiro se bajó del buque y se largó a andar. Al más puro estilo de una novela rosa, atravesó a pie la mitad del continente, Gibraltar, España, Francia, Bélgica, Alemania, y cuatro meses más tarde llegó a Suecia, donde lo esperaban un sol tibio y Olaya.

La historia terminaría como en las películas con final feliz: se casaron y formaron una bonita familia de nueve hijos.

El Tomic enamorado de su mujer y padre de familia era tan fuerte como el Tomic político. Hablaba con una certeza y una claridad pocas veces vistas en un político chileno. “Digo lo que pienso y hago lo que digo”. Sus correligionarios lo miraban con recelo. No era conveniente verse tan izquierdista. En ese momento su discurso parecía el disparate político más grande. Temían que sus ideas llevaran a la Democracia Cristiana a un lugar donde la derecha simplemente no podría apoyarla.

—Este hombre está alejando a la derecha —advertían los asiduos a la terraza del Club de Golf, mientras bebían el pisco *sour* del domingo en la mañana—. Está manchando a la Democracia Cristiana de socialismo.

—Lo más peligroso de todo es que es muy inteligente. A este no habrá manera de torcerlo.

—Es un comunista disfrazado —replicaba Pablo Zañartu.

Tomic no era amigo de medias tintas ni ambigüedades. Denunciaba

a viva voz el fracaso de las viejas instituciones capitalistas, y mucha gente dentro de la propia Democracia Cristiana rechazaba esta postura, que parecía más izquierdista que la de la propia izquierda. Pero otros estaban de acuerdo en que la vieja cantinela de buscar "unidad nacional" era un imposible. Eduardo Frei Montalva, otro hombre inteligentísimo y culto, carecía de la garra y la fuerza necesarias en ese momento. A ojos de los seguidores de Tomic, Frei quería estar bien con Dios y con el diablo. Tomic, en cambio, había hecho suyas las palabras de John F. Kennedy: "Quien escoge a sus amigos, escoge inevitablemente a sus enemigos", y así se lo dijo al propio Kennedy; "si Estados Unidos quiere cumplir en América Latina el papel histórico que la circunstancias le ofrecen, permítame un consejo respetuoso: escoja la amistad del pueblo y no la de los poderosos; escoja a los muchos y no a los pocos; escoja a los pobres en su lucha por la dignidad, la justicia y la libertad, y no a los ricos organizados para defender el orden establecido que les asegura privilegios que sofocan a sus pueblos y consagra la ilegalidad de la injusticia".

Con ese discurso, y en medio del descontento con el gobierno de Frei Montalva, se produjo la elección presidencial de 1970. "Chile enfrenta la elección más cargada de destino de su historia", dijo Radomiro Tomic. Y más tarde en su vida se daría cuenta de cuán corto se había quedado en sus palabras.

Radomiro Tomic cautivó a millones de votantes. Su campaña fue alegre y juvenil y atrajo a muchos jóvenes que no habrían votado por la DC, pero no fueron suficientes; hubo democratacristianos asustados con su progresismo que votaron por la derecha.

Jorge Alessandri fue traicionado por una mano vieja y temblorosa, la suya, que se vio en la televisión inaugurando en Chile algo inédito: la importancia de la imagen para un candidato. Seis años antes Alessandri había sido un presidente respetado por todos los sectores y ahora era el candidato que la derecha apoyaba sin reservas, un hombre decente, serio y querido, pero la pantalla de la televisión mostró otra cara de la realidad: los hombros del Paleta estaban cansados para cargar con el desafío de los tiempos.

La campaña de Salvador Allende juntó a artistas e intelectuales, músicos, Víctor Jara, los Quilapayún; tuvo un fuerte significado

cultural, penetrando en el alma de la gente más que su programa. Y Salvador Allende tenía ángel, una fuerza interior que seducía a las personas. Era su cuarta candidatura, y la consecuencia con su discurso socialista y su empeño para unir a la izquierda acabaron por llevarlo a La Moneda encabezando la Unidad Popular. Fue un triunfo estrecho que protagonizó algo también inédito: un socialista llegaba a la presidencia con una votación limpia y democrática.

Pero Chile era un país imaginario, la Suiza de América Latina, una isla de serenidad en un continente convulsionado, un ejemplo para el resto, y, en medio de ese espejismo, Allende dio un salto mortal hacia la "vía chilena al socialismo".

# DAVID Y GOLIAT

## El presidente está furioso

Richard Helms entró a la Casa Blanca a las cuatro de la tarde. El presidente Nixon lo había convocado para las cinco, pero necesitaba hablar con el consejero de Seguridad Nacional antes de enfrentar a la “locomotora”. Le habían dicho que Nixon estaba furioso, y cuando Nixon estaba furioso era necesario actuar con cautela, sabiendo de antemano hacia dónde dispararía sus dardos. También sabía que los dardos apuntarían directamente a él mismo. Lo acusaba de no haberle dado importancia a los informes de Corrigan desde Santiago, de haberle bajado el perfil al peligro, creyéndole al embajador que Alessandri iba a ganar. “*Helms is a fucking stupid!*”, le contaron que había gritado Nixon. *Give me a break!* Nixon era el *fucking stupid* si creía que con los escasos recursos que le daban a la agencia se podía hacer algo contundente! ¡Al diablo con su retórica matonesca!

Esa mañana, cuando el *chief of staff* le avisó que el presidente quería verlo, llamó a Adam Corrigan en Santiago y este le hizo un breve resumen de la situación. Allende había ganado por un estrecho margen y tenía que ser confirmado por el Congreso en cuarenta días más. La oposición estaba viendo la manera de impedir la confirmación, y si no era posible atajarlo le exigirían garantías constitucionales.

—El ambiente es de terror. Los empresarios están preocupados por sus inversiones, tienen miedo de que les expropien sus fábricas, que sus empresas pasen al área estatal. Muchos de ellos han puesto en venta sus casas, sus autos y hasta sus muebles para irse del país. Están regalando las casas y sacando sus capitales. En este momento, invertir en propiedades en Santiago ha de ser el mejor negocio del mundo.

—Hoy me reúno con el presidente —respondió Helms—. Detenga por unos días el plan del cual hablamos el cinco. La agencia no hará nada hasta no saber en qué parada están Nixon y su consejero.

Henry Kissinger lo recibió de inmediato.

—Tome asiento y afírmese bien; lo que voy a decirle no va a gustarle nada —comenzó Kissinger con la voz gangosa y ese acento alemán que a Helms le costaba entender—. Está frenético y el foco de su frenesí es usted.

—Me lo temía.

—Bueno, usted, la agencia y el resto del mundo. Es que ayer se reunió con su amigo Donald Kendall, de la PepsiCo, y con el director del diario *El Mercurio*, Agustín Edwards. Kendall le dijo que el gobierno de Estados Unidos no podía permitir una nueva Cuba en Chile. Usted conoce bien la relación que hay entre Kendall y el presidente: la PepsiCo es un cliente muy importante para la firma de abogados de Nixon; si a alguien le hace caso, es a Kendall. Y el amigo de Kendall es dueño de una cadena de diarios entre los cuales está *El Mercurio*, tiene mucho poder.

—Ya lo sé. Lo conozco bien, antes de ayer estuve con el señor Edwards en la oficina de John Mitchel. Al parecer piensa quedarse a vivir en Estados Unidos. ¿Qué más le dijo Kendall al presidente?

—¿Quiere que se lo repita textual? "Truman ha perdido China, Kennedy ha perdido Cuba y usted está a punto de perder Chile". Eso. Nixon me llamó a las cinco de la mañana para decirme que la agencia no ha hecho bien su trabajo preventivo, que fueron demasiado blandos, que Corrigan falló en su análisis de la situación, bla, bla, bla. Está convencido de que podríamos haber parado a Allende y no lo hicimos. Va a sacar al embajador. Cree que los inoperantes somos nosotros porque no supimos aprovechar la estupidez de ese pueblo.

—¿Y usted qué cree? —preguntó Helms sin agitarse en lo más mínimo. Conocía a Nixon, sabía de sus obsesiones y nada de lo que estaba oyendo le extrañaba.

—Dejando de lado los delirios de persecución del presidente, yo le encuentro razón en un punto: Allende va a convertir a Chile en un

satélite de la Unión Soviética y nosotros no podemos ni debemos permitirlo. De esto se trata la reunión de las cinco, para que vaya enterándose. Le recomiendo que tome nota de todo lo que diga el presidente, porque lo único que hará será dictar tareas para la agencia y quiere reunirse una vez por semana con usted para que lo vaya informando.

—¿Una vez por semana? —se sorprendió Helms.

—Sí. Hasta que Allende y su gobierno marxista dejen de ser un peligro para nosotros. Vamos, el presidente nos espera.



Hostilidad, resentimiento y ambición por el poder eran características de Richard M. Nixon. Inteligente y combativo, pero terriblemente inseguro, su compleja psique le impedía dialogar con sus contrincantes; los trataba como a enemigos que debían ser aplastados.

En los años cincuenta, siendo vicepresidente de Eisenhower, ya se manifestaron los primeros signos de su inseguridad y mala educación. Porque Nixon era un maleducado que se abría camino a patadas y mentiras. Tal vez por lo mismo fue que Eisenhower lo relegó a un segundo plano y nunca confió en él.

En 1959 hizo un viaje por Latinoamérica con su esposa Pat. La primera parte del viaje fue placentera: turismo y buenos agasajos en Uruguay, Argentina, Paraguay y Bolivia, pero en Lima se encontró con otra realidad.

Las calles estaban llenas de gente protestando. Al joven Nixon nunca le había tocado una masa de gente pobre indignada y rabiosa. No conocía el rostro de esos pueblos satélites de Estados Unidos; ignoraba la pobreza en que vivían, ya que él no jugaba ningún papel en la política exterior de Washington. Pero esa tarde, sentado en el asiento trasero del Oldsmobile descapotable, se enteró.

Una muchedumbre enardecida rodeó el vehículo: “¡Muera Nixon!

¡Abajo el imperialismo yanqui!", y le tiraron piedras. Nixon se puso de pie en el asiento y enfrentó a los protestantes.

—¡Ustedes son cobardes y le tienen miedo a la verdad!

Acto seguido se bajó del vehículo y, antes de que los guardaespaldas lo rodearan para protegerlo de la gente, un indígena que mascaba coca se le acercó y le lanzó un escupitajo verde. Nixon echó mano atrás y le cruzó la cara de un puñetazo.

Esa noche en el hotel, mientras Pat calmaba sus nervios tomándose el whisky que tenía prohibido tomar, su marido lanzaba maldiciones.

—¡Indios imbéciles, gente estúpida, jamás podrán salir de la pobreza, son tontos, incapaces! ¡Soy el vicepresidente de Estados Unidos, *you fucking idiots*!

Pat lo había visto enojado, pero nunca así, y no dejaba de encontrarle cierta razón: esa gente había cruzado la línea tratando a su marido de esa forma.

Aún faltaba el último destino de su gira, Venezuela, donde casi le dan vuelta el auto en la calle principal de Caracas y tuvo que protegerse de piedras, huevos y tomates.

Si en la mente de Nixon quedó sellado el odio que sintió por Latinoamérica desde esos días, ahora, a las cinco de la tarde, en el Despacho Oval, ese odio quedó latente en las notas que tomó el director de la CIA.

El presidente los recibió con una cara que era para salir arrancando. Las furias de Nixon se habían hecho famosas en la Casa Blanca. Se le endurecía el cuello, los ojos adquirían un tinte rojizo y la voz le salía como del estómago.

—¡*Fucking situation*! —gritó, y de allí en adelante no paró de dar instrucciones.

Kissinger se mantuvo en silencio y Helms, que tampoco abrió la

boca, tomaba nota de cada palabra que decía.

*Tal vez haya una en 10 posibilidades de salvar a Chile.*
*Vale la pena el gasto*
*No estamos preocupados de los riesgos*
*La embajada debe quedar fuera del plan*
*10.000.000 de dólares y más si fuera necesario*
*Trabajo a tiempo completo*
*Hay que hacer chillar a la economía*
*48 horas para poner el plan en acción*

—¿Algo más, señor presidente? —preguntó Richard Helms, dejando su pluma fuente de lado.

—¡Sí! En esta operación no está permitido fallar. Dígale al *fucking* Corrigan que afine mejor su puntería. Y ahora, váyase. Tú, Henry, vas a quedarte un rato más. Tenemos que ver lo de Moscú.

## La decisión

Salvador Allende no obtuvo la mayoría absoluta en las elecciones y debía ser confirmado en el Congreso. Mandato constitucional. El Congreso sesionaría dos días más tarde. El ambiente estaba tenso, la gente andaba nerviosa, la campaña del terror comenzaba a hincarle el diente a la confianza. Lo que siempre había sido un mero trámite democrático se convirtió en una pugna. No era cosa de llegar y confirmar. La derecha exigía garantías, que Allende se comprometiera con la democracia por escrito. Debía respetar la autonomía universitaria, la libertad de prensa, el voto popular y las Fuerzas Armadas tenían que seguir siendo un cuerpo profesional, nada de golpes ni de instalar la dictadura del proletariado.

Salvador Allende lo comentaba con Federico Alfaro.

—¿Es necesario pedirme garantías a mí, que no he hecho otra cosa que demostrar apego a la democracia? ¿De veras creen que planeo hacerme del poder y convertirme en dictador?

Al comienzo, Eduardo Frei estaba renuente a darle su apoyo; tenía miedo de que no lograra controlar a la ultraizquierda, temía la actitud de Estados Unidos, creía que el país podía caer en un caos irremediable.

Finalmente, la Democracia Cristiana cumplió con su deber y ordenó a sus setenta y cinco parlamentarios votar por Allende. Jorge Alessandri, por su lado, pidió a todos los parlamentarios, cualquiera fuese su partido, que no votaran por él, de modo que Salvador Allende asumiera el mando en un clima de confianza y tranquilidad. Con su gesto hizo honor a todo lo que Jaime Guzmán pensaba de este fiel representante del republicanismo antiguo.

## El retrato de Manuel

—Mi papá habría sido el primero en llegar a la calle Phillips para felicitar a Jorge Alessandri por su gesto republicano —le comentó Nicolasa a Otilia, la mujer que la cuidaba en el palacio.

—Un caballero de verdad lo es en las altas y en las bajas, señora Nicolasa —respondió Otilia. Ella había votado por Alessandri.

—A mí me habría gustado votar por él, pero con estos dolores no fui capaz de salir de la casa.

—Usted debería hacerle caso a la señora Juanita. Está muy bien que tenga la cabeza buena, pero a los setenta y tantos años, enferma y sola en este caserón, lejos de todos, hasta a mí me da miedo en las noches. ¿Por qué no quiso irse al barrio alto?

Desoyendo los ruegos de su hija Juana, Nicolasa se negó a abandonar el palacio después de la muerte de sus padres. La casa de su hija era tan solitaria como la suya; Juana pasaba todo el día en la revista *Paula*, donde trabajaba, su marido era médico y prácticamente vivía en el hospital. Ella no quería ser una carga para esa familia. Pero la razón más importante era que en el palacio se sentía cerca de su padre. Esta había sido su casa desde niña, donde su padre le había enseñado a ser persona, allí había vuelto a vivir

una vez separada de Federico, había visto a su familia derrumbarse y reconstruirse y allí quería estar a la hora de la muerte.

Cuando los achaques empezaron a recordarle que la vida tenía un límite, cerró el tercer piso con llave, clausuró todos los cuartos del primer piso, menos la pieza de la tía Javiera y la biblioteca de su padre, y se quedó viviendo en el segundo piso. Dormía en la misma pieza que habían ocupado con Rebeca Larraín cuando niñas. En la cómoda descansaba una foto de Rebeca enmarcada en plata y en su velador, una de su padre. Había días en que despertaba y se quedaba largos minutos mirándolos. Otras veces tomaba el retrato de Manuel y con él entre las manos recorría el palacio. "El paseo con mi papá". Juntos entraban a la biblioteca, donde tantas veces lo había visto encogido en el sillón de cuero leyendo. O a la pieza donde dormía la tía Javiera. Se sentaba al borde de la cama y trataba de imaginar las conversaciones de ellos dos en las noches de amor, cuya existencia Nicolasa nunca puso en duda. Otras veces subía al tercer piso donde habían vivido sus dos hermanos con Celinda y le parecía escuchar las notas lánguidas del violín de Vicente. O entraba al comedor, paseaba la vista por la mesa para veinte personas y veía los rostros de antaño: el presidente Alessandri, muy serio, con la cara ladeada soplándole algo al oído a Delia Matte; Gustavo Ross, con su frente amplia y la mirada inteligente; Inés Echeverría diciendo algo escandaloso; el presidente Riesco, tan buenmozo con su barba bien cortada y los ojos azules y penetrantes… Volvía a escuchar sus voces, el tintinear de las copas de cristal, y cuando dirigía la vista a la cabecera, ahí estaba su padre con la tía Javiera al lado.

El paseo terminaba donde había empezado: en la biblioteca de su padre. Instalada en el sillón de Manuel, hojeaba los libros, que habían estado donde mismo desde comienzos del siglo, o miraba la revista *Paula*. *¡Qué manera de cambiar los tiempos!*, pensaba mientras leía la columna de Isabel Allende, una periodista joven y atrevida que daba lecciones de cómo civilizar al troglodita. Y la página editorial de la directora Delia Vergara. ¡Madre Santa! Hay que ver las cosas que decían esas niñas; estaban a favor del aborto, del divorcio y hablaban pestes de los conservadores. Era un grupo de mujeres feministas, entre las cuales se encontraba su propia hija Juana, opinando de una manera que en su tiempo hubiera sido

impensable. La chiquilla Allende había entrevistado a una señora conocida, quien bajo anonimato contó que tenía un amante para los días jueves porque le gustaba mantener su cutis terso y ejercitar los músculos del estómago. Nicolasa leía sin poder contener la risa y cuando entraba Otilia con el caldo de la mañana se ponía seria otra vez.

Era un pasar solitario, invadido de nostalgia, pero sin mayor sentido. Desde la muerte de Manuel, había vivido a la espera de su propio desenlace, segura de que volvería a encontrarse con su padre.

El 27 de mayo de 1970 iba a ser la fecha en su lápida de mármol.

Esa mañana Otilia había salido a comprar el pan y Nicolasa estaba sola en su pieza, sola en el palacio y prácticamente sola en el mundo que la rodeaba. Sus amigas, la gente que conocía, su hija Juana, su hermano Pablo y su familia se habían mudado hacía años al barrio alto. El centro estaba lleno de boliches baratos, edificios grises y mal tenidos, casi todos de oficina, y salvo el palacio de los Zañartu, como un náufrago en medio de un mar de concreto, no había nada que recordase las glorias pasadas.

De pronto sintió un fuerte dolor en el pecho y se echó a la cama. Alcanzó a darse cuenta de que iba a morir sola en esa pieza y estiró la mano para acercar el retrato de su padre que tenía en el velador.

—Allá voy, papá —musitó, llevándose una mano al pecho.

Los ojos claros de Manuel fueron lo último que vio.

## Manos negras

El jueves 22 de octubre Eliodoro Silva estaba solo en su casa y se sentía solo en el mundo. Miró el sobre con la carta que acababa de leer y lanzó un largo suspiro. Sofía lo había abandonado de la noche a la mañana. Al comienzo pensó que su partida al campo sería cosa de pocas semanas, luego recapacitaría y volvería al redil como

cualquier esposa de buen criterio. Pasaron las dos semanas, Sofía hizo dos viajes a Santiago para ver a Juan Ignacio, Juan Ignacio acabó por mudarse a la casa de su tía abuela, Sofía volvió al campo y al mes siguiente se repitió lo mismo, y al otro y al otro, hasta que le llegó esta carta pidiéndole que hablara con un abogado. Quería anular su matrimonio.

Ana María, por su lado, no volvió a dirigirle la palabra. Nunca supo si se reconcilió con el marido, si se separó definitivamente de él, ni nada de su vida. Dejó la empresa de un día para otro y fue como si la tierra se la hubiera tragado.

Para completar su desolación, la izquierda había llegado a La Moneda y dentro de dos días el Congreso se reuniría para confirmar a Salvador Allende en la presidencia.

*Este es un país de mierda*, pensaba dando vueltas por el living, que ahora le parecía un lugar muy poco hospitalario; los muebles no le decían nada, nunca se había fijado en esas sillas francesas ni que el sofá estuviera tapizado en terciopelo color oro. Tampoco había visto los árboles de piedras duras que seguramente le costaron una fortuna a Sofía, pero él no recordaba haberle dado la plata ni haberla acompañado a un anticuario. *He sido como un huésped en mi propia casa, mi mujer me sacó la pepa del alma, vivió como una reina sin trabajarle un cobre a nadie y luego se da el lujo de mandarse a cambiar*. Su hijo, Juan Ignacio, andaba metido en quién sabe qué; él no tenía paciencia para lidiar con sus malas notas, que lo echaban del colegio, que no lo echaban. Lo único que le exigía era que pasara los exámenes. Ya se había quedado pegado dos veces; era un grandullón de veinte años, no iba a quedarse para siempre en el Verbo Divino. Tenía que entrar a la universidad, estudiar algo, ¡lo que fuera! A estas alturas, a él le daba lo mismo. “Me tiene hasta aquí”, murmuró llevándose la mano a la frente, y en eso estaba cuando sonó el teléfono.

—Véngase inmediatamente a mi casa. Ha ocurrido algo grave.

Era la voz agitada de Corrigan.

Eliodoro subió a su auto y bajó por Isidora Goyenechea. Su casa estaba detrás de la iglesia de Los Ángeles y la de Corrigan, a escasas

cuadras.

Wendy abrió la puerta.

—Adam está en el escritorio. Yo voy saliendo a buscar a Susan al colegio, no quiero que ande por la calle —le dijo dándole un beso en la mejilla.

Al verlo entrar, Corrigan se levantó del sillón y, casi empujándolo, lo hizo pasar a la pieza y cerró la puerta de golpe.

—¿Supo?

—¿Qué?

—Le han disparado al general René Schneider.

—¡Cómo!

—Están dando la noticia en todas las radios. Esto es grave, Eliodoro. Esto va a retrasarlo todo. ¡Esos pelotudos! ¡*Fucking assholes*! ¡Cómo pudieron ser tan irresponsables! —Estaba fuera de sí. Caminando por la pieza a trancos largos le contó que el auto del general había sido interceptado por varios vehículos en la esquina de las calles Martín de Zamora con Américo Vespucio. Era un grupo de jóvenes antiallendistas, casi todos de la alta sociedad, ligados a Patria y Libertad. Rompieron con martillos el vidrio trasero del auto del general, el general echó mano de su arma y uno de los jóvenes le disparó a matar.

—¿Está muerto?

—Lo han llevado al Hospital Militar, pero dicen que está gravemente herido. Acaba de llamarme el embajador.

—¿Ustedes tienen algo que ver con esto?

—La embajada no estuvo nunca al tanto de los planes finales del secuestro.

—¿Planes de secuestro? ¿Qué quiere decir, Adam? ¿Estaban planeando secuestrar al general Schneider?

—En un momento estuvimos informados; le pasamos a este grupo dos fusiles que luego pedimos de vuelta porque algo se filtró en Washington y el senador Kennedy empezó a llamar a la agencia.

Eliodoro se puso de pie y se acercó a la ventana. Por primera vez sintió miedo. No era conveniente seguir haciendo preguntas; mejor no saber, ya bastante informado lo tenía Corrigan de los distintos “planes” de la agencia para impedir el ascenso al poder de la Unidad Popular. No quería saber más ni conocer los detalles.

—No lo llamé para darle una noticia que iba a escuchar en cuanto encendiera la radio, Eliodoro. Lo llamé para mostrarle algo que me tiene preocupado y que a usted le pondrá los pelos de punta. Tendremos que actuar rápidamente.

Corrigan sacó una hoja de papel de un cajón de su escritorio y se la alcanzó. Era una larga lista de nombres que Eliodoro repasó de una mirada. Carlos Silva, Allan Cooper, Luis Hurtado, Julio Izquierdo, Diego Izquierdo, Fernando José Cruzat, Juan Luis Bulnes, Julio Fontecilla… hasta ahí llegó y alzó la cabeza.

—¿Y esto qué es?

—Siga, siga leyendo hasta el final.

Eliodoro siguió y antes de llegar al final de la lista se topó con el nombre de su hijo, Juan Ignacio Silva Echeñique.

Corrigan estaba con los ojos fijos en él.

—¿De qué se trata esta lista, Adam?

—Estas son las personas que iban a participar de una u otra forma en el secuestro. Es la lista nuestra, pero no es la original; en la original no estaba su hijo, en esta sí. Me la hicieron llegar temprano esta mañana. Por eso lo llamé.

—¿Mi hijo Juan Ignacio? ¡Pero qué estupidez más grande! Juan Ignacio no tiene nada que ver con esta brutalidad.

—Eso va a tener que preguntárselo a él. Yo cumplo con advertirlo. Y ahora es mejor que se vaya de aquí; llévese una copia de la lista y

hable con su hijo.

—¿Quién más conoce esta lista?

—En Chile, nadie.

—¿No hay manera de sacar a Juan Ignacio?

—Eso ya está hecho. Ahora vaya y hable con su hijo, mándelo al campo, sáquelo de Santiago.

—Gracias, Adam.

Eliodoro aceleró. Esperaba encontrar a Juan Ignacio en la casa de su tía abuela. Condujo las diez cuadras rogando para que estuviera ahí. La señora abrió la puerta en bata de levantarse y con la cabeza llena de cachirulos.

—¡Eliodoro! Me da mucho gusto verte. ¿Vienes buscar a Juan Ignacio?

—¿Está aquí?

—Sí, sí, está aquí; hoy no tenían clases, no me preguntes por qué, con la revoltura de los tiempos ese colegio pasa cerrado.

Eliodoro ni oyó lo que le decía. Entró raudo a la casa y pasó directo a la pieza de Juan Ignacio, al final del pasillo en el primer piso.

Juan Ignacio estaba recostado en la colchoneta del *bow window* leyendo un *Condorito*.

Eliodoro lo levantó agarrándolo por los sobacos.

—¿Me quiere explicar que hace su nombre en una lista de personas que han participado en el secuestro del general Schneider, el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas?

—Yo no participé en nada, papá, se lo juro.

—¡Su nombre está en esta lista! ¡Lea! ¡Lea, le digo!

—Papá, fui a una reunión. ¡A una! Y me salí.

Eliodoro le cruzó la cara de una cachetada.

—No me diga más. No quiero saber más. No quiero que me cuente. Haga su maleta. Me lo llevo a Cauquenes. Va a pasarse un par de meses en el fundo de Felipe Zañartu con su mamá. ¿Me oye?

—¿Y el colegio?

—Al diablo con el colegio. Si tiene que volver a repetir, vuelve a repetir. La vergüenza es suya. ¡Haga su maleta! ¡Ahora!

Esa noche, mientras el general Schneider agonizaba en el Hospital Militar, Eliodoro conducía su Mercedes Benz como una flecha perseguida por el viento.

Dos días después Salvador Allende fue confirmado por el Congreso y pocas horas más tarde el general Schneider dejó de respirar.

## El gobierno del pueblo

—Si los miristas continúan con esta actitud desafiante, me retiro —dijo Allende, molesto con las pifias de los estudiantes.

Era la mañana del 30 de mayo de 1971. Estaba en la sala de deportes de la Universidad de Concepción, hasta donde había llegado en compañía del presidente de la Corte de Apelaciones para asistir a una clase inaugural.

Emiliano Zañartu y Gabriel Pinto se encontraban entre los estudiantes. Habían llegado a Concepción el día anterior.

—Esto va a ser bueno —dijo Emiliano.

—Van a cantárselas claritas al compañero Allende.

—Oye, Gabriel, mi papá dice que al MIR se le está pasando la mano.

—Sí, mi papá anda con la misma cantinela. Los viejos están equivocados, compañero, no entienden que no se puede avanzar tan despacio.

Antes de que Allende pronunciara su discurso, Nelson Gutiérrez, presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción, tomó la palabra para dejar bien sentada la molestia que sentía el MIR por la forma en que el gobierno estaba conduciendo las cosas. No se trataba de parchar los problemas, sino de derrotar un sistema para reemplazarlo por otro. El proceso revolucionario debería hacerse a semejanza del cubano y del chino.

Fue un largo discurso que terminó con un grito de guerra:

—¡La verdadera revolución se alcanzará con el enfrentamiento armado!

Emiliano y Gabriel se pusieron de pie.

—¡Así se habla, compañero!

Todo el auditorio se levantó, alzando las manos empuñadas.

Allende se acercó al micrófono y habló con voz pausada, eligiendo con cuidado sus palabras.

—No es posible comparar realidades tan diferentes como las de Chile, Cuba y China. Las soluciones que propone el compañero Gutiérrez son malas. La lucha armada no es el camino, nunca lo ha sido, nunca lo será. Una cosa es el enfrentamiento social con ideas; otra muy distinta es la lucha armada. Los cambios son necesarios, pero más necesario es hacerlos en democracia y libertad. Me gustaría citarles algunos párrafos de Lenin en los cuales sostiene que el socialismo y el marxismo son flexibles. No me critiquen a mí, compañeros; critiquen a Lenin, si es que lo han leído.

Se produjo un silencio en la sala. Las palabras de Allende no contentaron a nadie y ese día quedó a la vista que, si alguna vez hubo un asomo de luna de miel entre Allende y el MIR, ya se apreciaban las primeras señales de conflicto.

Una semana más tarde, a eso de las nueve de la mañana, Arturo y Ronald Rivera Calderón, “el Campillay” y “el Hippie”, de veinticuatro y veintidós años, sus amantes, Carlota y Carmen, acompañados de Carlos Rojas, Arnoldo Carvajal y otros dos hombres de unos treinta y cinco años cada uno, estaban listos para el ataque. Arturo se había puesto su suéter amarillo, Carlos había terminado de revisar el arma, las dos mujeres repitieron en voz alta lo que les tocaba hacer a ellas, y a la orden de Arnoldo Carvajal salieron todos juntos de la casa.

Arturo llevaba la metralleta checoslovaca que le habían robado al carabinero Gutiérrez frente al supermercado Montserrat, en Santa Rosa. Y el arma era eficaz, según le dijo a su hermano.

—El paco quedó aportillado en el suelo.

El grupo subió al Acadian rojo y enrumbaron por la Alameda hacia el barrio alto.

A las 10:50 de la mañana llegaron al punto acordado en la calle Hernando de Aguirre, entre Carlos Antúnez y Carmen Silva.

—Ahí viene —dijo uno de ellos.

—¡Crúzate! —gritó Arturo.

El Acadian se le atravesó al Mercedes Benz que manejaba Edmundo Pérez Zujovic.

Su hija María Angélica iba en el asiento de atrás.

Fue cosa de escasos minutos.

Ni el exministro ni su hija alcanzaron a protegerse.

Carlos Rojas salió del Acadian con la metralleta en la mano. Rompió el vidrio lateral del Mercedes con la culata del arma y abrió fuego contra el exministro del Interior del gobierno de Frei. Doce proyectiles fueron a incrustarse en sus piernas, su cabeza, su tórax y sus brazos.

El actor Julio Yung, que vivía en la calle Hernando de Aguirre, a

pasos del lugar, salió a la calle y vio a uno de los individuos con la metralleta mientras los otros detenían un Volkswagen que iba pasando, le quitaban la llave al chofer y escapaban en ese auto por la calle Lota. Jung corrió hacia el auto de Pérez Zujovic, donde encontró a la hija, desesperada, sosteniendo la cabeza de su padre.

—¡Llamen a una ambulancia, por favor!

Vinieron algunos minutos de confusión y, al ver que nadie llevaba al herido a un centro asistencial, otro vecino, Willy Arthur, subió él mismo al Mercedes Benz de Pérez Zujovic y conduciendo a toda velocidad lo llevó al hospital más cercano, que era el Hospital Militar.

Al llegar allá, Edmundo Pérez Zujovic había fallecido.

Dos días más tarde, los asesinos fueron identificados como miembros de la Vanguardia Organizada del Pueblo, VOP, un grupo de ultraizquierda que propiciaba la vía armada hacia el socialismo. Habían militado en el MIR y en el Partido Comunista, pero abandonaron esas tiendas políticas por considerarlas demasiado burguesas.

Aparte de la tragedia que significó para la familia de Edmundo Pérez Zujovic, este crimen también fue la primera piedra en la construcción del miedo que se apoderó de la derecha chilena y de los sectores que temían una guerra civil.



Ante el estupor de Washington y de Nixon en particular, el gobierno de la Unidad Popular aplicó la primera parte de su programa sin vacilaciones. Las primeras medidas favorecían a la gente pobre: el litro de leche, la creación de una editorial para el pueblo, la construcción de viviendas sociales. Y junto a estas se anunciaban otras que producían terror en la derecha: nacionalizar los bancos, pasar empresas al área privada, profundizar la reforma agraria.

El país se había dividido en dos bandos: los que necesitaban todo y ahora tenían un gobierno que los estaba ayudando y los que lo

tenían todo y ahora veían que el gobierno se los estaba quitando.

—Esto es un espanto —le decía Pablo Zañartu a su amigo Maximiano en el Club de Golf—. Yo estoy pensando seriamente en irme a Buenos Aires.

—¿Y Gregoria se iría?

—Yo creo que sí, pero, aunque ella quisiera quedarse, yo no quiero quedarme aquí. Mira, viejo, nosotros estamos en una situación dramática; nuestro único hijo es la de la UP, nuestro único nieto es mirista. Gregoria apenas los ve. Es difícil para la pobre, pero yo no tengo nada que me una a este país. Chile se jodió.

—Y bien jodido —dijo el otro—. Las mentiras de la UP están saturando los programas de radio y televisión, pero no van a poder seguir escondiendo la realidad.

De esa realidad hablaba Jaime Guzmán, los domingos en la noche, en el programa *A esta hora se improvisa*. Perfectamente bien articulado, con su poco pelo que ya amenazaba con ser ninguno, las mechas más largas bajando por el cuello largo y flaco, la voz un poco pituda, modulaba cada palabra con precisión de constitucionalista.

—Siempre ha habido problemas en el país. De eso no hay dudas. Los habrá siempre. Sin embargo, la diferencia entre este gobierno y los anteriores es que nunca estuvimos más sostenidamente en descenso que ahora. Vamos en una pendiente guarda abajo que nos va a llevar al abismo.

Las dos fuerzas en pugna, el gobierno de la Unidad Popular y la oposición a ese gobierno, apoyada por la administración de Richard Nixon y la CIA, se enfrentaban de muy diversas maneras. A través de la prensa, reuniones secretas, agentes de la CIA viajando entre Santiago y Washington bajo las órdenes de Corrigan, políticos de derecha organizando boicots y reuniéndose con oficiales de la Armada, Patria y Libertad colocando bombas, el ala más dura del Partido Socialista incitando a defender a la UP con toda la fuerza, el MIR propiciando la lucha armada, y las brigadas de ultraizquierda, el MAPU, el MAPU Obrero Campesino, todos dispuestos a defender

con dientes y uñas el gobierno del pueblo.

"¡Momio, escucha, ándate a la chucha! ¡Momio, este es tu paredón!".

*¡Chilenos, junten odio!*, titulaba la prensa opositora.

Nixon se reunía a diario con Henry Kissinger y, entre los temas de política exterior que analizaban, la situación chilena estaba en primer lugar.

—Quiero que escuches muy bien lo que voy a decirte, Henry, y me importa un carajo si estás de acuerdo o no. Lo que yo creo es que Allende, más que una ganancia para la Unión Soviética, representa una pérdida para Estados Unidos. Si Chile puede librarse del imperio norteamericano, ¿me quieres decir cómo vamos a impedir que el resto de América del Sur haga lo mismo? ¡Yo no permitiré que se forme un eje La Habana-Santiago!

—¿Y qué propone, señor presidente? —preguntó Kissinger, la voz rasposa, el acento alemán, la cabeza ladeada para escuchar la respuesta, pues estaba sordo de un oído.

—Lo que me preocupa es que, si tratamos con guante de seda al señor Allende, los otros van a animarse y acabarán por hacernos lo mismo. Hay que seguir apretando la mano en Chile hasta hacer chillar a la economía. Hay que seguir todos los pasos para destruir la economía de modo que el gobierno de Allende caiga por su propia falta de estabilidad. Continuar la política dura. Eso es lo que propongo.

—Veamos; hay varios caminos, presidente. Acabo de hablar con Helms. La CIA tiene toda la inteligencia operacional necesaria para el caso de un golpe.

—Eso me parece un avance, me alegra oírlo. ¿Cómo se ven los militares?

—Los militares harán lo que nosotros les indiquemos. Sin nuestro visto bueno no van a mover un dedo. Nos necesitan para repuestos y reposición de arsenales. También tienen el respaldo total de la

derecha, pero eso ya se daba por descontado. La derecha los está incitando. Dejemos que los inciten ellos; nosotros empujaremos desde atrás.

—Muy interesante. ¿Vale decir que el golpe militar es una posibilidad viable?

—Lo es, pero hay otro aspecto importante, presidente: lo que acordamos el otro día habría que implementarlo con firmeza, justamente para ayudar al quiebre de la economía. Me refiero a que, bajo Allende, los Estados Unidos no deben permitir que entre a Chile ni una tuerca ni un tornillo, nada.

—Eso ya lo hablamos y Korry se lo hizo saber al expresidente Frei. ¡Muy bien! A la tarea, entonces.

Los eslabones se unían formando una cadena: Kissinger salía del Despacho Oval hacia la CIA, hablaba con Helms; Helms se comunicaba con Santiago y hablaba con Corrigan, y Corrigan llamaba a su "*Chilean asset*", Eliodoro Silva.

Hacia mediados de 1972 Eliodoro Silva empezó a enviar recados a los dirigentes sindicales, los camioneros, los micreros, los mineros. El gobierno de Estados Unidos estaba dispuesto a financiar huelgas, paros y cualquier acción que ayudase a desestabilizar al gobierno de la Unidad Popular.

Los camioneros organizaron un paro nacional para el mes de octubre.

Al nuevo embajador de Estados Unidos en Chile, Nathaniel Davis, lo habían dejado aparte de los planes, como hacían siempre. Ajeno a lo que tramaba su gobierno, le escribía a su antecesor, Korry: "Yo no creo que la Unión Soviética esté para nada convencida de esta aventura hacia el socialismo de los chilenos, el presidente chileno carece por completo de la rudeza que caracteriza al bloque comunista. Y tampoco creo que Fidel Castro esté tan seguro de que Chile pueda convertirse en una nueva Cuba".

Korry guardaba las cartas en un cofrecito recuerdo de Etiopía y seguía leyendo el *New York Times*.

En medio de estos manejos se anunció la visita de Fidel Castro a Chile.

Al oír la noticia, el escritor Manuel Rojas tomó su pluma fuente y le escribió una carta:

> *He leído que usted, señor Fidel Castro, ha sido invitado a Chile y que es posible que venga. ¿Es cierto? Por mi parte, le pido, casi le ruego, que no venga, señor don Fidel Castro, no por nosotros, sino por usted. ¿A qué vendría a Chile? Chile no es Cuba, ni mucho menos, y, si viene, tendría la misma sensación que nosotros tenemos cuando después de estar un tiempo en su país debemos salir de nuevo al mundo de economía capitalista: odio, codicia, envidia, ambición de poder, riqueza, un asco.*
>
> *No venga, señor Fidel Castro.*

Hacia el final de su carta el autor de *Hijo de ladrón* daba vuelta el argumento: *Usted no ganaría nada con su visita a Chile, pero es posible que Chile gane con su visita… Venga.*

El 9 de noviembre de 1971, *El Clarín* salió a los kioscos con un titular atravesado a toda página:

> *¡A su casa no más llega, compañero Fidel!*

El compañero Fidel dio discursos por calles repletas de seguidores, paseó por Chile jugando básquetbol, abrazando gente, enervando a la derecha, le regaló un fusil y puros habanos al presidente y se quedó cinco semanas. La derecha estaba escandalizada. Y el comandante, como si hubiera llegado a su casa, la barba al viento, las manos grandotas abriéndose hacia las multitudes, hablaba horas de horas en todas partes. "¡Algo extraordinario está ocurriendo en Chile, un proceso insólito, un proceso revolucionario donde los revolucionarios tratan de llevar adelante los cambios pacíficamente, un proceso único en la historia de la humanidad!".

Tres cuadras más allá, cientos de señoras protestando por las ollas vacías gritaban más fuerte que él: “¡No hay carne, fúmate un habano!”, “¡Allende, escucha, las mujeres somos muchas!”, “¡Plebiscito, plebiscito, no te hagas el cuchito!”.

## Frustración

Felipe vivía en medio de la incertidumbre y esa sensación de no saber qué iba a ser de ese fundo, de su trabajo, de su vida, lo tenía vuelto loco. Se sentía amenazado por todas partes. Hasta Luciana lo estaba amenazando con irse a dormir a otra pieza si seguía así. “¡Así cómo!”, le había gritado él, perdiendo los estribos.

—Como si lo que está pasando te estuviera pasando solamente a ti.

Manolito se levantó de su asiento con toda discreción y salió del cuarto. Desde la puerta los apuntó con el dedo como un profesor.

—No tienen que pelear, es muy feo que se digan cosas malas. —Y se fue a su pieza.

Luciana también estaba nerviosa. A su padre lo habían notificado de que le quitarían el fundo. Su padre había sido democratacristiano desde los tiempos de la Falange y tal vez por eso se libró de ser expropiado en el gobierno anterior. ¡Madre Santa!, él no podría vivir sin sus tierras; la tía Javiera había muerto de un infarto cuando le quitaron su campo y Silvestre Aldunate estaba viviendo en Santiago como ánima en pena. Daba lástima verlo, convertido en esqueleto ambulante, perdida la alegría que había derramado en la familia, el pobre viejito… En cualquier momento iba a partir volando como una hoja seca. Luciana tenía terror de que a su papá le pasara lo mismo, que se despidiera de la vida en estado de congoja después de una existencia holgada y feliz.

De pronto el mundo se había puesto patas arriba. Hasta Manolito estaba insubordinado, cosa que nunca había ocurrido. El muchacho pasaba horas con los inquilinos en el sindicato y volvía a la casa repitiendo cosas que no entendía.

La situación política los tenía enfermos de los nervios.

Francisco había llegado a San Ignacio la noche anterior. Sofía, Felipe y Luciana salieron a recibirlo y le bastó con ver sus caras para saber que el ambiente estaba tenso. Francisco iba con la esperanza de que Emiliano y Gabriel hubieran pasado por ahí, que alguien los hubiera visto. Llevaba días sin encontrar a su hijo. ¿Dónde se había metido? Pero en San Ignacio tampoco sabían nada de él.

Ahora se encontraban los cuatro mirándose las caras. Sofía le había hecho prometer que no discutiría de política con Felipe; las cosas se estaban encrespando de verdad y ella no quería más peleas.

En un momento Luciana le pidió a su hermana que la acompañara a la cocina.

Los dos hombres se quedaron solos.

Felipe se sentó frente al fuego. Desde el retrato que colgaba encima de la chimenea los ojos azules de Manuel parecían decirles *tómenlo con tranquilidad, no va a pasar nada*. ¡Qué no daría por tener a su abuelo cerca en esos momentos de incertidumbre! Le parecía oírlo explicar que Chile siempre estaba al borde de la explosión y finalmente volvía a su centro. El fuego chisporroteaba, produciendo la misma calma de los tiempos en que les daba clases de historia. ¡Qué lejos estaban esos días!

Francisco acercó su piso a la chimenea para calentarse las manos.

—Mira donde nos encontramos, primo. Estarán contentos con la cagada que tienen en el país. Mira la tragedia en que se ha convertido la cacareada revolución en democracia. Este gobierno está dejando la embarrada más grande de nuestra historia. Lo que no entiendo es que tú, siendo una persona inteligente, sigas apoyando a un gobierno tan caótico.

—Yo no llamaría *tragedia* a lo que está ocurriendo —dijo Francisco. Nada le resultaba más difícil que defender los errores de la Unidad Popular, pero estaba muy lejos de ponerse en contra de Allende y su gobierno.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamarías a las colas de cuadras para conseguir aceite, la inflación desorbitada, las alzas que nadie puede controlar, el desabastecimiento, la violencia que se manifiesta a bombazos por lado y lado, las tomas de fábricas, esos inoperantes de la CORA que andan por los campos sembrando el miedo y despojando a sus dueños de las tierras? Fidel Castro quedándose tres semanas en el país, hablando puras cabezas de pescado y alienando todavía más a la gente. ¿Cómo lo llamarías? ¿Escuchaste el discurso de Carlos Altamirano? Mira, Francisco, tú me conoces; yo no soy un fanático de ningún partido político, provengo de una familia en la cual los aristócratas votaban por los radicales, el abuelo Manuel fue un liberal progresista y mi padre ha dedicado toda su vida a curar a los campesinos, así que a mí no me puedes decir que hablo desde el sitial de un momio, porque no me considero un momio. Dime, por favor, qué le encuentras de bueno a este gobierno.

—Analizo la situación desde una óptica distinta a la tuya. Siempre he sido una persona de izquierda y lo que yo considero importante para el país no es lo mismo que consideras tú.

—Pero ¡qué es! Dímelo, por favor.

—Para la gente pobre este gobierno significa una ilusión, una promesa; están viviendo un sueño y no son personas con intenciones violentas, sino gente que ve la posibilidad de tener una vida mejor en una casa decente por primera vez en su vida. Si tú hubieras entrado alguna vez a una de las chozas donde conviven con los piojos, durmiendo de a tres en una cama, cubiertos con trapos, los hombres golpeando a las mujeres y violando a sus hijas, la promiscuidad, la falta de higiene… La miseria en Chile no tiene disculpa ni puede seguir así. Este gobierno está abriéndole a esa gente una puerta a una vida más digna, tener algo parecido a un hogar, una casa decente, alguna esperanza.

—El problema es que ven la posibilidad de una vida mejor en una casa decente tomándose terrenos que no les pertenecen. Tú has visto las imágenes de los terrenos que se toman alrededor de Santiago; eso es la ley de la selva, no de la esperanza.

—Felipe, esa gente estaba viviendo en el barro, Santiago está rodeado de cordones de miseria con casas de cartón y techos de

fonola. Trata de ver lo que significa la Unidad Popular para millones de personas que han vivido en la miseria más vergonzosa y no han conocido nunca algo ni remotamente parecido a un hogar o una buena educación. Hoy hay gente pobre que está comprando libros, los niños pueden tomar leche y no estamos viviendo en dictadura, tenemos prensa, radio y televisión de oposición; yo los sigo apoyando porque, a pesar de lo que hagan mal, se está haciendo en libertad, en democracia.

—Si esta es la libertad y la democracia, yo me la meto por el culo —dijo Felipe, levantándose para echarle más hielo a su whisky.

Francisco pasó esa noche dándose vueltas en la cama. Sofía había insistido en que durmieran juntos; su hermana no era una beata de esas, en esa casa a nadie le importaría si estaban casados o no, pero él le pidió que lo dejara tranquilo. No se sentía bien y estaba realmente angustiado por no saber nada de Emiliano. Tenía mucho miedo de lo que podía pasar en el país. Las cosas se estaban poniendo realmente feas. Sofía vivía en otro mundo, no se daba cuenta de nada y ahora quería casarse.

Él había aprendido a quererla; se acompañaban, lo pasaban bien juntos, hacían paseos al estero La Toribia o a pescar pejerreyes en el tranque de Unihue. Sofía se alojaba con él en Cauquenes y a Emiliano le caía bien. Rara vez iba a Santiago. Su hijo pasaba las vacaciones con ella en San Ignacio y al parecer se había acostumbrado a vivir con su tía abuela y a ratos con su padre en la capital.

Se revolvió en la cama. Estaba nervioso. Encendió la lámpara. El silencio era tan hondo que podía oír el rumor de sus pensamientos. Sofía y él pertenecían a mundos distintos. No bastaba con que se gustaran y lo pasaran bien pescando pejerreyes; él necesitaba una compañera, no una distracción. El pensamiento le dolió en el alma, pero era la verdad. No podía imaginarse una vida junto a una mujer que no conocía otra realidad aparte de la del barrio alto de Santiago y sus casas con piscina, y que, distinta de su hermana, no se hacía preguntas y entendía la injusticia como un fenómeno casi natural.

“No hay mucho que se pueda hacer frente a los hechos consumados. No es lo mismo nacer en Bangladesh que en Suiza y tampoco es lo mismo nacer en El Golf que en San Diego; yo no puedo vivir culpándome o creyéndome responsable del destino de los pobres”.

Odiaba esa manera de pensar tanto como le molestaba que le prohibiera hablar de política. ¿Cómo podía evitarse el tema político cuando el país se estaba cayendo a pedazos? ¿No se daba cuenta de la responsabilidad de la derecha en el fracaso de la Unidad Popular? Luciana, campesina y todo, era capaz de analizar la situación, pesar los distintos puntos de vista, pero Sofía vivía como si todo estuviera ocurriendo en la luna.

Algunos aspectos de la Unidad Popular no le gustaban para nada. Felipe tenía cierta razón cuando se refería a los discursos incendiarios de Carlos Altamirano. Militante socialista o no, Altamirano no lo representaba. Tampoco le gustaba la pugna entre el MIR y el Partido Comunista, ambos disputándose la paternidad y el manejo de la revolución. Los comunistas acusaban al MIR de sabotear al gobierno con su presión para que los cambios se hicieran más rápidamente y el MIR los acusaba a ellos de anquilosados, escuchando la voz del Kremlin y no la del pueblo chileno. Sabía que Salvador Allende había tenido severas discusiones con su sobrino mirista e incluso con una de sus hijas. Y esa historia de la visita de Fidel también lo tenía hasta la tusa. El comandante había prolongado su estadía en Chile más de la cuenta, irritando a medio mundo, incluso a Allende. Allende parecía sobrepasado, incapaz de tranquilizar a la ultraizquierda; perdía el control de su propio gobierno. Pero, de todos los problemas que enfrentaba la Unidad Popular, el que más le preocupaba era Estados Unidos. Estaba convencido de que no había ninguna forma de que Estados Unidos permitiera una revolución a la chilena, con un gobierno socialista elegido por el pueblo. No lo permitiría en ningún país latinoamericano, no solo en Chile, en ninguno. Creer otra cosa era pasarse de ingenuo. No le cabía duda de que detrás de esta huelga de los camioneros, detrás de los boicots de los alimentos, detrás de las bombas de Patria y Libertad, detrás de gran parte de la violencia que estaba azotando al país estaba la mano negra de la Casa Blanca y la CIA. Hiciera lo que hiciera el gobierno de la Unidad Popular, lo hicieran bien o lo hicieran mal, el golpe

militar vendría de todas maneras; aquel tenía que ser el plan de Estados Unidos desde el primer día.

Si no podía compartir con Sofía ninguna de estas aprensiones, si no veían el mundo con los mismos ojos, si lo que a él le parecía inmoral e injustificable a ella le parecía normal, ¿cómo podía pensar siquiera en hacer la vida junto a una mujer que no estaba comprometida con nada aparte de llevar una vida fácil y acomodada?

Francisco se levantó de la cama y fue al baño a buscar un vaso de agua. ¡Vaya situación!

## Perdidos

A la mañana siguiente Francisco se vistió al alba, le dejó una carta a Sofía al lado afuera de su puerta y se fue a Cauquenes.

Antes de ir a su casa pasó por su oficina y sintió una ola de alivio cuando la secretaria le dijo que Emiliano le había dejado un mensaje.

—¿Estuvo aquí?

—Ayer en la tarde. Andaba con su amigo Gabriel Pinto.

—¿Estaban bien? Quiero decir, ¿se veían tranquilos, contentos?

—Usted sabe cómo son, don Francisco; llegaron a toda carrera y cuando les dije que usted andaba en San Ignacio, Emiliano garabateó unas palabras en ese papel y me pidió que se lo entregara. Sí, parecían muy contentos… bueno, como siempre.

Francisco leyó el papel y lanzó un suspiro.

—Gracias, me ha quitado un gran peso de encima. Aquí no hay mucho que hacer, váyase temprano —le dijo, y salió.

Al llegar a su casa se sorprendió de ver la camioneta de Alejandro

estacionada en la vereda.

Estaba esperándolo en la salita.

—No he podido encontrar a Gabriel. ¿Tú los has visto? ¿Dónde está Emiliano?

—Se fueron a Temuco con "Arauco Vuelve a la Lucha", el movimiento campesino.

—Querrás decir a las tomas que está propiciando el MIR —dijo Alejandro poniéndose de pie. Parecía un poco frenético. Se puso a caminar por la pieza—. Estos cabros están dejando la escoba, Francisco. Yo estuve en Temuco, ayer. Había unos estudiantes de la FECH haciendo trabajos de verano y después se fueron a correr cercos con los del Movimiento Campesino Revolucionario. Era una cuestión delirante, totalmente delirante. Los estudiantes guiados por el comandante Pepe han de haber sido unos treinta y los otros seis o siete eran mapuches. Entre todos organizaron la asamblea.

—¿Hubo una asamblea?

—Con palos, picotas, carteles y mucha rabia. No, compadre, así no se hacen las cosas. Esto no sirve de nada. Los carteles eran violentos. "El mejor patrón es el patrón muerto". ¡Déjate de huevadas! Yo les pregunté si no se daban cuenta del daño que estaban causándole al gobierno, que esos predios eran de pequeños propietarios; ¿con qué derecho se los estaban robando? Yo mismo iba a denunciarlos a la CORA y a la Indap.

—¿Y qué te contestaron?

—¡Puras huevadas! Que están en su derecho, que la violencia llama a la violencia. Otro dijo que se habían tomado el predio de una señora Cantuarias, en represalia, porque ella le había cortado la oreja a uno de sus trabajadores.

—¿Y por qué no te trajiste a Emiliano y a Gabriel?

—¡Porque no estaban! ¿Qué crees que estoy haciendo en tu casa? Pensé que podían andar contigo en San Ignacio.

—Yo no veo a Emiliano desde hace dos semanas. Me dejó una nota avisando que se iban a esos trabajos de verano y allá se juntarían con los del MIR.

Alejandro respiró agitado. Gabriel aparecía por la casa a la hora que se le antojaba y ni siquiera estaba seguro de que estuviera yendo al politécnico. Es cierto que ya era un hombre grande, pero a nadie le sobraba un poco de consideración.

—Le voy a dar un buen raspacacho; yo sigo siendo su padre y me preocupo. No están los tiempos para jugar a las escondidas. ¿Has escuchado las noticias de Santiago? Hay un caos terrible. Patria y Libertad anda tirando bombas. La derecha está boicoteando al gobierno donde puede, como puede y como sabe hacerlo. Esta huelga de los camioneros tiene prácticamente paralizado al país y están financiados por los empresarios.

—No, compadre, son los gringos los que están financiando todo esto.

Van a dar un golpe con los militares, acuérdate de mí. Ven, acompáñame al sindicato. Hay una reunión en media hora.

## El regreso de Javiera

Silvestre estaba viviendo en la casa de Pedro de Valdivia que habían comprado hacía siglos con Javiera y no habían usado más que en las raras ocasiones en que iban a Santiago. Desde la muerte de su mujer, que coincidió con la expropiación de Santa Filomena, estaba casi vegetando en esa casa. En el patio había una higuera, lo único que lo conectaba con su vida de siempre. Allí pasaba las mañanas, sentado con un chal en las piernas, oteando al cielo, a ver si distinguía el rostro de Javiera entre las nubes. No entendía por qué la muerte no se lo había llevado a él también; así se habría evitado un segundo viaje.

La señora que iba a diario a hacerle el aseo y dejarle algo listo para la cena creía que el viejito estaba loco de remate y no entendía

cómo es que su familia lo tenía tirado en esa casa. Lo que no sabía era que Silvestre se negó a vivir con ninguno de sus sobrinos, mucho menos con su hijo, con quien nunca tuvo relación, y tampoco quiso irse al campo con Felipe. Los años lo habían vuelto tozudo y ahora tenía tantos que ni él se daba cuenta de lo porfiado que era. Felipe, Francisco y Alejandro Pinto lo visitaban cada vez que iban a Santiago, le hablaban de sus clases para enamorar a las mujeres, del chancho en piedra con el ajo inspirador, su cocinera que le tenía prohibida la entrada a la cocina, y él se reía mostrando el único diente que le quedaba, pero no se acordaba de nada.

El momento de pasar al otro lado le llegó en el mes de junio de ese año 1973. Estaba sentado en su cama sin poder dormir. Se había puesto un gorro de lana para calentar la cabeza, pero olvidó ponerse el pantalón del pijama y tenía las piernas heladas. Era la hora oscura de antes del amanecer. De pronto se abrió la puerta de su cuarto y entró Javiera. Estaba tal cual la recordaba ese día en Santa Filomena cuando fue a pedirle ayuda con la fiesta para la boda de su hijo. Los mismos ojos negros y profundos. El mismo cabello un poco ondulado que le caía sobre los hombros. Las cejas marcadas.

A Silvestre se le aguaron los ojos.

—¿Eres tú?

A la mañana siguiente la mujer que iba a hacerle el aseo lo encontró muerto en su cama, abrazado a una almohada.

## Una bala en el balcón

En el mes de julio de 1973 el ambiente estaba contaminado de odio, violencia, complots para derribar el gobierno de la Unidad Popular y errores que cometía el propio gobierno. El Partido Nacional y la Democracia Cristiana habían acusado constitucionalmente a quince ministros e intendentes. El gobierno, por su parte, amenazaba con acusar constitucionalmente a los ministros de la Corte Suprema. Los médicos antigobiernistas del Hospital del Salvador se declaraban en

paro. El poder judicial reclamaba por incumplimiento de órdenes. Manos negras robaban los equipos electrónicos del Canal 5 de Talcahuano de la Universidad de Concepción y asesinaban a un maestro pintor. Se trataba de una conspiración en contra del gobierno organizada por el padre Raúl Hasbún, Michael Townley y otros miembros de Patria y Libertad.

El 27 de julio, el presidente y su edecán naval, capitán de navío Arturo Araya Peeters, asistieron a una recepción en la embajada de Cuba.

Tarde en la noche, después de acompañar al presidente hasta su casa en Tomás Moro, el edecán regresó a la suya en la calle Fidel Oteíza, en Providencia.

Era la una de la madrugada.

El edecán se estaba alistando para meterse a la cama cuando sintió ruidos en la calle. Gente gritando. Carreras de personas. Pero a su llegada no había nadie. Tomó su metralleta y se asomó al balcón del segundo piso.

La bala de un francotirador apostado en alguna parte frente a la casa le perforó el pecho. En cosa de minutos la gente que había armado la algarabía se esfumó, el francotirador se arrancó en un auto estacionado en la esquina y la calle volvió a quedar vacía y silenciosa.

Tres horas más tarde, el edecán moría en el Hospital Militar.

Al día siguiente Allende almorzó en La Moneda con su hija Tati, algunos miembros del GAP y un par de ministros y amigos suyos.

Estaba completamente deprimido.

—Esto es gravísimo. Ya sabemos que se trata de un complot organizado por Patria y Libertad. Tenemos identificados a varios de ellos.

—¡Esto hay que responderlo con fuerza! —dijo Tati.

—Tati, ahora no se trata de ser guerrilleros, no se trata de poner los ideales frente a todo lo demás. Hay que actuar con serenidad y cordura, dejar la pasión de lado y ponerle reflexión a las cosas.

—¿Vamos a quedarnos de brazos cruzados después de que han asesinado al edecán? —preguntó uno de los compañeros del GAP que estaba sentado al frente de Allende.

—No, no vamos a quedarnos de brazos cruzados, pero tampoco haremos nada que sirva para avivar la violencia. No me miren con esa cara. Nuestra lucha seguirá dándose en democracia, aunque hayan asesinado a mi edecán y aunque las señoras sigan incitando a los militares y tirándoles trigo en las puertas de los regimientos como si fueran gallinas. Yo no voy a caer en la trampa.

Se produjo un silencio.

Terminado el almuerzo, el presidente dijo que debía hacer una visita y pidió dos guardaespaldas para que lo acompañaran. No necesitaba escolta ni caravana. Era un asunto privado. El día anterior Fernando Alegría se había comunicado con él para avisarle que Federico Alfaro estaba muy enfermo y quería verlo.

Allende había estado varias veces en la casita de la calle Brasil donde vivía Federico, y si antes le había parecido una pocilga poco digna de su amigo, ahora la vio aún más deprimente. Los sillones seguían desvencijados, el aparato de radio era el mismo de los tiempos de González von Marées, parecía increíble que todavía funcionara. Había platos sucios en el lavaplatos y la cama donde yacía Federico estaba cubierta por una colcha gris de mugre.

—Pero, hombre, por Dios, ¿cómo te has dejado estar así?

—¿Así cómo? Siempre he vivido humildemente, no como otros, que llegan al poder a representar a los pobres desde una Ley Pereira y se mudan a una mansión.

Allende sonrió.

—Veo que no has cambiado, compañero. ¿Cómo estás?

—Así como me ves, despidiéndome del mundo. ¿Y tú? He seguido muy de cerca las noticias. La cosa se ve mal.

—Hay una conspiración poderosa, muy bien organizada, ayudada por la CIA. Esto empezó a forjarse desde el primer día de mi gobierno. Ahora han creado un clima de terror y están llevando a cabo su plan diabólico, que empezó con el asesinato del general Schneider. El asesinato de mi edecán es parte del mismo plan; quieren crear el máximo caos para abonarles el camino a los militares.

—¿Crees que viene un golpe?

—No me cabe ninguna duda. Nosotros vamos a llamar a un plebiscito y espero que con eso bajemos la presión.

—El plebiscito es un maniqueísmo. Un "sí" y un "no" sin ningún argumento de fondo. No te servirá de nada.

—Es cierto, pero no tengo otro camino. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me resigne? Llevamos muchos años luchando y siempre lo hemos hecho dentro del cauce democrático. No vamos a apartarnos de ese cauce ahora. El plebiscito está previsto en la constitución, es un arma de la que legítimamente puedo echar mano. Bueno, voy a tener que irme, pasé solo un momento para saber si necesitas algo.

—Estoy bien; gracias, de todas maneras.

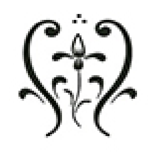
Allende se agachó para darle un abrazo y no dijeron nada más. Los dos sabían que no volverían a verse.

Federico se acomodó en la cama y dejó entrar a sus fantasmas. Los primeros tiempos con Mercedes, cuando la amaba en el bajo de las nalcas y eran tan jóvenes e inexpertos que no sabían si tenían miedo de sus propios cuerpos o de que apareciera el papá de Mercedes con su escopeta. Hasta que un día el viejo desgraciado lo corrió a balazos; ella no se atrevió a verlo, le escribió esas cartas que luego se fueron espaciando hasta que Mercedes se fue a Europa, y después

él se enteró por el diario que se casaba con el aristócrata. Desesperado, se vino a Santiago y conoció a Nicolasa en la casa de un amigo. Estuvieron casi cinco años saliendo, primero como amigos, después como novios. Y ¿qué fue todo eso? Nicolasa era bella, tenía bonitos ojos y una mirada directa; no era frívola, aunque tuviera los modos de una lady inglesa. Era inteligente, sí que lo era, pero ¡tan pasiva, por la misma mierda! Aguantaba y aguantaba agachando la cabeza. Y eso era lo que más lo enervaba. Pero ¿tanto como para odiarla? No sabía cuántas veces se había hecho esa pregunta. ¿Y por qué se casó con ella si no le gustaba su familia, ni ese hermano imbécil, ni nada de su entorno, partiendo por el palacio de techos artesonados, maderas caras y cuadros de pintores famosos a cuatro cuadras de donde la gente se moría de hambre? Nicolasa idolatraba a su padre y se sentía perfectamente cómoda entre sus abolengos. ¿Y su hija Juana? ¿No sentía nada por ella? Algún cariño le tenía, aunque él nunca quiso tener hijos. Ni siquiera con Mercedes. Tal vez era un imbécil, tal vez su padre lo dejó idiota con tanto chicotazo. Lo cierto es que esa tarde inolvidable, después de que Mercedes le escribió diciéndole que dejaría al marido y quería estar con él, se encontraron en la Plaza de Armas y se abrazaron como si hubiesen vuelto de la guerra. O de la tumba. Él la hizo jurar que no volverían a separarse. Esa misma tarde partieron a Concepción. Se quedó todo el mes con ella. La instaló en la casita cerca del centro y dieron comienzo a una vida que debió haber empezado diez años antes, solo que ahora tenía que compartirla con otra en Santiago. Fueron diez años que se habrían prolongado en el tiempo si el camión no la hubiese atropellado. Y ahí quedó él, clavado en su espanto, observando con horror el cuerpo destrozado de la mujer que amaba, tendida en la camilla de la morgue de Concepción, donde se suponía que él mismo le practicara la autopsia.

Se arropó con la colcha mugrienta. *Tal vez yo sea una muy mala persona, pero los seres humanos no estamos hechos de una sola pieza.*

Después se quedó dormido.



# LOS MILITARES
## *1973-1990*

## El día más largo del siglo

Eran las once y media de la noche del lunes 10 de septiembre y Allende seguía reunido con José Tohá, Augusto Olivares, Orlando Letelier y Carlos Briones, sus consejeros. Habían pasado varias horas redactando el texto de la convocatoria a un plebiscito. Allende se veía agotado. Se había puesto la chaqueta nueva que su hija Isabel le pasó a dejar esa tarde, tal vez para matar al chuncho. “Puede ser que no alcance a usarla”, le había dicho él.

Faltaban veinte minutos para las doce cuando sonó el teléfono que Allende tenía a su mano derecha. La voz de René Largo Farías sonaba turbada.

—Presidente, algo está pasando; el gobernador de Aconcagua informa que vieron camiones con soldados del regimiento de la Guardia Nacional y el Yungay avanzando hacia Santiago.

—Manténgame al tanto minuto a minuto, compañero —dijo Allende, y cortó la comunicación.

—Orlando, llama a Brady, que averigüe lo que está sucediendo.

Mientras Orlando Letelier hablaba con el general Brady, Allende esperaba con los labios apretados. Los ojos detrás de los gruesos lentes se veían como dos pequeñas bolitas de cristal café.

—Brady va a llamar de vuelta —dijo Letelier cortando la comunicación.

Diez minutos más tarde, el general devolvió la llamada. Todo estaba tranquilo. Se trataba de unos pocos refuerzos que se habían enviado a Santiago por si había disturbios.

—Yo confío en Brady —dijo Allende respirando aliviado—. Orlando, infórmate de los disturbios.

Con la voz tranquila, Orlando Letelier se dirigió a su jefe:

—Presidente, si están planeando un golpe, la salida podría ser pasar a retiro a los conspiradores.

—No es una mala idea, Orlando. Mañana a las doce yo podría dar a conocer los nombres de los retiros forzosos. Pinochet no; él es confiable como Brady. Compañeros, ahora vamos a dormir un rato, mañana será un día largo. “Se celebrará un plebiscito”, que Olivares se cerciore de que los diarios titulen así. Los espero a todos a las ocho en La Moneda. Buenas noches, compañeros.

A las doce de la noche el general Pinochet se fue a su casa. Dio un paseo solitario por la vereda antes de entrar. Pasó a la sala, donde se quedó un rato cavilando. Tenía buenas razones para haber titubeado y si no lo entendían era de puro jetones. Lo suyo no tenía nada que ver con indecisión, como le había dicho Merino. El Ejército no era un par de tanquecitos de juguete que pudieran trasladarse de una provincia a la otra en un pestañeo. ¡No, señor! Ellos necesitaban su tiempo, y hacer las cosas bien. ¿Y quién le garantizaba que no habría sublevaciones? ¿Quién le aseguraba que no iban a fracasar y pasar todos a la justicia militar y hasta ser fusilados? ¿Ah? Los navales estaban muy bien protegidos por la Operación Unitas, y los aviadores no sabían lo que era lucha cuerpo a cuerpo; esos gallos volaban seguros en sus aviones y les bastaba con apretar un botoncito para lanzar la bomba. Pero él había puesto un punto final al dilema. Al apriete. Ahora no podían seguir con la majadería de que era un indeciso y estaba atrasando la maniobra. Había firmado el papel y sabría ponerse a la altura de las circunstancias. Que chopearan todo lo que quisieran. Sabía que iban a chopear, arrogarse el éxito si había éxito y culparlo a él si el pronunciamiento fracasaba. Pero él no era ningún maricón y comandaba las fuerzas. Que lanzaran sus bombas y movieran sus barquitos, pero la fuerza está aquí. ¡Sí, señores! Se golpeó el pecho con los dos puños y se fue a dormir.

Eran las doce y media.

A esa hora, en Valparaíso, el almirante José Toribio Merino se

encontraba en la popa de la *Esmeralda* conversando en voz baja con un capitán de corbeta y dos de sus ayudantes. Más allá, unos marineros miraban de reojo hacia donde estaba el almirante.

—Casi puede mascarse la tensión que hay en el aire —comentó Merino—. Y eso que a estos marineros no se les ha dicho nada. Bueno, señores, me voy a la Escuela de Guerra. Estamos claros en todo, ¿verdad?

—Enteramente claros, almirante —dijo el capitán de corbeta.

Orlando Letelier llegó a su casa faltando un cuarto para la una. Se fumó el último cigarrillo del día, se desvistió y se metió a la cama.

—¿Cómo te fue en la reunión? —le preguntó Isabel Margarita.

—Fue excelente. Salvador va a llamar a un plebiscito. Estoy seguro de que lo ganaremos y con eso se reducirá la posibilidad de un golpe. —Le dio un beso a su mujer y apagó la luz.

El general Sergio Arellano abandonó su despacho a las tres de la madrugada. Había pasado las últimas horas en su oficina del Estado Mayor organizando la preparación de un DC6 que esperaría a Allende en Cerrillos para sacarlo del país.

A las cuatro de la mañana sonó el timbre en la casa donde vivían Beatriz Allende y su marido, Luis Fernández Oña.

Luis abrió la puerta.

Era un médico del Partido Comunista. El hombre estaba muy agitado. Su hermano, médico también, trabajaba en el Hospital Militar y hacía media hora lo habían llamado para decirle que debía estar en el hospital a las cinco de la mañana.

—Luis, van a dar un golpe. Lo tienen todo preparado para las 7:45

de esta mañana.

—Gracias por venir. Entra, por favor.

Tati apareció arropada en una bata azul.

—¿Qué pasa?

—El golpe está en marcha —le dijo Luis tomándola de un brazo—. Pero tú te quedas aquí.

Tati le dio una mirada y luego se miró el vientre, como para asegurarse de que su niño seguía estando allí.

—Ahora mismo le aviso a mi papá.

A las cinco de la mañana, como si se hubiesen puesto de acuerdo a la hora exacta para vestirse y salir de sus respectivos hogares, los jefes militares Díaz Estrada, Palacios, Leigh, Mendoza, Yovani y el almirante Merino entraban cada uno a su ducha.

El general Pinochet se levantó media hora más tarde. Había pasado una pésima noche; hizo sus ejercicios matinales y salió de su casa poco después de las seis.

A las seis sonó el teléfono en la casa del general Jorge Urrutia. El general estaba medio dormido cuando atendió la llamada. Un oficial de Carabineros se identificó.

—Llamo para avisar que hay camiones con tropas de la Marina avanzando hacia Santiago. La Armada se ha tomado Valparaíso.

El general cortó y de inmediato marcó el número privado del presidente.

Allende llamó a uno de sus guardaespaldas.

—Van a dar un golpe. Despierta a los hombres para que defiendan

Tomás Moro; tú te vas a encargar de proteger a la Tencha y ahora te corto para llamar a los jefes militares.

Salvo Brady, ninguno contestó, y Brady le dio respuestas vagas y confusas.

Entonces llamó a Orlando Letelier.

—Orlando, la Armada se ha sublevado. Seis camiones con tropas se acercan a Santiago desde Valparaíso. Hablé con Brady y anda en las nubes, como si no supiera nada, pero yo no le creo. Pinochet tampoco contesta. Haz lo que puedas.

La flecha se había lanzado y a partir de ese minuto nada detendría la tragedia de pocas horas después. Sería una guerra de nervios, carreras apresuradas, teléfonos que sonaban, voces angustiadas.

—Isabel, llama tú al almirante Moreno y al general Prats; yo me voy al teléfono del escritorio —dijo Orlando una vez que colgó la comunicación con Allende—. Voy a tratar de ubicar a alguien en el Ministerio del Interior.

Antes de llamar a nadie, marcó el número de su propia oficina en el Ministerio de Defensa, y al reconocer la voz del vicealmirante Patricio Carvajal sintió un golpe de hielo en la cabeza.

—Su información es errónea, señor ministro. Es solo una incursión. Estoy intentado comunicarme con Valparaíso.

—Sí, pero ¿qué hace usted en mi despacho a esta hora?

—Me vine temprano para despachar algunos papeles y a la pasada escuché el teléfono y lo contesté. Aquí no hay nadie más.

A las seis y media de la mañana los jefes militares se encontraban en sus puestos de combate.

—¿Y Pinochet? —preguntó Carvajal.

Pinochet estaba en la casa de una de sus hijas. Había pasado a la carrera para advertirle que venía el golpe y de allí partió a la Academia de Telecomunicaciones del Ejército.

Una caravana de cinco Fiat blindados bajaba por la Alameda a ochenta kilómetros por hora. En uno iban Allende, Augusto Olivares y Joan Garcés, y los veinticinco miembros del GAP, repartidos en los otros cuatro vehículos. Llevaban cada uno su pistola automática, dos metralletas y tres bazucas. Era el ejército de la Unidad Popular que se enfrentaría al Ejército de Chile.

Minutos más tarde el presidente entró a La Moneda. Llevaba un fusil AK en la mano y se dirigió a la sala de seguridad, donde sus guardias se disponían a defender el palacio.

Lo primero que hizo fue tomar un teléfono y llamar a Tomás Moro.

—¿Tencha? La situación es grave. La Marina se ha sublevado. Voy a quedarme en La Moneda, pero quiero que tú te quedes en Tomás Moro y no te muevas de ahí. Ya he arreglado todo para que te protejan.

—¿Dónde está mi guardaespaldas? —le preguntó Orlando Letelier a su chofer.

—No tengo idea, don Orlando.

—Llévame rápido al ministerio.

Las calles se veían desiertas. Unos cuantos camiones del Ejército bajaban por Providencia hacia el centro.

Orlando Letelier se bajó frente a la puerta del Ministerio de Defensa.

Seis soldados con ropa de combate se le acercaron, rodeándolo.

—Lo siento, tengo órdenes de no dejar pasar a nadie —dijo uno que parecía el jefe.

—¡Dejen entrar al ministro! —gritó una voz desde el interior.

Letelier avanzó unos pasos y traspasó la puerta. En ese momento siete soldados con las caras pintadas a manchones negros lo acorralaron.

Letelier sintió la punta de un cañón en la espalda. Los hombres parecían excitados, tenían los ojos brillantes. Lo empujaron escalera abajo, hacia el sótano. Una vez allí, le quitaron la corbata, el cinturón y la chaqueta.

—¡Abra las piernas!

Lo registraron y después lo lanzaron contra la pared.

A las ocho y media de la mañana Allende recibió el llamado del coronel Roberto Sánchez. Lo consideraba su amigo, y al oír su voz dio un suspiro de alivio que duró el minuto de silencio entre los dos.

—Presidente, lo estoy llamando de parte del general Van Schowen. El general manda a decir que dimita. Hay un avión preparado para sacarlo de Chile.

Allende respiró hondo. La Payita y su hija Tati estaban de pie junto a él. Tati posó su mano en el hombro de su padre.

—Dígale al general Van Schowen que el presidente no se irá en un avión. El general debería actuar como un soldado del mismo modo que yo sé cómo llevar a cabo mi deber de presidente de la República. Al igual que los generales traidores, usted es incapaz de saber cómo es un hombre honorable —dijo Allende, y colgó el fono.

A esa hora los aviones de la Fuerza Aérea sobrevolaban La Moneda.

Los hombres y mujeres que se encontraban dentro empezaron a sentir el pánico agarrado a sus entrañas.

Allende le habló al país. Su voz sonaba decidida. Él no dejaría La Moneda. Tampoco dimitiría. Daría su vida por defender los

derechos de los chilenos. Estaba preparado para resistir por cualquier medio para que esto sirviera de lección a la ignominiosa historia de los que usaban la fuerza y no la razón.

Adam Corrigan llegó a la residencia del embajador Nathaniel Davis.

Los dos hombres subieron al Mercedes Benz de la embajada y el auto enrumbó hacia el parque Forestal.

—Le llegó la hora a Allende —dijo Corrigan.

—Así es, Adam. De tanto estirar la cuerda, la cuerda se rompió. Esto es lo mejor que puede pasarle a Chile. Yo estoy tranquilo.

—¿Qué va a suceder ahora, embajador?

—Van a sacarlo del país y los militares se harán del gobierno por un rato. Luego empujaremos para que llamen a elecciones.

—¿Nixon está informado?

—He ido informando a diario lo que veo, lo que me cuentan y lo que ni veo ni me cuentan, también —sonrió el embajador.

Al llegar a la plaza Baquedano se encontraron con un grupo de carabineros bloqueando la pasada al centro.

Tuvieron que dejar el auto en la plaza y seguir caminando al parque.

A escasas cuadras del parque, por el lado de la Alameda, se escuchaban estallidos de fusiles, granadas lacrimógenas y el traqueteo de armas automáticas.

En ese momento, cuatro soldados sacaban a Orlando Letelier del Ministerio de Defensa a la calle.

Las radios transmitían marchas militares.

Radio Agricultura quedó al aire y en medio de un silencio aterrador se escucharon gritos y disparos y luego el Himno Nacional, seguido de la primera proclama de una junta militar. La voz ronca de un hombre como con carraspera habló de la grave crisis social y moral, la incapacidad del gobierno para evitar el caos, el incremento de grupos paramilitares que estaban llevando al país a una guerra civil. *¡Los medios de comunicación deben cerrar inmediatamente y la gente debe permanecer en sus casas!*

Allende escuchó la proclama en su despacho. Lo rodeaban unas veinte personas: sus guardias, sus amigos, algunos ministros y varias mujeres.

El presidente se sacó la chaqueta y tomó una ametralladora.

Estaban en el salón Toesca. El enorme candelabro arrojaba una luz pálida que se reflejaba, produciendo extrañas sombras en los muros desnudos. Allende se acercó a sus hijas, Tati e Isabel, tomó a su hija Tati del brazo y le rogó que saliera del palacio: “Usted está esperando un niño, su deber es protegerlo”. Pero ella se negó.

El ministro Briones intentó en vano hablar a solas con el presidente para convencerlo de negociar una rendición con los militares.

En eso estaban cuando el almirante Carvajal exigió hablar con el presidente. Le pidió que se rindiera. Allende se puso rojo de rabia.

—Usted ha estado conspirando desde hace mucho tiempo. ¡Cobarde! Está muy equivocado si piensa que voy a rendirme.

Allende pidió que lo conectaran con la radio Magallanes y desde esos micrófonos le habló al pueblo que lo había elegido. Comenzó diciendo que estaba convencido de que su sacrificio no sería en vano y terminó refiriéndose al futuro. “Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se

abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor”.

Terminado el discurso, Allende se paró detrás de una mesa y apoyó ambas manos en la cubierta. Su voz sonó como si las venas se le hubieran vaciado:

—Estoy decidido a luchar; es mi deber de presidente constitucional y es así como debe escribirse la primera página de la historia. Las siguientes tendrán que escribirlas el pueblo chileno y todos los latinoamericanos. Pero yo no quiero mártires, no pueden quedarse. Voy a llamar al vicealmirante Carvajal para pedirle una tregua; todas las mujeres deben salir de aquí ahora mismo.

Tomó el teléfono.

—Vicealmirante, las mujeres van a salir, pero quiero un vehículo oficial que las proteja.

—De acuerdo. Enviaré un *jeep* con un oficial.

—Quiero que me dé su palabra de honor de que nadie va a dispararles.

—Prometido.

Antes de que el vicealmirante dijera nada más, colgó la comunicación y ordenó a las mujeres abandonar el palacio.

La Payita se escondió en el baño.

La periodista Frida Modak, las hijas de Allende y otras mujeres salieron a la calle. La puerta se cerró detrás de ellas y se encontraron en la calle solitaria. No vieron a nadie y tampoco estaba el *jeep* prometido por el vicealmirante.

Beatriz Allende corrió a la puerta de la calle Morandé y se puso a golpearla de manera frenética. Se abrió la mirilla y el doctor Danilo Bartulin le preguntó qué estaba haciendo ahí.

—¡No hay ningún *jeep*, Carvajal mintió! ¡Déjenos entrar!

—Tati, no puedo, tengo órdenes del presidente, no puedo dejarlas entrar. Tome. Estas son las llaves de mi auto. Lo estacioné en esta misma calle, cincuenta metros más allá; es un Fiat negro.

El ataque aéreo comenzó a las doce del día. Vino una primera pasada y seguirían otras seis. Los aviones daban la vuelta por detrás del cerro San Cristóbal, y cuando iban pasando por la estación Mapocho lanzaban los cohetes, que fueron a dar a las puertas y ventanas de La Moneda.

A las dos de la tarde, la Payita encabezaba el último grupo que salió de La Moneda por la calle Morandé.

Ahora la calle era un infierno de humo negro y llamas anaranjadas, tanques y soldados con los rostros embetunados dando órdenes. El ruido era espantoso. Un pelotón de soldados derribó la puerta de La Moneda y los hombres entraron a empujones.

Adentro quedaban algunos miembros del GAP y el doctor Patricio Guijón entre ellos. El salón O'Higgins estaba incendiándose, el techo empezaba a desprenderse.

Salvador Allende se encontraba en el salón Independencia.

Había un sillón de terciopelo verde y un chamanto. El presidente se quitó los anteojos, se envolvió en el chamanto y se sentó en el sillón con el fusil entre las piernas. Por un instante habrán desfilado ante sus ojos los rostros de sus hijas, su madre, la mama Rosa, la Tencha, la Payita, sus amores… Apoyó el cañón del fusil en la barbilla y apretó el gatillo.

El estruendo de ese balazo que haría estremecer de oprobio a Chile fue acallado por un pedazo del techo que cayó a los pies del presidente muerto.

## Mientras tanto en la provincia

Felipe y Luciana pasaron el día del golpe pegados a la radio. Manolito entraba y salía de la pieza. Nada lo ponía tan nervioso como estas situaciones. Sabía que algo muy grave estaba pasando en todas partes, pero no alcanzaba a entender la magnitud del problema. "¿Qué pasa?, ¿qué pasa?", preguntaba agitado.

Luciana lo tomaba de la mano y lo llevaba a la cocina, donde lo dejaba comiendo galletas de chocolate con la cocinera para volver a pegarse a la radio.

Cuando escucharon el primer bando militar y se dieron cuenta de que los militares habían dado el golpe tan anunciado, Felipe se alegró.

—Siento mucho que Allende esté muerto y siento terriblemente todo lo que ha pasado, pero estoy contento de que la pesadilla esté terminando.

—¡Es un golpe militar, Felipe! ¿Cómo puedes alegrarte?

—No había otra solución, Luciana. Los militares se quedarán un par de meses, lo necesario para llamar a una elección, y lo más probable es que tengamos a Eduardo Frei de vuelta, lo cual hará inmensamente feliz a tu padre.

—¿No has pensado en Francisco?

—Ya lo sé, pero Francisco no se ha metido en nada peligroso. No es pecado ser del Partido Socialista, ¿no?

—Felipe. Abre los ojos. Tú eres tan ingenuo como tu mamá. ¡Emiliano es del MIR! ¿Crees que no van a perseguir al MIR?

Hacia las seis de esa tarde aparecieron Francisco y Alejandro Pinto. Casi no les salía la voz y no era por el golpe, que los dos dijeron haber esperado desde hacía por lo menos un mes, sino por sus hijos. No podían encontrarlos.

—¡Pero, por favor! ¡En qué están pensando esos inconscientes! —

exclamó Felipe.

—Ya no son niños, Felipe, y eso es lo que más me preocupa. ¿No han venido por aquí? ¿Ustedes no han sabido nada de ellos?

—Nada —dijo Felipe—. Vamos a Cauquenes, yo los acompaño de vuelta; soy amigo de Manuel Gómez.

—¡Manuel Gómez es uno de los peores golpistas de la zona! —dijo Alejandro.

—Por lo mismo vamos a recurrir a él. Si los han tomado presos, el que más puede ayudarnos es Gómez. Es abogado del Ejército.

Francisco miró la hora.

—Vamos a tener que dejarlo para mañana. Hay toque de queda, ya no podemos movernos de aquí.

Al día siguiente, en cuanto terminó el toque de queda, Francisco, Alejandro y Felipe subieron a la camioneta de Alejandro y se fueron a Cauquenes.

El abogado Gómez los recibió sin tramitarlos. Era un hombre de mediana edad, corpulento, con una cabeza chica para su cuerpo y un bigotito a lo Carlos Gardel. Se veía que estaba contento. Los hizo pasar a su despacho privado y les ofreció una taza de café, té, lo que quisieran.

—¿Se acabó el desabastecimiento? —preguntó Alejandro con amargura.

El abogado lanzó una risa destemplada.

—A mí nunca me faltaron el té y el café, pero veo que usted no está para celebrar, Alejandro.

—La verdad es que no hemos venido a celebrar contigo, Manuel, sino a pedirte ayuda —dijo Felipe, pensando que tal vez no fue una buena idea recurrir a Gómez.

—Encantado… si los puedo ayudar en algo.

Francisco tomó la palabra.

—Es por nuestros hijos, Emiliano Zañartu y Gabriel Pinto. No sabemos dónde están y ellos no se han comunicado. Tememos que los hayan tomado presos. ¿Usted tiene alguna posibilidad de averiguar si es así?

—¿Andaban metidos en algo sucio? ¿Por qué creen que pueden haberlos tomado presos?

—Son militantes del MIR —dijo Alejandro.

—Mala cosa, muy mala cosa.

—¿Hay algo que puedas hacer? —preguntó Felipe.

—Yo te preguntaría a ti por qué no hiciste algo antes. Tú eres el tío de uno de ellos. ¿No son primos hermanos ustedes dos?

—Manuel, esta no es la hora de las recriminaciones. ¿Puedes ayudarnos o no? —preguntó Felipe.

—No —dijo el abogado sin dudarlo—. Lo siento mucho. Es un momento muy complicado. Yo no estoy en situación de interceder por un mirista. Espero que me comprendas. Y a ustedes dos solo puedo decirles que de cierta manera ustedes mismos son responsables si han tomado presos a sus hijos. Al final, de tal palo tal astilla.

—Nos vamos —dijo Felipe con un gesto de molestia—. Gracias, Manuel; ha sido muy aclaradora esta visita.

Alejandro y Francisco se quedaron en Cauquenes.

Al volver a San Ignacio, Felipe encontró a Luciana alterada.

—¿Qué pasa?

Al borde de las lágrimas, Luciana le contó que había pasado una camioneta con cinco militares y el oficial que estaba a cargo había

preguntado por él.

—No hubo manera de sacarle qué es lo que quería ni sobre qué necesitaba conversar contigo. Se limitó a decir que iban a volver y se marchó. Me da miedo. Tendrías que haberles visto las caras.

—Hay que avisarle a Francisco, me vuelvo ahora mismo a Cauquenes. Lo más probable es que anduvieran buscando a Gabriel y a Emiliano.

—No creo que sea eso. Andaban con una lista de nombres.

—¿Y cómo sabes que era una lista de nombres?

—Alcancé a leer el nombre de Galvarino Rojas.

—¿Nuestro Galvarino Rojas?

—No lo sé, pero sería una rara coincidencia, ¿no te parece? Galvarino milita en el Partido Comunista.

Esa noche durmieron a saltos.



En Santiago.

Una ola de alivio recorría las calles de Providencia, Vitacura, El Golf y Las Condes. La gente se llamaba por teléfono; si vivían cerca se juntaban en las casas para comentar las novedades. Por fin se habían librado del peligro marxista, de Allende y su comparsa, de la escasez, las tomas, las expropiaciones y todas las miserias de los últimos mil días.

Pablo Zañartu había abandonado la intención de marcharse a Buenos Aires, primero porque estaba muy viejo y segundo porque Gregoria no quiso ni oír hablar de la idea. El poco tiempo que pasó en su casa durante la UP había sido una pesadilla. Gregoria vivía pendiente de Francisco y su nieto Emiliano, que estuvieran bien, que no fueran a meterse en líos. Pablo se refugiaba en el Club de Golf, donde conversaba con su amigo Maximiano mientras Luchito

les servía el pisco *sour*. Era lo único que le ayudaba a soportar esa familia comunista que tenía.

Cuando vino el golpe, apenas pudo salir de la casa, se fue al Club de Golf, donde penaban las ánimas. Pero Luchito estaba. Pablo le pidió que descorchara una botella de champán. Se la tomaron juntos en la terraza vacía, Pablo sentado a su mesa de siempre, Luchito parado como una estatua con la copa en la mano.

Eliodoro Silva destapó la segunda botella de champán a las diez de la noche, luego de hablar dos veces con Corrigan y varias veces con su hijo, que pasó el golpe en la casa de su tía abuela con su mamá.

Sofía había llegado a Santiago una semana antes.

Al escuchar el primer bando de la junta militar, sintió un ramalazo de angustia.

—¡Qué espanto!

Su tía le dirigió una mirada de interrogación.

—¿Espanto? ¿De qué estás hablando, Sofía? Los militares nos han salvado de una dictadura marxista. No me digas que te gustaba la UP.

Juan Ignacio secundó a su tía abuela:

—Sí, mamá. Usted debería estar feliz. El tío Felipe estará saltando en una pata, el papá está descorchando botellas de champán, ¿y usted diciendo "qué espanto"? ¿La volvió izquierdista su amigo Francisco?

—No, no es eso; yo me alegro de que haya terminado la UP, pero conozco a mucha gente que lo va a pasar muy mal con todo esto. ¿Y quién es ese Pinochet?

—¡Vaya una a saber! —exclamó la tía—. Será un milico roto como todos, pero bendito sea.



En San Bernardo, encerrados en la casa por el toque de queda y con la oreja en la radio, Celinda, Ruperto Moraga y su madrina Zulema se miraban en silencio. Zulema estaba tan vieja que nadie sabía cuántos años tenía. Su cabeza funcionaba perfectamente bien.

—Mire lo que fue a pasar, ahijado. Si estuviera vivo Panchito, moriría de un infarto.

Celinda se llevó ambas manos a las mejillas.

—¡Uy! ¡Y don Manuel! ¡Por Dios que he pensado en él! A don Manuel no le habría gustado la UP, pero menos le habría gustado un golpe. No podía ver a los militares metidos en política —dijo, recordando al caballero por el cual ella habría hecho cualquier cosa en un momento de su vida.

—Esto se veía venir —suspiró Ruperto con el ceño fruncido—. No habrá manera de trabajar ni de hacer nada. Yo había quedado de ir a terminarle el sofá a don Pablo. Acabo de hablar con la señora Gregoria. Está bien preocupada por Francisco y el Emiliano, que nadie sabe dónde se encuentra, y sola en la casa, porque don Pablo se la pasa sentado en ese club. A ver si mañana puedo acercarme a Santiago.

—Yo tengo que ir a Isla Negra a ver a Ricardito. La señora Matilde me escribió hace un par de semanas y me dice que ha estado bien enfermo, ese maldito cáncer me lo va a llevar.

—Usted no puede ni andar, madrina. Ni pensar en ir a Isla Negra.

Zulema sabía que eran los últimos días para ella y también para su Ricardito. ¡Estaba tan orgullosa de él! Se había hecho famoso en todo el mundo, había sido candidato a la presidencia, le habían dado el Premio Nobel de Literatura. Es que a los dos años ya era poeta su niño; donde toda la gente veía una mata de murta, él veía una oveja con frío.

Iban a morir prácticamente juntos. Zulema, al día siguiente de esta

conversación, y Pablo Neruda, once días después.

## Un helicóptero

Habían pasado dos semanas del golpe militar. Los supermercados volvieron a mostrar los estantes llenos de productos, y para quienes apoyaban a los militares la vida empezó a ser buena. Pocos sospechaban lo que estaba cocinándose por debajo de la aparente normalidad.

En Cauquenes, Francisco y Alejandro habían caído en la desesperación. No sabían dónde estaban sus hijos, no los habían visto desde antes del golpe. El abogado Gómez no movió un dedo para ayudarlos. Los amigos de Emiliano y Gabriel, casi todos militantes del MIR, estaban escondidos. Nadie sabía qué estaba pasando. Los rumores eran siniestros. Que estaban fusilando gente, que se hacían redadas en las casas y muchos caían en manos de los militares. En Santiago había una cantidad enorme de gente prisionera en el Estadio Nacional y se hablaba de cadáveres flotando en el Mapocho.

Felipe y Luciana movieron sus contactos con la derecha y tampoco obtuvieron resultados. “No hay más que esperar”, les decían; “ya aparecerán, deben estar escondidos”.

Una mañana, Felipe estaba regando las hortensias y sintió el ruido de un helicóptero cerca de la casa. Grande fue su sorpresa al verlo descender a pocos metros del jardín para aterrizar en un peladero que había un poco más allá.

Un oficial bajó acompañado de cuatro soldados armados con metralletas.

—Buenos días, don Felipe —lo saludó el oficial.

Sorprendido de que el hombre supiera su nombre, Felipe lo saludó de vuelta.

—Tengo orden de arresto para estos hombres, están requeridos por la justicia militar —dijo el oficial, y le pasó una lista encabezada por Galvarino Rojas, uno de sus trabajadores. Había cinco nombres más; el último era el de Manolito.

—Oficial, aquí hay un error: este nombre, el último de la lista, Manolito, es mi hijo y no tiene nada que ver con política, tiene síndrome de Down —dijo Felipe con la voz temblando.

—Ya lo sé, señor, pero en el sindicato lo estaban usando de recadero.

—¿De recadero? ¿A Manolito? No, no, no, aquí hay un error, un grave error, oficial. Manolito jamás ha estado involucrado en nada parecido. Tiene síndrome de Down, no es una persona con capacidades como para andar en cuestiones políticas ni de otra especie. ¡Ni hablar de ser recadero! Usted está cometiendo una equivocación que puede costarle muy cara.

—Yo solo cumplo órdenes, señor. Me lo llevo con los otros.

—A Manolito no se lo van a llevar a ninguna parte, ni usted ni nadie.

El militar lo escuchó inmóvil, sin quitarle la vista de encima.

—Señor, yo vengo con órdenes y las órdenes son para cumplirlas. A su hijo no va a pasarle nada, solo queremos interrogarlo y luego quedará en libertad.

—¡Pero si es un niño con retardo mental! ¿No lo entiende?

Luciana apareció en ese momento. Detrás de ella venía Manolito.

—¿Qué está pasando aquí?

El oficial les hizo una seña a dos de los soldados; estos se abalanzaron sobre Manolito y lo llevaron al helicóptero, mientras los otros dos se dirigieron hacia el bajo, donde se encontraban las casas de los trabajadores de la lista.

Luciana y Felipe estaban paralizados de terror. Manolito caminó a

tropezones hacia el helicóptero. Los dos soldados lo sujetaban por los brazos.

Luciana sintió que le fallaban las piernas. No le salía la voz. El oficial seguía parado frente a ellos como una estatua.

A los diez minutos los soldados regresaron con los cuatro trabajadores que habían ido a arrestar.

—¿Por qué se los llevan? —preguntó Felipe con la voz en un hilo.

—Son sediciosos —respondió secamente el oficial, y se dio media vuelta para dirigirse al helicóptero.

El helicóptero se encumbró y al rato se perdió entre las nubes.



Los dos días siguientes Luciana y Felipe los pasaron en Cauquenes. Interpusieron un recurso de amparo, pidieron ayuda al abogado Gómez, hablaron con el alcalde y el intendente. Todos les dijeron lo mismo. Manolito estaba bien. Lo tenían en el cuartel y era cuestión de un par de horas para que lo dejaran en libertad.

Sofía llegó de vuelta a San Ignacio el 30 de septiembre y se encontró con Luciana y Felipe al borde de una crisis nerviosa.

Por la tarde llegaron Alejandro y Francisco. Tampoco tenían novedades. De sus hijos, nada, no sabían nada; habían golpeado todas las puertas, habían interpuesto un recurso de amparo, recurrido a un amigo que tenían en la Intendencia, hablaron con la secretaria del alcalde, pero no había respuesta en ninguna parte. Las puertas para ellos estaban cerradas.

Sofía escuchaba sin comprender de qué estaban hablando. Ella y Francisco no se habían comunicado desde que Francisco le dejó una carta diciéndole que necesitaba un tiempo para pensar en el futuro de su relación.

—No hemos podido encontrar a Emiliano ni a Gabriel, no tenemos ninguna idea de dónde puedan hallarse y ellos no han dado señales

de vida.

—Pero ¿qué puede haberles pasado? —preguntó Sofía.

Luciana tomó a su hermana de la mano y se encaminó con ella hacia el corredor.

—Sofía, puede haberles pasado hasta lo peor, los pueden haber matado. ¿No te das cuenta de lo que está ocurriendo en Chile?

—¿Matarlos?

—Están persiguiendo al MIR como si fueran ratas.

## La oscuridad del día

Francisco y Sofía estaban en la casa de Alejandro en Cauquenes cuando les llegó la primera noticia de sus hijos. La madre de Jorge Astudillo, dirigente sindical del Partido Socialista, amigo de Gabriel, llegó a ver a Alejandro acompañada de su hija Mariela, de doce años. Ella contó la historia.

Los Astudillo vivían cerca de la estación y el día anterior, mientras sus padres estaban en el cuartel de Investigaciones preguntando por su hermano Jorge, que andaba perdido, Mariela y su hermana chica se encontraban en la casa y estaban todavía en la cama.

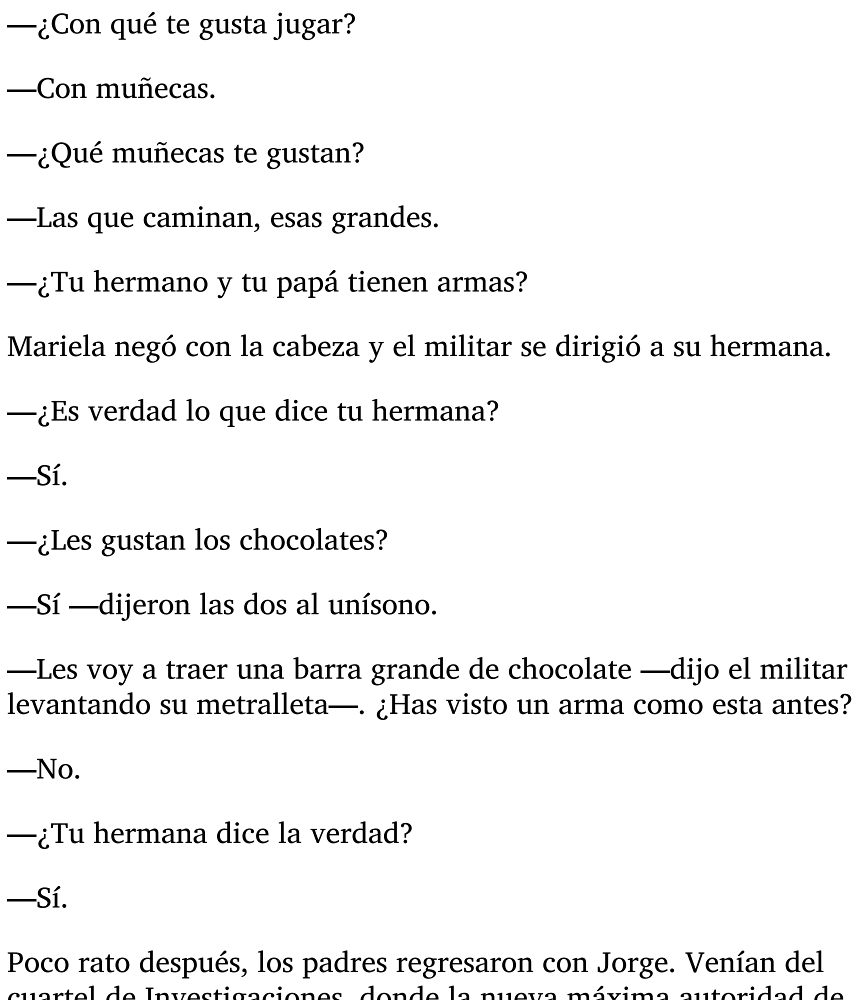
De repente sintieron ruidos en el piso de abajo y no alcanzaron a levantarse cuando un militar alto y de boina se apersonó en su pieza.

—¿Tú eres la mayor?

—Sí.

—¿Están solas en la casa?

—Sí.



—¿Con qué te gusta jugar?

—Con muñecas.

—¿Qué muñecas te gustan?

—Las que caminan, esas grandes.

—¿Tu hermano y tu papá tienen armas?

Mariela negó con la cabeza y el militar se dirigió a su hermana.

—¿Es verdad lo que dice tu hermana?

—Sí.

—¿Les gustan los chocolates?

—Sí —dijeron las dos al unísono.

—Les voy a traer una barra grande de chocolate —dijo el militar levantando su metralleta—. ¿Has visto un arma como esta antes?

—No.

—¿Tu hermana dice la verdad?

—Sí.

Poco rato después, los padres regresaron con Jorge. Venían del cuartel de Investigaciones, donde la nueva máxima autoridad de Cauquenes, el comandante Castillo, les había dicho que las actividades políticas estaban suspendidas, hasta aquí llegaba su carrera de dirigentes de la UP, había terminado la UP y si ellos se quedaban tranquilos, dedicados al trabajo y a la familia, no les sucedería nada malo.

Esa misma noche, bien pasadas las doce, en pleno toque de queda, sintieron fuertes golpes en la puerta, que enseguida fue derrumbada para dar paso a tres soldados.

No hubo tiempo de vestirse, de preguntar qué pasa, de avisarle a nadie. En un abrir y cerrar de ojos sacaron a Jorge de la cama y se

lo llevaron.

Al día siguiente, el padre y la madre se acercaron al cuartel de Investigaciones y les proporcionaron la lista de los detenidos en ese lugar. Entre los veinte nombres estaban los de Jorge Astudillo Díaz, Emiliano Zañartu García y Gabriel Pinto del Río.

Sofía, Francisco y Alejandro escucharon el relato de la niña sin pronunciar una palabra; una vez que la madre y su hija se marcharon, Sofía se puso a llorar.

—Tenemos que ir ahora mismo al cuartel de Investigaciones —dijo Francisco, sintiendo el miedo en la garganta. Miró a Alejandro y su amigo parecía a punto de caerse al suelo; estaba blanco y le temblaba el mentón.

—Pucha, compadre, esto es grave —dijo Alejandro con los ojos brillosos.

Al llegar al cuartel los mandaron de vuelta. Efectivamente, Emiliano Alfaro y Gabriel Pinto estaban prisioneros y serían sometidos a proceso como los otros, pero no había visita hasta el lunes de la semana entrante. Lo sentían mucho.

—¿Podrían entregarles un paquete de cigarrillos? —preguntó Sofía.

—Sí —dijo el guardia, y se guardó el paquete en el bolsillo de la guerrera.

Del cuartel se dirigieron a la casa de Vicente para que los acompañara a la oficina del abogado Gómez. Vicente era querido por toda la gente de Cauquenes, conocido como el curandero de los pobres, y Rosario jamás se había metido en política.

—Yo no tengo ningún problema en acompañarlos, pero les advierto que este señor es una de las personas de mente más obtusa que yo he conocido aquí.

Al llegar a la oficina del abogado, la secretaria los hizo esperar veinte minutos y después les dijo que el señor Gómez estaba ocupado en una reunión importante y no podía recibirlos.

Al filo del toque de queda, Francisco y Sofía se fueron a San Ignacio.

Al llegar allá les llamó la atención que las luces estuvieran encendidas. Era tarde. Se bajaron de la camioneta y corrieron hacia la casa. En el corredor se encontraron con Felipe y Luciana sentados en las sillas de lona. A juzgar por sus caras, había pasado algo malo.

Luciana se levantó de un salto y se abrazó a su hermana.

Entre sollozos le contó que a la hora de almuerzo les habían devuelto a Manolito, a una persona que se hacía llamar Manolito, pero no era él.

—¿Cómo que no era él? ¿Y quién era? —preguntó Francisco.

—Se ha vuelto loco —dijo Felipe.

Un oficial había llegado a San Ignacio en una camioneta del Ejército con Manolito al lado. El muchacho caminaba con dificultad; había perdido mucho peso. Su mirada estaba perdida, no fijaba la vista y hablaba incoherencias, cuando hablaba, pues la mayor parte del tiempo estaba hundido en un mutismo del cual parecía imposible sacarlo. De repente abría tamaños ojos y se ponía a gritar. "¡Los pájaros! ¡Los pájaros!". No lograron sacarlo de ahí. Felipe partió a Unihue a buscar al doctor Dávila y, después de examinarlo, el doctor dijo que físicamente se veía sano, no lo habían golpeado, pero tenía el juicio trastornado.

Luciana lloraba sin consuelo.

—Hay que darle tiempo —le dijo su hermana—. Vamos a llevarlo a Santiago y lo haremos ver por buenos médicos.

—¡Esto es una locura, hermana, una verdadera locura! Le preguntamos al militar qué habían hecho con los trabajadores que subieron al helicóptero; el hombre nos miró como si fuéramos un par de ratas y se fue.

30 de septiembre.

El general Carlos Prats era un militar de alto vuelo intelectual; le gustaba la literatura, el arte y la política. Su carrera transcurrió entre 1933 y 1973, un periodo en la historia de Chile marcado por la estabilidad democrática: los militares estaban sujetos al poder civil y el general Prats, como el general Schneider y muchos otros, eran constitucionalistas sin concesiones. Fue él quien le recomendó a Salvador Allende nombrar al general Augusto Pinochet Ugarte para comandar las fuerzas. Confiaba en Pinochet; sabía que no era un militar de gran vuelo intelectual, pero lo consideraba honesto y leal.

Prats había renunciado a su cargo de ministro de Defensa a raíz de las protestas de las esposas de los generales que fueron a pararse al frente de su casa a gritarle "cobarde", e inmediatamente después del golpe empezó a recibir amenazas de muerte.

Amargado por la derrota, por la incomprensión de sus pares y la sospecha de que su vida estaba en peligro, se fue a Buenos Aires con su esposa, Sofía Cuthbert.

Juan Domingo Perón los acogió, los militares argentinos los declararon sus huéspedes, les consiguieron un departamento y un trabajo, y, como el general no tenía pasaporte, se encargaron de arreglarle ese problema también. Prats debía irse a Europa, alejarse; era peligroso quedarse tan cerca de Chile. Lo iban a matar. Estaba escribiendo sus memorias, que contarían la actuación de los militares en el golpe: aparecerían los nombres, las traiciones, lo que se dijo antes, lo que se dijo después. Describiría el golpe con palabras que ni Pinochet ni los otros miembros de la junta aceptarían.

En la madrugada del 30 de septiembre, una bomba instalada en el chasis del Fiat 125 que manejaba el general fue activada mediante control remoto por dos agentes de la DINA.

El informe de la policía argentina daba cuenta de la fuerza de la bomba, la precisión con que había sido manipulada y el terrible resultado. Sofía y su marido quedaron despedazados, quemaduras en todo el cuerpo y en la cara. Ella, desmembrada.

Tenían tres hijas y cinco nietos.

## El viaje del Puma

Era el martes 2 de octubre al mediodía.

Un aguilucho planeaba por los cerros de la costa cuando avistó al extraño pájaro de acero que volaba haciendo un ruido ensordecedor, y lo siguió.

Toño Cabrales, recién ascendido a sargento primero, divisó al ave y recordó una historia del valle del Elqui que contaba la vieja Eduvina, esa antigua amiga de su abuela Rosa en el conventillo, que había visto a un marciano arrancando de un aguilucho en el valle de Cochiguaz.

Toño había hecho la carrera militar con esfuerzo y gracias a las costuras de su madre. Todo el empeño de esa madre sacrificada estuvo puesto en sacar a su hijo adelante.

—No quiero que nadie más de mi familia tenga que sufrir el garrotazo de la pobreza —le decía su mamá en esas noches en que no dormía por terminar un vestido de novia para el día siguiente.

El Ejército le había proporcionado una vida decente, respetable, un trabajo con el cual nunca hubiera soñado un chiquillo a pata pelada como él. Y medios para ayudar a su mamá. Vivían con dignidad en una bonita casa en la calle Yungay. Su madre estaba encantada. Cuando él volvía a su casa, los fines de semana, lo recibía con empanaditas de queso y otras delicias que antes no hubieran podido permitirse.

—Me siento tan afortunada y contenta, estoy orgullosa de ti —le decía, abrazándolo.

La sala era limpia y luminosa, en el patio había un naranjo y un níspero, cocina separada, dos cuartos grandes con ventanas a la calle.

Todo gracias al Ejército de Chile.

A los cuarenta años Toño pilotaba el helicóptero que le asignaron al general Arellano Stark y se sentía agradecido a la vida. “Nadie es capaz de imaginar la sensación de libertad que siento entre las nubes”, le decía a su madre.

El ruido del motor le permitía escuchar a medias la conversación del general con su coronel.

La voz ronca del general:

—¿Usted está seguro de que no hay casos difíciles entre los presos, coronel?

—Seguro, mi general. En Talca está todo tranquilo. ¿No es así, sargento? —le gritó a Cabrales.

—¡Afirmativo, mi coronel!

El general llevaba una metralleta entre las piernas. Echó el corpachón hacia adelante.

—¿Es fiable este piloto?

—Lo conozco desde que era muchacho —afirmó el coronel, casi al oído del general.

—Si le ordena una misión, ¿no se anda con mariconadas? —preguntó el general, apuntando hacia la metralleta con el mentón.

El coronel se puso nervioso. Nunca había visto al general, y tampoco conocía a los cinco miembros de su comitiva que iban en los asientos de atrás.

—¿A qué clase de misión se refiere, general?

—¿Cómo dice que se llama el piloto?

—Antonio Cabrales, general.

En ese momento el helicóptero inició su descenso y a unos pocos

metros de la tierra levantó una polvareda de hojas, peñascos y arenilla.

El comandante Jaña se encontraba en el descampado. Se colocó a una distancia prudente y esperó.

Los motores se detuvieron. Cuando la hélice estuvo quieta, el helicóptero abrió su vientre y de allí salieron el general Arellano, su comitiva y el sargento Cabrales.

El comandante Jaña se acercó al general y se cuadró.

—¡Mi general, Talca sin novedad!

El general encaró a Jaña y con el rostro súbitamente alterado dijo:

—¿Qué es lo que llama "sin novedad", comandante? Lo que yo entiendo, y por eso me ha enviado el comandante en jefe, es que los consejos de guerra están mal finiquitados, los comunistas siguen revolviendo el gallinero y hay no sé cuántos socialistas sueltos.

El comandante Jaña respiró profundo y haciendo acopio de todo su aplomo respondió:

—No era necesario seguir con los consejos de guerra, mi general; la gente de Talca ha estado tranquila. Aquí no tenemos problemas. Cualquier socialista peligroso ha sido neutralizado.

—¿Y el intendente Castro?

—Fue fusilado esta mañana.

—¿Y el carabinero Sotomayor?

—Fue fusilado esta mañana.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, mi general.

—Sesenta consejos y dos fusilados. ¿Usted no sabe que estamos en guerra, comandante?

Los hombres de la comitiva escuchaban este intercambio en silencio. Cabrales miró al comandante Jaña con un gesto interrogante. ¿Qué estaba pasando?

—No es tan fácil la cosa, mi general —se atrevió a decir el comandante Jaña—. Para fusilar al exintendente tuve que pedir voluntarios. Ninguno de mis hombres quería disparar; lo apreciaban, le trajeron al obispo González para que lo acompañara en su última hora.

—¡Usted! ¡Sargento Cabrales!

—¡Mande, mi general!

—¡De la próxima misión se hará cargo usted!

Toño sintió una puntada en el pecho. Se llevó la mano a la visera.

—¡Lo que ordene, general!

Los siete hombres estaban comiendo bistec a lo pobre en el comedor del Club Social. Un soldado entró corriendo.

—Disculpe, mi general, hay una llamada urgente para usted.

El general tomó el fono.

—¡Qué es lo que pasa en Talca! —gritó una voz chillona que el general reconoció al instante—. Dígale al comandante Jaña que me cambie de inmediato al director del hospital, porque yo no acepto ninguna huevada y esto se hace altiro; el director es médico jefe de cardiología y si estos señores comunistas oponen resistencia, me neutraliza a esos jetones de inmediato. ¿Me oyó, general? ¡Usted es mi delegado! ¡Actúe como tal!

—A su orden, mi general. Lo dispongo ahora mismo. —Cortó la comunicación y se dirigió al comandante Jaña—: Órdenes de mi general Pinochet. Arreste al director del hospital y al jefe de cardiología. Mis hombres y yo nos vamos a Cauquenes.

El Puma aterrizó en Cauquenes a las seis de la tarde.

El general Arellano, Cabrales y la comitiva se reunieron con el teniente Castillo. La oficina del teniente estaba llena de cajas y había unos cuarenta fusiles apoyados en las murallas.

—Va a perdonar el desorden, mi general. Estamos mudando todo esto al cuartel. Pero tengo los procesos en orden para su revisión —dijo el teniente—. Si gusta, puede tomar asiento aquí.

El general se sentó a la mesa que le indicó el teniente.

—Aquí tiene todo ordenadito, mi general: nombre, apellido, filiación política, delito. Los tenemos en el cuartel. Listos para lo que usted decida, mi general.

Agradado, el general asintió con la cabeza. La lista estaba impecable. No se habían equivocado en Santiago quienes le dijeron que Castillo era un oficial eficiente. Dibujó una cruz junto a distintos nombres.

—Este, este, este y este.

Eran cuatro. Emiliano Zañartu, acusado de participar en un plan subversivo a favor del gobierno de la Unidad Popular; Jorge Astudillo y Gabriel Pinto, acusados de quemar casas patronales cerca de Chanco; y Ernesto González, acusado de terrorista.

—Todos subversivos —murmuró el general, y luego se volvió hacia Toño Cabrales—: Cabrales, puede usar mi propia metralleta para hacer el trabajo.

Toño Cabrales habló con su coronel.

—A mí no me corresponde, coronel, yo no puedo hacer esto. Deme una contraorden y me voy de este lugar.

—Eso es imposible, Cabrales. Entiendo que es duro para usted, pero el general ha dado una orden y hay que cumplirla o someterse a un proceso y ser condenado por indisciplina. Le recuerdo que estamos

en guerra.

Gabriel y Emiliano estaban uno al lado del otro, casi pegados. A Gabriel le temblaban las piernas, sentía las rodillas blandas, se le iban a doblar. Emiliano lo tomó de una mano. Los otros dos estaban llorando.

—Por favor no nos maten —suplicó Emiliano—, no hemos hecho nada.

Las sombras de dos eucaliptos se proyectaban en esa parte del potrero. Había luna llena. Una bandada de tordos estaba quieta entre las ramas de un roble.

La metralleta vomitó sus balas y los pájaros se echaron a volar.

Esa noche, pasadas las doce, tiraron los cuerpos a una fosa común.

Una vez terminado el “trabajo”, el sargento Cabrales volvió a ver las imágenes que iban a perseguirlo hasta el día de su muerte: los ojos de miedo, el temblor en los labios, los rostros blancos, las súplicas.

—¡Nos vamos a La Serena! —llegó desde otra parte la voz del general.

En La Serena se repitió la misma historia. El general y su comitiva revisaron los procesos mientras Cabrales esperaba órdenes al lado afuera de la puerta.

—Este, este, este, este, este…

Quince nombres.

Los subieron a un camión. Dos de los integrantes de la comitiva subieron con Cabrales. Los hicieron bajar en la mitad de un potrero.

—¡Corran! —gritó uno de los militares, y enseguida miró a Cabrales —: ¡Neutralícelos!

Cabrales, actuando esta vez como enloquecido, apuntó al frente y, moviendo la metralleta hacia la derecha y rápidamente hacia la izquierda, los mató.

El camión con los cuerpos amontonados entró al cementerio a las dos de la madrugada.

El sargento Cabrales y un soldado llevaban cada uno una pala. La faena de cubrirlos con tierra duró veinte minutos. Un oficial esperaba en el camión. Encendió un cigarrillo y estuvo un rato haciendo volutas de humo con los labios estirados. Después tiró la colilla al pasto.

—¡Apúrense, cabrones, que está haciendo frío!

Al despuntar el alba, el Puma se encumbró por los aires hasta perderse rumbo al norte.

El próximo destino era Copiapó.

## El edificio

La estructura que sostendría al nuevo régimen se organizó rápidamente. No había tiempo que perder. En los primeros días de noviembre, Manuel Contreras Sepúlveda fue nombrado jefe del servicio secreto de la junta militar. Era un coronel del Ejército, minucioso y obediente, un hombre de cuerpo fornido y baja estatura, tez color mate, ojos penetrantes y un fuerte don de mando. Lo llamaban “Mamo”. Sus amigos lo querían; sus enemigos le tenían pavor. A él no se le discutía una orden ni en la casa, ni en la calle ni en el Ejército, pero él tampoco discutía órdenes de un superior. Con un estricto sentido de la disciplina y la verticalidad del mando, era leal a su gente y subordinado sin condiciones a su jefe.

En junio de 1974 se crearía la Dirección Nacional de Inteligencia, DINA, y Mamo sería el director.

—La DINA soy yo. Mi jefe directo es mi general Pinochet; él me

dará las órdenes y a él le rendiré cuentas.

Tomaban el desayuno juntos, mañana tras mañana, en la casa de la calle Presidente Errázuriz, donde vivían Pinochet y su familia. Luego, Mamo pasaba a dejar a su jefe al Edificio Diego Portales y seguía a su cuartel de la DINA, a pocas cuadras de allí.

En el trayecto terminaba de informarlo.

—Anoche hubo dos enfrentamientos, mi general.

—¿Cayó alguno de los nuestros?

—No, mi general; siete bajas terroristas y el personal incólume.

—Excelente. ¿Y qué hay de la hija de Bachelet?

—La hija y la madre están vigiladas, mi general. Las tenemos a buen resguardo en la villa.

—No me las apriete mucho, hay presiones para soltar a la madre. Matthei era amigo de Bachelet.

—Voy a ver qué se puede hacer, general.

—¿Y qué pasa con los escritos de Prats?

—Estoy en eso, mi general.

—¡Cómo que está en eso! ¿Todavía no tenemos esos escritos?

—Hablé con un pariente de Sofía Cuthbert y me dice que no tiene idea de dónde pueden haber quedado. Yo sé que están mintiendo. Deben tenerlos escondidos en alguna parte en Buenos Aires.

—¡Me los encuentra!

—Sí, mi general.

A escasas semanas de la creación de la DINA, se creó un comité asesor de la junta, formado por militares y algunos civiles, entre los

cuales estaba Jaime Guzmán.

En tanto se instalaban estos primeros fundamentos del edificio, un grupo de economistas jóvenes, todos de derecha, seguidores de Milton Friedman, de la Escuela de Chicago, tomaba el mando de la economía del país. Distinto de los militares, que creían en la planificación estatal y la verticalidad del mando, proponían abrir la economía al mundo, descentralizar, eliminar trabas y dejar que el mercado fuese el gran regulador. Mientras menos injerencia tuviera el Estado en los negocios privados, mejor.

Entre ellos destacaba un economista considerado brillante: Sergio de Castro Spikula, un hombre de ojos saltones que ya no era tan joven; tenía cuarenta y tres años. Los más jóvenes, Miguel Kast, Emilio Sanfuentes, Pablo Baraona y Álvaro Bardón, lo admiraban y estaban dispuestos a trabajar bajo sus órdenes.

Tres meses después del golpe, el general Pinochet citó a una reunión a economistas y funcionarios del alto rango de su gobierno. El objetivo era discutir cambios al sistema tributario.

La discusión fue acalorada. Había distintas opiniones acerca de cómo generar más tributos. El general escuchaba en silencio y finalmente, agotada su paciencia con tanto término que no entendía y estos “caballeritos” que no se ponían de acuerdo, dio un golpazo en la mesa.

—¡Señores, los que tenemos la sartén por el mando somos nosotros!

Uno de los asistentes, sentado en la última fila, se puso de pie y con la voz clara y tranquila lo increpó:

—General, lo que puede ocurrir es que se quede con el puro mango.

Pinochet se puso lívido. Desde el día del golpe militar nadie se había atrevido a discutirle. Él era el jefe de la junta, el jefe del Ejército, el jefe de las Fuerzas Armadas, el jefe del país y su futuro. ¿Y quién era este mentecato?

Alguien le dijo que se llamaba Sergio de Castro.

—Me lo echan ahora mismo —ordenó a la salida de la reunión.

Los buenos oficios de Fernando Léniz actuaron a favor de Sergio de Castro y con el tiempo el propio Pinochet se mostraría agradecido por el “milagro chileno”, producto del modelo de libre mercado que este implementó.

A principios del año 1974 la estructura del edificio estaba lista. La junta militar, con el general Pinochet a la cabeza, se apernó en el poder. Se suspendió la vigencia de la constitución, cerraron el Parlamento, se decretó estado de sitio, de guerra y de emergencia, los partidos políticos fueron disueltos, se crearon recintos carcelarios secretos, la junta se adjudicó la facultad de exiliar a los partidarios de la Unidad Popular y prohibirles el regreso a Chile, se pusieron en marcha los tribunales militares y sus procesos sumarios.

Quienes creían que todas estas medidas eran buenas para el país estaban contentos de que hubiera terminado la Unidad Popular y retomaron sus vidas agradecidos del orden que imponía el régimen militar. Las empresas volvieron a manos de sus dueños, se acabó el peligro de la reforma agraria, chiquillos de pelo largo eran detenidos por patrullas de soldados que les cortaban el cabello, los libros considerados peligrosos eran pasto del fuego en las aceras, cualquier revoltoso era considerado un subversivo y había consecuencias. Nada de hippies. Nada de libros violentistas. Nada de bochinches callejeros. Y, sobre todo, nada de marxistas.

En palabras del general Gustavo Leigh Guzmán, la misión de la junta militar consistía en “extirpar el cáncer marxista”; el país se dividió entre los que estaban de acuerdo con la misión y los que empezaron a vivir apresados entre la inquietud y el miedo. Poli Délano, Jorge Edwards, Raúl Zurita, José Donoso, Carlos Cerda… los escritores chilenos escribían en el extranjero. Su literatura era “sospechosa”. En Chile no se publicaba un libro ni se movía una hoja sin que el general Pinochet lo autorizara.

El gobierno de Pinochet, quien fue haciéndose del poder total y dejando en segundo plano a los otros tres miembros de la junta, duraría diecisiete años durante los cuales se conculcaron las libertades públicas, no funcionó el Congreso, desaparecieron más de tres mil personas y diez mil familias salieron al exilio. En los recintos secretos de la DINA se torturaba a los detenidos, muchos de los cuales no saldrían vivos y cuyos cuerpos nunca serían

encontrados.

Mientras todo esto ocurría bajo una aparente calma que el cardenal Raúl Silva Henríquez llamaba “la paz de los cementerios”, el grupo de economistas de aquella primera reunión impulsaba el modelo de la Escuela de Chicago que produciría “el milagro chileno”.

## Amor en los tiempos de Ecuador

A los cincuenta y ocho años el general Pinochet había recorrido el camino de prácticamente todo oficial que escoge el Ejército como forma de vida, de pensar y de hacer las cosas. Tenía catorce años cuando decidió ser militar. No le interesaba otra carrera ni otro oficio. Tampoco le interesaba leer, pero le gustaban los idiomas. En los Padres Franceses se sintió fascinado por el latín y aprendió un poco de francés. En todo caso, no era un intelectual y su autoestima era más bien baja. Si a esto se sumaban los escasos recursos de su familia, el Ejército le ofrecía un nicho de seguridad. Y había otra cosa, muy importante: a su mamá le encantaban los militares, “era miliquera por naturaleza”, decía él, ya viejo, sentado en su despacho de La Moneda. Se arreglaba el cuello de la guerrera, estiraba un poco el cuello, fruncía los labios y con una voz rugosa entonaba la canción que su mamá le cantaba cuando chico:

> *El militar sabe apreciar a la mujer que siempre adora*
> *y el amor así atesora…*

Augusto era el mayor de seis hermanos y la vida en esa casa familiar de Valparaíso era difícil. El padre, bombero, ganaba poco en su trabajo de la Aduana; la madre se dedicaba al hogar. A pesar de la apretura en que vivían, la familia era unida, había cariño, se trataban bien.

Entró a la Escuela Militar, donde fue un estudiante del montón. Aunque se esforzara, los claroscuros siempre lo asechaban, pero él estaba dispuesto a hacer la mejor carrera posible. Este era su mundo. Le gustaba la vida de cuartel, la camaradería. Era un cadete de bajo perfil, buen compañero, obediente y guapo.

A los veinticinco años llegó la hora de buscarse una muchacha que entendiera que la mujer del militar debe estar siempre al servicio de la carrera de su marido.

Encontró a la muchacha, pero claramente ella no estaba para ser la sirvienta de nadie. Lucía Hiriart entendía muy bien que la mujer del militar debe estar siempre al servicio de la carrera de su marido, pero sería ella quien iría guiando, no solamente la carrera, sino la vida de Augusto.

De carácter fuerte y empecinado, Lucía era inteligente y tenía claro adónde quería llegar. Con una tenacidad a toda prueba, si se empeñaba en una tarea, la cumplía a costa de lo que fuera. Pinochet llegó a decir que prefería enfrentarse a un ejército antes que discutirle a la Lucy. Ella lo seguía en sus destinaciones, hacía el sacrificio sin chistar, lavaba pañales y llevaba a los niños al colegio, pero desde el primer día quedó claro que su marido tendría que alcanzar los peldaños más altos, mejores sueldos, el respeto de sus pares y auto con chofer. Lucía quería vivir como en su infancia: en una buena casa con un par de criadas junto a un marido íntegro y honorable como su papá.

Pinochet cumplía en la medida de sus capacidades y aceptaba de buenas ganas el mandato de su mujer.

—A mí me gusta que la Lucy tenga su manera de ser, que tenga su carácter. La Lucy es inteligente y así me gustan las mujeres a mí; yo nunca me habría casado con una tonta, no me habría valido la pena.

La Lucy era una joven bella, coqueta, de piel muy blanca y cabello oscuro. Había sido reina de belleza en su liceo Elvira Brady y, más allá de coquetear, le gustaba la política. Su padre, Osvaldo Hiriart, masón y militante del Partido Radical, fue senador en los años treinta y ministro del Interior de Juan Antonio Ríos. Partidario de la democracia en todo y para todo. Furioso antiibañista. Nunca estuvo de acuerdo con su yerno ni con el régimen que este le impuso al país. Y tampoco estuvo de acuerdo con que su hija se casara con un militar. Tanto él como su mujer, Luciana Rodríguez, lo miraban en menos, como a todos los militares. Para su hija, un abogado, un médico, un intelectual. “¿Qué va a hacer usted con este hombre,

hijita? ¿No sabe que casarse con un militar es lo más parecido a meterse a un convento? Usted tiene dieciséis años, son ocho años de diferencia. Es mucho para una niña", intervenía la mamá, y luego bajaba un poco la voz para decir "…y no es de nuestra clase social".

Augusto y Lucía se conocieron en 1940, en la plaza de San Bernardo, donde había dos sectores claramente delimitados: en uno paseaban las niñas de clase alta con los oficiales de la Escuela de Infantería y en el otro, las empleadas con los soldados a quienes las chiquillas no miraban ni de reojo porque eran "rotos".

A Pinochet le gustó porque era linda, de piel suave y tenía voz de niña.

Tres años más tarde, y en contra de la voluntad de los padres de Lucía, se casaron.

De allí en adelante la mujer con voz de niña, acostumbrada a tener empleados que la sirvieran, unos padres cultos y versados en política, se vio sumergida en un mundo que la llenaba de angustia. Constantes destinaciones al norte, a Santiago, de vuelta al norte, casas en mal estado, cañerías viejas y podridas, "olvídate de una empleada, Lucy, porque para eso no tenemos plata", y ella tenía que amamantar a los hijos que iban naciendo, lavar platos, hacer camas, ir a la compra y en las tardes arreglarse lo mejor posible y partir a la casa de otro militar o al club a jugar bingo.

—¡Esto me pasa por casarme con un milico!

Pinochet era paciente con ella. La quería y comprendía su frustración. Ella quería viajar y no había plata; quería una buena casa y tampoco había; quería estabilidad y no podía dársela. Pero él se empeñaría, estudiaría, quería hacer una buena carrera, estaba seguro de que Lucy acabaría por enorgullecerse.

Los primeros signos de ese orgullo llegaron en el año 1954, cuando tuvo que partir a Ecuador, como profesor de la Academia de Guerra que acaba de inaugurarse en ese país.

Lucía estaba feliz. ¡Un viaje al extranjero! Su marido recibiría un sueldo en dólares. Los ecuatorianos miraban muy en alto a los

militares; no eran como los chilenos, que los miraban para abajo. “¡Te felicito, Augusto!”.

La dicha continuó cuando se instalaron en una casa modesta pero muy bonita y en el mejor barrio de la sociedad quiteña. Pinochet prosiguió con sus estudios de abogado, que había iniciado en Santiago, empujado por Lucía. Lucía se incorporó al grupo de damas ecuatorianas que se reunían noche tras noche en distintas casas, con sus maridos, todos militares de alto rango. Matriculó a sus tres niños en colegios católicos. Contrató una empleada y un mozo y tenían auto con chofer.

La vida le estaba sonriendo.

Muy pronto la sonrisa quedó congelada en una mueca de espanto. Augusto llegaba tarde a la casa, estaba raro, distinto, había cambiado. Ella le daba órdenes y, por primera vez en todos esos años, él no obedecía; ella gritaba, lo amenazaba, y él se quedaba mirándola sin reaccionar.

Piedad Noé.

Así se llamaba la causa del problema. Era una mujer de la alta sociedad quiteña; bella, inteligente, tocaba el piano, y su cabello largo de tonos rojizos ha de haber sido lo primero que llamó la atención del militar.

Vino un tiempo de recriminaciones, sollozos, celos. Hasta amenazas con acusarlo a sus superiores y “tu carrera se termina aquí, Augusto, aquí mismo, truncada para siempre”.

Pero él se había enamorado.

Lucía volvió a Santiago y Augusto permaneció en Quito, donde alquiló un departamento de soltero.

Entre sus clases y su romance la vida había dado un vuelco insospechado. Ni él mismo alcanzaba a darse cuenta de cómo había ocurrido todo aquello.

Un día lo llamó su superior y lo encaró. No hubo preámbulos ni conversaciones previas. El oficial fue directo al asunto que se

comentaba en el casino donde comían los miembros de la delegación.

—Mayor Pinochet, voy a ser franco con usted y no quiero que ni usted ni yo perdamos el tiempo en minucias. ¿Qué corte piensa darle a su problema familiar?

—¿A cuál problema se refiere, coronel?

—A Piedad Noé.

Pinochet quedó mudo.

—Voy a responder por usted, mayor. Si quiere continuar siendo militar debe volver a Chile, mañana. Un día más y corre peligro de ser destituido del Ejército. Va a tener que elegir entre su *affaire* y su carrera. Estas conductas no le gustan a mi general. ¿Entendido?

—¡Entendido! —dijo Pinochet cuadrándose.

Partió de vuelta a Chile y se juntó con su mujer, pero nunca olvidó a Piedad, así como Lucía nunca olvidó que Piedad había existido.

Se escribieron cartas que Lucía nunca vio. Hubo una que otra llamada por teléfono de la cual nadie se enteró. Y muchos años más tarde, cuando Pinochet era la cabeza de la junta militar que había dado el golpe de Estado, volvió a verla.

Estaba en su despacho del Edificio Diego Portales. Su ayudante pidió "permiso para entrar, mi general".

—Hay una señora que quiere verlo. Dice que es urgente. Usted la conoce, general; parece que es una antigua amiga suya, mi general.

—¿Cómo se llama? —preguntó Pinochet, pensando que sería una de esas amigas que Lucy le enviaba casi a diario con algún problema.

—Piedad Noé.

El general sintió un temblor en todo el cuerpo. El techo de la pieza empezó a dar vueltas encima de su cabeza. Tuvo miedo de desmayarse. En una fracción de minuto su pensamiento voló a los

tiempos de Quito. Piedad preparando el desayuno. Él vistiéndose deprisa para no llegar tarde a la academia. Un beso tierno en la puerta. El aroma a manzana de su cabello. ¿Y ahora estaba aquí? Se puso terriblemente nervioso. Hubiera esperado cualquier cosa menos esto. ¿Qué estaba haciendo Piedad en Chile? Se habían escrito mucho en esos años, pero hacía tiempo que no sabía nada de ella.

—Hágala pasar.

La mujer que entró a su despacho no era la que él tenía en su memoria. Sus ojos verdes de mirada inteligente eran los mismos ojos, pero el pelo se le había puesto completamente blanco, tenía el rostro enjuto y estaba tan delgada que parecía enferma.

—Piedad —dijo, y la tomó de las manos.

—Vengo a despedirme —repuso ella, y él se quedó mirándola sin comprender.

A continuación le explicó que se estaba muriendo. Había viajado a Santiago para una última operación, pero su cáncer ya se había expandido por todo el cuerpo. La abrieron y la cerraron.

Esa fue la última vez que la vio.



El día que el general Pinochet se caló un par de gafas ahumadas, cruzó los brazos a la altura del pecho, levantó el mentón desafiante y posó para una foto que daría la vuelta al mundo, cualquier dulzura que hubiera instalado Piedad en él había desaparecido.

Pinochet, como muchos dictadores de la historia, era un hombre complejo, capaz de arranques de simpatía, caballerosidad y un modo sencillo y a la antigua, y un minuto más tarde, frente a cualquier crítica, a él o a su gestión, se violentaba refiriéndose a sus adversarios como “gusanos” si eran marxistas, “caballeritos fantoches” si eran derechistas. Daba golpes con el puño en la mesa, la voz adquiría un tono cavernoso, apretaba las mandíbulas, los ojos

le cambiaban de color, los nervios del cuello se le endurecían.

Había en él dos hombres muy distintos uno del otro. Uno era simpático y galante, algo campechano, de ojos muy azules; el otro, implacable y frío, de ojos amarillos. En un momento estaba diciendo "¿Le cuento?, cuando me jubile quiero dedicarme a viajar y para que no me reconozcan me pongo unas gafas ahumadas y listo", pero al momento siguiente estaba gritando "¡Señorita! ¡Yo no ando hurgando en los crímenes de esos mugrientos!".

Cuando se le pasaba la rabia, los músculos de su cuello se distendían, sus ojos volvían a su color normal, el labio reseco dejaba de temblar.

—No soy tan hosco como parezco.

Bajo la apariencia de autoridad, firmeza de carácter y decisión, se escondía una persona frágil e insegura. La gente que lo conoció antes del golpe describía a un hombre bonachón, que toleraba las ideas contrarias y era plenamente confiable. Esas mismas personas quedaron asombradas con el cambio a un sujeto que desconfiaba de todos, era duro en sus amenazas, se ponía frenético cuando las cosas no se hacían a su manera y acabó dividiendo al mundo entre amigos y enemigos.

Con el apoyo de economistas, abogados y empresarios de derecha, se lanzó a liderar la dictadura, que llamaba "dictablanda" y cuyos desmanes y atropellos justificaba alegando que el país estaba "en una guerra irregular".

—Señores, nada de esas ambigüedades en las que son expertos los demagogos cobardes. En las guerras se gana o se pierde. En las de corte irregular no hay capitulaciones, transacción o empate.

¡Mandar y obedecer! Era la máxima del general. Él mandaba, los súbditos obedecían.

—De mis decisiones daré cuenta a Dios y a mi conciencia.

## Desconsuelo

Para Francisco y Alejandro la muerte de sus hijos resultó devastadora. No necesitaban expresarlo con palabras para que los dos supieran que habían perdido el sentido de sus vidas. No les quedaba mucho más.

—Lo peor es que me siento terriblemente culpable —decía Francisco—. Yo le metí en la cabeza las ideas de la izquierda y cuando traté de atajarlo ya era tarde, ya se había entrampado con el MIR. El MIR fue lo peor que le pasó a Salvador Allende, compadre; se las ingeniaron para darle más disculpas a la derecha. ¿Cómo no fui capaz de influir en Emiliano, de hacerlo ver?

—Es que en ese momento no pensábamos así, compadre. No le cargues la mano a la ultraizquierda. El golpe lo dieron entre la derecha con los militares, Nixon y la CIA, eso hay que tenerlo claro. Que la UP cometió errores, cometió errores; que el MIR se salió de madre con su apuro, su fanatismo y su inexperiencia, es cierto; que Salvador Allende no supo controlar las distintas fuerzas de la UP, también es cierto. Hasta te regalo que la UP fue un desastre. Pero, por favor, no te recrimines. Yo tampoco estuve de acuerdo con la forma como se manejó el MIR. Lo que hay que entender es que ellos sabían lo que se venía encima y trataron de proteger al gobierno. Gabriel me lo dijo muchas veces: "Papá, el golpe se está preparando desde el día uno, no hay cómo pararlo, la única forma es haciendo los cambios profundos ahora, ponernos firmes y si es necesario defender al gobierno popular con las armas".

—Emiliano decía lo mismo, pero mira lo que sacaron con esa postura.

—Yo los entiendo desde un punto de vista, compadre. Ellos consideraban que Allende era superficial, que no estaba comprometido con un cambio de raíz. La verdad es que Allende no pudo controlar el proceso y el MIR, que trató de evitar el drama, no hizo más que exacerbarlo.

—A lo mejor Allende no podía matricularse con un cambio de raíz porque ni el país quería un cambio de raíz, y desde luego Estados

Unidos no lo habría aceptado. Por buenas que hayan sido las intenciones del MIR, terminó ayudando al enemigo. Me siento culpable por no habérselo hecho ver a Emiliano.

—No, compadre, tú no tienes ninguna responsabilidad. Yo no siento ninguna culpa; los culpables son los asesinos que la historia se encargará de castigar. Nosotros tendremos que rehacernos, reinventarnos —balbuceaba Alejandro, y luego hacía una pausa—. Yo no supe vivir sin Angelina y ahora no sé cómo hacerlo sin Gabriel. —Y se ponía a llorar.

Francisco se refugió en la familia. Entre Sofía y su vieja mamá, que se trasladó a San Ignacio, lo apuntalaron durante esos primeros momentos en que la angustia le agarrotaba el estómago y no podía tragar.

La crueldad de los militares había sido extrema. Cuando les avisaron que sus hijos fueron fusilados, les dijeron que no se permitían funerales. Podían sacar los cadáveres de la fosa común y enterrarlos en el cementerio de Cauquenes. Nada de misas ni de procesiones y los entierros debían efectuarse después del toque se queda, entre las seis y las ocho de la mañana.

Alejandro y Francisco fueron solos. Con la ayuda de un sepulturero rescataron los cuerpos de la fosa y los llevaron al cementerio envueltos en una lona. La noche se estaba despidiendo, recién alumbraba la mañana. Una vez allá los metieron a los cajones y luego a los nichos que habían reservado el día anterior. Lo hicieron en silencio. No hablaron ni una palabra y después no recordarían si hacía frío, si estaba muy oscuro, si escucharon algún ruido. No volvieron a mencionar esa noche.

Los dos hombres se veían a diario, almorzaban juntos en algún boliche cerca de la plaza o en el mercado y los fines de semana se iban a San Ignacio. Francisco se amparaba en Sofía y Alejandro, en la amistad de Felipe y Luciana.

Sofía, por su parte, había cambiado. Unos meses después del golpe, poco antes de Navidad, fue a su antigua casa detrás de la iglesia de Los Ángeles para sacar algunas cosas y por primera vez en mucho tiempo se encontró con Eliodoro.

Eliodoro la recibió frío y distante. No se dieron un beso ni la mano. Por un rato permanecieron uno frente al otro, como reconociéndose. Era una situación incómoda y triste. Sofía tuvo la impresión de estar frente a alguien a quien no había visto nunca antes. Estaba muy distinto del hombre que dejó esa tarde en la terraza. Había ganado bastante peso, su cuello había engrosado, su piel parecía grasosa y tenía el rostro cruzado de venillas rojas. *No ha pasado tanto tiempo para que se haya echado a perder de esta manera.*

—¿Cómo estás, Eliodoro?

—¡Feliz! —contestó Eliodoro súbitamente animado, como si le hubieran dado cuerda, mas su cara siguió siendo de palo—. ¡Gracias a los militares! —Y se puso a hablar de las bendiciones del nuevo gobierno, ojalá que la Junta se quedara para siempre, el general Pinochet era un macanudo, se había rodeado de gente inteligente—. Lo mejor de Chile lo está ayudando.

Sofía no supo qué decirle en ese momento; él siguió alabando a la junta militar, las medidas económicas que estaban tomando, lo geniales que eran Jorge Cahuas y Sergio de Castro. Jaime Guzmán, el hombre más brillante de Chile, estaba colaborando. No había más que ver la calma, el orden; no se veían chascones ni barbones tirando piedras por las calles. Era como un edén. Las clases habían vuelto a los colegios, las universidades estaban funcionando como es debido, sin chiquillos violentistas lanzando bombas. A él le iba regio; se había asociado con Armando Yrarrázaval y estaban negociando con el Banco Central, les habían ofrecido dos compañías, “mucha plata, Sofía, y las están entregando a huevo”.

—Fusilaron al hijo de Francisco —lo interrumpió Sofía.

—¿Qué dices?

—Emiliano, el hijo de Francisco, fue fusilado en Cauquenes junto a varias personas más. Hubo dos fusilamientos en menos de cuatro días. Ocurrió justo después del golpe.

—Algo habrán hecho.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir? ¿“Algo habrán hecho”?

—Aquí hubo una guerra, quince mil cubanos entraron al país con cargamentos de armas, todo un movimiento clandestino preparado para enfrentar a las fuerzas policiales. ¿Qué querías? ¿Que los dejaran paseando por las plazas con sus fusiles en la mochila?

—Emiliano era un joven de veintidós años, idealista, no habría matado a una mosca ni disparado un arma en toda su vida. ¿Cuáles cubanos? ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando del marxismo-leninismo que estuvo a punto de entronizarse en el país, de las empresas que requisaron, de los fundos que les quitaron a nuestros amigos, a gente de nuestra familia, del desplome de la Unidad Popular y gracias a Dios y a la Virgen todo eso ha quedado en el pasado porque tenemos militares conscientes que se atrevieron a hacer lo que la situación requería. Pero veo con mucha pena que mi pronóstico no estaba errado. ¿Eres comunista ahora que estás con ese tipo?

—Contigo no se puede hablar.

—Ya lo dijo el general Pinochet y yo al menos le encuentro razón: es preferible mil muertos, ahora, que un millón después.

—Me pregunto qué estarías diciendo si el fusilado hubiera sido nuestro hijo.

—Juan Ignacio no andaba metido en huevadas; muy flojo sería en el colegio y medio burro, pero tiene la cabeza bien puesta. No vengas a compararlo con un terrorista. ¡Eran terroristas, Sofía! ¡Métetelo en la cabeza!

Sofía no respondió.

Subió al segundo piso y abrió los armarios en busca de sus cosas.

Allí estaban colgados sus tres abrigos de piel, su vestido de noche con lentejuelas, los dos trajes sastre que había comprado en París, su cartera Dior y otras ropas caras. Le extrañó que Eliodoro no lo hubiera tirado todo a la basura.

Entró a su antiguo dormitorio y era como si nunca se hubiera ido de la casa. Eliodoro no había movido ni las fotos de la cómoda; estaban tal como ella las dejara cuando se fue. La cajita de ébano donde guardaba las monedas, el reloj francés con la figura de porcelana, los dos cepillos con lomo de plata, el perfumero. Todo igual y donde mismo.

De pronto se dio cuenta de que no quería llevarse nada. Miró esas cosas y se estremeció al pensar que había sido esclava de la comodidad, de su cuarto lujoso, de este marido a quien no conocía. Evocó a Francisco y a Emiliano y sintió un ardor en la garganta. *Todo esto me repugna.* Las lágrimas rodaron por su cara larga. ¡Qué le había pasado a su vida!



Pablo y Gregoria estaban tomando el té en la terraza que daba al jardín de atrás.

—¿Qué te pasa? —preguntó Pablo al ver la cara circunspecta de su mujer.

—¿Y me lo preguntas? ¿Qué crees tú que me pasa?

Vicente y Felipe habían viajado a Santiago con Sofía y Luciana, para darle la noticia a la familia. La noche anterior llegaron a esa casa, sin aviso previo, temiendo seguramente que Pablo no quisiera ni saber noticias de Cauquenes. En todos esos años había tenido escaso contacto con su hijo Francisco, no conoció a su nieto y, si no fuera por Gregoria, probablemente tampoco habría vuelto a ver a su hermano. Cuando Vicente tomó la palabra y le dijo que habían fusilado a Emiliano en Cauquenes, Pablo asintió con la cabeza y no hizo comentarios de ninguna especie. Los invitó a pasar, les ofreció un trago y les pidió que por favor no le dieran detalles del asunto, no quería saber. Gregoria se mantuvo en silencio los veinte minutos que estuvieron allí y al final se le escapó un sollozo angustiado.

—¿Es por lo de Cauquenes? —preguntó Pablo ahora.

—Pablo, a los ochenta años, después de toda una vida, ¿todavía no

aceptas que nuestro hijo es una persona distinta de ti?

—Setenta y nueve —dijo Pablo, ofuscado.

—¡Bueno, setenta y nueve! ¿Qué hace falta para insuflarte un poco de humanidad? ¿Cuántos años? ¿Cuánto sufrimiento de mi parte? ¡Esta gente ha fusilado a tu nieto! ¿Ni siquiera eso te conmueve?

—Mi nieto, como lo llamas, militaba en el MIR; mi hijo, en el Partido Socialista. Los mismos que querían colgarnos de un farol, Gregoria. Iban a reventarnos la cabeza contra un paredón. Los mismos que pretendían instalar una dictadura marxista en Chile. Se dice que uno no elige a los padres… Bueno, tampoco elige a los hijos. No quiero hablar más de este tema, ¿entendido? Estoy con un fuerte dolor de cabeza, me voy a tender un rato.

Aquellas serían las últimas palabras de su vida.

Unas horas más tarde, Gregoria fue a decirle que su jerez estaba servido. Los postigos estaban cerrados y la pieza en penumbra. Los rayos de la última luz de la tarde se filtraban por una rendija de la ventana. Gregoria se acercó a la cama.

—¡Pablo! —Lo remeció para despertarlo, y entonces se dio cuenta.

## Sheridan Circle

Era el primer día de otoño en Washington. Todavía quedaban resabios de un verano caliente y húmedo.

Isabel Margarita Morel se encontraba en su casa y no se había levantado. Orlando acababa de irse a la oficina y ella se quedó recostada en la cama pensando en tanta cosa que estaba aconteciendo. A veces le costaba creer que todo esto fuera cierto, se sentía en medio de un mal sueño. Los últimos dos años habían sido demasiado duros. Orlando había hecho el viacrucis de varios ministros de Salvador Allende: detenido y torturado en un regimiento y en la Escuela Militar, prisionero en la isla Dawson,

preso en el subterráneo de la Academia de Guerra, prisionero en Ritoque y liberado gracias a presiones internacionales en 1974. Fueron días espantosos para ella y los niños, pero al menos tuvo la suerte de que se lo entregaran vivo. Otros no habían tenido esa fortuna.

Ahora estaban exiliados en Washington y vivían cerca del Sheridan Circle. Orlando trabajaba como investigador para un instituto de política internacional y era el director del Transnational Institute de Ámsterdam.

Una semana antes, el general Pinochet había tenido un gesto de innecesaria crueldad al firmar un decreto que le quitaba la nacionalidad chilena a Orlando. ¿Con qué derecho lo hacía? ¿Quién era él para determinar si un chileno podía seguir siendo chileno? Debajo de su firma aparecían las de quince de sus ministros, Sergio Fernández, Sergio de Castro y Alex Schweitzer entre ellos.

Para Orlando fue una bofetada en el alma. Isabel Margarita había hecho lo posible por consolarlo, "tú naciste chileno y vas a morir chileno, la nacionalidad no se pierde nunca".

El momento era incierto para toda la familia; si ya tenían cerradas las puertas de su país, con el decreto se les cerraban a machote, pero esta reflexión se la guardó para ella… no quería amargarlo más de lo que estaba.

A las nueve y media sonó el teléfono.

Era la secretaria de Orlando.

—Vente inmediatamente al hospital George Washington, Orlando tuvo un accidente.

Isabel Margarita se quedó con el teléfono en la mano. La invadió una sensación de fatalidad. Eran las 9:30 de la mañana. Orlando había salido media hora antes de la casa, pasaría a recoger a Ronni Moffitt, su secretaria, y seguirían al instituto. Como todas las mañanas. Tal vez habían chocado en el camino.

Se levantó de un salto y se puso un pantalón y un suéter.

Llegó al hospital y frente a la puerta vio ambulancias, motos de policías, un canal de televisión y mucha gente. *Tiene que tratarse de un accidente,* se dijo para calmarse, *esto no puede ser para Orlando, tiene que ser otra persona*.

Al entrar al recinto hospitalario se encontró con los colegas de Orlando. La miraron y no le dijeron nada. Algo atroz flotaba en el ambiente. Le pidieron que entrara a un cuarto y una vez adentro se le acercó Susan Bernard, una colega de Orlando, quien la abrazó llorando. En ese momento comprendió que el accidente había sido fatal.

Se le acercó Michael Moffitt, el marido de Ronni Moffitt, que iba en el auto con el exministro.

—Mataron a Ronni también —dijo llorando.

Alguien mencionó una bomba.

Un agente del FBI entró al cuarto y se llevó a Isabel Margarita a una pieza vecina.

—Señora, no fue un accidente. Pusieron una bomba en el auto de su esposo. Su cuerpo ha quedado completamente destrozado, usted no puede verlo.

Isabel Margarita sintió que el mundo se derrumbaba. No sabía qué hacer, dónde encontrar un espacio de cordura.

—Necesito autorización para verlo.

—Lo siento, señora, eso no va a ser posible.

—Va a tener que ser posible. ¡Déjenme verlo, por favor! Yo necesito despedirme de mi compañero de veinte años. Necesito tomar esa mano para seguir viviendo. Necesito ver lo que sucedió para aceptarlo.

Finalmente consiguió la autorización.

"El cuerpo de Orlando estaba tapado con una sábana. Sentí indignación, el horror era demasiado, pero lo besé en la frente. Me

quedé mirando sus ojos. Así nos matan, Orlando. Había asombro y dolor en la mirada. Estaba con los ojos abiertos".

## El fantasma del banquillo

Jaime Guzmán se encontraba solo en su departamento de la calle Lyon. Violeta había salido a hacer diligencias y él volvió temprano de la universidad. Llegando a la casa rezó un rosario. Necesitaba relajarse. Estaba preocupado. Se sentó al borde de la cama y se puso a hojear *El principito*. La primera vez que lo leyó tenía ocho años, pero le gustaba volver a leerlo; las sabias palabras del habitante del asteroide B612 le recordaban lo mejor del ser humano. "Lo esencial es invisible a los ojos", leyó, y enseguida cerró el libro. Se sentía mal. Las cosas no iban bien encaminadas. Los servicios de inteligencia le estaban haciendo daño al gobierno. El general Contreras operaba sin Dios ni ley, siempre defendido por Lucía Hiriart, y Pinochet se quedaba de brazos cruzados.

Él había respaldado con fuerza el movimiento del 11 de septiembre de 1973; estaba convencido de que era la única forma viable de librar a Chile del comunismo. La farra populista y demagógica del gobierno de Allende había destruido la economía nacional y la ultraizquierda iba camino de instalar un fidelismo sin Fidel. Le había rezado a la Virgen del Carmen para darle las gracias por haberse acordado de Chile y pedirle por el alma de los caídos y de todos aquellos que, con o sin culpa, pudieran estar sufriendo. Las muertes resultaban penosas, sin embargo, el pronunciamiento militar era la única salida en ese momento. Todo esto lo habían hablado hasta el cansancio con los jóvenes que ahora lideraba, mas las fuerzas oscuras que operaban matando gente, incluso fuera del país, torturando en los recintos secretos y arrestando a opositores que no siempre eran subversivos, lo tenían aproblemado. La mano larga de la DINA había asesinado al general Prats y su mujer en Buenos Aires, a Orlando Letelier y una ciudadana estadounidense en Washington, y además había atentado contra Bernardo Leighton y Anita Fresno en Roma. *El asesinato de Letelier ha sido la estupidez más grande; la falta de control, la brutalidad de la gente de Contreras*

*está golpeando la imagen interna y externa del régimen*, pensó, agarrándose la cabeza a dos manos. *Esto hay que pararlo*. Él mismo ayudaba haciendo gestiones frente a la autoridad en favor de perseguidos de izquierda, gente respetable a quien conocía. Primero desde el Comité Pro-Paz, con el abogado Camilo Marks a la cabeza, y luego desde la Vicaría de la Solidaridad, con el vicario Cristián Precht y el abogado Nelson Caucoto, el cardenal Raúl Silva Henríquez había montado una defensa organizada en contra de los atropellos a los derechos humanos. Nada de esto le convenía a Pinochet. Lo que más temía Jaime era que la gran obra del gobierno y sus economistas, que abrieron la economía chilena al mundo, cambiando para siempre la vida de la gente, mejorándola y haciendo una contribución histórica, quedara sumergida bajo la crueldad de los atropellos a los derechos humanos. En el futuro, cuando se mencionara el gobierno militar, lo primero que saldría a la palestra serían los derechos humanos. Lo había hablado personalmente con Pinochet. El problema estaba en que el general era muy astuto, pero de pocas luces, y lo tomó como un ataque personal.

—¿Me está diciendo que yo mando a matar inocentes? ¿Se va a poner del lado de ellos, ahora?

¿Cómo podía decirle semejante estupidez? Él colaboraba con el gobierno; lo único que había mantenido aparte eran sus clases en la universidad. Estaba comprometido con la comisión que elaboraba una nueva constitución, le había organizado toda la propaganda y la juventud en la Secretaría General de Gobierno, y era el principal asesor del gobierno en materias jurídico-políticas.

—No, general, le estoy diciendo que cada vez que su gobierno incurre en excesos les está dando un argumento a quienes hacen de su administración y el quebranto sistemático de los derechos humanos una sola cosa. Desde ese pedestal llegará el día en que nos sienten en el banquillo de los acusados a todos quienes estamos participando en su administración.

Pinochet lo había mirado con furia, apretando las mandíbulas, como hacía cuando perdía la paciencia. Tenía los ojos amarillos.

—¡Hay gente que anda puro chopeando! ¡Yo he hablado con mis

hombres y si pegan una apretada, no quiere decir que le peguen o maten al detenido, es una apretada y nada más! ¡A usted lo sentarán en un banquillo; lo que es a mis hombres, nadie les toca un pelo!

## Una tarde en Los Boldos

Eran las cuatro de la tarde.

El general Pinochet salió temprano de su despacho. Su edecán lo acompañaba al sótano de La Moneda a las siete y media, y un cuarto de hora más tarde la caravana salía a la calle. Pero esta vez la señora Lucía había llamado tres veces al despacho presidencial.

"Que le digan a Augusto que se apure, tiene que llegar a Los Boldos antes de las seis".

"¿Le dijeron a Augusto que salga temprano? Avísele que no tiene que llevar nada, yo me traje su maletín".

"¡Pero si todavía ni llega a Presidente Errázuriz! Díganle que se venga directo si está atrasado, ¿no le dijo que me traje su maletín? No tiene para qué pasar a Presidente Errázuriz".

El general hizo lo que sugería su señora y se fue directo a Los Boldos.

En el camino a Santo Domingo revisó los documentos que le había llevado Jaime Guzmán. De tanto en tanto alzaba la cabeza para decirle al chofer que se apurara.

—La patrona está nerviosa porque vamos atrasados.

—¿Tiene algo especial esta noche, mi general?

—Una comida familiar, van el general Contreras con la María Teresa y la Mónica, pero la patrona está con unos apuros que no entiendo. Métale fierro, capitán.

Al llegar a la bifurcación de la avenida Don Augusto con el paseo Doña Lucía, donde estaba la casa de los escoltas, el auto casi se da vuelta.

—¡Oiga, capitán! No querrá que nos matemos, conduzca con más cuidado, hombre.

—Disculpe, mi general.

La señora Lucía lo estaba esperando en la biblioteca.

Era una sala amplia con vista al mar. Las paredes estaban atestadas de cuadros, marcos de espejos, fotografías. El escritorio, lleno de papeles y documentos, un busto de Napoleón, fotografías de los hijos y nietos de los Pinochet, cartas, tarjetas de Navidad, un estuchito con instrumentos para cortarse las uñas, un abrecartas, lupas. Un desorden que solamente el general entendía. En los estantes, y estos sí en perfecto orden, se acomodaban los cincuenta y cinco mil libros que Pinochet había ido acumulando con los años, algunos regalados por mandatarios extranjeros, otros comprados en librerías de viejos o encargados a España y Francia. La primera edición de la *Histórica relación del Reino de Chile*, un ejemplar de *La Araucana* de 1733, libros de los viajes de Magallanes publicados en 1788, cientos de volúmenes antiguos de la historia de Francia, España. El general los hojeaba sin prestar mayor atención al texto, con un extraño amor por el libro que acariciaba, como si fuera un gato.

—¡Por fin apareciste! ¿Te dieron mis recados? —La señora Lucía se adelantó para ayudarlo a sacarse el capote.

—Quién se va a atrever a no darme un recado tuyo —murmuró el general entre dientes. Estaba molesto con su insistencia. ¿Qué era tan urgente que lo hizo salir de La Moneda poco menos que corriendo, como si hubiera pasado algo?—. ¿Cuál es el apuro, Lucy? ¿Hay algún problema?

—Esta noche viene el Mamo a comer; no se te habrá olvidado, ¿verdad?

—¿Por qué se me iba a olvidar?

—No quiero que entres en esa conversación sin haberte advertido antes.

—¡Advertido qué cosa, Lucy! ¡Cuál conversación!

—El Mamo viene a hablarte de Guzmán.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo él mismo esta mañana.

—¿Te llamó por teléfono?

—No. Pasó por aquí. Guzmán lo está molestando.

—Y por eso me llamaste tres veces a La Moneda y tuve que venirme a las cuatro de la tarde y terminar de revisar los papeles de la constitución en el auto. Porque Guzmán está molestando al Mamo.

—Escúchame bien, Augusto; ese feto se las da de ser el creador de la democracia protegida, le anda diciendo a medio mundo que tú no eres inteligente, que no hay que dejarte improvisar, que no articulas bien tus ideas. Te está usando.

—No digas burradas, Lucy. Yo no sé de dónde sacas tanta malicia contra Jaime Guzmán. ¿Tú crees que soy tonto? Yo conozco a Guzmán mejor que tú. Es admirador de Portales, más inteligente que los otros, con una verba privilegiada; ha sabido ajustar sus creencias a sus conveniencias, pero toca que sus conveniencias son las mismas que las mías, así es que los que dicen que la fórmula Pinochet-Guzmán no es posible están muy equivocados.

—Yo creo que el equivocado eres tú, Augusto. Te dejas usar por este caballerito, que se ha comportado contigo como el aristócrata despectivo que es. ¿Cuántas veces ha ido a la casa a comer? Ninguna. ¿Y cuántas veces lo has invitado? ¡Tres! Pero él no va a la casa de un milico, no, señor. Ya está bueno que entiendas que la derecha está usando a los militares para beneficio de la gente linda. Eres tonto si no quieres ver lo evidente: la aristocracia nos encuentra un par de rotos y sienten un fuerte menosprecio intelectual hacia nosotros. ¿Y Guzmán? Lo que quiere este feto es desplazarte y quedar él como el creador de la democracia protegida.

Es muy astuto el caballerito, muy católico y vaticano, pero tiene una moral que serpentea como culebra.

—¿Qué más te dijo Contreras?

—¡Te lo digo, yo, Augusto! —La señora Lucía echaba chispas por los ojos. Se dio media vuelta y salió airada de la sala.

El general se acercó al ventanal con vista al mar. Su rostro estaba tenso. *La Lucy está profundamente equivocada con Guzmán, pero este jetón de Contreras va a tener que andarse con mucho cuidado; yo puedo protegerlo hasta por ahí no más.*

## ¡Destituido!

“El general Pinochet no tiene ojos para el futuro”, decía el general Leigh.

“El general Leigh quiere el futuro para él”, replicaba el general Pinochet.

Las confianzas entre estos dos hombres habían empezado a deteriorarse. Pinochet lo identificaba como “aperturista” y Leigh a Pinochet como “cerrado a toda posibilidad democrática”.

Al comienzo, Gustavo Leigh había sido el más duro. “Extirpar el cáncer marxista” era la máxima del comandante en jefe de la Fuerza Aérea, que se encargó del bombardeo a La Moneda. Con el paso del tiempo y los arrestos autoritarios de Pinochet empezó a girar hacia posturas menos dictatoriales. Consideraba indispensable crear un programa para el retorno a la normalidad indicando plazos concretos y cometió el error de decírselo a un periodista del *Corriere Della Sera*.

—Usted debe entender que los chilenos tienen una larga tradición democrática y no pueden ser mantenidos hasta el infinito en la negación de la libertad.

El 24 de julio de 1978 Pinochet lo citó al Ministerio de Defensa.

Leigh pensaba que discutirían la situación de los derechos humanos. En el mundo se estaba hablando de los prisioneros en la isla Dawson, la tortura de la doctora inglesa Sheila Cassidy, la desaparición de sacerdotes de Cristianos para el Socialismo, y había indignación por los asesinatos de Orlando Letelier y Ronni Moffitt en Washington. En Chile, altos oficiales del Ejército, la Armada y las Fuerzas Aéreas estaban intranquilos. Leigh estaba preocupado y se lo había hecho saber a Pinochet.

No entendía por qué razón lo había citado al Ministerio de Defensa y no al Salón Azul del Edificio Diego Portales, pero Pinochet era impredecible.

Al llegar al ministerio le llamó la atención la cantidad de paracaidistas y tropas reunidas alrededor del edificio.

—¿Qué está pasando, oficial? —le preguntó a uno que le recibió el capote.

—No lo sé, mi general, pero hay harta tropa y la terraza está llena de carabineros.

Subió hasta las oficinas del comandante en jefe y allí se encontró con Pinochet y los otros tres miembros de la junta.

Lo saludaron con desgano. A Leigh no le gustaron sus caras. Lo miraban con fastidio y como si no lo conocieran. Ni siquiera tuvieron la deferencia de levantarse. Se sintió un intruso entre sus pares.

—¿Qué pasa?

—Siéntate, Gustavo —le dijo Pinochet, sin un atisbo de sonrisa.

El almirante José Toribio Merino se puso de pie y tomó la palabra.

—Solo quiero decir que el general Leigh ha expresado su desacuerdo con el actuar de la junta. Mira, Gustavo, muchas veces has dicho que estás molesto con la junta y cualquier día te vas a ir para la casa. Si eso es así, ¿por qué no te vas ahora?

El general César Mendoza se acercó a Merino.

—Yo soy testigo. El general Leigh admitió la hipótesis de que el gobierno chileno intervino en el asesinato de Letelier, y nos ha puesto en peligro con declaraciones tan graves a un diario extranjero.

El general Pinochet se levantó de su asiento.

—Gustavo, he leído tus declaraciones al periódico *Corriere Della Sera* y me parecen inaceptables. Por tu culpa se ha visto amenazada la seguridad interior del Estado. Te has salido de los márgenes adoptando posiciones diferentes a las nuestras. Deseo que presentes tu renuncia, aquí y ahora.

—No pienso en renunciar.

—Entonces te voy a destituir.

—¿Y con cargo a qué ley me vas a destituir?

—Tenemos atribuciones. Aquí tengo el decreto ley para que lo firmes.

—¿Pretenden que firme el decreto ley de mi propia destitución? ¡Ustedes están locos! Hagan lo que quieran, yo me voy de aquí a reunirme con mis generales.

Pinochet levantó un brazo.

—¡Párele, señor! Usted no se va a ninguna parte, a sus generales ya los tengo citados a mi despacho. Voy a pedirles la renuncia a todos los más antiguos que el general Matthei.

El general Leigh abandonó el recinto y dos periodistas, previamente avisadas, entraron a recoger las primeras declaraciones del general Pinochet.

—¿Qué razones influyeron en su decisión de destituir al general Leigh?

—Lo primero es que mintió en varias ocasiones y ¿quiere que le

diga una cosa? Tenía malos asesores. Tenía al gordinflón de Jorge Ovalle, que tuve que echar de la Comisión Constituyente. Alejandro Jara Lazcano, que lo había nombrado de embajador en Colombia y lo único que hacía era dejar al gobierno como el unto. Lo saqué en veinticuatro horas. Volando lo saqué.

—¿Por esas razones lo destituyó?

—¡No pues, señorita! Hay otras razones más profundas que no las voy a discutir con usted.

Después de la reunión, el general destituido se juntó con sus generales para decirles que ni Pinochet ni él valían una gota de sangre; él no iba a resistir la destitución.

—Mi carrera llega hasta aquí.

Se fue a su casa y colgó su uniforme.

Tenía sesenta y un años y a esa edad se reinventó: tuvo dos guaguas, se dedicó al corretaje de propiedades y no volvió a participar en cargos de gobierno. Calladamente se hizo de amigos en la oposición y se convirtió en otra espina para el general Pinochet.

Había planeado el golpe, bombardeado La Moneda con precisión alemana, vociferado en contra del "cáncer marxista", y quienes nunca olvidaron su participación de ese día, ni las torturas en el sótano de la Fuerza Aérea de Chile, fueron los miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que en 1990 lo acribillarían en una esquina, dejándolo herido de gravedad, con un ojo perdido para siempre.



# LOS AÑOS DEL CANSANCIO
## *1982-1988*

## Té con pan amasado

Eduardo Frei Montalva se paseaba a grandes zancadas por la biblioteca de su casa en la calle Hindenburg. Flaco y alto como un álamo, algo encorvado, las manos unidas en la espalda. El expresidente había cumplido setenta años y conservaba la firmeza y prestancia de su tiempo en La Moneda. Raquel Correa lo dejaba caminar tranquilo. Lo conocía bien; esta no era la primera vez que lo entrevistaba y sabía que le gustaba ordenar sus pensamientos dando vueltas por la pieza.

Era la tarde del 22 de enero de 1981.

—La principal fuerza del actual gobierno es la falta de percepción de la ciudadanía de una alternativa clara —dijo Frei pensando en voz alta. Su rostro estaba sombrío. No había razones para estar confiado ni optimista. Los radicales estaban divididos, los socialistas estaban divididos, uno de los sectores creía que la violencia era la forma de terminar con la dictadura. La Democracia Cristiana y el Partido Comunista eran los únicos que sobrevivían con la estructura de los tiempos de la democracia. Lo demás estaba deshecho y sobre las cenizas se alzaban personalismos y prejuicios—. ¿Con qué fuerza política se puede recuperar la democracia? Yo no veo socios para reconstruir la democracia, sin embargo, tengo una gran confianza en el chileno —dijo, mirando la hora—. Oiga, Raquel, ¿no tiene hambre? ¿No le gustaría una tacita de té? Se nos está haciendo tarde y esta hernia me obliga a comer algo. La invito a una taza de té con pan amasado y pebre.

Pasaron al comedor.

El pan amasado venía directo del horno; el pebre estaba delicioso.

La señora Maruja se unió a la conversación con toda naturalidad. De su persona emanaba una increíble calidez. Tenía un tino exquisito, nunca decía algo inapropiado, jamás interrumpía a su marido. Esa tarde se ocupó de que la mantequilla no estuviera

demasiado dura, que el pan tuviera su justa temperatura, que el pebre no fuera demasiado picante.

—¿Usted no puede comer pebre? —le preguntó Raquel a Frei, viendo que tomaba su taza de té con un par de galletas de agua.

—Tengo una hernia que me molesta, sobre todo en los aviones. Me la quiero operar.

Conversaron sobre la operación y luego Frei volvió al tema de la entrevista. Hablaba como si estuviera frente a un oráculo, con esa voz un poco arrastrada que tenía.

—La junta militar marca el fin de una época histórica, de ilusiones y desengaños. Chile fue el último país de la *Belle Époque* donde todo se arreglaba con buena voluntad, los comunistas comían con los conservadores y los socialistas eran amigos de la DC. Así era este país, Raquel. Nunca pasaba nada hasta que pasó. Yo veo que un negro y extraño destino aguarda a Chile para despojarlo de todos los ropajes de la libertad.

—¿No cree que una vez que vuelva la democracia las cosas serán como antes?

—No, Raquel. Este país no será nunca más lo que fue. Lo que ha pasado es terrible y muy difícil de remontar. La mentira solo se puede sostener con la fuerza y la fuerza acaba sosteniéndose con la mentira. Eso es lo que ha pasado aquí. Acuérdese de mí: Pinochet no va a dejar el poder hasta que muera.

—Su pesimismo me asombra, presidente.

—Pero tengo confianza en el chileno. Tengo la convicción de que algo se está moviendo desde muy adentro, algo indefinible que podría empujar a Chile hacia un destino mejor.

Algo se estaba moviendo desde muy adentro. El descontento se había generalizado y la gente empezaba a organizarse para levantar la voz. Lo que el expresidente ignoraba era que fuerzas ocultas también se estaban moviendo y manos criminales envenenarían su cuerpo en la clínica Santa María, donde fue a operarse de esa

hernia.

El plan era introducir a los asesinos en la clínica, coludidos con un par de enfermeras y un médico, y tratar la herida de la operación del expresidente con vendas empapadas de bacterias infecciosas.

Le envenenaron el cuerpo de a poco hasta que lo mataron.

Murió el 22 de enero de 1982.

El magnicidio se encubrió y habrían de pasar treinta años para que una investigación, liderada por su hija Carmen Frei, revelara la verdad de ese crimen monstruoso.

## Ruido de cacerolas

La nueva constitución le dio al general Pinochet un respiro de ocho años. Un año después trasladó su gobierno a La Moneda y allí empezó a sufrir la pérdida de su poder, el desinfle de la economía y el resurgimiento de una oposición que había sido acallada desde 1973. La Vicaría de la Solidaridad con el cardenal Silva Henríquez y su equipo de abogados prestaba ayuda a las víctimas de la dictadura. Para Pinochet era un puñetazo en la cara. La Iglesia se alzaba como su enemiga y él se consideraba un buen católico que iba a misa y comulgaba todos los domingos. Sin embargo, algunos obispos de esa Iglesia no lo consideraban un católico ejemplar.

—¿Usted le daría la comunión al general Pinochet? —le preguntó Raquel Correa a monseñor Jorge Hourton.

—No —dijo el obispo.

—¿Y por qué no? —insistió la periodista.

—Porque es un pecador público.

En el país cundía el pesimismo, incluso entre las filas del gobierno. La prensa opositora, financiada por organismos no gubernamentales del norte de Europa, atacaba a Pinochet con saña.

—En mi casa no entra esa basura —refunfuñaba, refiriéndose a las revistas *APSI*, *Análisis*, *Cauce*, *Hoy*, *Pluma y Pincel*, *Fortín Mapocho*—. ¡Hasta la revista *Cosas* está llena de comunistas, no me vengan a decir que esas señoritas son del lado nuestro! ¡No, señor, no lo son! Muy pituquitas y elegantes, y esa otra con voz de angelito, pero no son de este lado.

El gobierno clausuraba revistas, arrestaba a sus directores, y al cabo de tres días las mismas revistas estaban en los kioscos denunciando la concentración de la riqueza, el aumento del desempleo, la pérdida del treinta por ciento de la capacidad productiva de los trabajadores y los crímenes de la DINA —ahora CNI—, que quedaban al descubierto ante los ojos espantados de la gente.

En 1982 la crisis económica explotó. La devaluación brusca del peso produjo severas quiebras y pánico en la derecha. El castillo se estaba derrumbando. Pinochet culpó a los ministros del área económica, que entraban y salían por turnos de la cárcel.

De la crisis económica surgió la crisis social y política. El descontento por las escandalosas cifras que arrojaba el desempleo fue aumentando, y a ello se sumaba la creciente inquietud por las violaciones a los derechos humanos.

En 1983 vino un despertar en la calle y el 11 de mayo estalló la primera protesta nacional. La oposición se puso de acuerdo: a las diez de la noche había que salir al patio de la casa, al jardín delantero, al balcón, asomarse a la ventana del departamento, convertir una cacerola en tambor y tocarla con una cuchara.

Llegó el día señalado. Dieron las diez de la noche. Por un momento no hubo autos, ni bocinas, ni palomas en la catedral, ni aviones, ni palabras dando vueltas, ni voces saliendo de una radio. Santiago estaba totalmente inmóvil. Duró un instante y enseguida vino un ruido estremecedor. El mundo despertó en un estruendo. Se produjo una corriente, una comunicación de casa en casa, de barrio en barrio, en las poblaciones, en el centro de Santiago, cerca de Pudahuel, en Conchalí, Ñuñoa, Vitacura, Las Condes, Colón arriba, Tomás Moro; las grandes torres se convirtieron en orquestas de

sartenes, pailas para huevos, ollas vacías y fuentes para el horno azotadas con una cuchara. Una extraña sintonía como de campanas de iglesia convertidas en cacerolas gritándole al gobierno que el país se había cansado.

Vicente y Rosario estaban viejos, pero su avanzada edad no les impidió juntarse con Felipe y Luciana en la plaza de Cauquenes, cada uno con una sartén en la mano, donde se unieron a una muchedumbre que, desafiando a los soldados, se atrevió a protestar.

Francisco, Sofía y Alejandro Pinto protestaron en Santiago. Ese día se juntaron a cenar en la casa de Francisco en Ñuñoa y a la diez en punto salieron al pequeño antejardín con una olla, dos sartenes y tres cucharas. "Y va a caer, y va a caer", murmuraban con los ojos anegados en lágrimas, mientras azotaban los metales.

Gregoria estaba sola en su casa. Su empleada se había ido temprano a la suya en Maipú. Cuando dieron las diez de la noche, se asomó tímidamente por la ventana del cuarto de servicio y, escondida de sus vecinos, estiró la mano con la ollita donde le cocinaban el huevo del desayuno y la hizo sonar con el cucharón de plata heredado de Manuel.

El general Pinochet se encontraba en su casa de la calle Presidente Errázuriz. Hasta su salón llegaba el caceroleo. Se paseaba por el living mascullando maldiciones. ¿Qué diablos estaba pasando ahí afuera?

—¡Lucy, cierra esa ventana!

Aquel era un barrio donde vivían sus adherentes, no sus enemigos. Llamó a La Moneda y uno de sus ayudantes lo informó.

—El ruido es espantoso, mi general. Yo no sé de dónde ha salido tanta gente; están cuchareando desde las ventanas, mi general, y aquí mismo frente a La Moneda…

El general colgó el fono y miró a su mujer.

—¡Ya van a ver! Estos son los señores políticos, ligerito los voy a mandar de vuelta a sus covachas. El marxista Lagos no va a salirse

con la suya.

La tarde anterior lo había entrevistado Raquel Correa. Sus preguntas lo dejaron inquieto. Esa señora no cejaba. Y ahora le vino con el cuento de que quería hacer un libro con esa otra comunista.

—¿Has pensado en lo del libro? —le preguntó Lucía.

El general no respondió. Estaba preocupado por la entrevista. Iba a publicarse poco después de esta protesta y él no quería aparecer hablando cabezas de pescado cuando le había salido gente a tocar cacerolas. La periodista le había vuelto a preguntar por el pronunciamiento. Dale que dale con el pronunciamiento, y la democracia para arriba y para abajo, y si el 11 de septiembre no pensó que se estaba rompiendo la tradición democrática chilena. "Dramáticamente", acentuó la periodista. *¡Qué democracia se estaba rompiendo dramáticamente! Ese es un cuento que me trae aquí, al apriete. ¡Mire la tradición democrática que había! El señor Allende hacía lo que quería, el Senado no era respetado, la Cámara de Diputados tampoco, la Contraloría rechazaba los decretos, a los jueces los trataban de viejos tales por cuales. ¿Esa es la democracia que les gusta? ¡A mí esa forma no me gusta! Palabra de honor*. Se las había cantado bien claritas a la señora Correa. Y ahora andaban por la calle aporreando cacerolas, los jetones.

—No pienso hacer ningún libro —masculló—. ¡Esa ventana no quedó bien cerrada, Lucy!

## La vida siguió su curso

Para Francisco, Cauquenes no era más que la tumba de Emiliano. El correo, la plaza, el club, el Mocambo, el mercado… todo le recordaba las horas que había pasado con su hijo en esos lugares.

—No puedo vivir aquí. El mismo Alejandro me está recomendando que me vaya.

—Nos vamos a Santiago, entonces —dijo Sofía.

Se habían instalado en una casa de la calle Valencia, en Ñuñoa, y hasta la primera protesta nacional no hubo nada en el mundo político capaz de sacarlos de la apatía en que vivían. Francisco se quejaba de la parálisis de la oposición, de los egos que le estaban haciendo el juego a la dictadura, de las interminables peleas entre ellos. Sofía lo escuchaba sin prestarle mayor atención.

Era una pareja triste. Francisco no logró hacer las paces con la muerte de Emiliano y Sofía vivía inmersa en una mezcla de mundos que no lograba fundir en uno solo. Su alma estaba dividida entre su pasado de mujer rica en la mansión con piscina, los autos caros y las comodidades, y su presente con un socialista pobre que envejecía prematuramente, deprimido por la dictadura, agobiado por pesadillas y fantasmas. Se sentía su enfermera más que una compañera y la sola palabra "compañera" se le hacía extraña.

Vicente y Rosario envejecían tomados de la mano bajo el ciruelo que plantó Dorila cuando recién llegaron. Las cenizas de la propia Dorila estaban enterradas debajo del ciruelo.

Alejandro Pinto se quedó en Cauquenes e hizo del resto de su vida la misión de vengar la muerte de Gabriel. Ahogó su angustia en las tareas de un ala clandestina del Partido Socialista. Viajaba con frecuencia a Santiago, para ver a Francisco, y se sumó a los comandos que organizaban marchas, caceroleos y huelgas.

Gregoria murió en los brazos de Francisco un año después de la primera protesta.

Felipe y Luciana iban a Santiago una vez al mes para llevar a Manolito donde el doctor Mario Vidal, un psiquiatra con paciencia de santo que logró introducirse en la maraña de su mente averiada y conducirlo de la mano al momento en que lo subieron al helicóptero para hacerlo hablar de lo que pasó después.

Al comienzo Manolito hablaba de todo eso como dormido, pero al cabo de un tiempo empezó a contar lo que vio. Cuando el helicóptero se encumbró, el capitán les dijo unas cochinadas y le pegó en la cabeza a uno de los campesinos por alegador. Él tenía susto de que el helicóptero se cayera al suelo. Había mucho ruido y el helicóptero se movía demasiado. Se fueron volando para allá. Pasó no sé cuánto rato. El capitán le dijo tú te vas a tapar la cabeza con este trapo y le pasó un trapo café. No vayas a mirar. Él le hizo caso y después los hombres se pusieron a dar gritos. Entró mucho frío. El capitán había abierto una puertita del helicóptero y él levantó un poco el trapo para ver. El capitán estaba empujando a un hombre para abajo. El hombre voló por los aires como un pájaro y se fue gritando para abajo. Yo me puse a llorar.

Muchos años más tarde —Manolito había muerto— se supo lo que había ocurrido con esos campesinos. Los habían lanzado desde el aire, con los pies atados con alambres, a la boca de un volcán.

## Disculpe, general

Pinochet odiaba a la prensa. *Andan haciendo preguntas, puro al apriete*. Se quejaba amargamente porque a las señoritas periodistas no había nada que les interesara aparte de los atropellos a los derechos humanos. A los señores políticos no les preguntaban ninguna de esas cosas, como si fueran angelitos. Esa señora Correa lo mareaba con sus cifras. Llegaba a La Moneda vestida de negro, se sentaba muy derecha frente a él, no sonreía ni por casualidad, “disculpe, general”, le decía, porque nunca lo llamaba “presidente” como era debido, y le lanzaba cifras de supuestos atropellos. Dale que dale con la cantinela.

—Oye, Lucy, si te llega a entrevistar la señora Correa, ándate con mucho cuidado con las respuestas, mira que es más viva que el hambre para sacar a tirones.

Raquel Correa era alta y flaca, tenía cara de águila, los ojos verde oscuro y una mente lúcida. Había heredado el profesionalismo de su maestra Lenka Franulic, el vigor de su padre y la dulzura de su

madre. Para ella, una sociedad decente debía afirmarse en dos pilares fundamentales: la justicia y la libertad. Era completamente independiente a la hora de los partidos políticos. Lo valioso era la persona y su capacidad de asumir la responsabilidad de lo que hacía. A Raquel no le importaba dónde militara la gente, sino lo que hacía con su responsabilidad política.

Preparaba sus entrevistas con minuciosidad de detective. Se informaba acerca del entrevistado para conocer todo lo que había dicho en su vida pública, lo que había hecho y hasta lo que le gustaba comer. Y, a pesar de no haber salido nunca a entrevistar a nadie sin una completa información sobre esa persona, invariablemente se ponía nerviosa, le daba “pinochetitis”, un dolor en la boca del estómago que aliviaba con una pastilla.

Su entrevista aparecía domingo a domingo en *El Mercurio.* Salvo Pinochet, todos querían ser entrevistados por ella; daba estatus, importancia, pero antes de la mitad de la entrevista se estaban arrepintiendo. *¡Para qué fui a meterme en este escollo!* Con su mirada directa y su profesionalismo a prueba de halagos, Raquel los hacía decir lo que no querían y cuando intentaban esconder la realidad, acallar los hechos o hacerle el quite a su responsabilidad en lo que fuera, las respuestas quedaban consignadas en sus preguntas.

Pinochet la recibía de mala gana. Los ministros civiles lo obligaban a salir en *El Mercurio*, cosa que a él le cargaba. La periodista andaba puro poniéndole palitos. Y vuelta al golpe, una y otra vez, y vamos preguntando por los derechos humanos. No se cansaba nunca.

—Disculpe, general, pero usted ha reconocido que se cometieron excesos.

—Por ambos lados. Y al iniciarse la lucha, señora. Pero poco a poco fue amainando.

—¿Cuánto tiempo duró la lucha?

¿No ve? Ahí estaba la trampita. Los señores políticos andaban diciendo que los excesos duraron hasta hoy y que no hubo ninguna lucha. ¿No hubo ninguna lucha? ¿Y la gente que le mataron a él? ¿Y los terroristas? ¿Y los enfrentamientos? ¿Y las armas que

internaban?

—Pueden haber sido cuatro meses. —Qué otra cosa iba a decirle, si después vinieron ataques esporádicos—. ¡Usted, señora, generaliza! —le gritó después—. Como cuando pillan fumando a un tipo y le dicen “¡ay, que es fumador!”, y es la primera vez que esa persona fuma.

La periodista no cedía. ¡Puchas que era porfiada!

—Admitiendo que se cometieron excesos, general, ¿qué responsabilidad moral, personal, asume usted?

—Ninguna. Así de claro. ¿Qué responsabilidad moral puedo tener en hechos que ni supe que estaban sucediendo? ¿Qué responsabilidad? Nada. A mí no me consta que pasaron las cosas de las que usted me habla.

—¿Los testimonios que se han conocido son mentiras?

—¿Cuáles testimonios?

—Los de familiares de detenidos desaparecidos, los de personas que fueron torturadas.

—Puras mentiras, propaganda comunista. Conozco dos casos de personas que supuestamente desaparecieron y se fugaron a Buenos Aires. Uno de ellos volvió y su mujer estaba casada con otro. Así como esos, puede haber muchos casos.

—Disculpe, general, hay personas completamente identificadas que fueron detenidas y están desaparecidas hasta el día de hoy. Esa es una realidad. Según cifras de la Vicaría de la Solidaridad y de la Iglesia católica, hay 3065 personas detenidas desaparecidas.

—¡No lo creo! ¡Póngalo así! ¡No lo creo!

Pero la periodista no paraba. No, señor. Seguía y seguía.

—General, los campesinos cuyos cuerpos fueron encontrados en los hornos de Lonquén estaban en sus camas, dentro de sus casas y los sacaron de noche, les llenaron la boca y las narices con paja, los

lanzaron dentro de los hornos y luego los taparon con cal viva.

—¡De dónde sacó ese cuento!

—Está en el proceso.

—¡Ah, claro! Los campesinos no hacían nada. Yo no justifico los asesinatos, pero acuérdese que en los tiempos de la Unidad Popular a una señora la violaron delante de sus hijos y ella se suicidó.

—¿Los campesinos de Lonquén la violaron?

—¡No! Otros, pero así eran estos angelitos que usted pinta como santos.

Podría haberle citado miles de casos como el de señora violada, y varios militares que fueron asesinados solo por matar, pero nada de eso valía; la gente suya no era gente.

## El clímax de la violencia

Era el mes de mayo de 1985 y el debilitamiento de la dictadura estaba a la vista. Las protestas aumentaban. Las marchas de los familiares de detenidos desaparecidos eran semanales. La prensa opositora denunciaba los atropellos. La crisis económica hacía lo suyo. El desempleo era cada vez más alto. Los ministros civiles le aconsejaban al general abrir la mano, iniciar una apertura política; el régimen empezaba a ahogarse en sus propias aguas. El arzobispo Juan Francisco Fresno tendía puentes entre la Iglesia y los líderes opositores para llegar a un acuerdo que ofreciera una salida a la situación. Se juntaban en secreto en Calera de Tango, donde estaba la casa de los jesuitas. Intentaban dialogar entre ellos y con el gobierno. Entre ellos, ya era difícil. Los egos, las discrepancias y las fuertes personalidades tirando cada una para su lado convertían esas reuniones en verdaderas bolsas de gatos.

Pinochet, por su lado, no tenía la menor intención de dialogar.

—A mí no me vengan con esto del diálogo, lo que quieren es recuperar el poder para hacer lo mismo de antes y ahora llaman *diálogo* a los desmanes y perturbar el orden público. ¡No, señores!



El general se encontraba en su biblioteca de Los Boldos cuando le avisaron que habían aparecido los cuerpos de tres profesionales secuestrados un par de días antes.

Para la oposición habían sido días de angustia. Por varias horas no se supo nada del paradero del sociólogo José Manuel Parada, el pintor Santiago Nattino y el profesor Manuel Guerrero. Parada y Guerrero fueron secuestrados a la entrada del Colegio Latinoamericano y Nattino en una calle del centro.

—Mi general, los tres profesionales están muertos.

—Dónde.

—Los encontraron en un potrero cerca de Pudahuel.

—¿Gente nuestra?

—No es personal nuestro, general.

—Voy a ordenar una investigación. Estos han sido los mismos comunistas.

Los hombres que esa mañana del 28 de marzo de 1985 llevaron a los tres profesionales a un potrero cerca de Pudahuel y los degollaron con un corvo no eran comunistas, sino dos coroneles, dos comandantes, un capitán y un oficial de Carabineros.

## La cuesta de Achupallas

La idea de matar a Pinochet había surgido a finales de 1984.

A ojos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, Pinochet era el obstáculo para la vuelta a la democracia. "Cualquier tribunal honesto lo condenaría a muerte; nosotros somos el brazo justiciero del pueblo", decían los jefes frentistas.

Disfrazados de señoras acomodadas, profesionales, vendedores ambulantes y parejas de enamorados, empezaron a estudiar la rutina del general. Todos sus movimientos. Desde que salía en la mañana de su casa en Presidente Errázuriz y llegaba a La Moneda hasta sus viajes a Los Boldos y sus idas a El Melocotón, donde la familia pasaba los fines de semana en los meses de primavera y otoño.

En mayo de 1986 se tomó la decisión de preparar una emboscada para matarlo. La operación se llamaría "Siglo XX", se llevaría a cabo en el Cajón del Maipo y el jefe sería José Joaquín Valenzuela Levi, el comandante Ernesto.

Los frentistas compraron una amasandería cerca de la casa de Pinochet; el comandante Ernesto y otros dos jóvenes se convirtieron en amasadores de pan y empanadas de pino que vendían los domingos, tal como había hecho la mujer que les vendió el negocio.

En las noches parecían haberse retirado a sus aposentos a descansar. Los panes y el pino quedaban listos para el día siguiente; era cosa de echar los panes al horno y rellenar las empanadas. Pero no estaban durmiendo, sino cavando un túnel destinado a abrir un cráter justo donde pasaría el auto del general Pinochet. La idea era hacerlo volar por los aires.

César Bunster y Cecilia Magni, un par de frentistas que se hacía pasar por un matrimonio de la clase alta, arrendaron una casona en La Obra, cerca de la amasandería, y se encargaron de conseguir los vehículos para el atentado.

El grupo se dedicó durante meses a planear. El lugar escogido era perfecto. La cuesta de Achupallas. Había un cerrito donde podían parapetarse los frentistas y un barranco de veinte metros de altura.

Después de estudiar bien la composición de la comitiva del general, el plan de hacer volar su auto fue descartado. Los autos de la

comitiva pasaban demasiado rápido y el Mercedes Benz del general iba mezclado en la comitiva. Resultaba imposible saber en cuál iba él.

Entonces idearon una encerrona. El camino sería bloqueado por una camioneta y una casa rodante encadenada a un Fiat. Los frentistas esperarían a la caravana protegidos por el cerrito, atacarían a los diez autos con lanzacohetes y fusiles y los dejarían sin escapatoria. Dos frentistas apostadas detrás de una pirca en la Residencial Inesita, entre la casa del general y la cuesta de Achupallas, avisarían por un intercomunicador cuando pasara la comitiva. Se habían preparado bien. Dieciséis fusiles M16, diez lanzacohetes, un fusil SIG y veinte granadas de mano. Eran las armas enviadas por Fidel Castro e internadas al país por Carrizal Bajo.

Estaba todo listo para el domingo 31 de agosto, pero ese domingo en la tarde murió Jorge Alessandri Rodríguez y el general Pinochet viajó de improviso a Santiago en la madrugada del día siguiente.

Los frentistas no estaban preparados para esa hora y cambiaron el plan para el 7 de septiembre, una semana después.

El 7 de septiembre el general Pinochet se levantó temprano y se encerró en su escritorio para ensayar el discurso que debía pronunciar cuatro días después. Su nieto Rodrigo había ido a pasar el fin de semana con él.

Pasadas las seis de la tarde, a la hora calculada por los frentistas, el general y su nieto partieron de vuelta a Santiago en uno de los diez autos encabezados por dos motoristas.

El general iba preocupado de revisar por última vez su discurso. Rodrigo iba a su lado, en silencio.

En cuanto la comitiva pasó frente a la Residencial Inesita, las dos frentistas que estaban apostadas en ese punto dieron el aviso.

—¡Ya pasó!

En La Obra, los frentistas que esperaban la orden se pusieron en marcha. En tres minutos estarían en el lugar de la emboscada.

Al llegar a la cuesta de Achupallas la caravana se encontró con el bloqueo. Había una casa rodante y una camioneta atravesadas en el camino. El chofer del primer auto y los dos motoristas no alcanzaron a reaccionar cuando empezó el tiroteo. “¡Nos están atacando!”, gritó uno de los motoristas justo antes de caer muerto.

El general y su nieto estaban paralizados. Habían caído en un infierno de fuegos cruzados, impactos de cohetes, balazos, vidrios que se astillaban.

Un auto cerca del suyo explotó.

El general estaba espantado. Rodrigo se abrazó a su abuelo.

Rápidamente el chofer hizo una maniobra, echó marcha atrás, chocó a un auto, dobló el volante hasta el final, se movió hacia la izquierda, volvió a echarse para atrás y en un espacio que vio libre condujo el auto zigzagueando, logró desbloquearlo y escapó con Pinochet y su nieto, prácticamente ilesos.

Esparcidos en el pavimento quedaron cinco escoltas muertos.

Los frentistas huyeron hacia Santiago. Llegaron a una casa de seguridad en La Florida, se cambiaron de ropa, ocultaron las armas y se escondieron en una bodega.

El atentado a Pinochet había fracasado.

Estado de sitio, toque de queda.

—Vamos a vengar la muerte de mis escoltas —dijo Pinochet con una mano en cabestrillo, mientras observaba el vidrio astillado de su auto donde se había dibujado la cara de la Virgen.

La respuesta del gobierno fue feroz.

Al día siguiente cayó el electricista Felipe Rivas, en Pudahuel. Era militante del Partido Comunista. Dos horas después cayó un profesor mirista, hijo de una jueza. Esa misma noche los vengadores se dirigieron al barrio Bellavista y allí mataron al periodista José

Carrasco. Su cuerpo apareció junto a un muro cerca del Parque del Recuerdo, con trece balas en la cabeza. La noche siguiente secuestraron a un publicista del Partido Comunista y tiraron su cuerpo a un canal de regadío. En la matanza de Corpus Cristi, pocos meses después, murieron doce miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

## De cara al país

Raquel Correa estaba nerviosísima. La "pinochetitis" la estaba atacando fuerte. Esa noche le tocaba aparecer en su programa de Canal 13 con Lucía Santa Cruz y Roberto Pulido y habían invitado al Partido por la Democracia con su presidente, Ricardo Lagos, a la cabeza. El país vería por primera vez al líder de la oposición, el "marxista Lagos", de cara al país.

Raquel pasó toda esa tarde preparándose. Lucía la llamaba cada cierto rato y entre las dos se ponían de acuerdo: cuándo preguntaba una, cuándo entraba la otra, qué temas abordarían. Que Ricardo Lagos apareciera en televisión era algo que habría sido impensable muy poco tiempo atrás. Nunca en todos esos años había estado en la televisión y Raquel no sabía cómo sería un Lagos ante las cámaras, con todo el país mirando, ni hasta qué punto la dictadura resistiría una postura crítica en la televisión sin cerrar el programa.

—¡Ay, Juanito! Tráigame un vaso de agua para tomarme esta pastilla, la pinochetitis me está matando —le dijo a su hijo Juan Eduardo.

Había entrevistado a Ricardo Lagos una infinidad de veces. Lo respetaba y lo admiraba. Lo consideraba el cerebro gris de la oposición. *Yo soy laguista ciento por ciento*. Conversando con él un par de días antes, Lagos le había dicho que ellos querían jugar en otro escenario, no en el que proponía el general Pinochet. Ella le hizo ver que la oposición parecía estar dando palos de ciego; habían fallado casi todos los intentos de agruparse en un movimiento democrático parecido a un partido político y le recordó las palabras de Eduardo Frei, cuando frente al pan amasado y un plato de pebre

le hablaba de los egos, las envidias y las divisiones.

Lagos le dijo que pensaba exponer muy claramente sus ideas en el programa *De cara al país* que se avecinaba. Estaba preparado, habían ensayado en un set idéntico al de Canal 13, enfrentados a un grupo de periodistas que les habían sacado la mugre a preguntas.

Raquel temía que Lagos expusiera tan claramente sus ideas que acabara por irritar el gobierno y este cerrara el espacio. Con lo que había costado que lo invitaran… El plebiscito iba a realizarse el 5 de octubre de ese año; la gente debía decidir si Pinochet seguía en el poder o se llamaba a elecciones libres. "Sí" o "No". Los ánimos estaban caldeados; el país, con el alma en un hilo. Y Ricardo Lagos era el político más peligroso para la dictadura.

—¡Juanito! El agua.



Roberto Pulido abrió el programa y presentó a sus invitados.

Casi de inmediato Lagos, sentado al frente de Raquel, preguntó:

—¿Cuál es mi cámara?

Alguien respondió: la tres.

—¿Y cómo sé yo que me está apuntando a mí?

Raquel se puso nerviosa. Nunca un entrevistado preguntaba cuál era su cámara.

—Por una lucecita roja —le dijo.

—Gracias —dijo Lagos, y se dispuso a enfrentar la primera pregunta.

Empezó Raquel.

—Señor Lagos, mucha gente en el país se pregunta qué pasaría la noche del "No"…

Lagos la interrumpió.

—Es el inicio del fin de la dictadura. Lo más importante, indispensable, es que el país tenga claro que en ese momento habremos impedido que el general Pinochet esté veinticinco años en el poder.

—Señor Lagos… —intentó seguir Raquel. Y Lagos, mirando fijo a la cámara tres, apuntando con el dedo índice, le habló directamente a Pinochet.

—Usted, general Pinochet, primero dijo que había metas y no plazos. Después, general Pinochet, tuvo plazos y planteó su Constitución del 80. Le voy a recordar, general Pinochet, que usted, el día del plebiscito de 1980, dijo que el presidente Pinochet no sería candidato en 1989. La cámara está enfocando el artículo. —Y mostró en cámara el titular de un diario con la declaración del general.

En ese momento, el general Pinochet estaba en la salita de la televisión en su casa de Presidente Errázuriz. Había dado órdenes de que no lo molestaran. Quería ver el programa tranquilo. Echó el cuerpo hacia adelante. Aumentó el volumen.

—¡Quién se ha creído este, Lucy!

—Deja que los perros ladren, Augusto. Lo importante no es lo que diga el señor Lagos, sino que ganemos el plebiscito. Y lo vamos a ganar.

—Pero escucha lo que está diciendo —apretó los puños el general —. Estos señores creen que es llegar y chopear, se les llena la boca con la democracia. ¡Mira cómo me trata este insolente, Lucy! General para arriba, general para abajo, ¿no sabe este politicastro que soy el presidente de Chile? —Se enderezó la perla de la corbata y se sacó el anillo de rubí. Se le habían hinchado los dedos.

—Voy a pedirte una taza de té, Augusto.

Él no contestó. Estaba concentrado en la pantalla.

—Y ahora, general Pinochet, le promete al país otros ocho años con

torturas, con asesinatos, con violaciones a los derechos humanos. ¡Me parece inadmisible que un chileno tenga tanta ambición, que pretenda estar veinticinco años en el poder!

El general apretó los puños en los brazos del sofá.

—Ricardo Lagos, aquí las preguntas las hacemos nosotros —dijo Pulido. Pero Lagos no le hizo caso y, siempre dirigiéndose a la cámara tres, apuntando a Pinochet en Presidente Errázuriz, siguió:

—Usted, general Pinochet, no va a tener que responder entre el sí y el no…

—Ricardo, lo que el país quiere saber… —irrumpió Raquel.

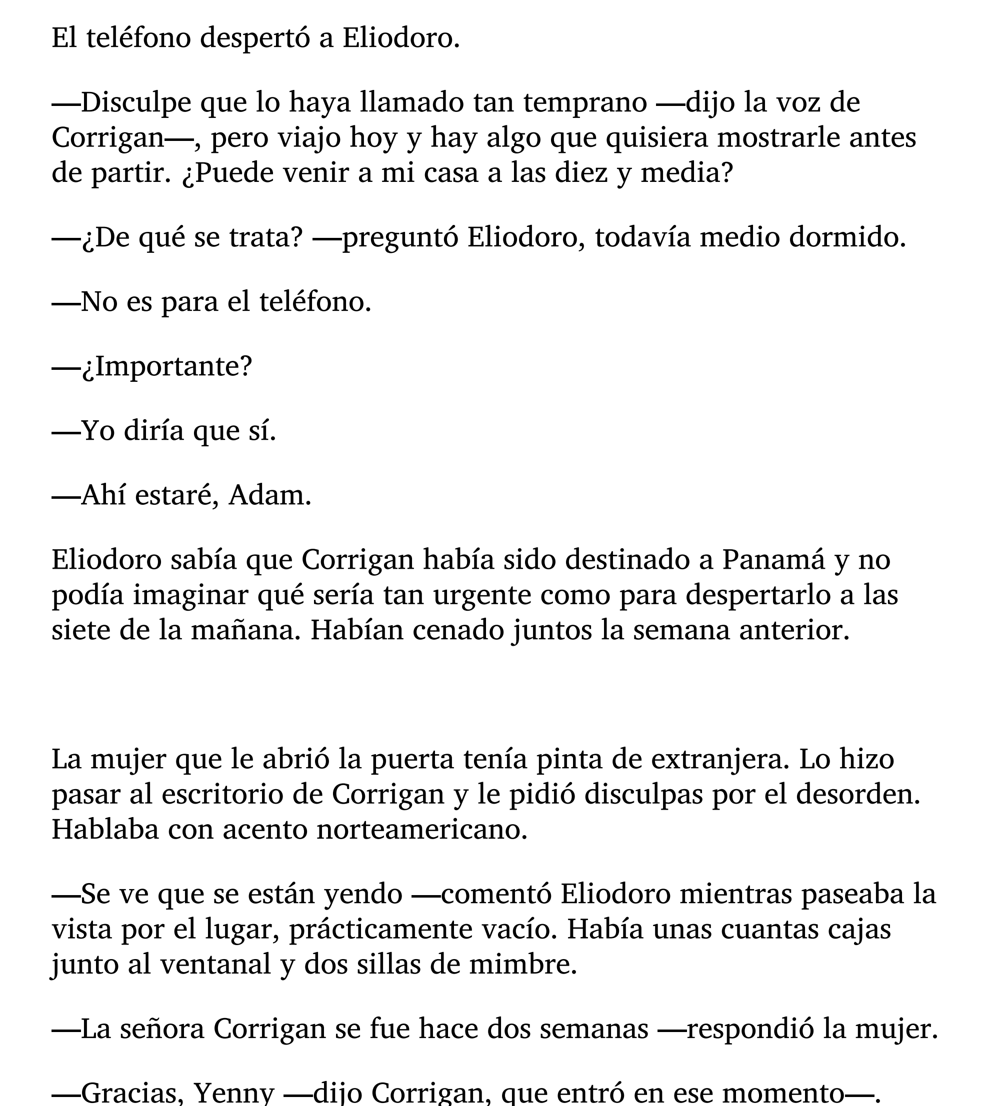
—Raquel, usted me va a excusar. ¡Hablo por quince años de silencio! Y me parece indispensable que el país sepa que tiene una encrucijada y una posibilidad de salir de esa encrucijada, civilizadamente, a través del triunfo del "No" —terminó Lagos, sin apartar sus ojos punzantes de los de su interlocutor en Presidente Errázuriz.

El general Pinochet apagó la televisión y se puso a llamar por teléfono a sus asesores.

Al día siguiente el programa de Raquel entraría a los anales de la historia. La derecha reaccionó como si "el dedo de Lagos" fuera la Revolución de los sóviets y ellos, los Romanov la noche antes de que los fusilaran. El escándalo fue mayúsculo. Lagos era un marxista. Si ganaba el "No", sería una vuelta a la UP, a las colas y a las expropiaciones.

Pero Chile estaba volviendo a ser el país donde nunca pasa nada, los dictadores llaman a elecciones libres antes de dejar su gobierno y los dedos de Lagos no llegan más allá de un susto del momento. Sin embargo, algo muy profundo había cambiado en la Suiza de América Latina; el tejido social estaba gravemente herido por los quince años en que el general y su gente, haciendo caso omiso de los organismos internacionales y de los anhelos de quienes querían vivir en democracia, cometieron toda suerte de atropellos a los derechos humanos, dejando al país fracturado y dividido a muerte.

## La última reunión



El teléfono despertó a Eliodoro.

—Disculpe que lo haya llamado tan temprano —dijo la voz de Corrigan—, pero viajo hoy y hay algo que quisiera mostrarle antes de partir. ¿Puede venir a mi casa a las diez y media?

—¿De qué se trata? —preguntó Eliodoro, todavía medio dormido.

—No es para el teléfono.

—¿Importante?

—Yo diría que sí.

—Ahí estaré, Adam.

Eliodoro sabía que Corrigan había sido destinado a Panamá y no podía imaginar qué sería tan urgente como para despertarlo a las siete de la mañana. Habían cenado juntos la semana anterior.

La mujer que le abrió la puerta tenía pinta de extranjera. Lo hizo pasar al escritorio de Corrigan y le pidió disculpas por el desorden. Hablaba con acento norteamericano.

—Se ve que se están yendo —comentó Eliodoro mientras paseaba la vista por el lugar, prácticamente vacío. Había unas cuantas cajas junto al ventanal y dos sillas de mimbre.

—La señora Corrigan se fue hace dos semanas —respondió la mujer.

—Gracias, Yenny —dijo Corrigan, que entró en ese momento—. Espéreme unos momentos y la llevo a la embajada en mi auto. Yo mismo tengo una cita con el embajador. Espéreme en la terraza.

—Esto va a ser corto, Eliodoro. Siéntese.

—¿De qué se trata, Adam?

—Usted y yo hemos trabajado juntos muchos años y creo que es mi deber enseñarle un documento que me llegó ayer en la noche.

—Se lo agradezco… es decir, agradezco la deferencia, pero nosotros ya hablamos de esto, Corrigan; yo estoy fuera de la agencia.

—De todas maneras, creo que debe ver este documento, por su interés personal.

—Está bien. Pero no hay ningún compromiso.

—Ninguno —dijo Corrigan, y sacó dos hojas de papel de su bolsillo—. Antes de que lo lea, tenga presente lo que hablamos el otro día. Me refiero a que la política de Estados Unidos hacia Chile ha sufrido un vuelco. Estos no son los tiempos de Nixon; Pinochet le complica la vida al presidente Reagan.

—A estas alturas el presidente Pinochet le complica la vida a medio mundo. Nada novedoso en eso.

—Lo que sí puede resultarle novedoso es saber que el asesinato de Orlando Letelier en Washington fue ordenado, personalmente, por el general Pinochet.

—Eso no es verdad.

—¿No es verdad? ¿De qué cree que trata este documento?

—¿Es un documento de la CIA?

—La información es nuestra, sí. Se ordenó una investigación que ha tardado doce años y aquí están los resultados.

—¿Y por qué habría de ser creíble una investigación de la misma agencia que ayudó a Pinochet a dar un golpe de Estado? Discúlpeme, Corrigan, pero no vamos a decir que la CIA sea una agencia creíble.

—Lo que usted no ha logrado entender es la forma como trabajamos nosotros. Se lo he tratado de explicar mil veces y no ha sido posible

que se le meta en la cabeza. Las razones por las cuales el gobierno de mi país interviene en un gobierno extranjero no son las mismas por las cuales un tiempo después hay que hacer la misma operación en sentido contrario. Hoy estamos empeñados en remover a Noriega, pero puede ser que en cinco años más tengamos que remover a su reemplazante, aunque hoy lo estemos apoyando. ¿Me entiende?

—No —dijo Eliodoro con toda sinceridad. Nunca había comprendido los manejos del gobierno de Estados Unidos, ni para intervenir ni para dejar de intervenir.

—Lea el documento, por favor —dijo Adam—, y ya no lo sigo molestando. Está dirigido al presidente de Estados Unidos.

Eran dos hojas de papel fotocopiadas.

> *Memorandum for the President.*
>
> *Subject: Pinochet and the Letelier-Moffitt murders.*
>
> *From: George P. Shultz.*
>
> *Se aproxima un periodo extremadamente difícil en Chile. El presidente Pinochet está determinado a sucederse a sí mismo como presidente y emplearía cualquier medio que le permita tener éxito.*
>
> *Ha desestimado la posibilidad de una elección libre y abierta para hacer un plebiscito, un Sí o un No, donde el único candidato es él.*
>
> *Las consecuencias de que permanezca en el poder pueden ser altamente peligrosas para Chile y para toda la región. Llevaría a una polarización del pueblo chileno y un fortalecimiento y crecimiento (gracias a Pinochet) del Partido Comunista chileno, dependiente de Moscú.*
>
> *(…) En medio de todo esto he sido particularmente sorprendido por un informe preparado por la CIA que analiza el asesinato de Orlando Letelier, un excanciller de Allende, y Ronni Moffitt, ciudadana norteamericana, en Washington DC en 1976. (…)*

> *La CIA concluye en su informe que hay evidencias de que Pinochet ordenó personalmente a su jefe de inteligencia cometer el asesinato. (…) la CIA también confirma que Pinochet decidió ocultar estos hechos al gobierno de Estados Unidos y poner un muro entre nuestra investigación y su participación en el crimen (…). La CIA tiene asimismo pruebas de que Pinochet estuvo dispuesto a hacer asesinar a su jefe de inteligencia…*

Eliodoro le entregó los papeles a Corrigan sin terminar de leerlos.

—Francamente, no creo que esto sea verdad.

—Las investigaciones de la CIA y del FBI son serias y este informe es absolutamente verificable. Lo que aquí se dice es lo que pasó. Mire, Eliodoro, el golpe de Estado en Chile no es algo de los cual estemos orgullosos —replicó Corrigan con un gesto de indiferencia.

—Usted mismo afirmaba que era lo mejor para el país, que tenían pruebas del respaldo que la Unión Soviética estaba dispuesta a darle al gobierno de la Unidad Popular.

—¡Pruebas, pruebas, pruebas! ¿Qué significado tiene esa palabra en el contexto de la Guerra Fría? ¡Ninguno! Las cosas no se dieron como nosotros creíamos, y no es primera vez que nos pasa.

—No sé qué pensar, Corrigan. ¿Este documento se va a hacer público?

—No hasta dentro de treinta años. Sobra decirle que usted no lo ha leído.

—¿A qué hora sale su avión?

—A las nueve de la noche.

—¿Le gustaría almorzar conmigo en el Club de Golf? Preparan el mejor pisco *sour* de Santiago.

Corrigan sonrió.

—Ojalá pudiera. Tengo una conferencia con Panamá y he quedado de comer en la residencia del embajador. Lo acompaño a la puerta.

Una vez en la calle, Corrigan le dio una palmada en la espalda.

—Usted es un buen hombre, Eliodoro.

Eliodoro le estrechó la mano.

Fue la última vez que estos dos hombres se vieron y, tal como dijo Corrigan, treinta años más tarde la CIA desclasificaría el documento, pero el general Pinochet ya habría muerto.

## El día del fin

El 5 de octubre de 1988 fue una jornada llena de tensiones. Las campañas del "Sí" y el "No" habían remecido y emocionado a la gente de un lado y del otro.

La inquietud permeaba el ambiente en las casas, en las calles, en las conversaciones del supermercado, en la cola para votar, en la micro. Nadie era capaz de imaginar cómo amanecería el país al día siguiente. Qué pasaría si ganaba el "Sí", y más apremiante resultaba pensar qué ocurriría si ganaba el "No". ¿Era posible que en Chile sucediera lo que en ninguna parte del mundo, que un dictador perdiera su propio plebiscito y se fuera tan tranquilo para la casa?

Felipe y Luciana nunca cambiaron su registro a Cauquenes y dos semanas antes del plebiscito se instalaron en la casa de Francisco y Sofía en Santiago. Alejandro Pinto votó temprano en Cauquenes y enseguida viajó en su camioneta a Santiago. Fuera cual fuera el resultado de esa noche, quería estar cerca de Francisco.

Francisco y Sofía habían votado hacía mucho rato cuando llegó.

—Yo creo que vamos a ganar, compadre.

—Estoy seguro de que vamos a ganar —respondió Francisco. Él había votado en el Estadio Nacional y estuvo una hora esperando entrar al recinto de las casetas. Fueron juntos con Sofía y tuvieron la mala suerte de encontrarse con Eliodoro y un amigo suyo en la

cola, pero, de las decenas de personas con quienes conversaron en ese rato, ellos fueron los únicos que se declararon partidarios del "Sí".

—La gente los miraba como a bichos raros —dijo Sofía—. ¡Quién los manda a votar en el Estadio Nacional!

En realidad, Eliodoro y su socio Yrarrázaval no estaban votando, sino cumpliendo con la misión de vigilancia que les había tocado ese día.

Si alguna vez en Chile votar fue algo que la gente hacía un poco a la fuerza porque era obligatorio, ese día el voto se convirtió en algo sagrado. Por una u otra razón, por el "Sí" o por el "No", muy pocos se habrían abstenido. Lo que estaba en juego, para unos, era si terminaba la dictadura y se recuperaba la democracia; para otros, si Pinochet seguía por la senda de hacer de Chile un país moderno o llegaba el señor Lagos con su dedo amenazante a desbaratarlo todo.

Se cerraron los lugares de votación y comenzó el conteo de los votos. Eran las seis de la tarde. La radio Cooperativa, que no dejó de informar ni un minuto en todo el día, daba cuenta de algo que habrá sorprendido al mundo, pero no a los chilenos: la votación se había llevado a cabo en perfecta calma, sin disturbios de ninguna especie, la gente esperó pacientemente su turno en las colas y votaron hasta los gatos.

A esa hora, el general Pinochet estaba en su despacho. Él y Lucy votaron temprano esa mañana y después se fueron para la casa. Almorzaron con algunos de sus hijos y varios nietos, y hacia media tarde el general declaró que la Lucy lo estaba enervando y partió a La Moneda.

Iba vestido de presidente, tal vez pensando que esa noche se renovaría su mandato, ganaría el "Sí", él seguiría gobernando por varios años. Terno gris, camisa inmaculada, su perla en la corbata y el anillo de rubí.

Una vez en su despacho se puso a revisar algunos papeles y prendió

la televisión. Estaban hablando de la tranquilidad que había en el país, de la gran cantidad de gente que había votado temprano, de las colas del Estadio Nacional.

Se sentía confiado en el triunfo. Sus asesores le habían mostrado las encuestas y no había una sola que declarase perdedor al “Sí”. Abrió la ventana. Entró una ráfaga de aire tibio. Había poca gente en la calle. *Todo saldrá bien*, se dijo, *los nervios de la Lucy eran infundados*. Sonrió para sus adentros. Los señores políticos no iban a salirse con la suya, creían que él era impopular y esa era la gran mentira, *la gente me sigue queriendo*. Y si por algún motivo se llevaba una sorpresa y ganaba el “No”, él lo tenía todo preparado: no iban a pillarlo desprevenido, el Ejército estaba listo para salir a la calle y actuar. Él sabía lo que hacía y fue cauteloso; no les dijo una palabra a los tres miembros de la junta. Esos gallos pensaban una cosa y decían otra, ¡no lo sabría él! Siempre había leído bien a la gente, no era fácil hacerlo leso.

Cerró la ventana y se acercó al pequeño refrigerador que estaba camuflado en el librero. Sacó una botella de jugo de naranja y se sirvió un vaso.

Eran las tres de la tarde.

En ese momento llamó a su ayudante.

—Coronel, yo no estoy ni para el almirante Merino, ni para los generales Matthei y Stange. ¿Comprendido?

—Afirmativo, mi general.

—Avíseles a las chiquillas de la central telefónica; yo se lo digo a la Mónica. No me pasen ningún llamado y, si insisten, dígales que yo les diré cuando pueda recibirlos.

A las cuatro de la tarde el general Matthei llamó por teléfono al almirante Merino.

—¿Has podido comunicarte con Pinochet?

—Estoy tratando, pero me dicen que no puede recibir a nadie en este momento. Está en La Moneda. Voy a llamar a Stange, a ver si él ha tenido mejor suerte.

El general Stange le dijo que él tampoco había logrado comunicarse con Pinochet.

Cortó con Merino y casi enseguida lo llamó Matthei.

—¿No te parece raro que Pinochet no quiera recibirnos?

—Yo no entiendo lo que pasa —dijo Stange.

Dieron las ocho de la noche.

La gente esperaba los cómputos comiéndose las uñas.

A las diez de la noche estaba claro que había ganado el “No”. El 60% de la población había votado “No” y el 40%, “Sí”. Pero desde La Moneda solo se escuchaba un silencio inquietante. Nadie informaba. Hasta que el general Matthei se atrevió a declarar, por su cuenta y riesgo, que había ganado el “No”.

Hubo una explosión de alegría. La gente salió en masa a la calle. Bailaban, saltaban, se abrazaban. Al poco rato Santiago era un carnaval. Felipe, Luciana, Sofía, Francisco y Alejandro se fueron a la plaza Baquedano y ahí se quedaron hasta que llegó la mañana. Francisco y Alejandro lloraban, se reían y volvían a abrazarse.

—Desde alguna parte Emiliano y Gabriel nos están viendo, compadre.

Felipe se abrazó a Luciana y le dijo al oído:

—Yo estuve en contra de la Unidad Popular y sigo creyendo que ese gobierno fue un desastre, pero créeme que me alegraría infinitamente si estos asesinos terminaran en la cárcel.

—Cuando volvamos a la casa vamos a destapar una botella de champán y brindaremos por tu abuelo —le dijo ella.

—Mi abuelo habría estado en esta plaza celebrando con nosotros —dijo Felipe, recordando el rostro amable de Manuel Zañartu.

En Cauquenes, Vicente y Rosario se quedaron despiertos hasta las doce de la noche. Sus dos hijas habían pedido permiso en el convento y estaban alojando con ellos.

—Mi papá estará aplaudiendo en el cielo —dijo Vicente antes de apagar la luz.

—¿Te acuerdas de esa frase que decía tu papá a cada rato?

—Una democracia con problemas siempre va a ser preferible a un régimen totalitario —dijo Vicente, imitando la voz calmada de Manuel Zañartu—. La primera vez que mi papá dijo esas palabras fue en 1925, cuando Ibáñez le dio el golpe al León de Tarapacá.

En las casas del barrio El Golf, la gente que había apoyado el “Sí” estaba expectante. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Era posible que Pinochet perdiera el plebiscito? ¿Qué los esperaba? ¿El señor Lagos? ¿La revancha?

A la una de la madrugada, los generales Stange y Matthei y el almirante Merino llegaron a La Moneda. No sabían qué esperar ni con qué iban a encontrarse. El general Pinochet los había hecho llamar a las doce y media de la noche.

Pinochet los recibió en su despacho. Su tranquilidad los sorprendió. Estaba como si no hubiera pasado nada. Ni una mala cara. Relajado. Parecía listo para ir a una recepción. Oloroso a colonia cara, se había engominado el pelo, lucía elegante con un traje gris, camisa blanca y la perla en la corbata. Como si fuera el presidente de Inglaterra.

—Buenas noches, señores. Tomen asiento, por favor. —Permaneció de pie cerca de su mesa de trabajo, esperando que los tres miembros de la junta se acomodaran, y luego dijo tranquilamente:

—Ahora sacamos las fuerzas a la calle.

El general Matthei dio un respingo. ¿Qué significaba esto? Había oído rumores de que el Ejército estaba listo para salir a la calle si perdía el "Sí", que estaban preparados para actuar. Creyó que eran falsos.

Se puso de pie y se acercó a Pinochet.

—Permiso, mi general; la Fuerza Aérea no va a salir a la calle.

—¿Y la Armada? —preguntó Pinochet.

El almirante Merino se levantó de su asiento.

—Mi general, hoy día hemos sufrido una derrota, pero con honor; si salimos a la calle vamos a estar igual de derrotados, pero con oprobio.

—¿Y Carabineros? —preguntó Pinochet dirigiéndose al general Stange.

—Nosotros tampoco, mi general.

—Entonces tendré que salir solo con el Ejército.

—Eso es asunto tuyo —le dijo Matthei.

Pinochet permaneció callado unos momentos.

—Bueno —dijo después de un rato—. Firmemos el acta.

—¿Cuál acta? —preguntó Matthei.

—¡Coronel! ¡Tráigame el papel! —le gritó Pinochet a su ayudante, que estaba de pie cerca de la puerta.

El coronel salió de la pieza para volver al poco rato con un papel en la mano. Se lo alcanzó al general Pinochet y este se lo pasó Matthei.

—Aquí está el acta para que ustedes la firmen.

Sorprendido, Matthei se puso a leer. Arqueó las cejas. ¿Se había

vuelto loco Pinochet? Era un documento mediante el cual los tres miembros de la junta declaraban entregarle los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial a él, mientras que ellos mantendrían la comandancia de cada rama.

—Lo que tú quieres es un nuevo golpe de Estado y pretendes que te entreguemos todo el poder. Estás loco, yo no voy a firmar esto.

El almirante Merino y el general Stange hicieron un gesto negativo con la cabeza. Ellos tampoco firmarían ese papel.

Los tres militares abandonaron el recinto sin despedirse.

Cuando se vio solo, el general Pinochet lanzó un suspiro y miró la hora.

Eran las dos de la madrugada y en La Moneda no quedaban más que él, su ayudante y los edecanes.

De pronto sintió una terrible sensación de abandono. Lo habían traicionado. Todos. Sus asesores le habían mentido, el ministro del Interior le había mentido, las encuestas que le presentaron eran falsas. Los cobardes. Habían urdido malicias a su espalda. La sangre empezó a arderle.

Abrió la ventana y salió al balcón.

La noche estaba clara. A lo lejos se escuchaban risas y la algarabía de la gente celebrando. Frente a La Moneda no había nadie.

De repente sintió un aleteo y miró hacia la cornisa.

Una lechuza estaba mirándolo.

—A mis hombres no les tocarán ni un pelo —masculló, sin apartar la vista de los ojos grandes y quietos del ave—. ¡Ni uno solo!

A dos cuadras de allí, el palacio de los Zañartu semejaba la casa de un fantasma. Los muros se habían descascarado con el tiempo. Los postigos estaban chuecos y uno había sido arrancado de cuajo. En el

jardín delantero había restos de serpentinas, una corneta de cartón, varios globos reventados colgaban de las ramas de un rosal, había tres botellas de cerveza vacías y en la escalinata de mármol, un cartel que decía *Sin odio. Sin violencia. Sin miedo. Vote "no".*

Aún quedaban algunas personas merodeando en la cercanía.

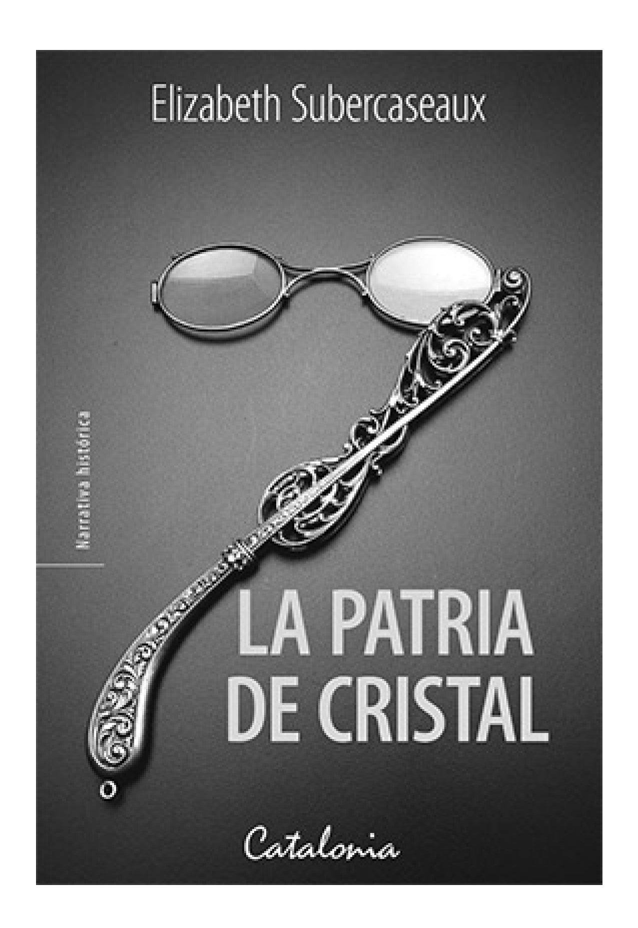
En un momento se abrió la ventana de la biblioteca. Alguien dijo que había visto salir un pájaro blanco. Otro creyó ver una luz. Una mujer que estaba celebrando con su nieta comentó que por esa ventana salió una sombra celeste. "Como un humo", dijo.

Era el alma de Manuel Zañartu volando hacia un futuro incierto.



# AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Claudia Vera, que, en memoria de Pablo Renán Vera Torres, me proporcionó un testimonio invaluable. A la Biblioteca Nacional por su *Memoria Chilena*, donde pude encontrar cartas, libros, documentos, láminas. A Carlos Vivar, por haberme ayudado a encontrar tantos libros casi desaparecidos. A cada memorialista, historiador, ensayista, novelista y poeta de los ciento veinte volúmenes que entraron en esta investigación. A Sergio Infante, por ayudarme con la lectura y edición de esta novela. A Arturo Infante y Verónica Vergara, mis editores, sin cuyo apoyo incondicional nada de esto existiría. A John Hassett, mi lector de manuscrito, sin cuyo criterio esta novela no sería lo que es. A Cherie Zalaquett, por haberme ayudado a encontrar el nombre de *La patria estremecida*. A mi hijo Carlos Lavín Subercaseaux, por sus valiosos aportes acerca de la Armada de Chile. A mis amigas Delia Vergara, Adriana Santa Cruz, Isabel Allende y María del Pilar Rodríguez, mis confidentes para esta escritura. Y a Raquel Correa y Poli Délano, por haber existido en mi vida.




En este primer tomo de la saga, Elizabeth Subercaseaux nos narra la historia de Chile desde los albores de la emancipación hasta finales del siglo XIX. El siglo de la Independencia y aquellos protagonistas que la hicieron posible: aristócratas coloniales, héroes, próceres, aventureros. Los personajes reales despojados de los bronces y pedestales que siempre ocultan su dimensión de carne y hueso.

Sustentada en una acuciosa investigación, La patria de cristal es, además, una saga familiar. La historia y la ficción, combinadas, permiten un diálogo entre los hechos de la esfera pública y los acontecimientos de la vida privada.

Con agudeza a la hora de novelar, y tomando una notable distancia

creativa, Elizabeth Subercaseaux nos sumerge en los mundos y códigos de aquellos sectores sociales que ella conoce hasta en sus más mínimos detalles.